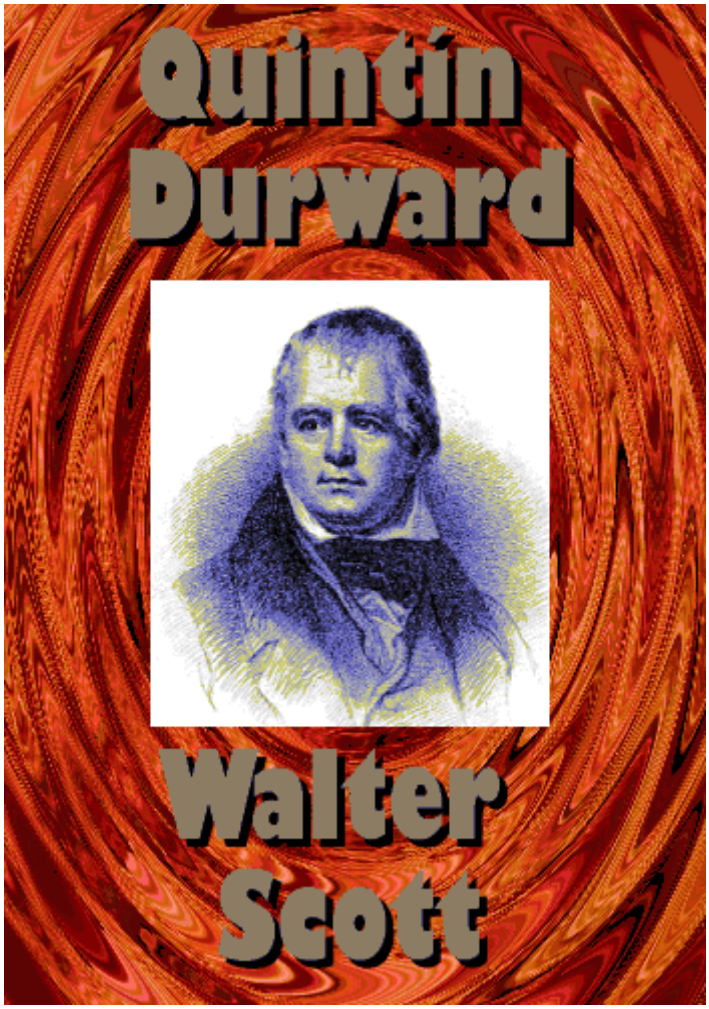
LIBRO dot.com

Quintín Durward

Walter Scott



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Tomo I

La guerre est ma patrie;
Mon harmois, ma maison;
Et en toute saison
Combattre, c'est ma vie.

Prólogo

El escenario de esta novela se remonta al siglo XV, cuando el sistema feudal, que había sido la base de la defensa nacional y del espíritu caballeresco, por el cual, como por alma vivificadora, estaba animado ese sistema, comenzaba a modificarse y a ser reemplazado por esos grandes personajes que cifraban toda su felicidad en procurarse los objetos personales en los que habían puesto su apego exclusivo. El mismo egoísmo se había manifestado en tiempos aun más primitivos; pero era ahora por primera vez confesado sin tapujos, como un principio de acción a seguir. El espíritu caballeresco presentaba en sí la excelente cualidad de que, por muy exageradas y fantásticas que podamos juzgar sus doctrinas, estaban todas fundadas en generosidad y abnegación, las cuales, si desapareciesen de la faz de la tierra, harían difícil concebir la existencia de la virtud en la especie humana.

Entre aquellos que fueron los primeros en ridiculizar y abandonar los principios de abnegación en que se instruyeron de jóvenes con todo esmero, figura en primer término Luis XI de Francia. Este soberano era de un carácter tan exclusivamente egoísta, tan incapaz de alimentar ningún propósito desligado de su ambición, codicia y deseo de goce egoísta, que casi parece una encarnación del propio demonio, al que le reconocemos la cualidad de hacer todo lo posible para corromper de raíz nuestras ideas sobre el honor. No hay que olvidar que Luis poseía gran dosis de ese ingenio mordaz que es capaz de poner en ridículo todo lo que un hombre hace en provecho de otro, y estaba, por consiguiente, muy calificado para representar el papel de amigo burlón e insensible.

Desde este punto de vista, la concepción de Goethe del carácter y modo de razonar de Mefistófeles, del espíritu de tentación con que aparece en el *Fausto*, la tengo por más feliz que la debida a Byron, y aun que el Satanás de Milton. Estos dos grandes autores han concedido al Principio del Mal algo que eleva y dignifica su maldad: una resistencia sostenida e inconquistable contra la propia Omnipotencia, un desdén sublime del sufrimiento antes que someterse, y todos esos puntos de atracción en el autor del mal que han inducido a Burns y a otros a considerarle como el héroe del Paraíso perdido. El gran poeta alemán, por el contrario, ha pintado su espíritu seductor como el de un ser que, desprovisto de toda pasión, parece haber sólo existido para el propósito de incrementar, con sus persuasiones y tentaciones, la cantidad de depravación moral, y para despertar con sus seducciones esas pasiones dormidas que de otro modo podían haber permitido al ser humano, objeto de las asechanzas del Espíritu Maligno, deslizarse por la vida con sosiego. Para este fin está dotado

Mefistófeles, como Luis XI, con un espíritu despierto de desprecio y de ingenio mordaz, que se emplea incesantemente en rebajar y envilecer todas las acciones.

Aun al autor de obras de mero entretenimiento puede permitírsele ponerse serio por un momento con el fin de condenar toda política, de carácter público o privado, que tenga por fundamento los principios de Maquiavelo o la conducta de Luis XI.

Las crueldades, los perjurios, las sospechas de este príncipe aparecían aún más detestables por la degradante superstición que constantemente practicaba. La devoción a los santos de la Corte celestial, de la que tanto alarde hacía, podía compararse a la miserable práctica de algún mezquino comisario que intenta ocultar o atenuar las malversaciones de que es culpable con dádivas liberales a aquellos cuyo deber es observar su conducta, y trata de sostener un sistema de fraude con un intento de corromper lo incorruptible. No de otro modo podernos considerar su idea de hacer a la Virgen María condesa y coronel de su guardia, o la astucia con que atribuía a una o dos formas particulares de juramento la fuerza de una obligación ineludible, que negaba a todas las demás, manteniendo estrictamente el secreto, cuya forma de juramento tenía, en realidad, como obligatoria y en la categoría de uno de los misterios más valiosos del Estado.

A una falta total de escrúpulo, o, como aparecía, a toda carencia de sentido moral, añadía Luis XI una gran firmeza natural y una sagacidad de carácter, con un sistema de política tan sumamente refinado, si se considera los tiempos en que vivió, que a veces se sobrepasó a sí mismo cediendo a sus dictados.

No hay retrato tan obscuro que por lo general carezca de contrastes. El rey comprendió los intereses de Francia, y se dedicó a defenderlos mientras pudo identificarlos con el suyo. Condujo al país con seguridad a través de la crisis peligrosa de la guerra denominada «por el bien público», desuniendo y dispersando esta grande y peligrosa alianza de los vasallos de la gran corona de Francia contra el soberano. Un rey de un carácter menos precavido y contemporizador y de una disposición más atrevida y menos habilidosa que Luis XI hubiera fracasado con toda probabilidad. Luis tenía además algunas prendas personales no contradictorias con su carácter en público. Era alegre o ingenioso en sociedad; acariciaba a su víctima, como el gato que acaricia cuando está dispuesto a hacer una dolorosa herida, y nadie fue más hábil para sostener y enaltecer la superioridad de las razones toscas y egoístas con las que trataba de suplir esos motivos más nobles para el esfuerzo, que sus antecesores habían encontrado en el elevado espíritu caballeresco.

De hecho, este espíritu se estaba anticuando, y tuvo, aun en su perfección, algo tan forzado y fantástico en sus principios, que lo hizo objeto especial del ridículo cuando, como otras modas antiguas, comenzó a perder reputación y pudieron emplearse contra él las armas de la murmuración, sin excitar el disgusto y horror con que hubieran sido rechazadas en un período temprano, cual una especie de blasfemia. Habían surgido en el siglo XIV una pandilla de burladores que pretendían reemplazar lo que era naturalmente útil en lo caballeresco por otros recursos, y arrojar el ridículo sobre los principios exclusivos y extravagantes del honor y la virtud, que se consideraban a todas luces como absurdos, porque en realidad estaban fundidos en un molde de perfección demasiado elevada para la práctica de seres falibles. Si un joven ingenuo y de noble espíritu se proponía mantenerse dentro de los principios de honor de su

padre, era objeto de irrisión como si hubiese presentado en la palestra al bueno y anciano caballero Durindarte o lo hiciese el mismo con una espada de doble empuñadura, ridícula por su hechura antigua y estilo, aunque su hoja tuviese el temple del Ebro, y sus adornos fuesen de oro puro.

De análoga manera fueron echados a un lado los principios caballerescos, y su ayuda se suplió con estimulantes más villanos. En vez del espíritu elevado que impulsaba a cada hombre a la defensa de su país, Luis XI utilizó los esfuerzos de todo soldado mercenario dispuesto, y persuadió a sus súbditos, entre los que comenzaba a destacarse la clase mercantil, que era mejor dejar a los mercenarios los riesgos y trabajos de la guerra, y proporcionar a la Corona los medios de pagarles, que exponerse a los peligros en defensa de su propia sustancia. Los mercaderes fueron fácilmente convencidos por este modo de razonar. No llegó la hora, en los días de Luis XI, en que la clase media afincada y la nobleza pudieran, de análogo modo, ser excluidas de ir a las filas combatientes; pero el monarca voluntarioso comenzó ese sistema, que, mantenido por sus sucesores, acabó por poner toda la defensa militar del Estado en manos de la Corona.

Se había adelantado igualmente a modificar los principios que por costumbre regulaban el intercambio de los sexos. Las doctrinas de la caballerosidad habían establecido, en teoría al menos, un sistema en que la Belleza era la divinidad que gobernaba y recompensaba y el Valor su esclavo, que se crecía en su presencia, y daba su vida por prestarlo el menor servicio. Es cierto que este sistema era propicio a extravagancias fantásticas, y con frecuencia se originaban casos de escándalo. Sin embargo, eran generalmente de aquellos, como los mencionados por Burke, en que la flaqueza estaba privada de la mitad de su culpa, resultando purificada de toda su grosería. En la práctica de Luis XI sucedían las cosas de otro modo. Era un voluptuoso de categoría inferior, buscando el placer sin sentimiento y despreciando el sexo del que deseaba obtenerlo; sus queridas eran de rango inferior, tan poco comparables con el carácter elevado, aunque defectuoso de Inés Sorel, como Luis a su heroico padre, que libró a Francia del yugo de Inglaterra. Seleccionando, de igual modo, sus favoritos y ministros entre las heces del pueblo, Luis demostró la poca consideración que guardaba a la cuna selecta y a la posición preeminente; y aunque esto pudiese no sólo ser excusable, sino meritorio, en el caso de que la voluntad del monarca hiciese conocer al talento oculto, o llamase al hombre modesto de valía, era muy diferente citando el rey hacía su favorito a hombres como Tristán l'Hermite, el jefe de su Marshalsea o policía; y era evidente que príncipe semejante no podía por más tiempo ser como su descendiente Francisco se designaba elegantemente a sí mismo, «el primer caballero en sus dominios».

Tampoco eran los dichos y acciones de Luis en público o en privado de un género que pudiesen redimir tales ofensas contra el carácter de un hombre de honor. Su palabra, que debía ser tenida como la prueba más sagrada del carácter de un hombre, y cuyo menor incumplimiento es una ofensa capital en el código del honor, era despreciada con el menor motivo, y su olvido era acompañado a menudo con la comisión de los crímenes más enormes. Si quebrantaba su palabra empeñada, no trataba al público con más ceremonia. El envío de una persona inferior disfrazada de heraldo a Eduardo IV era en aquellos días, en los que se consideraban a los heraldos

como los sagrados depositarios de la fe pública y nacional, una imposición atrevida, de la que pocos, excepto este príncipe sin escrúpulos, se hacían culpables[(1)].

En una palabra, las maneras, sentimientos y acciones de Luis XI eran de tal índole, que resultaban incompatibles con los principios de caballerosidad, y su ingenio cáustico se aplicaba a ridiculizar un sistema en lo que consideraba como la más absurda de todas sus bases, ya que estaba fundado en el principio de dedicar esfuerzos, talento y tiempo a la consecución de objetos de los que, dada la naturaleza de los mismos, ninguna ventaja personal podía lograrse.

Es más que probable que al prescindir casi abiertamente de los lazos de religión, honor y ética, por los que los seres humanos se sienten en general influídos, buscaba Luis obtener grandes ventajas en sus negociaciones con partidos que se consideraban a sí mismos obligados, mientras él gozaba de libertad. Podía imaginarse que partía hacia la meta como el corredor de caballos que se ve libre de los pesos que aun entorpecen a sus competidores y espera ganar la carrera. Pero la Providencia parece siempre mezclar la existencia de un peligro peculiar con alguna circunstancia que puede poner en guardia a aquéllos expuestos a dicho peligro. La constante sospecha que se tiene de cualquier hombre público que adquiere mala fama por faltar a su palabra es para él lo que el cascabel a la culebra de este nombre; y los hombres acaban por calcular no tanto por lo que dice su antagonista, sino por lo que es probable que haga, grado este de desconfianza que tiende a frustrar las intrigas de un carácter desleal con predominio sobre la ventaja de verse libre de los escrúpulos de los hombres de conciencia. El ejemplo de Luis XI produjo disgusto y sospecha más que un deseo de imitación entre otras naciones de Europa, y la circunstancia de considerarse más listo que algunos de sus contemporáneos sirvió para poner en guardia a los otros. Aun el sistema caballeresco, si bien mucho menos extendido que antiguamente, sobrevivió al reinado de este relajado monarca, que tanto hizo para empañar su lustro, y mucho tiempo después de la muerte de Luis XI inspiró al Caballero Sin Miedo y Sin Tacha y al galante Francisco I.

Si bien el reinado de Luis tuvo tanto éxito desde el punto de vista político como él pudo desear, el espectáculo de su lecho de muerte pudo ser un aviso contra la seducción de su ejemplo. Sospechando de todos, pero principalmente de su propio hijo, se encerró entre las paredes del castillo de Plessis, confiando exclusivamente su persona a la fidelidad dudosa de sus mercenarios escoceses. No salía nunca de su habitación, no admitía a nadie en ella, y abrumaba al cielo y a todos los santos con rezos no para lograr el perdón de sus pecados, sino la prolongación de su vida. Con una pobreza de espíritu del todo contradictoria con su aguda sagacidad mundana, importunaba a sus médicos, hasta que estos acabaron por insultarlo y saquearle. En su extrema ansiedad por la vida envió a buscar en Italia unas supuestas reliquias y mandó venir a un campesino ignorante y alelado, el cual, probablemente por pereza, se había encerrado en una cueva y renunciado a la carne, pescado, huevos, o a los productos derivados de la leche. A este hombre, que no poseía el menor barniz de ilustración, reverenciaba Luis como si hubiese sido el propio Papa, y para ganar su afecto fundó dos claustros.

No era la menor circunstancia singular de este ser supersticioso que los únicos objetos que parecían interesarle eran su salud corporal y la felicidad terrestre. Estaba

estrictamente prohibido el hacer la menor referencia de sus pecados cuando se hablaba del estado de su salud, y cuando, a sus ruegos, un sacerdote rezó una oración a San Eutropio, en la que rogaba por la salud del rey, tanto corporal como espiritual, Luis dispuso que se omitiese la última palabra, diciendo que no era prudente importunar al santo bendito con demasiados ruegos de una vez. Quizá pensase que no proclamando sus crímenes podía suceder que no los recordasen los patronos celestiales, cuya ayuda invocaba para su cuerpo.

Tan grandes fueron las torturas bien merecidas de este tirano en su lecho de muerte, que Felipe de Comines pudo establecer una comparación entre ellas y las numerosas crueldades infligidas a otros por orden suya, y considerando ambas llegó a expresar la opinión que las angustias y agonía experimentadas por Luis fueron tales que podían compensar los crímenes que había cometido, y que después de una razonable cuarentena en el purgatorio podía misericordiosamente ser destinado a las regiones superiores.

Fenelón también dejó su testimonio adverso a este príncipe, cuyo modo de vivir y gobernar ha descrito en el siguiente notable pasaje:

«Pigmalión, atormentado por una sed insaciable de riquezas, se hace cada vez más miserable y odioso a sus súbditos. Es un crimen en Tiro tener grandes bienes; la avaricia le hace desconfiado, sospechoso, cruel; persigue a los ricos y teme a los pobres.

Es un crimen aun mayor en Tiro ser virtuoso, porque Pigmalión sospecha que los buenos no pueden sufrir sus injusticias y sus infamias; la virtud lo condena, se encoleriza e irrita contra ella. Todo le agita, le inquieta, le preocupa; tiene miedo de su sombra; no duerme ni de día ni de noche; los dioses, para anonadarle, le colman de tesoros de los que no puede gozar. Lo que busca para ser dichoso es precisamente lo que le impide serlo. Siente todo lo que da, y teme siempre perder; se atormenta para ganar.

No se le ve casi nunca; está solo, triste, abatido en el fondo de su palacio; sus propios amigos no se atreven a abordarle por miedo de hacérsele sospechosos. Una guardia terrible provista de espadas desenvainadas y de picas patrulla alrededor de su casa. Treinta cámaras que se comunican entre sí, cada una de las cuales tiene una puerta de hierro con seis grandes cerrojos, constituyen el lugar de su encierro, y se asegura que no se acuesta jamás dos noches seguidas en la misma por miedo de ser degollado. No conoce ni los dulces placeres ni la amistad, todavía más dulce. Si se le habla de buscar la alegría, siente que ésta huye lejos de él y que rehúsa entrar en su corazón. Sus ojos hundidos lanzan miradas siniestras; sin cesar los mueve en todas direcciones; presta atención al menor ruido y se asusta en cuanto lo apercibe; está pálido, abatido, y las más serias preocupaciones se reflejan en su rostro, siempre con arrugas. Se calla, suspira, lanza profundos suspiros, y no puede ocultar los remordimientos que laceran sus entrañas. Los alimentos más exquisitos le desagradan. Sus hijos, en vez de ser su esperanza, son causa de su terror; ha hecho de ellos sus más peligrosos enemigos. No tiene ni un momento de tranquilidad; no se conserva sino a fuerza de derramar la sangre de todos aquellos a los que teme. ¡Insensato, que no ya

que su crueldad, en la cual confía, le hará perecer! Cualquiera de sus domésticos, tan sanguinario como él, se apresurará a librar al mundo de este monstruo.»

La ejemplar pero conmovedora escena de los sufrimientos del tirano tuvo por fin término con la muerte, acaecida el 30 de agosto de 1485.

El haber escogido a este notable personaje como el principal de la novela -pues fácilmente se comprenderá que la pequeña intriga de amor de Quintín sirve sólo como medio de presentación de la historia- proporcionó grandes facilidades al autor. Toda Europa, durante el siglo XV, estaba agitada con disensiones de origen tan vario que se hubiera requerido casi un discurso para haber inculcado en el lector inglés un espíritu perfectamente despierto y preparado para admitir la posibilidad de las escenas extrañas que se le presentaban.

En tiempo de Luis XI tenían lugar conmociones extraordinarias a través de toda Europa. Las guerras civiles de Inglaterra estaban concluídas más en apariencia que en realidad por el breve influjo de la Casa de York. Suiza proclamaba esa libertad que después tan bravamente defendió. En el Imperio, y en Francia, los grandes vasallos de la Corona procuraban emanciparse de su gobierno, mientras Carlos de Borgoña, por la fuerza, y Luis, más arteramente, por medios indirectos, laboraban para someterlos a su servicio en sus respectivas soberanías. Luis, mientras con una mano embaucaba y sometía a sus propios vasallos rebeldes, trabajaba secretamente con la otra para ayudar y alentar a las grandes ciudades comerciales de Flandes a rebelarse en contra del duque de Borgoña, a lo que la prosperidad o irritabilidad de dichas ciudades naturalmente las disponía. En la mayoría de los distritos forestales de Flandes el duque de Gueldres y Guillermo de la Marck, llamado por su ferocidad el Jabalí Salvaje de las Ardenas, estaban prescindiendo de los hábitos de los caballeros, para practicar las violencias y brutalidades de bandidos comunes.

Cien secretas combinaciones existían en las diferentes provincias de Francia y Flandes; numerosos emisarios privados del inquieto Luis, bohemios, peregrinos, mendigos, o agentes disfrazados de tales, estaban propagando por todas partes el descontento que por política lo convenía mantener en los dominios de la Borgoña.

Entre materiales tan varios y abundantes era difícil seleccionar los que más comprendiese e interesase al lector, y el autor tiene que lamentar que, aunque hizo uso con liberalidad del poder de apartarse de la realidad de la historia, no se siente en modo alguno confiado de haber dado a esta historia una forma agradable, compacta y suficientemente comprensible. El móvil principal de la trama es tal, que todo el que conozca un poco del sistema feudal puede comprenderlo fácilmente, aunque los hechos sean pura inventiva. Uno de los derechos de un jefe feudal más universalmente reconocidos era la facultad de poder impedir el matrimonio de un vasallo hembra. Esto puede juzgarse en contradicción con la ley civil y canónica, la que declara que el matrimonio será libre, mientras la jurisprudencia feudal o municipal, en el caso de que un feudo pase a una hembra, reconoce el derecho del que otorga el feudo a dictaminar en la elección del esposo de aquélla. Ello se fundaba en el principio de que el personaje feudal, por su merced, era el otorgador original del feudo, y estaba interesado en que el matrimonio de la hembra vasallo no introdujese a un enemigo del soberano feudal. Por otra parte, puede razonablemente defenderse que este derecho de imponer a una hembra vasallo, dentro de ciertos límites, la elección del marido sólo

compete al personaje feudal del que procede el feudo. No es, pues, muy improbable que una hembra vasallo de Borgoña acuda presurosa a buscar la protección del rey de Francia, de quien el propio duque de Borgoña era un vasallo, ni es muy inverosímil el afirmar que Luis, con toda su carencia de escrúpulos, hubiese proyectado traicionar a la fugitiva con una alianza que podía resultar inconveniente, cuando no peligrosa, para su pariente y vasallo de Borgoña.

Debo añadir que la historia de QUINTÍN DURWARD, que alcanzó una popularidad en Inglaterra más extendida que las anteriores novelas, encontró también un éxito no corriente en el Continente, en el que las alusiones históricas despertaban ideas más familiares.

Abbotsford, 1 diciembre 1831

Introducción

(2)

Y uno que ha tenido
pérdidas
-se va.
Mucho ruido y pocas nueces.
SHAKESPEARE.

Cuando el honrado Dogberry recapitula y recita todos los derechos que tiene a ser respetado, y que, en su opinión, debían haberle eximido del trato injurioso que le había infligido el caballero Conrado, es digno de notarse que no sacase más partido de su doble toga (asunto de alguna importancia en cierta capital que yo conozco), o de ser «un individuo apuesto, como cualquiera de Mesina», o del argumento concluyente de ser un hombre «lo suficientemente rico» y en cambio hiciese hincapié en ser *uno que ha tenido pérdidas.*

He observado siempre que a los que les sonríe la fortuna, bien por ocultar el nimbo brillante de su esplendor de aquellos a los que el hado ha tratado con más aspereza, o porque el medrar, luchando con la adversidad, es tan honroso para ellos como lo es para una fortaleza el resistir a un asedio, sea por lo que sea, he observado que

semejantes personas nunca dejan de referirle a uno los perjuicios que sufren con la dureza de los tiempos. Es raro comer en una mesa bien provista sin que los intervalos entre el Champagne, el Borgoña y el Hock se dediquen, si el que os convida a comer es hombre adinerado, a comentar la disminución del interés del capital y la dificultad de encontrar inversión para el dinero, que resulta estar, por consiguiente, en poder del anfitrión sin producir nada; o si éste es un propietario de tierras, sin que se expongan detalles angustiosos de los atrasos en los pagos y de las rentas disminuídas. Esto surte sus efectos. Los huéspedes suspiran y mueven sus cabezas a compás de la del anfitrión, miran el aparador repleto de vajilla, prueban una vez más los ricos vinos que fluyen alrededor de ellos en rápida circulación y piensan en la genuina benevolencia, que aunque constreñida en sus medios, prodiga aún todo lo que posee en hospitalidad, y lo que aun es más halagador, en la riqueza, que sin disminuir por esas pérdidas, resiste siempre sin mella, como el tesoro inagotable del generoso Aboulcasem, sangrías tan copiosas.

Este espíritu quejumbroso tiene, sin embargo, sus límites, como los hay para el que se queja por agravios recibidos, pasatiempo encantador que todos los viejos conocen, ya que en el fondo no tienen de qué quejarse y lo hacen por sistema. Pero nunca oí hablar a un hombre, cuyo crédito comenzase a decaer, de la disminución de sus ventas, y mi amable o inteligente médico me asegura que es cosa rara que los que sufren con una fiebre alta o un desorden por el estilo saquen a relucir sus sufrimientos como tema agradable de conversación.

Después de considerar con atención estas cosas no soy capaz de ocultar por más tiempo a mis lectores que no soy tan despreocupado ni tan falto de medios de fortuna para no participar en las desgracias que afligen al presente a los intereses de dinero y rentas de las tierras de estos reinos. Vosotros, los autores que vivís de chuletas de cordero, podéis alegraros que hayan bajado a tres peniques la libra, y si tenéis niños, podéis congratularos que los bollos se den más baratos; pero nosotros, que pertenecemos a la tribu que resulta arruinada por la paz y la abundancia -nosotros, que poseemos tierras y ganado vacuno y vendemos lo que estos pobres rebuscadores pueden comprar-, estamos desesperados ante los mismos hechos que harían iluminar todos los áticos de Grub Street si esta calle pudiese economizar cabos de vela para este fin. Por eso tengo a gala reclamar mi parte en las desgracias que sólo afectan a la riqueza y decir de mí, con Dogberry, «que soy lo bastante rico», pero, sin embargo, «que soy uno que ha tenido pérdidas».

Con el mismo generoso espíritu de emulación he recurrido últimamente al remedio universal contra la falta de dinero de que me quejo: una breve residencia en un clima meridional, con lo que no sólo me he ahorrado muchas carretadas de carbón, sino que también he experimentado el placer de excitar la simpatía general por mis circunstancias adversas entre aquéllos, quienes, en el caso de haber continuado gastando mis rentas entre ellos, se hubiesen preocupado poco si me hubiesen ahorcado. Así, mientras bebo *vin ordinaire*, mi cervecero ve disminuída la venta de sus vasos de cerveza; mientras compro mi frasco de *cinq fracs*, mi ración de Oporto no sale de las manos de mi proveedor de vinos; mientras mi *côtelette à la Maintenon* humea en mi plato, el macizo solomillo cuelga de su gancho en la tienda de mi amigo de la ciudad con el delantal azul. Todo, en una palabra, de lo que gasto aquí se pierde en casa, y los pocos *sous* ganados por el *garçon perruquier*, y hasta el mendrugo de

Librodot

pan duro que doy a su perrito de ojos colorados y nalgas sin pelos, resultan perdidos para mi viejo amigo el barbero, y el honrado *Trusty*, el perro mastín del corral. De suerte que tengo la dicha de saber que en todo momento mi ausencia es echada de menos y lamentada por aquellos que se preocuparían poco de mí si estuviese yo en el ataúd en el caso de estar seguros de la manera de pensar de mis albaceas. Sin embargo, exceptúo solemnemente de esta acusación de egoísmo e indiferencia a *Trusty*, el perro del corral, cuyas cortesías conmigo tengo razón para pensar eran de un carácter más desinteresado que las de cualquier otra persona que me ayudó a gastar la renta de mis bienes.

Mas la ventaja, ¡ay de mí!, de excitar tantas simpatías en casa no se consigue sin sufrir considerables inconveniencias personales. «Si quieres que llore, dice Horacio, debes primero derramar lágrimas»; y en realidad, podría a veces lamentarme del cambio que he hecho en las comodidades domésticas, que la costumbre había hecho necesarias, por los substitutos forasteros que el capricho y el amor al cambio han puesto de moda. Confesaré con vergüenza que mi estómago casero echa de menos el asado de buey genuino, según la costumbre de la casa Dolly, caliente del asador, tostado por fuera y escarlata, una vez que se aplica el cuchillo, por dentro, cuya falta no suplen todas las delicadezas de la *carte* de Very, con sus miles ortografías variadas de *Bifticks de Mouton.* El hijo de mi madre no se acostumbra a deleitarse con bebidas ligeras, y en estos tiempos en que la malta se obtiene por nada, preferiría un buen bock de cerveza a la bebida ácida e insubstancial que aquí lleva el honroso nombre de vino, aunque en su esencia y cualidades es muy similar al agua del Sena. Los vinos de marca son bastante aceptables -no hay nada que decir en contra del Chateau Margot o el Sillery, y no obstante no puedo menos de recordar las generosas cualidades del saludable y viejo Oporto. Y en cuanto al *garçon* y su perro, aunque son ambos animales divertidos, había, sin embargo, más sano humor en los guiños con los que nuestro peluquero acompañaba las novedades de la mañana, y simpatía más humana y perruna en el meneo del rabo del viejo *Trusty* que en su rival *Touton*, aunque se hubiese puesto de pie sobre sus patas traseras durante un año.

Estas señales de arrepentimiento llegaron quizá un poco tarde, y confieso (pues no debo ocultar nada a mi querido amigo el Público) que maduraron en cierto modo por la conversión de mi sobrina Cristina al catolicismo, gracias a los oficios de un astuto clérigo vecino nuestro, y por el matrimonio de mi tía Dorotea con un capitán de caballería, miembro de la Legión de Honor, y que, según nos asegura, hubiera ya llegado a ser mariscal de campo si nuestro antiguo amigo Bonaparte hubiese continuado viviendo y triunfando. En lo que se refiere a Cristina, debo reconocer que retornó con tanta facilidad a Edimburgo con sólo cinco pláticas nocturnas, que aunque desconfié algo de los medios y forma de su conversión, me alegró al mismo tiempo de ver que por fin tenía un pensamiento serio en su vida; además, perdía poco en el asunto, pues pasó al convento saliendo de una pensión. Pero el matrimonio terrenal de la tía Dorotea era cuestión muy diferente de los esponsales celestiales de Cristina. En primer lugar, se originaban grandes pérdidas en intereses para mi familia, pues ¿quién diablo hubiese pensado que mi tía Dorotea pudiese casarse? Y sobre todo, ¿quién hubiese imaginado que una mujer con cincuenta años de experiencia se casase con ejemplar tan curioso de la anatomía francesa, que sus miembros inferiores correspondían con los superiores como si un par de compases de brazos medio abiertos se hubiesen colocado uno a continuación de otro, mientras el cuerpo podía

representarse con holgura por el espacio que ocupaban dichas cabezas? Todo el resto de su persona era bigote, capote de piel y calzones de algodón. Podía ella haber contratado una polca en 1815 a los cosacos reales por la mitad del dinero que entregó a este espantajo militar. No hay nada más que decir del asunto, especialmente si se tiene en cuenta que ella citó a Rousseau para explicar su debilidad sentimental; así es que dejémoslo pasar.

Habiendo, pues, desahogado mi bilis contra una tierra que es, a pesar de todo, un país muy alegre, y que no puedo censurar porque yo lo busqué, y no él a mí, me ocuparé del objeto más importante de esta introducción, y el cual, mis lectores queridos, si no me hago demasiadas ilusiones de seguir contando con vuestros favores, me resarcirá quizá con exceso de los daños y perjuicios que he sufrido por traer a mi tía Dorotea al país de las pantorrillas gruesas, de los tobillos delgados, de los negros bigotes, de las extremidades sin tronco (le aseguro que el sujeto es como mi amigo lord L... dijo, una perfecta urraca, toda patas y alas) y de los finos sentimientos. Si hubiese escogido entre los militares un escocés bullanguero o un hijo intrépido de Erin, nunca hubiera mencionado el caso; pero tal como el hecho ha sucedido, es casi imposible dejar de sentir ese saqueo gratuito de los herederos y albaceas legales de mi tía. Pero callemos o invitemos al Público a escuchar un tema más agradable para nosotros y más interesante para los demás.

A fuerza de beber líquidos ácidos, como antes dije, y de fumar cigarros, en lo que no soy novato, deberé participar a mis lectores que gradualmente fui conociendo a un *homme comme il faut*, a uno de los pocos ejemplares de nobleza antigua que aun se encuentran en Francia, los cuales, como las estatuas mutiladas de un culto anticuado y en desuso, aun engendran cierto temor y estimación en aquellos que no rinden voluntariamente culto ni al uno ni a la otra.

Al visitar el café de la población me llamó la atención, desde luego, la singular dignidad y gravedad de los modales de este caballero, su apego asiduo a los zapatos y medias, con desprecio de las botas y los pantalones, la *croix de Saint Louis* en el ojal y una pequeña escarapela blanca en la presilla de su anticuado *shakoo.* Había algo interesante en su persona, y además, su gravedad, confrontada con el grupo animado que le rodeaba, resultaba, como la sombra de un árbol en el resplandor de un paisaje soleado, más interesante por su rareza. Hice todos los avances para conocerle como lo permitían las circunstancias del lugar y las costumbres del país, lo que quiere decir que me aproximé a él, fumó mi cigarro con chupetones intermitentes y sosegados, que apenas se apercibían, y le pregunté las pocas cosas que en cualquier parte la buena crianza, pero con especialidad en Francia, permite hacer a los forasteros sin que se les pueda tildar de impertinentes. El marqués de Hautlieu, pues tal era su rango, era tan lacónico y sentencioso como le permitía la cortesía francesa: contestaba todas las preguntas, pero no hacía ninguna y no alentaba para nuevos avances.

La verdad era que, poco accesible para los forasteros de cualquier país, o aun para los extraños entre sus propios paisanos, resultaba el marqués particularmente tímido con los ingleses. Podía dictar este sentimiento un resto de antiguo prejuicio nacional o podía provenir de su idea de que son altaneros y orgullosos de su dinero, y que en ellos el rango, unido a medios limitados de fortuna, suscita por igual su desprecio y su conmiseración, o, finalmente, cuando reflexionase en ciertos acontecimientos

recientes, podía quizá sentirse mortificado como francés, aun por aquellos éxitos que habían restaurado a su amo en el trono y a él a una propiedad disminuída y a un castillo dilapidado. Su desgano no asumió nunca, sin embargo, forma más activa que su alejamiento de la sociedad inglesa. Citando los asuntos de los forasteros requerían la interposición de su influencia en favor de ellos, era sistemáticamente concedida con la cortesía de un caballero francés que conoce lo que se debe a sí mismo y a la hospitalidad nacional.

A la postre, por alguna casualidad, hizo el marqués el descubrimiento que el nuevo comensal de su café era un natural de Escocia; circunstancia que le dispuso mucho en mi favor. Algunos de sus ascendientes, según me dijo, habían sido de origen escocés, y creía que su casa tenía aún algunos parientes en la provincia de Hanguisse, de ese país. El parentesco había sido reconocido por ambos lados desde el comienzo del siglo anterior, y una vez estuvo decidido, durante su destierro (pues cabe suponer que el marqués se había unido a los partidarios de Condé y compartido todas las fatigas y miserias de la emigración), a hacer valer su parentesco para pedir la protección de sus amigos escoceses. Pero, pensándolo mejor, no quiso presentarse ante ellos en circunstancias que pudieran favorecerle poco, y que podían hasta imaginar que traerían consigo alguna pequeña carga y quizá también alguna pequeña desgracia. De suerte que pensó que lo mejor era confiarse a la Providencia y sostenerse por sí como mejor pudiese. Cómo lo consiguió, nunca lo supe; pero estoy seguro de que no fué a costa de nada que pudiera ser en descrédito del buen hombre, que sostenía con firmeza sus opiniones y su lealtad contra viento y marea, hasta que el tiempo le devolvió, anciano, indigente y con el ánimo decaído, al país que había dejado en la flor de su juventud y en plena salud, y colmado de paciencia con los años en vez de adoptar un tono de vivo resentimiento, que prometiese rápida venganza contra los que le expulsaron. Podía haberme reído de algunos de los rasgos del carácter del marqués, de sus prejuicios, tanto de alcurnia como en política, si lo hubiese encontrado en circunstancias más prósperas; pero en su situación actual, aunque no hubiesen sido prejuicios sanos y lícitos, no inspirados por motivos rastreros ni interesados, había que respetarle como respetamos al confesor o al mártir de una religión que no es precisamente la nuestra.

Poco a poco nos hicimos buenos amigos: bebimos juntos nuestro café, fumamos nuestro cigarro y tomamos nuestro *bavariose* durante más de seis semanas, con pequeñas interrupciones, motivadas por ocupaciones de uno y otro. Habiendo logrado averiguar, por una coincidencia afortunada, que la provincia de Hanguisse sólo podía ser nuestro condado de Angus, estuve en condiciones de contestar a la mayoría de sus preguntas relativas a sus parientes de modo más o menos satisfactorio, y me sorprendí mucho de ver que el marqués conocía la genealogía de algunas de las familias distinguidas de ese país mucho mejor de lo que podía lógicamente imaginarme.

Por su parte, fué tan grande su satisfacción con nuestro trato, que acabó por decidirse a invitarme a comer al castillo de Hautlieu, que justificaba bien su nombre, ya que se erguía en una eminencia del terreno a orillas del Loira. Este edificio quedaba a unas tres millas de distancia de la población en la que había establecido mi residencia temporal, y cuando lo visité por primera vez pude fácilmente perdonar los sentimientos de mortificación que el propietario demostró por recibir a un huésped en el asilo que se había formado con las ruinas del palacio de sus padres. Gradualmente,

con mucha alegría, que evidentemente ocultaba un sentimiento más profundo, me preparó respecto al lugar que iba a visitar, y para esto tuvo una buena oportunidad mientras me conducía en su pequeño cabriolet, arrastrado por un pesado caballo normando, hacia el antiguo edificio.

Sus restos se desparraman sobre una hermosa terraza que domina al río Loira, y al cual está ligado por una sucesión de escalinatas, muy adornadas con estatuas, labores de piedra y otros embellecimientos artificiales, que descienden de una terraza en otra hasta alcanzar la propia orilla del río. Toda esta decoración arquitectónica, con el aditamento de parterres de hermosas flores y arbustos exóticos, había sido substituida desde hacía muchos años por un escenario mucho más provechoso de labores de viñas; no obstante, los restos, muy sólidos para ser destruídos, son aun invisibles, y con las diversas rampas y niveles artificiales del terreno son una demostración perfecta de la intensidad con que aquí se aplicó el Arte para decorar la Naturaleza.

Pocos de estos escenarios quedan aun incólumes, pues la volubilidad de la moda ha realizado en Inglaterra el cambio total que la devastación y la furia popular han producido en los lugares de recreo de Francia. Por lo que a mí se refiere, me satisface suscribir la opinión del juez más calificado de nuestro tiempo[(3)], que piensa que hemos llevado a un límite nuestro gusto por la sencillez y que la vecindad de una casa señorial requiere ornatos más bellos que los que se logran con sólo la presencia de hierba y grava. Una situación muy romántica puede resultar degradada con un ataque a tales ornamentos artificiales, pues en la mayoría de los sitios parece necesaria la intervención de una decoración más arquitectónica de la que ahora se estila para hacer desaparecer la timidez manifiesta de una casa grande, colocada por sí en medio de una pradera, en donde aparece tan desligada de sus alrededores como si se hubiera escapado del pueblo dando un paseo. Es bastante incomprensible cómo el gusto ha cambiado tan absoluta y repentinamente, a no ser que nos lo expliquemos por la misma razón por la que los tres amigos del padre, en la comedia de Molière, recomendaban una cura para la melancolía de su hija, que debía poner en las habitaciones de ella, bien pinturas, bien tapices, bien porcelanas, según las diversas obras de arte en que comerciaba cada uno de ellos. Razonando de modo semejante, quizá descubramos que, de antiguo, el arquitecto proyectó el jardín y los terrenos de recreo en las proximidades de la mansión, y era natural que desplegase su arte en estatuas y vasos de adorno, en terrazas pavimentadas y escalinatas, con balaustradas adornadas, mientras el jardinero, subordinado suyo, procurase que el reino vegetal correspondiese al gusto dominante y cortase los setos en forma de paredes verdeantes, con torres y murallas almenadas, y los árboles aislados, a semejanza de estatuas. Pero el tiempo ha pasado, y el jardinero paisajista, como se le llama, se ha puesto a la altura del arquitecto, y por eso se hace un empleo algo exagerado y liberal de la pala y del azadón y se convierten las labores ostentosas del arquitecto para hacer una *ferme ornée,* en algo tan poco diferente de la sencillez que la Naturaleza despliega en los terrenos próximos, que apenas se distingue de ellos por los paseos convenientes y limpios que el *confort* exige en las vecindades de la residencia de un caballero.

Dando por terminada esta digresión, que ha dado tiempo al cabriolet del marqués para ascender la colina por un camino en zig zag, ahora muy deteriorado, llegamos a distinguir una larga hilera de edificios sin techo, unidos con el extremo occidental del castillo, que estaba totalmente en ruinas. «Debo hacerle resaltar -me dijo-, como inglés

Librodot

que es usted, el gusto de mis antepasados al unir esa hilera de cuadras con el castillo. Sé que en su país es costumbre ponerla a cierta distancia; pero mi familia tenía un orgullo hereditario por los caballos, y le gustaba visitarlos con más frecuencia que si hubieran estado albergados a mayor distancia. Antes de la Revolución tenía treinta caballos finos en esa hilera ruinosa de edificios.»

Estos recuerdos de su pasada grandeza se le escaparon por casualidad, pues era parco, por lo general, en alusiones a su pasado esplendor. Habló con sosiego, sin afectación por la importancia dada a una riqueza pasada y sin aparentar exigir simpatía por la desaparición de ésta. Despertaron, sin embargo, reflexiones desagradables, y permanecimos ambos silenciosos hasta que apareció una *paysanne* francesa en un rincón, en parte reparado, de lo que había sido alojamiento de un portero, con ojos negros como el azabache y brillantes como diamantes, con una sonrisa en el rostro que dejaba ver una doble hilera de dientes, que una duquesa hubiese envidiado, y acercándose al carruaje se hizo cargo de las riendas.

«Madelon debe actuar hoy de groom -dijo el marqués, después de inclinar elegantemente la cabeza para corresponder a la profunda reverencia de ella a su acompañante-, pues su marido ha ido al mercado; y en cuanto a La Jeunesse, está muy ocupado con sus diversos menesteres. Madelon -continuó, mientras avanzábamos bajo el arco de entrada, coronado con el escudo de armas, mutilado, de anteriores lores, ahora medio obscurecido por el musgo y la grama y por algunas ramas sueltas de arbustos sin podar-, Madelon era ahijada de mi mujer y fué educada para ser doncella de mi hija.»

Esta indicación discreta de ser un marido viudo y un padre sin hijos aumentó mi respeto por el desgraciado noble, a quien todo lo concerniente con su actual situación era motivo, sin duda, de melancólica reflexión. Prosiguió, después de una pausa instantánea, con tono más alegre: «Se entretendrá usted con mi pobre La Jeunesse - dijo-, que, dicho sea de paso, es diez años más viejo que yo (el marqués rebasa los sesenta); me recuerda al personaje en el *Roman comique* que representa un juguete entero con sólo su persona: insiste en ser *maître d'hôtel, maître de cuisine, valet de chambre,* toda una serie de servidores con sólo su modesta individualidad. A veces me hace acordarme de un personaje en *The Bridle of Lammermoore*[(4)], que debe usted de haber leído, ya que es la obra de uno de sus *gens de lettres, qu'on appelle, je crois, le Chevalier Scott.»*

«¿Presumo que se refiere a sir Walter?»

Sí, al mismo, al mismo -contestó el marqués.

Nos desviamos por el momento de más recuerdos dolorosos, pues tenía que aclarar dos extremos a mi amigo el francés. Logré convencerle del primero con alguna dificultad, pues aunque no le gustaba al marqués el idioma inglés, presumía, sin embargo, por haber estado tres meses en Londres, de entender las mayores dificultades de nuestro lenguaje, y recurría al testimonio de todos los diccionarios, desde el Florio para abajo, que la palabra *bride* (novia) debía traducirse por *bridle* (brida). Tan escéptico se mostró en esta cuestión de filología, que cuando le afirmé que en toda la historia no aparecían ni por casualidad bridas algunas, él, con gran mesura y sin saber a quién hablaba, echó toda la culpa de semejante absurdo al desgraciado autor. Luego

tuve el gran candor de informar a mi amigo, por razones que nadie mejor que yo podía conocer, que mi distinguido literato y paisano, de quien siempre hablaré con el respeto que su talento merece, no era responsable de las obras triviales que el buen humor de la gente le había atribuido, demasiado generosa y atrevidamente. Sorprendido por el arranque del momento, podía haber seguido adelante y presentado una prueba evidente de mi afirmación, confesando a mi interlocutor que no era posible que nadie hubiese escrito esas obras, ya que yo mismo era el autor, cuando me vi libre de esa salida extemporánea al oír la tranquila respuesta del marqués, que decía alegrarse de saber que esas trivialidades no fueron escritas por una persona distinguida. «Las leemos -dijo- lo mismo que escuchamos los chistes de un comediante o como nuestros antepasados prestaban oídos a los de un bufón profesional, divirtiéndonos mucho, lo que no obsta para que sintiéramos que esa diversión nos la proporcionase uno que tuviese título preferente para figurar en nuestra sociedad.»

Con esta declaración recuperé por completo mi prudencia habitual, y temí tanto descubrirme que ni intenté explicar a mi aristocrático amigo que el caballero que había citado debía su prosperidad, por lo que había oído, a cierta obra suya, que podía compararse sin menoscabo a ciertos romances en rima.

La verdad era que, entre otros prejuicios injustos, que ya he citado, el marqués había contraído horror, mezclado con desprecio, por casi todas las variedades de autores, comparable al de aquel que compone un volumen en folio sobre leyes o teología y contempla al autor de un romance, novela, poema o pieza de crítica, como se mira a un reptil venenoso, con miedo y repugnancia a la vez. El abuso de la Prensa, sostenía él, en especial de cierta clase de ella, había envenenado toda la moralidad de Europa, y una vez más y gradualmente volvía a ganar una influencia que la voz de la guerra había hecho acallar. Imaginaba a todos los escritores, con raras excepciones, dedicados a esta mala causa, desde Rousseau y Voltaire hasta Pigault le Brun y el autor de las Novelas Escocesas; y aunque las leía *pour passer le temps*, sin embargo, como Pistol comiendo su puerro, no dejaba de execrar la tendencia de la obra que escogía mientras devoraba su contenido.

Habiendo observado esta peculiaridad, varié la conversación y di pie al marqués para nuevas observaciones sobre la mansión de sus antepasados. «Allí -dijo- estaba el teatro; mi padre se agenciaba una orden especial para que trabajasen algunos de los principales actores de la *Comedie Française* cuando el rey y madame Pompadour le visitaban en este lugar, lo que hicieron más de una vez; allá, más hacia el centro, estaba el *hall* del barón, en el que se ejercía su jurisdicción feudal cuando los criminales tenían que ser juzgados por el señor o su alguacil, pues teníamos, como vuestros antiguos nobles escoceses, el derecho de horca y fosa, o *fossa cum furca*, como le llaman los jurisconsultos; debajo está la cámara de las preguntas o de la tortura, y realmente deploro que un derecho que tanto se presta al abuso estuviese al arbitrio de ninguna persona viviente. Pero -añadió, con un sentimiento de dignidad que derivaba de las atrocidades que sus antecesores habían cometido debajo de las ventanas enrejadas, a las que señalaba- es tal el efecto de la superstición, que hasta hoy día los campesinos no se atreven a aproximarse a los calabozos, en los que, según se dice, la cólera de mis ascendientes se desahogó cruelmente en tiempos pretéritos.»

A medida que nos aproximábamos a una de las ventanas, y mientras experimentaba cierta curiosidad para ver este lugar terrorífico, surgieron de este abismo subterráneo unas carcajadas agudas que fácilmente descubrimos eran producidas por un grupo de niños jugando, que habían hecho lugar de esparcimiento de las abandonadas bóvedas.

El marqués quedó algo desconcertado y tuvo que recurrir a su *tabatière;* pero reponiéndose en seguida, observó que se trataba de los niños de Madelon, que estaban familiarizados con los supuestos terrores de los rincones subterráneos. «Además -añadió-, para ser sinceros, hay que decir que estas pobres criaturas han nacido después del período de supuesta iluminación, que disipa al mismo tiempo nuestra superstición y nuestra religión, y esto me obliga a recordarle que hoy es un *jour maigre.* Mi único invitado, a más de usted, es el cura de la parroquia, y no ofenderé voluntariamente sus opiniones. Por otra parte -continuó más valerosamente y dando a un lado a su reserva-, la adversidad me ha sugerido pensamientos distintos sobre estos asuntos de los que la prosperidad dictaba, y doy gracias a Dios de que no me avergüenzo confesar que practico los preceptos de mi Iglesia.»

Me precipité a contestar que, aunque podían diferir de los de la mía, tenía el máximo respeto por los preceptos religiosos de toda comunidad cristiana, percatado de que adorábamos al mismo Dios, bajo el mismo gran principio de la salvación, aunque con formas diferentes, cuya variedad de culto, de no haber sido permitida por el Todopoderoso, hubiera conducido a que nuestros deberes religiosos no hubieran sido prescritos tan categóricamente como lo son en la ley de Moisés.

El marqués no acostumbraba a dar la mano; pero en la ocasión presente agarró la mía y la sacudió amablemente, único modo de aquiescencia con mis sentimientos, que quizá un católico celoso podía o debía manifestar en tal ocasión.

Durante dos o tres vueltas sobre la larga terraza surgieron otras consideraciones a la vista de las extensas ruinas, y luego nos sentamos durante un cuarto de hora en un pabellón abovedado, de piedra de sillería, decorado con el escudo de armas del marqués, y cuyo techo, aunque abierto en alguno de sus arcos, se conservaba aún entero. «Aquí -dijo, adoptando el tono de su anterior conversación-, me gusta sentarme, bien al mediodía, cuando en este interior me encuentro resguardado del calor, o a la caída de la tarde, cuando los rayos de sol se extinguen sobre la amplia superficie del Loira. Aquí, según las palabras de vuestro gran poeta, con quien, a pesar de ser francés, estoy más íntimamente compenetrado que la mayoría de los ingleses, me gusta descansar.

Showing the code of sweet and bitter fancy

Tuve buen cuidado de no protestar contra esta manera de expresar un pasaje bien conocido de Shakespeare, pues sospeché que el excelso poeta, hubiera desmerecido ante la opinión de juez tan delicado como el marqués si hubiese querido demostrarle que aquél había escrito *chewing the* cud [(5)], según todas las autoridades en la materia están conformes. Además, ya había tenido bastante con nuestra anterior disputa, estando convencido desde hacía tiempo (aunque no hasta transcurridos diez años después de que dejó el colegio de Edimburgo) que lo principal en la conversación no consiste en exhibir el superior conocimiento de uno en asuntos sin importancia, sino en incrementar, mejorar y corregir la información que uno posee por la autoridad de

los otros. Por eso dejé al marqués en su error y fui recompensado con una erudita disquisición sobre el estilo florido de arquitectura introducido en Francia durante el siglo XVII. Señaló sus méritos y sus defectos con gran acierto, y habiendo tocado asuntos similares a los que antes fueron motivo para mí de reflexiones, hizo un llamamiento a favor de ellos de género diferente fundado en los recuerdos que despertaban. «¿Quién -dijo- destruiría voluntariamente las terrazas del castillo de Sully, ya que no se las puede pisar sin recordar la imagen de ese hombre de Estado, que se distinguió a la vez por una integridad severa y por una sagacidad de espíritu firme e infalible? En el caso de alterar sus contornos, su disposición, ¿podríamos aún imaginárnoslas el escenario de sus reflexiones patrióticas? ¿Sería escenario adecuado una casa vulgar para el duque, sentado en un sillón y la duquesa en un *tabouret,* dando allí lecciones de valor y fidelidad a sus hijos, de modestia y sumisión a sus hijas, de rígida moralidad a ambos, mientras el círculo de los jóvenes nobles escuchaba con oídos atentos y los ojos fijos con modestia en el suelo, de pie, sin replicar ni sentarse sin el mandato expreso de su príncipe y padre? No, señor -dijo con entusiasmo-; destruid el pabellón principesco en que tenía lugar esta edificante escena familiar y se quita de la imaginación la verosimilitud, la veracidad de toda la escena. ¿O puede su imaginación suponer a este distinguido par y patriota paseando en un *jardin anglois?* En ese caso, también cabría figurárselo vestido con una levita azul y un chaleco blanco en vez de su casaca a lo Enrique IV y su *chapeau à plumes.* Considere cómo se hubiera desplazado en el laberinto tortuoso de lo que usted ha llamado *ferme ornée,* con sus dos filas habituales de guardas suizos precediéndole y el mismo número siguiéndole. Al recordar su cara con su barba, sus *haut-de-chausses à canon,* unidas a su justillo con innumerables *aiguilettes* y nudos de cinta, no podría usted, suponiéndole en un *jardin anglois* moderno, distinguirle de algún viejo loco que ha tenido la humorada de vestirse como su tatarabuelo y a quien un destacamento de *gens d'armes* conduce al *Hôpital des Fous.* Pero contemple la extensa y magnífica terraza, si aun existe, por la que el exaltado y leal Sully acostumbraba a pasear, solitario, dos veces al día, mientras reflexionaba en los planes patrióticos que acariciaba para aumentar la gloria de Francia, o, en un período posterior y más triste de su vida, meditaba en su señor asesinado y en el sino de su alocado país; coloque ese noble fondo de arcadas, vasos, imágenes, urnas y de todo lo que pueda expresar la vecindad del palacio ducal, y el paisaje se hace idóneo de nuevo. Los *factionnaires,* con sus arcabuces, situados en las extremidades del largo y nivelado paseo, anuncian la presencia del príncipe feudal, así como la guardia de honor que le precede y le sigue, con las alabardas erectas, porte firme y marcial, como ante el enemigo, y que se mueve al unísono con su superior jerárquico, educando sus pasos para acompañarle, deteniéndose cuando él se detiene, acomodando sus pasos a las pequeñas irregularidades de pausa y avance dictadas por las fluctuaciones de sus fantasías, y caminando, con precisión militar, delante y detrás de él, que semeja el centro y principio animado de sus filas armadas, como el corazón que da vida y energía al cuerpo humano. O si sonríe usted -añadió el marqués, mirando con duda a mi rostro- con un paseo tan poco en consonancia con la libertad frívola de las costumbres modernas, ¿podría usted imaginarse demolida esa otra terraza hoyada por la fascinadora marquesa de Sevigné, a la que están ligados tantos recuerdos referentes a pasajes en sus encantadoras cartas?»

Un poco cansado con esta disquisición, en la que el marqués insistía para exaltar las bellezas naturales de su propia terraza, que, derruida como estaba, no requería

tanta recomendación, informé a mi compañero que acababa de recibir de Inglaterra un diario de viaje hecho por el sur de Francia por un joven amigo mío, poeta, dibujante y estudiante, en el que da una descripción tan interesante y tan a lo vivo del *Château Grignan,* mansión de la hija adorada de madame de Sevigné, y a menudo lugar habitado por ella misma, que nadie que lea el libro y que se encuentre en la región del castillo dejará de ir en peregrinación al lugar. El marqués sonrió muy complacido, y preguntó el título de la obra en cuestión, y escribiendo a mi dictado *Un itinerario en Provenza y el Ródano,* hecho en el año de 1819 por Juan Hughes, A. U., de Oriel College, Oxford, hizo la observación que ahora no podía adquirir libros para su castillo, pero que recomendaría que el *Itinerario* fuese encargado en la librería a la que estaba *abonné,* en la población próxima. «Y aquí -dijo- viene el cura para ahorrarnos nuevas disquisiciones, y veo a La Jeunesse en torno al viejo pórtico de la terraza, con la intención de tocar la campana llamándonos a comer; ceremonia de las más innecesarias para reunir a tres personas, pero que sería motivo de desazón para el viejo hombre si la tuviese que abandonar. No se fije en él ahora, ya que le gusta desempeñar de incógnito los deberes de los departamentos inferiores; cuando la campana haya cesado de sonar, aparecerá ante nosotros en su papel de mayordomo.»

Mientras el marqués hablaba, había avanzado hacia la extremidad oriental del castillo, que era la única parte del edificio que aún permanecía habitable.

«La *Bande Noire* -dijo el marqués-, cuando destruyó el resto de la casa, buscando el plomo, la madera y otros materiales, me hizo, sin intención, el favor de reducirla a dimensiones más adecuadas a las circunstancias de su propietario. Ha quedado lo bastante para que la oruga hile su capullo, ¿y qué le importa que los reptiles hayan devorado el resto del arbusto?»

Mientras hablaba así llegamos a la puerta, en la que apareció La Jeunesse, con aire desde luego de profundo respeto y actitud servicial y un rostro que, aunque surcado por muchas arrugas, estaba dispuesto a responder a la primera palabra amable de su amo con una sonrisa, que mostraba su blanca hilera de dientes firme y hermosos a pesar de los años y del sufrimiento. Sus medias blancas de seda, lavadas hasta que su tinte se había vuelto amarillento; su coleta, sujeta con una roseta; el menudo rizo gris a cada lado de sus descarnadas mejillas; la casaca, color perla, sin cuello; el solitario, el *jabot,* los puños de la camisola ostensibles en las muñecas y el *chapeau brass,* todo anunciaba que La Jeunesse consideraba la llegada de un huésped al castillo como un acontecimiento desusado, al que había que corresponder con un despliegue de magnificencia y aparato por su parte.

Mientras miraba al fiel, aunque fantástico, servidor del marqués, el cual indudablemente heredó sus prejuicios así como sus ropas de desecho, no podía por menos de reconocer en mi interior la semejanza señalada por el marqués entre La Jeunesse y mi Caleb, el fiel escudero del señor de Ravenswood. Pero un francés, un méteme en todo por naturaleza, puede, con mucha más facilidad y ductilidad, realizar una variedad de servicios y bastarse por sí solo para desempeñarlos todos que un escocés con su formalidad y lentitud. Superior en destreza a Caleb, aunque no en celo, parecía multiplicarse La Jeunesse con las necesidades del momento y efectuar sus diversos cometidos con una prontitud y asiduidad que no se echaba de menos ni se deseaba servicios aparte de los suyos.

La comida, en particular, fué exquisita. La sopa, aunque fué calificada de *maigre,* término que los ingleses emplean con desprecio, tenía un sabor muy delicado, y el *matelot* de lucio y anguilas me reconcilió, a pesar de ser escocés, con las últimas. Había también un *petit plat de bouilli* para el hereje, tan exquisitamente sazonado que retenía todos los jugos, y al mismo tiempo tan blando que no cabía nada más delicado. El *potage,* con otra pequeña fuente o dos, estaban asimismo bien preparados. Pero lo que el viejo *maître d'hôtel* apreciaba como algo soberbio, sonriendo de satisfacción y con el goce de mi sorpresa, mientras lo colocaba sobre la mesa, fué una inmensa *assiette* de espinacas no dispuesta en una superficie uniforme, como por nuestros cocineros del otro lado del Canal, sino presentando colinas y valles, sobre los que marchaba pomposamente un ciervo gallardo, perseguido por una jauría de sabuesos en plena algarabía y un noble conjunto de jinetes con cuernos de caza y látigos enhiestos, y blandiéndolos a guisa de espadas; sabuesos, cazadores y ciervo hechos todos muy hábilmente con pan tostado. Gozando con las alabanzas que no dejé de otorgar a esta *chef-d'oeuvre,* confesó el buen hombre que casi le había llevado dos días el llevarlo a tal punto de perfección, y añadió, honrando al que debía, que idea tan brillante no era del todo suya, ya que el propio señor se había tomado la molestia de hacerle algunas indicaciones valiosas y aun había condescendido en ejecutar algunas de las figuras más importantes. El marqués se ruborizó un poco con esta *eclaircissement,* que probablemente hubiera deseado ver suprimida; pero reconoció que había deseado sorprenderme con una escena de un poema popular de mi país, *Miladi Lac.* Le contesté que un *cortège* tan espléndido se parecía mucho más a una gran *chasse* de Luis XIV que al de un pobre rey de Escocia, y que el *paysage* era más bien el de Fontainebleau que el de los yermos de Callauder. Se inclinó graciosamente en respuesta a este cumplido, y confesó que el recuerdo de los trajes de la antigua corte francesa, en época de su esplendor, podía haber alucinado su imaginación, y con esto la conversación pasó a otros temas.

El postre fué delicioso: el queso, las frutas, la ensalada, las aceitunas, los *cerneaux* y el exquisito vino blanco, cada uno en su estilo, eran *impayables,* y el buen marqués, con aire de gran satisfacción, observó que su huésped rendía sincero homenaje a sus méritos. «Después de todo -dijo-, y aunque sea confesar una tonta debilidad, sólo placer me produce el verme capacitado para ofrecer a un forastero una clase de hospitalidad que parece agradarle. Créame, no es sólo por orgullo por lo que nosotros, *pauvres revenants,* vivimos tan retirados y evitamos los deberes de la hospitalidad. Es verdad que muchos de nosotros recorren los *halls* de nuestros padres más bien como fantasmas de sus difuntos propietarios que como hombres vivos vueltos a instalar en sus posesiones; es, sin embargo, más bien por culpa vuestra que no de nuestra manera de pensar por lo que no cultivamos la sociedad de nuestros visitantes extranjeros. Tenemos la idea que vuestra opulenta nación gusta particularmente del *faste* y de vivir a lo *grand chère,* y los medios de vida a nuestro alcance son tan limitados, en la mayoría de los casos, que nos sentimos del todo excluídos de tanto gasto y ostentación. Nadie gusta ofrecer lo mejor que tiene cuando tiene fundamento para pensar que no ha de agradar; y como ustedes acostumbran a publicar en los periódicos notas de sociedad, monsieur le Marquis no se vería probablemente recompensado con ver la modesta comida que pudo ofrecer a *milord Anglois* registrada en letras de molde.»

Interrumpí al marqués para decirle que, en el caso de querer yo ver publicada una referencia del agasajo, sería con el único objeto de conservar el recuerdo de la mejor comida que había disfrutado en mi vida. Correspondió a mi frase con una inclinación de cabeza y dijo que, o yo disentía mucho del gusto nacional, o las referencias que él tenía de éste eran muy exageradas. Le satisfacía mucho poderme dar pruebas de lo que rendían las posesiones que aún le quedaban. «Lo útil -dijo- ha sobrevivido a lo suntuoso en Hautlieu como en otras partes. Grutas, estatuas, invernaderos de plantas exóticas, el templo y la torre se han venido abajo; pero la viña, el *potager,* los árboles frutales, el *etang* aun subsisten»; y, una vez más, mostró su satisfacción y su alegría por ver que con los productos combinados de sus tierras podía presentarse una comida que resultaba tolerable para un bretón. «Sólo espero -continuó- que me convenza de la sinceridad de sus cumplidos, aceptando la hospitalidad del château de Hautlieu tan a menudo como otros compromisos mejores lo permitan, durante su estancia en esta región.»

Prometí, desde luego, aceptar una invitación ofrecida con tanta gracia que hacía aparecer al invitado como la persona que honraba al marqués.

La conversación derivó entonces a la historia del castillo y sus alrededores, asunto en el que pisaba terreno firme el marqués, aunque no era muy aficionado al conocimiento de las cosas antiguas, ni aun historiador profundo, cuando se discutían otros temas. El cura, sin embargo, resultó ser perito en ambos asuntos, y además, hombre agradable y conversador, con aire de *prevenance,* y muy comunicativo, detalle éste característico de los clérigos católicos según he podido comprobar. Por él me enteré que aún existían los restos de una escogida biblioteca en el château de Hautlieu. El marqués se encogió de hombros mientras el cura me hacía esta indicación, miraba de un lado a otro y demostraba la misma clase de desasosiego que no había podido refrenar cuando La Jeunesse intervino para aclarar su intervención en los menesteres de la *cuisine.*

-Me gustaría poder enseñar los libros -dijo-; pero están tan desordenados y tan estropeados, que me avergüenza enseñárselos a nadie.

-Perdóneme, querido señor -dijo el cura-; usted sabe que permitió al gran bibliófilo inglés doctor Dibdin consultar sus curiosas reliquias y sabe lo muy bien que habló de ellas.

-¿Qué podía hacer, mi querido amigo? -dijo el marqués- El buen doctor había escuchado algún informe exagerado de los restos de lo que en otra época fué una biblioteca; él mismo se instaló en el *auberge* de ahí abajo decidido a realizar su propósito o a morir bajo las paredes. Aun oí decir que midió la altura de la torrecilla para proveerse de escaleras de mano. ¿No hubiera usted querido que fuese yo la causa de tal acto de desesperación por parte de un sacerdote, aunque perteneciendo a otra Iglesia? No podía, en conciencia, consentirlo.

-Pero usted sabe además, señor marqués -continuó el cura-, que el doctor Dibdin estaba tan indignado con la dilapidación que había sufrido su biblioteca, que abiertamente envidió los poderes de nuestra Iglesia con sus facultades para lanzar anatema contra los promotores del daño, y que hubiera él lanzado de muy buena gana.

-Su resentimiento estuvo en proporción con su desengaño, supongo -dijo nuestro anfitrión.

-En modo alguno -dijo el cura-; pues estaba tan entusiasmado con el valor de lo que quedaba, que estoy convencido que únicamente su ruego insistente en contra fué la causa de que el château de Hautlieu no llenase por lo menos veinte páginas en esa espléndida obra, de la que nos envió un ejemplar, y que será un monumento perdurable de su celo y erudición.

-El doctor Dibdin es muy amable -dijo el marqués-, y cuando hayamos tomado nuestro café (aquí llega) iremos a la torrecilla; y espero que ya que el señor no ha despreciado mi pobre comida, perdonará el estado de mi revuelta librería, y yo seré muy feliz si puedo proporcionarle algo que le sirva de entretenimiento. En realidad -añadió-, usted, mi querido padre, es el que tiene todos los derechos sobre libros que, sin su intervención, nunca hubieran vuelto a su propietario.

Aunque este acto adicional de cortesía fué con toda evidencia motivado por la inoportunidad del cura y dicho por el marqués a la forzosa, ya que su deseo de ocultar lo desmantelado del lugar y la extensión de sus pérdidas parecía siempre luchar con su tendencia a mostrarse cortés, no pude menos de aceptar su ofrecimiento, que, en estricta cortesía, debía quizá haber rehusado. Pero tratándose de los restos de una colección tan interesante que había inspirado a nuestro amigo el bibliófilo el deseo de hacer un escalo al ver frustradas sus esperanzas, hubiera sido una insensatez el haber declinado la oportunidad de verla. La Jeunesse trajo café, tal como nosotros sólo lo tomamos en el Continente, sobre una bandeja do plata, cubierto con una servilleta, y *chasse-caffé* de la Martinica en otra.

Concluída nuestra comida, el marqués nos condujo por un *escalier derobé* a un salón muy grande y bien de proporciones, de cerca de cien pies de longitud, pero tan destrozado que mantuve la vista fija en el suelo por temor de que mi amable acompañante se considerase obligado a excusarse por cuadros rotos y tapices desgarrados, y lo que era peor, por marcos de ventana que en uno o dos casos habían sido víctimas del cruel embite.

-Hemos intentado hacer más habitable la torrecilla -dijo el marqués, mientras avanzaba rápido por el cuarto de la desolación-. Esto fué la galería de pinturas en tiempos pretéritos, y en el *boudoir* de más allá, que ahora dedicarnos a depósito de libros, había guardados algunos cuadros curiosos, cuyo pequeño tamaño exigía que se les contemplase de cerca.

Mientras hablaba, apartaba algunos de los tapices mencionados, y entramos en la habitación a la que se refería. Era octógona, correspondiendo a la forma externa de la torre cuyo interior ocupaba. Cuatro de los lados tenían ventanas de celosía, desde las que se disfrutaban las más hermosas perspectivas sobre el majestuoso Loira y la comarca colindante; y los marcos estaban rellenos de cristales de colores, y a través de dos de ellos, en que se reflejaba el resplandor del sol poniente, aparecía un conjunto brillante de emblemas religiosos y escudos de armas, que era imposible mirar sin deslumbrarse; pero las otras dos ventanas, de las que se habían retirado los rayos solares, podían examinarse atentamente y se veía que las celosías estaban cubiertas con cristales coloreados, que no pertenecieron a ellas desde un principio, sino, como

luego me enteré, a la profanada capilla del castillo. Durante varios meses el marqués se había entretenido en realizar este *rifacciamento* con la ayuda del cura y del indispensable La Jeunesse, y aunque se habían limitado a ensamblar fragmentos, que en muchos sitios eran minúsculos, resultaba el conjunto de un efecto muy agradable cuando se lo miraba con atención y con el espíritu de un amante de las cosas viejas.

Los lados de la habitación no ocupados por las celosías estaban, excepto el espacio para la pequeña puerta, provistos de armarios y estantes, algunos de nogal, curiosamente esculpidos, y que con el tiempo habían tomado un color obscuro que se asemejaba al del castaño, y otros, de madera corriente, colocados para suplir y reparar las deficiencias ocasionadas por la violencia y la devastación. En estos estantes estaban depositados los restos, o más bien las preciosas reliquias, de la más espléndida librería.

El padre del marqués había sido un hombre instruido, y su abuelo fué famoso, aun en la corte de Luis XIV, en la que la literatura corría las alternativas de la moda por la extensión de sus conocimientos. Estos dos propietarios, de grandes fortunas y acostumbrados a satisfacer sus caprichos, hicieron tales adiciones a una curiosa y antigua biblioteca gótica que provenía de sus antepasados, que había pocas colecciones en Francia que pudieran compararse con la de Hautlieu. Había sido del todo desparramada a consecuencia de un malhadado intento del presente marqués en 1790 para defender su castillo contra una muchedumbre amotinada. Afortunadamente, el cura, que por su conducta moderada y caritativa y sus virtudes evangélicas poseía gran ascendiente entre los campesinos de los alrededores, consiguió comprar a muchos de ellos, por la reducida cantidad de unos pocos *sous*, y a veces al ínfimo precio de una copa de aguardiente, volúmenes que habían costado mucho dinero, pero que habían sido arrebatados, sólo por el afán de hacer daño, por los rufianes que habían saqueado el castillo. El mismo había adquirido cuantos libros le habían permitido sus medios económicos, y a su interés era debido el que fuesen colocados de nuevo en la torrecilla en que los encontró. No era, pues, de sorprender que el buen cura tuviese cierto orgullo y placer en enseñar la colección a los extranjeros.

A pesar de los volúmenes descabalados, de las imperfecciones y de las demás mortificaciones que un *amateur* experimenta al examinar una biblioteca mal tenida, había muchos ejemplares en la de Hautlieu calculados, como Bayes dice, «para elevar y sorprender» al bibliómano. Había raros misales profusamente iluminados, manuscritos de 1380, 1320 y aun anteriores, y obras en tipo gótico, impresas en los siglos XV y XVI. Pero de éstas proyecto dar más detenida cuenta si el marqués me da permiso.

Mientras tanto, bastará decir que, encantado del día que había pasado en Hautlieu, repetí con frecuencia mi visita, y que la llave de la torre rectangular estaba siempre a mi disposición. En esas horas me sentí profundamente enamorado de parte de la historia de Francia, la cual, aunque la más importante en general para la de Europa, e ilustrada por un inimitable antiguo historiador, nunca había estudiado suficientemente. Al mismo tiempo, para corresponder a los sentimientos de mi excelente patrón, me ocupé en alguna ocasión en examinar algunos memoriales familiares, que afortunadamente se conservaban, y que contenían algunos detalles curiosos relativos

al parentesco con escoceses, que me valió la simpatía del marqués de Hautlieu por vez primera.

Reflexioné en estas cosas, *more meo*, hasta mi regreso a Inglaterra, a mis asados de buey y fuego de carbón de piedra, cambio de residencia que tuvo lugar una vez que compuse estos recuerdos gálicos. Por fin, el resultado de mis meditaciones tomó la forma, que mis lectores, si no están asustados de este prefacio, podrán juzgar por sí. Si el público los acoge con favor, no sentiré haberme ausentado por corto tiempo.

Capítulo primero

El contraste

Contempla este
cuadro y este otro,
Imágenes falsificadas de dos
hermanos.
Hamlet.

La última parte del siglo XV preparó una serie de futuros hechos que terminó con la elevación de Francia a esa situación de poderío tan formidable, que desde entonces y periódicamente ha sido siempre el principal motivo de celos de las otras naciones europeas. Antes de ese período tuvo que luchar por su propia existencia contra los ingleses, que ya poseían sus más hermosas provincias, mientras los máximos esfuerzos de su rey y la bizarría del pueblo apenas bastaban para proteger las restantes de un yugo extranjero. No era este sólo su único peligro. Los príncipes que poseían los grandes feudos de la corona, y en particular los duques de Borgoña y de Bretaña, habían decidido aflojar tanto sus lazos feudales, que no sentían escrúpulos en levantar estandarte en contra de su señor soberano, el rey de Francia, con el más fútil motivo. En tiempos de paz reinaban como príncipes absolutos en sus propias provincias; y la casa de Borgoña, poseedora del distrito de ese nombre, además de la parte más hermosa y rica de Flandes, era de por sí tan poderosa y tan rica, que no cedía a la corona ni en esplendor ni en poder.

A imitación de los grandes feudatarios, cada vasallo inferior de la corona se revestía de tanta independencia como su distancia del poder soberano, la extensión de su feudo o la fortaleza de su castillo le permitían adoptar; y estos tiranuelos, que se burlaban del imperio de la ley, perpetraban con impunidad los más salvajes excesos de opresión fantástica y crueldad. Sólo en Auvernia se hizo un cómputo de más de trescientos de estos nobles independientes, para los que el incesto, el asesinato y la rapiña eran las acciones más corrientes y familiares.

Aparte de estos peligros, otro, que provenía de las guerras prolongadas entre Francia o Inglaterra, añadía no poca miseria al quebrantado reino. Numerosos

Librodot

conjuntos de soldados, agrupados en bandas, bajo el mando de oficiales escogidos por ellos mismos entre los más bravos y afortunados aventureros, se habían formado en varias partes de Francia con la repulsa de las demás regiones. Estos combatientes mercenarios vendían su espada durante cierto tiempo al mejor postor; y cuando no lograban ese servicio, hacían la guerra por su cuenta, apoderándose de castillos y torres, que utilizaban como sitios de su retirada; haciendo prisioneros y rescatándoles, imponiendo tributos en villas indefensas y en el país alrededor de las mismas, y logrando, con toda clase de rapiñas, los epítetos apropiados de *Tondeurs* y *Ecorcheurs;* esto es: *Esquiladores* y *Desolladores.*

En medio de los horrores y miserias que producían un estado tan revuelto de los asuntos públicos, gastos profusos y sin cuento caracterizaban las cortes de los nobles de menor categoría, así como a las de los príncipes de superior alcurnia, y sus subordinados, imitándoles, gastaban con ostentación brutal, pero magnífica, los bienes que habían arrebatado al pueblo. Una galantería de tono romántico y caballeroso (que, sin embargo, resultaba a veces estropeada por un libertinaje sin freno) caracterizaba el trato entre hombres y mujeres; y el lenguaje de la caballería andante aun se empleaba, y sus leyes se practicaban, aunque el espíritu de amor honorable y de empresa benévola que inculcaba había dejado de caracterizar y de aminorar sus extravagancias. Las justas y torneos, los entretenimientos y festines, que cada corte minúscula celebraba, invitaban a venir a Francia a todo aventurero sin rumbo fijo; y rara vez sucedía que al llegar allí dejase de emplear su valor temerario y espíritu emprendedor en acciones para las que su país nativo, más feliz, no proporcionaba ocasión oportuna.

En este período, y como para salvar su bello reino de los diversos enemigos que le amenazaban, ascendió al trono vacilante Luis XI, cuyo carácter depravado, como era de por sí, hizo frente, combatió, y en gran parte neutralizó, los males de la época: como los venenos de efectos contrarios, según dicen los libros antiguos de medicina, tienen la facultad de neutralizarse mutuamente.

Bastante valiente para todo fin útil y político, no tenía Luis un adarme de valor romántico, ni del orgullo generalmente asociado a éste, que lucha por puntillo de honor cuando se ha logrado con creces utilidad. Calmoso, astuto y profundamente atento a su propio interés, hacía todo sacrificio, tanto de orgullo como de pasión, que pudiese perjudicar a éste. Cuidaba mucho de disfrazar sus sentimientos y propósitos verdaderos con todo el que se aproximaba, y empleaba frecuentemente las expresiones «que no era rey que supiese reinar aquel que no sabía disimular; y que en cuanto a él, pensaba que si su capote conociese sus secretos, lo echaría al fuego». Nadie como él en su tiempo, ni en tiempo alguno, supo aprovecharse mejor de las flaquezas de los demás, ni le igualó en evitar dar ninguna ventaja con una condescendencia inesperada suya.

Era por naturaleza cruel y vengativo, hasta el extremo de encontrar placer en las frecuentes ejecuciones que ordenaba. Pero así como ningún sentimiento de misericordia le inducía a perdonar, cuando podía impunemente condenar, tampoco ningún sentimiento de venganza le estimuló a una venganza prematura. Rara vez saltaba sobre su presa hasta que estaba bien dentro de su alcance y hasta que era ilusoria toda esperanza de rescate; y sus movimientos estaban tan mañosamente

disimulados, que su triunfo era lo que generalmente anunciaba primero a la gente el fin que con sus maniobras había estado persiguiendo.

De análoga manera, la avaricia de Luis se transformaba en prodigalidad excesiva cuando era necesario sobornar al favorito o al ministro de un príncipe rival para frustrar un ataque inminente o deshacer cualquier alianza combinada contra él. Era aficionado al placer y al libertinaje, pero ni las mujeres ni la caza, aunque eran ambas pasiones dominantes en él, le apartaban nunca de prestar atención metódica a los asuntos públicos y a los negocios del reino. Su conocimiento de las personas era profundo, y lo había alcanzado en sus andanzas privadas por la vida social, en la que a menudo se mezclaba personalmente, y aunque orgulloso y altanero por naturaleza, no dudaba, despreciando las divisiones arbitrarias de la sociedad que ya se consideraba como algo muy poco natural, en elevar de las categorías más inferiores a hombres que empleaba en los deberes de mayor importancia, y sabía tan bien escogerlos, que rara vez se engañaba respecto a sus cualidades.

No obstante, había contradicciones en el carácter de este monarca hábil y cauteloso, pues la naturaleza humana rara vez es uniforme. A pesar de ser el más falso e insincero de los hombres, algunos de los mayores errores de su vida provinieron de confiarse demasiado en el honor e integridad de los otros. Cuando cometía estos errores, parecían ser debidos a un sistema de política refinado que inducía a Luis a asumir la apariencia de confianza absoluta en aquellos que deseaba engañar, pues en su conducta general era tan celoso y suspicaz como cualquier tirano.

Otros dos extremos deben hacerse resaltar para completar la descripción de este formidable carácter, gracias al cual se elevó entre los monarcas rudos y caballerosos del período, al rango de un domador de fieras salvajes quien por su superior conocimiento y táctica, con la distribución de alimentos y la disciplina del látigo, acaba por dominar sobre aquellos que, de no estar sometidos a este trato, acabarían, por su mayor fuerza, en hacerle pedazos.

Era el primero de estos atributos la excesiva superstición de Luis, plaga con que el cielo aflige a menudo a aquellos que se niegan a escuchar los dictados de la religión. Nunca trató Luis de aquietar el remordimiento que le producían sus malas acciones con el pretexto de sus estratagemas maquiavélicas, sino que se esforzaba, en vano, en calmar y callar ese doloroso sentimiento con prácticas supersticiosas, penitencias severas y dádivas abundantes a los eclesiásticos. La segunda cualidad, con la que la primera se encuentra a veces extrañamente unida, era una disposición a los bajos placeres y al libertinaje encubierto. No obstante ser el más sabio, o por lo menos el más listo de los soberanos de su época, era aficionado a la vida inferior, y como era un hombre de espíritu, gozaba con las bromas y agudezas de la conversación social más de lo que podía esperarse de otros rasgos de su carácter. Llegaba a mezclarse en las aventuras cómicas de la intriga obscura, con una despreocupación poco en consonancia con la desconfianza habitual y siempre en guardia de su carácter; y era tan aficionado a este género de baja galantería, que dió lugar a que sus anécdotas alegres y licenciosas se agrupasen en una colección bien conocida de los coleccionadores de libros, para los que (y la obra no está indicada para nadie más) la verdadera edición es muy apreciada[(6)].

Por medio del carácter dominante y prudente, y poco amable de este monarca, se sirvió la Providencia, que actúa tanto por los métodos violentos como por los suaves, para restaurar en la gran nación francesa los beneficios del gobierno civil, que al tiempo de su ascenso al trono había casi perdido.

Antes de ocupar éste, había dado más pruebas Luis de sus vicios que de sus talentos. Su primera mujer, Margarita de Escocia, fué la comidilla de la gente murmuradora, y esto ocurría en la corte de su marido, donde, si no hubiera sido por el consentimiento de éste, ni una palabra se hubiera dicho en contra de esa amable e inspirada princesa. Había sido un hijo ingrato y rebelde, conspirando en una ocasión para apoderarse de la persona de su padre, y en otra, declarándole guerra franca. Por la primera ofensa fué desterrado a su infantazgo del Delfinado, donde gobernó con mucha sagacidad; por la segunda, fué condenado a destierro absoluto y forzado a entregarse a la merced, y casi a la caridad, del duque de Borgoña y su hijo, donde gozó de hospitalidad -después pagada con indiferencia- hasta la muerte de su padre en 1461.

Al comienzo de su reinado fué Luis casi dominado por una liga formada contra él por grandes vasallos de Francia, con el duque de Borgoña, o más bien su hijo, el conde de Charalois, a la cabeza.

Levantaron un poderoso ejército, bloquearon París, dieron una batalla de resultado dudoso bajo sus murallas y colocaron la Monarquía francesa en peligro de desaparecer. Generalmente ocurre en esos casos que el más sagaz de los dos generales saca el mejor provecho de la contienda, aunque quizá no gane renombre militar. Luis, que había demostrado un gran valor personal durante la batalla de Montl'héry, fué capaz, con su prudencia, de aprovecharse del carácter dudoso del combate como si hubiese sido una victoria por su parte. Contemporizó hasta que el enemigo deshizo la coalición, y demostró tal destreza en sembrar rivalidades entre aquellos grandes poderes, que su alianza «por el bien público», como ellos la llamaban, pero en realidad para la ruina de todo menos de la apariencia externa de la Monarquía francesa, se disolvió por sí sola, y nunca jamás se rehizo de una manera tan formidable. A partir de entonces, Luis, libre de todo peligro del lado de Inglaterra, con sus guerras civiles de York y Láncaster, se dedicó durante varios años, como médico cruel pero hábil, a curar las heridas del cuerpo político, o más bien a detener, ya con remedios suaves, ya a sangre y fuego, el progreso de esas gangrenas mortales, de las que estaba infectado; y a fuerza de atención constante, aumentó gradualmente su autoridad real o disminuyó la de aquellos que le hacían sombra.

Sin embargo, el rey de Francia estaba cercado por la duda y el peligro. Los miembros de la liga «por el bien público», aunque no muy unidos, existían, y como una culebra cortada, podían reunirse y ser peligrosos de nuevo. Pero un peligro peor era el aumento de poderío del duque de Borgoña, por entonces uno de los más grandes príncipes de Europa, y cuyo rango resultaba disminuído un poco por la dependencia -muy aligerada desde luego- de su ducado de la corona de Francia.

Carlos, denominado el *Temerario,* o más bien *el Audaz,* pues su valor iba acompañado de audacia y coraje, ostentaba la corona ducal de Borgoña, que anhelaba

convertir en una corona real independiente. El carácter del duque era en todos sentidos completamente opuesto al de Luis XI.

Este último era calmoso, aficionado a deliberar y astuto, sin proseguir nunca una empresa desesperada ni abandonar jamás alguna que pudiera resultar, por muy alejado que estuviese el éxito. El genio del duque era enteramente contrario. Se precipitaba en el peligro porque le gustaba, y en las dificultades porque las despreciaba. Así como Luis nunca sacrificaba su interés a su pasión, Carlos, por el contrario, nunca sacrificaba su pasión, ni aun su capricho, a consideración alguna. A pesar del parentesco cercano que existía entre ambos y la ayuda que el duque y su padre habían proporcionado a Luis en su destierro cuando era delfín, sólo había entre ellos odio y mutuo desprecio. El duque de Borgoña despreciaba la política cautelosa del rey, y atribuía a falta de valor el que buscase con ligas, compras y otros medios indirectos, aquellas ventajas que, en su lugar, el duque hubiera arrebatado con la espada en la mano. Asimismo odiaba al rey no sólo por la ingratitud con que había correspondido a su anterior amabilidad y por injurias personales y acusaciones que los embajadores de Luis le habían hecho cuando aun vivía su padre, sino también, y muy especialmente, por la ayuda que en secreto había proporcionado a los ciudadanos descontentos de Gante, Lieja y otras grandes poblaciones de Flandes. Estas ciudades turbulentas, celosas de sus privilegios y orgullosas de sus riquezas, estaban en estado frecuente de insurrección contra sus señores soberanos los duques de Borgoña, y nunca dejaban de encontrar apoyo secreto en la corte de Luis, que aprovechaba toda oportunidad de fomentar disturbios dentro de los dominios de su vasallo, demasiado crecido.

El desprecio y el odio del duque eran correspondidos por Luis con igual energía, aunque usaba un velo más espeso para ocultar sus sentimientos. Era imposible para un hombre de su profunda sagacidad el no despreciar la obstinación contumaz que nunca cejaba en su propósito, por muy fatal que esa perseverancia pudiera resultar a la postre, y la impetuosidad temeraria que desarrollaba, sin parar mientes en los obstáculos que pudieran encontrarse. Con todo, el rey odiaba más a Carlos que lo despreciaba, y su odio y desdén eran más intensos porque se mezclaban con miedo, pues sabía que la arremetida del toro furioso, con quien comparaba al duque de Borgoña, debía de ser formidable, aunque el animal embistiese con los ojos cerrados. No era sólo las riquezas de las provincias de Borgoña, la disciplina de sus habitantes belicosos y la masa de la densa población lo que el rey temía, pues las cualidades personales de su caudillo tenían mucho en sí de peligrosas. Carlos *el Temerario*, encarnación de la bravura, que llegaba a los límites de la temeridad, y por añadidura pródigo en sus gastos, espléndido en su corte, su persona y su séquito, en los que desplegaba la magnificencia hereditaria de la casa de Borgoña, enroló en su servicio a todos los espíritus fogosos de su época cuyos temperamentos congeniaban con el suyo; y Luis vió demasiado claro lo que podía intentarse y realizarse con semejante conjunto de aventureros decididos siguiendo a un caudillo de carácter tan ingobernable como el suyo.

Había aún otra circunstancia que aumentaba la animosidad de Luis hacia su poderoso vasallo: le debía favores que nunca pensó en devolverle, y se veía frecuentemente en la necesidad de contemporizar con él y aun de soportar arrebatos de insolencia descarada, injuriosos para la dignidad real, sin ser capaz de tratarle de otro modo que como su «buen primo de Borgoña».

Librodot

Era por el año 1468, cuando sus contiendas estaban en su apogeo, a pesar de que una tregua dudosa y sin consistencia, como a menudo ocurría, había sido establecida entre ellos, cuando comienza la presente historia. Se juzgará quizá que la persona que entra la primera en escena resulta de un rango y condición para el que no precisa una disertación como ésta sobre la posición relativa de los dos grandes príncipes; pero las pasiones de los grandes, sus luchas y sus reconciliaciones comprometen el sino de todos los que se les acercan; y se verá, al proseguir nuestra historia, que es necesario este capítulo preliminar para comprender la historia del individuo cuyas aventuras vamos a relatar.

Capítulo II

El caminante

El mundo es mi ostra, que abro con
la espada.
Ancient Pistol.

En una deliciosa mañana de verano, y antes de que el sol recobrase su poder de abrasar, y mientras las gotas de rocío refrescaban y perfumaban el ambiente, un joven que procedía del Nordeste se aproximaba al vado de un pequeño río, o más bien arroyo grande, tributario del Cher, cerca del castillo real de Plessis-les-Tours, cuyas murallas obscuras y almenadas destacaban en el fondo del paisaje del extenso bosque que las rodeaba. Este arbolado constituía un parque real o terreno de caza, cercado por una tapia, denominada en el latín de la Edad Media *Plexitium*, que da el nombre de Plessis a tantas aldeas de Francia. El castillo y la aldea a los que ahora nos referimos se llamaban Plessis-les-Tours para distinguirlo de otros, y estaba construído a unas dos millas al sudoeste de la bella población de ese nombre, la capital de la antigua Turena, cuyo rico llano había sido denominado el Jardín de Francia.

En la orilla del mencionado arroyo, opuesta a la que se acercaba el viajero, dos hombres, que sostenían animada conversación, parecían, de vez en cuando, vigilar sus movimientos, ya que por su situación, mucho más elevada, podían verle a considerable distancia.

La edad del joven viajero oscilaría entre los diecinueve y veinte años, y su cara y su persona, que no eran vulgares, indicaban que no pertenecía al país en que ahora estaba. Su corta capa gris y calzones eran más bien de estilo flamenco que francés, mientras la elegante gorra azul, con una sola ramita de acebo y una pluma de águila, denunciaban el cubrecabezas escocés. Su traje estaba muy limpio y arreglado con la precisión de un joven consciente de poseer una figura fina. Llevaba a la espalda un

Librodot

morral que parecía contener algunos objetos indispensables, una manopla de cetrería en su mano izquierda, aunque no llevaba pájaro alguno, y en su mano derecha una buena vara de cazador. Sobre su hombro izquierdo colgaba una banda bordada que sostenía una bolsita de terciopelo escarlata, como las que entonces usaban los cazadores de aves distinguidos para llevar el alimento de su halcón, y otras cosas pertenecientes a ese *sport* tan admirado. Esta banda estaba cruzada por un tahalí, del que pendía un cuchillo de caza. En vez de las botas de la época llevaba borceguíes de piel de ciervo a medio curtir.

Aunque su cuerpo aún no había adquirido su pleno desarrollo, era alto y activo, y la ligereza de su paso demostraba que la forma pedestre de viajar era más bien un placer para él que una mortificación. Era rubio, a pesar de su cutis ligeramente ennegrecido por el sol extranjero, o quizá por la constante exposición al aire en su propio país.

Sus facciones, sin ser enteramente perfectas, eran francas, abiertas y agradables. Una media sonrisa, que parecía provenir de una feliz exuberancia de vida, mostraba, a intervalos, sus dientes bien colocados y tan blancos como el marfil, mientras sus brillantes ojos azules, con alegría manifiesta, tenían una mirada apropiada para cada objeto que encontraban, expresando buen humor, corazón animoso y firme resolución.

Recibía y devolvía los saludos de los pocos viajeros que frecuentaban los caminos en esos peligrosos tiempos en que cada cual hacía lo que le convenía. El vagabundo lancero, medio soldado, medio bandido, medía al joven con la vista, como queriendo apreciar si la perspectiva de botín merecería la pena de encontrar una resistencia desesperada, y leía tan claras indicaciones de esta última en la mirada sin miedo del viajero, que trocaba su propósito rufián por un áspero «Buenos días, camarada», que el joven escocés contestaba con un tono tan marcial, aunque menos desabrido. El caminante peregrino, o el fraile mendicante contestaban a su respetuoso saludo con una bendición paternal; y la joven campesina de ojos obscuros lo seguía con la vista un buen rato después de cruzarse y cambiar entre sí una salutación y una sonrisa. En una palabra, había una atracción en su porte que no dejaba de llamar la atención, y que provenía de la mezcla de franqueza intrépida y buen humor, con miradas alegres, y una cara y un cuerpo hermosos. Parecía también como si toda su manera de ser fuese el de uno que entra en la vida sin aprensión de los peligros de los que está llena y con pocos medios para luchar contra sus adversidades, excepto un espíritu despierto y un temperamento valeroso; y es con esos caracteres con los que más fácilmente simpatiza la juventud y por los que principalmente la edad y la experiencia sienten un interés apasionado y compasivo.

El joven que hemos descrito hacía tiempo que era visible para las dos personas que pasaban el tiempo en el lado opuesto del riachuelo que le separaba del parque y del castillo; pero al verle descender la escabrosa orilla que conducía al borde del agua con la soltura de un corzo que acude a la fuente, el más joven de los dos dijo al otro:

-¡Es nuestro hombre, es el bohemio! Si intenta cruzar el vado es hombre perdido; hay mucha agua y el vado es impracticable.

-Déjale que haga el descubrimiento por sí solo -dijo el personaje de más edad-; quizá salve el obstáculo.

Librodot

-Le conozco por la gorra azul -dijo el otro-, pues no distingo su cara. ¡Mire, señor! Nos grita para averiguar si el agua es profunda.

-Nada vale lo que la experiencia en este mundo -contestó el otro-; déjale probar.

Mientras tanto, el joven viajero, no recibiendo ninguna indicación en contrario e interpretando el silencio de aquellos a quienes se dirigía como un estímulo para proseguir, penetró en la corriente sin más dilación que la indispensable para quitarse sus borceguíes. La persona de más edad le gritó en ese momento que tuviese cuidado, diciendo en tono más bajo a su compañero:

-Mortdieu, compadre, te has equivocado de nuevo; éste no es el charlatán bohemio.

Pero la indicación al joven llegó demasiado tarde. O no la oyó o no pudo aprovecharse de ella, encontrándose ya en la corriente profunda. Para uno menos ducho en el ejercicio de natación la muerte hubiera sido segura, pues el arroyo era a un tiempo impetuoso y profundo.

-¡Por Santa Ana! Es un joven de una vez -dijo el de más edad-. Corre y sácale, si puedes, de su error, ayudándole. Pertenece a los tuyos; si el viejo refrán dice verdad, el agua no podrá ahogarle.

Efectivamente, el joven caminante nadaba con tanto vigor y salvaba los remolinos tan bien, que, no obstante la fuerza de la corriente, sólo resultó un poco desviado del sitio ordinario de tomar tierra.

En el ínterin, el más joven de los desconocidos se precipitaba a la orilla para prestarle auxilio, mientras el otro le seguía a un paso más mesurado, diciéndose a sí mismo mientras se aproximaba: «Sabía que el agua nunca podría ahogar a ese joven individuo. ¡Cáspita, ya está en tierra y empuña su vara! Si no me doy prisa pegará a mi compadre por la única acción caritativa que le vi realizar, o intentar realizar, en toda su vida.»

Había alguna razón para augurar que tal sería la conclusión de la aventura, pues el gallardo escocés había ya saludado al joven samaritano, que se apresuraba a socorrerle, con estas coléricas palabras:

-¡Perro grosero! ¿Por qué no contestaste cuando llamé para saber si el paso podía intentarse en buenas condiciones? Aunque me condene, te he de enseñar el respeto debido a los forasteros para otra ocasión.

Esto fué acompañado de ese significativo manejo de su vara que se llama *le moulinet*, porque el artista, cogiéndola por en medio, mueve los dos extremos en todas direcciones, como las aspas de un molino de viento en movimiento. Su contrario, viéndose así amenazado, echó mano a su espada, porque era uno de esos que en todas las ocasiones están más dispuestos para la acción que para el discurso; pero su compañero, más considerado, que acababa de llegar, le mandó que se contuviese, y volviéndose al joven viajero, le acusó de precipitación por sumergirse en el vado crecido y de violencia inmoderada por regañar con un hombre que se precipitaba en su auxilio.

El joven, al verse reprendido de este modo por un hombre de edad avanzada y de apariencia respetable, bajó en el acto su arma y dijo que sentía el haber sido injusto; pero que, en realidad, le había parecido como si hubiesen consentido que su vida corriese peligro al no avisarle a tiempo, y esa acción no era digna de hombres honrados ni de buenos cristianos, y mucho menos de respetables burgueses, como parecían serlo.

-Joven rubio -dijo la persona de más edad-, parece usted, por su acento y tipo, un extranjero, y debería recordar que su dialecto no es fácilmente comprendido por nosotros, como quizá lo es para usted el pronunciarlo.

-Bien -contestó el joven-; no le doy gran importancia al zambullido que me he dado, y le perdonaré desde luego el haber tenido en parte la culpa, siempre que me encamine a algún sitio en que puedan secarse mis ropas, pues es mi único traje y deseo conservarlo decente.

-¿Por quién nos toma usted, joven rubio? -dijo el individuo mayor en respuesta a su proposición.

-Por burgueses legítimos, sin duda alguna -dijo el joven-, o quién sabe si usted, señor, es un chamarilero o un mercader de granos y este hombre un carnicero o un ganadero.

-Ha acertado nuestros oficios por casualidad -dijo el anciano sonriendo-. Mi oficio es, en verdad, comerciar con el dinero, y los menesteres de mi compadre tienen puntos de contacto con los de un carnicero. Intentaremos servirle en sus deseos; pero primero debo conocer quién es usted y adónde va, pues en estos tiempos que corren, los caminos están llenos de viajeros a pie y a caballo que tienen de todo en la cabeza menos honradez y temor de Dios.

El joven lanzó otra mirada intensa y penetrante al que había hablado y a su silencioso compañero, como dudoso si ellos por su parte merecían la confianza que pedían, y el resultado de su observación fué el que sigue:

El mayor y más digno de consideración de estos hombres, por su apariencia y traje, se asemejaba al mercader o tendero de la época. Su coleto sin mangas, calzones y capa eran de un color obscuro uniforme; pero tan raídos, que el astuto joven escocés se imaginó que el portador de esas prendas debía ser muy rico o muy pobre, probablemente esto último. El estilo del traje era cerrado y corto; género de vestimenta que no se tenía entonces por decoroso entre la nobleza o hasta en la clase superior de ciudadanos, los que generalmente gastaban vestiduras sueltas, que descendían más abajo de la mitad de la pierna.

La expresión del rostro de este hombre era en parte atractiva y en parte aborrecible. Sus facciones acentuadas, carrillos y ojos hundidos tenían, sin embargo, una expresión de astucia en consonancia con el carácter del joven aventurero. Pero al mismo tiempo, esos mismos ojos hundidos, bajo la cubierta de espesas cejas negras, tenían algo en ellos que era a la vez siniestro y dominante. Quizá fuese aumentado este efecto por la gorra de piel, muy aplastada en la frente, y que aumentaba la sombra, desde la que miraban esos ojos de soslayo; pero lo cierto es que el joven extranjero encontraba alguna dificultad en reconciliar sus miradas con la humildad de su apariencia en otros

Librodot

detalles. Su gorra, en particular, en la que todos los hombres de alguna valía ostentaban bien un broche de plata o de oro, estaba adornada con una imagen mezquina de la Virgen, de plomo, semejante a la que los peregrinos más pobres traen de Loreto.

Su camarada era un hombre fornido, de mediana edad y unos diez años más joven que su compañero, con un rostro despreciable y una sonrisa siniestra cuando, por casualidad, sonreía, lo que nunca sucedía, excepto para replicar a ciertos signos secretos que se cambiaban entre él y el hombre de más edad. Este individuo iba armado con una espada y una daga, y debajo de su traje sencillo observó el escocés que ocultaba un *jazeran*, o camisa flexible de cota de malla, la cual, usada ordinariamente por aquellos, aun de profesiones tranquilas, que precisaban en aquellos tiempos peligrosos estar con frecuencia de viaje, confirmó al joven en su conjetura que el que ahora la llevaba era carnicero, ganadero o algo por el estilo, que le obligaba a estar mucho fuera.

El joven extranjero comprendió con una sola mirada el resultado de la observación que a nosotros nos ha exigido algún tiempo exponer, y después de un momento de silencio respondió:

-Ignoro a quiénes tengo el honor de dirigirme -haciendo una reverencia al mismo tiempo-; pero no me es indiferente que se sepa que soy un joven escocés y que vengo a Francia a probar fortuna, o a cualquier otro país, según la costumbre de mis paisanos.

-*¡Pasques-dieu!*, bonita costumbre -dijo el mayor de los amigos-. Eres un joven simpático y en la edad conveniente para medrar entre los hombres o las mujeres. Soy mercader y necesito un muchacho para que me ayude en mi negocio. ¿Qué dices? Supongo que eres demasiado caballero para ayudarme en una faena tan vil.

-Señor -contestó el joven-, si su ofrecimiento es en serio, de lo que tengo mis dudas, sólo me queda darle las gracias por él; pero me temo que no sirva para auxiliarle.

-¡Es natural! -dijo el señor-. Apuesto a que sabes manejar mejor el arco y la flecha que manejar a un acreedor; que sabes coger mejor una espada que una pluma.

-Soy, señor -contestó el joven escocés-, un arquero. Pero a más de eso he estado en un convento, en donde los buenos padres me enseñaron a leer y a escribir y aun a contar.

-*¡Pasques-dieu!* Magnífico -dijo el comerciante-. ¡Por Nuestra Señora de Embrum, eres un prodigio!

-Contenga su alegría, buen señor -dijo el joven, que no estaba muy satisfecho de la jocosidad de su nuevo conocido-. Debo antes secarme que continuar aquí de pie, chorreando y contestando a preguntas.

El comerciante rió aún con más fuerza mientras aquél hablaba, y contestó:

-*¡Pasques-dieu!* Nunca falla el proverbio *fier connue un ecossois;* pero ven, joven, eres de un país que merece mi consideración, pues en un tiempo comercié en Escocia; son los escoceses gente honrada, y si quieres venir con nosotros a la población, te obsequiaré con una copa de vino y un almuerzo caliente, para compensarte de tu remojón. Pero, *¡tête-bleau!*, ¿qué haces con un guante de cetrería en la mano? ¿No sabes que está prohibido la caza con halcón en una posesión real?

-Me enteré de ello -contestó el joven- por un infame guardabosque del duque de Borgoña. Hice volar al halcón que traje conmigo de Escocia, sólo con el fin de hacerme algo notorio, contra una garza cerca de Peronne, y el desvergonzado mató mi pájaro de un flechazo.

-¿Qué hiciste entonces? -preguntó el mercader.

-Apalearle -contestó el joven blandiendo su vara-, como todo hombre pundonoroso hubiera hecho en mi caso.

-¿Sabías -dijo el burgués- que de haber caído en manos del duque de Borgoña hubieras sido ahorcado?

-Me enteré que está tan dispuesto a disponer que funcione la horca como el rey de Francia. Pero como esto sucedió cerca de Peronne, traspasé de un salto la frontera y me burlé de él. Si no hubiera sido tan impulsivo, quizá le hubiera propuesto prestar servicio con él.

-Echará de menos a un paladín como tú si la tregua se quebranta -dijo el comerciante, lanzando una mirada a su compañero, que contestó con una de esas sonrisas forzadas que animaban su rostro como un meteoro que pasa e ilumina el cielo de invierno.

El joven escocés se detuvo de pronto, se echó la gorra sobre su ceja derecha en actitud de uno que no consiente que se burlen de él, y dijo con firmeza:

-Señores míos, y especialmente usted, señor, que por su edad debería ser el más prudente, supondrá que no puedo consentir ninguna burla a costa mía. No me gusta, desde luego, el tono de su conversación. Puedo aguantar una broma de cualquiera y una amonestación también de mis mayores, y dar las gracias si reconozco que es merecida; pero no me gusta ser traído al retortero como un chiquillo cuando, gracias a Dios, me siento con energías para entendérmelas con ambos si me provocan demasiado.

El mayor de los hombres pareció ahogarse de risa con esta actitud del joven; su compañero, en cambio, deslizó la mano a la empuñadura de su espada, lo que visto por el joven, le propinó un golpe en la muñeca que le incapacitó para cogerla, mientras el júbilo de su compañero aumentaba con este incidente.

-¡Basta, basta -gritó-, bravo escocés, aunque no sea más que por consideración a tu querido país! Y tú, compadre, abandona esa mirada amenazadora. *¡Pasques-dieu!*, seamos sólo comerciantes y saldemos la mojadura con el golpe en la muñeca, que fué dado con tanta gracia y rapidez. Y mira, joven amigo -dijo al escocés, con mirada seria, que a pesar de la influencia de sus pocos años le calmó y sobrecogió-, no más

violencia. No soy materia adecuada a ello, y mi compadre, como puedes ver, ya tiene bastante de ella. Dime tu nombre.

-Responderé con urbanidad a una pregunta hecha en debida forma -dijo el joven-, y guardaré a usted las consideraciones propias de su edad si no me busca las cosquillas con burlas. Desde que estoy en Francia y Flandes los hombres me han llamado, caprichosamente, el «mozo de la bolsa de terciopelo» a causa de esta bolsa para la caza con halcón que llevo a un costado; pero mi verdadero nombre, cuando estoy en mi país, es Quintín Durward.

-¡Durward! -dijo el que preguntaba-. ¿Es ése un apellido de caballero?

-Que se lleva en nuestra familia hace quince generaciones -dijo el joven-, y eso me retrae de seguir oficio distinto al de las armas.

-¡Eres un verdadero escocés! Con abundancia de sangre azul, plétora de orgullo y una gran carencia de escudos. Bien, compadre -dijo a su compañero-, adelántate y diles que tengan preparado algo de comer allá en la alameda de Mulberry, pues este joven le hará tantos honores como un ratón hambriento a un queso. Y en cuanto al bohemio, escucha con atención.

Su camarada contestó con una sonrisa triste, pero inteligente, y echó a andar a un buen paso, mientras el más anciano continuó, dirigiéndose al joven Durward:

-Tú y yo seguiremos mesuradamente hacia adelante y oiremos una misa en la capilla de San Humberto, en nuestro camino por el bosque, pues no es bueno pensar en nuestras necesidades corporales antes que en las espirituales.

Durward, como buen católico, no tuvo nada que objetar contra esta proposición, aunque probablemente hubiera deseado, en primer lugar, tener seca su ropa y reponer sus fuerzas. Pronto perdieron de vista a su compañero, aunque continuaron siguiendo la misma senda que él había tomado, que les condujo a un bosque de altos árboles, que alternaban con espesuras y matorrales, atravesado por largas avenidas, por las que se veían en lontananza a ciervos trotando en pequeños rebaños con una seguridad que indicaba su convencimiento de estar bien protegidos.

-¿Me preguntó usted si era un buen arquero? -dijo el joven escocés-. Deme un arco y un par de flechas y tendrá usted un venado en un momento.

-*¡Pasques-dieu!*, joven amigo -dijo su compañero-, ten cuidado con lo que dices; mi compadre tiene un ojo especial para los ciervos; están a su cuidado y sabe guardarlos bien.

-Más tiene aire de un carnicero que el de un alegre guardabosque -contestó Durward-. No puedo creer que ese camastrón pueda guardar nada a nadie que conozca las reglas por las que se rige la guardería.

-Mi joven amigo -contestó su compañero-, mi compadre tiene algo que no predispone al pronto a su favor; pero aquellos que le tratan nunca se quejan de él.

Quintín Durward encontró algo desagradable y particular en el tono con que esto fué dicho, y, mirando de repente a su interlocutor, pensó que había algo en su rostro,

Librodot

en la ligera sonrisa que fruncía su labio superior y en el guiño simultáneo de su ojo obscuro, que justificaba su sorpresa desagradable. «He oído hablar de ladrones -pensó para su capote- y de astutos bribones y cortacuellos. ¿Qué de particular sería que ese individuo que se ha adelantado fuese un asesino y este viejo pillo su señuelo? Estaré prevenido; poco lograrán de mí, como no sea buenos puñetazos escoceses.»

Mientras así reflexionaba llegaron a una cañada, en la que aparecían más separados entre sí los grandes árboles del bosque y en la que el terreno, limpio de arbustos y de monte bajo, estaba revestido de una alfombra de verde suave y agradable que, protegido de los rayos ardientes del sol, resultaba aquí más tierno que el que generalmente se ve en Francia. Los árboles, en este sitio apartado, eran en su mayoría hayas y olmos de grandes dimensiones, que se elevaban en el aire como grandes colinas de hojas. Entre estos magníficos hijos de la tierra asomaba, en el sitio más despejado de la cañada, una capilla baja de techo, cerca de la cual murmuraba un riachuelo. Su arquitectura era del género más rudimentario y sencillo, y había un alojamiento muy pequeño junto a ella para albergue de un ermitaño, que permanecía allí para desempeñar el servicio del altar con regularidad. En un pequeño nicho, sobre el arco de la puerta de entrada, había una imagen de piedra de San Humberto, con el cuerno de caza colgado a su cuello y una traílla de galgos a sus pies. La situación de la capilla en medio de un parque o cazadero tan repleto de caza justificaba el que estuviese bajo la advocación del santo cazador[(7)].

Hacia esta capilla dirigió el anciano sus pasos, seguido por el joven Durward, y al aproximarse apareció el sacerdote revestido de los ornamentos sacerdotales que se disponía a marchar de su celda a la capilla para el desempeño, sin duda, de su sagrado oficio. Durward se inclinó reverentemente ante el sacerdote, como lo exigía el respeto debido a su sagrado ministerio, mientras su compañero, con apariencia de mayor devoción aún, se arrodilló, doblando una pierna, para recibir la bendición del sacerdote, y después le siguió a la capilla con paso y aire expresivos de contrición y humildad sincera.

El interior de la capilla estaba adornado en un estilo adaptado a la ocupación del santo mientras fué seglar. Las más ricas pieles de los animales que son objeto de cacería en los diferentes países suplían el sitio de tapices y colgaduras alrededor del altar, y otros emblemas de cacería rodeaban las paredes y alternaban con cabezas de ciervo, lobos y otros animales considerados como bestias de *sport*. El conjunto de la decoración tenía un carácter silvestre y apropiado, y la misma misa, considerablemente acortada, resultó de ese género que se llama *misa de cacería*, que se reza ante los nobles y poderosos, que mientras asisten a la solemnidad desean, impacientes, comenzar su *sport* favorito.

Durante la breve ceremonia el compañero de Durward parecía guardar la más estricta y escrupulosa atención, mientras Durward, no tan embebido en pensamientos religiosos, no podía por menos de reprocharse de haber tenido sospechas de un hombre tan bueno y humilde. Lejos de tenerle ya por un compañero y cómplice de ladrones, le faltaba poco para considerarle ahora como un santo.

Al terminar la misa se retiraron juntos de la capilla y el mayor dijo al joven camarada:

-Hay poco trecho desde aquí a la población; ahora puedes quebrantar tu ayuno con una conciencia tranquila; sígueme.

Volviendo a la derecha y siguiendo a lo largo de una senda que parecía gradualmente subir recomendó a su compañero que no abandonase por nada el sendero, sino que, al contrario, se mantuviese lo mejor que pudiese en el eje de él. Durward no pudo por menos de preguntar qué razones había para esta precaución.

-Estás cerca de la corte, joven -contestó su guía-, y, ¡*Pasques-dieu*!, hay alguna diferencia entre pasear por esta región o en sus montañas llenas de brezos. Cada yarda de este terreno, excepto el sendero que seguimos, es peligroso y casi impracticable por estar lleno de trampas y cepos, provistas de hojas de guadaña, que siegan las piernas del pasajero desprevenido en un abrir y cerrar de ojos, y abrojos de hierro que atraviesan los pies, y hoyas lo bastante profundas para quedar para siempre enterrado en ellas, pues ahora te encuentras dentro del recinto de la posesión real y pronto veremos el frente del castillo.

-Si fuese yo rey de Francia -dijo el joven-, no me tomaría la molestia de instalar trampas y cepos, y en su lugar trataría de gobernar tan bien que ningún hombre se atreviese a acercarse a mi morada con mala intención; y para los que llegasen hasta ella en paz y buena voluntad, cuantos más fuesen más contento me pondría.

Su compañero miró a su alrededor con mirada de zozobra y alarma, y dijo:

-¡Cállate, cállate, mozo de la bolsa de terciopelo! Pues me olvidé decirte que uno de los peligros de estos contornos es que las propias hojas de los árboles tienen oídos que llevan al propio gabinete del rey todo lo que se habla.

-Me importa eso poco -contestó Quintín Durward- Llevo una lengua escocesa en mi boca lo bastante atrevida para decirle lo que pienso al rey Luis en su cara; Dios le bendiga; y en cuanto a los oídos de que me habla, si logro ver que crecen en una cabeza humana los cercenaré de ella con mi cuchillo de monte.

Capítulo III

El castillo

Justo en el medio, se eleva un macizo edificio,

Con puertas enrejadas, que impiden el paso a todo invasor.
Fuertes y robustas surgen las murallas almenadas,
Y el foso se hunde en la profundidad. Lenta alrededor
De la fortaleza, corre el agua perezosa,
Y altas en el aire, lucen las torrecillas vigilantes.
Anónimo.

Mientras así hablaban Durward y su nuevo conocido dieron vista a todo el frente del castillo de Plessis-les-Tours, que aun en aquellos peligrosos tiempos en que los poderosos se veían obligados a residir en lugares de gran fortaleza se distinguía por el extremo y celoso cuidado con que se le vigilaba y defendía.

Desde el lindero del bosque en que el joven Durward se detuvo con su compañero, con el fin de tornar una vista de esta residencia real, se extendía, o más bien se elevaba, aunque con pendiente muy suave, una explanada abierta desprovista de árboles y arbustos, excepto una gigantesca y medio seca encina muy vieja. Este espacio quedaba despejado, según las reglas de la fortificación en todas las épocas, con el fin de que el enemigo no pudiese aproximarse a las murallas bajo cubierto o sin ser visto desde las almenas, y detrás de él se elevaba el castillo.

Había tres murallas exteriores, almenaradas y con torrecillas de trecho en trecho, y en cada esquina; el segundo recinto se elevaba más alto que el primero y estaba hecho de modo que dominase la defensa exterior en el caso de ser ganado aquél por el enemigo, y estando a su vez, de análoga manera, dominado por la barrera tercera y más interna.

Alrededor de la muralla exterior, según le informó el francés a su joven compañero (pues como se encontraban más bajos que los cimientos de la muralla no podían verlo), corría un foso de unos veinte pies de profundidad, al que proveía de agua una presa situada en el río Cher, o más bien en uno de sus afluentes. Enfrente de la segunda muralla, dijo, había otro foso, y un tercero, ambos de las mismas desusadas dimensiones, abierto entre el segundo y tercer recinto. Al borde, tanto del circuito más interno como más externo, estaba fuertemente fortificado con empalizadas de hierro, que cumplían la finalidad de lo que en la fortificación moderna se llama *chevauxde-frise,* estando la parte superior de cada empalizada erizada de agudas púas que debían costarle la vida al que intentase saltar sobre ellas.

En el interior del recinto tercero se elevaba el castillo, que se componía de edificios de diferentes períodos, dispuestos alrededor y unidos con la antigua e imponente torre del Homenaje, que era anterior a todos ellos, y se elevaba como gigantesco etíope negro, erguida en el aire, mientras la ausencia de ventanas, ya que las que había no eran mayores que agujeros de tirador dispuestos para la defensa irregularmente, comunicaban al espectador la misma desagradable impresión que experimentamos al contemplar un hombre ciego. Las otras construcciones no parecían mejor dispuestas para los fines del *confort,* pues las ventanas daban a un patio cerrado o interior, de suerte que el conjunto del frente exterior se asemejaba mucho más a una prisión que a un palacio. El actual rey había aumentado este efecto, pues deseoso de que las adiciones que él había dispuesto en las fortificaciones fuesen de un estilo que no se

Librodot

diferenciase fácilmente del edificio original (como muchas personas celosas, no le gustaba que se percatasen de sus temores), se utilizó el ladrillo y la piedra de sillería de tonos los más obscuros y se mezcló hollín con la cal para dar a todo el castillo el mismo tinte uniforme de antigüedad remota y tosca.

Este lugar formidable sólo tenía una entrada, por lo menos Durward no distinguió ninguna otra a lo largo del frente espacioso, excepto en el centro del primer recinto más exterior, donde se erguían dos sólidas torres, que indicaban ser defensas de un paso al interior; y pudo observar su acompañamiento obligado, rastrillo y puente levadizo, de los que el primero estaba bajado y el segundo levantado. Torres de entrada similares se veían en la segunda y tercera muralla, pero no en línea con las del circuito exterior, a causa de que el paso no cortaba en línea recta los tres recintos, sino, por el contrario, aquellos que entraban tenían que recorrer unas treinta yardas entre la primera y la segunda muralla, expuestos, si sus propósitos eran hostiles, a ser blanco de las armas arrojadizas desde ambas, y de nuevo, al ser traspuesto el segundo recinto, tenían que hacer una desviación similar de la línea recta para poder llegar al pórtico del tercer recinto, más interior; de suerte que, antes de alcanzar el patio exterior que corría a lo largo del frente del edificio, había que atravesar dos estrechos y peligrosos desfiladeros bajo las descargas de flanco de la artillería, y tres puertas, defendidas con la mayor eficacia conocida en la época, tenían que ser forzadas sucesivamente.

Viniendo de un país asolado a su vez por guerras exteriores y luchas internas, país también cuya superficie desigual y montañosa, que abunda en precipicios y torrentes, proporciona tantas posiciones ventajosas para el combate, el joven Durward estaba bastante familiarizado con los variados artificios con los que los hombres, en aquella edad ruda, procuraban asegurar sus moradas; pero francamente confesó a su compañero que no se imaginaba que el arte tuviese tales recursos de defensa donde la Naturaleza había hecho tan poco, ya que la fortaleza, como hemos indicado, estaba en la cima de una suave eminencia, a la que se ascendía desde el sitio donde se encontraban.

Para aumentar su sorpresa, su compañero le contó que los alrededores del castillo, excepto la única senda en zigzag por la que se podía llegar con seguridad a la portada, estaban, como las espesuras que habían atravesado, llenos de toda clase de trampas ocultas y cepos para atrapar al desgraciado que se aventurase por allí sin un guía; que en las murallas había dispuestas ciertas cunas de hierro, llamadas *nidos de golondrinas,* desde las que los centinelas, que estaban allí apostados por lo general, podían, sin exponerse a riesgo ninguno, apuntar con seguridad a cualquiera que intentase entrar sin la señal, o santo y seña del día, y que los arqueros de la guardia real hacían ese servicio de día y de noche, por lo que recibían una buena paga, ricos trajes y mucho honor y beneficio de parte de Luis XI.

-Y ahora di, joven -continuó-, ¿viste nunca una fortaleza tan fuerte y crees que hay hombres lo bastante valientes para asaltarla?

El joven miró un rato con atención al lugar, cuya vista le atraía tanto que olvidó, en medio de su curiosidad juvenil, la humedad de su ropa. La expresión de su mirada y el color que le subió

a los carrillos le asemejaban a un hombre atrevido que medita una acción honrosa al contestar:

-Es un castillo resistente y muy bien defendido; pero no hay imposibles para hombres valientes.

-¿Hay alguien en tu país capaz de semejante hazaña? -preguntó el anciano con algo de sorna.

-No afirmaré tal cosa -contestó el joven-; pero hay miles que por una buena causa intentarían hazaña tan atrevida.

-¡Bah! -dijo el otro-. ¿Quizá seas tú el atrevido?

-Faltaría a la verdad si me jactase que no existe peligro -contestó el joven Durward-; pero mi padre ha hecho un acto de valentía semejante, y estoy seguro de no ser bastardo.

-Bien -dijo su compañero sonriendo-; puedes igualar a tu padre en el intento, pues los arqueros escoceses de la Guardia de Corps del rey Luis están de centinela en aquellas murallas; trescientos caballeros de la mejor alcurnia de tu país.

-Y si yo fuese el rey Luis -respondió el joven- confiaría mi seguridad a la lealtad de los trescientos caballeros escoceses, demolería las murallas para llenar los fosos, llamaría a mis nobles pares y paladines y viviría como me correspondía, entre quiebras de lanzas en torneos lucidos, con festivales de día con los nobles y danzas de noche con las damas, y no tendría más miedo del enemigo que de una mosca.

Su compañero sonrió de nuevo, y volviendo la espalda al castillo, al que observó se habían acercado demasiado, tornó otra vez al camino por una senda más ancha y más transitada que la que antes habían seguido.

-Esta -dijo- nos conducirá a la población de Plessis, donde tú, como forastero, encontrarás acomodo razonable y decente. A unas dos millas más allá está la bonita ciudad de Tours, que da nombre a este condado rico y hermoso. Pero la población de Plessis, o Plessis del Parque, como a veces la llaman, por su vecindad a la residencia real y de la caza que está rodeada, te proporcionará hospitalidad más próxima y adecuada.

-Le agradezco, amable señor, su información -dijo el escocés; pero mi estancia aquí será tan corta que si no necesitase un pedazo de carne y un trago de algo mejor que agua pasaría de largo por Plessis.

-Creía -contestó su compañero- que tenías que ver a algún amigo en este sitio.

-Y así es: a un hermano de mi madre -contestó Durward.

-¿Cómo se llama? -preguntó el anciano-. Lo averiguaremos, pues no es conveniente que subas al castillo, donde podían tomarte por un espía.

-¡Por la salud de mi padre! -dijo el joven-. ¡Yo tornado por un espía! ¡Que se condene quien me acuse de semejante falsedad! ¡No tengo por qué ocultar el apellido de mi tío! ¡Es Lesly; Lesly, apellido noble y honrado!

-Así lo será, no lo dudo -dijo el anciano-; pero hay tres con ese apellido en la Guardia escocesa.

-Mi tío se llama Ludovico Lesly -dijo el joven.

-De los tres Leslys -contestó el comerciante-, dos se llaman Ludovico.

-Llaman a mi pariente Ludovico *el de la Cicatriz* -dijo Quintín-. Nuestros nombres familiares son tan comunes en una casa escocesa, que cuando no se poseen tierras usamos siempre el apodo.

-Un *nom de guerre* supongo querrá decir -contestó su compañero-; y al hombre de quien hablas nosotros le llamamos *Le Balafré* por la cicatriz que ostenta en su cara: un hombre como es debido y un buen soldado. Me gustaría poderte facilitar una entrevista con él, pues pertenece a una tanda de caballeros cuyas obligaciones son estrictas, y que no salen con frecuencia fuera de su guarnición a no ser en servicio inmediato de la persona del rey. Y ahora, joven, contéstame a una pregunta. Apostaría algo a que deseas entrar a servir con tu tío en la Guardia escocesa. Si ese es tu propósito, es una intención loable, pero algo extemporánea, pues eres demasiado joven y se necesitan algunos años de práctica para el alto cargo a que aspiras.

-¡Quién sabe si alguna vez pensé semejante cosa! -dijo Quintín descuidadamente-; pero si lo hice, deseché ya mi fantasía.

-¿Cómo es eso, joven? -dijo el francés algo sorprendido -¿Hablas así de un cargo que tantos aspirantes tiene entre los más nobles de tus paisanos?

-Que gocen con él es mi deseo -dijo Quintín con mesura-. Hablando sin rodeos, me hubiera gustado estar al servicio del rey de Francia; pero por muy bien vestido y alimentado que me encontrase, amo más el espacio libre que el estar confinado en una jaula o nido de golondrina, allá, como llama usted a esas cajas enrejadas. Además -añadió en voz más baja-, y para ser sincero, no me gusta el castillo cuando el *covintree* [(8)] tiene las bellotas de aquel de allá.

-Adivino a lo que te refieres -dijo el francés-; pero habla con más claridad.

-Para hablar con más claridad -respondió el joven-, le diré que allá crece una hermosa encina, a un tiro de ballesta aproximadamente del castillo, y en esa encina cuelga un hombre con un coleto gris parecido a éste que llevo.

-¿De verdad? -dijo el francés- *¡Pasques-dieu!* ¡Mira lo que vale tener ojos jóvenes! Yo veo algo, pero lo tomé por un cuervo entre las ramas. Mas el espectáculo no es una novedad, joven; cuando el verano cede el paso al otoño, y las noches de luna son largas, y los caminos se hacen peligrosos, puede verse un manojo de diez y hasta de veinte de tales bellotas colgando en esa vieja encina. Son a modo de estandartes desplegados para espantar a los bribones, y por cada malvado que del árbol cuelgue, un hombre honrado puede calcular que habrá un ladrón, un traidor, un salteador de

caminos, un *pilleur* y opresor del pueblo menos en Francia. Estos, joven, son muestra de nuestra soberana justicia.

-Yo les hubiera colgado más lejos de mi palacio de haber sido el rey Luis -dijo el joven-. En mi país colgamos los cuervos muertos en donde rondan los cuervos vivos, pero no en nuestros jardines o palomares. La peste de la carne corrompida, ¡qué asco!, llega a mis narices a la distancia en que nos encontramos.

-Si vives para servidor honrado y leal de tu príncipe, buen joven -contestó el francés-, aprenderás que no hay perfume que iguale al olor de un traidor muerto.

-No me gustará vivir para perder el olfato de mi nariz o la vista de mis ojos -dijo el escocés-. Muéstreme un traidor vivo, y aquí están mi mano y mi arma; pero una vez muerto, no debe subsistir el odio. Pero me parece que llegamos a una población en donde espero demostrarle que ni la zambullida ni el disgusto me han quitado el apetito para almorzar. Así es que, mi buen amigo, vayamos a la hostería con toda la velocidad posible. Antes, sin embargo, de aceptar su hospitalidad déjeme saber por qué nombre atiende.

-Los hombres me llaman maese Pedro -contestó su compañero-. No poseo títulos. Soy un hombre corriente que vivo por mi cuenta. Ese es mi destino.

-Así sea, maese Pedro -contestó Quintín-, y me alegro de que mi buena suerte nos haya juntado, pues necesito consejos oportunos, que sabré agradecer.

Mientras así hablaban, la torre de la iglesia y un alto crucifijo de madera, que se elevaba por encima de los árboles, les cercioraron que estaban a la entrada de la población.

Pero maese Pedro, desviándose un poco del camino, que ahora se había unido a una calzada abierta y pública, dijo a su compañero que la posada donde pensaba llevarle estaba algo retirada y sólo se recibía en ella a los viajeros más distinguidos.

-Si quiere usted dar a entender aquellos que viajan con la bolsa bien repleta -contestó el escocés-, yo no soy del número, ¡y prefiero que me despojen en la carretera que en una posada!

-*¡Pasques-dieu!* -dijo su guía-. ¡Qué cautos son los oriundos de Escocia! Un inglés entra decidido en una taberna, come y bebe de lo mejor y nunca piensa en la cuenta hasta que tiene la tripa llena. Pero te olvidas, señorito Quintín, que te debo un almuerzo por la mojadura que mi equivocación te proporcionó. Es el castigo por haberte ofendido.

-En realidad -contestó el animoso muchacho- ya había olvidado mojadura, ofensa, castigo y todo. Mis ropas se han secado con el paseo, o poco les falta; pero no rehusaré su amable ofrecimiento, pues mi comida de ayer fué frugal, y no cené. Usted parece un viejo y respetable burgués y no veo razón para no aceptar su ofrecimiento.

El francés se rió a escondidas, pues se percató plenamente que el joven, a pesar de estar medio muerto de hambre, encontraba alguna dificultad para reconciliarse con la

idea de comer a costa de un extraño e intentaba someter su orgullo interior con la reflexión de que al aceptar cortesía tan ligera daba gusto al anciano.

Mientras tanto, descendieron por una calle estrecha sombreada por altos olmos, al fondo de la cual un pórtico les dió entrada en el patio de una posada de dimensiones no corrientes, calculada para el alojamiento de los nobles y sus cortejos que tenían asuntos en el vecino castillo, donde raras veces y únicamente cuando semejante hospitalidad era inevitable, permitía Luis XI que estuviese albergado alguno en su corte. Un escudo de armas, que ostentaba la flor de lis, se veía sobre la puerta principal del irregular y vasto edificio; pero no había ni en el patio ni en los locales ese bullicio que en aquellos días, cuando se alojaba a huéspedes en establecimientos públicos y privados, indicaba que había negocios y movimiento de viajeros. Parecía como si el carácter hosco y poco sociable de la mansión real de la vecindad hubiese comunicado parte de su melancolía solemne y terrorífica a un sitio al que se consideraba, según la costumbre universal, por templo de la sociedad alegre y de buen humor.

El maese Pedro, sin llamar a nadie y sin aproximarse siquiera a la entrada principal, levantó el picaporte de una puerta lateral y se dirigió a una amplia habitación en la que un haz de leña crepitaba en el hogar y se veían preparativos para un substancial almuerzo.

-Mi compadre ha cuidado de todo -dijo el francés al escocés-. Debes de tener frío, y ha encargado un fuego; tienes que sentir hambre, y ahora almorzarás.

Silbó, y entró el posadero; contestó al *bon jour* de maese Pedro con una reverencia, pero en modo alguno demostró aquella charlatanería característica de los posaderos franceses de todas edades.

-Esperaba que un caballero -dijo maese Pedro- hubiese encargado un almuerzo. ¿Lo ha hecho?

En respuesta, sólo se inclinó el posadero, y mientras continuaba trayendo y disponiendo sobre la mesa los distintos platos de un reconfortante almuerzo no se preocupó de ensalzar sus méritos con una sola palabra. Y, sin embargo, este almuerzo merecía los elogios que los mesoneros franceses acostumbran a otorgar a sus banquetes, como el lector verá en el siguiente capítulo.

Capítulo IV

El almuerzo

¡Santo Dios!
¡Qué masticadores!
¡Qué pan!
Viajes de Yorick.

Hemos dejado a nuestro joven forastero en Francia en una situación más confortable de la que hasta ahora había encontrado desde que penetró en los territorios de los antiguos galos. El almuerzo, según indicamos al final del último capítulo, fué admirable. Hubo una *pâte de Perigord,* con la que un gastrónomo hubiera deseado vivir y morir, como los comedores de lotus de Homero, olvidados de parientes, país natal y cualquiera especie de obligaciones sociales. Sus vastas murallas de magnífica costra parecían puestas, cual baluartes de rica ciudad, como demostración de la riqueza que tienen que proteger. Había un delicado *ragout,* con aquella *petit point de l'ail* que los gascones aman y los escoceses no odian. Había además un delicado pernil que no hacía mucho había pertenecido a un noble jabalí en los bosques vecinos de Mountrichart. Había el pan blanco más exquisito, hecho en forma de panecillos redondos llamados *boules* (de donde los panaderos toman en Francia el nombre de *boulangers),* cuya corteza era tan tentadora que aun sólo con agua sería un bocado exquisito. Pero no sólo había agua, pues también había un frasco de cuero llamado *bottrine* que contenía medio azumbre aproximado, de un exquisito *vin de Beaulne.* Tantas buenas cosas hubieran despertado el apetito a un muerto. ¿Qué efecto, pues, no había de producir en un joven de veinte años escasos, quien (debemos decir la verdad) apenas había comido en los dos últimos días, excepto la escasa fruta madura que por casualidad acertaba a coger y una ración muy exigua de pan de cebada? Se arrojó sobre el *ragout* y dió fin de la fuente; atacó al magnífico pastel, ahondó en las entrañas del mismo, y rociando su abundante comida con copas de vino, volvió una y otra vez a la carga, con el asombro del posadero y el regocijo de maese Pedro.

El último, probablemente por ser el autor de una acción más amable de lo que había pensado, parecía encantado con el apetito del joven escocés; y cuando, por fin, observó que sus esfuerzos comenzaban a languidecer, trató de estimularlo a nuevos esfuerzos, ordenando confituras, *darioles* y otras golosinas menudas que pensaba podían incitarle a continuar su comida. Mientras se entretenía de este modo, el rostro de maese Pedro expresaba cierto género de buen humor, que casi reflejaba benevolencia, y que parecía muy distanciado de su carácter ordinario, severo, cáustico y astuto. Los ancianos casi siempre simpatizan con las alegrías de los jóvenes y con sus esfuerzos de toda clase cuando el espíritu del espectador permanece en su equilibrio natural y no está perturbado por la envidia o por la emulación.

Quintín Durward, también, y mientras estaba tan agradablemente ocupado, no podía hacer otra cosa que descubrir que la cara del que le había convidado, que al principio encontró tan poco atrayente, mejoraba cuando era vista bajo la influencia del *vin de Beaulne,* y había amabilidad en el tono con que reprochaba a maese Pedro que se divirtiese con él burlándose de su apetito sin comer él nada.

-Estoy haciendo penitencia -dijo maese Pedro- y no puedo comer nada antes del mediodía, excepto algún dulce y una copa de agua. Dígale a aquella señora -añadió volviéndose al posadero- que me lo traiga aquí.

El posadero salió de la habitación, y maese Pedro prosiguió:

-Bien; ¿he cumplido mi palabra respecto al almuerzo que te prometí?

-La mejor comida que he comido -dijo el joven- desde que dejé Glen-Houlakin.

-¿Glen qué? -preguntó maese Pedro-. ¿Vas a invocar al demonio con el empleo de palabras tan largas?

-Glen-Houlakin -replicó Quintín de buen humor-, que quiere decir Cañada del Midges, nombre de nuestro antiguo patrimonio, mi buen señor. Ha comprado el derecho de reírse con la palabra si gusta.

-No tengo la menor intención de ofender -dijo el anciano-; mas iba a decir, ya que has gozado tanto con esta comida, que los arqueros escoceses de la guardia comen una tan buena como ésta, o aun mejor, todos los días.

-No me sorprende -dijo Durward-, pues, si tienen que estar encerrados toda la noche en *los nidos de golondrina* deben de sentir gran apetito por la mañana.

-Y lo suficiente para dejarles satisfechos, -dijo maese Pedro-. No necesitan, como los borgoñeses, montar a pelo para tener la tripa llena; visten como condes y comen como abates.

-Que les aproveche -dijo Durward.

-¿Y por qué no quieres entrar aquí de servicio, joven? Tu tío podía, estoy seguro, procurarte una plaza en filas cuando ocurra una vacante. Y, presta atención, yo mismo tengo una poca de influencia y podía serte de alguna utilidad. ¿Puedes montar a caballo, presumo, que tan bien como manejar el arco?

-Los de mi país son tan buenos jinetes como el que más y sé que podía aceptar su amable, ofrecimiento. Sin embargo, fíjese en que el alimento y el vestido son necesarios; pero en mi caso los hombres piensan en honores, progresos y hechos bravos de armas. Vuestro rey Luis, Dios le bendiga, pues es un amigo y aliado de Escocia, sólo vive aquí en el castillo o se dirige a caballo de una plaza fortificada a otra; y gana ciudades y provincias con embajadas políticas y no en lucha franca. En cuanto a mí, opino como Douglass, que siempre está en el campo porque prefiere oír cantar a la alondra que chillar al ratón.

-Joven -dijo maese Pedro-, no juzgues tan atrevidamente las acciones de los soberanos. Luis trata de ahorrar la sangre de sus súbditos y no se preocupa por la suya. Se portó como un hombre valeroso en Montl'Hery.

-Ya; pero eso fué hace doce años o más -contestó el joven-. Me gustaría seguir a un amo que mantuviese su honor tan brillante como su escudo y que se aventurase siempre en el tropel de la batalla.

-¿Por qué no te detuviste entonces en Bruselas con el duque de Borgoña? Te hubiera puesto en camino de romperte los huesos a diario, y antes de quedarse atrás, hubiera hecho la tarea por ti mismo, especialmente si llega a enterarse que habían pegado a su guardabosque.

-Verdaderamente -dijo Quintín-, mi sino desgraciado me ha cerrado esa puerta.

-Sin embargo, hay abundancia fuera de aquí de osados con los que los jóvenes alocados encontrarían servicio -dijo su consejero-. ¿Qué piensas, por ejemplo, de Guillermo de la Marck?

-¡Cómo! -exclamó Durward-. ¿Servir al de la Barba, servir al Jabalí de las Ardenas, a un capitán de pillos y asesinos, que mataría a un hombre por lo que vale su capa y que asesina a frailes y peregrinos como si fuesen caballeros armados y gente de guerra? Sería un borrón eterno en el escudo de mi padre.

-Bien, joven ardoroso -replicó maese Pedro-; si juzgas al *sanglier* demasiado cruel, ¿por qué no sigues al joven duque de Gueldres?[(9)].

-¿Seguir a esa furia? -dijo Quintín-. No hay quien le aguante. ¡Le están esperando en el infierno! Dice la gente que puso prisionero a su propio padre y que llegó a pegarle. ¿Puede usted creerlo?

Maese Pedro pareció algo desconcertado con el horror innato con que el joven escocés hablaba de ingratitud filial, y contestó:

-No sabes, joven, qué poco subsisten los lazos de parentesco entre los de elevada alcurnia.

Después cambió el tono en el que había comenzado a hablar, y añadió alegremente:

-Además, si el duque ha pegado a su padre, te aseguro que su padre le había pegado antes; así es que sólo era un ajuste de cuentas.

-Me maravilla oírle hablar de ese modo -dijo el escocés, rojo de indignación-; las canas como las suyas deberían buscar objetos más adecuados para bromear. Si el anciano duque pegó a su hijo en su niñez, no le pegó bastante, pues era preferible que hubiese muerto a estacazos que vivir para hacer que el mundo cristiano se avergonzase de que semejante monstruo haya sido bautizado.

-A este tenor -dijo maese Pedro-, y dado cómo juzgas los caracteres de cada príncipe y jefe,

pienso que sería mejor que te erigieses a ti mismo en capitán, pues ¿dónde uno tan sabio encontraría jefe digno de que le mandase?

-Se ríe usted de mí, maese Pedro -dijo el joven, de buen humor-, y quizá tiene usted razón; pero no ha nombrado a un hombre que es un jefe valiente y sostiene aquí una brava partida, en la que un hombre podría muy bien querer alistarse.

-No acierto adivinar a quién te refieres.

-¿Cómo? Pues a aquel que cuelga como el ataúd de Mahoma (maldito sea Mahoma) entre dos imanes; a aquel a quien nadie llama francés o borgoñés, pero que sabe guardar el equilibrio entre ambos y les hace temerle y servirle por lo buen príncipe que es.

-No puedo acertar a quién señalas -dijo, pensativo, maese Pedro.

-¿Pues a quién he de referirme sino al noble Luis de Luxemburgo, conde de Saint Paul, el gran condestable de Francia? Allá se sostiene, con su pequeño y esforzado ejército, con la cabeza tan erguida como el rey Luis o el duque Carlos, y en equilibrio entre ambos, como el niño que está de pie en el centro de un tablón mientras otros dos se balancean en los extremos opuestos[(10)].

-Está en peligro de correr la peor suerte de los tres -dijo maese Pedro-. Y escucha, joven amigo, ya que juzgas el saqueo crimen tan grande, ¿sabes que tu político, el conde de Saint Paul fué el primero en dar el ejemplo de quemar el país durante el tiempo de guerra? ¿Y que antes de realizar su vergonzosa devastación, ciudades y aldeas abiertas, que no hicieron resistencia, fueron siempre perdonadas?

-Entonces, si así ha sucedido -dijo Durward-, empezaré a creer que ninguno de esos grandes hombres es mucho mejor que los otros, y que el escoger entre ellos es como buscar un árbol de donde ahorcarse. Pero este conde de Saint Paul, este condestable, se apoderó con buenas artes de la población que lleva el nombre de mi santo y honorable patrón, San Quintín[(11)] (al nombrarle se santiguó), y me parece que si viviese allí, mi santo patrón hubiese cuidado de mí (no hay tantos que lleven su nombre, al contrario de lo que pasa con vuestros santos más populares), y sin embargo, debe haberme olvidado, pobre Quintín Durward, su hijo espiritual, ya que me ha dejado marchar un día sin alimento, y me deja a la mañana siguiente al amparo de San Julián y a la cortesía casual de un desconocido, lograda al azar por un chapuzón en el renombrado río Cher, o uno de sus afluentes.

-No blasfemes de los santos, mi joven amigo -dijo maese Pedro-. San Julián es el fiel patrón de los viajeros, y quizá el bendito San Quintín ha hecho más por ti de lo que te imaginas.

Mientras hablaba, se abrió la puerta, y una muchacha, que más bien tenía más que menos de quince años, entró con una fuente cubierta con un damasco, en la que había colocado un platillo con las ciruelas secas, que tanta fama habían dado siempre a Tours, y una copa de la curiosa vajilla que el orífice de aquella ciudad tenía desde antiguo fama de trabajar, con una delicadeza de detalles que las distinguía de las de otras ciudades de Francia, y aun excedía en habilidad de ejecución a las de la metrópoli. La forma de la copa era tan elegante, que Durward no pensó en observar de cerca si el material era de plata o, como la que tenía delante de él, de un metal inferior, pero tan bien bruñido que parecía de un metal más rico.

Pero la presencia de la joven persona que realizó este servicio atrajo mucho más la atención de Durward que los pequeños detalles del menester que realizaba.

Pronto descubrió que largas trenzas negras, las cuales, según la costumbre de las jóvenes de su país, no tenían adorno alguno, excepto una sola guirnalda, hecha con hojas de yedra, formaban un marco a un rostro que con sus facciones regulares, ojos obscuros y expresión pensativa, se asemejaba al de Melpómene, aunque había un débil color en los carrillos y una inteligencia en su mirada que hacían vislumbrar que la alegría no era extraña a una cara tan expresiva, aunque no fuese su expresión más habitual. Quintín llegó a pensar que había circunstancias deprimentes, causa de que un rostro tan joven y adorable estuviese más serio de lo que es natural en una belleza temprana; y como la imaginación romántica de la juventud es rápida para sacar

Librodot

conclusiones de premisas ligeras, le agradó inferir de lo que sigue que la suerte de esta hermosa visión estaba envuelta en silencio y misterio.

-¿Qué tal, Jacqueline? -dijo maese Pedro cuando ella entró en la habitación-. ¿Por qué esto? ¿No deseo que dame Perette traiga lo que necesito? *¡Pasques-dieu!* ¿No está ella, o se cree demasiado buena para servirme?

-Mi parienta está enferma y descansa -contestó Jacqueline en un tono precipitado pero humilde-; está enferma y no sale de su cuarto.

-¿Es eso cierto? -replicó maese Pedro con cierto énfasis-; soy perro viejo, y no soy de aquellos que creen en enfermedades fingidas.

Jacqueline se puso pálida y aun tembló con la respuesta de maese Pedro; porque hay que reconocer que su voz y sus miradas, en todo tiempo ásperas, cáusticas y desagradables, tenían, cuando quería expresar cólera o sospecha, un efecto a la vez siniestro y alarmante.

La caballerosidad montaraz de Quintín Durward se despertó en el momento y se precipitó a acercarse a Jacqueline y a librarla de la carga que llevaba, y que ella pasivamente le entregó, mientras con una mirada tímida y ansiosa vigilaba el rostro del enfadado burgués. No era natural resistir a la expresión penetrante y llena de compasión de sus miradas, y maese Pedro prosiguió no sólo con aire de enfado aminorado, sino con tanta gentileza como podía manifestar en su rostro y modales:

-No te censuro, Jacqueline, y eres demasiado joven para ser (lo que es lástima pensar serás algún día) una cosa falsa y traicionera, como el resto de tu inconstante sexo. Nadie que frecuente el trato de gente pierde la oportunidad de conoceros a todas [(12)]. Aquí está un caballero escocés que te dirá lo mismo.

Jacqueline miró por un instante al joven extranjero como si obedeciese a maese Pedro; pero la mirada, con ser rápida, se le representó a Durward, como una llamada patética en busca de ayuda y simpatía, y con la rapidez dictada por los sentimientos de la juventud y la veneración romántica por el sexo bello, inspirada por su educación, contestó rápido: «Que retaba a cualquier adversario, de igual rango y edad, que se atreviese a decir que semejante rostro como el que ahora contemplaban podía dejar de estar inspirado por el espíritu más puro y sincero.»

La muchacha se puso densamente pálida, y echó una mirada de temor a maese Pedro, a quien la bravata del joven gallardo sólo pareció incitar a risa más desdeñosa que aprobatoria. Quintín, cuyos segundos pensamientos generalmente corregían los primeros, aunque algún tiempo después de haberlos emitido, se ruborizó intensamente por haber proferido palabras que podían considerarse como una jactancia inoportuna en presencia de un anciano de profesión pacífica; y como penitencia justa y adecuada resolvió pacientemente someterse al ridículo en que había incurrido. Ofreció la copa y el plato de ciruelas a maese Pedro con sonrojo y rostro humillado, que trataba de disimular con una sonrisa forzada.

-Eres un joven tonto -dijo maese Pedro-, y sabes tan poco de las mujeres como de príncipes, cuya vida -dijo, santiguándose con devoción- Dios guarde muchos años.

Librodot

-¿Y quién guarda la de las mujeres? - dijo Quintín, resuelto, si podía evitarlo, a no ser vencido por la supuesta superioridad de este extraordinario anciano, cuya manera de ser, altiva y tranquila, tenían un ascendiente sobre él, del que se sentía avergonzado.

-Me temo que esa pregunta te la tenga que responder otro -dijo maeso Pedro sin alterarse.

Quintín fué otra vez vencido, pero no se sintió muy ofendido. «Seguramente -se dijo para su interior- no correspondo a este burgués de Tours con la deferencia debida, a cambio de la miserable deuda de un almuerzo, aunque haya sido bueno y substancioso. Los perros y los halcones están adictos a uno sólo por la comida; el hombre debe ser amable si se le quiere ligar con los lazos del afecto y la obligación. Pero es una persona extraordinaria; y esa preciosa aparición, una cosa tan bonita, no encaja en este sitio humilde, no debe pertenecer al comerciante acaparador de dinero, aunque parezca ejercer autoridad sobre ella, como indudablemente la ejerce sobre todo aquel que la suerte interpone en su camino. Es sorprendente qué importancia dan estos flamencos y franceses a la riqueza; mucha más de la que ésta merece, hasta el punto de que creo que este viejo comerciante cree que el respeto que debo a su edad es debido a su dinero; ¡yo, un caballero escocés de sangre y escudo de armas, y él, un artesano de Tours!»

Tales eran las ideas que atravesaban raudas por la mente del joven Durward, mientras maese Pedro decía, con una sonrisa y golpeando suavemente al mismo tiempo la cabeza de Jacqueline, de la que colgaban las largas trenzas:

-Este joven me servirá, Jacqueline; debes retirarte. Diré a la negligente parienta que hace mal en exponerte a que te vean sin necesidad.

-Sólo fué para servirle -dijo la doncella-. Le aseguro que no tiene motivos para enfadarse con mi parienta, ya que...

-*¡Pasques-dieu!* -dijo el comerciante, interrumpiéndola, pero no abruptamente- ¿Malgastas palabras conmigo, rapaza, o sigues aquí para mirar a este joven? ¡Vete! Es noble y sus servicios me bastarán.

Jacqueline desapareció; y tanto se interesó Quintín Durward en su repentina desaparición, que perdió el hilo de sus anteriores reflexiones, y actuó mecánicamente cuando maese Pedro le dijo en tono de uno acostumbrado a ser obedecido, mientras se recostaba en una cómoda butaca:

-Coloca esa bandeja junto a mí.

El comerciante entornó entonces sus perspicaces ojos, de modo que apenas eran visibles y sólo lanzaban de vez en cuando rápida y penetrante mirada, comparable a los rayos del sol poniente detrás de una nube obscura, a través de la cual son aquellos lanzados, pero sólo por un instante.

-Esta es una criatura bonita -dijo por fin el viejo, levantando la cabeza y mirando con fijeza a Quintín, mientras añadía-: una joven adorable para ser criada de un

auberge. Estaría mejor en el hogar de un honrado burgués; pero es de origen villano y carece de educación.

A veces ocurre que un dicho oportuno mata una ilusión, y el que la poseía se indispone un poco con el que la echa abajo, aunque el daño inferido sea involuntario por parte del ofensor. Quintín se vió desilusionado, y estaba dispuesto a enfadarse, él mismo no sabía por qué, con este anciano por haberle participado que esta hermosa criatura no era ni más ni menos que lo que su ocupación anunciaba: la criada de un *auberge*, una criada de superior categoría, probablemente sobrina del dueño o algo parecido; pero siempre una doméstica, obligada a soportar los modales de los parroquianos, y particularmente a maese Pedro, que probablemente tenía muchos caprichos y bastante dinero para estar tan seguro de verlos satisfechos.

El pensamiento, el obsesionante pensamiento, de nuevo volvió a él, de que debía hacer comprender al anciano caballero la diferencia entre sus condiciones, y hacerle notar que por muy rico que fuese, sus riquezas no le ponían a la altura de un Durward de Glen-Houlakin. Sin embargo, cuando miró al rostro de maese Pedro con tal intención, halló en él, no obstante la mirada baja, las facciones apretadas y traje humilde y pobre, algo que impidió al joven afirmar la superioridad que creía poseer sobre el comerciante. Por el contrario, cuanto más y con más fijeza le miraba Quintín, aumentaba su curiosidad para saber quién o qué era en la actualidad este hombre; y se le figuró ser un síndico o un alto magistrado de Tours, o uno que, de un modo o de otro, tenía la costumbre inveterada de exigir y ser tratado con deferencia.

En el ínterin, el comerciante parecía de nuevo absorto en alguna idea fija, de la que se desprendió levantándose y santiguándose devotamente para comer alguna fruta seca con un pedazo de bizcocho. Hizo entonces señas a Quintín para que le diese la copa, añadiendo mientras éste se la daba:

-¿Dices que eres noble?

-Seguramente lo soy -replicó el escocés-, si quince generaciones pueden hacerme noble, como antes le dije. Pero no se preocupe por esa cuestión, maese Pedro; siempre me enseñaron que es el deber de los jóvenes ayudar a los de más edad.

-Excelente máxima -dijo el comerciante, aprovechándose de la ayuda del joven al presentarle la copa y llenándola del contenido de un jarro que parecía ser del mismo material que la copa, sin ninguno de esos escrúpulos por su manera de proceder que quizá Quintín había esperado despertar.

«Que el diablo cargue con la confianza y familiaridad de este viejo artesano ciudadano», se dijo una vez más para su capote Durward; «se aprovecha de la ayuda de un noble caballero escocés con tan poca ceremonia como si hubiese sido yo un cualquiera».

Habiendo concluído entretanto el comerciante su copa de agua, dijo a su compañero:

Librodot

-Por las ganas con que pareces haber saboreado el *vin de Beaulne* me imagino que no me harías la competencia con este licor natural. Pero poseo un elixir que convierte el agua de manantial en los más ricos vinos de Francia.

Mientras hablaba, sacó una bolsa grande de su pecho, hecha de piel de foca, y volcó una lluvia de pequeñas monedas de plata en la copa, hasta que ésta, que era pequeña, quedó llena hasta más de la mitad.

-Tienes motivos para mostrarte más agradecido, joven -dijo maese Pedro-, tanto a tu patrón San Quintín como a San Julián, de lo que hasta ahora has sido. Te aconsejo que des limosnas en su nombre. Permanece en esta posada hasta que veas a tu pariente, Le Balafré, que saldrá de guardia esta tarde. Procuraré que se entere que aquí le puedes encontrar, pues tengo asuntos en el castillo.

Quintín Durward quiso decir algo para excusarse por aceptar los generosos ofrecimientos de su nuevo amigo; pero maese Pedro, arqueando las cejas e irguiendo su encorvada figura en una actitud de mayor dignidad de la que hasta ahora le había visto asumir, dijo en tono autoritario:

-No repliques, joven, y haz lo que se te ordena.

Con estas palabras salió de la habitación, haciendo una indicación al partir para que Quintín no le siguiese.

El joven escocés quedóse atónito y no sabía qué pensar del particular. Su primer impulso, el más natural, aunque quizá no el más digno, le indujo a mirar en el interior de la copa que, con seguridad, estaba más que promediada de monedas de plata, que sumaban varias veintenas, de las que Quintín, con toda probabilidad, nunca había llegado a tener por suyas ni siquiera veinte en toda su vida. ¿Pero podía reconciliar con su dignidad como caballero el aceptar así el dinero de este rico plebeyo? Era ésta una ardua cuestión, pues aunque había logrado un buen almuerzo, no era una gran reserva para viajar, bien hacia Dijon, en el caso de querer arriesgar la cólera y entrar al servicio del duque de Borgoña, o a San Quintín, si prefería el del condestable de Saint Paul, pues a uno de estos potentados, ya que no al rey de Francia, estaba decidido a ofrecer sus servicios. Quizá tomó la resolución más prudente en estas circunstancias al resolverse a tomar el consejo de su tío, y mientras tanto colocó el dinero en su bolsa de cacería y llamó al dueño de la casa para devolver la copa de plata, resolviendo al mismo tiempo hacerle algunas preguntas sobre este comerciante liberal y autoritario.

El posadero apareció a poco, y si no más comunicativo, estuvo al menos más locuaz que anteriormente. Positivamente rehusó hacerse cargo de la copa de plata. No era suya, dijo, sino de maese Pedro, que la había regalado a su convidado. Poseía cuatro *hanaps* de plata, que le había dejado su abuela, de feliz memoria; pero ninguna con el cincelado como la que su convidado tenía en la mano; era una de las famosas copas de Tours, trabajada por Martín Dominique, un artista que podía hombrearse con los de París.

-Y dígame, por favor, ¿quién es este maese Pedro -dijo Durward interrumpiéndole- que hace a los forasteros regalos tan valiosos?

Librodot

-¿Que quién es maese Pedro? -dijo el posadero, dejando caer las palabras lentamente de su boca, como si las hubiera estado destilando.

-Sí -dijo Durward, rápida y perentoriamente-, ¿quién es este maese Pedro y por qué prodiga su bondad de este modo? ¿Y quién es ese individuo, con aspecto de carnicero, que envió por delante para ordenar el almuerzo?

-Señor, usted mismo debía haberle preguntado a maese Pedro quién es; y en cuanto al caballero que encargó preparasen el almuerzo, ¡Dios nos libre de tratarle íntimamente!

-Hay algo misterioso en todo esto -dijo el joven escocés-. Este maese Pedro me dijo que era un comerciante.

-Si eso le dijo -dijo el posadero-, seguramente es un comerciante.

-¿En qué géneros trafica?

-En cosas muy distintas -dijo el hostelero-, y especialmente ha montado aquí unas manufacturas de seda que compiten con esos fardos que los venecianos traen de la India y Cathay. Pudo usted ver la fila de moreras al venir aquí, todas plantadas por disposición de maese Pedro para alimentar los gusanos de seda.

-Y esa joven que entró con las ciruelas, ¿quién es, mi buen amigo? -dijo Quintín.

-Señor, mi huésped, con su haya, una especie de tía o parienta -contestó el posadero.

-¿Pero es que de ordinario utiliza a sus huéspedes para servirse unos a los otros? -dijo Durward-. Pues observé que maese Pedro no tomó nada de su mano de usted o de la de su sirviente.

-Los hombres ricos tienen sus caprichos, pues pueden pagarlos -dijo el mesonero-; no es la primera vez que maese Pedro ha encontrado el procedimiento para que la gente bien nacida le sirva a una señal suya.

El joven escocés se sintió algo ofendido con la insinuación; pero ocultando su resentimiento, preguntó si le podían proporcionar en la casa una habitación por un día y quizá más.

-Ciertamente -replicó el posadero-, por todo el tiempo que desee estar.

-¿Podía entonces permitírseme -preguntó- presentar mis respetos a las damas de quien voy a ser compañero de hospedaje?

El posadero dudó un momento.

-No salen de casa -dijo-, y no reciben a nadie en ella.

-¿Con la excepción, supongo, de maese Pedro? -dijo Durward.

-No me es permitido citar ninguna excepción -contestó el hombre, firme, pero respetuosamente.

Quintín, que exageraba demasiado la noción de su propia importancia, si se considera lo huérfano que se encontraba de medios para sostenerla, algo mortificado con la respuesta del posadero, no dudó en valerse de una práctica bastante corriente en aquella época.

-Lleve a las damas -dijo- un frasco de *Auvernat*, con mis respetos, y diga que Quintín Durward, de la casa de Glen-Houlakin, caballero escocés, y ahora su huésped, desea lograr permiso para presentarle su homenaje en una entrevista personal.

El mensajero partió y volvió casi en el acto, haciendo constar el agradecimiento de las damas, que, por vivir en privado, no podían aceptar la visita del caballero escocés.

Quintín se mordió el labio y tomó una copa del rechazado *Auvernat*, que el patrón había colocado en la mesa.

«¡Vive el cielo, que ésta es una extraña comarca - se dijo a sí mismo-, en la que comerciantes y artesanos practican los modales y munificencia de los nobles, y damiselas viajeras, que hacen de una posada su corte y mantienen un rango cual princesas disfrazadas! Veré de nuevo a la doncella de rostro moreno o muy difícil la cosa será.»

Y después de tomar esta resolución pidió ser conducido a la habitación que le destinaban.

El posadero le condujo por una escalera de una torrecilla y después por una galería con muchas puertas que daban a ella, como las de las celdas de un convento, semejanza que nuestro joven héroe, que recordaba con gran fastidio una prueba temprana de vida monástica, estaba lejos de admirar.

El patrón se detuvo en el extremo de la galería, escogió una llave del gran manojo que pendía de su cinturón, abrió la puerta y mostró a su huésped el interior de una habitación en una torrecilla pequeña, limpia y aislada, y que, aunque provista de cama y otros muebles muy bien dispuestos, podía considerarse como una habitación de un palacete.

-Espero encontrará agradable esta habitación, señor -dijo el mesonero-. Tengo deber de complacer a todo amigo de maese Pedro.

-¡Oh, bendito chapuzón! -exclamó Quintín Durward, haciendo cabriolas tan pronto como su patrón se hubo retirado-. Nunca la buena suerte se presentó de mejor manera. Estoy satisfecho con mi buena estrella.

Mientras así hablaba se adelantó a la ventanita, la cual, como la torrecilla, sobresalía bastante de la fachada del edificio; no sólo dominaba su precioso jardín, algo extenso, que pertenecía a la posada, sino que permitía ver más allá de su límite un atrayente bosquecillo de esas moreras que había plantado maese Pedro para fomentar la cría del gusano de seda. Además, apartando la vista de estos objetos más remotos y mirando de costado a lo largo de la pared, resultaba opuesta la torre de Quintín a otra torre, y la pequeña ventana en que estaba permitía ver otra ventanita similar en un saliente correspondiente del edificio. Hubiera sido difícil para un hombre veinte años mayor que Quintín saber por qué esta torrecilla le interesaba más

Librodot

que el agradable jardín o el bosquecillo de moreras, pues ojos que cuentan con más de cuarenta años de uso miran con indiferencia a las ventanas de una torrecilla, aunque la celosía esté medio abierta para dejar paso al aire, mientras el postigo está medio cerrado para impedir el sol o quizá una mirada demasiado curiosa, y aunque en un costado de la ventana cuelgue un laúd en parte cubierto por un ligero velo de seda verde mar. Pero a la feliz edad de Durward tales *accidentes*, como un pintor los llamaría, son base suficiente para múltiples visiones y conjeturas misteriosas, a cuyo recuerdo el hombre maduro sonríe mientras suspira, y suspira mientras sonríe.

Como habrá de suponerse que nuestro amigo Quintín deseaba saber algo más de su bella vecina, la propietaria del laúd y del velo; como puede imaginarse que, por lo menos, estaba interesado en cerciorarse si no resultaría ser la misma persona a quien había visto servir humildemente a maese Pedro, se sobrentiende que no mostró un rostro curioso ni su persona de lleno en el marco de su ventana. Durward conocía bien el arte de cazar pájaros, y debió al hecho de mantenerse a un lado de su ventana, mientras miraba a través de la celosía, el placer de ver un brazo blanco, redondo y bello que descolgaba el instrumento, y el que sus oídos participasen, regocijados, con su diestro manejo.

La doncella de la torrecilla, del velo y del laúd cantaba precisamente la misma tonada que suponemos acostumbraba a fluir de los labios de las damas de linaje cuando caballeros y trovadores escuchaban y languidecían.

La letra no tenía tanto sentido, ingenio o fantasía como para distraer la atención de la música, ni la música tanto arte como para ahogar todo significado de las palabras. La una parecía amoldarse a la otra, y si el canto se hubiese recitado sin notas o la música interpretada sin palabras, no se hubiera notado el hecho. Por eso, apenas puede justificarse el repetir versos no compuestos para ser dichos o leídos y sólo para cantarlos. Pero tales restos de antigua poesía siempre han ejercido en nosotros una especie de fascinación, y como la música se ha perdido para siempre, a no ser que Bishop logre encontrar la notas o alguna alondra enseñe a Esteban a cantar la tonada, arriesgaremos nuestro crédito y el gusto de la doncella del laúd, conservando los versos, simples y rudos como son:

¡Ah! Conde Guy, la hora se acerca;
El sol ha dejado la llanura;
La flor del naranjo perfuma el jardín;
La brisa sopla hacia el mar.
La alondra, que se pasó el día cantando,
Aguarda silenciosa la llegada de su pareja;
Brisa, pájaro y flor confiesan la hora;
Pero ¿dónde está el conde Guy?
La doncella de la aldea se desliza en la sombra
Para escuchar los cortejos de su zagal;
A una belleza tímida, tras alta reja,
Canta el caballero de alcurnia.
La estrella del amor, dominando a las estrellas,
Reina ya sobre cielos y tierra,

Librodot

Y altos y bajos están bajo su influencia;
Pero ¿dónde está el conde Guy?

Cualquiera que sea la idea que el lector se forme de esta letra sencilla, ejerció un gran efecto en Quintín, pues, unida a melodías celestiales, y cantada por una voz dulce y pastosa, llegando las notas mezcladas con las suaves brisas perfumadas del jardín, y permaneciendo oculta la casa de la cantante, aparecía todo ello envuelto en un velo de misteriosa fascinación.

Al final de la tonada, el joven no pudo contenerse en mostrarse más arriesgado que hasta ahora e hizo un rápido movimiento para ver más de lo que hasta entonces había podido descubrir. La música cesó al momento, cerraron la ventana, y una cortina obscura, echada por dentro, puso fin a todo nuevo intento de observación por parte del vecino en la torrecilla próxima.

Durward se molestó y quedó sorprendido de la consecuencia de su precipitación; pero se consoló con la esperanza de que la dama del laúd no podría tan fácilmente olvidar la práctica de un instrumento que tan familiar le parecía ni resolverse a renunciar al placer del aire puro y a una ventana abierta con el único fin egoísta de reservar para su propio oído los dulces sonidos que producía. Había quizá, y mezclado con estas consoladoras reflexiones, un ligero sentimiento de vanidad personal. Si, como astutamente sospechaba, había una doncella de hermosas trenzas negras en una de las torrecillas, no podía menos de percatarse que un galán hermoso, joven, atrayente e ingenioso, un caballero de suerte, era el que ocupaba la otra; y los romances, esos instructores prudentes, le habían enseñado de más joven que si las doncellas son tímidas, no carecen de curiosidad ni les falta interés para los asuntos de sus vecinos.

Mientras Quintín estaba embebido en estas sabias reflexiones, una especie de servidor o camarero de la posada le informó que un caballero que estaba abajo deseaba hablar con él.

Capítulo V

El guerrero

Con extraños juramentos, y
armado como el leopardo,
Buscando la falsa
reputación
Aun en la boca del cañón.
As you like[(13)]
it. (Como tú quieras.)

Librodot

El caballero que esperaba la bajada de Quintín Durward a la habitación en que había almorzado era uno de los que Luis XI había dicho hacía tiempo que tenían en sus manos la suerte de Francia, ya que a ellos estaba encomendada la custodia y protección directa de la persona real.

Carlos VI había fundado este célebre Cuerpo, los arqueros de la Guardia escocesa, como se llamaban, con mejor motivo del generalmente alegado para establecer junto al trono una guardia de tropas forasteras y mercenarias. Las divisiones, que le habían arrebatado más de la mitad de Francia, junto con la fidelidad inconstante e incierta de la nobleza, que aun reconocía su derecho, hacían poco político e inseguro el confiar su seguridad personal a la custodia de aquélla. La nación escocesa era el enemigo hereditario de los ingleses, antiguos y, al parecer, naturales aliados de Francia. Eran los escoceses pobres, valerosos y fieles; sus filas con seguridad estaban bien servidas con la población superabundante de su propio país, ya que ningún otro en Europa los enviaba más aventureros ni más valientes. Sus altas pretensiones de linaje les daba también mejor título para acercarse a la persona de un monarca que a otras tropas, mientras el número, relativamente restringido, de ellos prevenía la posibilidad de que se rebelasen y se hiciesen amos donde debían actuar de servidores.

Por otro lado, los monarcas franceses seguían la política de lograr el afecto de este selecto cuerpo de extranjeros, concediéndoles honores y privilegios y buena paga, de la que la mayoría de ellos disponían con liberalidad militar en sostener su supuesto rango. Cada uno de ellos estaba considerado como un caballero en su profesión, y su proximidad a la persona del rey les dignificaba a sus propios ojos, así como les daba importancia ante la nación francesa. Estaban suntuosamente armados, equipados y montados, y todos tenían autorización para tener un escudero, un criado, un paje y dos ayudantes, uno de los cuales era llamado *coutelier*, por el gran cuchillo que llevaba para dar cuenta de aquellos que en la *mêlée* habían sido arrojados a tierra por su amo. Con este séquito y su correspondiente equipaje resultaba un arquero de la Guardia escocesa persona de calidad e importancia; y como las vacantes se proveían generalmente con aquellos que se habían impuesto en el servicio como pajes o criados, los jóvenes de las mejores familias escocesas eran enviados a menudo para servir con algún amigo y pariente en esos menesteres hasta que les tocase un turno de ingreso.

El *coutelier* y su compañero, al no ser nobles ni susceptibles de ser ascendidos de ese modo, se reclutaban entre personas de inferior categoría; pero como su paga y gajes eran excelentes, sus amos podían fácilmente escoger entre sus compatriotas sin colocación los más fuertes y valerosos para que les sirvieran en esta profesión.

Ludovico Lesly o, como más frecuentemente le llamaremos, Le Balafré, por cuyo nombre se le conocía de ordinario en Francia, rebasaba los seis pies de estatura y era robusto, de cuerpo macizo y de rostro feo, cuyo detalle resultaba más manifiesto por una espantosa cicatriz que, comenzando en la frente y dejando, por milagro, a salvo su ojo derecho, había dejado al descubierto el pómulo y descendía por allí casi al lóbulo de la oreja, produciendo un profundo costurón, que unas veces estaba escarlata, en ocasiones azul y otras casi negro, pero siempre repugnante, pues variaba a tono con la

Librodot

expresión del rostro en cualquier estado en que éste se encontrase, bien agitado o tranquilo.

Su traje y armas eran espléndidos. Llevaba la gorra nacional, coronada con un penacho de plumas y con un broche de plata maciza con la Virgen María. Estos broches habían sido regalados a la Guardia escocesa por deseo del rey, en uno de sus accesos de piedad supersticiosa, que consagró las espadas de su guardia al servicio de la Santa Virgen, y según algunos dicen, llevó el asunto tan lejos, que nombró capitana generala a Nuestra Señora. La gola, armadura y manopla del arquero eran del acero más fino, con incrustaciones de plata, y su cota de malla era tan clara y brillante como la capa de escarcha de una mañana de invierno sobre los helechos. Llevaba una casaca o sobrevesta suelta, de rico terciopelo azul, abierto en los costados, como la de un heraldo, con una gran cruz blanca de San Andrés, de plata, bordada por delante y por detrás; sus rodillas y piernas estaban protegidas con calzones de malla y zapatos de acero; un ancho y fuerte puñal (llamado la *Mercy of God*) colgaba del costado derecho; la banda para la espada, de doble empuñadura, ricamente bordada, colgaba de su hombro izquierdo; pero por comodidad llevaba en aquella ocasión en la mano aquella pesada arma, que el reglamento le impedía poner aparte.

Aunque Quintín Durward, como los jóvenes escoceses de aquella época, estaba desde pequeño acostumbrado a las cosas militares, pensó que nunca había visto un militar de aspecto más marcial o mejor equipado que el que ahora le saludaba personificado en su tío y llamado Ludovico *el de la Cicatriz* o Le Balafré; no obstante, no pudo por menos de impresionarse un poco con la disforme expresión de su rostro, mientras con sus ásperos bigotes rozaba primero uno y luego el otro carrillo de su pariente, daba la bienvenida a Francia a su sobrino y preguntaba al mismo tiempo qué noticias tenía de Escocia.

Pocas noticias buenas, querido tío -replicó el joven Durward-; pero me alegra ver que me reconoció en seguida.

-Te hubiera conocido, muchacho, en las *landes* de Bordeaux si te hubiera encontrado marchando como una grulla sobre un par de zancos[(14)]. Pero siéntate, siéntate; si hay penas que oír, encargaremos vino para ayudarnos a sobrellevarlas. ¡Eh, viejo tacaño, nuestro buen patrón, tráiganos del mejor y al instante!

El acento bien perceptible del francés hablado por un escocés era tan familiar en las tabernas cerca de Plessis como el del francés de un suizo en las modernas *guingettes* de París; y pronto, con la rapidez, ¡ay!, del miedo y el azoramiento, fué oído y obedecido. Una botella de champagne fué puesta ante ellos, de la que el mayor tomó un trago, mientras el sobrino se ayudaba con un sorbo moderado, para corresponder a la cortesía de su tío, dando por excusa que ya había bebido vino por la mañana.

-Eso hubiera sido una buena excusa en boca de tu hermana, querido sobrino -dijo Le Balafré-; temerías menos al vino si gastases barba y te alistases como soldado. Pero vamos, vamos, destapa tu saco de noticias escocesas; háble me de Glen-Houlakin. ¿Cómo está mi hermana?

-Muerta, querido tío -contestó con tristeza Quintín.

-¡Muerta! -repitió su tío con tono más de sorpresa que de simpatía-. Y era cinco años más joven que yo, y nunca en mi vida estuve mejor. ¡Muerta! La cosa parece imposible. Nunca padecí más allá de una jaqueca después de haber pillado borracheras en compañía de mis hermanos de carrera durante los dos o tres días de licencia. ¡Y mi pobre hermana está muerta! Y tu padre, querido sobrino, ¿se ha casado de nuevo?

Y antes que el joven pudiese responder leyó la respuesta en su sorpresa a la pregunta, y dijo:

-¡Cómo! ¿No? Hubiera jurado que Allan Durward no era hombre para vivir sin una esposa. Le gustaba tener su casa en orden; amaba también cuidar de una bonita mujer, y al mismo tiempo era metódico para vivir; todo esto lo tenía en el matrimonio. Ahora bien; a mí me importan poco estas comodidades, y puedo mirar a una mujer bonita sin pensar en el sacramento del matrimonio; no soy lo bastante bueno para merecerlo.

-¡Ay, querido tío! Mi madre quedó viuda hace un año, cuando Glen-Houlakin fué robado por los Ogilvies. Mi padre, mis dos tíos, y mis dos hermanos mayores, siete de mis parientes, y el arpista, y el mayordomo, y seis más de los nuestros murieron defendiendo el castillo, y no hay hogar encendido ni piedra en pie en todo Glen-Houlakin.

-¡Cruz de San Andrés! -dijo Le Balafré- ¡Eso es una verdadera carnicería! ¡Ay, esos Ogilvies fueron siempre malos vecinos de Glen-Houlakin! Fué mala suerte; pero azares de la guerra, al cabo. ¿Cuándo ocurrió esta desgracia, querido sobrino?

Diciendo esto tomó un buen trago de vino y movió su cabeza con mucha solemnidad cuando su pariente respondió que su familia había sido aniquilada en la fiesta última de San Judas celebrada.

-Escucha -dijo el soldado-; dije que fué cuestión de suerte; en ese mismo día, yo y veinte de mis camaradas asaltamos el castillo de Rochenoir y lo conquistamos a Amaury Bras-de-fer, un capitán de lanceros voluntario, de quien habrás oído hablar. Yo le maté en la misma entrada y gané el suficiente oro para mandar hacer esta hermosa cadena, que antes era de doble longitud que ahora; y esto me recuerda que tengo que enviar parte de ella en un mensaje sagrado. ¡Venga, Andrés, Andrés!

Andrés, su ayudante, entró, vestido como el mismo arquero en general, pero sin armadura para las extremidades; la del cuerpo era de manufactura más basta, la gorra no tenía pluma y la casaca estaba hecha de sarga o tela ordinaria en vez de rico terciopelo. Desenrollando de su cuello la cadena de oro, Balafré separó unas cuantas pulgadas de uno de sus extremos con sus firmes y bien dispuestos dientes, y dijo a su ayudante:

-Andrés, lleva esto a mi compadre, el rollizo padre Bonifacio, el monje de San Martín. Salúdale en mi nombre y dile que mi hermano y hermana y otros cuantos de mi casa están todos muertos, y que le ruego diga misas por sus almas hasta donde permita el valor de estos eslabones, y que haga cuanto sea necesario para librarles del purgatorio. Y adviértele que, como era gente buena y libres de toda herejía, es probable que estén próximos a salir ya del purgatorio, de modo que con poco se verán libres de sus tormentos; y en ese caso le dices que deseo que lo que sobre del oro entregado se emplee en maldiciones sobre una generación llamada los Ogilvies, de

Librodot

Angusshire, en la forma en que mejor la Iglesia juzgue oportuno. ¿Comprendes todo lo que te digo?

El *coutelier* afirmó que sí.

-Entonces, procura que ninguno de los eslabones vayan a parar a la taberna antes de que el monje los toque, pues si eso sucediese probarás el gusto de unos correazos hasta que te veas despellejado como San Bartolomé. Detente, sin embargo; veo tus ojos fijos en la copa de vino, y no te marcharás sin probarlo.

Al decir esto, llenó para él hasta el borde una copa, que el *coutelier* bebió, retirándose después para cumplimentar el encargo de su jefe.

-Y ahora, querido sobrino, déjame escuchar cuál fué tu suerte en este asunto desgraciado.

-Peleé junto a aquellos que eran más viejos y fuertes que yo, hasta que todos caímos -dijo Durward-, y recibí una cruel herida.

-No sería peor que la que yo recibí hace diez años -dijo Le Balafré-. Mira ahora a esto, querido sobrino -señalando a la cicatriz rojo obscura impresa en su cara-. Una espada de los Ogilvies nunca trazó un surco tan profundo.

-Trazaron bastantes -contestó Quintín tristemente-; pero se cansaron al final, y los ruegos de mi madre lograron clemencia para mí cuando me encontraron con señales de vida; pero aunque un monje erudito de Aberbrothick, que teníamos casualmente de huésped en la ocasión fatal, y por milagro se salvó de no ser muerto en la refriega, le fué permitido que vendase mis heridas y luego me trasladase a un sitio seguro, fué sólo bajo promesa, dada a la vez por mi madre y él, que me haría monje.

-¡Monje! -exclamó el tío- ¡Bendito San Andrés, eso nunca me sucedió! Nadie desde mi niñez soñó con hacerme monje. Y, sin embargo, me admiro con sólo la idea, pues estarás conforme en que, exceptuando la lectura y la escritura, que nunca pude aprender, y los salmos, que nunca pude soportar, y el traje, que es el de un mendigo loco, ¡la Virgen me perdone! -al decir esto se santiguó-, y sus ayunos, que no armonizan con mi apetito, hubiera hecho un monje tan bueno como mi pequeño compadre allá en San Martín. Pero no sé por qué nadie me propuso nunca semejante cosa. Bien; tenías que hacerte monje, ¿y por qué, me puedes decir?

-Para que concluyese la casa de mi padre, bien en el claustro o en la tumba -contestó Quintín con profundo sentimiento.

-Ya veo -contestó su tío-, comprendo. ¡Pillos redomados, muy pillos! Podían, sin embargo, resultar chasqueados, pues yo mismo recuerdo, querido sobrino, al canónigo Robersart, que había hecho los votos, y después salió del claustro y llegó a ser capitán de los compañeros voluntarios. Tuvo una querida, la moza más linda que recuerdo, y tres niños preciosos. No hay que fiarse de los monjes, querido sobrino; no fiarse de ellos; pueden hacerse soldados y padres cuando menos lo espera uno; pero sigue con tu historia.

-Poco más tengo que decir -dijo Durward-, excepto que, considerando que mi pobre madre respondía en cierto modo por mí, me decidí a vestir el hábito de novicio y a resignarme a las reglas del claustro, y aun aprendí a leer y escribir.

-¡A leer y escribir! -exclamó Le Balafré, que pertenecía a esa clase de individuos que juzgan milagroso toda clase de conocimientos que excedan de los suyos- ¡A escribir, dices, y a leer! No puedo creerlo; nunca pudo un Durward escribir su nombre, que yo sepa, ni los Lesly tampoco. Puedo responder de uno de ellos: me es tan imposible escribir como volar. Ahora dime, ¡por San Luis!, ¿cómo te enseñaron?

-Fué trabajoso al principio -dijo Durward-, pero con la costumbre se hizo más fácil; yo estaba débil de mis heridas y pérdida de sangre y deseoso de corresponder a mi salvador, el padre Pedro, y así me dediqué con más asiduidad a mi tarea. Pero después de varios meses de decaimiento mi buena madre murió, y como mi salud estaba ya recuperada de lleno, comuniqué a mi bienhechor, que era también subprior del convento, mi repugnancia a hacer los votos, y convinimos, ya que mi vocación no me llamaba al claustro, que retornase al mundo a buscar fortuna, y para evitar al subprior que incurriese en la cólera de los Ogilvies mi partida tendría la apariencia de una fuga, y para más propiedad llevé conmigo el halcón del abad. Pero fuí despedido con arreglo a los cánones, según lo comprueba la escritura y el sello del propio abad.

-Eso está bien, eso está bien -dijo su tío-. Nuestro rey se preocupa poco de cualquier otro robo que hayas podido cometer; pero tiene horror a nada que se parezca a un quebrantamiento de clausura. Y aseguraría que no dispones de mucho dinero para subvenir a tus gastos.

-Sólo unas cuantas piezas de plata -dijo el joven-, pues a vos, querido tío, debo hacer una confesión sincera.

-¡Ay! -replicó Le Balafré-, eso es triste. Ahora bien; aunque no atesoro mi paga, porque no resulta tener deudas contraídas en estos tiempos peligrosos, siempre dispongo, y te aconsejo sigas mi ejemplo, de alguna buena cadena de oro, o brazalete o collar de piedras preciosas, que sirve para el ornato de mi persona, y pueden, en caso necesario, suprimiendo uno o dos eslabones superfluos o una piedra sobrante, satisfacer con su venta a una necesidad perentoria. Pero puedes preguntar, querido pariente, qué has de hacer para lograr juguetes como éste -agitó su cadena con complacencia manifiesta-. No cuelgan en todos los arbustos; no crecen en los campos, como los narcisos, con cuyos tallos los niños hacen collares de caballeros. ¿Dónde entonces? Puedes lograrlo como yo lo logré, al servicio del buen rey de Francia, donde siempre se encuentra riqueza si un hombre tiene corazón para buscarla, arriesgando un poco su vida.

-Tengo entendido -dijo Quintín, evadiendo una decisión para la que aún se sentía apenas competente- que el duque de Borgoña mantiene un Estado más noble que el rey de Francia, y que hay más honra que ganar bajo sus banderas, que allí se dan buenos golpes y se realizan hechos de armas, mientras el cristianísimo rey, según dicen, gana sus victorias con las palabras de sus embajadores.

-Hablas como un niño tonto, querido sobrino -contestó el de la cicatriz-; y, sin embargo, pienso que cuando vine aquí era lo mismo de simple: no podía pensar nunca

Librodot

en un rey sin suponerle bien sentado bajo un alto dosel y festejándose entre encopetados vasallos y paladines, comiendo *blackmanger,* con una gran corona de oro sobre su cabeza, o bien cargando a la cabeza de las tropas, como Carlomagno en los romances, o como Roberto Bruce o Guillermo Wallace en nuestras propias leyendas, tales como Barbour y el Trovador. Escucha atento, hombre; todo son reflejos de la luna en el agua. Política, política para todo. ¿Pero qué es política?, dirás. Es un arte que este nuestro rey francés ha inventado para luchar con las espadas de otros hombres y para pagar sus soldados con el dinero de otros hombres. ¡Ah!, es el príncipe más sabio que gastó púrpura en su espalda, y, no obstante, no acostumbra a prodigarla; le veo a menudo ir más sencillo de lo que a mí mismo me hubiera parecido prudente aparentar.

-Pero no se pone usted en mi caso, querido tío -contestó el joven Durward- Prestaría servicio, ya que tengo que servir en tierra extranjera, en algún sitio en el que tuviese ocasión de realizar una brava hazaña que me diese un nombre.

-Te comprendo, querido sobrino -dijo el guerrero a las órdenes del rey-, comprendo tu deseo; pero no estás bien enterado de lo que ocurre. El duque de Borgoña es un hombre impetuoso, violento, testarudo e imprudente. Carga a la cabeza de sus nobles y caballeros, sus vasallos de Artois y Hainault. ¿Piensas que si estuvieses allí, o yo mismo estuviera, podríamos aventajar en el ataque al duque y a todos los bravos nobles de su país? Si no estuviésemos a su altura teníamos probabilidad de ser entregados en manos del capitán preboste, por negligencia; si les igualamos, se nos juzgaría bien y se pensaría que merecíamos nuestras pagas, y en el caso de distinguirme mucho en el frente, lo que es a la vez difícil y peligroso en tal *mêlée,* en la que todos hacen lo que puedan, mi lord el duque diría, en su lengua flamenca, cuando viese dar un buen golpe: «¡Ah, *gut getrofen!,* buena lanzada, bravo escocés; denle un florín para que beba a nuestra salud»; pero ni rangos, ni tierras, ni tesoros logra el extranjero en tal servicio. Todo va a los hijos del país.

-¿Y adónde debería ir, querido tío? -preguntó el joven Durward.

-Al que protege a los hijos del país -dijo Balafré estirando su gigantesca figura-. Así habla el rey Luis: «Mi buen aldeano francés, mi honrado Jacques Bonhomme, dedícate a tus herramientas, a tu arado, a tu rastrillo, a tu podadera y a tu azada; aquí está mi valiente escocés, que luchará por ti, y sólo tendrás la molestia de pagar por él. Y vosotros, mi serenísimo duque, mi ilustre conde y mi poderoso marqués, reserven su fiero valor hasta que haga falta, pues es posible que se desmande y vaya contra su dueño; aquí están mis compañías aguerridas, aquí mis guardias franceses, aquí, sobre todo, mis arqueros escoceses y mi honrado Ludovico *el de la Cicatriz,* que pelearán, tan bien o mejor que vosotros, con todo ese valor indisciplinado que en tiempo de vuestros padres malgastaron Cressy y Agincour.» Ahora, ¿no llegas a ver en cuál de estos Estados un caballero de suerte alcanza el más alto rango y percibe el máximo honor?

-Me parece entenderle, querido tío -contestó el sobrino-; pero, a mi modo de ver, el honor no se puede ganar donde no hay riesgo. Seguramente resulta -le ruego me perdone- una vida fácil y casi perezosa montar una guardia junto a un hombre de edad a quien nadie juzga capaz de hacer daño; pasar los días de verano y las noches de invierno en aquellas murallas, y encerrado todo el tiempo en cobijos de hierro por

Librodot

temor de que uno deserte su puesto, tío, tío, eso es comparable al halcón sobre su percha, que nunca vuela libre sobre los campos.

-¡Por San Martín de Tours, el niño tiene coraje! Síntoma legítimo de ser un Lesly; se parece mucho a mí, aunque siempre con algo más de bobería. Escucha, joven -viva largos años el rey de Francia-: apenas pasa día sin que haya que desempeñar una comisión, en la que alguno de sus partidarios ganen a una crédito y dinero. No pienses que las hazañas más bravas y peligrosas son hechas a la luz del día. Podría enumerarte algunas, tales como escalo de castillos, captura de prisioneros y hechos parecidos, en las que un innominado corre mayor peligro y alcanza mayor favor que cualquier desesperado en el séquito del alocado Carlos de Borgoña. Y si a Su Majestad le agrada quedarse atrás, a retaguardia, mientras se realizan tales acciones, dispone de más tranquilidad de espíritu para admirar, y de mayor liberalidad para recompensar a los aventureros, cuyos peligros, quizá, y cuyos hechos de armas puede mejor juzgar que si él mismo hubiese participado personalmente en ellos. ¡Oh, es un monarca sagaz y eminentemente político!

Su sobrino calló unos momentos, y luego dijo en tono bajo pero impresionante:

-El buen padre Pedro acostumbraba a decirme que podía haber mucho peligro en hazañas con las que se lograba poca gloria. No necesito decirle, querido tío, que no quiero dudar que estas comisiones secretas deben de ser honrosas.

-¿Por quién o por qué me tomas, querido sobrino? -dijo Balafré algo en serio-; no he sido educado en el claustro ni sé leer ni escribir. Pero soy el hermano de tu madre; soy un Lesly leal. ¿Crees que sería capaz de recomendarte nada indigno? El primer caballero de Francia, el propio Du Gueselin, si viviese, estaría orgulloso de clasificar mis hazañas entre sus hechos de armas.

-No puedo dudar de su buena fe, querido tío -dijo el joven-; es usted el único consejero que la adversidad me ha dejado. ¿Pero es verdad, como se dice, que este rey tiene aquí en este castillo de Plessis una corte reducida? Sin nobles ni cortesanos, sin que le acompañe ninguno de sus grandes feudatarios, ninguno de los altos oficiales de la corona; con *sports* medio solitarios, compartidos sólo con los sirvientes de su servidumbre; con Consejos secretos, a los que sólo son invitados hombres obscuros y de baja categoría; en la que la nobleza y el rango son despreciados, y los hombres elevados desde los orígenes más modestos al favor real; todo esto parece irregular, no se asemeja a las costumbres de su padre, el noble Carlos, que arrancó de las garras del león inglés este reino de Francia ya casi conquistado.

-Hablas como un niño veleidoso -dijo Le Balafré-, y aun como niño, insistes en los mismos temas desde puntos de vista diferentes. Mira: si el rey emplea a Oliver Dain, su barbero, para hacer lo que Oliver puede hacer mejor que ninguno de los pares, ¿no es el rey el ganancioso? Si pide a su fornido capitán-preboste, Tristán, que arreste a tal o cual vecino sedicioso, que se apodere de tal o cual noble turbulento, el hecho se realiza, y se acabó; mientras que si la comisión fuese dada a un duque o par de Francia, quizá correspondiese éste desafiando al rey. Si, de nuevo, al rey le agrada dar al sencillo Ludovico Le Balafré una comisión que éste ejecuta, en lugar de emplear al gran condestable, que quizá la traicione, ¿no demuestra en ello sabiduría? Sobre todo, ¿no conviene mejor un monarca de estas condiciones a caballeros de fortuna, que

Librodot

pueden acudir adonde mejor sean apreciados sus servicios y en donde con más frecuencia sean requeridos? No, no, niño; te digo que Luis sabe cómo escoger sus confidentes y qué encargarles, sabiendo adjudicar a cada uno lo suyo. No es como el rey de Castilla, que se ahogaba de sed porque el gran despensero no estaba junto a él para alargarle su copa. Pero oigo la campana de San Martín. Debo volver de prisa al castillo. Adiós, que te cuides, y mañana a las ocho de la mañana preséntate delante del puente levadizo y pregunta al centinela por mí. ¡Ten cuidado de no desviarte de la senda frecuentada al aproximarte al pórtico! Hay tales trampas y atrapapiernas, que podía costarte una, que perderías lastimosamente. Verás al rey y aprenderás a juzgarle por ti mismo; adiós.

Diciendo esto, partió deprisa Balafré, olvidando en su precipitación pagar el vino que había encargado, falta de memoria inherente a personas de su calidad, y a la cual el posadero, sobrecogido quizá por la gorra oscilante y la pesada espada de doble empuñadura, no hizo el menor intento de subsanar.

Podía esperarse que cuando Durward se quedase solo se volvería de nuevo a su torrecilla para vigilar la repetición de aquellos deliciosos sonidos que le habían hecho soñar por la mañana. Pero eso fué un capítulo romántico, y la conversación de su tío le había puesto delante de un episodio real de la vida. No era agradable, y por el momento los recuerdos y reflexiones que suscitó dominaron a los otros pensamientos, y especialmente a todos los de índole ligera y romántica.

Quintín se decidió a dar un paseo solitario por las orillas del rápido Cher, habiéndose antes informado por el posadero por qué camino podía pasar sin miedo a una interrupción desagradable de los cepos y trampas, y allí trató de ajustar sus pensamientos alborotados y de reflexionar en sus futuros movimientos, en los que el encuentro con su tío había arrojado alguna duda.

Capítulo VI

Los bohemios

Dió brincos y vueltas
Bajo el árbol de la horca.
Antigua canción.

La educación que había recibido Quintín Durward no era la más adecuada para ablandar el corazón ni para mejorar sus sentimientos. El, lo mismo que los demás de su familia, habían sido instruídos en la caza como una diversión y aprendieron que la guerra era la única ocupación seria, y que el gran deber de sus vidas era aguantar tenazmente y responder con fiereza a los ataques de sus enemigos feudales, por los que su raza había sido casi aniquilada. Y, sin embargo, había mezclado con estas

pendencias un espíritu de ruda caballerosidad y aun de cortesía que mitigaban su rigor, de suerte que la venganza, su única justicia, se llevaba a cabo con algo de humanidad y generosidad. Las lecciones del digno anciano monje, mejor aprovechadas sin duda durante un proceso de adversidad y larga enfermedad que lo hubiesen sido en plena salud y éxito, habían proporcionado al joven Durward un conocimiento más íntimo de los deberes de humanidad para el prójimo; y si se tiene en cuenta la ignorancia de la época, los prejuicios generales a favor de una vida militar y el modo como él mismo había sido educado, resultaba el joven mejor dispuesto para apreciar con más propiedad los deberes morales propios de su edad de lo que era corriente en aquellos tiempos.

Reflexionó en su entrevista con su tío con un sentimiento de perplejidad y desengaño. Sus esperanzas habían sido muchas, pues aunque no cruzaba cartas con su tío, un peregrino, o un traficante aventurero, o un soldado tullido traían de vez en cuando referencias de Lesly a Glen-Houlakin, y todas se mostraban conformes en alabar su indomable valor y sus triunfos en muchas empresas que su amo le había confiado. La imaginación de Quintín se había representado el cuadro a su modo y equiparado a su afortunado y venturoso tío (cuyas hazañas no resultarían probablemente rebajadas en el relato) a alguno de los campeones y caballeros andantes que cantan los trovadores y que ganan coronas o hijas de reyes con la ayuda de la espada y de la lanza. Se veía ahora obligado a clasificar a su pariente en nivel inferior en la escala de los caballeros; pero ofuscado por el respeto debido a los padres y a los que se les aproximan en parentesco -inclinado a su favor por tempranos prejuicios-, sin experiencia además, y apasionado por la memoria de su madre, no vió en el único hermano de esta persona tan querida cuál era su verdadero carácter, que no era otro que el de un común soldado mercenario, ni peor ni mejor que muchos de análoga profesión cuya presencia contribuía al estado revuelto de Francia.

Sin ser sanguinariamente cruel, era indiferente Le Balafré, por costumbre, a la vida humana y a los sufrimientos de los mortales; era profundamente ignorante, ansioso de botín, poco escrupuloso en cuanto a los medios de adquirirlos, y liberal para gastarlo en la satisfacción de sus pasiones. El hábito de atender exclusivamente a sus propias necesidades o intereses le había convertido en uno de los animales más egoístas del mundo, de modo que apenas era capaz, como el lector habrá observado, de meterse a fondo en ningún asunto sin pensar lo que ganaría en él. A esto debe agregarse que el círculo limitado de sus deberes y sus placeres habían gradualmente reducido sus pensamientos, esperanzas y deseos, y apagado en cierto modo su espíritu independiente en busca de honores y su deseo de distinguirse en hechos de armas, que en otros tiempos animaban su juventud. Balafré era, en una palabra, un soldado activo, endurecido, egoísta y de poca inteligencia; atrevido y dispuesto para el cumplimiento de su deber, aunque conociendo pocos asuntos aparte de éste, excepto el cumplimiento formal de una devoción sencilla, aliviada con alguna francachela ocasional con el hermano Bonifacio, su camarada y confesor. Si su talento hubiese sido de carácter más general probablemente hubiera sido promovido a algún cargo importante, pues el rey, que conocía personalmente a cada soldado de su guardia, tenía mucha confianza en el valor y fidelidad de Balafré; y además el escocés tenía la bastante sabiduría o astucia para comprender perfectamente las peculiaridades de ese soberano. Con todo, su capacidad era demasiado limitada para admitir su ascenso a

categoría superior, y aunque alabado y favorecido por Luis en muchas ocasiones, Balafré continuó siendo un mero guardián de vida o arquero escocés.

Sin alcanzar a comprender el verdadero carácter de su tío, Quintín se sorprendió de su indiferencia por el aniquilamiento catastrófico de toda la familia de su cuñado, y no pudo dejar de sorprenderse de que un pariente tan cercano no le ofreciese el auxilio de su dinero, pues, a no haber sido por la generosidad de maese Pedro, se hubiera visto en la necesidad de pedírselo descaradamente. Hizo a su tío la injusticia de suponer que esta falta de atención a sus necesidades probables era debida a la avaricia. Como en aquel momento no le precisaba dinero a Balafré, no se le ocurrió que su sobrino pudiese necesitarlo; por otra parte, consideraba a un pariente cercano como una cosa tan suya, que hubiera hecho lo posible por la felicidad de su sobrino vivo como había tratado de hacer con la hermana difunta y su marido. Pero por el motivo que fuese el descuido era muy desagradable para el joven Durward, y más de una vez echó de menos no haber entrado al servicio del duque de Borgoña antes de pelearse con su guardabosque. «Como quiera que me hubiese ido -pensó para sí-, siempre me hubiera podido consolar con la reflexión de que en el caso de salirme mal las cosas tenía un amigo de verdad en la persona de mi tío. Pero ya le he visto, y ¡ay de mí!, he encontrado más ayuda en un simple desconocido comerciante que en el propio hermano de mi madre, mi paisano y un caballero. Se diría que la cuchillada que ha borrado todo atractivo a su rostro ha sido causa de que se vaya de su cuerpo toda gota de sangre noble.»

Ahora sentía Durward no haber tenido una oportunidad de mencionar a Le Balafré el nombre de maese Pedro con la esperanza de obtener algún nuevo informe de ese personaje; pero las preguntas de su tío se habían sucedido rápidas, y la llamada de la gran campana de San Martín de Tours había interrumpido algo bruscamente su conferencia. «Ese anciano, se dijo a sí mismo, era áspero o impertinente en apariencia, mordaz y desdeñoso en el lenguaje, pero generoso y liberal en sus acciones, y le prefería a su pariente indiferente. Lo que dice nuestro viejo proverbio escocés: «Es preferible un forastero amable que un pariente poco amable[(15)]». Buscaré a ese hombre, lo que me imagino no será empresa difícil, ya que, según mi posadero, es persona de gran posición. El me aconsejará, por lo menos, y si va a países extranjeros, como muchos como él hacen, puede que éste sea un servicio tan venturoso como el que desempeñan los soldados que guardan al rey Luis.»

Mientras Quintín acariciaba esta idea, una voz que provenía de lo más íntimo de su corazón le sugirió que quizá la dama de la torrecilla, la del velo y laúd, participaría de ese venturoso viaje.

En tanto el joven escocés hacía estas reflexiones, encontró a dos hombres de aspecto grave, ciudadanos en apariencia de Tours, a quienes, quitándose la gorra con el respeto que los jóvenes deben a las personas mayores, preguntó que le diesen las señas de la casa de maese Pedro.

-¿La casa de quién, joven? -dijo uno de los viandantes.

-De maese Pedro, el gran comerciante en sedas, que plantó todas las moreras en aquel parque -dijo Durward.

-Joven -dijo el que estaba más próximo a él-, has escogido oficio de haragán demasiado pronto.

-Y has equivocado las personas con las que ejercitas tus bobadas -dijo el más alejado aun con mayor aspereza- El síndico de Tours no está acostumbrado a que le hablen de este modo los bufones vagabundos de países extranjeros.

Quintín se sorprendió tanto por la ofensa impremeditada que estas dos personas, de aspecto decente, habían querido ver en una pregunta simple y cortés, que olvidó enfadarse con lo intempestivo de la respuesta y se quedó mirándoles mientras marchaban con paso acelerado, volviendo con frecuencia la cabeza atrás como si estuvieran deseando perderle pronto de vista.

Después encontró a una partida de vendimiadores, a los que hizo la misma pregunta; y por respuesta le preguntaron si a quien buscaba era al maestro Pedro el profesor de escuela, o al maestro Pedro el carpintero, o al maestro Pedro el pertiguero, o a otra media docena de maestros Pedro. Como ninguno de éstos correspondía a las señas de la persona por la que preguntaba, los campesinos le acusaron de burlarse de ellos impertinentemente y le amenazaron con caer sobre él en pago a su burla. El de más edad entre ellos, que tenía alguna influencia sobre los demás, consiguió que desistiesen de los procedimientos violentos.

-Ya veis por su modo de hablar y por su gorra -dijo- que es uno de los montañeses forasteros que han venido a nuestro país y a quienes algunos llaman magos y adivinos, y otros, juglares, y cosas parecidas, y nadie sabe qué mañas se gastan entre ellos. He oído decir de uno que dió un tejón por darse un atracón de uvas en la viña de un pobre hombre, comió tantas como para llenar una carretilla, y ni por acaso tuvo que desabrocharse un botón de su coleto, así es que déjenle marchar sin incomodarle, y que siga su camino, y nosotros el nuestro. Y tú, amigo, si quieres salir bien librado, camina tranquilamente, en nombre de Dios, de nuestra Señora de Marmontier y de San Martín de Tours, y no nos molestes más con tu maese Pedro, que debe llevar otro nombre.

El escocés, comprendiendo que llevaba las de perder, juzgó más prudente proseguir su paso sin contestar; pero los campesinos, que al pronto se apartaron de él con horror por sus supuestas artes de brujería y de devorador de uvas, se envalentonaron cuando se distanciaron un poco, y profiriendo gritos y maldiciones, los recalcaron con una lluvia de piedras, aunque a tal distancia que no hicieron daño al objeto de su enojo. Quintín, mientras proseguía su paso, comenzó a pensar, a su vez, o que estaba bajo la influencia de un encanto, o que la gente de Turena era la más brutal, estúpida e inhospitalaria de Francia. El primer incidente que observó a continuación no contribuyó a disminuir su opinión.

En una pequeña eminencia que se elevaba sobre el rápido y hermoso Cher, en línea recta con la senda que seguía, aparecían situados tan felizmente dos o tres castaños grandes, que formaban un grupo notable y que llamaba la atención; y junto a ellos había de pie tres o cuatro campesinos, inmóviles, con la vista hacia arriba, y fija aparentemente en algún objeto entre las ramas del árbol próximo a ellos. Las meditaciones de la juventud raras veces son tan profundas como para no ceder al menor impulso de curiosidad, con la misma facilidad que una piedra, que se cae

Librodot

casualmente de la mano, rompe la superficie de un límpido arroyo. Quintín aceleró su paso y recorrió de prisa la cuesta de subida con tiempo para presenciar el espantoso espectáculo que llamaba la atención de esos espectadores el cual era nada menos que el cuerpo de un hombre, en las convulsiones de la última agonía, suspendido de una de las ramas.

-¿Por qué no cortan la cuerda y le echan abajo? -dijo el joven escocés, cuya mano estaba siempre dispuesta lo mismo a prestar auxilio a los afligidos que a mantener su propio honor cuando lo juzgaba atropellado.

Uno de los campesinos, mirándole muerto de miedo y con la cara pálida como la arcilla, señaló una marca grabada en la corteza del árbol, que tenía la misma grosera apariencia de una flor de lis, que ciertos rasgos talismánicos bien conocidos de nuestros oficiales de renta tienen con una flecha tosca. Sin comprender la significación ni la importancia de este signo, el joven Durward saltó, ligero como el lince, sobre el árbol, sacó de su bolsillo el instrumento más necesario a un montañés o leñador, el indispensable *skene dhu*[(16)], y gritando a los de abajo que recibiesen el cuerpo en sus manos, cortó la cuerda en dos, sin que hubiese transcurrido un minuto desde que se dió cuenta del caso.

Pero su humanidad fué mal correspondida por los espectadores. Lejos de prestar ninguna ayuda a Durward, parecían aterrorizados de la audacia de su acción, y huyeron a una como si temiesen que sólo su presencia pudiera considerarse como complicidad en acción tan atrevida. El cuerpo, sin apoyo por abajo, cayó pesadamente a tierra, de tal suerte que Quintín, que en seguida se tiró, tuvo la tristeza de ver que las últimas chispas de vida habían desaparecido. No abandonó su intención caritativa, sin embargo, sin más esfuerzos. Libertó el cuello del desgraciado infeliz del lazo fatal, soltó el justillo, salpicó la cara con agua y puso en práctica todos los remedios usuales para devolver la vida.

Mientras estaba ocupado en esta tarea humanitaria, un rumor confuso de voces, hablando un lenguaje desconocido, surgió a su alrededor, y apenas tuvo tiempo de observar que estaba rodeado por varios hombres y mujeres de aspecto singular y extraño, pues fué de pronto sujeto por ambos brazos y amenazado su cuello con un cuchillo.

-¡Pálido esclavo de Eblis! -dijo un hombre en francés incorrecto-, ¿estás robando al que has asesinado? Pero te hemos cogido y las pagarás.

Dichas estas palabras, surgieron cuchillos contra él por todas partes, y los rostros torvos y mal encarados que le miraban parecían los de lobos dispuestos a precipitarse sobre su presa.

El valor y la presencia de ánimo del joven escocés vinieron en su ayuda.

-¿Qué pretenden ustedes? -dijo-. Si este es el cuerpo de un amigo vuestro, sólo he cortado la cuerda de que colgaba por impulsos de caridad, y mejor obrarían si intentasen devolverle la vida que arremeter contra un extranjero a quien debe una probabilidad de salvación.

Las mujeres, en el ínterin, se habían hecho cargo del cuerpo inanimado y continuaron sus intentos para reanimarle con el mismo mal éxito que Durward, de modo que, desistiendo de sus infructuosos esfuerzos, parecieron abandonarse a todas las lamentaciones que se estilan en Oriente: ellas lanzando quejidos lastimeros y mesándose los cabellos, mientras los hombres parecían rasgarse las vestiduras y echarse polvo sobre sus cabezas. Poco a poco se dedicaron con tanto ardor a sus ritos mortuorios, que no prestaron más atención a Durward, de cuya inocencia estaban convencidos a juzgar por las circunstancias. El plan más prudente hubiera sido con seguridad haber dejado a esta gente salvaje en sus lamentaciones pero Quintín había sido criado en desprecio casi temerario del peligro y experimentaba la ansiedad de una curiosidad juvenil.

La singular reunión de hombres y mujeres llevaba turbantes y gorras, más semejantes en general a su propia gorra que a los cubrecabezas usados en Francia. Algunos de los hombres llevaban barbas negras ensortijadas, y la piel de todos era casi tan negra como la de los africanos. Uno o dos que parecían sus jefes tenían brillantes adornos de plata alrededor de sus cuellos y en sus orejas, y gastaban vistosas bandas amarillas, escarlata o verde claro; pero las piernas y brazos iban al aire, y todos ellos tenían aspecto escuálido y miserable. No les vió Durward más arma que los largos cuchillos con que le habían amenazado y un corto sable encorvado o alfanje morisco que llevaba un joven de aspecto vivo, que con frecuencia ponía la mano sobre la empuñadura, mientras sobrepasaba a todos los demás en la exteriorización de la pena, y parecía que mezclaba con ella amenazas de venganza.

El grupo desordenado, con sus voces lastimeras, era algo tan distinto de todo lo que Quintín había hasta ahora visto, que estuvo a punto de creer que era una partida de sarracenos, de esos «perros paganos» que eran los adversarios de caballeros gentiles y monarcas cristianos en todos los romances que había leído u oído, y estaba pensando apartarse de la vecindad de compañía tan peligrosa, cuando se oyó el galope de un caballo, y los supuestos sarracenos, que por entonces habían levantado el cuerpo de su camarada sobre sus hombros, fueron atacados por un pelotón de soldados franceses.

Esta repentina aparición cambió los lloros de los afligidos en gritos de terror. En un momento fué arrojado por el suelo el cuerpo, y los que le rodeaban demostraron la máxima y más mañosa actividad en escapar, casi bajo los cascos de los caballos, de las puntas de las lanzas que iban dirigidas contra ellos con exclamaciones de: «¡Abajo los malditos ladrones paganos; arremeter y matar; tratarles como bestias; a lanzazos con ellos, como si fueran lobos!»

Estos gritos iban acompañados de los correspondientes actos de violencia; pero tal fué la celeridad de los fugitivos y el terreno se hizo tan desfavorable para los jinetes, con espesuras y arbustos, que sólo dos fueron tumbados y hechos prisioneros, uno de los cuales fué el joven de la espada, que antes había hecho alguna resistencia. Quintín, quien estaba en racha de mala suerte, fué cogido al mismo tiempo por los soldados, y sus brazos, a pesar de sus protestas, fueron atados con una cuerda, demostrando una rapidez y disposición para ello los que le apresaron, que probaba no ser novicios en asuntos de policía.

Mirando ansiosamente al jefe de los jinetes, de quien esperaba obtener la libertad, Quintín no supo si alegrarse o alarmarse al reconocer en él al abatido y silencioso

Librodot

compañero de maese Pedro. En realidad, cualquiera que fuese el delito de que se acusase a estos extranjeros, este oficial debía saber por la historia de la mañana que él, Durward, no tenía nada que ver con ellos; pero era cuestión más difícil saber si este hombre taciturno sería un juez favorable o testigo voluntario a favor suyo, y empezó a dudar si mejoraría su condición saliendo en su defensa.

Poco lugar hubo para la duda.

-Trois-Eschelles y Petit-André -dijo el tétrico oficial a dos de su banda-, estos mismos árboles están muy bien situados. Enseñaré a estos brujos descreídos y ladrones a no mezclarse con la justicia del rey cuando ha visitado a alguno de los de su maldita raza. Desmontad, muchachos, y haced rápidamente vuestro cometido.

Trois-Eschelles y Petit-André se apearon al momento, y Quintín observó que cada uno tenía en la grupa y en el pomo del arzón de la silla una lía o dos de cuerdas, que rápidamente desenrollaron, con lo que se vió que cada lía era una soga de ahorcar con la lazada fatal hecha y dispuesta para ejecutar. La sangre se le heló a Quintín en las venas cuando vió que eran escogidas tres sogas y se percató que una estaba destinada a ajustarse a su cuello. Llamó al oficial en alta voz, recordándole su encuentro de la mañana; reclamó el derecho de un escocés nacido libre, en un país amigo y aliado, y negó conocer a las personas con las que había sido aprehendido ni saber de sus malas acciones.

El oficial al que dirigió estas palabras Durward, apenas se dignó mirarle mientras hablaba, y no hizo caso de su afirmación de conocerle con anterioridad. Se limitó a volverse a uno o dos de los campesinos que se habían acercado, bien para declarar en contra de los prisioneros o sólo por curiosidad, y dijo:

-¿Estaba este joven con los vagabundos?

-Sí que estaba, señor preboste -contestó uno de ellos-; fué el primero que con todo descaro descolgó al bribón que los verdugos de Su Majestad colgaron muy merecidamente.

-Juraría por Dios y San Martín de Tours que le he visto con la pandilla de ellos -dijo otro- cuando saquearon nuestra *métairie*.

-Pero, padre -dijo un niño-, aquel pagano era moreno, y éste es rubio; aquél tenía pelo corto y rizado, y éste tiene largas guedejas rubias.

-¡Ay, niño! -dijo el campesino-. Y quizá digas que aquél tenía casaca verde y éste coleto gris. Pero su ilustrísima preboste sabe que pueden alterar sus rostros tan fácilmente como sus coletos; así es que insisto en que era el mismo.

-Es suficiente que le haya visto inmiscuirse en el curso de la justicia del rey intentando salvar a un traidor ejecutado -dijo el oficial-. Trois-Eschelles y Petit-André, despachad.

-¡Aguarde, señor oficial! -exclamó el joven en mortal agonía; déjeme hablar, no me haga morir inocente, mi sangre le será exigida en este mundo por mis paisanos y en el otro por la justicia del cielo.

-Responderé de mis acciones en ambos -dijo fríamente el preboste, e hizo una seña con la mano izquierda a los verdugos; después, con una sonrisa de malicia triunfante, tocó con su dedo índice su brazo derecho, que descansaba en una venda, inválido probablemente del golpe que Durward le había dado por la mañana.

-¡Criatura miserable y vengativa! -contestó Quintín, persuadido por ese detalle que el único motivo para el rigor de este hombre era la venganza privada, y que no había que esperar de él misericordia alguna.

-El pobre joven delira -dijo el funcionario-; dile una palabra de consuelo antes de que muera, Trois-Eschelles; eres un hombre consolador en esos casos, cuando no hay a mano un confesor. Dale un minuto de consuelo espiritual y despacha el asunto al siguiente. Debo continuar la ronda. ¡Soldados, seguidme!

El preboste echó a andar su caballo, seguido por su guardia, excepto dos o tres individuos que se quedaron para ayudar a la ejecución. El infeliz doncel lanzó en pos de él una mirada de desesperación, y pensó que en cada pisada de los cascos de su caballo en retirada oía desvanecerse la última y débil esperanza de salvación. Miró a su alrededor, angustiado, y se sorprendió, aun en aquel momento, de ver la estoica indiferencia de sus compañeros prisioneros. Antes habían dado toda clase de pruebas de su temor y hecho todos los esfuerzos imaginables para escapar; pero ahora, ya asegurados y destinados aparentemente a muerte inevitable, esperaban su llegada con gran compostura. La suerte suya quizá fuese causa de un tinte más amarillo en sus atezadas facciones, pero ni alteraba éstas ni apagaba la altivez porfiada de sus miradas. Se asemejaban a zorras, las que después que agotan todos sus intentos mañosos y astutos para escapar, mueren con una fortaleza silenciosa y cazurra, que los lobos y osos, con toda su fiereza no demuestran.

Estaban impávidos observando la conducta de los fatales verdugos, que hacían los preparativos de su oficio con más parsimonia de la recomendada por su jefe, lo que probablemente provenía de haber adquirido por el hábito cierto placer en el desempeño de su horrible cometido. Nos detendremos un instante para describirlos, porque bajo una tiranía, sea despótica o popular, el carácter del verdugo constituye un tema de gran importancia.

Estos funcionarios eran completamente distintos en su aspecto y modales. El rey Luis acostumbraba a llamarles Democritus y Heraclitus, y su jefe, el preboste, los denominaba *Jean-qui-pleure* y *Jean-qui-rit.*

Trois-Eschelles era alto, delgado, hombre tétrico, con una gravedad especial reflejada en su rostro. Y Un gran rosario alrededor del cuello, que acostumbraba ofrecer piadosamente a los infelices en los que ejercía su misión. Continuamente decía uno o dos textos latinos sobre la vanidad y poca importancia de la vida humana; y si hubiese sido admisible tener esa dualidad, podía haber desempeñado el oficio de confesor junto con el de verdugo. Petit-André, por el contrario, era un individuo pequeño, de aspecto alegre, activo, franco, que desempeñaba su papel como si fuese la cosa más divertida del mundo. Parecía tener una especie de afecto por sus víctimas, y siempre les hablaba en términos amables y afectuosos. Eran sus pobres infelices, sus preciosas adoradas, sus compadres, sus buenos abuelos, según el sexo y edad de los reos, y mientras Trois-Eschelles intentaba inspirarles reflexiones filosóficas o

Librodot

religiosas para el futuro, rara vez dejaba Petit-André de dedicarles una o dos bromas para inducirles a que considerasen la vida como algo risible, despreciable y no digno de tomarse en serio.

No puedo decir por qué causa, pero estas dos excelentes personas, no obstante la variedad de sus talentos y la rara concurrencia de éstos en personas de su profesión, eran ambas detestadas con más intensidad que quizá ninguna criatura de su especie lo fué antes o después, y la única duda de aquellos que les conocían era si el grave y patético Trois-Eschelles, o el vivo, cómico y alegre Petit-André eran objeto del mayor miedo o de la más profunda execración. Es cierto que se llevaban la palma en ambos extremos sobre los demás verdugos en Francia, si se exceptúa, quizá a su jefe Tristán l'Hermite, el famoso capitán-preboste, o su señor, Luis XI[(17)].

Poco podían interesar estas reflexiones a Quintín Durward. La vida, la muerte, el tiempo y la eternidad aparecían ante él en perspectiva aterradora. Se dirigió al Dios de sus padres, y al hacerlo recordó la pequeña capilla sin techo y tosca que contenía a casi toda su progenie, menos a él. «Nuestros enemigos feudales dieron sepultura en nuestra propia tierra a mis parientes -pensó-; pero yo debo de servir de pasto a los cuervos y milanos de una tierra extranjera como un traidor excomulgado.» Las lágrimas asomaron involuntariamente a sus ojos. Trois-Eschelles, tocándole en el hombro, le exhortó gravemente a que se preparase espiritualmente a bien morir, y profiriendo en tono patético: *Beati qui in Domino moriuntur*, hizo la observación de que el alma era feliz de dejar el cuerpo mientras había lágrimas en los ojos. Petit-André, golpeando el otro hombro, exclamó:

-¡Valor, hijo mío! Ya que tienes que comenzar la danza, que el baile comience alegremente, pues todos los rabeles están afinados -torciendo al mismo tiempo la soga para completar su broma.

Como el joven volviese sus miradas angustiadas primero al uno y luego al otro, pusieron su intención más de manifiesto empujándole suavemente hacia el árbol fatal y recomendándole valor, pues todo concluiría en un momento.

En este trance fatal el joven lanzó una mirada en busca de apoyo en derredor suyo.

-¿Hay algún buen cristiano que me escuche -dijo- que quiera decir a Ludovico Lesly, de la Guardia escocesa, llamado en este país Le Balafré, que su sobrino es aquí vilmente asesinado?

Fueron oportunas las palabras, pues un arquero de la mencionada Guardia, atraído por los preparativos de la ejecución, estaba próximo, con uno o dos viandantes que acertaron a pasar, para ver lo que pasaba.

Tengan cuidado con lo que hacen -dijo a los verdugos-; si este joven es escocés de nacimiento no permitiré que le ejecuten.

-El cielo lo prohíbe, señor caballero -dijo Trois-Eschelles-; pero tenemos que obedecer las órdenes recibidas -arrastrando a Durward hacia adelante por un brazo.

-El juego más corto es siempre el más bonito -dijo Petit-André arrastrándole por el otro.

Pero Quintín había oído palabras de consuelo, y reuniendo sus fuerzas se desprendió de pronto de ambos ejecutores de la ley, y con los brazos aun atados corrió junto al arquero escocés.

-Protéjame, paisano -le dijo en su propia, idioma-, ¡por el amor a Escocia y por San Andrés! Soy inocente, soy natural de su tierra nativa. ¡Protéjame, se lo suplico!

-¡Por San Andrés, que le cogerán pisando mi cuerpo! -dijo el arquero, que desenvainó su espada.

-Corte mis ligaduras, paisano -dijo Quintín-, y podré yo hacer algo por mi defensa.

Aquellas fueron cortadas con la espada del arquero, y el cautivo, libertado, saltando de pronto sobre uno de los soldados del preboste, le arrebató una alabarda, con la que iba armado.

-¡Y ahora -dijo-, vengan si se atreven!

Los dos verdugos hablaron en voz baja entre sí.

-Vete a buscar al capitán-preboste -dijo Trois-Eschelles-, y le detendré mientras tanto, si puedo. Soldados del preboste, ¡a las armas!

Petit-André montó su caballo y desfiló, y los otros hombres de servicio se juntaron tan rápidamente a la voz de mando de Trois-Eschelles, que en la confusión que siguió dejaron escapar a los otros dos prisioneros. Quizá no estuvieran muy ansiosos de detenerlos, pues últimamente estaban ahitos de sangre de esos infelices, y cual animales feroces después de una prolongada carnicería, estaban cansados de mortandad. Pero el pretexto fué que se consideraban obligados a atender a la salvación de Trois-Eschelles, pues existía una competencia, que a veces acababa en riñas, entre los arqueros escoceses y los soldados de la escolta del preboste.

-Somos lo bastante fuertes para vencer a los orgullosos escoceses si ustedes lo buscan -dijo uno de los soldados de Trois-Eschelles.

Pero este prudente empleado le hizo señas de que se quedase quieto, y se dirigió con gran cortesía al arquero escocés.

-Es un gran insulto, señor, al capitán-preboste que trate de mezclarse en los acuerdos de la justicia del rey, fiel cumplidora de sus deberes, y no procede bien conmigo, que estoy en posesión legal de un criminal. Ni tampoco le hace usted un gran favor al muchacho, ya que pocas oportunidades como ésta se le presentarán de ser ahorcado en las que se encuentre tan bien preparado como lo estaba antes de su inoportuna intervención.

-Si mi paisano -dijo el escocés sonriendo- es de opinión que le he injuriado, le devolveré a su poder sin más discusiones.

-¡No, no; por el amor de Dios, no! -exclamó Quintín-. Preferiría que me separase la cabeza del tronco con su larga espada; eso estaría más en consonancia con mi cuna que morir en manos de semejante ruin y malvado.

Librodot

-¡Miren cómo injuria! -dijo el verdugo-. ¡Ay!, qué pronto se olvidan las buenas resoluciones; estaba muy bien dispuesto para partir, y ahora, en dos minutos, se ha vuelto un menospreciador de las autoridades.

-Dígame de una vez -dijo el arquero-, ¿qué es lo que ha hecho este joven?

-Decidirse -contestó Trois-Eschelles- a descolgar el cuerpo muerto de un criminal cuando la *fleur de lys* estaba marcada en el árbol del que fué colgado por mi propia mano.

-¿Cómo es eso, joven? -dijo el arquero-. ¿Cómo es posible que haya cometido semejante ofensa?

-Como busco su protección -contestó Durward-, le diré la verdad como si fuera en confesión. Vi a un hombre que hacía movimientos colgado de un árbol y corté la soga de que pendía por mera humanidad. No pensé ni en la *fleur de lys* ni en el alelí, y no tuve más intención de ofender al rey de Francia que a nuestro padre el Papa.

-¿Qué diablos tenía usted que hacer con el cuerpo muerto? -dijo el arquero-. Los verá usted colgando como uvas de cada árbol, y bastante tendrá que hacer en este país con solo dedicarse a reunir los cuerpos de los ajusticiados. Sin embargo, no abandonaré la causa de un paisano si puedo ayudarle. Oigan, soldados del preboste: esto es una completa equivocación. Deberían tener alguna compasión de viajero tan joven. En nuestro país no estaba acostumbrado a ver procedimientos tan activos como los vuestros y los de su jefe.

-No porque no sean necesarios, señor arquero -dijo Petit-André, que volvía en este momento-. Atención, Trois-Eschelles; aquí viene el capitán preboste; ahora veremos por dónde sale al ver que le quitan su trabajo de las manos antes de estar acabado.

-Y muy oportunamente -dijo el arquero-; aquí llegan algunos camaradas míos.

Al mismo tiempo que el preboste Tristán aparecía con su patrulla por un lado de la pequeña colina, que era la escena del altercado, cuatro o cinco arqueros escoceses llegaron de prisa por el otro, y a su cabeza el propio Balafré.

En este caso de apuro no demostró Lesly nada de esa indiferencia hacia su sobrino de la que Quintín le había acusado en lo íntimo de su ser, pues tan pronto distinguió a su camarada y Durward dispuestos a defenderse, exclamó:

-Cunningham, te doy las gracias. Caballeros, camaradas, prestadme vuestra ayuda. Es un joven escocés, mi sobrino. ¡Lindesay, Guthrie, Tyrie, sacad las espadas y acometed!

Parecía inminente una lucha desesperada entre los dos bandos, que no eran muy desiguales en número, ya que las armas mejores de los caballeros escoceses les daba probabilidades de vencer. Pero el capitán-preboste, bien porque dudase del resultado del conflicto, o juzgando que pudiera ser desagradable para el rey, hizo indicaciones a sus partidarios de que evitasen la violencia, mientras preguntaba a Balafré, que ahora se había colocado a la cabeza del otro bando:

-¿Qué se propone un caballero de la Guardia del rey oponiéndose a la ejecución de un criminal?

-Niego hacer eso -contestó Le Balafré-. ¡San Martín! Hay, a mi modo de ver, alguna diferencia entre la ejecución de un criminal y la matanza de mi sobrino.

-Su sobrino puede ser tan criminal como cualquier otro, señor -dijo el capitán-preboste-, y cualquier extranjero en Francia está sujeto a las leyes de Francia.

-Sí, pero los arqueros escoceses tenemos privilegios -dijo Balafré-, ¿no es eso, camaradas?

-Sí, sí -exclamaron todos a una-. ¡Privilegios, privilegios! ¡Que viva el rey Luis muchos años, que viva el valiente Balafré, que viva muchos años la Guardia escocesa y muera todo el que atropelle nuestros privilegios!

-Reflexionen un poco, caballeros -dijo el preboste-; tengan en cuenta mi comisión.

-No nos queremos molestar en reflexionar -dijo Cunningham-. Nuestros propios oficiales nos darán la razón. Queremos sólo ser juzgados por privilegio del rey o por nuestro mismo capitán ahora que no está presente el excelso lord condestable.

-Y no nos dejaremos ahorcar por nadie -dijo Lindesay- sino por Sandie Wilson, el ejecutor de nuestro Cuerpo.

-Sería un positivo escarnio contra Sandie que vale tanto como el mejor verdugo, si prescindiéramos de él -dijo Le Balafré-. En el caso de tener que ser yo ahorcado, ningún otro me pasaría el lazo por el cuello.

-Mas, oigan -dijo el capitán-preboste-, este joven no es de los vuestros y no puede participar de lo que llamáis vuestros privilegios.

-Lo que llamamos nuestros privilegios están reconocidos por todo el mundo como tales -dijo Cunningham.

-¡No queremos que ahora se discutan! -fué el clamor unánime de los arqueros.

-Parecemos locos, señores -dijo Tristán l'Hermite-. Nadie discute vuestros privilegios; pero este joven no es de los vuestros.

-Es mi sobrino -dijo Balafré con aire triunfante.

-Pero no es arquero de la Guardia, creo -replicó Tristán I'Hermite.

Los arqueros se miraron un poco desconcertados.

-Resistámonos aún, camarada - murmuró Cunningham a Balafré- Diga que está en el servicio como nosotros.

-¡San Martín, dice usted bien, buen paisano -contestó Lesly.

Y elevando la voz, juró que aquel día había inscrito a su pariente como soldado de su compañía.

Esta declaración fué un argumento contundente.

-Está bien, caballeros -dijo el preboste Tristan, que sabía la aprensión nerviosa del rey respecto a una posible deslealtad que se incubase entre sus arqueros- Conocéis, como decís, vuestros privilegios, y no es mi deber seguir disputando con los arqueros del rey. Pero informaré de este asunto al rey para que decida, y quiero que sepáis que, al obrar así, obro con más suavidad de lo que me exige el deber mío.

Diciendo esto puso en marcha su tropa, mientras los arqueros, que permanecieron en donde se encontraban, tuvieron una consulta rápida para saber lo primero que tenían que hacer.

-Debemos dar cuenta de lo sucedido a lord Crawford, nuestro capitán, en primer lugar, y hacer que el nombre de este joven se inscriba en nuestra lista.

-Pero, caballeros, mis dignos amigos y protectores -dijo Quintín titubeando un poco-, aun no he decidido si entraré o no en vuestro Cuerpo.

-Piénsalo bien -dijo su tío- si prefieres ser colgado o decidirte a ingresar con nosotros, pues te aseguro, sobrino mío, que no veo otro recurso para escapar de la horca.

Este era un argumento incontrovertible, y obligó a Quintín a acceder a lo que de otro modo podía haber considerado como una proposición no muy agradable; pero la reciente escapatoria de la soga, que había estado alrededor de su cuello, le hubiera probablemente reconciliado con una alternativa peor que la propuesta.

-Debe ir al cuartel con nosotros -dijo Cunningham-; no hay seguridad para él fuera de nuestros límites mientras estos cazadores de hombres ronden por aquí.

-¿No podría por esta noche albergarme en la hostelería en que almorcé, querido tío? -dijo el joven, pensando quizá, como otros muchos reclutas, que una sola noche de libertad era ganar algo.

-Sí, querido sobrino -contestó su tío irónicamente-, para que nos des el gusto de pescarte en algún canal o foso o quizá de algún remanso del Loira, atado en un saco, para mayor facilidad para nadar, pues ese es el fin que te esperaba. El capitán-preboste se sonrió al tiempo de partir -continuó, dirigiéndose a Cunningham-, y eso indica que sus pensamientos son peligrosos.

-No le temo -dijo Cunningham-; estamos fuera de su alcance. Pero yo de ti se lo contaría todo a Oliver, que siempre fué buen amigo de la Guardia escocesa, y verá al padre Luis antes que el preboste, pues mañana tiene que afeitarle.

-Pero escucha -dijo Balafré-, no podemos darle nada por el encargo, pues me encuentro sin una mala moneda.

-Así estamos todos -dijo Cunningham-. Oliver no debe sentir escrúpulos de creer en nuestra palabra escocesa por una vez. Reuniremos algo decente entre todos el primer día de paga, y si espera algo, dile que el día de paga vendrá lo antes posible.

-Y ahora hacia el castillo-dijo Balafré-, y mi sobrino nos contará por el camino lo que pasó entre él y el preboste para saber cómo presentar nuestro informe, tanto a Crawford como a Oliver[(18)].

Capítulo VII

El ingreso en el servicio

Juez de Paz. -
Entréguenme el Estatuto;
Lea los artículos; jure, bese el
libro, firme y sea un héroe;
Cobrará parte del Erario público
Por futuros hechos valerosos:
Seis peniques por día, alimentos y
deudas.
El oficial de la recluta.

Habiéndose apeado uno de los arqueros, Quintín Durward se acomodó en su caballo y, en compañía de sus marciales paisanos, cabalgó a buen paso hacia en castillo de Plessis para ser, aunque involuntariamente por su parte, un habitante de esa tenebrosa fortaleza cuyo aspecto exterior tanto le había sorprendido aquella mañana.

Mientras tanto, y en respuesta a las repetidas preguntas de su tío, le dió detallada cuenta del accidente que en tan grave aprieto le había puesto aquella mañana. Aunque él por su parte no vió en su narración más que su aspecto sentimental, fué ésta recibida con mucha broma por su escolta.

-Y no es para menos -dijo su tío-; ¿pues a quién se le ocurre hacerse cargo del cuerpo de un maldito incrédulo, pagano, judío, morisco?

-Si se hubiese peleado con la escolta del preboste por alguna linda moza, como hizo Miguel de Moffat, la cosa se hubiera explicado -dijo Cunningham.

-Pero creo que atañe a nuestro honor que Tristán y los suyos pretendan confundir nuestras gorras escocesas con las *tocques* y *turbands* de esos rateros vagabundos, como ellos los llaman -dijo Lindesay- Si no tienen ojos para ver la diferencia, deben aprender para lo sucesivo. Pero me parece que Tristán quiere equivocarse para echar el guante a los simpáticos escoceses que cruzan el mar para ver a sus parientes.

-¿Puedo saber, pariente -dijo Quintín-, qué clase de gente es ésta de que habláis?

-Comprendo tu curiosidad -dijo su tío-: pero no sé quién, querido sobrino, sea capaz de contestar a tu pregunta. Ni yo mismo puede ser, pues no sé más que los

demás. Han aparecido en esta tierra hace un año o dos como lo hacen las plagas de langosta[19].

-¡Ay! -dijo Lindesay-, y a Jacques Bonhomme (ese es el nombre que damos a nuestro campesino, joven; poco a poco aprenderá nuestros giros de lenguaje), al honrado Jacques, digo, le importa poco qué viento trae a éstos o a la langosta, y sólo ansía cualquier viento que se los pueda llevar de nuevo.

-¿Hacen tanto mal? -preguntó el joven.

-¿Mal? ¡Cómo, muchacho! Son paganos, o judíos, o mahometanos por lo menos, y no adoran ni a Nuestra Señora ni a los santos -santiguándose al decir esto.

-Y roban todo lo que pueden, y cantan, y echan la buenaventura -añadió Cunningham.

-Dicen que entre sus mujeres hay algunos buenos ejemplares -dijo Guthrie-; pero eso lo sabe mejor Cunningham.

-¿Qué es eso, hermano? -dijo Cunningham -. Espero que no será un reproche.

-Le aseguro que no he querido hacerle ninguno -contestó Guthrie.

-Seré juzgado por la compañía -dijo Cunningham-. Dice Guthrie que yo, un caballero escocés que vivo en el seno de la Iglesia católica, tuve una amiga hermosa entre esas paganas asquerosas.

-Basta, basta -dijo Balafré-; sólo fué una broma. Que no haya peleas entre camaradas.

-Que no gasten entonces esas bromas -dijo Cunningham hablando en voz baja.

-¿Existen esos vagabundos en países distintos a Francia? -dijo Lindesay.

-Desde luego; tribus de ellos han aparecido en Alemania, en España y en Inglaterra -contestó Balafré-. Por la protección del buen San Andrés Escocia se ve aún libre de ellos.

-Escocia -dijo Cunningham- es un país demasiado frío para langostas y un país muy pobre para ladrones.

-O quizá John Highlander no consentirá que prosperen más que sus ladrones -dijo Guthrie.

-Quiero que sepan todos ustedes -dijo Balafré- que procedo de la comarca de Angus y tengo parientes montañeses en Glen-Isla, y no consentiré que se hable mal de éstos.

-No negará usted que son ladrones de ganados -dijo Guthrie.

-El llevarse una ternera o cosa parecida no es latrocinio -dijo Balafré-, y eso lo sostendré donde y como quiera.

-¡Qué vergüenza, camaradas! -dijo Cunningham-. ¿Quién riñe ahora? El joven no debe ver estos espectáculos. Vamos, hemos llegado al castillo. Daré una ronda de vino para sellar nuestra amistad y brindar por Escocia Alta y Baja si me buscan a la hora de la comida en mi alojamiento.

-Conformes, conformes -dijo Balafré-, y yo obsequiaré con otra para borrar rencillas y brindar por mi sobrino en su primera entrada en nuestro Cuerpo.

A su llegada fué abierto el portillo y bajado el puente levadizo. Uno por uno entraron; pero cuando apareció Quintín los centinelas cruzaron sus picas y le ordenaron detenerse, mientras los arcos con flechas y los arcabuces le apuntaban desde las paredes; un rigor de vigilancia empleado, no obstante venir el joven extranjero en compañía de soldados de la guarnición pertenecientes al propio Cuerpo, que proporcionaba los centinelas en funciones en aquel momento.

Le Balafré, que había permanecido al lado de su sobrino a propósito, dió las necesarias explicaciones, y después de muchas dudas y dilaciones fué conducido el joven, bajo una fuerte escolta, a la habitación de lord Crawford.

Este noble escocés era una de las últimas reliquias de la serie de lores y caballeros escoceses que durante tanto tiempo y tan fielmente habían servido a Carlos VI en aquellas guerras sangrientas que decidieron la independencia de la corona francesa y la expulsión de los ingleses. Cuando joven, había peleado al lado de Douglas y Buchan, había cabalgado bajo la bandera de Juana de Arco y era quizá uno de los últimos ejemplares de aquellos caballeros escoceses que voluntariamente habían desenvainado sus espadas por la *fleur de lys* en contra de sus antiguos enemigos los ingleses. Los cambios ocurridos en el reino de Escocia, y quizá el haberse acostumbrado al clima y costumbres de Francia, indujeron al anciano barón a desechar toda idea de volver a su país nativo, tanto más cuanto que el alto cargo que desempeñaba en la casa de Luis XI y su carácter franco y leal le habían logrado gran ascendiente sobre el rey, quien, aunque no vería sistemáticamente en la virtud u honor humanos, se fiaba y tenía confianza en lord Crawford y le permitía ejercer mayor influencia, porque nunca se supo que interviniese en asuntos distintos de los inherentes a su cargo.

Balafré y Cunningham siguieron a Durward y a los demás a la habitación de su oficial, cuyo aspecto de dignidad, así como el respeto que le guardaban estos orgullosos soldados, que parecían respetar a él sólo, impresionó mucho a Quintín.

Lord Crawford era alto, y con la edad se había acartonado, y aunque sus músculos no tenían la elasticidad de la juventud, era capaz de soportar el peso de su armadura durante una marcha tan bien como el hombre más joven de los suyos. Tenía un rostro feo, que le favorecía poco, y unos ojos que habían contemplado la muerte en treinta combates; pero que, a pesar de todo, expresaban un desprecio tranquilo del peligro más bien que un valor feroz de soldado mercenario. Su alta figura estaba ahora envuelta en una bata amplia, ceñida en la cintura por su cinturón de ante, del cual estaba suspendido su puñal, de rica empuñadura. Tenía alrededor del cuello el collar y la divisa de la orden de San Miguel. Estaba sentado en una poltrona, cubierta con piel de ciervo, y con sus lentes sobre la nariz (invención reciente) estaba descifrando un gran manuscrito, llamado el *Rosier de la guerre,* código de política civil y militar que

Librodot

Luis había recopilado para provecho de su hijo, el Delfín, y del que deseaba saber la opinión del experimentado guerrero escocés.

Lord Crawford pareció dejar el libro de mala gana a la entrada de estos visitantes inesperados, y preguntó en su basto dialecto nacional qué demonio querían.

Le Balafré, con más respeto quizá que el que hubiera demostrado al propio Luis, contó lo sucedido a su sobrino y le suplicó humildemente su protección. Lord Crawford escuchó con atención, y no pudo dejar de sonreír ante la ingenuidad con que el joven había intervenido en favor de un criminal ahorcado; pero movió su cabeza con el relato que le hizo de la disputa entre los arqueros escoceses y los soldados del capitán-preboste[(20)]

. -¿Cuántas veces -dijo- me habéis de venir aún con estos enredos? ¿Cuántas veces he de deciros, y especialmente a vosotros, Ludovico Lesly y Archie Cunningham, que el soldado extranjero debe comportarse decorosamente y con modestia con la gente del país si no quiere crear enemistades en todas partes? Sin embargo, si queréis tener contiendas, preferiría que fuese con ese pícaro preboste que con otro cualquiera, y os reprocho menos esta quimera que otras que habéis tenido, Ludovico, pues era natural ayudar a su joven pariente. Esta niñada debe subsanarse, y para ello deme la lista de la compañía de aquel estante y añadiremos su nombre al de la tropa para que pueda gozar de sus privilegios.

-¿Quisiera su señoría...? -dijo Durward.

-¿Estás loco, muchacho? -exclamó su tío-. ¿Vas a hablar a su señoría sin que te haya hecho pregunta alguna?

-Paciencia, Ludovico -dijo lord Crawford-, y escuchemos lo que el muchacho tenga que decir.

-Sólo esto, si es del agrado de su señoría -replicó Quintín-: que antes había dicho a mi tío que tenía algunas dudas para ingresar en el servicio. Ahora tengo que decir que han desaparecido del todo, ya que he visto el jefe noble y experimentado a cuyas órdenes tengo que servir, pues hay autoridad en su mirada.

-Bien dicho, muchacho -dijo el anciano lord, no insensible al cumplido-; he adquirido alguna práctica, y Dios me ha favorecido para aprovecharla en bien del servicio y del mando. Ingresarás, Quintín, en nuestro honroso Cuerpo de Guardia escocesa como escudero de tu tío y sirviendo a sus órdenes. Confío en que te portarás como cumplido soldado si tu valor corresponde a tu aspecto personal, ya que provienes de un buen linaje. Ludovico, cuidarás que tu pariente haga diligentemente su ejercicio, pues uno de estos días tendremos torneo de lanzas.

-En verdad que me place la noticia, señor; esta paz nos hace cobardes a todos. Yo mismo siento cierto decaimiento de espíritu encerrado en este maldito calabozo, al que se asemeja el castillo.

-Un pájaro me dice al oído -continuó lord Crawford- que el viejo estandarte ondeará de nuevo en el campo.

-Beberé esta noche una copa para que así sea -dijo Balafré.

-Beberás con cualquier pretexto -dijo lord Crawford-, y me temo que algún día te propases en la bebida.

Lesly, un poco avergonzado, replicó que no se había propasado hacía muchos días; pero que su señoría no ignoraba la costumbre de la compañía de coger una borrachera en honor de un nuevo camarada.

-Verdad es -dijo el viejo capitán-; me había olvidado de ello. Enviaré unos barriles de vino para ayudar a vuestra borrachera; pero que no sea hasta después de la puesta del sol. Y escuchad: Que los soldados de servicio sean cuidadosamente seleccionados y procure que ninguno de ellos participe poco o mucho en vuestros excesos,

-Su señoría será fielmente obedecida -dijo Ludovico-, y no olvidaremos de brindar por su salud.

-Quizá -dijo lord Crawford- me dé una vuelta en persona por vuestra reunión para ver si todo marcha como es debido.

-Su señoría será acogida con el mayor cariño -dijo Ludovico.

Y todos se retiraron muy satisfechos para preparar su banquete militar, al que Lesly invitó a unos veinte de los camaradas que estaban acostumbrados a comer juntos su rancho.

Un festival de soldados es, por lo general, un asunto fácil de organizar siempre que se disponga de bastante carne y bebida; pero en la ocasión presente Ludovico se preocupó de presentar vino mejor del corriente, haciendo la observación de que «el viejo lord, mientras les predicaba sobriedad, no se recataba, después de beber en la mesa real cuanto vino podía, de aprovechar cualquier oportunidad para pasar la tarde al lado de una botella de vino; así es que debéis prepararos, camaradas, dijo, para escuchar las viejas historias de las batallas de Vernoil y Beaugé»[(21)].

La cámara gótica en que ordinariamente se reunían fué pronto puesta en orden; sus pajes enviados para cortar juncos verdes, que se habían de esparcir por el suelo, y se desplegaron estandartes, que la Guardia escocesa había llevado a las batallas o que habían cogido al enemigo, a guisa de tapices sobre la mesa y por las paredes de la habitación.

Lo siguiente era proporcionar al joven recluta con la rapidez posible el uniforme y armas apropiadas de la Guardia para que pudiese resultar en todos los detalles participante de sus importantes privilegios, en virtud de los cuales, y con la ayuda de sus paisanos, podía desafiar impunemente el poder e indignación del capitán preboste, aunque se sabía que el uno era tan formidable como inflexible la otra.

El banquete fué alegre por demás, y los comensales dieron rienda suelta a manifestaciones de sentimiento nacional por recibir en sus filas a un recluta de la patria amada. Se cantaron viejas canciones escocesas y se dijeron viejos cuentos de héroes escoceses; se recordaron las hazañas de sus padres y las escenas en que ellos

Librodot

intervinieron, y durante un rato los ricos llanos de Turena parecían convertidos en las regiones montañosas y estériles de Caledonia.

Cuando el entusiasmo estaba en el apogeo y cada cual trataba de decir algo para realzar el recuerdo querido de Escocia, recibió aquél un nuevo impulso con la llegada de lord Crawford, el cual, como Balafré había profetizado, estuvo como sobre ascuas en la mesa real, hasta que aprovechó una oportunidad para escapar y acudir a la fiesta de sus paisanos. Un sillón presidencial se le había reservado en la cabecera de la mesa, pues según las costumbres de la época y la constitución de aquel Cuerpo, aunque era su jefe natural después del rey y del gran condestable, como los miembros de dicho Cuerpo eran todos nobles por nacimiento, su capitán podía sentarse con ellos en la misma mesa sin impropiedad y podía mezclarse cuando le parecía en sus fiestas sin menoscabo de su dignidad como jefe.

En esta ocasión, sin embargo, rehusó lord Crawford ocupar el asiento preparado para él, y recomendándoles que continuasen su regocijo, permaneció de pie, mirando el espectáculo con rostro que parecía expresar la satisfacción que el mismo le producía.

-Déjale solo -murmuró Cunningham al oído de Lindesay, al ver que éste le ofrecía vino al noble capitán-; déjale solo; déjale que lo tome voluntariamente.

En efecto, el anciano lord, que al principio sonrió, movió su cabeza y colocó ante sí la copa de vino sin probar; comenzó después como distraído a probar un poco del contenido, y al hacerlo se acordó, por suerte, que sería de mal agüero que no bebiese un trago a la salud del valiente muchacho que se había incorporado a ellos en aquel día. Efectuó el brindis, que fué contestado, como es de suponer, con muchos gritos de alborozo, cuando el viejo capitán les participó que había hecho al maestro Oliver un relato de lo ocurrido en ese día. Y como, añadió, el afeitabarbas no tiene gran simpatía por el oprimecuellos, se ha unido a mí para obtener del rey una orden mandando al preboste que suspenda todos los procedimientos, con cualquier pretexto, contra Quintín Durward, y que respete en toda ocasión los privilegios de la Guardia escocesa.

Siguió otro griterío, se llenaron de nuevo las copas hasta el borde y se aclamó al noble lord Crawford, el bravo conservador de los privilegios y derechos de sus paisanos. El buen lord tuvo, por cortesía, que corresponder a este brindis, y deslizándose en el sillón preparado, como sin reflexionar lo que hacía, llamó a Quintín a su lado y le hizo muchas preguntas relativas al estado de Escocia y a las grandes familias de allí, que éste tuvo la suerte de contestar, mientras, de vez en cuando, en el curso de su interrogatorio, el buen lord besaba la copa de vino por vía de paréntesis, haciendo notar que el amor al prójimo era propio de caballeros escoceses; pero que los hombres jóvenes, como Quintín, debían practicarlo con prudencia, no fuese a degenerar en exceso, con cuyo motivo añadió muchas cosas excelentes, hasta que su lengua, empleada en elogios de la templanza, comenzó a articular algo cuyo estilo se salía del usual. Mientras el ardor militar de la compañía aumentaba con cada botella que vaciaban, cuando Cunningham les exhortó a brindar por nuevos triunfos de la *Oriflamme* (la bandera real francesa).

-¡Y que una brisa de Borgoña sea la que la haga ondular! -dijo Lindesay.

Librodot

-Con toda la energía que aun queda en este desgastado cuerpo, acepto el brindis, muchachos -dijo lord Crawford-, y aunque soy viejo, espero verla agitarse al viento. Oigan mis camaradas -pues el vino le había hecho algo comunicativo-, sois fieles servidores de la corona de Francia y no hay por qué ocultarles que hay aquí un enviado del duque de Borgoña con un mensaje de agravio.

-Vi el equipaje, los caballos y el séquito del conde de Crèvecoeur -dijo otro de los presentes- en la posada de allá abajo, en Mulberry Grove. Dicen que el rey no le quiere admitir en el castillo.

-¡Que se encuentre con una respuesta desagradable! -dijo Guthrie-. Pero, ¿de qué se queja?

-De muchos agravios en la frontera -dijo lord Crawford-, y últimamente de que el rey ha recibido bajo su protección a una dama de su país, joven condesa, que ha huído de Dijon porque, estando bajo la tutoría del duque, ha pretendido casarla con su favorito, Campo-basso.

-¿Y se ha venido aquí sola, mi lord? -dijo Lindesay.

-No del todo, sino con la anciana condesa, su parienta, que ha accedido a los deseos de su sobrina en este particular.

-Y siendo el rey -dijo Cunnigham- el soberano feudal del duque, ¿se interpondrá entre el duque y su pupila, sobre la que Carlos tiene el mismo derecho que, en caso de su muerte, tendría el rey sobre la heredera de Borgoña?

-El rey se atendrá, como acostumbra, a los dictados de la política, y tú sabes -continuó Crawford- que no ha recibido a estas damas en público ni las ha colocado bajo la protección de sus hijas, lady Beaujeau o princesa Juana; de modo que, sin duda, está guiado por las circunstancias.

-Pero el duque de Borgoña no comprende tales artificios -dijo Cunningham.

-No -contestó el anciano lord-; y por eso es fácil que haya guerra entre ambos.

-¡Por San Andrés, otra vez la pelea! -dijo Le Balafré-. Hace diez o veinte años me pronostiqué que haría la fortuna de mi casa por matrimonio. ¿Quién sabe lo que puede suceder si llegamos alguna vez a pelear por el amor y el honor de las damas, como sucedía en los antiguos romances?

-¡Citas el amor de las damas con tal expresión de cara! -dijo Guthrie.

-Con no más expresión de amor que el que se puede sentir por una mujer gitana -respondió Le Balafré.

-Alto ahí, camaradas -dijo lord Crawford-; no esgrimir armas afiladas ni bromear con pullas que escuezan: todos amigos. Y en cuanto a la dama, es demasiado rica para descender hasta un pobre lord escocés, o de lo contrario, con mis ochenta años o muy cerca de ellos no dejaría de pretenderla. Pero brindemos por su salud, pues dicen que es un portento de hermosura.

Librodot

-Me parece que la vi -dijo otro soldado cuando estaba de guardia esta mañana en el recinto interior, pero no pude apreciar su belleza, pues ella y otra llegaron al castillo en literas cerradas.

-¡Qué vergüenza, Arnot! -dijo lord Crawford-. Un soldado de servicio no debe decir nada de lo que ve. Además -añadió después de un momento, en que su curiosidad prevaleció sobre la exteriorización de disciplina que había juzgado necesario ejercer-, ¿por qué estas literas iban a estar ocupadas por la propia condesa Isabel de Croye y su acompañante?

-Señor -replicó Arnot-, no sé de ello más que mi *coutelier* estaba paseando mi caballo por el camino de la población y tropezó con Doguin, el mozo de mulas, que traía de vuelta las literas a la posada, pues pertenecen al individuo de Mulberry Grove -al de la flor de lis me refiero-, y entonces Doguin invitó a Saunders Steed a tomar una copa de vino, pues se conocían, lo que no tuvo inconveniente en aceptar...

-Sin duda, sin duda -dijo el anciano lord-; es una cosa que me gustaría se corrigiese entre vosotros, caballeros; pero todos vuestros *grooms* y *couteliers* están siempre dispuestos a tornar una copa de vino con cualquiera. Es una cosa peligrosa en la guerra, y hay que evitarla. Pero, Andrés Arnot, este es un cuento muy largo y le interrumpiremos con un trago, como dice el escocés de la montaña, *Sheoch doch nan skial* [(22)]. Mas volvamos a la condesa Isabel de Croye, que merece mejor marido que ese Campo-basso, que es un vil tunante italiano. Y ahora, Andrés Arnot, ¿qué dijo el muletero a este empleado tuyo?

-Pues le contó en secreto, si me permite decirlo su señoría -continuó Arnot-, que estas dos damas, a las que había llevado antes al castillo en literas cerradas, eran grandes damas, que habían estado viviendo algunos días en secreto en la casa de su amo, y que el rey las había visitado más de una vez privadamente, y les había guardado muchas consideraciones; y que se habrán refugiado en el castillo, según le parecía, por miedo al conde de Crèvecoeur, el embajador del duque de Borgoña, cuya llegada había sido anunciada por un correo que se le anticipó.

-Entonces, André -dijo Guthrie-, juraría que era la voz de la condesa la que oí cantar acompañada de un laúd cuando pasé antes por el patio interior; el sonido provenía de la ventana saliente de la torre del Delfín, y era tal la melodía como nunca fué hasta entonces escuchada en el castillo de Plessis del Parque. A fe que pensé si sería la música del hada Melusina. Allí me quedé, aunque sabía que la mesa estaba puesta y que todos vosotros estaríais impacientes; allí me quedé como...

-Como un asno, Juan Guthrie -dijo su capitán-: tu larga nariz oliendo la comida, tus largas orejas escuchando la música y tu escasa discreción no permitiéndote decidir cuál de las dos preferías. ¡Oid! ¿No está tocando a vísperas la campana de la catedral? Aun no debe ser tiempo. El viejo y alocado sacristán ha tocado con una hora de antelación.

-La campana toca a la hora precisa -dijo Cunningham-; por allá se hunde el sol del lado de Occidente, en la hermosa llanura.

-¡Ay! -dijo lord Crawford-, ¿es así? Bien, muchachos, debemos vivir con moderación. Es un sano proverbio el que dice: «quien va despacio, va lejos». Y ahora, cada cual a cumplir con su deber.

Se bebió la copa de despedida, y los comensales se dispersaron; el anciano barón cogiendo el brazo de Balafré, con la excusa de darle algunas instrucciones concernientes a su sobrino, pero quizá, en realidad, por temor de que sus pasos resultasen para el público menos firmes de lo que convenía a su rango y alto mando. Llevaba rostro serio cuando pasó por los dos patios que separaban su alojamiento de la cámara del festín, y solemne, con la gravedad de un barril de vino, fué la recomendación que al despedirse hizo a Ludovico para que cuidase de los pasos de su sobrino, especialmente en materia de mozas y copas de vino.

Mientras tanto, ni una sola palabra de las que se hablaron relativas a la hermosa condesa Isabel habían escapado al joven Durward, que, conducido a un pequeño gabinete, que tenía que compartir con el paje de su tío, se dedicó en su nuevo alojamiento a meditar en grande. El lector se imaginará fácilmente que el joven soldado haría un fino romance bajo la base de la supuesta identificación de la Doncella de la Torre, cuya canción había escuchado con tanto interés, y la linda portadora de la copa a maese Pedro, con una condesa fugitiva, de rango y posición, huyendo de la persecución de un odiado amante, favorita de un guardián cruel que abusaba de su poder feudal. Había un vacío en la visión de Quintín relativo a maese Pedro, que parecía ejercer tal autoridad sobre el formidable oficial de cuyas manos había escapado aquel día con tanta dificultad. Pero los sueños del joven, que habían sido respetados por Will Harper, su compañero de celda, fueron interrumpidos por la llegada de su tío, que mandó a Quintín a la cama para que pudiese levantarse a tiempo por la mañana y acudir a la antecámara de Su Majestad, en donde tenía que prestar servicio con cinco de sus camaradas.

Capítulo VIII

El enviado

Sé un relámpago
ante Francia;
Pues antes de que puedas decir que
estaré allí,
Será oído el trueno de mi cañón;
En consecuencia, actúa de clarín de
nuestra cólera.
Rey
Juan.

Librodot

Aunque la pereza fuese una tentación que dominase a Durward, el ruido que reinaba en la *caserne* de los escoceses desde el primer toque de prima hubiese ciertamente vencido a aquélla; pero la disciplina de la casa de su padre y del convento de Aberbrothick le habían acostumbrado a levantarse con el alba, y se vistió alegremente, entre sonidos de cornetas y los crujidos de armaduras, que anunciaban el cambio de los centinelas de servicio, algunos de los cuales volvían al cuartel, del servicio de noche, mientras otros salían para el de la mañana, y otros, entre los que figuraba su tío, se estaban armando para el servicio personal de Luis XI. Quintín Durward se puso bien pronto, con la alegría propia de un hombre joven y en ocasión semejante, el espléndido traje y armadura que pertenecían a su nuevo empleo; y su tío, que le miraba con gran atención o interés para ver si estaba bien equipado, sin faltarle detalle, no ocultó su satisfacción al ver lo que su sobrino ganaba con el uniforme militar.

-Si resultas tan fiel y tan valiente como apuesto, tendré en ti uno de los escuderos más gallardos y de mejor apariencia de la Guardia, que honrará a la familia de tu madre. Sígueme a la sala de recibir y no te apartes de mi lado.

Diciendo esto, cogió una alabarda grande, pesada, con muchos adornos, y entregando a su sobrino un arma similar, más ligera, se dirigieron al patio interior del palacio, en donde sus camaradas, que tenían que hacer la guardia en las habitaciones interiores, estaban ya reunidos y con las armas: los escuderos detrás de sus jefes, formando así una segunda fila. También esperaban allí muchos picadores con caballos de sangre y perros nobles, a los que Quintín miraba con tal deleite, que su tío se vió obligado más de una vez a recordarle que los animales no estaban allí para su diversión particular, sino para la del rey, que sentía una gran pasión por la caza y era una de las pocas inclinaciones que satisfacía, aun cuando tuviese pendientes asuntos serios de política, siendo un protector tan decidido de la caza en los bosques reales, que se decía, como cosa corriente, que se podía matar a un hombre con más impunidad que a un ciervo.

A una señal dada formaron los guardias, a las órdenes de Le Balafré, que actuaba ocasionalmente de oficial, y después de pasarles revista y de unos cuantos ejercicios, que sirvieron para demostrar el extremoso celo con que realizaban los movimientos, desfilaron hacia el *hall* donde se celebraban las audiencias, en el que se esperaba la inmediata aparición del rey.

Aunque Quintín era novato en escenas de esplendor, el efecto que le produjo la que ahora presenciaba no correspondió a la idea que se había formado de la brillantez de una corte. Había, es cierto, oficiales de la servidumbre real con ricos uniformes; había guardias bien armados y criados de diversas categorías. Pero no vió a ninguno de los antiguos consejeros del reino, a ninguno de los altos oficiales de la corona, no oyó ninguno de los nombres famosos entre los caballeros ni percibió a ninguno de esos generales o jefes que, llenos de ardor bélico, constituían la fuerza de Francia, o a los fogosos nobles más jóvenes, esos tempranos aspirantes de honores, que eran su orgullo. Los celos, el carácter reservado, la política profunda y sagaz del rey habían alejado del trono a este espléndido círculo, y sólo eran llamados a su alrededor en ciertas ocasiones protocolarias, en las que acudían de mala gana, y se marchaban con

alegría, como los animales en la fábula se supone que se aproximan y se alejan de la caverna del león.

Las únicas y escasas personas que parecían allí estar en calidad de consejeros eran hombres de aspecto humilde, cuyos rostros a veces expresaban sagacidad, pero cuyos modales demostraban que habían sido llamados a desempeñar un papel reñido con su anterior educación y con sus costumbres. Una o dos personas, sin embargo, parecieron a Durward. que poseían un semblante más noble, y el rigor de su actual servicio no era tal que impidiese a su tío participarle los nombres de las personas en que él se fijaba.

A lord Crawford, que estaba de servicio, ataviado en rico traje, y teniendo en la mano un bastón de mando de plata, Quintín y el lector están ya presentados. Entre otros que parecían distinguidos, el más notable era el conde de Dunois, hijo del célebre Dunois, conocido con el nombre de el *Bastardo de Orleáns,* que luchando bajo la bandera de Juana de Arco tan importante papel desempeñó en librar a Francia del yugo inglés. Su hijo mantenía bien el alto renombre que le correspondía por su procedencia, y no obstante su popularidad entre la nobleza y el pueblo, supo Dunois, en toda ocasión, manifestar tal carácter abierto y una franqueza tan leal, que se veía libre de toda sospecha, aun de parte del celoso Luis, que gustaba verle junto a él, y aun a veces le llamaba a sus consejos. Aunque muy ducho en todos los ejercicios de la caballería y poseyendo las condiciones de lo que entonces se llamaba un caballero perfecto, distaba mucho de ser la persona del conde modelo de belleza romántica. Era de estatura corriente y muy fornido, y sus piernas se curvaban hacia fuera, con esa hechura que resulta más conveniente para montar a caballo que elegante para un pedestre. Era ancho de hombros, de pelo negro, su tez morena y sus brazos demasiado largos y nerviosos. Las facciones de su rostro eran irregulares y tendían a feas, y a pesar de todo, había un aire de nobleza y dignidad en su persona, que delataban, a la primera mirada, al noble de alcurnia y al soldado intrépido. Su semblante era altanero; su paso, firme y varonil, y la rudeza de la cara resultaba dignificada con una mirada semejante a la del águila y un frunce parecido al del león. Su vestimenta era un traje de caza, más suntuoso que lucido, y actuaba la mayoría de las veces como montero mayor, aunque no nos inclinamos a creer que en la actualidad desempeñase este oficio.

Apoyado en el brazo de su pariente Dunois, y andando con paso tan lento y melancólico que parecía descansar en su pariente, apareció Luis, duque de Orleáns, el primer príncipe de sangre real (después rey con el nombre de Luis XII), y al que los guardias y personal de servicio rendían homenaje como tal. Este príncipe, que, de morir la descendencia del rey, era heredero de la corona, era celosamente vigilado por Luis XI y no se le permitía que se ausentase de la Corte, y mientras residía allí se veía privado de cargo oficial. El abatimiento de espíritu que su condición casi de cautivo hacía que se reflejase en el porte de este desgraciado príncipe, aparecía aumentado en esta ocasión por haberse enterado de que el rey meditaba cometer con él una de las acciones más crueles e injustas que un tirano puede cometer, obligándole a casarse con la princesa Juana de Francia, la hija menor de Luis, con la que estaba comprometido desde niño, pero cuyo cuerpo deforme hacía que fuese un acto de rigor abominable el insistir en tal enlace.

Librodot

El exterior de este infeliz príncipe no se distinguía precisamente por su arrogancia, y su carácter era dulce y bondadoso, cualidades que se apercibían a través del velo de extremo decaimiento que al presente obscurecía su espíritu.

Quintín observó que el duque evitaba cuidadosamente el mirar a los guardias reales, y al devolver el saludo de éstos, conservaba los ojos bajos, como si temiese que los celos del rey pudiesen interpretar ese gesto de cortesía ordinaria como producido con el fin de establecer un interés separado y personal entre ellos.

Muy distinta era la conducta del orgulloso prelado y cardenal Juan de Balue, ministro favorito del rey en aquel entonces, cuyo engrandecimiento y carácter tenía tan gran parecido con Wolsey, como la diferencia entre el astuto y político Luis y el temerario y arrojado Enrique VIII de Inglaterra podía permitir. El primero había elevado a su ministro desde la categoría más inferior a la dignidad, o por lo menos los emolumentos, de gran limosnero de Francia; le había colmado de beneficios y conseguido para él el capelo de cardenal; y aunque era demasiado cauto para entregar al ambicioso Balue el ilimitado poder y confianza que Enrique concedía a Wolsey, estaba, no obstante, influido por él más que por ningún otro de sus reconocidos consejeros. El cardenal, en consonancia, no se había librado del error propio de aquellos que se ven de pronto elevados al poder desde una posición humilde, pues estaba firmemente convencido, ofuscado sin duda por lo repentino de su encumbramiento, que podía intervenir en asuntos de todas clases, aun en los más ajenos a su profesión y estudios. Alto y de aspecto tosco, pretendía ser galante y admirar al sexo bello, aunque sus modales hacían de sus pretensiones un absurdo, y su profesión les daba el carácter de indecorosas. Algún adulador masculino o femenino le había, en mala hora, convencido de la idea de que había gran belleza de contorno en un par de piernas musculosas, que había heredado de su padre, un carretero de Limoges, o, según otra versión, un molinero de Verdun; y se había infatuado tanto con esta idea, que siempre tenía los manteos un poco recogidos por un lado, con el fin de que no escapase a la observación la naturaleza robusta de sus piernas. Mientras paseaba por el salón con su hábito carmesí y rica capa, se detenía repetidas veces para mirar las armas y uniformes de los militares caballeros de servicio, les preguntaba sobre varias cuestiones en tono autoritativo y hasta se permitía censurar lo que él llamaba irregularidades de disciplina en lenguaje al que no se atrevían a contestar estos soldados experimentados, aunque era evidente que lo escuchaban con impaciencia y con desprecio.

-¿Sabe el rey -dijo Dunois al cardenal- que el enviado borgoñés tiene prisa en pedir audiencia?

-Lo sabe -contestó el cardenal-; y aquí viene el sábelotodo Oliver Dain [(23)] para hacernos saber la voluntad real.

Mientras hablaba, un personaje notable, que compartía en aquellos días con el orgulloso cardenal el favor de Luis, entró procedente de una habitación más interior, pero sin ese porte importante y pomposo que caracterizaba la plena dignidad del sacerdote. Al contrario, éste era un hombre pequeño, pálido y flaco, cuyo coleto y calzones de seda negra, sin casaca ni capa, constituían un traje nada a propósito para sentar bien a persona poco distinguida. Llevaba una jofaina de plata en la mano, y una toalla puesta sobre el brazo indicaba su oficio. Su cara era penetrante y viva, aunque

Librodot

trataba de disimular esa expresión de sus facciones manteniendo la vista fija en el suelo, mientras, con movimientos silenciosos y furtivos, parecía modestamente más bien resbalar que andar por la habitación. Pero aunque la modestia puedo fácilmente obscurecer el valer, no puede ocultar el favor real, y todos los intentos para pasar desapercibido en el salón de recepciones eran vanos, por parte de uno de quien se sabía tenía tanto ascendiente sobre el rey como el logrado por este famoso barbero y mozo de cámara, Oliver Le Dain, a veces llamado Oliver Le Mauvais y otras Oliver Le Diable, epítetos derivados por la astucia sin escrúpulos con que contribuía a la realización de los planes de la política tortuosa de su amo. Habló unos momentos con el conde de Dunois, que al instante dejó la cámara, mientras el barbero retornaba tranquilamente a la habitación real de donde había salido, abriéndole paso todo el mundo, cuya deferencia era sólo correspondida con una pequeña inclinación de cuerpo, excepto en algunos casos muy contados, en la que una o dos personas fueron objeto de envidia de los demás cortesanos al murmurarles al oído una sola palabra; y al mismo tiempo, dando por excusa los deberes de su cargo, escapaba de sus respuestas así como de las ansiosas solicitaciones de aquellos que deseaban llamar su atención. Ludovico Lesly tuvo la buena suerte de ser uno de los individuos que en la presente ocasión fué favorecido por Oliver con una sola palabra para asegurarle que su asunto estaba concluído felizmente.

Poco después tuvo otra prueba de la misma agradable noticia, pues el antiguo conocimiento de Quintín, Tristán l'Hermite, el capitán-preboste de la Casa Real, entró en el salón y se fué derecho al sitio en que estaba apostado Le Balafré. El formidable uniforme de este oficial que era muy lujoso, sólo producía el efecto de hacer resaltar notablemente su siniestro rostro y el tono de su voz, que quería hacer conciliador no se diferenciaba mucho del gruñido de un oso. El contenido de sus palabras, sin embargo, fué más amistoso que la voz con que fueron pronunciadas. Lamentaba la equivocación que había ocurrido entre ellos el día anterior, y observó que fué debida a que el sobrino del señor Le Balafré no llevaba puesto el uniforme de su Cuerpo, ni se anunció como perteneciente al mismo, lo que le indujo al error por el que ahora pedía perdón.

Ludovico Lesly dió la contestación debida, y tan pronto como Tristán dió la vuelta, comunicó a su sobrino que tenían de aquí en adelante la distinción de poseer un enemigo mortal en la persona de este temido oficial.

-Pero estamos por encima de su *volée*: un soldado que hace su deber -dijo- puede reírse del capitán-preboste.

Quintín dió la razón a su tío, pues cuando Tristán se apartó de ellos le lanzó una mirada de desafío llena de rencor, semejante a la que el oso lanza al cazador que lo ha herido de un lanzazo. Aun cuando no tuviese motivos serios para alterarse, la mirada aviesa de este oficial expresaba tal maldad de propósito, que los hombres procuraban evitarla, y el estremecimiento del joven escocés fué tanto más intenso cuanto que le parecía sentir en sus hombros el contacto de los verdugos a las órdenes de este fatal oficial.

Mientras tanto, Oliver, después de haber recorrido la habitación de la manera furtiva que hemos tratado de describir (todos, aun los oficiales de mayor graduación, hacíanle sitio y colmábanle de atenciones ceremoniosas, que su modestia parecía

Librodot

deseosa de evitar), penetró de nuevo en la habitación interior, cuyas puertas se abrieron ahora de par en par, y el rey Luis entró en el salón de recepciones.

Quintín, como los demás, volvió sus ojos hacia él, y se sobresaltó tanto que casi dejó caer su arma cuando reconoció en el rey de Francia al mercader de sedas, maese Pedro, que había sido el compañero de su paseo matinal. Singulares sospechas respecto al rango real de esta persona habían cruzado por su magín en diferentes ocasiones; pero esta realidad evidente superaba a su más atrevida conjetura.

La mirada seria de su tío, ofendido con esta falta de compostura involuntaria, le hizo rehacerse; pero no poco se sorprendió cuando el rey, cuya mirada certera le había descubierto desde luego, encaminó derechos sus pasos al sitio en que estaba colocado sin reparar en nadie más.

-Así, pues, joven -dijo-, me he enterado que has estado alborotando desde tu llegada a Turena; pero te perdono, ya que fué principalmente la falta de un tonto y viejo comerciante que pensó que tu sangre caledonia requería ser calentada por la mañana con *vin de Beaulne*. Si le llego a encontrar, le castigaré para escarmiento de los que pervierten a mis guardias. Balafré -añadió dirigiéndose a Lesly-, tu pariente es un gallardo joven, aunque vehemente. Me gusta alentar a tales caracteres para sacar el mejor partido posible de los bravos hombres que nos rodean. Que se escriba el año, día, hora y minuto del nacimiento de tu sobrino y que se entregue a Oliver Dain.

Le Balafré hizo una profunda reverencia, y volvió a recobrar su erguida posición militar como el que quiere demostrar con su actitud su presteza a obrar en defensa del rey. Quintín, mientras tanto, repuesto de su primera sorpresa, estudió más detenidamente la apariencia personal del rey, y se maravilló de ver cuán diferentemente interpretaba su parte y sus facciones de como lo había hecho en su primer encuentro.

No había mucho cambio en lo exterior, pues Luis, que siempre se burló de las apariencias externas, llevaba en esta ocasión un traje viejo de caza, azul obscuro, no mucho mejor que el sencillo traje del día anterior, y guarnecido con un gigantesco rosario de ébano, que le había sido enviado nada menos que por el Grand Seignior, con un certificado que había sido usado por un ermitaño copto del monte Líbano, personaje de profunda santidad. Y en vez de la gorra con una sola imagen llevaba ahora un sombrero, cuya banda estaba adornada con una docena lo menos de pequeñas figuras de santos estampados en plomo, de poco valor. Pero aquellos ojos, que según la primera impresión de Quintín sólo brillaban con el afán de ganancia, tenían, ahora que se les sabía propiedad de un monarca poderoso y hábil, una mirada penetrante y mayestática; y aquellas arrugas del entrecejo, que él había supuesto que se habían ido formando durante una larga serie de pequeños planes comerciales, parecían ahora los surcos que la sagacidad había abierto mientras trabajaba meditando en la suerte de las naciones.

Poco después de la aparición del rey entraron en el salón las princesas de Francia con las damas. Con la mayor, que después casó con Pedro de Borbón, y conocida en la historia de Francia por el nombre de Señora de Beaujeau, poco tiene que ver nuestra historia. Era alta y más bien bella, poseía elocuencia, talento y bastante de la

Librodot

sagacidad de su padre, que tenía gran confianza en ella y la amaba más quizá que a nadie.

La hermana menor, la infortunada Juana, la novia predestinada al duque de Orleáns, avanzó tímidamente al lado de su hermana, consciente de la carencia total de esas cualidades externas que las mujeres desean poseer con más ahinco, o se hacen la ilusión de poseer. Era pálida, delgada, de rostro enfermizo; su figura se inclinaba visiblemente hacia un lado, y su marcha era tan desigual que bien podía llamarse coja. Una buena dentadura y unos ojos que expresaban melancolía, dulzura y resignación, con unos cuantos rizos castaños, eran los únicos detalles que la lisonja pudiera atreverse a enumerar para contrarrestar la fealdad general de su cara y de su cuerpo. Para completar su descripción añadiremos que era fácil observar, dado el descuido en el vestir de la princesa y la timidez de sus modales, que poseía un conocimiento desconsolador de la vulgaridad de su figura, y no se atrevía a hacer ningún ensayo para corregir artificiosamente lo que la Naturaleza no le había concedido, ni a intentar agradar por cualquier otro procedimiento. El rey (que no la amaba) se dirigió rápido hacia ella cuando la vió entrar.

-¿Cómo? -dijo-. ¿Estás vestida hoy para una partida de caza o para el convento? Habla, contesta.

-Para lo que Su Majestad quiera, señor -dijo la princesa con voz que apenas se le oía.

-¡Ah!, sin duda querrás persuadirme de que tu deseo es abandonar la corte, Juana, y renunciar al mundo y sus vanidades. Ya, doncella, ¿cómo podías pensar que yo, nacido en el seno de la Iglesia católica, iba a negar al cielo a una hija? La Virgen y San Martín prohíben que me niegue al ofrecimiento si es digno del altar o si tu vocación fuese sincera.

Al decir esto se santiguó el rey devotamente, asemejándose entonces mucho, según pudo apreciar Quintín, a vasallo astuto, que está despreciando el mérito de algo que desea conservar para sí con el fin de que pueda tener una excusa por no ofrecérselo a su jefe o superior. «Se atreve a hacer el hipócrita con el cielo -pensó Durward-, y a jugar con Dios y los santos, como puede hacerlo impunemente con los hombres, que no se atreven a escudriñar muy de cerca su intención.»

Luis, mientras tanto, prosiguió, después de un momento:

-No, querida hija; yo y otro conocemos bien tu verdadero modo de pensar. Querido primo de Orleáns, ¿no es así? Acérquese, señor, y conduzca a esta su devota vestal a su caballo.

Orleáns se sobresaltó cuando habló el rey y se precipitó a obedecerle; pero con tal precipitación y confusión, que Luis le tuvo que decir:

-Primo, modere su galantería y mire delante de sí. ¡Qué imprudente resulta a veces una prisa en el galán! Casi ha cogido la mano de Ana en vez de la de su hermana. Señor, ¿es que yo mismo debo entregarle a Juana?

Librodot

El infeliz príncipe miró hacia arriba y tembló como un niño cuando se vió forzado a tocar algo a lo que tenía horror instintivo; después, haciendo un esfuerzo, tomó la mano, que la princesa ni dió ni separó. Tal como estaban, los dedos húmedos y fríos de ella cogidos por la mano temblorosa, con los ojos ambos clavados en el suelo, hubiera sido difícil decir cuál de estos dos jóvenes seres era más desgraciado: el duque, que se sentía ligado al objeto de su aversión por lazos que no se atrevía a romper, o la infeliz mujer, que claramente veía que era para él objeto de aversión, y que para librarlo de esa pesadilla no le hubiera importado morirse.

Y ahora, a caballo, caballeros y señoras. Nos guiará la señora de Beaujeau -dijo el rey-; y que el Señor y San Humberto sean con nosotros en este nuestro *sport* matutino.

-Señor, temo tener que interrumpir la caza -dijo el conde de Dunois-: el enviado borgoñés está delante de las puertas del castillo y pide audiencia.

-¿Que pido una audiencia, Dunois? -replicó el rey-. ¿No le contestaste, según el recado que te envié con Oliver, que no tenemos tiempo libre para verlo hoy, y que mañana es el festival de San Martín, que el cielo quiera no conturbemos con pensamientos terrenos, y que al día siguiente tenernos que ir a Amboise, pero que no quiero dejar de señalarle audiencia, cuando regresemos, tan pronto como mis asuntos urgentes me lo permitan?

-Todo esto dije -contestó Dunois-; pero, sin embargo, señor...

-*¡Pasques-dieu!*, hombre, ¿qué es eso que no quiere decir tu lengua? -dijo el rey-. El discurso del borgoñés debe ser de difícil digestión.

-Si mi deber, los mandatos de Su Majestad y su carácter de enviado no me hubiesen contenido -dijo Dunois-, hubiera probado a digerirlo él mismo, pues por Nuestra Señora de Orleáns, tuve más intención de que se tragase sus propias palabras que de repetirlas aquí a Vuestra Majestad.

-Es extraño, Dunois -dijo el rey-, que tú, uno de los individuos más impacientes que conozco, tengas tan poca simpatía por la impaciencia de mi descortés y orgulloso primo Carlos de Borgoña. No hago más caso de estos urgentes recados que el que las torres de este castillo hacen de los embates del viento del Nordeste que viene de Flandes, así como este alborotador enviado.

-Sepa, pues, señor -replicó Dunois-, que el conde do Crèvecoeur está abajo con su séquito de acompañantes y trompetas, y dice que, ya que Su Majestad rehúsa concederle la audiencia que su señor le ha encargado que pida para asuntos de la mayor urgencia, permanecerá allí hasta medianoche y se acercará a Su Majestad para hablarle a cualquier hora que le plazca salir de su castillo, bien sea para negocio, ejercicio o devoción, y que, ninguna consideración, excepto el empleo de la fuerza, le obligará a desistir de su resolución.

-Es un tonto -dijo el rey con gran tranquilidad-. ¿Cree el vehemente Hainaulter que es mortificación para un hombre de sentido el permanecer veinticuatro horas quieto dentro de las murallas de su castillo cuando tiene que ocuparse de los asuntos del reino? Estos impacientes mequetrefes piensan que todos los hombres como ellos son

Librodot

desgraciados a no ser cuando están a caballo. Que encierren a los perros y los cuiden, gentil Dunois. Celebraremos hoy Consejo en vez de salir de caza.

-Señor -contestó Dunois-, no se librará Su Majestad de ese modo de Crèvecoeur, pues las instrucciones de su señor son que si no logra la audiencia que pide clavará su manopla en la empalizada delante del castillo en señal de desafío por parte de su amo, que éste renunciará a la fidelidad debida a Francia y declarará al momento la guerra.

-¡Ay! -dijo Luis, sin alteración perceptible en la voz, pero frunciendo el entrecejo hasta que sus obscuros y penetrantes ojos se hicieron casi invisibles bajo sus abundantes cejas-, ¿están las cosas en ese punto? ¿Se siente tan atrevido nuestro antiguo vasallo? ¡Entonces, Dunois, debemos desplegar la *Oriflamme* y gritar *Dennis Montjoye!*

-¡Que así sea, y en una hora feliz! -dijo el marcial Dunois; y los guardias, en el *hall*, incapaces de resistir el mismo impulso, se movieron cada uno en su puesto, con lo que se originó un sonido poco intenso, pero perceptible, de chasquidos de armas. El rey miró orgulloso a su alrededor, y por un momento se asemejó y pensó como su heroico padre.

Pero la excitación del momento dió paso después a una serie de consideraciones políticas, que en aquella ocasión hacían muy peligrosa una franca rotura con Borgoña. Eduardo IV, rey bravo y victorioso, que había tornado parte personalmente en treinta batallas, que ocupaba ahora el trono de Inglaterra, era hermano de la duquesa de Borgoña, y bien podía suponerse que sólo esperaba una ruptura entre su cercana parienta y Luis para introducir en Francia, a través del paso franco de Calais, aquellas almas que habían triunfado en las guerras civiles inglesas y borrar el recuerdo de las disensiones intestinas por la más popular de todas las ocupaciones entre los ingleses, la invasión de Francia. A esta consideración se añadía la dudosa lealtad del duque de Bretaña y otros temas dignos de reflexión. Así es que después de un silencio prolongado, cuando Luis volvió a hablar, aunque en el mismo tono, su espíritu estaba alterado.

-Pero Dios prohibe -dijo- que a no ser que la necesidad nos obligue, el más cristiano de los reyes sea causa de efusión de sangre cristiana, aunque tal calamidad sea evitada a costa de que sufra un poco el honor. Apreciemos en más la seguridad de nuestros súbditos que la herida que mi dignidad pueda recibir del rudo aliento de un embajador inexperto, que quizá se ha excedido en la misión que le encargaron. Traer a mi presencia al enviado de Borgoña.

-*Beati pacifici* -dijo el cardenal Balue.

-Es verdad, y su eminencia sabe que los que se humillan serán exaltados -añadió el rey.

El cardenal respondió: «Amén», a lo que pocos asintieron, pues aun los pálidos carrillos de Orleáns se sonrojaron de vergüenza, y Balafré disimuló tan poco sus sentimientos, que dejó caer la contera de su alabarda pesadamente contra el suelo, movimiento de impaciencia por el que sufrió un cruel reproche del cardenal, con una

lección sobre la manera de tener las armas en presencia del soberano. El propio rey parecía estar molesto, contra su costumbre, por el silencio a su alrededor.

-Estás pensativo, Dunois -dijo-. No te gusta el que cedamos ante este terco enviado.

-De ningún modo -dijo Dunois-; no me mezclo en asuntos que no me competen. Sólo estaba pensando en pedir una merced a Su Majestad.

-Una merced, Dunois, ¿qué es ello? No eres un pedigüeño por sistema y puedes contar con mi asentimiento.

-Entonces suplicaría a Su Majestad que me enviase a Evreux a instruir a los sacerdotes -dijo, Dunois con franqueza militar.

-Eso rebasa tu esfera -replicó el rey sonriendo.

-Podría ordenar sacerdotes tan bien -replicó el conde- como mi lord el obispo de Evreux, o mi lord el cardenal si prefiere este título, podría enseñar la instrucción a los soldados de la guardia de Su Majestad.

El rey sonrió de nuevo y más misteriosamente, mientras decía en voz baja a Dunois:

-Llegará el tiempo en que tú y yo ordenemos juntos a los sacerdotes. Pero éste de ahora es un animal de obispo muy presumido. ¡Ah, Dunois! Roma nos echó encima esta carga y obras. Pero, paciencia, primo, y barajemos las cartas hasta que nos toque ganar[(24)].

El sonido de trompetas en el patio de honor anunció la llegada del noble borgoñés. Todos en el salón de recepciones se apresuraron a colocarse en el sitio que les correspondía, permaneciendo en el centro de la asamblea el rey y sus hijas.

El conde de Crèvecoeur, guerrero famoso o intrépido, entró en la habitación, y contra la costumbre entre los enviados de potencias amigas, apareció todo armado, excepto su cabeza, en un vistoso traje hecho con la más soberbia armadura milanesa de acero, con adornos y relieves de oro, trabajada según el fantástico estilo árabe. Alrededor de su cuello y sobre su pulida coraza colgaba la insignia del Toisón de Oro, una de las más preciadas condecoraciones que entonces se conocían en la cristiandad. Un hermoso paje llevaba su casco detrás de él, y un heraldo le precedía llevando sus cartas de presentación, que ofreció de rodillas al rey, mientras el embajador se detenía en el centro del *hall* como para dar tiempo a que todos los presentes admirasen sus miradas altaneras, estatura dominante y actitud retadora. El resto de su séquito esperaba en la antecámara o patio de honor.

-Aproxímese, señor conde de Crèvecoeur -dijo Luis, después de rápida mirada a sus papeles-; no necesito las cartas de presentación de mi primo ni para presentarme a guerrero tan conocido ni para cerciorarme del crédito grande que le merece. Espero que su bella esposa, que lleva alguna de mi sangre ancestral, gozará de buena salud. Si la hubiese traído de la mano, señor conde, podíamos haber pensado que llevaba puesta su armadura, en esta ocasión desacostumbrada, para mantener la superioridad de sus

encantos contra la amorosa caballerosidad de Francia. No siendo así, no puedo adivinar la razón de esta armadura completa.

-Señor -replicó el embajador-; el conde de Crèvecoeur tiene que lamentar su desgracia y suplicar su perdón por no poder en esta ocasión responder con toda la humilde deferencia debida a la cortesía real con que Su Majestad lo ha honrado. Pero aunque sólo sea la voz de Felipe Crèvecoeur de Cordès la que habla, las palabras que pronuncia son las de su lord y soberano el duque de Borgoña.

-¿Y qué tiene Crèvecoeur que decir en las palabras de Borgoña? -dijo Luis con aire muy digno-. Recuerde que en este acto Felipe Crèvecoeur habla al que es soberano de soberanos.

Crèvecoeur saludó con una reverencia y después contestó:

-Rey de Francia: el poderoso duque de Borgoña envía, una vez más, una relación escrita de los agravios y vejaciones cometidas en sus fronteras por las guarniciones y oficiales de Su Majestad, y el primer punto a averiguar es si Su Majestad tiene intención de dar reparaciones por estas injurias.

El rey, mirando a la ligera el memorial que el heraldo le entregó, puesto de rodillas, dijo:

-Estos asuntos han sido tratados hace tiempo en nuestro Consejo. De las injurias presentadas, algunas sirven de compensación a las sufridas por mis vasallos; otras se presentan sin pruebas; algunas han sido vengadas por los soldados y guarniciones del duque, y si aun quedan algunas no comprendidas en los casos anteriores, no soy opuesto, como príncipe cristiano, a dar satisfacción por ofensas sostenidas por mi vecino, aunque hayan sido cometidas no sólo sin mi consentimiento, sino contra mis expresas órdenes.

-Llevaré la respuesta de Su Majestad -dijo el embajador- a mi soberano, señor; sin embargo, permítame decir que, como no difiere mucho de las respuestas evasivas que ya han merecido otras veces sus justas quejas, no puedo esperar que proporcione el medio de restablecer la paz y amistad entre Borgoña y Francia.

-Dejemos eso a la voluntad de Dios -dijo el rey-. No es por miedo a las armas de su señor, sino por amor a la paz, por lo que doy una respuesta tan moderada a sus injuriosos reproches. Prosiga con su embajada.

-La siguiente petición de mi señor -dijo el embajador- es que Su Majestad ponga fin a sus tratos secretos y ocultos con las poblaciones de Gante, Lieja y Malinas. Pide que Su Majestad llame a los agentes secretos, por cuyo intermedio resultan enardecidos sus buenos ciudadanos de Flandes, y expulse de los dominios de Su Majestad, o más bien entregue al castigo merecido de su señor feudatario, a aquellos traidores fugitivos que, habiendo huído de la escena de sus maquinaciones, han encontrado un refugio muy propicio en París, Orleáns, Tours y otras ciudades de Francia.

-Diga al duque de Borgoña -replicó el rey- que desconozco esas prácticas indirectas que injuriosamente me achaca; que mis súbditos de Francia tienen comercio frecuente

con las ciudades de Flandes con el fin de beneficiarse mutuamente con el libre tráfico, y sería ir contra los intereses del duque y los míos el pretender interrumpirlo, y que muchos flamencos tienen residencia en mi reino y gozan de la protección de mis leyes con el mismo objeto; pero ninguno de ellos, que sepamos, por razones de traición o rebeldía contra el duque. Prosigue con el mensaje; ya has oído mi respuesta.

-Con pena, como anteriormente, señor -replicó el conde de Crèvecoeur-, no es de esa naturaleza explícita que al duque, mi amo, le gustaría recibir como satisfacción por la larga serie de maquinaciones secretas, no menos ciertas, aunque ahora negadas por Su Majestad. Pero prosigo con mi mensaje. El duque de Borgoña solicita del rey de Francia que envíe sin dilación a sus dominios, y bajo una salvaguardia segura, las personas de Isabel, condesa de Croye, y de su parienta y guardiana, la condesa Hameline, de la misma familia, teniendo presente que la dicha condesa Isabel, que por la ley del país y la dependencia feudal de sus bienes está bajo la tutela del duque do Borgoña, ha huído de sus dominios esquivando los proyectos matrimoniales que él, como guardián cuidadoso, le había buscado, y está aquí mantenida en secreto por el rey de Francia y alentada par él en su contumacia hacia el duque, su natural señor y guardián, y en contra de las leyes divinas y humanas que siempre se han reconocido en la Europa civilizada. Una vez más me callo para saber la respuesta de Su Majestad.

-Hizo bien el conde de Crèvecoeur -dijo Luis desdeñosamente- el comenzar su embajada a hora tempana, pues si es su propósito el pedirme cuentas por la huída de cada vasallo a quien la pasión violenta de su amo pueda haber expulsado de sus dominios, la lista puede durar hasta la puesta del sol. ¿Quién puede afirmar que estas damas están en mis dominios? ¿Quién puede atreverse a decir, aunque así fuese, que yo he favorecido su huída a aquí o las he recibido con ofertas de protección? ¿Y quién podría asegurar que, si están en Francia, conozca yo su sitio de retiro?

-Señor -dijo Crèvecoeur-, si me lo permite Su Majestad diré que poseía un testigo de este asunto: uno que vió a esas damas fugitivas en una posada llamada la Fleur de Lys, no lejos de este castillo; uno que vió a Su Majestad en compañía de ellas, aunque bajo el indigno disfraz de un burgués de Tours; uno que recibió de ellas, en su real presencia, mensajes y cartas para sus amigos de Flandes; todo lo cual hizo llegar a manos y oídos del duque de Borgoña.

-Preséntele aquí -dijo el rey-; coloque ante mi vista al hombre que se atreva a mantener estas falsedades evidentes.

-Habla muy seguro de triunfar Su Majestad; pues bien sabe que ya no existe este testigo. Cuando vivía se llamaba Zamet Magraubin, y era, por naturaleza, uno de esos vagabundos gitanos. Fué ejecutado ayer, según he oído, por una banda del preboste de Su Majestad para impedir, sin duda, que compareciese aquí para comprobar que habló de este asunto al duque de Borgoña en presencia de su Consejo y de mí, Felipe Crèvecoeur de Cordès.

-¡Por nuestra Señora de Embrun! -dijo el rey-, son de tal índole estas acusaciones y tan tranquila tengo mi conciencia respecto a ellas, que, por el honor de un rey, me río de ellas antes que encolerizarme. La guardia de mi preboste condena a diario, como es su deber, a ladrones y vagabundos. ¿Y va a ser denigrada mi corona por lo que esos ladrones y vagabundos puedan haber dicho a nuestro inflamable primo de Borgoña y a

sus sabios consejeros? Le ruego diga a mi amable primo que, si ama tales compañías, lo mejor que puede hacer es conservarlas en su propio territorio, pues aquí es probable que tropiecen con una soga al cuello.

-Mi amo no necesita de tales súbditos, señor rey -contestó el conde en tono menos respetuoso que el que hasta ahora se había permitido emplear-, pues el noble duque no acostumbra a consultar a brujas, egipcios vagabundos u otros sobre el destino y suerte de sus vecinos y aliados.

-He tenido bastante paciencia -dijo el rey interrumpiéndole; y ya que tu única comisión aquí, parece ser el propósito de insultar, enviaré a alguien en mi nombre al duque de Borgoña, convencido, con esta conducta tuya hacia mí, que te has excedido de tu comisión, cualquiera que ésta fuese.

-Por el contrario -dijo Crèvecoeur-, aun no he acabado con ella. Oid, Luis de Valois, rey de Francia; oid, nobles y caballeros, que estáis presentes; oid, todos los hombres buenos y sinceros, y tú, Toisón de Oro -dirigiéndose al heraldo-, haz proclamación después que yo. Yo, Felipe Crèvecoeur de Cordès, conde del Imperio y caballero de la Orden honorable y real del Toisón de Oro, en el nombre del lord y príncipe más poderoso, Carlos, por la gracia de Dios, duque de Borgoña y de Loringia, de Brabante y Limburgo, de Luxemburgo y de Gueldres; conde de Flandes y de Artois; conde palatino de Hainault, de Holanda, Zelanda, Namur y Zutphen; marqués del Santo Imperio; lord de Friezeland, Salinas y Malinas, a vos, Luis, rey de Francia, hago saber públicamente que, habiendo vos rehusado el remedio para las diversas querellas, agravios y ofensas preparadas y hechas por vos o con su ayuda, sugestión e instigación contra el mencionado duque y sus amados súbditos, él, por intermedio mío, renuncia a toda alianza y fidelidad hacia su corona y dignidad, le acusa de falso y desleal y le desafía como príncipe y como hombre. Ahí está mi prenda en prueba de lo que he dicho.

Al decir esto, se arrancó la manopla de su mano derecha y la arrojó contra el suelo del *hall*.

Hasta que tuvo lugar este último gesto de audacia reinó un profundo silencio en la habitación real durante la extraordinaria escena; pero tan pronto el ruido de la manopla al caer fué acompañado por la profunda voz de Toisón de Oro, el heraldo borgoñés, con la exclamación ¡¡Viva Borgoña!!, hubo un tumulto general. Mientras Dunois, Orleáns, el anciano lord Crawford y uno o dos más, cuyo rango autorizaba su injerencia, contendían cuál de ellos debía recoger la manopla, los otros, en el *hall*, exclamaban:

-¡A golpes con él! ¡Despedazadle! ¡Venir aquí a insultar al rey de Francia en su propio palacio!

Pero el rey apaciguó el tumulto exclamando, en voz de trueno que sobrecogió e hizo callar todo otro ruido:

-¡Silencio, súbditos! ¡No poner una mano sobre el hombre ni un dedo sobre la manopla! ¡Y vos, señor conde, ¿de qué está compuesta su vida o cómo está garantizada para poderla arriesgar en el lanzamiento de un dado tan peligroso? ¿O está

Librodot

su duque hecho de diferente metal de los demás príncipes, ya que así sostiene su pretendida querella, de manera tan poco usual?

-Está hecho, realmente, de un metal diferente y más noble que los otros príncipes de Europa -dijo el osado conde de Crèvecoeur-, pues cuando ninguno de ellos se atrevía a proteger a vos, rey Luis; cuando sólo erais delfín, desterrado de Francia y perseguido con toda la amargura de la venganza de su padre y todo el poder de su reino, fuisteis recibido y protegido como un hermano por mi noble amo, a cuya generosidad habéis correspondido tan mal. Adiós, señor; mi misión está cumplida.

Diciendo esto el conde de Crèvecoeur abandonó bruscamente el salón sin más señales de despedida.

-¡A él, a él! ¡Recoged la manopla y a él! -dijo el rey-. No me refiero a ti, Dunois; ni a ti, lord Crawford, quienes podéis estar demasiado viejos para serias disputas; ni a ti, primo Orleáns, que eres demasiado joven para ellas. Mi lord cardenal, mi lord obispo de Auxerre, es su sagrada misión hacer que haya paz entre los príncipes; recoja la manopla y haga presente al conde de Crèvecoeur el pecado que ha cometido insultando así a un gran monarca en su propia corte y forzándonos a traer las miserias de la guerra sobre su reino y el de su vecino.

Ante este llamamiento personal directo, el cardenal Balue procedió a levantar la manopla con la misma precaución que uno que fuese a tocar una culebra, tanta era su aparente aversión a este símbolo de guerra, y en seguida dejó la habitación real para precipitarse tras el del reto.

Luis miró alrededor el círculo de sus cortesanos, la mayoría de los cuales, excepto los que ya hemos mencionado, eran hombres de origen humilde y elevados a su rango en el servicio del rey por méritos distintos al valor o hechos de armas, y a esa circunstancia era, sin duda, debido que se mirasen, pálidos, unos a otros y que hubiesen recibido una impresión desagradable con la escena que acababa de verificarse. Luis les miró con desprecio, y después dijo en voz alta:

-Aunque el conde de Crèvecoeur sea presuntuoso, hay que reconocer que en él posee el duque de Borgoña un servidor tan arrojado como pudiera soñar un príncipe. Me gustaría saber dónde encontrar un enviado tan leal para devolver mi respuesta.

-Hace, señor, injusticia a sus nobles franceses -dijo Dunois-; cualquiera de ellos llevaría cartel de desafío a Borgoña en la punta de su espada.

-Señor -dijo el anciano Crawford-, también juzga mal a los caballeros escoceses que lo sirven. Yo, o cualquiera de mis secuaces de rango conveniente, no dudaríamos un momento en acudir a aquella orgullosa corte a pedir cuentas; mi brazo es aun bastante fuerte para ese fin si poseo el permiso de Su Majestad.

-Pero Su Majestad -continuó Dunois- no nos utilizará en servicio por el que podamos ganar honor para nosotros, para Su Majestad y para Francia.

-Di más bien -dijo el rey- que no me entrego, Dunois, a una temeraria impetuosidad, que, bajo pretexto de un puntillo de honor, podría hacer naufragar a vosotros, al trono, a Francia y a todo. No hay ninguno de vosotros que no sepa lo que

Librodot

vale en estos momentos cada hora de paz, tan necesarias para curar las heridas de un país revuelto, y, sin embargo, no hay ninguno de vosotros que no se precipitaría en una guerra con el pretexto de un cuento de un gitano vagabundo o de alguna dama errante, cuya reputación quizá no es mayor. Aquí vuelve el cardenal, y confío en que traerá noticias más pacíficas. Mi lord, ¿ha conseguido traer al conde al camino de la razón y de la templanza?

-Señor -dijo Balue-, mi labor ha sido difícil. Le hice presente al orgulloso conde cómo se atrevió a tener con Su Majestad esa actitud presuntuosa, con la que había interrumpido su audiencia, y que debía interpretarse que procedía no de su señor, sino de su propia insolencia, y que le colocaba a merced de Su Majestad para cualquier castigo que juzgase adecuado.

-Hablasteis bien -replicó el rey-. ¿Y cuál fué su contestación?

-El conde -continuó el cardenal- tenía en ese momento su pie en el estribo, dispuesto a montar, y al oír mi queja volvió la cabeza sin variar de posición.

-Aunque me hubiese encontrado a cincuenta leguas de distancia -dijo- me bastaba haber oído el rumor de que una cuestión era juzgada por el rey de Francia como censurable para mi príncipe para que a tal distancia hubiese montado en el acto y hubiese vuelto para descargar mi conciencia de la respuesta que di hace un momento.

-Digo, señores -exclamó el rey mirando a todos sin muestras de enojo-, que en el conde Felipe de Crèvecoeur posee mi primo, el duque, el servidor más digno que jamás le fué dado tener a ningún príncipe. ¿Pero conseguisteis de él que se detuviese?

-Que se quedase por veinticuatro horas, y en ese tiempo recibiría su manopla de desafío -dijo el cardenal- Se ha apeado en la Fleur de Lys.

-Procure que sea debidamente atendido a nuestra costa -dijo el rey-. Un servidor como éste es una joya en la corona de un príncipe. ¿Veinticuatro horas? -añadió, hablando para sí, con aspecto de querer leer en el futuro-. ¿Veinticuatro horas? Es poquísimo tiempo. Sin embargo, veinticuatro horas bien empleadas equivalen a un año en manos de agentes indolentes o poco capaces. Bien. ¡Al bosque, al bosque, mis bizarros lores! Orleáns, querido pariente, desecha esa modestia, aunque no te va mal; no te importe la timidez de Juana. Antes dejarían las aguas del Loira de mezclarse con las del Cher que ella agradecer tu cortejo o tú buscar su compañía -añadió al ver que la desgraciada princesa se movía lentamente hacia su novio prometido-. Y ahora, caballeros, coged las lanzas de batir jabalíes, pues Allegre, mi montero, sabe de uno que dará que hacer a hombres y perros. Dunois, préstame tu lanza; toma la mía, es demasiado pesada para mí. A montar, caballeros, a montar.

Y todos partieron de caza.

Librodot

Capítulo IX

La caza del jabalí

Hablaré con
muchachos despreocupados
Y tontos faltos de ingenio;
Ninguno me mirará con ojos
sospechosos.
Rey Ricardo.

A pesar de la experiencia que el cardenal tenía respecto al carácter de su rey no impidió que en la presente ocasión cometiese un gran error de política. Su vanidad le indujo a pensar que había tenido más éxito al conseguir del conde de Crèvecoeur que permaneciese en Tours que el que cualquier otro mediador del rey podía haber logrado. Y como sabía bien la importancia que Luis le daba a la evitación de una guerra con el duque de Borgoña, no pudo contenerse en demostrar que se había hecho la ilusión de haber prestado al rey un gran servicio. Se acercó a la persona del rey más de lo que tenía costumbre y trató de sacarle la conversación sobre los acontecimientos de la mañana.

Esto era improcedente por más de una razón, pues los príncipes no gustan de ver que sus súbditos se les acerquen con aire consciente de algún merecimiento, con lo que parecen deseosos de forzar una recompensa por sus servicios, y Luis, el monarca más celoso que se conoce, era particularmente contrario e inaccesible a cualquiera que pareciese, bien presumir por un servicio prestado, o bien atisbar en sus secretos.

No obstante, inducido, como a veces sucede a los más cautos, por el humor satisfecho del momento, continuó el cardenal cabalgando a la mano derecha del rey, sacando la conversación, siempre que era posible, sobre Crèvecoeur y su embajada, lo que, aunque bien podía ser que fuese el asunto que más absorbiese los pensamientos del rey en aquellos momentos, era precisamente el que menos deseo tenía de que le hablasen. Por fin, Luis, que le había escuchado con atención, aunque sin dar ninguna respuesta que pudiese ser motivo de prolongar la conversación, hizo señas a Dunois, que cabalgaba no muy apartado, de que se colocase al otro lado de su caballo.

-Venimos aquí para hacer ejercicio y por *sport* -dijo-; pero aquí, el reverendo padre, sería gustoso de que celebrásemos un Consejo de Estado.

-Espero que Su Majestad me dispensará de mi asistencia -dijo Dunois- He nacido para luchar en las batallas de Francia, y tengo corazón y manos para ello; pero no tengo cabeza para sus Consejos.

-Mi lord cardenal no tiene cabeza para otra cosa, Dunois -contestó Luis-; ha confesado a Crèvecoeur en la puerta del castillo y nos ha comunicado toda su confesión. ¿No nos dijisteis *toda*? -continuó, con un énfasis de palabra y una mirada al cardenal que salió de entre sus largas y obscuras pestañas como los reflejos de una daga al salir de la vaina.

El cardenal tembló cuando, tratando de replicar a la broma del rey, dijo:

-Que aunque su ministerio le obligaba a ocultar los secretos de sus penitentes en general, no había *sigillum confessionis* para con Su Majestad.

-Y como su eminencia -dijo el rey- está dispuesto a comunicar los secretos de otros a nosotros, espera, naturalmente, que seamos igualmente comunicativos con él; y para lograr este recíproco trato, desea, muy razonablemente, saber si esas dos damas de Croye están actualmente en nuestro territorio. Siento no poder satisfacer su curiosidad, ya que yo mismo ignoro en qué sitio preciso se hallan esas damas errantes; esas princesas disfrazadas y condesas desgraciadas pueden estar acampadas en mis dominios, que son, gracias a Dios y a Nuestra Señora de Embrun, demasiado extensos para poder responder fácilmente a las preguntas tan razonables de su eminencia. Pero, suponiendo estuviesen con nosotros, ¿qué opinas, Dunois, de la perentoria petición de mi primo?

-Le contestaré, señor, si me dice con sinceridad si desea la paz o la guerra -replicó Dunois con una franqueza que, como procedía de su natural sinceridad e intrepidez de carácter, contribuía a granjearle el favoritismo de Luis, quien, como todas las personas astutas, deseaba tanto leer en los corazones de los demás como ocultar el suyo.

-Por Dios -dijo-, celebraría tanto como tú, Dunois, decirte mi propósito si lo supiere con certeza. Pero en el caso de decidirme por la guerra, ¿qué haría con esa bella y rica heredera, suponiendo que estuviese en mis dominios?

-Concederla en matrimonio a uno de los ardientes partidarios de Su Majestad que tenga corazón para amar y brazo para protegerla -dijo Dunois.

-*Pasques-dieu* -exclamó el rey-, eres más político de lo que pensaba, dado tu modo de ser.

-No, señor -contestó Dunois-; lo soy todo menos político. He hablado únicamente sin rodeos. Su Majestad debe a la casa de Orleáns, por lo menos, una boda feliz.

-Y la pagaré, conde. *¡Pasques-dieu!,* la pagaré. ¿No ves allá aquella pareja?

El rey señaló al infeliz duque de Orleáns y a la princesa, quienes, no atreviéndose a quedar a una gran distancia del rey ni aparecer ante él separados el uno del otro, cabalgaban juntos, aunque,con un intervalo de dos o tres yardas entre ellos; espacio que, la timidez por una parte y la aversión de otra, les impedía disminuir ni tampoco aumentar.

Dunois miró en la dirección señalada por el rey, y como la situación de este desgraciado pariente y de su predestinada novia le recordaba la de dos perros que, amarrados juntos a la fuerza, permanecen, sin embargo, tan separados entre sí como la

Librodot

amplitud de sus collares se lo permite, no pudo evitar de mover la cabeza, aunque no se aventuró, en ninguna respuesta al tirano hipócrita. Luis pareció adivinar sus pensamientos.

-Será su hogar tranquilo y apacible, sin perturbaciones de niños, según creo[(25)]. Pero éstos no siempre son una bendición.

Quizá fué el recuerdo de su propia ingratitud filial lo que hizo al rey callarse después de hacer la última reflexión y lo que convirtió la sonrisa burlona que se dibujaba en sus labios en algo parecido a una expresión de arrepentimiento. Pero, al instante prosiguió en otro tono:

-Francamente, Dunois; por mucho que respete el santo sacramento del matrimonio -al decir esto se santiguó-, preferiría que la casa de Orleáns me diese soldados valerosos, como tu padre, y tú mismo, que lleváis sangre real sin reclamar sus derechos, a que el país resultase destrozado, como Inglaterra, por guerras suscitadas por la rivalidad de los legítimos candidatos a la corona. El león no debe tener más de un cachorro.

Dunois suspiró y se quedó callado, sabiendo que si contradecía a su arbitrario soberano muy bien podía dañar los intereses de su pariente sin proporcionarle beneficio alguno; no obstante, no pudo evitar el decir al poco rato:

-Ya que Su Majestad ha aludido al nacimiento de mi padre, debo reconocer que, dada la condición de sus padres, bien pudo ser considerado como más feliz siendo hijo de un amor no legalizado que de un odio conyugal.

-Eres un individuo escandaloso, Dunois, al hablar de ese modo de un santo matrimonio -contestó Luis, bromeando-. Pero no es hora de pláticas, pues tenemos el rastro del jabalí. Distribuid los perros. ¡Por San Humberto! ¡Ha! ¡Ha! ¡Tra-la-la-lira-a!

Y el cuerno del rey sonó alegremente a través de los bosques mientras seguía adelante, seguido por dos o tres de sus guardias, entre los que estaba nuestro amigo Quintín Durward. Y es digno de notar que, aun en medio de la persecución más atropellada en el ejercicio de su *sport* favorito, el rey, para satisfacer su temperamento mordaz, encontraba ocasión para divertirse atormentando al cardenal Balue.

Era una de las debilidades de ese hábil hombre de Estado, como en otro lugar hemos indicado, el suponerse capacitado para hacer el papel de cortesano y de hombre galante a pesar de su origen modesto y educación deficiente. Es cierto que no se clasificaba entre los caballeros combatientes, como Becket, o entre los soldados de leva, como Wolsey. Pero su fin perseguido era practicar la galantería con provecho, teniendo asimismo mucha afición por la marcial diversión de la caza. Por muy bien que le fuese con ciertas damas, con las que su poderío, sus riquezas y su influencia de hombre de Estado podían suplir sus deficiencias en modales y presentación, los sanguíneos caballos, que adquiría a cualquier precio, eran completamente insensibles a la dignidad de llevar encima a un cardenal, y no le guardaban mayor respeto que el que hubiesen tenido a su padre, el carretero, molinero o sastre, con quien rivalizaba como jinete. El rey sabía esto, y conteniendo, y excitando alternativamente a su caballo, conseguía llevar al del cardenal, que mantenía junto a sí, en tal estado de rebeldía contra su jinete, que era a todas luces evidente que pronto tendrían que

Librodot

separarse, y entonces, en medio de sus arrancadas, saltos, retrocesos y latigazos, el atormentador real hacía aun más desgraciado al infortunado jinete, preguntándole sobre muchos asuntos de importancia y dejando entrever su propósito de aprovechar aquella oportunidad para participarle algunos de los secretos de Estado que hacía sólo un momento tan ansioso parecía el cardenal de saber(26).

Es difícil imaginarse una situación más apurada que la de un consejero privado que se ve forzado a escuchar y a replicar a su soberano mientras cada nuevo rebote de su ingobernable caballo le coloca en una situación más difícil; su manto violeta, volando suelto en todas direcciones, y sin que nada le garantice de una caída repentina y peligrosa, salvo la profundidad de su silla y su altura por delante y por detrás. Dunois se reía sin freno, mientras el rey, que tenía un modo especial de gozar interiormente sin exteriorizar la risa, echaba en cara suavemente a su ministro su ardiente pasión por la caza, que no le permitía dedicar unos pocos momentos a los asuntos.

-No seré por más tiempo un obstáculo a su carrera -continuó, dirigiéndose al aterrorizado cardenal y soltando al mismo tiempo las riendas de su caballo.

Antes de que Balue pudiese pronunciar una palabra para contestar o excusarse, su caballo, cogiendo el bocado entre los dientes, siguió adelante en irrefrenable galope, dejando bien pronto atrás al rey y a Dunois, que seguían a aire más moderado, gozando con la situación angustiosa del hombre de Estado. Si alguno de nuestros lectores ha sufrido la suerte alguna vez de que se le desmandara el caballo (como a nosotros nos ha sucedido), se percatará, desde luego, del peligro y de lo absurdo de la situación. Esas cuatro extremidades del cuadrúpedo que, faltas del gobierno del jinete, y a veces del mando de la criatura a que pertenecen, vuelan a tal velocidad que parece que las de atrás tratan de adelantar a las de adelante; esas piernas colgantes del bípedo, que estamos deseando ver pisando a salvo la pradera, pero que ahora sólo sirven para aumentar nuestra angustia, oprimiendo los costados del animal; las manos, que han olvidado la brida para agarrarse a la crin; el cuerpo, que en vez de mantenerse erguido sobre el centro de gravedad, como el anciano Angelo acostumbraba a recomendar, o inclinado hacia adelante, como un *jockey* de Newmarket, está tendido más que montado sobre el lomo del animal, con no más probabilidades de salvarse que un saco de grano; todo se combina para hacer un cuadro de lo más cómico que cabe imaginar para los espectadores, por muy poca gracia que le haga al que se exhibe en él. Pero añadid a esto alguna singularidad de traje o presentación por parte de este desgraciado jinete, un manto oficial, un uniforme espléndido u otra cualquiera peculiaridad del ropaje, y poned el lugar de la acción en una carrera de caballos, una revista, una procesión o cualquier otro sitio de público esparcimiento, y si la desdichada persona se escapa de ser objeto de una carcajada general, puede resultar con una o las dos piernas rotas o, lo que sería más sensible, quedarse en el sitio, pues sólo con una de estas alternativas puede su caída producir algo de compasión. En este caso, la corta vestidura talar color violeta que usaba el cardenal para montar (pues había cambiado su hábito largo antes de dejar el castillo), sus medias escarlatas y sombrero del mismo color, con los largos cordones colgando, junto con su amargo desamparo, daban mucho sabor a la exhibición de este jinete poco ducho.

Dueño por completo el caballo de la situación, volaba más que galopaba a lo largo de una sombreada avenida; alcanzó a la jauría en tenaz persecución del jabalí, y

después de derribar a uno o dos monteros, que no esperaban ser atacados por la espalda, y a varios perros y de haber alborotado la caza, animada por los clamores de protesta de los cazadores, llevó al asustado cardenal más allá del formidable animal, que avanzaba en vertiginoso trote, furioso y con los colmillos llenos de espuma. Balue, al verse tan cerca del jabalí, lanzó voces de socorro, las cuales -o quizá la vista del animal- produjeron tal efecto en el caballo, que el noble bruto interrumpió su alocada carrera, dando un salto repentino a un costado, de suerte que el cardenal, que se había mantenido mucho tiempo en la silla porque el movimiento de avance era rectilíneo, cayó pesadamente al suelo. Así terminó la caza, y de Balue cayó en un lugar tan cerca del jabalí, que de no estar el animal en aquel momento muy ocupado en sus propios asuntos, su vecindad podía haber resultado tan fatal para el cardenal como se dice lo fué para Favila, rey de los visigodos, de España. El poderoso purpurado optó por retirarse de la cacería y, arrastrándose como pudo fuera de la pista de perros y cazadores, vió a todos pasar junto a él sin socorrerle, pues los cazadores de aquellos días les daba tan poca pena de esas desgracias como, en cambio, las sienten los de nuestra época.

El rey, al pasar, dijo a Dunois:

-Allá está su eminencia caído y cabizbajo; no es cazador experto, aunque como pescador, cuando hay que pescar un secreto, puede competir con el propio San Pedro. Me parece, sin embargo, que, por esta vez, se ha encontrado con la horma de su zapato.

El cardenal no oyó las palabras; pero la mirada desdeñosa conque fueron acompañadas le indujeron a sospechar su intención. Se dice que el diablo aprovecha todas las ocasiones de tentación como las que ahora proporcionaron las pasiones de Balue, que tan cruelmente fueron burladas por el desdén del rey. El susto momentáneo desapareció tan pronto como se aseguró de que en la caída, no se había hecho daño; pero la vanidad mortificada y el resentimiento contra su soberano subsistieron mucho más tiempo en su ánimo.

Después que todo el mundo había pasado, un caballero, que parecía más bien ser espectador que participante en el *sport*, apareció a caballo con uno o dos acompañantes y se sorprendió no poco de encontrar al cardenal en el suelo, sin caballos ni servidores, y en tal actitud que a todas luces pregonaba la clase de accidente que le hacía estar allí. El desmontarse y ofrecer su ayuda en este apuro, el hacer que uno de sus servidores cediese un caballo sosegado y pacífico para que el cardenal lo montase, el expresar su sorpresa por las costumbres de la corte francesa, que así permitía que sus más preclaros hombres de Estado quedasen abandonados en los peligros de la caza y sin auxilio en sus necesidades, fueron los métodos naturales de ayuda y consuelo que encuentro tan extraño inspiró a Crèvecoeur, pues era el embajador borgoñés quien vino a socorrer al cardenal caído.

Encontró a éste en momento oportuno para ensayar algunas de esas proposiciones en contra de su lealtad, que es bien sabido el cardenal tenía la debilidad de escuchar. Ya por la mañana, según el temperamento celoso de Luis adivinó, había pasado entre ellos más de lo que el cardenal había dicho a su señor. Pero aunque escuchó con oídos gratos los altos elogios que, según Crèvecoeur, el duque de Borgoña hacía de su persona y de su talento, y no dejó de experimentar alguna tentación cuando el conde

insinuó la munificencia de su amo y la prosperidad de Flandes, y sólo el accidente que, como hemos dicho, le hubo irritado extraordinariamente, le resolvió -incitado por su vanidad herida, y en una hora fatal- a demostrar a Luis XI que no hay un enemigo más peligroso que un amigo y confidente ofendido.

En la presente ocasión se apresuró a rogar a Crèvecoeur que se separase de su lado por temor de que fuesen vistos; pero le dió una cita para la noche en la abadía de San Martín, de Tours, después del toque de vísperas, y en el tono de sus palabras comprendió el borgoñés que su señor había logrado una ventaja inesperada debida sólo a un momento de exasperación.

Mientras tanto, Luis, que con ser el príncipe más político de su tiempo, en esta como en otras ocasiones, había dejado que sus pasiones venciesen a su prudencia, proseguía contento la caza del jabalí salvaje, que ahora llegaba a un punto interesante. Sucedió que un jabalí joven había cruzado el rastro del primer jabalí y atraído en su persecución a todos los perros (excepto dos o tres viejos sabuesos) y a la mayoría de los cazadores. El rey vió con alegría que Dunois y los demás seguían la falsa pista, y gozó en secreto con la idea de triunfar sobre ese cumplido caballero en el arte de cazar, que entonces se juzgaba tan glorioso como el de la guerra. Luis llevaba un buen caballo y seguía de cerca a los sabuesos; así es que cuando el jabalí primitivo se volvió al dar con un trozo pantanoso del terreno, sólo había junto a él el rey.

Luis mostró toda la bravura y habilidad de un experto cazador, pues despreciando el peligro, avanzó a caballo hacia el tremendo animal, que se defendía furiosamente contra los perros, y le tiró un golpe con su lanza; pero como el caballo retrocedió ante el jabalí, el golpe no fué tan eficaz como para matarlo o dejarle mal herido. No hubo medio de que el caballo cargase segunda vez, así es que él, desmontándose, avanzó a pie contra el furioso animal, teniendo en la mano una de esas espadas cortas, aplastadas, rectas y puntiagudas que los cazadores usan en tales encuentros. El jabalí abandonó en el acto a los perros para precipitarse sobre su enemigo humano, en tanto que el rey, aguantando a pie firme, presentó la espada con el propósito de clavarla en el cuello del animal o en el pecho, en cuyo caso el peso de la bestia y la impetuosidad de su carrera hubieran servido para acelerar su propia destrucción. Mas, debido a la humedad del piso, resbaló el pie del rey en el momento en que esta delicada y peligrosa maniobra debía realizarse, de suerte que la punta de la espada, tropezando con la coraza de cerdas en el exterior de la paletilla del animal, resbaló sin producir daño, y Luis cayó cuan largo era en el suelo. Esto fué una suerte para el monarca, porque el animal, a causa de la caída del rey, fracasó en su arremetida, y al pasar sólo rozó con su colmillo la casaca corta de cazar del rey en vez de herir su muslo. Pero cuando, después de avanzar un poco, en la furia de su carrera, el jabalí se volvió para repetir su ataque contra el rey en el momento en que se estaba levantando, corrió grave peligro la vida de éste. En este instante crítico, Quintín Durward, que se había retrasado respecto a los demás por la lentitud de marcha de su caballo, pero que, no obstante, había por fortuna distinguido y seguido el sonido del cuerno de caza del rey, avanzó y atravesó al animal con su lanza.

El rey, que por entonces estaba ya de pie, acudió a su vez en auxilio de Durward y cortó el cuello del animal con su espada. Antes de dirigir palabra alguna a Quintín, midió a pies la gigantesca criatura, se limpió a renglón seguido el sudor de la frente y

Librodot

la sangre de su mano, después se quitó su gorro de caza, lo colgó en un arbusto e hizo devotamente sus oraciones a las pequeñas imágenes de plomo que llevaba puestas, y por fin, mirando a Durward, le dijo:

-¿Eres tú, mi joven escocés? Has empezado bien tu servicio, y maese Pedro te debe un agasajo tan bueno como el que te dió allá en la Fleur de Lys. ¿Por qué no hablas? Me parece que has perdido en la Corte tu viveza y decisión, cuando otros encuentran ambas en ella.

Quintín, muchacho astuto, había cogido más temor que sorpresa a su peligroso amo, y no parecía dispuesto a aprovecharse de la familiaridad a la que se le invitaba. Contestó con pocas y bien escogidas palabras que si se atrevía a dirigirse a Su Majestad era sólo para pedirle perdón por el atrevimiento impensado con que se había conducido cuando ignoraba su alto rango.

-¡Calla, hombre! -dijo el rey-. Te perdono tu descaro por tu valentía y astucia. Me sorprendió ver lo poco que te faltó para acertar la ocupación de mi compadre Tristán. Casi has llegado a probar su labor después, por lo que me han dicho. Debes guardarte de él; es un comerciante que trafica en toscos brazaletes y apretados collares. Ayúdame a montar; te he tomado afecto y te haré bien. No busques el favor de nadie, y sí sólo el mío; ni aun el de tu tío o lord Crawford; y no digas nada de tu ayuda oportuna en el incidente del jabalí, pues si un hombre se jacta de haber servido al rey en semejante apuro, quizá sólo encuentre como recompensa su humor jactancioso.

El rey había sonado su cuerno, que atrajo a Dunois y a otros servidores, cuyas enhorabuenas recibió por la matanza de animal tan noble, sin sentir escrúpulos por apropiarse mucho mayor mérito del que en realidad, le correspondía, pues mencionó la ayuda de Durward tan a la ligera como un *sportman* de rango, que, al alabarse por el número de pájaros que lleva en el zurrón, no siempre se detiene en ponderar la presencia y ayuda del guarda del coto. Ordenó después a Dunois que se ocupase de que el cuerpo del jabalí fuese enviado a la hermandad de San Martín, de Tours, para mejorar su comida en los días de fiesta y para que recordasen al rey en sus Oraciones particulares.

-¿Y quién ha visto a su eminencia mi lord cardenal? -dijo el rey-; me parece que fué poca cortesía y poco respeto a la santa Iglesia dejarlo aquí a pie en el bosque.

-Señor -dijo Quintín al ver que todos callaban-, vi al lord cardenal acomodado en un caballo, con el que salió del bosque.

-El cielo cuida de los suyos -replicó el rey-. Seguid hacia el castillo, lores; no cazaremos más esta mañana. Tú, escudero -añadió dirigiéndose a Quintín-, alcánzame mi cuchillo de monte; se ha caído de la vaina junto a aquella cantera. Avanza, Dunois. Te sigo en seguida.

Luis, cuyos menores movimientos eran a menudo realizados con doble fin, logró así una oportunidad para preguntar a Quintín privadamente:

-Mi buen escocés, ¿puedes decirme quién ayudó al cardenal a montar en otro caballo? Algún extranjero, supongo, pues como yo pasé junto a él sin detenerme, me

Librodot

figuro que los cortesanos no se darían seguramente prisa para prestarle tan oportuna ayuda.

-Sólo vi un momento a los que ayudaron a su eminencia, señor -dijo Quintín-; sólo fué una mirada fugaz, pues yo andaba despistado y cabalgaba de prisa para colocarme en mi sitio; pero me parece que fué el embajador de Borgoña y su gente.

-¡Ah! -dijo Luis-. Bien. Francia competirá con ellos.

No sucedió nada más digno de notarse, y el rey, con su séquito, regresó al castillo.

Capítulo X

El centinela

¿Dónde suena
esta música? ¿Es en el aire
o en la tierra?
La Tempestad.

Fuí todo oídos,
Y percibí sonidos que podían crear un alma
En un ser inanimado.
Comus.

Apenas hubo llegado Quintín a su pequeña habitación para hacer los cambios necesarios en su traje, su digno pariente quiso saber todos los detalles de lo que le había ocurrido en la cacería.

El joven, que no dejó de reflexionar que el brazo de su tío era más poderoso probablemente que su inteligencia, tuvo cuidado, en su respuesta, de dejar al rey en posesión completa de la victoria que parecía deseoso apropiarse. La respuesta de Balafré fué una alabanza de cuán mejor se hubiera él portado en circunstancias parecidas, que envolvía una suave censura por el descuido del sobrino en no prestar ayuda al rey cuando se encontraba en peligro inminente. El joven fué prudente al contestar absteniéndose de toda ulterior vindicación de su propia conducta, y sólo alegó que, con arreglo a las normas de la cacería, pensó no procedía entremeterse con la caza perseguida por otro cazador, de no ser requerida especialmente su ayuda. Apenas terminó la discusión, tuvo oportunidad Quintín para felicitarse por guardar alguna reserva con su pariente. Unos golpes suaves en la puerta anunciaron un visitante. Al abrirla, Oliver Dain, o Mauvais, o Diable, pues por todos estos nombres era conocido, penetró en la habitación.

Librodot

Este hombre hábil, pero sin principios, ha sido ya descrito, pero sólo en su aspecto externo. El parecido más acertado para sus movimientos y modales era a los de una gata, la cual, mientras está tendida, dormitando al parecer, no mientras se desliza por la habitación con pasos lentos, cautelosos y tímidos, está ocupada en vigilar el agujero de algún ratón desgraciado, y unas veces se restrega con confianza y cariño manifiesto contra aquellos por quienes desea ser acariciada, y poco después se precipita sobre su presa, o araña, quizá sobre la misma persona a quien antes engatusaba.

Entró con el cuerpo encorvado, con una mirada modesta y humilde, y puso tanta finura en su salutación al *seignior* Balafré, que cualquiera que hubiese estado presente hubiera deducido que venía a pedirle un favor al arquero escocés. Dió la enhorabuena a Lesly por la conducta excelente de su joven pariente en la cacería de aquel día, que, según pudo observar, había hecho que el rey se fijase en él de un modo especial. Aquí se detuvo para obtener una respuesta, y con sus ojos fijos en el suelo, excepto una o dos veces en que los levantó para mirar de través a Quintín, escuchó estas palabras de Balafré. «Que Su Majestad no había sido afortunado en no tenerle a su lado en vez de a su sobrino, pues él, sin titubear, hubiera clavado su lanza en el bruto, asunto que, según comprendía, Quintín había dejado que Su Majestad resolviese por sí solo.»

-Pero será una lección para Su Majestad -dijo- para en otra ocasión dar mejor caballo a hombre de mi talla; pues ¿cómo puede pretenderse que un caballo flamenco de tiro pueda estar a la altura del caballo normando de carrera de Su Majestad?

El maestro Oliver sólo replicó a esta observación lanzando hacia el intrépido y obtuso charlatán una de esas miradas lentas, dudosas, que acompañadas de un ligero movimiento de la mano y de una ligera inclinación de la cabeza hacia un costado, puede ser interpretada, bien como un raudo asentimiento a lo que se ha dicho, o como un ruego indirecto para no insistir en el mismo tema. Fué una mirada más escrutadora, más penetrante, la que dedicó al joven al decirle con sonrisa ambigua:

-¿Es, pues, joven, costumbre de Escocia el consentir que sus príncipes corran peligro por falta de ayuda en casos de apuro como el de hoy?

-Es nuestra costumbre. -contestó Quintín decidido a no dejar vislumbrar nada de lo ocurrido- no molestarles con ayudas en pasatiempos honrosos cuando pueden pasarse sin ellas. Pensamos que un príncipe en una cacería debe correr la suerte de los demás y que asiste a ella con ese fin. ¿Qué sería de las cacerías sin fatigas y sin peligros?

-Ya oye usted al bobo -dijo su tío-; siempre hace igual; tiene una respuesta o una razón siempre dispuesta para todo el mundo. No sé de quién ha aprendido ese modo de ser; yo nunca pude dar una razón de lo que he hecho en mi vida, excepto del comer cuando tengo hambre, o de pasar revista u otros deberes por el estilo.

-Le ruego, digno *seignior* -dijo el barbero real mirándole por debajo de los párpados-, ¿cuál es la razón que da para pasar revista cuando llega el caso?

-La de que el capitán me lo manda -dijo Le Balafré-. Por San Gil, ¡no conozco otra razón! Si él se lo encargase a Tyrie o a Cunningham, harían lo mismo.

Librodot

-¡Una causa final muy militar! -dijo Oliver- Pero, *seignior* Le Balafré, se alegrará usted, sin duda, de saber que Su Majestad está tan lejos de estar disgustado con la conducta de su sobrino, que le ha escogido para desempeñar esta tarde un servicio.

-¿Que *le ha* escogido? -dijo Balafré muy sorprendido-. Me habrá escogido *a mí*. Supongo que es eso lo que quiere dar a entender.

-Quiero decir precisamente lo que digo -replicó el barbero en tono suave pero decidido-; el rey desea encargar a su sobrino una comisión.

-¿Cuál, por qué y por qué causa? -dijo Balafré-. ¿Por qué escoge al muchacho y no a mí?

-No puedo sacarle de dudas, *seignior* Le Balafré; esa es la orden de Su Majestad. Pero -añadió- en el terreno de la conjetura bien pudiera ser que Su Majestad tuviese algo que hacer más propio para un joven, como su sobrino, que para un experimentado guerrero como usted, *seignior* Balafré. Por tanto, joven caballero, coja sus armas y sígame. Traiga consigo su arcabuz, pues ha de hacer guardia de centinela.

-¡Centinela! -dijo el tío-. ¿Está usted seguro de tener razón, maestro Oliver? Las guardias interiores del castillo nunca han sido encomendadas sino a aquellos que, como yo, hemos servido doce años en nuestro honroso Cuerpo.

-Estoy del todo seguro respecto a la voluntad de Su Majestad -dijo Oliver- y no debe haber más dilación en cumplirla.

-Pero -dijo Le Balafré- mi sobrino no es ni siquiera arquero en propiedad, pues sólo es un escudero que sirve bajo mi lanza.

-Perdóneme -contestó Oliver-: el rey envió por el registro no hace más de media hora y lo inscribió como guardia. Tenga la bondad de ayudar a su sobrino a vestirse para que pueda desempeñar su servicio.

Balafré, que no era de fondo malo ni celoso por temperamento, se apresuró a ajustar el uniforme de su sobrino y a darle instrucciones para el desempeño de su comisión; pero fué incapaz de reprimir algunas interjecciones de sorpresa por la suerte que tan pronto distinguía a muchacho tan joven.

-Nunca ha ocurrido un caso parecido en la Guardia escocesa -dijo-, ni aun en mi caso. Pero sin duda su servicio se ceñirá a vigilar los papagayos y pavos reales de la India que el embajador veneciano ha regalado últimamente al rey: no puede ser otra cosa; y ese servicio sólo está indicado para un muchacho barbilampiño (al decir esto se atusó su poblado bigote), por lo que se alegraba que hubiese recaído en su querido sobrino.

De imaginación certera y rápida y de fantasía ardiente, vió Quintín más importante perspectiva en esta llamada a la presencia real, y su corazón latió de prisa con la idea de lograr una rápida distinción. Se decidió a vigilar escrupulosamente los modales y lenguaje de su guía, que sospechaba ser, en algunos casos al menos, de interpretación contradictoria. No podía por menos de felicitarse por haber sabido guardar estricto secreto de los acontecimientos de la caza, y entonces tomó una resolución, que dado

sus pocos años, indicaba mucha prudencia en él, y era la de que mientras respirase el aire de esta misteriosa y apartada Corte mantendría sus pensamientos en perfecta reserva y cuidaría mucho de lo que dijera su lengua.

Pronto resultó equipado, y con su arcabuz al hombro (pues aunque conservaban el nombre de arqueros, la Guardia escocesa substituyó muy pronto su largo arco, en cuyo manejo nadie superó a su nación, por armas de fuego) acompañó al maestro Oliver fuera del cuartel.

Su tío le siguió con la mirada, con rostro en el que la sorpresa se mezclaba con la curiosidad, y aunque ni la envidia ni ninguno de los sentimientos malignos que ésta engendra perturbaban sus tranquilas meditaciones, se daba cuenta con dolor que había disminuído su propia importancia, lo que se mezclaba con el placer que le producía la favorable iniciación de servicio de su sobrino.

Movió pausadamente la cabeza, abrió un armario privado, sacó una gran *bottrine* de vino bien añejo, la sacudió para saber si el contenido era poco o mucho, llenó y bebió una copa grande; después se sentó, medio reclinado, en el gran asiento de roble, y moviendo de nuevo la cabeza con lentitud, recibió tanto beneficio aparente con la oscilación, que, como el juguete llamado mandarín, continuó el movimiento hasta que se quedó dormido, de cuyo sueño fué despertado por la señal para comer.

Cuando Quintín Durward dejó a su tío entregado a estas sublimes meditaciones, siguió a su guía, el maestro Oliver, el cual, sin cruzar por ninguno de los patios principales, le condujo a través de pasajes privados al descubierto, pero principalmente a través de un laberinto de escaleras, bóvedas y galerías, comunicándose entre sí por puertas secretas en sitios inesperados a una ancha y espaciosa galería con celosías, que por su anchura casi podía denominarse *hall*, colgada con tapices más antiguos que bonitos, y con algunos cuadros fríos, de aspecto descolorido, pertenecientes a la primera época de las artes, que precedió a su espléndido resurgir. Estos querían representar los paladines de Carlomagno, que tan distinguido papel hicieron en la historia romántica de Francia, y como la gigantesca figura del célebre Orlando constituía el retrato más sobresaliente, la habitación recibió de él el título de *hall* de Rolando o galería de Rolando[(27)].

-Vigilará usted aquí -dijo Oliver en voz baja, como si los duros contornos de los monarcas y guerreros a su alrededor pudieran ofenderse con la elevación de tono de su voz, o como si hubiese temido despertar los ecos que acechaban entre las bóvedas y molduras góticas del techo de este enorme y tenebroso cuarto.

-¿Cuál es el santo y seña y las órdenes para mi guardia? -preguntó Quintín en el mismo tono apagado.

-¿Está cargado su arcabuz? -preguntó Oliver sin contestar a su pregunta.

-Eso -contestó Quintín- se hace pronto. Y procedió a cargar su arma y a encender la mecha lenta (con la que se descargaba cuando era necesario) en las ascuas de un buen fuego que expiraba en la gigantesca chimenea del *hall*, chimenea que era tan grande que bien podía llamarse gabinete gótico o capilla perteneciente al *hall*.

Una vez realizado esto, Oliver le contó que aún ignoraba que uno de los altos privilegios de su Cuerpo era el de recibir órdenes tan sólo del rey en persona, o del gran condestable de Francia, en vez de sus propios oficiales.

-Queda usted aquí colocado por orden de Su Majestad, joven -añadió Oliver-, y no permanecerá aquí largo tiempo sin saber para qué ha sido citado. Mientras tanto, su paseo será a lo largo de esta galería. Le está permitido quedarse quieto cuando guste, pero por ningún motivo sentarse o abandonar su arma. Tampoco ha de cantar alto ni silbar bajo ningún pretexto; pero puede, si lo desea, rezar algunas de las oraciones de la Iglesia, o lo que quiera que no sea ofensivo, en voz baja. Adiós, y buena guardia.

«¡Buena guardia!», pensó el joven soldado mientras su guía se deslizaba con ese paso silencioso que le era peculiar y desaparecía a través de una puerta lateral detrás de la tapicería. «¡Buena guardia! ¿Pero qué es lo que tengo que vigilar? ¿Pues qué, aparte de ratas o murciélagos, existe aquí contra quien luchar, a no ser que estos espantosos y viejos retratos de personajes se animasen por haberles perturbado mi guardia? Bien, es mi deber y debo realizarlo.»

Con el firme propósito de desempeñar su deber de la mejor manera posible, trató de matar el tiempo con algunos de los piadosos himnos que había aprendido en el convento en el que encontró refugio después de la muerte de su padre, pensando que si no fuese por el cambio del hábito de novicio por el rico uniforme militar que ahora llevaba, su paseo marcial por la real galería de retratos de Francia se parecía mucho a los que habían llegado a aburrirle por los claustros de su reclusión en Aberbrothick.

Ahora, como para convencerse que no pertenecía a la celda, sino al mundo, cantó para sí, pero en tono tal que no excedía del permiso que le habían dado, algunas de las antiguas y rudas baladas que la vieja familia del arpero le había enseñado sobre la derrota de los daneses en Aberlemno y Forres, el asesinato del rey Duffus en Forfar y otros sonetos y canciones melodiosas que pertenecían a la historia de su distante país nativo, y en especial al distrito en que había nacido. En esto gastó mucho tiempo, y eran ya más de las dos cuando Quintín recordó por su apetito que los buenos padres de Aberbrothick, por muy exigentes que fuesen en punto a su asistencia a las horas de rezo, no eran menos puntuales en citarle a las de comer; mientras que aquí, en el interior de un palacio real, después de una mañana empleada en la cacería y una tarde agotada en el deber, nadie se acordaba de que debía estar impaciente por yantar.

Hay, sin embargo, encantos en los sonidos melodiosos que pueden aquietar aun los sentimientos naturales de impaciencia que ahora experimentaba Quintín. En las extremidades opuestas del largo *hall* o galería había dos grandes puertas, adornadas con pesados arquitrabes, y que probablemente daban a dos series diferentes de habitaciones, a las que la galería servía como medio natural de comunicación. El centinela hacía su solitario paseo entre esas dos entradas que formaban el límite de su vigilancia, y en una de sus idas y venidas quedó sorprendido por un sonido musical que pareció surgir de pronto detrás de una de las puertas, y que era una combinación del mismo laúd y voz que le había encantado el día anterior. Todos los sueños de ayer mañana, tan debilitados por las circunstancias varias experimentadas desde entonces, resurgieron con mayor relieve, y situado en el sitio donde con más claridad los percibía, Quintín resultaba, con su arcabuz al hombro, boca medio abierta y ojos,

Librodot

oídos y alma atentos, más bien la imagen de un centinela que uno de carne y hueso, sin más idea que la de captar todos los sonidos que llegasen de tan dulce melodía.

Estos sonidos deliciosos eran oídos a medias: languidecían, se retrasaban, cesaban del todo, y de vez en cuando eran renovados después de ciertos intervalos. Pero aparte de que la música, como la belleza, es a menudo más deliciosa, o por lo menos más interesante a la imaginación, cuando sus encantos están medio velados, y se deja a la imaginación el suplir lo que con la distancia resulta detallado imperfectamente, Quintín tenía asuntos suficientes en que emplear su imaginación durante los intervalos en que cesaba la melodía que le fascinaba. No dudaba, por los informes dados por los camaradas de su tío y la escena que había ocurrido aquella mañana en el salón de recepciones, que la sirena que así deleitaba su oído no era, como equivocadamente había supuesto, la hija o parienta de un modesto *cabaretier,* sino la propia infeliz condesa disfrazada por cuya causa reyes y príncipes estaban ahora a punto de sacar a relucir armaduras y lanzas. Fantasías variadas, cuales la juventud romántica y venturosa está dispuesta a alimentar en esa edad de ilusiones y dicha, embargaban su ánimo, cuando de pronto, y bruscamente, resultaron desvanecidas al notar que asían su arcabuz y que una voz bronca le decía junto al oído:

-*Pasques-dieu,* señor escudero; me parece que hace su guardia con sueño.

La voz tenía el mismo tono irónico de la de maese Pedro; y Quintín, que en seguida volvió a la realidad, se percató con miedo y vergüenza que en su arrobamiento había permitido que el rey, que entraría probablemente por alguna puerta secreta, y luego avanzaría con cautela junto a la pared o detrás de los tapices, se le aproximase tanto que pudo casi desarmarlo.

El primer impulso de su sorpresa fué libertar su arcabuz con un violento esfuerzo, que hizo al rey tambalearse hacia atrás. Su siguiente preocupación fué que, al obedecer al instinto animal, como podríamos decir, que inclina a un hombre a resistir cualquier intento de desarmarle, había empeorado, con una lucha personal con el rey, el disgusto producido por la negligencia con que había realizado su obligación; y bajo esta impresión recuperó su arcabuz sin darse apenas cuenta de lo que hacía, y colocándoselo de nuevo sobre el hombro, permaneció sin moverse delante del monarca, de quien tenía razón para inferir que le había ofendido mortalmente.

Luis, cuya disposición tiránica estaba menos cimentada en ferocidad natural o en crueldad de carácter que en política fría y sospechas celosas, poseía, sin embargo, algo de aquella cáustica severidad que era causa de que resultase a veces despótico en la conversación privada, y de que pareciese siempre gozar con la pena que infligía en ocasiones como la presente. Pero no exageró su triunfo y se contentó con decir:

-Tu servicio de esta mañana ha pagado con creces alguna negligencia en soldado tan joven. ¿Has comido?

Quintín, que más bien esperaba ser enviado al capitán-preboste que recibir semejante cumplido, contestó negativamente.

-Pobre muchacho -dijo Luis en tono más suave del que acostumbraba-, el hambre le ha dado sueño. Sé que tu apetito es el de un lobo -continuó-, y te libraré de una

bestia salvaje lo mismo que tú me libraste a mí de otra; has sido demasiado prudente en ese particular, y te lo agradezco. ¿Puedes aún aguantar otra hora sin alimento?

-Veinticuatro, señor -replicó Durward-, o no sería escocés legítimo.

-Ni por otro reino actuaría yo del pastel que te correspondiese después de esta vigilia -dijo el rey-; pero la cuestión de que ahora se trata no es de tu comida, sino de la mía. Admito a mi mesa hoy, y en toda confianza, al cardenal Balue y al borgoñés, el conde de Crèvecoeur, y algo puede ocurrir -el diablo está más ocupado cuando los enemigos se reúnen durante una tregua.

Se detuvo y permaneció silencioso, con una mirada profunda y melancólica. Como el rey no tuviese prisa para proseguir, Quintín se aventuró por fin a preguntar cuál era su obligación en estas circunstancias.

-El hacer la guardia en el *buffet* con tu arma cargada -dijo Luis-; y si hubiese traición, matar de un tiro al traidor.

-¡Traición, señor! ¡Y en este castillo tan vigilado! -exclamó Durward.

-Lo juzgas imposible -dijo el rey, sin parecer ofendido por su franqueza-; pero nuestra historia ha demostrado que la traición puede albergarse en un agujero. ¡Excluída la traición porque hay guardias! ¡Oh, muchacho inocente! -*quis custodiat ipsos custodes*-. ¿Quién excluiría la traición de los propios guardianes?

-Su honor escocés -contestó Durward atrevidamente.

-Es verdad; tienes mucha razón, me agradas -dijo el rey, satisfecho-; el honor escocés fué siempre verdad, y por eso confié en él. ¡Pero la traición!

Al decir esto volvió a caer en su anterior humor melancólico y atravesó la habitación con pasos desiguales.

-Se sienta en nuestras fiestas, brilla en nuestras copas, lleva la barba de nuestros consejeros, la sonrisa de nuestros cortesanos, la sonrisa fatua de nuestros bufones; sobre todo, está oculta en el aire amistoso de un enemigo reconciliado. Luis de Orleáns confió en Juan de Borgoña: fué asesinado en la rue Barbette. Juan de Borgoña confió en la facción de Orleáns: fué asesinado en el puente de Montereau. No me fiaré de nadie, de nadie. Escucha: no perderé de vista a ese insolente conde, y tampoco al clérigo, de quien no confío mucho. Si digo: *Ecosse, en avant* [(28)], dispara contra Crèvecoeur para dejarle en el sitio.

-Es mi deber -dijo Quintín- si la vida de Su Majestad corre peligro.

-Seguramente, no quiero decir otra cosa -dijo el rey-, ¿qué iba a ganar con matar a ese insolente soldado? Si fuese el condestable Saint Paul...

Aquí se calló, como si reflexionase que había dicho alguna palabra más de la debida, aunque en seguida prosiguió, riendo:

-Ahí está mi cuñado Jaime de Escocia -vuestro Jaime, Quintín-, que apuñaló a Douglas, que estaba de visita, dentro de su propio castillo real de Skirling.

-De Stirling -dijo Quintín-, si Su Majestad me lo permite. Fué una hazaña que trajo muy poco bien.

-¿Llamáis Stirling al castillo? -dijo el rey sin hacer caso de la última parte de la conversación de Quintín-. Bien, que sea Stirling; el nombre no hace al caso. Pero yo no proyecto mal ninguno contra estos hombres, ninguno. No me serviría de nada. Quizá ellos no tengan las mismas buenas intenciones respecto a mí. Confío en tu arcabuz.

-Estaré preparado para la señal -dijo Quintín-; pero...

-Dudas -dijo el rey-. Habla, te doy permiso. Tal como eres, tus insinuaciones son bien valiosas.

-Sólo tenía intención de decir -replicó Quintín- que ya que Su Majestad parece dudar de este borgoñés, me maravilla que consienta se aproxime tanto a su persona, y, además, en privado.

-Estate tranquilo, escudero -dijo el rey-. Hay algunos peligros que, cuando se les hace frente, desaparecen, y los cuales, en cambio, cuando existe un evidente temor de ellos, que se exterioriza, se hacen ciertos e inevitables. Cuando me adelanto atrevidamente al encuentro de un fiero mastín, y le acaricio, hay diez probabilidades contra una que logre amansarlo; si le demuestro tener miedo, se precipitará sobre mí y me destrozará. No puedo ser más franco contigo. Me interesa mucho que este hombre no regrese junto a su señor con humor resentido. Claro que con ello me arriesgo. Nunca he retrocedido de exponer mi vida por el bien del reino. Sígueme.

Luis condujo a su joven guardia, a quien parecía haber tomado un afecto especial, a través de la misma puerta lateral por la que había entrado, diciéndole al tiempo que se la enseñaba:

-El que quiera prosperar en la Corte debe conocer todos los portillos privados y escaleras ocultas, ay, y las trampas del palacio, así como las entradas principales.

Después de varias revueltas y pasadizos entró el rey en una pequeña habitación abovedada, donde había una mesa preparada con tres cubiertos. Todo el decorado y mobiliario de la habitación era tan sencillo, que casi resultaba mezquino. Un *buffet* o armario plegadizo y movible tenía unas cuantas piezas de vajilla de oro y plata, y era el único artículo en la cámara que tenía apariencia de realeza. Detrás de este armario, y completamente oculto por él, estaba el puesto que Luis asignó a Quintín Durward; y después de haberse asegurado, marchando a diferentes sitios de la habitación, que resultaba invisible desde todos los sitios, le dió su última recomendación:

-Recuerda las palabras: *Ecosse, en avant;* y en seguida que las pronuncie echa abajo la pantalla; no te preocupes de las copas y vasos, y apunta bien a Crèvecoeur. Si te falla el tiro, arremete con él, y usa el cuchillo. Oliver y yo nos bastamos para el cardenal.

Después de dicho esto, silbó de recio para que acudiese a la habitación Oliver, que era *premiervalet* del rey, así como barbero, y que en realidad desempeñaba todos los oficios que tenían inmediata conexión con la persona del monarca, el cual apareció

ahora en compañía de dos hombres de edad, que eran los únicos criados que iban a servir la mesa. Tan pronto como el rey se sentó en su puesto, fueron admitidos los visitantes, y Quintín, aunque no era visto, estaba situado de modo que veía todos los detalles de la entrevista.

El rey acogió a sus huéspedes con un grado de cordialidad que Quintín tuvo gran dificultad en poder reconciliar con las instrucciones que acababan de darle y el fin para el que estaba de pie detrás del *buffet* con su mortífera arma preparada. No sólo aparecía Luis totalmente desprovisto de ningún género de aprensiones, sino que se hubiera supuesto que esos visitantes a quienes hacía el alto honor de admitir en su mesa eran personas en quienes tenía confianza absoluta y a quienes deseaba honrar de buena gana. Su conducta era a un tiempo digna y cortés. Mientras todo a su alrededor, incluso su propio traje, estaba por debajo del esplendor que los pequeños príncipes del reino desplegaban en sus fiestas, su lenguaje y sus modales eran los de un soberano poderoso en su mejor buen humor. Quintín llegó a imaginarse o que toda su anterior conversación con Luis había sido un sueño, o que la conducta sumisa del cardenal y el comportamiento franco, noble y gallardo del noble borgoñés habían disipado del todo la sospecha del rey.

Pero mientras los invitados, obedeciendo al rey, se instalaban en la mesa, Su Majestad les lanzó una penetrante mirada, y en seguida dirigió sus ojos al puesto de Quintín. Esto fué obra de un instante; pero la mirada encerraba tanta duda y odio contra sus huéspedes, tal perentoria indicación a Quintín para que extremase su vigilancia y estuviese rápido en la actuación, que no hubo lugar a duda para creer que los sentimientos de Luis continuaban inalterables y sus aprensiones en pie. Por eso se asombró más del profundo disimulo conque el rey podía ocultar los movimientos de su ánimo celoso.

Aparentando haber olvidado del todo el lenguaje que Crèvecoeur le había tenido enfrente de su Corte, el rey hablaba con él de los tiempos antiguos, de hechos ocurridos durante su propio destierro en los territorios de Borgoña, e hizo preguntas respecto a todos los nobles a quienes había tratado, como si ese período hubiese sido el más feliz de su vida, y como si hubiese conservado hacia todo lo que había contribuído a suavizar las condiciones de su destierro los sentimientos más amables y más agradecidos.

-A un embajador de otra nación -dijo- le hubiera recibido con más solemnidad; pero a un antiguo amigo, que a menudo fué mi huésped en el castillo de Genappes[(29)], deseaba mostrarme como más me gusta vivir, como el antiguo Luis de Valois, tan sencillo y natural como cualquiera de sus *badauds* parisinos. Pero he dispuesto que sirvan un banquete en su honor mejor de lo ordinario, señor conde, pues conozco su proverbio borgoñés: *Mieux vault bon repas que bel habit.* Nuestro vino, como usted sabe bien, es motivo de antigua emulación entre Francia y Borgoña, que ahora trataremos de reconciliar, pues yo brindaré por usted con borgoña, y vos, señor conde, brindaréis a mi favor con champaña. Oliver, sírveme una copa de *vin d'Auxerre.*

Y tarareó alegremente una canción bien conocida:

Auxerre est la boisson des Rois.

-Señor conde, bebo a la salud del noble duque de Borgoña, mi amable y querido primo. Oliver, vuelve a llenar aquella copa de oro con *vin de Rheims* y entrégala de rodillas al conde: representa a mi amado hermano. Mi lord cardenal, yo mismo llenaré vuestra copa.

-Ya la ha llenado, señor, hasta rebosar -dijo el cardenal con el rostro sumiso de un favorito hacia su indulgente amo.

-Porque sé que su eminencia puede sostenerla con mano firme -dijo Luis-. ¿Pero qué partido toma en esta gran controversia: Sillery o Auxerre, Francia o Borgoña?

-Permaneceré neutral, señor -dijo el cardenal-, y volveré a llenar mi copa de Auvernat.

-Un neutral tiene que sostener un papel desairado -dijo el rey; pero como observase que se alteraba algo el color de la cara del cardenal, cambió de tema, y añadió-: Pero vos preferís el Auvernat, porque vino tan noble no soporta el agua. Usted, señor conde, duda en vaciar su copa. Espero que no habrá encontrado ninguna amargura nacional en su fondo.

-Me gustaría, señor -dijo el conde de Crèvecoeur-, que todas las rencillas nacionales pudiesen terminarse tan felizmente como la rivalidad entre nuestras viñas.

-Con el tiempo, señor conde -contestó el rey-, con el tiempo, con tanto tiempo como el que se ha tomado para beberse su champagne. Y ahora que se ha bebido su copa, hónreme aceptándola para usted y conservándola como prenda de mi estimación. No es una copa cualquiera. Perteneció antiguamente a aquel terror de Francia, Enrique V de Inglaterra, y fué tomada cuando se redujo a Rouen y fueron expulsados de la Normandía aquellos isleños por los ejércitos reunidos de Francia y Borgoña. A nadie mejor se puede regalar que a un noble y valiente borgoñés, que sabe bien que de la unión de estas dos naciones depende la continuación de la libertad del continente del yugo inglés.

El conde dió una respuesta adecuada y Luis dió rienda suelta a la alegría satírica que a veces animaba los matices más obscuros de su carácter. Llevando, como era natural, la conversación, sus observaciones, siempre cáusticas y solapadas, y a menudo, como ahora, ingeniosas, rara vez eran afables, y las anécdotas con que las ilustraba solían ser con frecuencia más chistosas que delicadas; pero ni en una sola palabra, sílaba o letra traicionaba el estado de espíritu de uno que, temeroso de ser asesinado, tiene en su habitación un soldado armado, con su arcabuz cargado y orden de prevenir o anticiparse a un ataque a su persona.

El conde de Crèvecoeur se entregó de lleno al buen humor del rey, mientras el adulador cardenal reía de todos los chistes y alentaba toda idea jocosa, sin mostrarse avergonzado por ninguna de las expresiones que hacían enrojecer al rústico joven escocés aun en su escondite[(30)]. Al cabo de hora y media se concluyó la comida, y el rey, despidiéndose cortésmente de sus invitados, dió la señal de que su deseo era estar solo.

Tan pronto como todos, incluso Oliver, se hubieron retirado, el rey llamó a Quintín, pero con una voz tan débil que el joven apenas podía creer que fuese la

Librodot

misma que hacía unos momentos había sostenido la animación de la charla con tanto éxito. Al aproximarse observó un cambio parecido en su rostro. El destello de la supuesta vivacidad había abandonado los ojos del rey, la sonrisa faltaba en su cara y mostraba toda la fatiga de un actor de fama cuando ha terminado la agotadora representación de un papel favorito, en el que, mientras permaneció en la escena, desplegó la máxima vivacidad.

-Tu guardia aun no ha concluido -dijo a Quintín-. Aliméntate pronto; aquella mesa te ofrece la ocasión; te instruiré después en tu deber posterior. Mientras tanto, a nada conduciría una conversación entre un hombre repleto y uno en ayunas.

Se retrepó en su asiento, se cubrió la frente con la mano y permaneció silencioso.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Tomo II

Capítulo XI

El «hall» de Rolando

Los pintores
muestran ciego a Cupido. ¿Tiene ojos Hymen?
¿O está su vista alterada por esos
anteojos
Que padres, guardianes y consejeros le
prestan,
Para que a través de ellos mire las
tierras y mansiones,
Las joyas, oro y las demás riquezas,
Y vea diez veces aumentado su valor?
Las desgracias de un casamiento forzado.

Luis XI de Francia, aunque el soberano europeo más amante y más celoso del poder, sólo deseaba el goce substancial del mismo; y si bien conocía perfectamente, y a veces exigía con escrupulosidad el ceremonial debido a su rango, era, por lo general, muy despreocupado en materia de exhibiciones.

En un príncipe de cualidades morales más sanas, la familiaridad, con que invitaba a sus súbditos a su mesa, y a veces se sentaba en la de ellos, podía haber sido muy popular, y a pesar de su modo de ser, la sencillez de costumbres del rey atenuaba mucho de sus vicios ante aquella clase de súbditos que no estaban particularmente

Librodot

expuestos a las consecuencias de sus sospechas y celos. El *tiers état*, o comunes de Francia, que lograron mayor opulencia e importancia bajo el reinado de este sagaz príncipe, respetaron su persona, aunque no le amaban, y fué apoyándose en ellos como consiguió defenderse del odio de los nobles, que creían ver disminuído el honor de la corona francesa y obscurecidos los espléndidos privilegios de ellos mismos con ese desprecio de su rango que mostraba con los ciudadanos y comunes.

Con paciencia, que la mayoría de otros príncipes hubieran considerado degradante, y no sin cierto grado de diversión, esperó el monarca de Francia hasta que su guardia hubo satisfecho su gran apetito juvenil. Debe suponerse, sin embargo, que Quintín tuvo demasiado sentido y prudencia para poner a prueba demasiado larga o tediosa su real paciencia, y en el fondo estaba deseando concluir su comida lo antes posible.

-Veo en tus ojos -dijo Luis de buen humor- que tu valor no está abatido. ¡Adelante, Dios y San Denis, carga de nuevo! Te digo que la comida y la misa -santiguándose- nunca son obstáculo para un buen cristiano. Toma una copa de vino; pero no olvides ser cauteloso con la botella. Es el vicio de tus paisanos, así como de los ingleses, que, aparte de eso, son los soldados mejores que usan armadura. Y ahora bebe de prisa, no olvides tu *benedicite* y sígueme.

Quintín obedeció, y conducido por un camino diferente, pero tan enrevesado como el de la ida, siguió a Luis XI al *hall* de Rolando.

-Fíjate -le dijo el rey imperativamente-, que nunca has abandonado tu puesto; que sea esa tu contestación a tu pariente y camaradas; y para refrescar tu memoria te doy esta cadena de oro -poniendo en su brazo una de valor considerable-. Y si cadenas como ésta no sujetan las lenguas para que no hablen demasiado, mi compadre L'Hermite tiene un amuleto para la garganta que nunca falla para realizar cierta cura. Y ahora, escucha. Nadie, excepto Oliver o yo, entra aquí esta tarde; pero vendrán señoras, quizá de una extremidad del *hall*, quizá del otro, quizá una de cada uno. Puedes contestar si se dirigen a ti; pero como estás de servicio, tu contestación debe ser breve. Pero escucha lo qua ellas digan. Tus oídos, como tus manos, son míos; te he comprado en cuerpo y alma. Por consiguiente, si escuchas algo de su conversación debes retenerla en la memoria hasta que me la comuniques, y después olvidarla. Y ahora que lo pienso mejor, puedes aparentar ser un recluta escocés que acaba de llegar de sus montañas y aun no conoce nuestro idioma. ¡Bien! Así, si te hablan, no contestarás; esto te librará de apuros y les animará a hablar sin preocuparse de tu presencia. Ya me comprendes. Adiós. Ten cuidado, y ya sabes dónde tienes un amigo.

Apenas había el rey pronunciado estas palabras cuando desapareció detrás de la tapicería, dejando a Quintín a solas para meditar en lo que había visto y oído. El joven estaba en una de esas situaciones en las que resulta más agradable mirar hacia adelante que hacia atrás, pues la reflexión en que había sido colocado, como tirador en una espesura que vigila un ciervo, para quitar la vida al noble conde de Crèvecoeur, no era en sí muy halagadora. Era verdad que las medidas del rey parecían ser en esta ocasión meramente de precaución y defensivas; pero el joven ignoraba si en lo sucesivo podía ser comisionado para una operación ofensiva del mismo género. Esto sería un asunto desagradable, ya que era evidente, dado el carácter de su amo, que habría peligro de la vida en rehusar, mientras su honor le decía que había desgracia en acceder. Desvió sus pensamientos de este asunto, con el prudente consuelo, tan a menudo adoptado por la

juventud cuando ve en ciernes peligros, de que bastaba pensar en lo que había de hacerse cuando llegase la ocasión, y que ya era suficiente haber salido con bien del día de hoy.

Quintín sacó mejor provecho de esta reflexión sedante, cuanto que los últimos mandatos del rey le habían sugerido ideas más agradables en qué pensar que en sus propias cosas. La dama del laúd era seguramente una de aquellas a las que tenía que dedicar su atención, y de buena gana hizo intención de obedecer parte del mandato del rey y escuchar con diligencia cada palabra que saliese de sus labios con el fin de saber si el encanto de su conversación igualaba a la de su música. Pero, con la misma sinceridad se juró a sí mismo que nada de su conversación sería repetido por él al rey por poder traer consecuencias poco agradables para la bella dama.

En el ínterin, no había temor de que se durmiese de nuevo en su puesto. Cada soplo de aire que pasaba a través de la enrejada ventana y movía la vieja tapicería le hacía creer en la aproximación del bello objeto de sus esperanzas. Sentía, en suma, toda esa misteriosa ansiedad y esperanza anhelosa que es siempre compañera del amor y muchas veces tiene una considerable participación para acrecentarlo.

Por fin, una puerta crujió (pues las puertas, aun de los palacios, no giraban sobre sus goznes en el siglo XV con tan poco ruido como las nuestras); mas, ¡ay!, no fué en aquel extremo del *hall* en el que se había oído el laúd. Se abrió, no obstante, y entró una figura femenina seguida de otras dos, a las que por señas indicó que se quedasen fuera mientras que ella avanzaba por el *hall.* Por su manera de andar, imperfecto y desigual, que mostró en desventaja suya mientras atravesaba esta larga galería, Quintín reconoció, desde luego, a la princesa Juana, y con el respeto que convenía a su situación se mantuvo en una actitud adecuada de vigilancia silenciosa e inclinó su arma ante ella en el momento de pasar ésta. La princesa correspondió a la cortesía con una graciosa inclinación de cabeza, y él tuvo ocasión entonces de ver su cara más despacio que por la mañana.

Poco había en las facciones de esta desventurada princesa que atenuase la deformidad de su figura y su cojera. La cara no era en sí desagradable, aunque careciese de belleza, y había una dulce expresión de paciencia dolorosa en sus grandes ojos azules, que ordinariamente estaban fijos en el suelo. Pero aparte de que su tez era en extremo pálida, su piel tenía ese tinte descolorido amarillento que ordinariamente es signo de mala salud, y aunque sus dientes eran blancos y regulares, sus labios eran delgados y pálidos. La princesa tenía abundancia de pelo rubio, pero tan ligeramente coloreado que casi era de tono azulino, y su doncella, que consideraba la profusión de trenzas de su ama como un signo de belleza, no había mejorado las cosas al disponerlas en bucles alrededor de su cara pálida, a la que comunicaba una expresión casi cadavérica y sobrenatural. Para empeorar las cosas había escogido un vestido de seda verde pálido, que le daba en conjunto una apariencia espantosa y aun espectral.

Mientras Quintín seguía a esta singular aparición con ojos en los que la curiosidad se mezclaba con la compasión, pues cada actitud y movimiento de la princesa atraían este último sentimiento, dos damas entraron por el otro extremo de la habitación.

Una de éstas era la joven que, por indicación de Luis, le había servido a él la fruta en su memorable almuerzo en la Fleur de Lys. Investida ahora con toda la misteriosa

dignidad correspondiente a la ninfa del velo y el laúd, y demostrado, además (por lo menos a juicio de Quintín), que era la heredera de alcurnia de un rico condado, su belleza le hizo mucha más impresión que la que recibió cuando la consideraba como la hija de un mezquino posadero que atendía a un viejo vecino, rico y de buen humor. Ahora le sorprendía qué fascinación podía haberle ocultado su verdadero carácter. Sin embargo, su traje era tan sencillo como antes, consistente en un vestido de riguroso luto, sin ningún adorno. Su tocado se reducía a un velo de crespón que estaba del todo echado hacia atrás, con lo que quedaba su cara al descubierto, y era sólo el conocimiento que actualmente poseía Quintín de su verdadero rango, lo que le daba ante sus ojos nueva elegancia a su bonita figura, una dignidad a su marcha, que antes había pasado desapercibida, y a sus correctas, facciones, brillante tez y ojos vivos un aire de nobleza visible que realzaba su belleza.

Aunque le hubiesen castigado con la muerte, Durward no podía menos de rendir a esta belleza y a su compañera el mismo homenaje que acababa de hacer a la realeza de la princesa. Lo recibieron como personas que están acostumbradas a la deferencia de sus inferiores, y correspondieron a él con cortesía; pero él pensó, quizá fuese ilusión juvenil, que la dama joven se ruborizó ligeramente, conservó sus ojos fijos en el suelo y pareció un poco embarazada, aunque en grado imperceptible, cuando devolvió su saludo militar. Esto podía haber sido debido al recuerdo del audaz extranjero en la vecina torrecilla de la Fleur de Lys; pero, ¿demostraba disgusto esta inquietud? No tenía medios para dilucidar esta cuestión.

La compañera de la joven condesa, vestida, como ella, muy sencilla y también de luto, riguroso, estaba en esa edad en la que las mujeres se agarran más tenazmente a una reputación de belleza que viene disminuyendo desde hace años. Aun tenía rasgos que demostraban cuál había sido en otra época el poder de sus encantos, y recordando sus pasados triunfos, era evidente, por su aire, que no había abandonado sus pretensiones de conquistas futuras. Era alta y agraciada, aunque algo altanera en su aire, y correspondió al saludo de Quintín con una sonrisa de graciosa condescendencia, diciendo al momento algo, al oído de su compañera, que se volvió hacia el soldado como obedeciendo a alguna indicación de la señora de edad, pero sin levantar, no obstante, sus ojos. Quintín llegó a sospechar que la observación hecha a la joven se refería a su propio buen empaque, y le complació (no sé por qué) la idea de que ella no se decidiese a mirarle para comprobar con sus ojos la verdad de la observación. Quizá pensase que comenzaba a existir entre ambos una especie de misteriosa aproximación que daba realce al detalle más insignificante.

Esta reflexión fué momentánea, pues toda su atención se concentró en el encuentro de la princesa Juana con estas damas forasteras. Esta permaneció quieta a su entrada para recibirlas, consciente quizá de que la marcha no le favorecía, y como apareciese algo desconcertada para recibir y corresponder a sus cumplidos, la forastera de mayor edad, ignorante de la categoría de la persona a quien se dirigía, devolvió su saludo de modo que más bien parecía que confería y no recibía un honor con la entrevista.

-Me regocija, señora -dijo con una sonrisa que aparentaba expresar condescendencia-, que nos sea, por fin, permitida la sociedad de una persona tan respetable de nuestro sexo como aparenta usted ser. Debo decir que mi sobrina y yo tenemos poco que agradecer a la hospitalidad del rey Luis. Sobrina, no me tires de la

Librodot

manga; estoy segura de leer en las miradas de esta joven dama simpatía por nuestra situación. Desde que vinimos aquí, señora, hemos sido tratadas casi como prisioneras, y después de mil invitaciones para colocar nuestra causa y nuestras personas bajo la protección de Francia, el cristianísimo rey nos ha proporcionado, primeramente, una modesta posada para nuestra residencia, y ahora un rincón de este carcomido palacio, del cual sólo nos es permitido salir después de la puesta del sol, como si fuéramos murciélagos o mochuelos, cuya aparición a la luz del sol es considerada de mal agüero.

-Siento -dijo la princesa tartamudeando en vista de la dificultad peliaguda de la conversación- que hayamos sido incapaces hasta ahora de recibirles según sus merecimientos. Su sobrina espero que estará más satisfecha.

-Mucho, mucho más de lo que pueda expresar -contestó la joven condesa- Buscaba seguridad, y he encontrado además soledad y sigilo. La reclusión en nuestra anterior residencia y la soledad aun mayor de la que ahora nos han asignado aumenta a mis ojos el favor que el rey otorga a unas infortunadas fugitivas.

-Silencio, sobrina tonta -dijo la señora mayor-, y hablemos conforme a nuestra conciencia, ya que, al menos, nos encontramos solas con personas de nuestro sexo; digo solas, porque ese hermoso joven soldado es una mera estatua, ya que no parece hacer uso de sus piernas, y tengo entendido que le falta el de la lengua, por lo menos en lenguaje civilizado; digo que, puesto sólo esta dama puede entendernos, debo confesar que no hay nada que haya sentido más que el haber emprendido este viaje a Francia. Esperaba una recepción espléndida, torneos, *carrousels*, espectáculos al aire libre, festivales, y en vez de esto, ¡sólo hemos encontrado reclusión y obscuridad!, y la mejor compañía que nos proporcionó el rey fué la de un bohemio vagabundo, por cuyo intermedio nos puso en correspondencia con nuestros amigos de Flandes. Quizá -dijo la dama- sea su intención política enjaularnos aquí de por vida, para poderse apoderar de nuestros bienes después de la extinción de la antigua casa de Croye. El duque de Borgoña no era tan cruel; ofreció a mi sobrina un marido, aunque malo.

-Hubiese preferido el velo de novicia a un marido perverso -dijo la princesa, encontrando difícilmente una oportunidad para meter baza.

-Por lo menos, una desearía poder escoger, señora -replicó la voluble dama-. Dios sabe que sólo hablo por mi sobrina, pues respecto a mí, hace tiempo que no me hago ilusiones de variar de estado. La veo sonreír, pero le aseguro que es verdad; sin embargo, eso no es excusa para el rey, cuya conducta, así como su persona, tiene más semejanza con la del viejo Michaud, el cambiante de dinero de Gante, que con la de un sucesor de Carlomagno.

-¡Alto! -dijo la princesa con alguna aspereza en el tono de su voz-. Recuerde que habla de mi padre.

-¡De su padre! -replicó la borgoñesa, sorprendida.

-¡De mi padre! -repitió la princesa con dignidad- Soy Juana de Francia. Pero no tema, señora -continuó en el acento dulce que le era natural-; no tenía usted intención de ofender, y no me doy por ofendida. Interpondré mi influencia para hacer que su

destierro y el de esta interesante joven sea más soportable. ¡Ay!, pero poco es lo que puedo, aunque ofrecido de buena gana.

Profunda y sumisa fué la reverencia con que la condesa Hameline de Croye, que así se llamaba la señora de edad, recibió el amable ofrecimiento de la protección de la princesa. Había vivido mucho tiempo en las Cortes, conocía a fondo las costumbres que en ellas se adquirían y mantenía con firmeza las reglas admitidas por los cortesanos de todas las épocas, las que, aunque en su conversación privada usual comentaban los vicios y locuras de sus amos, nunca consentían que tales comentarios se les escapase en presencia del soberano o de los miembros de su familia. La dama resultó escandalizada hasta más no poder con la equivocación que le había inducido a hablar con tan poco decoro en presencia de la hija de Luis. Hubiera agotado sus excusas y la manifestación de sus sentimientos si no la hubiese callado y tranquilizado la princesa con sus ruegos gentiles, los cuales, al provenir de una hija de Francia, tenían el carácter de un mandato para que no dijese nada más por vía de excusa o explicación.

La princesa Juana tomó entonces asiento con una dignidad que le era muy adecuada y obligó a las dos forasteras a sentarse, una a cada lado, a lo que la joven accedió con timidez sincera y respetuosa, y la dama de más edad con una afectación de profunda humildad y deferencia, que era fingida. Hablaron juntas; pero en tono tan bajo, que el centinela no pudo oír la conversación, y sólo observó que la princesa parecía conceder atención preferente a la más joven o interesante de las damas, y que la condesa Hameline,aunque hablaba mucho más, atraía mucho menos su curiosidad con su charla abundante y sus cumplimientos que su parienta con sus breves y modestas contestaciones a lo que se le preguntaba.

La conversación de las damas no había durado más de un cuarto de hora cuando la puerta del extremo contrario del *hall* se abrió y penetró un hombro cubierto por un redingote. Teniendo presente el mandato del rey y resuelto a no ser sorprendido por segunda vez dormitando, Quintín se adelantó hacia el intruso, e interponiéndose entre él y las damas, le rogó se retirase en el acto.

-¿Por orden de quién? -preguntó el individuo en tono de sorpresa desdeñosa.

-Por la del rey -dijo Quintín con firmeza-, pues estoy colocado aquí por mandato suyo.

-Eso no rezará contra Luis de Orleáns -dijo el duque dejando caer su redingote.

El joven dudó un momento; pero, ¿cómo insistir contra el primer príncipe de sangre real, que había de aliarse, según la voz general, con la propia familia del rey?

-Su alteza -dijo- está demasiado alto para que pueda contrariar su deseo. Confío en que su alteza afirmará haber yo cumplido con mi deber en mi puesto de centinela hasta donde se me ha permitido.

-Está bien; no tendrá de qué arrepentirse, joven soldado -dijo Orleáns.

Y pasando adelante presentó sus respetos a la princesa con ese aire de coacción que siempre aparecía en su galantería cuando se dirigía a ella.

-He estado comiendo con Dunois -dijo-, y enterado de que había gente en la galería de Rolando me he tomado la libertad de sumarme a los presentes.

El color que remontó a los pálidos carrillos de la desgraciada Juana, y que por un momento puso algo de belleza en sus facciones, demostró que este aumento de las personas reunidas no le era indiferente. Se apresuró a presentar al príncipe a las dos damas de Croye, que le acogieron con el respeto debido a su rango eminente, y la princesa, señalando una silla, le rogó que tomase parte en la conversación general.

El duque rehusó el tomar un asiento en tal compañía; pero cogiendo un almohadón de uno de los divanes lo puso a los pies de la linda condesa de Croye y se sentó de modo que, sin aparecer que despreciaba a la princesa, podía dedicar la mayor parte de su atención a su adorable vecina.

Al principio parecía como si esta colocación más bien agradase que ofendiese a su predestinada esposa. Alentó al duque en sus galanterías para con la bella forastera y parecía considerarlas como cosa natural. Pero el duque de Orleáns, aunque acostumbrado a someter su voluntad al severo yugo de su tío cuando estaba en su presencia, tenía el suficiente carácter para seguir sus propias inclinaciones cuando no existía ese freno, y como su alta alcurnia le daba derecho a sobrepasar las ceremonias ordinarias y a tomarse, desde luego, familiaridades, sus elogios de la belleza de la condesa se hicieron tan insistentes debido quizá a haber bebido un poco más de vino de lo usual, pues Dunois no era enemigo del culto de Baco, que al fin resultó muy entusiasmado y casi olvidado de la presencia de la princesa.

Esa actitud galante de Orleáns sólo agradaba a una de las reunidas, pues la condesa Hameline preveía ya la dignidad de una alianza con el primer príncipe de sangre azul por el intermedio de su sobrina, cuya cuna, hermosura y posición no hacían imposible tan ambicioso proyecto, aun a los ojos de la persona más exigente, si se pudiese prescindir de tener en cuenta los planes de Luis XI.

La condesa más joven escuchaba los galanteos del duque con ansiedad y molestia, y de vez en cuando dirigía una mirada suplicante a la princesa, como si desease que viniese en su auxilio. Pero los sentimientos heridos y la timidez de Juana de Francia le hacían a ésta incapaz de un esfuerzo para hacer más general la conversación, y por fin, exceptuando algunas cortesías breves de lady Hameline, fué mantenida aquella casi exclusivamente por el duque, aunque a expensas de la condesa de Croye, cuya belleza constituía el tema de su presuntuosa elocuencia.

No se debe olvidar que había una tercera persona, el centinela, del que se prescindía, que vió desvanecerse sus hermosos ensueños como cera ante el sol a medida que el duque insistía en el tono apasionado de su vehemente discurso. A la postre, la condesa de Croye hizo un esfuerzo decidido para terminar lo que estaba resultando sumamente desagradable para ella, en especial por la pena que la conducta del duque infligía en apariencia a la princesa. Dirigiéndose a ésta le dijo modestamente, pero con firmeza, que el primer favor que tenía que pedirle por su prometida protección era «que su alteza intentase convencer al duque de Orleáns que las damas de Borgoña, aunque inferiores en talento y modales a las de Francia, no eran tan tontas como para no agradarles más conversación que la de los cumplidos extravagantes.»

-Lamentaría, señora -dijo el duque previniendo la contestación de la princesa-, que satirizase en la misma sentencia la belleza de las damas de Borgoña y la sinceridad de los caballeros de Francia. Si somos rudos y exagerados en la expresión de nuestra admiración es porque amamos lo mismo que peleamos, sin dejar penetrar en nuestros pechos la fría deliberación, y nos rendimos ante las bellas con la misma rapidez con que derrotamos un valiente.

-La belleza de nuestras paisanas -dijo la joven condesa, con más reproche del que hasta ahora había empleado con su encopetado galán- no puede reclamar unos triunfos que el valor de los hombres de Borgoña es incapaz de concederles.

-Respeto su modo de pensar, condesa -dijo el duque-, y no puedo impugnar la segunda parte de su respuesta hasta que un caballero borgoñés se ofrezca a sostenerla con lanza en el estribo. Pero respecto a la injusticia que ha hecho con los encantos que su tierra produce, apelo a usted misma. Mire aquí -dijo, señalando a un gran espejo, regalo de la República veneciana, y entonces de gran rareza y valor- y dígame, ¿qué corazón hay que pueda resistir los encantos aquí reproducidos?

La princesa, incapaz de sostener por más tiempo el olvido de su amante, se retrepó en su asiento con un suspiro, que hizo volver al duque del terreno de las fantasías e indujo a lady Hameline a preguntar si su alteza, se encontraba enferma.

-Siento un dolor repentino en las sienes- dijo la princesa intentando sonreír-; pero pronto me repondré.

Su palidez creciente contradecía sus palabras, y decidieron a lady Hameline a pedir auxilio, pues la princesa parecía próxima a desmayarse.

El duque, mordiéndose los labios y maldiciendo la locura que le impedía dominar sus palabras, corrió para llamar a los servidores de la princesa, que esperaban en la próxima habitación, y cuando acudieron, presurosos, con los remedios acostumbrados, no pudo, como caballero que era, prestar ayuda para que se repusiese. Su voz, que casi resultaba cariñosa, dominada por la piedad y el reproche de sí mismo, fué el más poderoso medio para que ella volviese en sí, y cuando estaba a punto de recobrar sus facultades entró el rey en la habitación.

Capítulo XII

El político

Este es un lector
de política tan hábil,
Que (sin menosprecio de la astucia de
Satán)
Puede muy bien dar una lección al
diablo

Y enseñar al viejo seductor nuevas
tentaciones.
Comedia antigua.

Cuando Luis entró en la galería frunció el entrecejo de la manera en él corriente y lanzó a su alrededor una mirada inquisitiva, y al lanzarla, según Quintín después declaró, sus ojos parecieron tornarse tan pequeños, tan fieros y tan penetrantes que se asemejaron a los de una culebra sobresaltada que mira a través del matorral en que yace enroscada.

Cuando por esta momentánea y aguda mirada comprendió el rey la causa del bullicio que había en la habitación, se dirigió en primer lugar al duque de Orleáns.

-¿Tú aquí, querido sobrino? -dijo, y volviéndose hacia Quintín añadió con seriedad--: ¿No has atacado?

-Perdone al joven soldado, señor -dijo el duque-; no ha descuidado su obligación, pero me enteré que la princesa estaba en la galería.

-Y yo te aseguré que no encontrarías obstáculos cuando vinieses a cortejar -añadió el rey, cuya detestable hipocresía persistía en representar al duque como copartícipe de una pasión que sólo era experimentada por su desgraciada hija-. ¿Y es de este modo como sonsacas a los centinelas de mi guardia, joven? ¡Pero qué no podrá perdonarse a un galán que sólo vive *par amours*!

El duque de Orleáns elevó la cabeza, como si intentase replicar de alguna manera para corregir la opinión que suponía la observación del rey; pero el respeto instintivo, por no decir miedo, que sentía por Luis, en el que se había criado desde niño, contuvo su voz.

-¿Y Juana se ha puesto mala? -dijo el rey-. Pero no te apures, Luis, pronto pasará; dale tu brazo hasta su habitación, mientras conduzco a la suya a estas damas forasteras.

La orden fué dada en tono autoritario, y, por consiguiente, Orleáns efectuó su retirada con la princesa por una extremidad de la galería, mientras el rey, quitándose el guante de su mano derecha, condujo amablemente a la condesa Isabel y a su parienta a su habitación, que daba al otro extremo. Saludó profundamente al tiempo de entrar y permaneció de pie en el umbral durante un minuto después que ellas habían desaparecido; entonces, con gran compostura, cerró la puerta por la que se habían retirado, y girando la gran llave, la sacó de la cerradura y la puso en su cinturón; apéndice que le hizo asemejarse más a algún viejo avaro, que no se encuentra a gusto hasta que lleva consigo la llave de su tesoro oculto.

Con pasos lentos y reflexivos y ojos fijos en el suelo, Luis avanzó hacia Quintín Durward, el cual, esperando tener su parte en el disgusto real, vió que se aproximaba con no poca ansiedad.

Librodot

-Has obrado mal -dijo el rey levantando sus ojos y clavándolos en él cuando se le hubo acercado a distancia de un metro-; has obrado muy mal, y mereces morir. ¡No digas nada en defensa tuya! ¿Qué te importan duques o princesas? ¡Sólo te debe importar mi orden!

-En ese caso, Majestad -dijo el joven soldado-, ¿qué debía haber hecho?

-¿Qué debías hacer cuando tu puesto fué rebasado a la fuerza? -contestó el rey desdeñoso-. ¿Para qué sirve entonces esa arma que llevas al hombro? Debías haber apuntado con tu arcabuz, y si el presuntuoso rebelde no se hubiera retirado al instante, debía haber sido muerto en este mismo *hall.* Ve, pasa a esas habitaciones más alejadas. En la primera encontrarás una ancha escalera que conduce al patio interior del castillo; allí hallarás a Oliver Dain. Envíamelo y márchate a tu cuartel. Si aprecias en algo tu vida, no seas tan flojo de lengua como lo has sido hoy de mano.

Muy contento de escapar tan fácilmente, aunque con el espíritu revolucionado ante la crueldad a sangre fría que el rey parecía exigirle en el cumplimiento de su deber, Durward tomó el camino indicado, se precipitó escaleras abajo y comunicó el deseo del rey a Oliver, que esperaba en el patio de abajo. El astuto barbero inclinó la cabeza, suspiró y sonrió, mientras que con voz más suave que de ordinario daba al joven las buenas noches, y ambos se separaron; Quintín para su cuartel y Oliver en busca del rey.

En este pasaje resultaron, desgraciadamente, incompletas las Memorias que hemos seguido para recopilar esta verdadera historia, pues hecha a base de información proporcionada por Quintín, no tienen la substancia del diálogo que en su ausencia tuvo lugar entre el rey y su consejero secreto. Afortunadamente, la Biblioteca de Hautlieu contiene una copia manuscrita de la *Chronique Scandaleuse,* de Juan de Troyes, mucho más extensa que la que se ha impreso, a la que se han agregado varios apuntes curiosos, que nos permitimos creer fueron escritos por el propio Oliver después de la muerte de su amo y antes de tener la felicidad de ser recompensado con el dogal que hacía tanto tiempo había merecido. De aquí hemos podido extractar un informe muy completo de la conversación del favorito con Luis en la presente ocasión, que arroja una luz sobre la política de ese príncipe, que de otro modo se hubiera buscado en vano.

Cuando el servidor favorito penetró en la galería de Rolando encontró al rey pensativo, sentado en la silla que su hija había dejado hacía unos minutos. Bien conocedor de su carácter, se deslizó con paso silencioso hasta que hubo cruzado delante del rey para que éste se enterase de su presencia, y entonces retrocedió modestamente y fuera de su vista en espera de una indicación para hablar o escuchar. Las primeras palabras del rey fueron desagradables:

-¡Así, pues, Oliver, tus bonitos planes se funden como nieve con el viento Sur! Ruego a Nuestra Señora de Embrun que no se parezcan a los aludes de hielo de que hablan los cuentos suizos y se nos vengan encima de nuestras cabezas.

-Me he enterado, con sentimiento, que no todo va bien, señor -contestó Oliver.

-¡Nada bien! -exclamó el rey, levantándose y yendo y viniendo a lo largo de la galería-. Todo sale mal, hombre, y lo peor posible. ¡Y todo por tu consejo romántico

de que yo, entre todos los hombres, me convirtiese en protector de damas desgraciadas! Te digo que Borgoña está armándose y en vísperas de cerrar una alianza con Inglaterra. Y Eduardo, que no tiene nada que hacer en casa, lanzará sus miles sobre nosotros a través de la puerta desdichada de Calais. Sólo puedo o adularles o desafiarles; pero unidos, unidos, ¡y con el descontento y la traición de ese villano de Saint Paul! Todo es culpa tuya, Oliver, que me aconsejaste recibir mujeres y utilizar los servicios de ese condenado bohemio para enviar mensajes a sus vasallos.

-Señor -dijo Oliver-, ya sabe mis razones. Los dominios de la condesa están entre las fronteras de Borgoña y Flandes; su castillo es casi inexpugnable; sus derechos sobre las propiedades vecinas son tales, que bien defendidos sólo, pueden dar muchas molestias a Borgoña en el caso, en que la dama se casase con uno amigo de Francia.

-Es un aliciente tentador -dijo el rey-; y en el caso de haber podido ocultar su estancia aquí, podíamos haber arreglado un matrimonio, para esta rica heredera que hubiera sido de gran provecho para Francia. Pero ese maldito bohemio, ¿cómo pudiste recomendarme tal perro pagano para una comisión que requería confianza?

-Sírvase recordar -dijo Oliver- que fué Su Majestad el que dió tal margen de confianza; mucha más de lo que yo recomendaba. Hubiera llevado muy confiadamente una carta al pariente de la condesa diciéndole que se mantuviese firme en su castillo y prometiéndole rápido socorro; pero Su Majestad quiso poner a prueba sus poderes proféticos, y de esta suerte entró en posesión de secretos que merecían ser comunicados al duque Carlos.

-Estoy avergonzado, estoy avergonzado -dijo Luis-. Y, sin embargo, Oliver, dicen que estos paganos descienden de los sabios caldeos, que leían los misterios de las estrellas en los llanos de Shinar.

Como sabía que su amo, con toda su agudeza y sagacidad, era muy propicio para ser engañado por charlatanes, astrólogos, adivinos y todos los pretendientes de la ciencia oculta, y que él mismo se imaginaba poseer alguna habilidad en esas artes, Oliver no quiso insistir en esta cuestión y sólo hizo la observación de que el bohemio había sido un mal profeta para sí mismo, pues de lo contrario hubiera evitado el regresar a Tours y se hubiera salvado de la horca que había merecido.

-A menudo sucede que aquellos que están dotados del conocimiento profético -contestó Luis con mucha gravedad- no tienen el poder de prever aquellos acontecimientos que a ellos les interesa personalmente.

-Eso puede compararse -replicó el servidor- al hombre que no distingue su propia mano con la vela que sostiene y que le muestra cualquier otro objeto de la habitación.

-No puede ver sus propias facciones con la luz que ilumina las caras de los demás -replicó Luis-, y esta es la imagen más fiel del caso. Pero esto no tiene nada que ver con mi intención actual. El bohemio ha tenido su merecido, y la paz sea con él. Mas estas damas, no sólo Borgoña nos amenaza con guerra por protegerlas, sino que su presencia es un obstáculo para los proyectos en mi familia. Mi tonto sobrino de Orleáns apenas ha visto a esta joven, me atrevería a decir que su presencia basta para hacerle menos dúctil en el asunto de su alianza con Juana.

Librodot

-Su Majestad -dijo el consejero- puede enviar a las damas de nuevo a Borgoña, y así hará las paces con el duque. Algunos tildarán esta determinación de deshonrosa; pero si la necesidad exige el sacrificio...

-Si la necesidad exige el sacrificio, Oliver, se hará el sacrificio sin titubeos -contestó el rey. Soy un viejo salmón experimentado y no acostumbro a tragarme el anzuelo porque esté cebado con algo que se llama honor. Pero lo que sería peor que una falta de honor sería el regreso de estas damas a Borgoña fracasados aquellos proyectos que nos indujeron a proporcionarles asilo. Sería desconsolador renunciar a la oportunidad de colocar un amigo nuestro y enemigo de Borgoña en el mismo centro de sus dominios y tan cerca de las ciudades descontentas de Borgoña. Oliver, no puedo abandonar las ventajas que mi proyecto de casar a la joven con un amigo de mi casa parece reservarme.

-Su Majestad -dijo Oliver después de reflexionar un momento- podía dar la mano de ella a algún amigo de confianza, que recabaría para sí todos los reproches, y serviría secretamente a Su Majestad, mientras en público podía Su Majestad reprobar su conducta.

-¿Y dónde podía encontrar tal amigo? -dijo Luis-. ¿Había de entregarla a cualquiera de nuestros nobles facciosos o ingobernables para que se declarase independiente? ¿No ha sido mi política durante años el impedir que lo consiguiesen? Dunois, él y sólo él, sería en quien podría confiar. Pelearía por la corona de Francia en cualquier trance. Pero honores y riquezas cambian las naturalezas de los hombres. Aun no me fiaría de Dunois.

-Su Majestad podía encontrar otros -dijo Oliver en su estilo más untuoso y en un tono más insinuante que el que ordinariamente empleaba al conversar con el rey, que le permitía considerable libertad-; hombres que dependan por entero de la gracia y favor real y que no puedan existir sin su amparo, como no se puede vivir sin sol o aire; hombres más bien de cabeza que de acción; hombres que...

-¡Hombres que se parezcan a ti, ya! -dijo el rey Luis- ¡No, Oliver, a fe que esa flecha fué disparada demasiado precipitadamente! ¡Cómo! ¿Porque te distingo con mi confianza y te dejo intervenir de vez en cuando en asuntos de mis vasallos te crees en condiciones de ser el marido de esa preciosa visión y aspirar a ser un conde de alto copete? Tú, tú, de cuna modesta y educación deficiente, y cuyo saber es a lo más una especie de astucia, y cuyo valor es más que dudoso.

-Su Majestad me atribuye una arrogancia, de la que no soy culpable, al suponer que aspiro tan alto -dijo Oliver.

-Me alegro oírlo, hombre -contestó el rey-, y te tengo por persona más razonable al desechar esa idea mía. Pero me pareció que tu discurso iba encaminado a ese fin. Mas prosigo. No me atrevo a casar a esa belleza con uno de mis súbditos. No me atrevo a devolverla a Borgoña. No me atrevo a enviarla a Inglaterra o Alemania, donde es probable que se apodere de ella alguno más apto para aliarse con Borgoña que con Francia, y que se encontraría más dispuesto a frustrar a los honrados descontentos en Gante y Lieja que a concederles ese saludable amparo que siempre pudiera dar que hacer a Carlos *el Temerario* sin necesidad de salir de sus dominios; los hombres de

Lieja, especialmente, están tan maduros para la insurrección, que ellos solos, bien alentados y apoyados, darían mucho que hacer a mi querido primo, y sostenidos por un conde de Croye de disposición guerrera. ¡Oh, Oliver! El plan se presenta demasiado halagüeño para renunciar a él sin lucha. ¿No puede tu fértil ingenio inventar algún plan?

Oliver permaneció callado largo tiempo, y al fin contestó:

-¿Y si se efectuase la boda entre Isabel de Croye y el joven Adolfo, duque de Gueldres?

-¡Cómo! -dijo el rey asombrado-; ¿sacrificar a criatura tan adorable al furioso energúmeno que destruyó, aprisionó y a menudo ha amenazado de muerte a su propio padre? No, Oliver, no; eso sería una acción demasiado cruel para ti y para mí, que atendemos con tanto cuidado a la paz y bienestar de Francia sin reparar en los medios para conseguirlo. Además, está apartado de nosotros y es detestado por la gente de Gante y Lieja. No, no; no quiero nada con Adolfo de Gueldres; piensa en algún otro.

-Mi inventiva se ha agotado, señor -dijo el consejero-; no recuerdo de nadie más que al mismo tiempo que marido de la condesa de Croye sea idóneo para amoldarse a los planes de Su Majestad. Debe reunir varias cualidades: ser amigo de Su Majestad, enemigo de Borgoña, lo bastante político para conciliar a los de Gante con los de Lieja y de valor suficiente para defender sus pequeños dominios contra el poder del duque Carlos; de noble cuna, además, y por añadidura, de carácter excelente y virtuoso.

-No, Oliver -dijo el rey- No exijo tanto en cuestión de carácter; pero creo que el marido de Isabel debe ser menos universalmente aborrecido que Adolfo de Gueldres. Por ejemplo, de sugerir yo un nombre, ¿por qué no Guillermo de la Marck?

-Señor -dijo Oliver-, no podría quejarme de exigir Su Majestad un tipo muy excelso de moral en el hombre elegido, si el Jabalí Salvaje de las Ardenas puede servirle. ¡De la Marck! ¡Si es el ladrón y asesino más notorio que existe, excomulgado por el Papa por miles de crímenes!

-Le libraremos de la sentencia, amigo Oliver. La Santa Iglesia es misericordiosa.

-Casi fuera de la ley -continuó Oliver- y bajo el entredicho del Imperio por pragmática de la Cámara de Ratisbona.

-Haremos que desaparezca el entredicho, amigo Oliver -continuó el rey en el mismo tono-; la Cámara Imperial atenderá a las razones.

-Y aun admitiendo que sea de origen noble -dijo Oliver-, posee los modales, la cara y la apariencia externa, así como el corazón de un carnicero flamenco. Ella nunca le aceptaría.

-Su manera de pretender a una mujer, si no recuerdo mal -dijo Luis-, hará difícil que ella pueda escoger.

-Me equivoqué mucho cuando suponía a Su Majestad demasiado escrupuloso -dijo el consejero- ¡Los crímenes de Adolfo son virtudes al lado de los De la Marck! Y,

además, ¿cómo se reuniría con su novia? Su Majestad sabe que no se atreve a alejarse mucho de su bosque de las Ardenas.

-Todo eso debe tenerse en cuenta -dijo el rey-, y en primer lugar debe comunicarse particularmente a las dos damas que no pueden seguir por más tiempo en esta Corte sino a costa de una guerra entre Francia y Borgoña, y que, no queriendo entregarlas a mi primo el borgoñés, deseo que partan secretamente de mis dominios.

-Pedirán ser llevadas a Inglaterra -dijo Oliver-, y las veremos volver a Flandes con un lord de la isla, de cara rubia y redonda, largo pelo castaño y tres mil arqueros a su espalda.

-No, no -replicó el rey-; no me atrevo (tú me entiendes) a ofender tanto a mi primo el de Borgoña como para dejarla pasar a Inglaterra. Le produciría tanto enojo como el seguir reteniéndola aquí. No, no; sólo me arriesgaré a entregarlas al amparo de la Iglesia, y lo más que puedo hacer es tolerar que las damas Hameline e Isabel de Croye partan disfrazadas, y con una pequeña escolta, para refugiarse con el obispo de Lieja, que colocará a la bella Isabel bajo la salvaguardia de un convento.

-Y si ese convento la protege de Guillermo de la Marck, cuando éste se entere de las intenciones favorables de Su Majestad habré equivocado al hombre.

-Gracias a nuestros suministros secretos de dinero, De la Marck tiene un buen puñado de soldados desalmados que se esfuerza en conservar junto a él en tales condiciones que le hacen adversario formidable tanto para el duque de Borgoña como para el obispo de Lieja. Sólo le falta algún territorio que pueda llamar suyo, y como ésta es una bonita ocasión para establecerse por matrimonio, creo que, *¡Pasques-dieu!*, encontrará los medios para ganar y casarse con sólo una indicación de parte mía. El duque de Borgoña tendrá entonces tal espina clavada en su costado que le será muy difícil el sacársela. El Jabalí de las Ardenas, a quien ha declarado ya en rebeldía, fortalecido con la posesión de las tierras, castillos y señoríos de esa linda dama, y con los descontentos vecinos de Lieja a su lado, que en ese caso no dudarán en escogerle por su capitán y jefe, esto será causa de que Carlos deje de pensar en guerrear con Francia cuando a él se le antoje. ¿Qué te parece este plan, Oliver?

-Excelente -dijo Oliver-, excepto el sino que confiere a esa dama al Jabalí Salvaje de las Ardenas. Me parece que, aun careciendo de condiciones para cortejar, Tristán, el capitán-preboste, sería el marido más adecuado puesto a escoger entre los dos.

-A poco propones al maestro Oliver el barbero -dijo Luis-; pero el amigo Oliver y el compadre Tristán, aunque hombres excelentes en cuestiones de consejos y de ejecuciones, no son de la madera de la que salen los condes. ¿No sabes que los ciudadanos de Flandes aprecian el linaje de otros hombres precisamente porque carecen de él? Una multitud plebeya siempre desea un jefe aristocrático. Ese Ked o Cade -o ¿cómo le llaman?- de Inglaterra fué capaz de arrastrar tras sí a la plebe con sus pretensiones de poseer sangre de los Mortimers. Guillermo de la Marck procede de la sangre de los príncipes de Sedán, tan noble como la mía. Y ahora a trabajar. Debo inducir a las damas de Croye a que emprendan una huída rápida y secreta bajo un buen guía. Esto se conseguirá fácilmente; sólo tengo que insinuar la disyuntiva de entregarlas a Borgoña. Tú encontrarás medio para que Guillermo de la Marck conozca

Librodot

las andanzas de ellas y para que escoja la ocasión y lugar para hacer la corte. Conozco una persona adecuada para viajar con ellas.

-¿Puedo preguntar a quién da tan importante comisión Su Majestad? -preguntó el barbero.

-Sin duda, a un forastero -replicó el rey-; a ninguno que tenga parentesco ni intereses en Francia, para que no pueda ser obstáculo a la realización de mis deseos, sin que sepa demasiado del país para que no sospeche de mi propósito más de lo que me decida a decirle; en una palabra, pienso utilizar al joven escocés que te ha dado ahora recado de venir aquí.

Oliver se calló, y su silencio parecía implicar una duda sobre la prudencia de la elección, y luego añadió:

-Su Majestad ha depositado confianza en ese niño forastero antes de lo acostumbrado.

-Tengo mis razones -contestó el rey-. Sabes (y se santiguó al decir esto) mi devoción por el bendito San Julián. He rezado mis oraciones a ese santo últimamente (ya que es el guardián de los viajeros), suplicándole con humildad que aumentase mi servidumbre con viajeros forasteros de tal índole que fomentasen por todo mi reino una adhesión incondicional a mi voluntad; y prometí al santo, en galardón, que en su nombre les recibiría, socorrería y mantendría.

-¿Y San Julián -dijo Oliver- envió a Su Majestad este individuo zanquilargo de Escocia en respuesta a sus oraciones?

Aunque el barbero, que sabía que su amo tenía una dosis de superstición en consonancia con su falta de religión y que en esos asuntos nada era más fácil que ofenderle, aunque, como digo, conocía la debilidad real, y por eso hizo la anterior pregunta en el tono de voz más dulce, Luis comprendió la indirecta que encerraba y miró a su servidor con aire de gran disgusto.

-Bien hacen en llamarte Oliver *el Diablo* -dijo-, cuando así juegas a una con tu amo y con los santos benditos. ¡Te aseguro que si me fueses menos indispensable, te hubiera colgado en la encina delante del castillo como un escarmiento para todos los que se burlan de las cosas santas! Ignoras, infiel esclavo, que tan pronto se cerraron mis ojos se me apareció el bendito San Julián conduciendo a un joven, a quien me presentó, diciéndome que su sino sería escapar a la espada, a la horca, al río y traer la buena suerte a la causa que abrazase y a las aventuras en que se viese envuelto. Salí de paseo a la mañana siguiente y encontré a este joven, cuya imagen había visto en sueños. En su país ha escapado a la espada, entre el sacrificio de toda su familia, y aquí, en el breve intervalo de dos días, se ha salvado extrañamente de ahogarse y de la horca, y me ha prestado en una ocasión particular, como te indiqué últimamente, un gran servicio. Le he acogido como un enviado de San Julián, para servirme en los casos más difíciles, más peligrosos y desesperados.

El rey, después de expresarse así, se quitó el sombrero, y escogiendo entre las numerosas figuritas de plomo que estaban sujetas a la cinta del sombrero la que representaba a San Julián la colocó en la mesa, como hacía a menudo siempre que

Librodot

algún sentimiento de esperanza o quizá de remordimiento cruzaba por su mente, y arrodillándose ante ella, murmuró con apariencia de profunda devoción: *¡Sancte Juliane, adsis precibus nostris! ¡Ora, ora pro nobis!*

Este era uno de los accesos agudos de devoción supersticiosa que con frecuencia se apoderaban de Luis en tales ocasiones extraordinarias, y que daban a uno de los monarcas más sagaces que jamás existió la apariencia de un loco, o por lo menos de uno cuya inteligencia parecía estar agitada por alguna firme convicción de culpabilidad.

Mientras estaba así entretenido, su favorito le contemplaba con expresión de sarcástico desdén, que apenas intentaba disimular. Era, en efecto, una de las cualidades de este hombre que en su trato con su amo daba de lado a esa afectación de oficiosidad y humildad que le caracterizaba en su trato con los demás; y si aun conservaba cierta semejanza con un gato, es cuando el animal está en acecho, vigilante y dispuesto a actuar repentinamente. La causa de este cambio era probablemente el saber Oliver que su amo era a su vez un hipócrita demasiado redomado para no ver la hipocresía de los demás.

-Las facciones de este joven, pues -dijo Oliver-, si me es permitido hablar, ¿se parecen a las de aquel que se apareció en su sueño?

-Mucho -dijo el rey, cuya imaginación, como la de la gente supersticiosa en general, le dominaba fácilmente- Además, he hecho que Galeotti Martivalle haga su horóscopo, y me he enterado por su ciencia y mis propias observaciones que en muchos extremos este joven arisco tiene su destino bajo la misma constelación que el mío.

Cualquiera que fuese la opinión de Oliver sobre las causas acabadas de exponer para justificar la preferencia por un joven inexperto, no se atrevió a hacer más objeciones, sabiendo bien que Luis, que durante su destierro había prestado mucha atención a la supuesta ciencia de la astrología, no admitiría broma ninguna que atacase a ésta. Por eso se limitó a contestar que confiaba que el joven sería fiel en el desempeño de comisión tan delicada.

-Tendremos cuidado de que no tenga ocasión de ser de otro modo -dijo Luis-; pues no será informado de nada, excepto de que se le comisiona para escoltar a las damas de Croye a la residencia del obispo de Lieja. De la probable intervención de Guillermo de la Marck sabrá tan poco como ellas mismas. Nadie sabrá ese secreto más que el guía, y Tristán o tú debéis encontrar uno adecuado para ese fin.

-Pero en ese caso -dijo Oliver-, juzgando de él por su país de origen y su apariencia, el joven es fácil que haga uso de sus armas tan pronto como el Jabalí Salvaje se acerque a ellas, y quizá no salga tan fácilmente de los colmillos como lo hizo en esta mañana.

-Si éstos dan fin de él -dijo Luis sosegadamente-, el bendito San Julián puede enviarme otro en su corcel. Importa tan poco que el mensajero sea muerto después que haya realizado su misión, como que el frasco se rompa cuando se ha bebido el vino que contenía. Mientras tanto, debemos acelerar la marcha de las damas, y después persuadir al conde de Crèvecoeur que se ha verificado sin nuestra conveniencia, pues

Librodot

nuestro deseo era el ponerlas de nuevo bajo la custodia de mi primo, lo que ha frustrado su repentina marcha.

-El conde es quizá demasiado sabio y su amo está poseído de demasiados prejuicios para creerlo.

-¡Santa Virgen! -dijo Luis-. ¡Qué incredulidad supondría eso en hombres cristianos! Pero, Oliver, nos creerán. Pondré en mi comportamiento para con mi primo el duque Carlos tan completa e ilimitada confianza, que para no creer que he sido sincero con él en todos los asuntos, debe de ser de peor condición que un infiel. Te digo que estoy tan convencido de poder hacer pensar de mí a Carlos de Borgoña en cualquier extremo como yo quisiera, que, si fuese necesario, para acallar sus dudas cabalgaría desarmado para visitarle en su tienda, con no mejor guardia a mi alrededor que tu simple persona, amigo Oliver.

-Y yo -dijo Oliver-, aunque no me jacto de manejar ningún otro acero en forma de distinta a la de una navaja de afeitar, preferiría cargar contra un batallón suizo de picas que acompañar a Su Majestad en semejante visita de amistad a Carlos de Borgoña, cuando tiene tantos motivos para estar convencido que hay enemistad en el pecho de Su Majestad en contra de él.

-Eres un tonto, Oliver -dijo el rey-, con todas tus pretensiones de sabiduría no sabes que la política seria debe a menudo asumir la apariencia de la más extrema sencillez, así como el valor se cobija a veces bajo la apariencia de timidez modesta. Si fuese necesario, con seguridad haría lo que he dicho, contando con la protección de los santos y con que las constelaciones celestes proporcionaran con sus movimientos coyuntura apropiada para tal empresa.

Con estas palabras hizo el rey Luis XI la primera insinuación de la extraordinaria resolución que después adoptó para engañar a su gran rival, y cuya ejecución casi le había de llevar a la ruina.

Partió con su consejero, y poco después penetraba en la habitación de las damas de Croye. Pocas persuasiones, aparte de su real licencia, hubieran sido necesarias para inducirlas a retirarse de la Corte de Francia a la primera indicación de que no serían eventualmente protegidas contra el duque de Borgoña; pero no fué tan fácil el persuadirlas a escoger Lieja como lugar de su retiro. Pidieron y rogaron ser trasladadas a Bretaña o a Calais, donde, bajo la protección del duque de Bretaña o rey de Inglaterra, podían estar seguras hasta que el soberano de Borgoña desistiese de mostrarse con ellas tan inflexible. Pero ninguno de estos dos sitios de refugio convenía en modo alguno a los planes de Luis, y por fin triunfó al conseguir que se decidiesen a adoptar el que convenía a éstos.

No cabía discutir el poder del obispo de Lieja para defenderlas, ya que su dignidad eclesiástica le daba medios de proteger los fugitivos contra todos los príncipes cristianos, mientras, por otra parte, sus fuerzas seculares, si bien no numerosas, parecían suficientes para defender su persona por lo menos, y a todos los que estuviesen bajo su protección, contra cualquier ataque repentino. La dificultad era llegar a salvo a la pequeña Corte del obispo; pero de esto se encargó Luis, que pensaba propagar la noticia de que las damas de Croye se habían escapado de Tours durante la

noche por miedo de ser entregadas al enviado de Borgoña, y habían huído hacia Bretaña. También prometió proporcionarles una escolta pequeña pero fiel, y cartas para los jefes de las fortalezas y guarniciones por donde pasasen, con instrucciones para emplear todos los medios para protegerlas y auxiliarlas en su viaje.

Las damas de Croye, aunque deplorando en su fuero interno la conducta descortés y poco generosa por la que Luis las privaba del prometido asilo en su Corte, no sólo no se opusieron a la precipitada marcha que se les proponía, sino que se anticiparon a sus proyectos, rogándole las permitiese ponerse en camino aquella misma noche. Lady Hameline estaba ya cansada de un lugar en el que no encontraba ni cortesanos rendidos ni festivales de que gozar, y lady Isabel pensaba que había visto lo bastante para deducir que con el tiempo bien pudiera suceder que, no satisfecho Luis XI con expulsarlas de su Corte, le diese la gana de entregarlas a su irritado soberano el duque de Borgoña. Por último, el propio Luis consintió con facilidad en esa marcha precipitada, deseando mantener la paz con el duque Carlos, y temeroso de que la belleza de Isabel fuese un obstáculo para la consecución del plan favorito que se había forjado, a saber: la de entregar la mano de su hija Juana a su primo el de Orleáns.

Capítulo XIII

El viaje

No hablad de
reyes -desprecio esa mezquina comparación;-
Soy un sabio*, y puedo mandar los*
elementos.
Por lo menos, así lo juzgan los hombres; y
a base de ese juicio
Encuentro un imperio ilimitado.
Alb
umazar.

Los quehaceres y aventuras podía decirse que se precipitaban sobre el joven escocés con la fuerza de una marea equinoccial, pues de nuevo fué llamado a la habitación de su capitán, lord Crawford, en la que, con gran asombro suyo, se encontró otra vez con el rey. Después de unas pocas palabras relativas a la confianza que podía depositarse en él, las que hicieron temer a Quintín que pudieran proponerle una guardia semejante a la que había hecho cerca de la persona del conde de Crèvecoeur, o quizá algún deber aun más repugnante a sus sentimientos, no sólo vió desaparecer sus temores, sino que se alegró mucho al oír que había sido escogido, con la ayuda de otros cuatro hombres a sus órdenes, uno de los cuales actuaría de guía, para escoltar a las damas de Croye a la pequeña Corte de su pariente el obispo de Lieja de la manera más cómoda y segura posible, y al mismo tiempo más en secreto. Se le

entregó un rollo de pergamino en el que figuraban escritas instrucciones para el viaje relativas a los sitios de parada (escogidos, generalmente, en aldeas sin importancia, monasterios solitarios y sitios apartados de las poblaciones) y a las precauciones generales a que debía atenerse, especialmente al aproximarse a la frontera de Borgoña. Le dieron también instrucciones sobre lo que debía decir y hacer para aparentar ser el mayordomo de dos damas inglesas de rango que habían estado en peregrinación en San Martín de Tours y se disponían a visitar la santa ciudad de Colonia y a adorar las reliquias de los sabios monarcas de Oriente que vinieron a adorar al Niño Dios en el portal de Belén, pues bajo tal apariencia debían viajar las damas de Croye.

Sin precisar la causa de su alegría, el corazón de Quintín Durward saltó en su pecho a la idea de aproximarse por este procedimiento a la Belleza de la Torrecilla, ya que su cargo le daba título para merecer la confianza de ella, toda vez que su protección dependía en tan alto grado de su conducta y valor. No dudó un momento que sería su guía afortunado a través de los azares de su peregrinación. La juventud rara vez piensa en los peligros, y criado Quintín sin trabas ni temores de ninguna especie, sólo pensaba en éstos para desafiarlos. Ansiaba verse libre de la cohibición que suponía la real presencia para poderse entregar de lleno a la alegría secreta que noticia tan inesperada le producía y que le impulsaba a demostraciones de júbilo que hubieran sido del todo inoportunas en aquellos momentos.

Pero Luis aun no había acabado con él. Ese precavido monarca tenía que consultar a un consejero de especie distinta a la de Oliver le Diable, y cuya sabiduría suponía la gente procedía de inteligencias superiores y astrales, lo mismo que, juzgando por sus resultados, creía que los consejos de Oliver procedían del propio diablo.

Luis se dirigió, seguido por el impaciente Quintín, a una torre aislada del castillo de Plessis, en la que estaba instalado, con no pocas comodidades y gran lujo, el célebre astrólogo, poeta y filósofo Galeotti Marti, o Martius, o Martivalle, natural de Narni, Italia, autor del famoso tratado *De Vulgo Incognitis* [(31)], objeto de la admiración de su época y de los panegíricos de Paulus Jovius. Había tenido muchos triunfos en la Corte del célebre Matías Corvinus, rey de Hungría, de la que fué sacado con añagazas por Luis, que envidiaba al monarca húngaro el disponer de la compañía y consejos de un sabio que tanta fama tenía de leer los decretos del cielo.

Martivalle no era ninguno de esos profesores de mística de aquella época, ascéticos, agostados y pálidos, que se ofuscaban la vista ante el horno de la medianoche y mortificaban sus cuerpos vigilando la Osa Mayor. Participaba en todos los placeres cortesanos, y hasta que se puso obeso había sobresalido en todos los *sports* marciales , ejercicios gimnásticos, así como en el manejo de armas, tanto, que Janus Pannonius ha dejado un epigrama latino sobre un *match* de lucha a brazo entre Galeotti y un renombrado campeón en ese *sport* en presencia del rey húngaro y su corte, en el que resultó victorioso el astrólogo.

Las habitaciones de este sabio cortesano y marcial estaban más espléndidamente amuebladas que ninguna de las que Quintín había hasta ahora visto en el real palacio; y las labores de talla en madera y adornos de su biblioteca, así como la magnificencia de la tapicería, demostraban el gusto elegante del erudito italiano. Su gabinete de estudio comunicaba con su dormitorio por un lado, y por otro con una torrecilla que le servía de observatorio. Una gran mesa de roble en medio de su gabinete estaba

Librodot

cubierta con un rico tapiz de Turquía, recogido en la tienda de un pachá después de la gran batalla de Jaiza, en la que el astrólogo había luchado unido con el valiente campeón de la cristiandad, Matías Corvinus. Su astrolabio, de plata, era regalo del emperador de Alemania, y su bordón de peregrino, de ébano, incrustado de oro y con curiosos grabados, era una prueba de aprecio del Papa reinante.

Había objetos diversos dispuestos sobre la mesa o colgados de las paredes; entre otros, dos armaduras completas, una de cota de malla y otra blindada, y ambas, por su gran tamaño, parecían indicar que su amo era el gigantesco astrólogo; un acero toledano, un espadón escocés, una cimitarra turca, con arcos, carcajs y otras armas guerreras; instrumentos músicos de diferente género; un crucifijo de plata, un vaso sepulcral antiguo y varios pequeños penates de bronce de los antiguos gentiles, con otros curiosos objetos estrambóticos, algunos de los cuales, según la opinión supersticiosa de la época, servían para fines mágicos. La biblioteca de este personaje singular estaba en consonancia con las demás cosas. Curiosos manuscritos de la antigüedad clásica yacían mezclados con obras voluminosas de teólogos cristianos y de esos sabios laboriosos que profesaban la ciencia química y brindaban guiar a sus estudiantes en los secretos más íntimos de la Naturaleza por medio de la Filosofía Hermética. Algunos estaban escritos en caracteres orientales y otros ocultaban su sabiduría o ignorancia bajo el velo de caracteres jeroglíficos y cabalísticos. Toda la habitación y su mobiliario variado constituían un escenario que impresionaba mucho la imaginación si se tiene en cuenta la creencia general que entonces se tenía en la verdad de las ciencias ocultas; y ese efecto resultaba aumentado por el aspecto del propio individuo, que, sentado en un gran sillón, se dedicaba a examinar con curiosidad una muestra acabada de salir de la imprenta de Francfort del arte de imprimir recién inventado.

Galeotti Martivalle era un hombre alto, voluminoso y de buena presencia, muy rebasada la primavera de la vida, y cuyos hábitos juveniles de ejercicio, aunque practicado aún de vez en cuando, no habían sido capaces de evitar su natural tendencia a la corpulencia, aumentada por sedentarios estudios y condescendencia a los placeres de la mesa. Su rostro, aunque más bien abultado, demostraba dignidad y nobleza, y un santón podía haber envidiado el aspecto de su larga y corrida barba. Su traje se componía de una bata del más rico terciopelo de Génova, con amplias mangas, cerrada con broches de oro y guarnecida de pieles. Estaba ceñida a su cintura con un amplio cinturón de pergamino, a cuyo alrededor estaban representados, en caracteres rojos, los signos del zodíaco. Se levantó y saludó al rey, aunque con el aire de uno a quien semejante compañía es familiar, y al que, aun en la presencia real, no siente rebajada la dignidad que entonces ostentaban los perseguidores de la ciencia.

-Estás ocupado, padre -dijo el rey-, y, según creo, con este nuevo arte de manuscritos múltiples con la ayuda de máquinas. ¿Pueden las cosas de origen tan mecánico y terrestre interesar los pensamientos de uno ante el que el cielo ha descubierto sus celestiales secretos?

-Hermano -replicó Martivalle, pues de este modo el habitante de esta celda llamaba aun al rey de Francia cuando se dignaba visitarlo como discípulo-, créame que, al considerar las consecuencias de esta invención, leo con tanta certeza como con cualquier combinación de los cuerpos celestiales los más portentosos y temibles

Librodot

cambios. Cuando reflexiono en los limitados y lentos conocimientos que hasta ahora nos ha proporcionado la ciencia, en lo difícil de ser logrados por los que más ardientemente los buscan, ,n lo fácil de ser extraviados o perdidos del todo por la invasión del barbarismo, puedo mirar adelante con admiración y asombro a la serie de generaciones venideras, sobre las que el saber descenderá como lluvia benéfica ininterrumpida, copiosa, ilimitada, fertilizando algunos terrenos e inundando otros, cambiando todas las formas de vida social, estableciendo y destruyendo religiones, levantando y aniquilando reinos...

-Basta, Galeotti -dijo Luis-; ¿ocurrirán estos cambios en nuestra época?

-No, no, mi real hermano -replicó Martivalle-; esta invención puede compararse a un árbol tiernecito recién plantado, pero que en las generaciones sucesivas producirá frutos tan fatales y tan preciosos como los del Paraíso, a saber, del mal y del bien.

Luis contestó después de un rato de silencio:

-Dejemos que la posteridad se cuide de lo que le interese; nosotros somos hombres de esta época, y a esta época limitaremos nuestros cuidados. Nos basta con la preocupación del día. Dime, ¿has estudiado algo más el horóscopo que te envié, y del que me anticipaste algo? He traído conmigo al individuo para que utilices la quiromancia si deseas. El asunto urge.

El corpulento sabio se levantó de su asiento y, aproximándose al joven soldado, fijó en él sus grandes y penetrantes ojos negros como si intentase hacer un conjuro interior y descubrir cada facción del rostro. Ruborizado y azorado, ante este examen minucioso por parte de uno cuya expresión era a la vez tan reverente y tan dominante, Quintín bajó la mirada y no levantó los ojos hasta que obedeció al imperativo mandato del astrólogo.

-Mira hacia arriba y no te asustes; pero alarga tu mano.

Cuando Martivalle hubo examinado la palma de su mano, según el rito de las artes místicas que practicaba, condujo aparte al rey.

-Mi real hermano -dijo-; la fisonomía de este joven, en unión de las líneas impresas en su mano, confirman, en grado maravilloso, el informe que he encontrado en su horóscopo, así como el juicio que su conocimiento de nuestras artes sublimes le indujo a formarse, desde luego, de él. Todo hace prometer que este joven será bravo y afortunado.

-¿Y fiel? -dijo el rey-; pues el valor y la fortuna no concuerdan con la fidelidad.

-Y también fiel -dijo el astrólogo-, pues hay mucha firmeza en su mirada y su *linea vitae* está bien marcada y es muy visible, lo que indica una adhesión verdad y honrada a aquellos que le benefician o depositan su confianza en él. Pero, no obstante...

-¿Pero qué? -preguntó el rey- Padre Galeotti, ¿por qué callas ahora?

Librodot

-Los oídos de los reyes -dijo el sabio- son como los paladares de esos pacientes delicados que son incapaces de soportar la amargura de las drogas necesarias para su cura.

-Mis oídos y mi paladar no son tan delicados -dijo Luis-; déjame escuchar lo que sea útil consejo y tragar lo que sea medicina saludable. No me importa la rudeza del uno ni el amargo sabor de la otra. No he sido criado con blanduras ni molicie; mi juventud fué de destierro y sufrimiento. Mis oídos están acostumbrados a consejos descarnados, y no me ofendo por ello.

-Entonces, con toda claridad, señor -replicó Galeotti-, si hay algo en el desempeño de una comisión que, en una palabra, pueda sobresaltar una conciencia escrupulosa, no lo confíe a este joven, por lo menos hasta que unos cuantos años de práctica a su servicio le hagan tan poco escrupuloso como a los demás.

-¿Y esto era lo que titubeabas en decirme, mi buen Galeotti? ¿Y creías que tus palabras me iban a ofender? -dijo el rey- Sé que sabes muy bien que la política real no siempre puede ajustarse a las máximas abstractas de la religión y la moralidad. ¿A santo de qué nosotros, los príncipes de la tierra, fundamos iglesias y monasterios, hacemos peregrinaciones, sufrimos penalidades y hacemos devociones que de los otros pueden prescindir sino porque el beneficio del público y la prosperidad de nuestros reinos nos obligan a medidas que apesadumbran nuestras conciencias como cristianos? Pero Dios es misericordioso, y la intercesión de Nuestra Señora de Embrun y de los santos benditos es omnipotente y sempiterna. -Puso su sombrero sobre la mesa y, arrodillándose devotamente ante las imágenes sujetas en la cinta del sombrero, rezó en tono contrito-: *¡Sancte Huberte, Sancte Juliane, Sancte Martine, Sancte Rosalia, Sancti quotquot adestis, orate pro me peccatore!* Después se golpeó el pecho, se levantó, cogió su sombrero y continuó-: Estate seguro, buen padre, que cualquiera que sea lo que haya en el fondo de la comisión a que te has referido, su ejecución no será confiada a este joven ni sería informado de mi propósito en ese particular.

-En esto -dijo el astrólogo-, mi real hermano, obrará sabiamente. Algo puede recelarse de la impetuosidad de este joven comisionado, un desliz inherente a las personas de constitución sanguínea. Pero le aseguro que, según las reglas del arte, esta probabilidad no ha de anular las otras propiedades descubiertas por su horóscopo y de otro modo.

-¿Será esta medianoche hora propicia para comenzar un viaje peligroso? -preguntó el rey-. Mira, aquí están tus efemérides; mira la posición de la luna respecto a Saturno y la ascensión de Júpiter. Me parece que esto señala, salvo tu mejor opinión, éxito para aquel que envía la expedición a semejante hora.

-Para el que *envía* la expedición -dijo el astrólogo después de una pausa- esta conjunción promete éxito; pero me parece que Saturno, que está revuelto, señala peligro e infortunio para los *enviados*, de lo que infiero que la comisión puede ser peligrosa o aun fatal para aquellos que van de viaje. En esta adversa conjunción se lee violencia y cautividad.

Librodot

-Violencia y cautividad para los que son enviados -comentó el rey-; pero éxito para los deseos del que envía, ¿no es eso, mi amado padre?

-Así es -replicó el astrólogo.

El rey se calló, sin dar a entender de qué modo los presagios de este discurso (probablemente aventurado por el astrólogo al conjeturar que la comisión referida encerraba un fin peligroso) convenían a su real propósito, que, como el lector sabe, era traicionar a la condesa Isabel de Croye y entregarla a Guillermo de la Marck, noble de alta estirpe, pero conducido por sus crímenes a actuar de jefe de bandidos, que se distinguía por su carácter turbulento y bravura feroz.

El rey sacó entonces un papel de su bolsillo y, antes de entregarlo a Martivalle, dijo, en tono que se asemejaba al de un panegírico:

-Sabio Galeotti, no te sorprendas que, poseyendo en ti un tesoro como oráculo, superior al existente en cualquier persona viviente, sin exceptuar al propio gran Nostradamus, desee frecuentemente servirme de tu habilidad en resolver aquellas dudas y dificultades que rodean a todo príncipe que tiene que luchar con la rebelión en su propio país y con enemigos exteriores, ambos poderosos e inveterados.

-Cuando fui honrado con su confianza, señor -dijo el filósofo-, y abandoné la corte de Buda por la de Plessis, fué con la resolución de poner a la disposición de mi real patrón cuanto mi ciencia contenga que pueda serle útil.

-Basta, buen Martivalle; te ruego que atiendas a la importancia de esta cuestión.

A renglón seguido leyó el siguiente papel: «Una persona que tiene pendiente una controversia de importancia, que acabará en debate, ya por la ley o por la fuerza de armas, desea, por el presente, buscar un arreglo mediante una entrevista personal con su antagonista. Desea saber qué día será el más propicio para la realización de tales propósitos; asimismo, cuál será el resultado de semejante negociación y si su adversario responderá a la confianza puesta en él con gratitud y amabilidad o, por el contrario, abusará de la oportunidad y ventaja que tal entrevista puedan proporcionarle.»

-Es una cuestión importante -dijo Martivalle, cuando el rey acabó de leer- y exige que disponga una figura planetaria y la consulte con detención.

-Que así sea, mi buen padre en las ciencias, y sabrás lo que es hacer un favor a un rey de Francia. Estoy decidido, si las constelaciones no prohíben arriesgar algo y mis modestos conocimientos me inducen a pensar que aprueban mi intención, aun en mi persona, a terminar con estas guerras anticristianas.

-¡Que los santos protejan el piadoso intento de Su Majestad -dijo el astrólogo- y preserven su sagrada persona!

-Gracias, querido padre. Aquí hay algo, mientras tanto, para aumentar su curiosa biblioteca.

Colocó bajo uno de los volúmenes una bolsita de oro, pues, económico aun en sus supersticiones, Luis se imaginaba al astrónomo lo suficientemente recompensado con

las pensiones que le había asignado, y se consideraba con derecho a usar de su habilidad a un precio moderado aun en los casos de urgencia.

Habiendo, pues, Luis dado así una gratificación supletoria a su consultor general, le dejó para dirigirse a Durward.

-Sígueme -le dijo-, mi buen escocés, elegido por el Destino y un monarca para ejecutar una atrevida aventura. Todo debe estar preparado para que puedas poner el pie en el estribo en el mismo momento en que la campana de San Martín dé las doce. Un minuto antes o después sería en contra del favorable aspecto de las constelaciones, que sonríen a tu aventura.

Diciendo esto abandonó la habitación el rey, seguido por su joven guardia, y tan pronto se marcharon, el astrólogo se entregó a expansiones muy distintas de las que expresaba durante la presencia real.

-¡El tacaño miserable! -dijo pesando la bolsa en su mano, pues siendo hombre muy gastoso casi siempre necesitaba dinero-. ¡El sórdido avaro! La mujer de un patrón de barco hubiese dado más por saber que su marido había cruzado bien el mar tempestuoso. *¡El,* con pretensiones de entender de letras!; sí, eso será cuando las zorras rondadoras y los lobos aulladores se hagan mú*sicos. ¡El,* con pretensiones de leer las luminarias gloriosas del firmamento!; eso será cuando los topos se hagan linces. *Post tot promissa*; después de tantas promesas hechas para hacerme abandonar la corte del magnífico Matías, en la que hunos y turcos, cristianos e infieles, el zar de Moscovia y el sultán de Tartaria se disputaban para colmarme de regalos. ¿Es que piensa que voy a habitar en este viejo castillo, como un pinzón real en su jaula, dispuesto a cantar cuando él silbe, y todo por la semilla y el agua? No será así; *aut inveniam viam, aut faciam*; descubriré un remedio. El cardenal Balue es político y liberal; le presentaré esta cuestión, y será culpa de su eminencia si las estrellas no hablan a gusto suyo.

Tomó de nuevo el despreciado regalo y lo pesó en su mano.

«Quizá -se dijo- haya alguna joya, o perla de precio oculta en esta mezquina bolsa. He oído decir que sabe ser liberal hasta la esplendidez cuando le conviene a su capricho o a su interés.»

Vació la bolsa, que sólo contenía diez piezas de oro. La indignación del astrólogo fué extrema.

«¿Cree él que por tan miserable cantidad voy a practicar la ciencia celestial que he estudiado con el abad armenio de Istrahoff, que no ha visto el sol hace cuarenta años; con el griego Dubravius, de quien se dice que resucitaba los muertos, y hasta ha visitado al sheik Ebn Hali en su cueva de los desiertos de Tabaida? No, en modo alguno; el que desprecia al arte morirá por su propia ignorancia. ¡Diez piezas! Una menudencia que casi me avergonzaría ofrecer a Toinette para comprarle un nuevo corpiño de encaje.»

Al decir esto, el indignado sabio se guardó, sin embargo, las despreciadas monedas de Oro en un gran bolso que llevaba al cinturón, que Toinette y otras personas de

Librodot

índole gastosa se esforzaban en vaciar mucho más de prisa que el filósofo, con todo su arte, encontraba medios de llenar[(32)].

Capítulo XIV

El viaje (continuación)

Te veo aún,
hermosa Francia,-tierra favorecida
Por el arte y la naturaleza; -aun estás ante mí;
A tus hijos, para quien su trabajo es un sport,
Ya que tan pródigo tu agradecido suelo devuelve sus esfuerzos;
A tus hijas tostadas, con sus ojos sonrientes
Y satinados rizos negros. Pero, Francia favorecida,
Has tenido muchas leyendas de dolor que contar
En tiempos pasados y en los actuales.

Anónimo.

Evitando toda conversación con nadie (pues tal era su consigna), Quintín Durward procedió rápido a colocarse una fuerte coraza blindada, con piezas protectoras de brazos y muslos, y colocó en su cabeza un buen casco de acero sin visera. Agregó a esto una hermosa casaca de cuero de gamuza, bien curtida y adornada por las costuras con bordados, como los de un empleado superior en una noble casa.

Estas prendas fueron llevadas a la habitación por Oliver, quien, con su sonrisa y modales insinuantes, le participó que su tío había sido citado para hacer la guardia con el fin de que no hiciese averiguaciones concernientes a estos movimientos misteriosos.

-Se presentarán sus excusas a su pariente -dijo Oliver sonriendo de nuevo-, y mi querido hijo, cuando vuelva salvo de haber realizado esta agradable misión, no dudo que resultará digno de un ascenso que le dispensará de dar cuenta de sus movimientos a nadie, mientras le colocará a la cabeza de aquellos que deberán dar cuenta de los suyos a usted.

Así habló Oliver le Diable, calculando en su fuero interno la gran probabilidad que había de que el pobre joven, cuya mano apretaba con afecto mientras hablaba,

Librodot

encontrase necesariamente la muerte o el cautiverio en la comisión que se le había confiado. Añadió a sus palabras de halago una pequeña bolsa de oro, para hacer frente a los gastos necesarios del viaje, como obsequio ofrecido por el rey.

Unos minutos antes de medianoche, Quintín, conforme a las instrucciones recibidas, se dirigió al segundo patio y se detuvo bajo la torre del Delfín, que, según el lector sabe, estaba destinada a residencia temporal de la condesa de Croye. Encontró en este lugar a los hombres y caballos que habían de formar parte de la comitiva, llevando dos mulas ya cargadas con equipaje y tres caballos para las dos condesas y una fiel servidora y un corcel de guerra para él, cuya silla, guarnecida de acero, brillaba a la pálida luz de la luna. Ni una palabra a guisa de saludo se habló por ambas partes. Los hombres se erguían en sus monturas sin movimiento alguno, y a la misma luz imperfecta vió Quintín con placer que estaban todos armados y que sostenían largas lanzas en sus manos. Sólo eran tres; pero uno dijo en voz baja a Quintín, en acento gascón bien marcado, que el guía se los uniría más allá de Tours.

Mientras tanto, se veían luces que se movían a través de las celosías de la torre, denotando actividad y preparativos en sus habitantes. Por fin, una pequeña puerta, que conducía del fondo de la torre al patio, se abrió, y tres mujeres salieron acompañadas de un hombre envuelto en un capote. Montaron en silencio las caballerías que le estaban designadas, mientras su acompañante a pie guiaba y dió el santo y seña a los centinelas de guardia, cuyos puestos pasaron sucesivamente. Así alcanzaron, por fin, el exterior de estas formidables barreras. Aquí el hombre a pie, que hasta ahora había actuado de guía, se detuvo y habló bajo a las dos mujeres que iban delante.

-¡Que el cielo le proteja, señor -dijo una voz que emocionó a Quintín-, y le perdone, aunque sus propósitos sean más interesados de lo que denotan sus palabras! El ser colocada a salvo bajo la protección del buen obispo de Lieja es mi mayor deseo.

La persona a la que así se dirigía dió una respuesta que no se oyó y se retiró por el portillo de la fortaleza, al tiempo que Quintín se imaginaba que, a la luz de la luna, reconocía en ella al propio rey, cuya ansiedad por la marcha de sus huéspedas le había quizá inducido a estar en persona por si se suscitaban escrúpulos por parte de ellas o había dificultades por parte de los centinelas del castillo.

Cuando los jinetes rebasaron éste, fué necesario durante algún tiempo cabalgar con gran precaución para evitar los pozos, trampas y demás artificios que estaban dispuestos para molestia del forastero. El gascón conocía, sin embargo, a la perfección la clave de este laberinto, y después de un cuarto de hora de montar se encontraron fuera de los límites de Plessis le Pare y no muy lejos de la ciudad de Tours.

La luna, que ya se había librado de las nubes que antes la ocultaban a ratos, lanzaba una hermosa luz sobre un paisaje igualmente bello. Vieron al Loira extendiendo sus majestuosas ondas a través de las más ricas llanuras de Francia y corriendo a lo largo de orillas adornadas con torres y terrazas y con olivares y viñedos. Vieron las murallas de la ciudad de Tours, la antigua capital de la Turena, elevar sus graves torres y bastiones blancos a la luz de la luna, mientras, en el interior del círculo que formaban, se erguía la inmensa mole gótica que la devoción del santo obispo Perpetuus levantó en el remoto siglo V, y que el celo de Carlomagno y sus sucesores había aumentado con tal esplendor que hacían de ella la iglesia más magnífica de Francia. Las torres de

la iglesia de Saint Gatien también eran visibles, y la reciedumbre tétrica del castillo, del que se decía que en tiempos pretéritos había sido la residencia del emperador Valentiniano.

Aun las circunstancias en que estaba colocado, de una índole tan absorbente, no impidieron se entusiasmase el joven escocés, acostumbrado al desolado, aunque impresionante, escenario de sus propias montañas y a la pobreza de los paisajes más principales de su país, ante el escenario que, el arte y la naturaleza habían contribuído en adornar con el más rico esplendor. Pero fué vuelto a la realidad del momento por la voz de la señora mayor (en una octava, por lo menos, más alta que esos tonos suaves con la que se despidió de Luis XI), que deseaba hablar con el jefe de la comitiva. Espoleando su caballo y avanzando, Quintín se presentó respetuosamente a las damas con tal carácter, y fué sometido a un interrogatorio por parte de lady Hameline.

-¿Cuál es su nombre y su empleo?

Dijo ambos.

-¿Conoce perfectamente el camino?

-No puedo -replicó- presumir de conocer mucho el camino; pero poseo instrucciones completas, y en el primer sitio de descanso me espera un guía competente en todos sentidos para continuar guiándoles el resto del viaje.

Mientras tanto, un jinete que se les acababa de unir, y elevaba a cuatro el número de los guardias, había de ser su guía en la primera etapa.

-¿Y por qué fué usted escogido para tal comisión, joven? -dijo la dama-. Tengo entendido que es usted el mismo joven que estuvo últimamente de guardia en la galería en que encontramos a la princesa de Francia. Parece usted joven e inexperto para ese cargo, forastero también en Francia y hablando el idioma como extranjero.

-Tengo precisión de obedecer a los mandatos del rey, señora; pero no estoy autorizado para razonarlos -contestó el joven soldado.

-¿Es usted de cuna noble? -preguntó la dama.

-Puedo afirmarlo con seguridad, señora -contestó Quintín.

-¿Y no es usted el mismo -dijo la dama joven dirigiéndose a él a su vez, pero con acento timorato- a quien vi cuando fui llamada a servir al rey en la posada?

Bajando su voz, quizá por análogos sentimientos de timidez, Quintín contestó afirmativamente.

-Entonces -dijo lady Isabel dirigiéndose a lady Hameline estamos seguras bajo la salvaguardia de este caballero; no parece, al menos, uno a quien la ejecución de un plan de crueldad traicionera respecto a dos infelices mujeres pueda ser confiado desde luego.

-¡Por mi honor, señora -dijo Durward-; por la fama de mi casa; por los restos de mis antepasados, no sería nunca culpable de traición o crueldad con usted!

-Habla usted bien, joven -dijo lady Hameline-; pero estamos acostumbradas a bellos discursos del rey de Francia y sus secuaces. Por estos discursos fuimos inducidas a buscar refugio en Francia, cuando la protección del obispo de Lieja podía haberse alcanzado con menos riesgo que ahora, o cuando podíamos habernos buscado la de Wenceslao de Alemania o la de Eduardo de Inglaterra. ¿Y en qué han quedado las promesas del rey? En una ocultación obscura y vergonzosa de nuestras personas, bajo nombres plebeyos, como si fuésemos productos prohibidos, en una posada mezquina, donde nos veíamos obligadas a ataviarnos de pie sobre el simple suelo, como si hubiésemos sido dos lecheras; cuando, como tú sabes, Marthon -dirigiéndose a su criada-, nunca me puse una escofieta sino bajo un dosel y sobre un estrado.

Marthon afirmó que su señora había dicho la pura verdad.

-Me gustaría que eso hubiera sido el mal peor, querida parienta -dijo lady Isabel-; hubiera podido muy bien pasar sin lujos.

-Pero no el vivir aisladas -dijo la condesa de más edad-; eso, mi querida sobrina, resultaba inaguantable.

-Lo hubiera perdonado todo, mi querida parienta -contestó Isabel en una voz que penetró hasta el mismo corazón de su joven conductor y guardián-, todo, por un retiro seguro y honroso. No deseo, Dios sabe que nunca lo deseé, ser causa de una guerra entre Francia y Borgoña, mi país natal, o que se sacrifiquen vidas por mis causas. Sólo pido permiso para retirarme al convento de Marmontier o a cualquier otro santo santuario.

-Hablas como una simple, sobrina -contestó la señora de más edad-, y no como la hija de mi noble hermano. Conviene que aun viva alguien que sostenga el espíritu de la noble casa de Croye. ¿Cómo se distinguiría una dama de alcurnia de una lechera quemada por el sol sino porque por la una se rompen lanzas y por la otra sólo se quiebran varas de avellano? Te digo, muchacha, que mientras estaba en la primavera de mi vida, con pocos más años que tú, se celebró en mi honor el famoso desafío de armas en Haflinghem; los que desafiaban fueron cuatro; los asaltantes llegaron a doce. Duró tres días y costó la vida de dos caballeros audaces, la fractura de un espinazo, una clavícula, tres piernas y dos brazos, aparte de las heridas y contusiones que no tuvieron en cuenta los heraldos; y de este modo han sido siempre honradas las damas de nuestra casa. ¡Ah!, si poseyeses parte de la intrepidez de tus nobles antepasados encontrarías medios para organizar un torneo en alguna corte, en la que el amor a las damas y la fama en el manejo de las armas son aun apreciadas, en el que tu mano sería el galardón, como lo fué la de tu bisabuela, de bendito recuerdo, en el torneo de lanzas de Estrasburgo; y de este modo ganarías la mejor lanza de Europa para mantener los derechos de la casa de Croye a un mismo tiempo contra la opresión de Borgoña y la política de Francia.

-Pero, querida parienta -contestó la joven condesa-, me contó mi vieja niñera que, aunque el Rhinegrave fué la mejor lanza en el gran torneo de Estrasburgo, y por eso conquistó la mano de mi respetada antecesora, el matrimonio, sin embargo, no fué feliz, ya que él regañaba con frecuencia y aun a veces pegaba a mi bisabuela, de grata memoria.

-¿Y por qué no? -dijo la vieja condesa, llevada de su romántico entusiasmo por la profesión de caballeros de armas-. ¿Por qué esos victoriosos caballeros, acostumbrados a lanzar mandobles en el campo, deberían haber refrenado sus energías en casa? Mil veces hubiera preferido ser pegada dos veces al día por un marido cuya lanza fuese tan temida por los otros como por mí, que ser la mujer de un cobarde que no se atreviese ni a levantar la mano a su esposa ni a nadie más.

-Me gustaría que disfrutases de un compañero tan activo, querida tía -replicó Isabel-, sin por eso envidiarte, pues si el quebrantamiento de huesos es disculpable en torneos, no existe nada menos agradable en la morada de una dama.

-Ya; pero el pegar no es una consecuencia necesaria del matrimonio con un caballero de armas famoso -dijo lady Hameline-; aunque es verdad que nuestro antecesor, de grato recuerdo, el rhinegrave Gottfried, era de temperamento algo colérico y acostumbrado al vino del Rin. El caballero perfecto es un cordero entre las damas y un león entre las lanzas. Acuérdate de Thibaut de Montigni, ¡Dios sea con él!, que fué la persona más amable que existió, y no sólo cometió nunca la villanía de levantar su mano contra su dama, sino que, aquel que derrotaba a todos sus enemigos en el campo, encontró a una bella enemiga que sabía pegarle en casa. Bien, fué culpa suya; fué uno de los retadores en el torneo de Haflinghem, y tan bien se portó, que si el cielo hubiese querido y tu abuelo, hubiera habido una señora de Montigni que le hubiese tratado con más dulzura.

La condesa Isabel, que tenía algunos motivos para temer a este torneo de Haflinghem, que era asunto en el que su tía resultaba difusa en toda época, dejó que la conversación decayese; y Quintín, con la finura natural de uno que ha sido bien educado, temiendo que su presencia pudiese ser un freno para la conversación de tía y sobrina, se adelantó para unirse al guía, como si tuviese que preguntarle algunas cuestiones concernientes al camino que seguían.

Mientras tanto, las damas continuaron el viaje en silencio o con conversación que no merece la pena de ser consignada, hasta que amaneció; y como habían permanecido a caballo varias horas, Quintín, temeroso de que estuviesen fatigadas, mostró impaciencia por saber qué distancia les separaba aún del primer sitio de descanso.

-Puede ser -contestó el guía- que lleguemos dentro de media hora.

¿Y entonces le reemplazará a usted otro guía? -continuó Quintín.

-Así es, señor arquero -replicó el hombre-; mis viajes son siempre cortos y rectos. Cuando usted y otros, señor arquero, van dando rodeos, yo voy siempre por el camino más corto.

La luna hacía ya tiempo que se había marchado y las luces de la aurora comenzaban a lucir en el oriente y a iluminar un pequeño lago, por cuya orilla iban cabalgando hacía un poco de tiempo. Este lago yacía en medio de una llanura sembrada de árboles aislados, matorrales y espesuras; pero que podía, sin embargo, considerarse como espacio abierto, y ya los objetos comenzaban a distinguirse con suficiente precisión. Quintín miró a la persona que cabalgaba a su lado, y bajo la sombra de un sombrero de ala ancha, que recordaba al de un labriego español, reconoció las facciones antipáticas del mismo Petit-André, cuyos dedos, combinados

con los de su lúgubre compañero Trois-Eschelles, se habían mostrado tan desagradablemente activos no hacía mucho alrededor de su cuello. Impelido por la aversión, en la que había mezclado algo de temor (pues en su país el verdugo es mirado con horror casi supersticioso), que su difícil escapatoria no había disminuido, Durward desvió instintivamente la cabeza de su caballo a la derecha, y aguijoneándole al mismo tiempo con la espuela, dió una media vuelta, que le separó unos ocho pies de su odioso compañero.

-¡Eh, eh! -exclamó Petit-André-. Por Nuestra Señora de Greve, nuestro joven soldado nos recuerda de antaño. ¡Cómo!, camarada, no nos guardará rencor, ¿no es eso? Todo el mundo gana su pan en este país. Nadie necesita avergonzarse de haber pasado por mis manos. Y Dios me ha concedido la gracia de ser además un individuo muy alegre. ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! Podría contarle todos los chistes que he dicho entre el pie de la escala y lo alto de la horca, y a veces me he visto obligado a hacer más que de prisa, mi trabajo por temor de que los individuos muriesen riendo. Mientras hablaba así dirigió su caballo hacia el costado para ganar el intervalo que el escocés había interpuesto entre los dos.

-Venga, señor arquero, ¡que no haya enemistades entre nosotros! Por mi parte, siempre hago mi deber sin malicia y con el corazón alegre, y nunca amo más a un hombre sino cuando pongo el collar alrededor de su cuello para hacerlo caballero de la Orden de Saint Patibularius, como el capellán del preboste, el digno padre va con el diablo, acostumbra a llamar al santo patrón de los ajusticiados.

-¡Atrás, ser infeliz! -exclamó Quintín cuando el ejecutor de la ley intentó de nuevo aproximársele-, o me veré forzado a mostrarte la distancia que debe mediar entre hombres de honor y hombres como tú.

-¡Ya, qué acalorado está! -dijo el individuo-. Si hubiese dicho hombres *honrados* habría algo de verdad en ello; pero hombres de *honor*. Tengo que tratar con ellos todos los días tan de cerca como si tuviese que llevar un negocio con usted. Pero haya paz y acompáñese usted solo. Le hubiera obsequiado con una botella de Auvernat para borrar toda rencilla; pero es probable que desdeñe mi amabilidad. Bien. Sea tan grosero como guste. No acostumbro a reñir nunca con mis parroquianos, mis alegres danzarines, mis compañeros de juego, como Jacobo Butcher llama a sus ovejas. No, no, que me traten como quieran; al final encontrarán mis buenos servicios, y usted mismo verá, cuando vuelva a las manos de Petit-André, que sabe perdonar una injuria.

Diciendo esto y poniendo remate a sus palabras con un guiño provocador, Petit-André se desvió al otro lado del camino y dejó al joven que digiriese los improperios que le había dirigido como mejor pudiese su orgulloso estómago escocés. Un fuerte deseo había tenido Quintín de pegarle con su lanza; pero supo poner freno a sus pasiones, recordando que una riña con semejante tipo no estaba justificada en ningún lugar ni momento, y que una contienda de cualquier especie en la presente ocasión sería una falta a su deber y podía traer consigo las peores consecuencias. Por eso contuvo la cólera que le produjo los chistes profesionales e inoportunos de Mons. Petit-André, y se contentó con desear devotamente que no hubiesen llegado a oídos de la dama joven, en la que no podía suponerse que hiciesen una impresión favorable

Librodot

para él. Pero pronto fué desviado de estos pensamientos por los gritos de una de ambas damas:

-¡Mire atrás, mire atrás! ¡Por amor de Dios, cuide de usted y de nosotras; estamos perseguidas!

Quintín miró rápido hacia atrás y vió que dos hombres armados les seguían, en efecto, y cabalgaban a tal paso que pronto les alcanzarían.

-Sólo pueden ser -dijo- algunos de los soldados del preboste que hacen la ronda en el bosque. Mira -le dijo a Petit-André- y dime quiénes pueden ser.

Petit-André obedeció y replicó:

-Estos señores no son ni camaradas suyos ni míos, pues me parece que usan cascos con las viseras abatidas y golas, de la misma especie. ¡Son inaguantables estas golas! Hay que hurgarlas más de una hora antes de que puedan abrirse los remaches.

-Amables damas -dijo Durward sin hacer caso de lo que decía Petit-André-, sigan hacia adelante, no tan de prisa como para que pueda creerse que van huídas y, sin embargo, lo suficiente para aprovecharse del obstáculo que pienso colocar entre ustedes y estos hombres que nos siguen.

La condesa Isabel miró a su guía y luego murmuró algo a su tía, quien habló a Quintín de este modo:

-Tenernos confianza en sus cuidados, arquero, y preferimos correr cualquier clase de riesgos en su compañía que seguir adelante con ese hombre, cuyo semblante nos parece de mal augurio.

-Hagan lo que quieran, damas -dijo el joven- Sólo son dos los que nos persiguen, y aunque sean caballeros, como parecen indicar sus armas, bien pronto sabrán, si les anima algún mal propósito, cómo un caballero escocés puede cumplir su deber en presencia y por la defensa de personas como ustedes. ¿Quién de vosotros -continuó, dirigiéndose a los guardias que mandaba- desea ser mi camarada y romper una lanza con estos galanes?

Dos de los hombres se resistieron visiblemente; pero el tercero, Beltrán Guyot, juró «que *cap de diou*, aunque fuesen caballeros de la Mesa Redonda del rey Arturo, habría de poner a prueba su bizarría por el honor de Gascuña».

Mientras hablaba, los dos caballeros, pues no parecían personas de menos rango, llegaron a la retaguardia de la comitiva, en la que Quintín, con su robusto acompañante, se había ya situado. Iban bien protegidos con una armadura excelente de acero pulido, sin ninguna divisa por la que pudieran ser reconocidos.

Uno de ellos, al aproximarse, dijo a Quintín:

-Señor caballero, venimos a librarle de un cometido que es superior a su rango y condición. Hará bien en dejar a estas damas a nuestro cuidado, ya que somos más aptos para acompañarlas, puesto que sabemos que en su compañía están poco menos que cautivas.

-En respuesta a sus demandas, señores -replicó Durward-, sepan, en primer lugar, que estoy desempeñando el deber que me ha señalado mi actual soberano; y en segundo lugar, que, por muy indigno que pueda ser, las damas desean continuar bajo mi protección.

-¡Cómo! -exclamó uno de los campeones-. ¿Y se atreve usted, mendigante vagabundo, a ofrecer resistencia con sus palabras a caballeros de nuestro linaje?

-Empleo esas palabras -dijo Quintín- porque se oponen a su insolente e ilegítima agresión; y si hubiese diferencia de rango entre nosotros, lo que aún ignoro, su descortesía lo habría borrado. Saquen sus espadas, o si prefieren usar las lanzas, prepárense para la carrera.

Mientras los caballeros volvían sus caballos y retrocedían a una distancia de ciento cincuenta yardas, Quintín, mirando a las damas, se inclinó sobre la silla como si desease una mirada favorable de ellas, y mientras le agitaban sus pañuelos en señal de estímulo, los dos provocadores habían ganado la distancia necesaria para cargar.

Recomendando al gascón que se portase como un hombre, Durward puso en movimiento su corcel, y los cuatro jinetes se encontraron, a pleno galope, en medio del campo que al principio les separaba. El choque fué fatal para el pobre gascón, pues su adversario, apuntando a su cara, que no estaba defendida por visera, le clavó la lanza en el cerebro a través de un ojo, con lo que cayó muerto del caballo.

Por otra parte, Quintín, aunque luchando con la misma desventaja, se movió sobre la silla con tanta destreza, que la lanza contraria, rozando levemente su mejilla, pasó sobre su hombro derecho, mientras su lanza, dando de lleno sobre su pecho, le derribó al suelo. Quintín saltó para quitar el casco a su caído antagonista; pero el otro caballero (que aun no había hablado), viendo la desgracia de su compañero, se apeó aun más de prisa que Quintín, y montando a horcajadas a su amigo, que estaba sin sentido, exclamó:

-¡En nombre de Dios y San Martín, monta, buen hombre, y márchate con tus mujeres! Bastante daño han causado esta mañana.

-Con su permiso, señor caballero -dijo Quintín, que no podía tolerar el tono amenazador en que fué dado este consejo-, primero veré con quién he tenido que pelear y sabré quién ha de responder por la muerte de mi camarada.

-En tu vida lo sabrás ni podrás decirlo -contestó el caballero-. Vete en paz, buen hombre. Si fuimos tontos al interrumpir vuestro viaje, hemos llevado la parte peor, pues has hecho más daño que el que tu vida y la de todos los de tu partida pueden resarcir. No obstante, si lo *quieres*,(pues Quintín había desenvainado su espada y avanzaba hacia él), tómalo como una venganza.

Diciendo esto, dió al escocés tal golpe en el casco como hasta ese momento (aunque criado en sitio donde se prodigaban los buenos golpes) sólo conocía por la lectura de romances. Descendió la espada como un rayo, abatiendo la guardia que el joven escocés había elevado para proteger su cabeza, y alcanzando su casco acorazado, lo cortó hasta alcanzar su cabello, pero sin hacerle más daño, mientras Durward, aturdido, atontado y caído sobre una rodilla, estuvo por un instante a la

merced del caballero si hubiese querido repetir el golpe. Pero cierta compasión ante la juventud de Quintín, o admiración por su valor, o un amor generoso para jugar limpio, le hicieron desistir de aprovecharse de semejante ventaja, en tanto que Durward, reuniendo sus fuerzas, saltó y atacó a su antagonista con la energía de uno decidido a ganar o a morir, y al mismo tiempo con la presencia de ánimo necesario para luchar sacando el mayor partido. Resuelto a no exponerse de nuevo a golpes tan terribles como el que acababa de sufrir, utilizó la ventaja de su mayor agilidad, favorecida por la relativa ligereza de su armadura, para fatigar a su antagonista con movimientos tan repentinos y tal rapidez de ataque, que el caballero, embutido en su pesada armadura, encontraba dificultad para defenderse sin fatigarse mucho.

Fué en vano que su generoso contrincante dijese a gritos a Quintín «que ya no había causa de contienda entre ambos y que estaba poco dispuesto a decidirse a hacerle daño». Escuchando sólo las sugestiones de un deseo ardiente para redimir la vergüenza de su derrota parcial, Durward continuó atacándole con la rapidez de un relámpago, ya amenazándole con el filo, ya con la punta de su espada, y manteniendo tal vista sobre los movimientos de su contrario, de cuyas fuerzas superiores tenía tan terrible prueba, que estaba dispuesto a saltar atrás o a un costado para librarse de los golpes de su tremenda arma.

-¡Que el diablo cargue contigo por tu obstinación presuntuosa! -murmuró el caballero-. Esto no acabará hasta que sufras un golpe en la cabeza.

Al decir esto, cambió de modo de combatir, se preparó para mantenerse a la defensiva y pareció contentarse con parar, en vez de devolver, los golpes que Quintín le dirigía incesantemente, con la resolución interna de que, en el instante en que una falta de aliento o cualquier movimiento falso o descuidado del joven soldado le diese oportunidad, pondría fin a la lucha de un solo golpe. Es probable que lo hubiera conseguido con esta táctica artera; pero el hado había dispuesto otra cosa.

Estaba aún el duelo en su apogeo cuando una gran partida a caballo se presentó, gritando:

-¡Alto, en nombre del rey!

Ambos campeones se detuvieron, y Quintín vió con sorpresa que su capitán, lord Crawford, estaba a la cabeza de la partida que de este modo había interrumpido su combate. También estaba allí Tristán l'Hermite con dos o tres de los suyos, habiendo quizá en conjunto veinte caballos.

Capítulo XV

El guía

Era hijo de
Egipto, según me dijo,

Y descendiente de esos temibles magos
Que sostenían guerras temerarias cuando
Israel vivía en Goschen,
Con Israel y su profeta -y desafiaban
Los milagros de Jehová con conjuros,
Hasta que sobre Egipto vino el ángel vengador,
Y aquellos sabios orgullosos lloraron por su primogénito,
Como lloraron los iletrados campesinos.

Anónimo[(33)].

La llegada de lord Crawford y su guardia puso inmediato fin al combate que hemos tratado de describir en el último capítulo, y el caballero, arrojando su casco, dió precipitadamente al viejo lord su espada, diciendo:

-Crawford, me rindo. ¡Pero al oído le diré, bajo su palabra de honor, salve al duque de Orleáns!

-¿Cómo, es posible? ¡El duque de Orleáns! -exclamó el jefe escocés-. ¿Cómo ha sucedido esto?

-No pregunte nada -dijo Dunois, pues se trataba de él-; ha sido culpa mía. Mire, se mueve. Yo me adelanté para ver a aquella damisela, y mire lo que ha ocurrido. Que se queden atrás sus soldados, que ningún hombre le mire.

Diciendo esto, abrió la visera de Orleáns y arrojó agua en su rostro, que le proporcionó el próximo lago.

Quintín Durward, mientras tanto, se quedó como petrificado; tan rápidas se sucedían las aventuras para él. Como las pálidas facciones de su primer contrincante le aseguraban había derribado al primer príncipe de sangre azul de Francia, y había contendido con su mejor campeón, el célebre Dunois, ambos hechos de por sí muy honrosos, aunque era cuestión diferente el asegurar si podían considerarse como buen servicio prestado al rey o estimado como tal por éste.

El duque había ya vuelto en sí y pudo sentarse y fijarse en lo que había pasado entre Dunois y Crawford, mientras el primero rogaba ansiosamente que no había por qué mezclar en el asunto el nombre del más noble Orleáns, ya que estaba dispuesto a aceptar toda la responsabilidad de lo sucedido y a confesar que el duque sólo había venido allí en calidad de amigo suyo.

Lord Crawford continuó escuchando con sus ojos fijos en el suelo, y de vez en cuando suspiraba y movía la cabeza. Por fin dijo, alzando la vista:

-Tú sabes, Dunois, que en nombre de tu padre, así como por ti, estoy bien dispuesto a prestarte un servicio.

Librodot

-Por mí, no pido nada -contestó Dunois-. Tienes mi espada y soy tu prisionero; ¿qué más hace falta? Pero es por este noble príncipe, la única esperanza de Francia si Dios llama al Delfín a su seno. Sólo vino acá para hacerme un favor en un empeño para hacer mi fortuna, en un asunto que el rey ha alentado en parte.

-Dunois -replicó Crawford-, si otro me hubiese dicho que habías traído al noble príncipe a este peligro para satisfacer un fin tuyo, le hubiera dicho que eso era mentira. Y ahora que tú me lo dices, apenas puedo creer que sea verdad.

-Noble Crawford -dijo Orleáns, que ya se había repuesto del todo de su desmayo-, es usted de carácter muy parecido al de su amigo Dunois para no hacerle justicia. Fui yo quien le arrastré hasta aquí, contra su voluntad, a una empresa de pasión atolondrada, rápidamente pensada y llevada a cabo. Mírenme todos los que quieran -añadió, levantándose y volviéndose hacia los soldados-. Soy Luis de Orleáns, que desea sufrir el castigo que merece su locura. Confío en que el rey limitará su disgusto a mi persona, pues es lo justo. En el ínterin, ya que un hijo de Francia no debe entregar su espada a nadie, ni aun a usted, noble Crawford, ¡vete con Dios, buen acero!

Acompañando a estas palabras, sacó su espada de la vaina y la arrojó al lago. Cruzó el aire como un torrente de luz y se hundió en sus relucientes aguas, que rápidamente se cerraron sobre ella. Todos permanecieron quietos, irresolutos y atónitos; tan alto era el rango y tan estimada era la persona del culpable; al mismo tiempo todos se percataban que las consecuencias de esta atrevida empresa, teniendo en cuenta lo que el rey pensaba sobre él, servirían para arruinarle del todo.

Dunois fué el primero que habló, y lo hizo en el tono de regaño de un amigo ofendido y desconfiado.

-¿Así, pues, su alteza ha juzgado propio arrojar su mejor espada en la misma mañana en que ha decidido desechar el favor del rey y despreciar la amistad de Dunois?

-Mi querido pariente -dijo el duque-, ¿cuándo o cómo fué mi propósito el despreciar su amistad, por decir la verdad, cuando era necesaria para su salvación y mi honor?

-Me gustaría saber, mi querido primo, qué tiene su alteza que ver con mi salvación -contestó Dunois ásperamente-. ¿Qué le puede importar el que se me ocurriese dejarme ahorcar, o estrangular, o arrojarme al Loira, o ser apuñalado, o encerrado vivo en una jaula de hierro, o enterrado vivo en un foso de un castillo, o sometido a cualquier procedimiento que agradase al rey Luis para librarse de su fiel vasallo? (No necesita guiñar el ojo ni hacer visajes ni señalar a Tristán l'Hermite; veo al bribón tan bien como vos.) Y en cuanto a su honor, me parece que éste hubiera ganado con haber evitado el trabajo de esta mañana o no haber pensado en él. Aquí ha resultado desmontado su alteza por un salvaje muchacho escocés.

-¡Calle, calle! -dijo lord Crawford-; no avergüence a su alteza por eso. No es la primera vez que un joven escocés ha roto una buena lanza. Me alegra saber que el muchacho se ha portado bien.

Librodot

-No diré lo contrario -dijo Dunois-; sin embargo, si su señoría hubiese llegado más tarde de lo que lo hizo, hubiera habido una vacante en su compañía de arqueros.

-¡Ay, ay! -contestó lord Crawford-, puedo ver su obra en ese morrión rajado. Que alguien se lo quite al joven y le dé un bonete, que con su forro de acero preservará su cabeza mejor que ese casco roto. Y permítame que le diga a su señoría que su propia armadura no carece de algunas señales de buena labor escocesa. Pero, Dunois, ahora debo rogar al duque de Orleáns y a vos que tomen sus caballos y me acompañen, ya que estoy facultado y tengo poderes para ello, a un lugar diferente del que mis buenos deseos podían haberles designado.

-¿No puedo hablar una palabra, mi lord Crawford, a aquellas bellas damas? -preguntó el duque de Orleáns.

-Ni una sílaba -contestó lord Crawford-; soy demasiado amigo de su alteza para permitir semejante acto de locura.

Después, dirigiéndose a Quintín, añadió:

-Usted, joven, ha cumplido con su deber. Prosiga realizando la comisión que le ha sido confiada.

-Por favor, mi lord -dijo Tristán con su usual brutalidad-; el joven debe buscar otro guía. No puedo prescindir de Petit-André cuando hay tantas probabilidades de que se le presente trabajo.

-El joven -dijo Petit-André adelantándose- sólo tiene que conservar el camino que se abre derecho ante él y le conducirá a un lugar en donde encontrará al hombre que debe actuar de guía suyo. ¡Ni por mil ducados me ausentaría en el día de hoy del lado de mi jefe! He colgado a más de un caballero, a ricos *echevins* y a burgomaestres; aun condes y marqueses han probado mi trabajo; pero un... -miró al duque como para insinuar que había suprimido las palabras- ¡un príncipe de sangre!...

-¿Cómo permite que sus rufianes tengan ese lenguaje en tal presencia? -dijo Crawford mirando serio a Tristán.

-¿Por qué no le corrige usted mismo, mi lord? -dijo Tristán, hosco.

-Porque tu mano es la única entre los presentes que puede pegarle sin resultar degradada por semejante acción.

-Entonces, gobierne a los suyos, mi lord, y yo responderé de los míos -dijo el capitán preboste.

Lord Crawford parecía inclinado a dar una respuesta colérica; pero como si lo hubiese pensado mejor, volvió su espalda a Tristán y, rogando al duque de Orleáns y a Dunois que cabalgasen cada uno a un lado suyo, hizo señales de despedida a las damas, y dijo a Quintín:

-Dios te bendiga, hijo mío; has comenzado tu servicio valientemente, aunque en causa desgraciada.

Se disponía partir cuando Quintín pudo oír a Dunois que le preguntaba en voz baja a Crawford:

-¿Nos lleva a Plessis?

-No, mi desgraciado y temerario amigo -contestó Crawford con un suspiro- a Loches.

¡A Loches! El nombre de un castillo o más bien prisión, aun más temible que el propio Plessis, resonó fúnebremente para el joven escocés. Había oído hablar de él como un lugar destinado a la realización de esos actos secretos de crueldad con los que el mismo Luis se avergonzaba de corromper el interior de su propia residencia. Había en este sitio de terror calabozos sobrepuestos a otros calabozos, algunos de ellos desconocidos aun para el guardián de los mismos; sepulturas vivas, a que eran destinados hombres, con pocas esperanzas de conseguir otro empleo en el resto de su vida que el de respirar aire impuro y ser alimentados a pan y agua. En este formidable castillo había también sitios terribles de confinamiento, denominados *cages*, en el que el infeliz prisionero no podía ponerse de pie ni estirarse a lo largo; invención, según se decía, del cardenal Balue[(34)]. No debe sorprender que el nombre de este sitio de horrores y la convicción de que había contribuido en parte a despachar allí a dos víctimas tan ilustres llenaran de tanta tristeza el corazón del joven escocés, que cabalgó por algún tiempo con la cabeza gacha, con los ojos fijos en el suelo y el corazón lleno de las más penosas reflexiones.

Como se encontrase ahora a la cabeza de la pequeña tropa y siguiendo el camino que se le había indicado, lady Hameline encontró oportunidad para decirle:

-Me parece, señor, que lamenta la victoria que con su valentía ha logrado a favor nuestro.

Había algo en la pregunta que sonaba a ironía; pero Quintín tuvo el suficiente tacto para contestar sencillamente y con sinceridad:

-No puedo lamentarme de nada que sea hecho en servicio de damas como ustedes; pero pienso que si hubiese sido compatible con su libertad hubiera preferido caer por la espada de soldado tan bueno como Dunois que haber sido la ocasión para que ese famoso caballero y su infeliz superior, el duque de Orleáns, vayan a parar a esos horrorosos calabozos.

-Era, pues, el duque de Orleáns -dijo la dama de más edad volviéndose a su sobrina-. Así me pareció, aun a la distancia desde la que contemplé la lucha. Ya ves, parienta, lo que podíamos haber sido si este taimado y avaricioso monarca nos hubiese permitido mostrarnos en su corte. El primer príncipe de sangre azul de Francia y el valiente Dunois, cuyo nombre es tan famoso por doquier como el de su heroico padre; este joven cumplió con su deber bien y con bravura, pero es una lástima que no sucumbiese con honor, ya que su mal aconsejada bizarría se interpuso entre nosotras y estos salvadores de tan noble alcurnia.

La condesa Isabel replicó en tono firme y casi de desagrado, con una energía, en una palabra, que Quintín hasta ahora no le había visto emplear.

Librodot

-Tía -dijo-, si no supiese que habla en broma, diría que tus palabras son desagradecidas para nuestro bravo defensor, a quien debemos más, quizá, de lo que te imaginas. Si estos caballeros hubiesen triunfado en su temeraria empresa y hubiesen derrotado a nuestra escolta, ¿no es evidente que a la llegada de la guardia real hubiéramos participado de su cautiverio? Por mi parte, lamento y pronto encargaré misas por el bravo hombre que ha caído, y confío -continuó más tímidamente- que el que vive aceptará mis gracias sinceras.

Como Quintín volviese la cabeza hacia ella para corresponder a su agradecimiento, vió la condesa la sangre que corría a lo largo de una de sus mejillas, y exclamó con tono de profundo sentimiento:

-¡Santa Virgen, está herido! ¡Sangra! Apéese, señor, y deje que se le cure su herida.

A pesar de todo lo que Durward pudo decir de la poca importancia de su contusión, se vió obligado a desmontar, a sentarse en el suelo, a quitarse el casco, mientras las damas de Croye, que conforme a una moda aún no anticuada pretendían poseer algunos conocimientos del arte de curar, lavaron la herida, restañaron la sangre y la vendaron con un pañuelo de la condesa más joven para evitar que quedase expuesta al aire, según la práctica prescribía.

En tiempos modernos, los caballeros rara vez o nunca reciben heridas por las damas, y las damiselas, por su parte, nunca intervienen en la cura de heridas. De este modo cada cual evita un peligro. Todo el mundo reconoce aquel del que se libran los hombres; pero el peligro de curar una herida tan leve como la de Quintín era quizá tan efectivamente real como el riesgo de recibirla.

Ya hemos dicho que el paciente era sumamente guapo, y al quitarse el casco o, con más propiedad, su morrión, quedaron libres sus hermosas guedejas, que encuadraron un rostro en el que la alegría de la juventud se caracterizaba por un rubor de modestia y de placer a la vez. Los sentimientos de la joven condesa al verse obligada a mantener su pañuelo sobre la herida, mientras su tía buscaba en su equipaje algún medicamento, estaban mezclados de delicadeza y perplejidad, experimentando piedad por el paciente y gratitud por sus servicios, exagerados a sus ojos por sus hermosas facciones. En una palabra, este incidente parecía traído por el hado para completar la misteriosa comunicación que ya se había establecido entre dos personas por medio de pequeñas circunstancias aparentemente accidentales, las que, aunque distintos por la prosapia y la fortuna, se parecían mucho entre sí por su juventud, belleza y la ternura romántica de un temperamento amoroso. No es sorprendente, por tanto, que desde este momento el pensamiento de la condesa Isabel, ya tan familiar a su imaginación, fuese el dominante en Quintín, ni el que la doncella, aunque sus sentimientos fuesen de un carácter menos decidido, por lo menos por lo que a ella se le alcanzaba, pensase en su joven defensor, a quien acababa de prestar un servicio tan caritativo, con más emoción que en cualquiera de los nobles de alto copete que la habían cortejado en los dos últimos años. Especialmente, cuando se acordaba de Campo-Basso, el indigno favorito del duque Carlos, con su cara hipócrita, su espíritu traidor y vil, su cuello torcido y su estrabismo, su retrato le era más odioso que nunca, y decididamente resolvió que ninguna tiranía le haría consentir en unión tan odiosa.

Librodot

Mientras tanto, bien porque lady Hameline de Croye comprendiese y admirase la belleza masculina lo mismo que cuando tenía quince años menos (pues la buena condesa tenía por lo menos treinta y cinco años si los archivos de aquella noble casa dicen verdad), o bien porque pensase que había sido menos justa con su joven protector de lo que debía en la primera opinión que se había formado de sus servicios, lo cierto es que comenzó a caerle en gracia.

-Mi sobrina -le dijo- le ha dado un pañuelo, para vendar su herida; yo le daré uno para premiar su valentía y animarle a hacer nuevos progresos en su papel de caballero.

Al decir esto le dió un pañuelo azul y plata, ricamente bordado, y señalando a la gualdrapa de su caballo y a las plumas de su sombrero de montar, le quiso hacer fijarse que los colores eran los mismos.

La costumbre de la época prescribía un modo único de recibir semejante favor, que Quintín siguió, atando el pañuelo alrededor de su brazo; sin embargo, este sistema de agradecimiento resultaba más rutinario en esta ocasión de lo que hubiera sido en otro lugar y ante otra persona, pues aunque el testimonio de un favor hecho por una señora, como el de ahora, era cuestión de mero cumplido, Quintín hubiera preferido el derecho de atar en su brazo el pañuelo que vendaba la herida producida por la espada de Dunois.

Mientras tanto, continuaron su viaje, y ahora, Quintín cabalgaba junto a las damas, en cuya compañía parecía haber sido adoptado tácitamente. No habló mucho, sin embargo, embargado por un silencioso sentimiento de felicidad, que teme dar demasiada publicidad a lo que se siente.

La condesa Isabel habló aun menos; de modo que la conversación fué principalmente sostenida por lady Hameline, que no parecía inclinada a dejar que decayese, pues para iniciar al joven arquero, como ella decía, en los principios y prácticas de caballería, le contó con todo detalle el torneo de armas en Haflinghem, en el que ella había distribuído los premios entre los vencedores.

No muy interesado, siento tener que decirlo, con la descripción de la espléndida escena o de las armas heráldicas de los diferentes caballeros flamencos y alemanes que la dama describía con exactitud despiadada, comenzó Quintín a experimentar alguna alarma ante el temor de haber rebasado el sitio en que su guía había de unírsele; desastre de los más serios, y del que eran de esperar las peores consecuencias caso de ser cierto.

Mientras dudaba si sería mejor enviar atrás a uno de sus soldados para comprobar este extremo, oyó el sonido de un cuerno, y mirando en la dirección de donde provenía el sonido, vió a un hombre a caballo que cabalgaba de prisa hacia ellos. El tamaño pequeño y el aspecto salvaje, con pelo áspero y lamido, del animal recordó a Quintín los caballos montaraces que se daban en su país, aunque éste era de extremidades mucho más finas y más rápido de movimientos. La cabeza, en especial, que en el *pony* escocés es a menudo pesada, era pequeña y bien plantada sobre el cuello del animal, con quijadas finas, ojos brillantes y las ventanas de la nariz abiertas.

El jinete era aún de apariencia más singular que el caballo que montaba, aunque éste no se parecía en nada a los caballos de Francia. Si bien manejaba su caballo con

Librodot

gran destreza, apoyaba sus pies en anchos estribos, algo parecidos a palas, tan cortos de correas que sus rodillas quedaban casi a la altura de la perilla de su silla. Su traje se componía de un turbante rojo, pequeño, en el que llevaba una pluma descolorida asegurada por una hebilla de plata; su túnica, que se asemejaba a la de los *estradiots* (variedad de tropas a quienes los venecianos de aquella época reclutaban en las provincias en la parte oriental de su golfo), era de color verde y charramente abrochada con cordones de oro; llevaba calzones muy anchos, blancos, aunque no muy limpios, que se ajustaban debajo de las rodillas, y sus piernas, tostadas, irían del todo al aire de no ser por la complicada atadura que ligaban un par de sandalias a sus pies; no usaba espuelas, estando tan aguzados los bordes de sus anchos estribos que servían para estimular al caballo muy severamente. En su cinturón rojo llevaba este singular jinete, al lado derecho, una daga, y al izquierdo, un corto alfanje morisco, y de una banda descolorida pasada por el hombro colgaba el cuerno que anunciaba su llegada. Tenía un rostro moreno y tostado por el sol, con una barba clara, y ojos obscuros y penetrantes, una nariz y boca bien formadas y otras facciones que podían justificar se le llamase guapo, si no fuese por unas negras greñas de pelo que colgaban sobre su cara y su aire de rudeza y de demacración, que era más propio de un salvaje que de un hombre civilizado.

-¡Es también un gitano! - se dijeron entre sí las señoras-. ¡Santa Virgen! ¿Pondrá el rey de nuevo su confianza en estos desterrados?

-Preguntaré al hombre si así lo desean -dijo, Quintín-, y me aseguraré de su fidelidad lo mejor que pueda.

Durward, así como las damas de Croye, había reconocido en la apariencia y traje de este hombre los modales y modo de vestir de esos vagabundos con los que había estado a punto de ser confundido por los procedimientos rápidos de Trois-Eschelles y Petit-André, y él también experimentó aprensiones muy naturales referentes al riesgo de poner su confianza en uno de esta raza vagabunda.

-¿Has venido aquí a buscarnos? -fué su primera pregunta.

El forastero asintió con la cabeza.

-¿Y con qué fin?

-Para guiarle al palacio del de Lieja.

-¿Del obispo?

El bohemio asintió de nuevo.

-¿Qué señal puedes darme, para que tengamos confianza en ti?

-La antigua rima nada más -contestó el bohemio.

El paje mató al jabalí,
El par se llevó la gloria.

Librodot

-Es buena señal -dijo Quintín-. Guía, muchacho; hablaré contigo más ahora.

Volviendo después con las señoras, dijo:

-Estoy convencido que este hombre es el guía que esperamos, pues me ha dado una contraseña que sólo conoce el rey y yo. Pero hablaré más con él y trataré de asegurarme hasta qué punto puede uno fiarse de él.

Capítulo XVI

El vagabundo

Soy libre como la
Naturaleza quiso hacer al hombre al principio,
Antes de que comenzasen las leyes
tiránicas y la esclavitud,
Cuando, salvaje en los bosques, el noble
campaba por su respeto.

La Conquista de Granada.

Mientras Quintín sostenía con las damas la breve conversación necesaria para convencerlas que este singular personaje añadido a su escolta era el guía que esperaban de parte del rey, notó (porque estaba tan alerta observando los movimientos del extranjero como el bohemio podía estarlo por su parte) que el hombre no solamente volvía la cabeza hacia atrás, mirando a lo lejos, para ver si podía atisbarles, sino que, con una agilidad extraordinaria, que más parecía de mono que de hombre, giraba sobre la silla de montar hasta ponerse lateralmente, al parecer para vigilarles así con más atención.

No agradando esta maniobra a Quintín, cabalgó hacia el bohemio y le dijo, mientras éste, de repente, recobraba su primitiva posición sobre el caballo:

-Me parece, amigo, que hará un mal guía si mira a la cola del caballo en vez de mirar a las orejas.

-Y aunque fuese ciego -contestó el bohemio- no dejaría de guiarles por cualquier comarca de este reino de Francia o de las contiguas a él.

-Sin embargo, no eres francés -dijo el escocés.

-No lo soy -respondió el guía.

-¿De qué país eres? -preguntó Quintín.

-No tengo patria -contestó el guía.

-¡Cómo! ¿De ningún país? -repitió el escocés.

-No -respondió el bohemio-, de ninguno. Soy zíngaro, bohemio, egipcio o como los europeos, en sus diferentes idiomas, prefieran llamar a nuestra gente; pero no soy de país determinado.

-¿Eres cristiano? -preguntó el escocés.

El bohemio movió la cabeza negativamente.

-¡Perro! -dijo Quintín, pues en aquellos días había muy poca tolerancia para los que no profesaban el catolicismo- ¿Adoras a Mahoma?

-No -fué la indiferente y concisa respuesta del guía, que no se sintió ofendido ni sorprendido por las maneras violentas del joven.

-¿Eres entonces pagano o qué eres?

-No tengo religión[(35)] -contestó el gitano.

Durward retrocedió, pues a pesar de lo que había oído contar de los sarracenos o idólatras, no entraba en sus ideas la creencia de que hubiera gente en el mundo que no practicase religión alguna. Volvió de su asombro, preguntándolo al guía cuál era usualmente su morada.

-Cualquiera que la suerte me depara -replicó el gitano- No tengo hogar.

-¿Cómo guardas tus propiedades?

-Excepto las ropas que llevo encima y el caballo que monto, no tengo ninguna.

-No obstante, vistes decentemente y montas con soltura -dijo Durward-. ¿Y cuáles son tus medios para alimentarte?

-Como cuando tengo hambre y bebo cuando estoy sediento, y no tengo más medios de subsistencia que los que la suerte me arroja en mi camino -respondió el vagabundo.

-¿Bajo qué leyes vives?

-Sólo obedezco a aquellas que se adaptan a mis gustos y necesidades -dijo el bohemio.

-¿Quién es tu jefe y quién te ordena?

-El padre de nuestra tribu si yo quiero obedecerle -dijo el guía-; de otro modo no tengo quien me mande.

-Entonces -dijo el asombrado inquiridor- carece de lo que todos los hombres poseen: no tienes leyes, no tienes jefe, ni medios de existencia, ni conoce casa, ni hogar, ni patria; que el cielo le ilumine y perdone de no tener Dios. ¿Qué es lo que le resta privado de gobierno, de felicidad casera y religión?

Librodot

-Tengo libertad -dijo el gitano- No me rebajo ante nadie, no obedezco a nadie ni respeto a ninguno. Voy donde me place, vivo donde quiero y moriré cuando se cumplan mis días.

-Pero estás sujeto a morir cuando lo ordene el Juez Supremo.

-Siendo así -respondió el gitano-, moriré más pronto.

-Y a ser reducido a prisión también -dijo el escocés- ¿Y cuál es entonces tu proclamada libertad?

-En mis pensamientos -dijo el gitano-, que ninguna *cadena* puede sujetar, mientras que los suyos gozan de libertad de miembros y quedan aprisionados por las leyes y las supersticiones, sus sueños de ambición y las fantásticas divisiones de la política civil. Así como yo soy libre de espíritu mientras nuestros cuerpos están encadenados, ustedes tienen presa la imaginación mientras sus miembros conservan la máxima libertad.

-Pero a pesar de la libertad de pensamiento -dijo el escocés-, esto no te releva de la presión de los grillos en las piernas.

-Por algún tiempo eso puede soportarse -respondió el vagabundo-, y si durante ese período no puedo libertarme y acudir en auxilio de mis camaradas, siempre puedo morir, y la muerte es la libertad más perfecta de todas.

Hubo una profunda pausa de alguna duración, la cual Quintín rompió, al fin, como resumen de su interrogatorio.

-La tuya es una raza vagabunda, desconocida de las naciones de Europa. ¿De dónde proviene tu raza?

-No puedo decírselo -contestó el gitano.

-¿Cuándo abandonaréis este reino, librándolo de vuestra presencia, y volveréis a la tierra de donde procedéis? -dijo el escocés.

-El día en que nuestras peregrinaciones se hayan cumplido -repuso el vagabundo.

-¿No arranca tu linaje de aquellas tribus de Israel que fueron reducidas a cautiverio más allá del gran río Eúfrates? -dijo Quintín, que no había olvidado los conocimientos que le habían enseñado en Aberbrothick.

-Si fuéramos de aquéllas -respondió el gitano-, hubiésemos seguido su fe y practicado sus ritos.

-¿Cuál es tu verdadero nombre? -dijo Durward.

-Mi nombre propio solamente es conocido de mis hermanos. Los hombres de mi campamento me llaman Hayraddin Maugrabin; esto quiere decir Hayraddin el Moro Africano.

Librodot

-Tú hablas demasiado bien para ser uno de esos que han vivido siempre en una horda inmunda -dijo el escocés.

-He aprendido algo en este país -dijo Hayraddin-. Cuando era pequeño nuestra tribu fué perseguida por los cazadores de carne humana. Una flecha penetró en la cabeza de mi madre y murió. A mí me arrollaron con la manta que llevaba ella sobre sus hombros y me llevaron los perseguidores. Un sacerdote imploró al arquero del capitán preboste que me entregasen a él, y me trajo a Francia, enseñándome durante dos o tres años.

-¿Y cómo lo dejaste? -preguntó Durward.

-Le robé dinero y, a pesar del Dios que él adoraba -respondió Hayraddin con compostura-, me descubrió y me pegó; yo le apuñalé con mi navaja, matándole. Huí a los bosques y me reuní de nuevo con mi gente.

-¡Miserable! -dijo Durward- ¿Mataste a tu protector?

-¿Quién le obligó a colmarme con sus beneficios? El niño del zíngaro no era un perro casero que lamiese los talones de su dueño, se sometiese y se arrastrase por un trozo de comida. Era como lobo aprisionado, que en la primera oportunidad rompió su cadena, destrozó a su amo y recobró la libertad.

Hubo otra nueva pausa, en la que el joven escocés pensó que habría que hacer una investigación más amplia en el carácter y propósitos del sospechoso guía, y en consecuencia preguntó a Hayraddin:

-¿No es verdad que tu gente, a pesar de su ignorancia, pretende tener un conocimiento del futuro, lo cual es sólo dado a los sabios, filósofos y adivinos de una sociedad más refinada?

-Sí, lo pretendemos -dijo Hayraddin-, y con justicia.

-¿Cómo puede ser que un don tan alto sea concedido a una raza tan abyecta? -dijo Quintín.

-¿Podré decírselo? -respondió Hayraddin-. Sí, seguramente puedo; pero será cuando usted me explique por qué el perro puede seguir la pista del hombre, mientras que el hombre, el más noble de los animales, no tiene poder para seguir la del perro. Esos poderes que le parecen tan asombrosos son instintivos de nuestra raza. Por las facciones del rostro y las rayas de la mano podemos predecir el futuro de aquellos que nos consultan casi con la misma seguridad con que usted conoce que los brotes de los árboles en primavera son fruto de una buena cosecha.

-Yo dudo de esa sabiduría tuya, y te desafío a que me des una prueba.

-No me desafíe, señor -dijo Hayraddin Maugrabin- Puedo decirle que, diga lo que quiera, su religión, la diosa a quien usted adora cabalga en su compañía.

-¡Paz! -dijo Quintín asombrado-; por tu vida, ni una palabra más que no sea en respuesta a lo que te voy a preguntar. ¿Puedes ser fiel?

-Sí puedo; todos los hombres pueden -dijo el gitano.

-¿Pero *quieres* ser fiel?

-¿Me creerá mejor si se lo juro? -respondió Maugrabin con un gesto despreciativo.

-Tu vida está en mi mano -dijo el joven escocés.

-Hiérame y verá si temo morir -respondió el gitano.

-¿Con *dinero* obtendré de ti que seas un guía fiel? -preguntó Durward.

-Si no lo soy sin él, no -replicó el pagano.

-Entonces, ¿cuál será el lazo que te ate? -preguntó el escocés.

-Bondad -respondió el gitano.

-¿Tendré que jurar a mi vez para demostrarte que si tú eres buen guía, yo seré lo que me pides?

-No -replicó Hayraddin-; sería una extravagancia y tiempo perdido. Desde ahora estoy ligado a ti.

-¡Cómo! -exclamó Durward más sorprendido que nunca.

-¡Acuérdate del castaño en las orillas del Cher! La víctima cuyo cuerpo tú descolgaste de él era mi hermano, Gamet el «Mangrabin».

-Y, sin embargo -dijo Quintín-, te encontré en correspondencia con aquellos empleados que llevaron a la muerte a tu hermano; pues fué uno de ellos el que me indicó dónde podría encontrarte; el mismo, sin duda, que procuró a estas señoras tus servicios como guía.

-¿Qué vamos a hacer? -respondió Hayraddin, tristemente-. Estos hombres nos tratan como los perros a los rebaños: nos protegen por cierto tiempo, llevándonos de acá para allá a su antojo, y siempre acaban llevándonos al matadero.

Quintín tuvo después ocasión de comprobar que el gitano decía la verdad en este aspecto, y que los soldados del capitán-preboste que se ocupaban en sorprender las partidas de vagabundos, de las cuales estaba infestado el reino, trababan amistad con ellos, omitiendo por algún tiempo el ejercicio de su deber, lo cual, al final, terminaba siempre conduciendo a sus aliados a la horca. Es un sistema de relaciones políticas entre ladrones y empleados oficiales para el provecho de sus mutuas profesiones, que ha subsistido en todos los países, y no es, desde luego, desconocido del nuestro.

Durward, apartándose del guía, retrocedió para unirse al resto de la comitiva, muy poco satisfecho con el carácter de Hayraddin, y teniendo poca confianza en las demostraciones de gratitud que personalmente le había hecho. Procedió a sondear a los otros dos hombres que le habían sido asignados como servidores, y tuvo que reconocer que eran estúpidos o incapaces de prestarle ningún consejo, así como en el encuentro no habían hecho uso de sus armas.

Librodot

«Tanto mejor -díjose Quintín sobreponiendo su espíritu a las dificultades conocidas de su situación-; esta adorable doncella me lo deberá todo. Puedo contar desde luego con mi brazo y con mi ingenio. He visto arder la casa de mi padre, y a él y a mis hermanos morir entre las llamas; no retrocedí ni una pulgada; luché hasta el último momento. Ahora tengo dos años más y se me presenta la mejor y más hermosa causa que defender que a ningún otro hombre valeroso puede presentársele.»

Conforme a esta resolución, la atención y actividad que Quintín desplegó durante el viaje fueron tales, que le daban la apariencia de ubicuidad. Su principal y más favorito puesto era, por supuesto, al lado de las damas, quienes, sensibles a sus extremadas atenciones para guardarlas, empezaron a conversar con él en un tono de familiar amistad, y aparentaban divertirse con la *naïveté*, de su amena conversación. Sin embargo, Quintín no había sufrido la fascinación de esta charla hasta el punto de abandonar su papel de vigilante.

Si permanecía a menudo al lado de las condesas describiéndoles como naturales de un país llano los Montes Grampianos y, sobre todo, las bellezas de Glen-Houlakin, también cabalgaba con frecuencia junto a Hayraddin, al frente de la cabalgata, preguntándole acerca del camino y los sitios de descanso, y recordando su respuesta para asegurarse con un examen detenido si podía descubrir algo parecido a una traición meditada, como tan pronto se le veía a retaguardia tratando de cerciorarse de la fidelidad de los dos jinetes con palabras amables, dones y promesas de buenas recompensas cuando su tarea hubiese sido cumplida.

De esta manera viajaron durante más de una semana a través de caminos secundarios y distritos poco frecuentados, dando largos rodeos para evitar las poblaciones grandes. Nada notable ocurrió, aunque de vez en cuando se encontraron tribus vagabundas de gitanos que los respetaban al verlos guiados por uno de los suyos; soldados dispersos, o quizá bandidos, que juzgaban la comitiva de Quintín demasiado fuerte para ser atacada, o partidas de *Marechaussée*, como ahora se llamarían, a quienes Luis, que trataba de curar las heridas de su país a rajatabla, empleaba para suprimir las bandas turbulentas que infestaban el interior. Estas últimas consentían que prosiguiesen su viaje sin ser molestados gracias a un pasaporte que con ese fin había proporcionado a Durward el propio rey.

Sus sitios de reposo eran principalmente los monasterios, la mayoría de los cuales tenían obligación, siguiendo las reglas de su fundación, de recibir peregrinos, con cuyo carácter viajaban las damas hospitalariamente y sin preguntas molestas sobre su rango y carácter, que la mayoría de las personas distinguidas deseaban ocultar mientras cumplían sus votos. El pretexto del cansancio era empleado generalmente por las condesas de Croye como una excusa para retirarse a descansar, y Quintín, como mayordomo, arreglaba todo lo necesario entre ellas y los servidores con un conocimiento tal, que las evitaba toda clase de molestias, y con un celo que no dejaba de excitar buena voluntad por parte de aquéllas, que de este modo tan solícito eran atendidas.

Una circunstancia fué objeto de especial preocupación para Quintín, a saber: el carácter y nacionalidad del guía, quien, como ateo e infiel vagabundo, adicto además a las ciencias ocultas (el orgullo de todas estas tribus), era considerado como huésped impropio para estas santas hospederías, en las cuales generalmente solían hacer alto, y,

Librodot

en consecuencia, no era admitido dentro, y sólo en el recinto exterior de sus murallas, aunque con una gran repugnancia. Esto era muy embarazoso, pues, por un lado, era necesario conservar el buen humor del hombre que era poseedor del secreto de la expedición, y por otra parte, Quintín consideraba que era indispensable mantener una vigilancia activa, aunque secreta, en la conducta de Hayraddin, con objeto de que, en lo más posible, no trabase comunicación alguna con nadie sin ser observado. Esto, naturalmente, era imposible si el gitano era alojado fuera del recinto del convento en que se detenían, y Durward no podía dejar de pensar que Hayraddin era deseoso de este último arreglo, pues en vez de mantenerse tranquilo y quieto en el alojamiento que se le había designado, sus conversaciones, juegos y canciones eran al mismo tiempo tan entretenidas para los novicios y los hermanos jóvenes, y tan poco edificantes para los priores de la comunidad, que en más de una ocasión tuvo que recurrir a toda la autoridad, sostenida con amenazas, que Quintín pudo ejercer sobre él para suprimir su irreverente e inoportuna jocosidad, y todo el interés con que intercedía cerca de los superiores para evitar que ese despreciable ser fuese echado fuera de las puertas del convento. Lo consiguió, sin embargo, por el modo tan experto con que defendió los actos indecorosos cometidos por su servidor y el empeño con que inició la esperanza de que viviendo en lugares santos, y cerca de reliquias sagradas y rodeado de hombres dedicados a la religión, sus principios podían mejorarse, así como su conducta.

Pero después de diez o doce días de viaje, cuando ya habían entrado en Flandes y se aproximaban a la ciudad de Namur, todos los esfuerzos de Quintín fueron vanos para suprimir las consecuencias del escándalo dado por el guía pagano. La escena ocurrió en un convento de franciscanos, de una orden rigurosa y reformada, cuyo prior murió después en loor de santidad. Vencidos los escrúpulos usuales, que en este caso fueron mayores (y era de esperar), el aborrecible gitano consiguió por fin ser alojado en una casita aparte, habitada por un lego que ejercía las funciones de jardinero. Las señoras se retiraron a su departamento, como de costumbre, y el prior, que dijo tener algunos parientes lejanos y amigos en Escocia, y el cual era aficionado a escuchar a los forasteros relatos de sus países nativos, invitó a Quintín, con cuya conducta y semblante parecía muy complacido, a una ligera refacción monástica en su propia celda. Como el padre resultase ser un hombre de inteligencia, Quintín no despreció la oportunidad de enterarse del estado de los negocios en la ciudad de Lieja, de la cual, en los dos últimos días del viaje, había oído tales rumores, que le hizo temer por la seguridad de su cargo durante el resto del camino, y aun del poder del obispo para protegerlos cuando, sanos y salvos, fueran conducidos a su residencia. Las respuestas del prior no fueron muy consoladoras. Le dijo que la gente de Lieja eran ricos ciudadanos, quienes, como el Jeshurun de la antigüedad, se habían criado en la abundancia, que estaban orgullosos a causa de su prosperidad y privilegios; que sostenían diversas disputas con el duque de Borgoña, su amo y señor, sobre los impuestos e inmunidades, y que ellos repetidas veces se habían declarado en franca rebeldía, por lo que el duque se había indignado tanto, dado su temperamento colérico e impulsivo, que había jurado por San Jorge que, a la primera provocación, desolaría la ciudad de Lieja, como lo fué Babilonia y Tiro, para vergüenza de todo el territorio de Flandes.

Librodot

-Y es un príncipe, según tengo entendido, capaz de cumplir ese voto -dijo Quintín-; así, pues, los hombres de Lieja probablemente cuidarán de no darle ocasión a ello.

-Así hay que esperarlo -dijo el prior-, y en ese sentido se elevan las plegarias de los religiosos del país, quienes no quieren que la sangre de los ciudadanos sea derramada y corra como agua, Y que perezcan como réprobos antes de hacer las paces con el cielo. También el buen obispo labora día y noche para mantener la paz, como es propio de un servidor del altar, pues está escrito en la Sagrada Escritura, *Beati pacifici.* Pero...

Aquí el prior se detuvo con un profundo silencio.

Quintín, modestamente, arguyó la enorme importancia que tenía para las señoras a quienes él atendía tener informaciones seguras respecto al estado interior del país, y que sería un acto de caridad cristiana el que el digno reverendo padre los iluminase sobre este asunto.

-Es uno -dijo el prior- sobre el cual ningún hombre habla de buen grado, pues aquellos que hablan mal de los poderosos, *etiam in cubiculo,* pueden encontrarse que acaban más pronto o más tarde por enterarse de lo que se ha dicho de ellos. Sin embargo, para hacerles, a usted, que parece un joven inexperto, y a sus damas, que son unas buenas devotas que realizan esta santa peregrinación, un pequeño favor, que está en mi poder realizar, seré franco con usted.

Entonces miró cautelosamente alrededor y bajó la voz como temeroso de ser oído.

-La gente de Lieja -dijo- son instigadas secretamente a sus frecuentes motines por hombres de Satanás, quienes pretenden, pero yo espero que falsamente, estar comisionados para ese efecto por nuestro cristianísimo rey, el cual, sin embargo, merecía hacerse más acreedor a este título que no a turbar la paz en un país vecino. El caso es que su nombre es empleado en todo momento por aquellos que sostienen e incitan a los descontentos de Lieja. Hay, además, en el país un noble de buen linaje, y famoso en asuntos guerreros, y, por otra parte, *Lapis offensionis et petra scandali,* un motivo de vergüenza para los países de Borgoña y de Flandes. Su nombre es Guillermo de la Marck.

-Llamado Guillermo el de la Barba -dijo el joven escocés-, o el Jabalí Salvaje de las Ardenas.

-Y bien llamado así, hijo mío -dijo el prior-, porque se asemeja al jabalí salvaje del bosque que pisotea con sus pezuñas y destroza con los colmillos. Y se ha formado para sí una banda de más de mil hombres, todos, como él, menospreciadores de la autoridad civil y eclesiástica, y se ha declarado independiente del duque de Borgoña, y viven él y sus secuaces de la rapiña y del mal, llevados a cabo indistintamente en clérigos y civiles. *Imposuit manus in Christos Domini;* ha levantado su mano sobre los ungidos por el Señor sin tener en cuenta lo que está escrito: «No toques a mis elegidos y no hagas mal a mis profetas.» Aun a nuestra pobre casa envió por oro y plata, como un rescate de nuestras vidas y las de nuestros hermanos, a lo que contestamos con una súplica en latín, afirmando nuestra incapacidad para satisfacer su demanda, y exhortándole con las palabras del predicador: *Ne moliaris amico tuo malum, cum habet in te fiduciam.* Sin embargo, este *Gulielmus Barbatus,* este Guillermo de la

Marck, tan completamente ignorante en letras como falto de humanidad, replicó con esta ridícula jerga: *Si non payatis, brulabo monasterium vestrum*[(36)].

-De cuyo vulgar latín, sin embargo, mi buen padre -dijo el joven-, usted llegó a acertar su significado.

-¡Ay!, hijo mío -dijo el prior-; el miedo y la necesidad son buenos intérpretes, y nos vimos obligados a fundir los vasos de plata de nuestro altar para satisfacer la rapacidad de este cruel jefe. ¡Quiera el cielo pagarle en la misma moneda! *Pereat improbus. Amen, amen anatema esto!*

-Me maravilla -dijo Quintín- que el duque de Borgoña, que es tan fuerte y poderoso, no cace intencionadamente a este jabalí, de cuyos estragos tanto se oye hablar.

-¡Ay!, hijo mío -dijo el prior-; el duque Carlos está ahora en Peronne reuniendo sus tropas para hacer la guerra a Francia; y así, el cielo ha permitido que reine la discordia entre esos grandes príncipes, mientras el país está maltrecho por semejantes vasallos insubordinados. Pero es inoportuno que el duque desdeñe la cura de estas gangrenas internas, pues Guillermo de la Marck ha mantenido tratos no secretos con Rouslaer y Pavillon, los dos jefes de los descontentos de Lieja, y puede temerse que pronto los inducirá a una empresa desesperada.

-Pero el obispo de Lieja -dijo Quintín- tiene aún poder bastante para someter a este espíritu inquieto y turbulento. ¿No es eso, buen padre? Su respuesta a esta pregunta me interesa mucho.

-El obispo, niño -replicó el prior-, tiene la espada de San Pedro, así como sus llaves. Tiene poder como príncipe secular y tiene la protección de la poderosa casa de Borgoña; tiene también autoridad espiritual como prelado, y sostiene ambas con una fuerza razonable de buenos soldados. Este Guillermo de la Marck se crió en su casa y le debe muchos beneficios. Pero dió rienda suelta, aun en la corte del obispo, a su temperamento fiero y sanguinario, y fué expulsado de allí por un homicidio cometido en la persona de uno de los principales criados del obispo. Desde entonces y después de ser desterrado de la presencia del buen prelado, ha sido su enemigo constante e irreconciliable, y ahora, siento decirlo, ha aumentado su rencor contra él.

-¿Considera usted, pues, como peligrosa la situación del digno prelado? -dijo Quintín ansiosamente.

-¡Ay!, hijo mío -dijo el franciscano-. ¿Quién en este desierto puede considerarse fuera de peligro? Pero el cielo no permita que hable del reverendo prelado como si estuviese en peligro inminente. Tiene grandes tesoros, verdaderos consejeros y bravos soldados, y además, un mensajero que pasó por aquí ayer hacia el Este dijo que el duque de Borgoña, atendiendo a un ruego del obispo, le ha enviado cien soldados como ayuda. Este refuerzo, unido a las fuerzas que ya poseía, es suficiente para rechazar a Guillermo de la Marck, ¡sobre cuya persona caigan maldiciones! Amén.

En este punto de la conversación fueron interrumpidos por el sacristán, quien, con voz que reflejaba espanto, acusó al gitano de haber practicado malas acciones entre los hermanos jóvenes (novicios). Había añadido a su colación nocturna copas de un

pesado y fuerte cordial diez veces más nocivo que el vino más fuerte, y bajo el cual varios de la hermandad habían sucumbido; y debía ser cierto, pues aunque el sacristán había podido resistir su influencia, se podía observar, por su discurso y tono afectadísimo, que también el acusador estaba bajo la influencia de esa endemoniada bebida. Además, el gitano había cantado canciones mundanas y obscenas; se había burlado del cordón de San Francisco, y chanceado de sus milagros, y llamado a los novicios jóvenes tontos y perezosos. Por último, había adivinado y dicho al padre Querubín que era amado por una bella dama, quien le haría padre de un hermoso muchacho.

El padre prior escuchó estos lamentos por algún tiempo en silencio, y se llenó de horror al oír tan enormes atrocidades. Cuando el sacristán hubo concluído, se levantó y bajó al patio del convento y ordenó a los legos, bajo pena de las peores consecuencias en caso de desobediencia, que pegasen y expulsasen a Hayraddin fuera de los recintos sagrados con los palos de las escobas y los látigos.

Esta sentencia fué ejecutada de acuerdo con Quintín, que estaba presente, quien condenó lo sucedido, comprendiendo que su intervención no tendría efecto en este caso.

El castigo infligido al delincuente, no obstante lo dispuesto por el superior, fué más cómico que cruel. El gitano corría de un lado para otro a través del patio, entre el clamoreo de voces y el ruido de los golpes, alguno de los cuales no le alcanzaban, porque aunque estaban destinados a su persona, eran esquivados por su actividad, y los pocos que le alcanzaron en la espalda y los hombros los sufrió sin queja y sin devolverlos. El ruido y el alboroto eran tan grandes, que los inexpertos asaltantes con los que Hayraddin contendía se pegaban entre sí más frecuentemente que a él. Hasta que al fin, deseoso el prior de terminar una escena que era más escandalosa que edificante, ordenó que se abriese el portillo, y el gitano se precipitó por él con la velocidad del rayo, quedándose a la intemperie.

Durante esta escena, Quintín fué asaltado por una sospecha, que se fué apoderando de él con fuerza. Hayraddin aquella misma mañana le había prometido ser más discreto y observar mejor conducta cuando, durante el viaje, parasen en un convento; sin embargo, había faltado a su compromiso y había estado más deslenguado y alborotador que nunca. Algo, sin duda, se ocultaba bajo esto, pues aunque fueran muchos los defectos del gitano, no carecía éste de sentido cuando se lo proponía; ¿y no sería probablemente que desease recibir algunas instrucciones, ya de uno de su propia horda, o de alguno otro con el cual se hubiera privado de hablar en el curso del día, por la vigilancia que Quintín ejercía sobre él, y hubiese recurrido a esta estratagema para poder ser expulsado del convento?

Tan pronto como esta sospecha se hubo apoderado de la imaginación de Quintín, éste se puso en movimiento, resolviendo seguir a su aporreado guía y observar (secretamente, si era posible) qué uso hacía de sí mismo. De acuerdo con esto, cuando el gitano escapó, como ya hemos dicho anteriormente, Quintín explicó rápidamente al prior la necesidad de seguirle la pista al guía, y que salía para espiarle.

Librodot

Capítulo XVII

El espía, espiado

¿Cómo, el rudo
batidor?; ¿y el espía
espiado?; - Manosafuera -
No sois para semejantes rústicos.
Cuento de Robin Hood*, por Ben Johson.*

Cuando Quintín salió del convento notó la precipitada retirada del gitano, cuya negra silueta se veía a la luz de la luna, el cual volaba con la velocidad de un perro vapuleado a través de las calles del pueblecillo, y cruzando la pradera, quedaba más allá.

«Mi amigo corre mucho -se dijo Quintín-; pero tendrá que correr más de prisa aún para escapar al más rápido pie que jamás pisó los brezos de Glen-Houlakin.»

Hallándose, afortunadamente, sin capote y sin armadura, el escocés de la montaña estaba libre para echar a correr con velocidad, en la cual no tenía rival en su propio país, y no obstante la marcha que llevaba el gitano, podía adelantarlo. Pero no era éste, sin embargo, el objeto de Quintín, pues consideraba más esencial vigilar los movimientos de Hayraddin que interrumpirlos. Quedó admirado de la seguridad y firmeza con que el gitano seguía su marcha, la cual continuaba con el mismo impulso, a pesar de la violenta expulsión sufrida; esto indicaba que su carrera iba guiada por motivo distinto del que podía esperarse en una persona arrojada inesperadamente de un buen alojamiento cerca de medianoche, o sea el de buscar un nuevo sitio de reposo. Ni siquiera miró atrás una sola vez, y Quintín pudo seguirle sin ser observado. Al fin, el gitano, habiendo atravesado la pradera, se detuvo al lado de un arroyuelo, cuyas orillas estaban pobladas de olmos y sauces. Quintín observó que continuaba parado y lanzaba un sonido grave con el cuerno, el cual fué contestado por un silbato a muy corta distancia.

«Esto es una cita -pensó Quintín-; ¿cómo me acercaré lo bastante para oír cuanto pase? El ruido de mis pisadas y el crujir de las ramas que tengo que tronchar a mi paso, aunque sea cauto, pueden delatarme. Por San Andrés, que he de amortiguarlos como si fuera un ciervo de Glenvila; y sabrán que no me he criado en los bosques en balde. Allá se encuentran las dos sombras -y son dos-; llevan las de ganar si me descubren y no llevan buenos fines, como puede temerse, ¡y entonces la condesa Isabel pierde su pobre amigo! Bien. No merecería llamarse así si no estuviese dispuesto a luchar contra una docena por su causa. ¿No he luchado con Dunois, el

mejor caballero de Francia, y voy a temer a una tribu de esos vagabundos? ¡Bah! Me encontrarán fuerte y precavido.»

Resuelto esto, y con las precauciones que le habían enseñado las costumbres rústicas, nuestro amigo descendió hasta el cauce del arroyuelo, el cual variaba en profundidad, a veces cubriendo sus zapatos y llegando otras hasta sus rodillas, deslizando así su cuerpo oculto entre las ramas que colgaban sobre la orilla, y sus pasos amortiguados con el susurro del agua. Nosotros mismos, en tiempos pasados, nos aproximábamos así al nido del vigilante cuervo. De esta manera, el escocés pudo acercarse sin ser apercibido hasta el sitio en que se oían las voces de los que eran objeto de sus observaciones, aunque no podía distinguir las palabras. Como se hallaba bajo las ramas colgantes de un magnífico sauce llorón, el cual casi cubría la superficie del agua, cogió uno de sus troncos, y apoyándose en él con suma agilidad y destreza, se encaramó a la copa del árbol, sentándose en medio de las ramas, seguro de no ser descubierto.

Desde esta situación descubrió que la persona con quien Hayraddin estaba hablando era uno de su propia raza, y al mismo tiempo comprendió, con gran sentimiento, que habían sido inútiles sus esfuerzos, pues hablaban un lenguaje totalmente desconocido para él. Se reían mucho, y como Hayraddin hiciese un gesto como evitando un golpe, y acabó frotándose el hombro con la mano, Durward no dudó de que estaba relatando la historia de la paliza que había tenido que sufrir antes de escapar del convento.

De repente, un silbato se dejó oír nuevamente a distancia, al cual respondió Hayraddin, una vez más, con una o dos notas de su cuerno. A poco se presentó un hombre alto, esbelto y arrogante, con apariencia de soldado, contrastando su vigorosa figura con la pequeña y débil contextura de los bohemios. Tenía una ancha banda sobre un hombro, que le cruzaba el cuerpo, y de la cual pendía una espada; el calzón presentaba muchos cortes, a través de los cuales pasaban cintas de seda de varios colores, y llevaba puesta ceñida casaca de ante, que ostentaba en su manga derecha una cabeza de jabalí, de plata, como insignia de su capitán. Un sombrero pequeño, graciosamente inclinado hacia un lado de la cabeza, dejaba ver el pelo rizado, que descendía por los lados de la cara y se mezclaba con una espesa barba de cuatro pulgadas de longitud. Llevaba una larga lanza en la mano, y todo su equipaje respondía en todo a uno de esos alemanes aventureros que eran conocidos por el nombre de *lanzknechts* -en español, lanceros-, que constituían una gran parte de la infantería en ese período. Estos mercenarios eran, naturalmente, una soldadesca dada a la rapiña, hasta el punto que un cuento de viejas que corría entre ellos aseguraba que un *lanzknecht* no era admitido en el cielo, por sus muchos vicios, y tampoco en el infierno, por ser tumultuosos y de espíritu insubordinado; y, en efecto, ellos se conducían como si no soñasen en el primero ni huyeran del otro.

-*Donner and blitz* -fué su primer saludo, en una especie de jerga alemanafrancesa, que difícilmente podríamos imitar-. ¿Por qué me has tenido rondando y esperándote tres noches?

-No pude venir a verte antes, Meinherz -dijo Hayraddin muy sumiso-; hay un joven escocés con vista de lince que vigila mis menores movimientos. Sospechó de mí en

seguida, y si sus sospechas se hubieran confirmado, sería hombre muerto en el sitio y llevaría a las mujeres a Francia otra vez.

-¡Qué demonio! -dijo el *lanzknecht-;* somos tres; los atacaremos mañana y nos llevaremos a las mujeres, sin ir más lejos. Tú dijiste que los dos criados son cobardes; tú y tu camarada os arregláis con ellos, y el diablo me ayudará en mi lucha con tu lince escocés.

-Eso es una temeridad -dijo Hayraddin-, porque además de no ser muchos nosotros, este galancete ha peleado con el mejor caballero de Francia y ha salido con honor. He hablado con aquellos que le vieron acosar a Dunois muy de cerca.

-*Hagel und sturmwetter!* Eso que dices es cobardía por tu parte -dijo el soldado alemán.

-Soy tan valiente como tú -dijo Hayraddin-, pero mi oficio no es el de combatir. Si te atienes a lo convenido, todo irá bien; si no, los guío sanos y salvos hasta el palacio del obispo, y Guillermo de la Marck puede apoderarse de ellos por sí mismo allí si es cierto que es tan fuerte como pretendía hace una semana.

-*Potz tausend!* -dijo el soldado- Somos fuertes, fortísimos; pero hemos oído decir que el de Borgoña tiene cien lanzas, esto es, cinco hombres por cada lanza, lo que hace quinientos hombres, y, ¡que el diablo me lleve!, será mejor que nos busquen a nosotros, que no nosotros. a ellos, pues el obispo tiene una buena fuerza de infantería.

-Entonces debías decidirte por la emboscada en la Cruz de los Tres Reyes o dejar la aventura -dijo el bohemio.

-Dejar la aventura, dejar la aventura de la novia rica para nuestro noble *hauptmann.* ¡Demonio, primero me voy al infierno!

-¿La emboscada en la Cruz de los Tres Reyes sigue, pues, en pie? -dijo el bohemio.

-*Mein Gott, ay;* tienes que jurar que los vas a llevar allí, y cuando estén de rodillas ante la cruz y apeados de sus caballos, lo cual hacen todos los hombres, excepto los negros ateos como tú, nos echamos encima de ellos y ya son nuestros.

-Ay; pero yo prometí esa villanía solamente con una condición -dijo Hayraddin-. No tocarás un solo cabello de la cabeza del joven. Si me juras esto por Los Tres Hombres Muertos de Colonia, juraré por Los Siete Caminantes Nocturnos que te serviré lealmente en lo demás. Y si quebrantas el juramento, los Siete Caminantes te despertarán de tu sueño siete noches seguidas, a la madrugada, y al octavo día te estrangularán y te devorarán.

-Pero, *donner and hagel,* ¿por qué defiendes tanto la vida de ese muchacho, que no es de tu sangre ni pariente? -dijo el alemán.

-No importa el porqué, honrado Enrique; algunos hombres sienten placer cortando cabezas; otros, en soldarlas. Así que júrame que lo dejarás sano y salvo, y si no, por la Hermosa Estrella Aldebarán, el asunto no irá más lejos. Júramelo, y por los tres Reyes, como los llamáis, de Colonia. Yo sé que ningún otro juramento te importa.

Librodot

-Eres un cómico -dijo el *lanzknecht*-. Juro.

-Espera -dijo el bohemio-. Vuelve la cara, bravo lancero, y mira hacia el Este, no sea que los Reyes no te oigan.

El soldado juró del modo prescrito y declaró que estaría dispuesto, e hizo la observación de que el lugar era muy conveniente, pues estaba escasamente a cinco millas de donde se hallaban.

Pero ¿no sería mejor disponer un grupo de jinetes en el otro camino, a la izquierda de la posada, que servirían para atraparlos si van por ese lado?

El bohemio pensó un momento y respondió:

-No; la aparición de vuestras tropas en esa dirección podría alarmar a la guarnición de Namur, y entonces sostendrían una lucha dudosa en vez de asegurar el éxito. Además, ellos irán por la orilla derecha del Maes, pues yo puedo llevarles por donde me plazca, aunque el escocés es muy sagaz: nunca ha seguido consejo alguno, salvo el mío, respecto a la dirección del camino. Indudablemente, yo he sido designado como guía por un amigo seguro, de cuya palabra nadie desconfía hasta que se le conoce un poco.

-*Hark ye,* amigo Hayraddin -dijo el soldado-. Tengo algo que preguntarle. Tú y tu hermano erais, según has dicho, *gross sternen deuter;* esto es, astrólogos y adivinos. ¿Cómo es que no pudisteis prever que iban a colgar a tu hermano Zamet?

-Se lo diré, Enrique -dijo Hayraddin-. Si yo hubiese sabido que mi hermano era tan loco que iba a contar la determinación del rey Luis al duque Carlos de Borgoña, hubiese podido adivinar su muerte tan seguro como puedo predecir buen tiempo en julio. Luis tiene buenos servidores en la corte de Borgoña, y a los consejeros de Carlos les gusta el sonido del oro francés lo mismo que a ti te gusta el buen vino. Pero consérvate bien y cumple lo prometido: tengo que esperar a mi pobre escocés a un tiro de flecha fuera de la puerta de la porquera de allá para que no me crea empeñado en alguna excursión que desbarate sus planes de viaje.

-Toma un trago y reconfórtate primero -dijo el *lanzknecht* alargándole un frasco-. Pero olvido que tú eres tan bestia que no bebes sino agua, como un vil vasallo de Mahoma.

-Y tú eres un esclavo del vino y de la bota -dijo el bohemio-. No me maravilla que sólo te guste realizar los actos sangrientos y violentos que se les ocurre a otros que discurren más que tú. No debe beber vino el que desee conocer los pensamientos de otros u ocultar el suyo. Pero ¿para qué predicarte, si tienes una sed tan eterna como las arenas de Arabia? Que te vaya bien. Llévate a mi camarada Tuisco; su presencia en el monasterio puede acarrear sospechas.

Los dos dignos personajes se separaron, después que cada uno prometió acudir a la cita en la Cruz de los Tres Reyes.

Quintín Durward aguardó hasta que se hubieron perdido de vista; después bajó del lugar donde se había escondido latiendo con violencia su corazón al pensar en la

Librodot

encerrona de la cual él y su bella encomendada se habían escapado, al parecer. Temeroso de encontrarse en su regreso al monasterio con Hayraddin, dió un largo rodeo, atravesando un terreno rocoso, y pudo así volver a su asilo por sitio diferente del que le había dejado.

En el trayecto fué considerando el plan de salvamento que debía ejecutarse. Había tomado la resolución, cuando se enteró de la traición de Hayraddin, de matarle tan pronto como la conferencia hubiese terminado y su compañero se encontrase lejos; pero cuando oyó al bohemio demostrar tanto interés por salvarle la vida, reconoció que sería ingrato matarle, aun cuando, en rigor, el castigo a su traición era merecido. Decidió, pues, salvar su vida y hasta, en lo posible, conservarle como guía, con tales precauciones que le cerciorasen de la seguridad de la preciada carga a cuya conservación había dedicado interiormente su propia vida.

Pero ¿adónde era donde tenían que volver? La condesa de Croye no podía obtener amparo en Borgoña, de donde había huído; ni en Francia, de donde, en cierto modo, había sido expulsada. La violencia del duque Carlos en su país era escasamente más temida que la fría y tiránica policía del rey Luis en el suyo. Después de profundos pensamientos, Durward no pudo formar plan más salvador ni mejor para su seguridad que el de evadir la emboscada, tomando el camino de Lieja por la orilla izquierda del Maes, y entregarse, como las señoras habían indicado, a la protección del excelente obispo. De la protección del prelado no podía dudarse, y unido a esto el refuerzo de los guerreros de Borgoña, podía considerársele con el poder en la mano. En todo caso, si los peligros a los cuales se hallaban expuestos, por la hostilidad de Guillermo de la Marck y los tumultos de la ciudad de Lieja, eran inminentes, cabía, en lo posible, proteger a las infortunadas señoras hasta que pudiesen ser enviadas a Alemania con escolta conveniente.

Como resumen de sus razonamientos -¿por qué ningún argumento mental se ve libre de consideraciones egoístas?-, Quintín imaginó que la muerte o cautiverio a la cual el rey Luis, con sangre iría, le había consignado, le dejaba en libertad de cumplir o no los compromisos con la corona de Francia, a los cuales, desde luego, estaba decidido a renunciar. El obispo de Lieja sería probable -resumió- que necesitara soldados, y pensó que con la influencia de sus bellas amigas, quienes ahora, especialmente la condesa, le trataban con mucha familiaridad, podría obtener alguna comisión, y tal vez ésta pudiera ser la de conducir las damas de Croye a algún lugar más seguro que la población de Lieja. Y para terminar, las señoras habían hablado, aunque casi en tono chancero, de armar a los vasallos de la condesa y, como otros hicieron en aquellos azarosos tiempos, de fortificar su fuerte castillo contra toda clase de asaltantes; habiéndole preguntado, bromeando, a Quintín si aceptaría el peligroso oficio de mayordomo mayor, y que al aceptar este cargo con gozo y devoción, ellas le habían permitido, siempre en sentido de broma, que les besase ambas manos para confirmar este honroso nombramiento. Y él pensó que la mano de la condesa Isabel, una de las mejor formadas y más bellas a la cual vasallo alguno rindió homenaje, tembló cuando sus labios se posaron en ella un momento más largo que lo que la ceremonia requería, y esa confusión apareció en sus mejillas y en su mirada, que desvió. Algo podría resultar de todo esto; ¿y un bravo hombre de la edad de Quintín Durward no amoldaría su conducta a las alegres ilusiones forjadas en su mente?

Librodot

Este punto sentado, se puso a considerar hasta qué grado debía utilizar en lo sucesivo los servicios del bohemio como guía. Había renunciado a su primer pensamiento de matarlo en el bosque, y si tomaba otro guía y despedía a Hayraddin, esto sería mandar al traidor al campo de Guillermo de la Marck con conocimiento de sus movimientos. Pensó también tomar consejos del prior y pedirle que retuviera al bohemio por la fuerza hasta que ellos hubieran llegado al castillo del obispo; pero, reflexionando, prefirió no aventurar esta proposición a uno que era tímido por su edad y como fraile, y que por encima de todo consideraba la seguridad del convento, el objeto más importante de su deber, y que temblaba sólo de oír mencionar al Jabalí Salvaje de las Ardenas.

Por fin desarrolló un plan de operaciones, con el cual podía tanto mejor contar, cuanto que su ejecución recaía en él por completo, y por la causa en que estaba comprometido se sentía capaz de todo. Con un corazón firme, aunque consciente de los peligros de su situación, Quintín podía compararse a un caminante bajo una carga, de cuyo peso era consciente, pero al cual aun podían su fuerza y su poder resistir. Justamente cuando terminaba de fijar su plan arribó al convento.

Al llamar suavemente a la puerta, un hermano, que le aguardaba para abrirle, colocado con este objeto allí por el prior, puso en su conocimiento que los hermanos estaban en el coro hasta que rompiese el día, rogando al cielo que perdonase a la comunidad los varios escándalos que habían tenido lugar aquella noche entre ellos.

El digno religioso ofreció a Quintín permiso para acompañarles en sus devociones; pero las ropas de éste estaban en tal estado de humedad, que el joven escocés se vió obligado a declinar esta oportunidad y pedir permiso, a su vez, para sentarse al fuego en la cocina, con objeto de que su traje estuviese seco antes de que comenzase el día, pues tenía un particular interés que en su primer encuentro con el bohemio, éste no observase trazas de su salida durante la noche. El fraile no únicamente accedió a su súplica, sino que le obsequió con su compañía, lo cual fué muy del agrado de Durward, aprovechando esta circunstancia para informarse sobre las dos rutas que le había oído mencionar al bohemio en su conversación con el *lanzknecht.* El monje, a quien se habían confiado en muchas ocasiones los asuntos de fuera del convento, era la persona de la comunidad más indicada para proporcionarle la información que deseaba, y le recomendó que, como verdaderas peregrinas, era deber de las damas, a quienes Quintín escoltaba tomar el camino que iba por el lado derecho del Maes, por la Cruz de los Reyes, donde se hallaban las reliquias de Gaspar, Melchor y Baltasar (como la Iglesia católica denomina a los primeros Magos que vinieron a Belén con ofrendas), cuando eran conducidos a Colonia, y en cuyo lugar se habían verificado muchos milagros.

Quintín replicó que las damas estaban determinadas a observar todas las estaciones santas, y visitarían seguramente ésta de la Cruz a la ida o al regreso de Colonia; pero habían tenido noticia de que el camino del lado derecho del río se encontraba al presente lleno de peligros por estar ocupado por los soldados del feroz Guillermo de la Marck.

-¡Dios nos coja confesados! -dijo el padre Francisco-. ¿Será posible que el Jabalí Salvaje de las Ardenas haya situado su cubil tan cerca de nosotros? Sin embargo, el caudaloso Maes puede ser una buena barrera entre nosotros si tenemos esa suerte.

-Pero no habrá barrera entre mis damas y el merodeador si cruzamos el río o caminamos por la orilla derecha -respondió el escocés.

-El cielo los protegerá, muchacho -dijo el monje-; pues se hace duro pensar que los reyes de la bendita ciudad de Colonia, que no permitirán que un judío o infiel penetre dentro de las murallas de ella, puedan descuidarse hasta el punto de que los adoradores que van en peregrinación sean atacados y desvalijados por tan descreído perro como ese Jabalí de las Ardenas, que es peor que todo el desierto entero de infieles sarracenos y todas las tribus de Israel. Aunque Quintín, como católico sincero, tuviera mucha confianza en Gaspar, Melchor y Baltasar, no podía olvidar que la condición de peregrinas de las damas tenía que subordinarse a consideraciones políticas terrestres; por consiguiente, resolvió en lo posible evitar colocar a las damas en ningún trance en que pudiera ser necesaria una intervención milagrosa; aunque al mismo tiempo, en la sencillez de su fe sincera, prometió ir él mismo en persona, en peregrinación, a los Tres Reyes de Colonia en representación secreta de aquellas cuya salvación estaba ahora vigilando, suponiendo que esto fuese permitido por aquellos santos personajes razonables y reales, para lograr el efecto deseado por sus representadas.

Para poder darle solemnidad a la obligación que se imponía, suplicó al fraile que le llevase a una de las capillas que se abrían sobre el cuerpo principal de la iglesia del convento, donde, arrodillado y con verdadera devoción, ratificó el voto que había hecho interiormente. El lejano canto del coro; la solemnidad de la obscuridad y hora escogida para este acto de devoción; el efecto de la vacilante luz de la lámpara con la cual se iluminaba este pequeño templo gótico, todo contribuía a que la imaginación de Quintín se sumiese en ese estado de fragilidad humana con que se acoge la ayuda y protección de lo sobrenatural, que en todo adorador se mezcla con el arrepentimiento por los pasados pecados y resoluciones de enmienda. Que el objeto de su devoción estuviera fuera de lugar, no era falta de Quintín, y siendo su propósito sincero, suponemos que no sería inaceptable para la única y verdadera Deidad, quien atiende más a los motivos, y no a la forma, del que implora, y a cuyos ojos es más estimable la devoción de un pagano que la hipocresía de un fariseo.

Habiendo encomendado a sus desventurados acompañantes, y a sí mismo, a los santos, y poniéndose bajo el auxilio de la Providencia, Quintín, por último, se retiró a descansar, dejando al fraile sumamente edificado con su profunda y sincera devoción.

Capítulo XVIII

Quiromancia

Cuando muchos
cuentos alegres y muchas canciones
Alegraban el quebrado camino, no nos
importaba su longitud.
Mas el quebrado camino, entonces,
retornando en una vuelta,
Burló nuestros pasos encantados, pues
todo fué una ilusión.

Samuel Johnson.

Al atisbo del día, Quintín Durward abandonó su pequeña celda, despertó a los soñolientos criados y, con más cuidado que de ordinario, revisó si estaba todo preparado para el viaje dispuesto para ese día. Bridas y cinchas, monturas y las herraduras de los mismos caballos fueron cuidadosamente inspeccionadas por sus propios ojos para evitar la posibilidad de cualquiera de esos accidentes que, aunque pequeños, a menudo trastornan o interrumpen un viaje. Los caballos también sufrieron su inspección atentamente con el fin de prepararlos convenientemente para un viaje largo, así como para una rápida huída si era necesario.

Quintín entonces regresó a su cuarto, se armó con inusitado detenimiento y se colgó al cinturón la espada, pensando a la vez en un peligro próximo y en su firme determinación de hacerlo frente en la medida de sus fuerzas.

Estos generosos sentimientos le dieron una altivez en sus andares y una dignidad en sus modales que no habían observado antes en él las damas de Croye, aunque habían resultado altamente complacidas e interesadas con su gracia, *naïveté*, su amabilidad y conversación, y la mezcla de su despierta inteligencia, que poseía naturalmente, con la sencillez que provenía de su educación aislada en su lejano país. Les indicó que sería necesario preparar el viaje esa mañana más temprano que de costumbre, y, conforme con esto, salieron del convento inmediatamente después del desayuno y luego que hubieron depositado un donativo, en agradecimiento, para la iglesia, según costumbre en estas hospitalidades, y más en consonancia con su rango que con su apariencia. Pero esto no despertó sospechas, pues suponían que eran inglesas, y la suposición de riqueza que se les achacaba a los insulares en aquellos tiempos era tan fuerte como en nuestros días.

El prior les bendijo al tiempo de partir, y felicitó a Quintín por la ausencia del guía infiel; pues -dijo el venerable religioso- es mejor ir solo que mal acompañado.

Quintín no era completamente de su misma opinión; pues aunque conocía que el bohemio era peligroso, pensó en utilizar sus servicios como guía y, al mismo tiempo, frustrar su proyectada traición, ya que sabía claramente a lo que tendía. Pero su ansiedad sobre el asunto tuvo pronto fin, pues la pequeña comitiva no estaba a cien metros del monasterio y del pueblo cuando Hayraddin se les reunió, montando, como acostumbraba, su jaca montaraz. Caminaban al lado del mismo arroyo donde Quintín escuchó la misteriosa conferencia de la noche precedente. No hacía mucho tiempo que Hayraddin se les había reunido cuando pasaron bajo el sauce llorón que proporcionó a

Durward el medio para ocultarse cuando se constituyó en insospechado oyente de lo que pasaba entre el falso guía y el *lanzknecht.*

Los recuerdos del lugar donde se hallaban hizo a Quintín entrar bruscamente en conversación con el guía, quien hasta entonces apenas había hablado.

-¿Dónde encontraste cuarto, impío? -dijo el escocés.

-Su sabiduría lo puede averiguar si mira mi cuerpo -respondió el bohemio señalando su traje, que estaba cubierto con semillas de heno.

-Un montón de heno -dijo Quintín- es una cama conveniente para un astrólogo, y mucho mejor de lo que un impío burlón de nuestra santa religión y sus ministros se merece.

-Mejor le ha venido a mi *Klepper* que a mi -dijo Hayraddin, acariciando a su caballo en el cuello-, pues ha tenido comida y cuadra a la vez. Aquellos viejos locos le soltaron, como si el caballo de un hombre sagaz y listo pudiese contagiar el talento a todo un convento de asnos. Afortunadamente, *Klepper* conoce el sonido de mi silbato, y me sigue como un perro sabueso; de lo contrario, no nos hubiéramos vuelto a encontrar, y usted y su compañía hubieran tenido que buscar otro guía.

-Te he dicho más de una vez -dijo Durward seriamente- que refrenes tu cinismo cuando se te presente la ocasión de estar en compañía de hombres dignos, cosa que, según creo, te ha ocurrido pocas veces antes de ahora; y te aseguro que si te tuviese por un guía tan desleal como me pareces pícaro redomado, blasfemo e indigno, mi daga escocesa y tu corazón de pagano hubieran ya trabado conocimiento, aunque al realizar tal hazaña fuese tan innoble como el matar de una cuchillada a un cerdo.

-Un jabalí salvaje es pariente cercano de un cerdo -dijo el bohemio, sin acobardarse ante la penetrante mirada que Quintín le dirigió, o modificar en el más mínimo grado la mordaz indiferencia que afectaba su lenguaje-, y muchos hombres -añadió- encuentran a la vez placer, orgullo y ventaja en matarlos.

Atónito del secreto que el hombre poseía, y no seguro de que no supiese más de su propia historia y sentimientos de lo que le pudiese agradar oír hablar, Quintín suspendió una conversación en la que no sacaba ninguna ventaja sobre Hayraddin, y volvió a su acostumbrado puesto junto a las damas.

Ya hemos observado que se había establecido entre ellos bastante familiaridad. La condesa de más edad le trataba (una vez bien asegurada de la nobleza de su cuna) como a un igual, y aunque su sobrina no mostraba a su protector su consideración con tanta franqueza, sin embargo, bajo la apariencia de vergüenza y timidez, Quintín pensaba que podía percibir plenamente que su compañía y conversación no eran en modo alguno indiferentes a ella.

Nada proporciona tanta vida y animación a la alegría juvenil como el convencimiento de que es recibida con agrado, y Quintín había, durante la última parte del viaje, divertido a su hermosa encomendada con la viveza de su conversación y las canciones y cuentos de su país, las primeras de las cuales cantó en su lenguaje nativo, mientras sus esfuerzos para relatar los últimos, en su francés imperfecto y de acento

Librodot

extranjero, dió origen a muchas pequeñas equivocaciones y errores en el lenguaje tan divertidos como las propias narraciones; pero en esta ansiosa mañana cabalgaba junto a las damas de Croye sin ninguno de sus usuales intentos para divertirlas, y ellas no podían remediar el observar su silencio como algo notable.

-Nuestro joven compañero ha visto un lobo -dijo lady Hameline aludiendo a una antigua superstición-, y, en consecuencia, ha perdido su lengua[37].

«Si dijera que he visto la pista de un lobo se acercaría más a la verdad», pensó Quintín; pero no exteriorizó su pensamiento.

-¿Está usted bien, señor Quintín? -dijo la condesa Isabel con interés, del cual se sonrojó, sintiendo que era más del debido dada la distancia que debía haber entre ellos.

-Ha debido de embriagarse con los alegres frailes -dijo lady Hameline-; los escoceses son como los alemanes, quienes sólo están alegres ante el vino del Rin, y van luego al baile haciendo eses, y a las señoras las obsequian con sus jaquecas al presentarse por la mañana.

-De ningún modo, amables damas -dijo Quintín-. No merezco sus reproches. Los buenos frailes estuvieron haciendo sus devociones casi toda la noche, y, por mi parte, mi bebida fué escasamente una copa de su vino más flojo y más corriente.

-Es la mala calidad de la comida lo que le ha puesto de mal humor -dijo la condesa Isabel-. Alégrese, señor Quintín; alguna vez visitaremos, reunidos, mi antiguo castillo de Bracquemont, y si entonces yo misma fuese su escanciadora, le ofrecería una copa de vino generoso, como no lo hay igual en las viñas de Hochkeim o Johannisberg.

-De su mano, noble dama, aceptaría yo un vaso de agua.

Así comenzó Quintín, pero su voz tembló, e Isabel continuó como si permaneciese insensible a la ternura con que pronunció el pronombre.

-El vino fué almacenado en las profundas bodegas de Bracquemont por mi bisabuelo el Glinegrave Godfrey -dijo la condesa Isabel.

-Quien ganó la mano de su bisabuela -dijo lady Hameline interrumpiendo a su sobrina-, demostrando ser el caballero más valiente en el gran torneo de Estrasburgo; diez caballeros estaban apuntados en las listas. Pero aquellos días pasaron, y nadie piensa ahora en esos encuentros peligrosos en busca de honor o para desagraviar a una belleza ofendida.

A este discurso, que fué hecho en el tono en que una moderna belleza, cuyos encantos empiezan a marchitarse, adopta para condenar la vulgaridad presente, Quintín contestó que no faltaba esa caballerosidad que lady Hameline consideraba como extinguida, y que aunque estuviese eclipsada en todas partes, continuaba alentando en los pechos de los caballeros escoceses.

-¡Oyele! -dijo lady Hameline-. ¡Será capaz de hacernos creer que en su frío y helado país todavía subsiste ese noble fuego que ha decaído en Francia y Alemania! El

pobre joven es semejante a los montañeses suizos, locos hasta la parcialidad por su país nativo; ahora nos hablará de las viñas y los olivos de Escocia.

-No, señora -dijo Durward-; del vino y del aceite de nuestras montañas poco puedo hablar si no es que nuestras espadas pueden obligar a esas ricas producciones a que nos vengan como tributo de nuestros prósperos vecinos. Pero debe ahora ponerse a prueba hasta qué punto pueden depositar su confianza en el honor indeleble de un escocés, por muy modesto que sea el individuo, que sólo puede ofrecer una promesa de salvarlas.

-Habla usted en tono misterioso; usted conoce algún peligro que nos amenaza -dijo lady Hameline.

-Lo he leído en sus ojos en cuanto lo vi -exclamó Isabel-. Virgen santa, ¿qué va a ocurrirnos?

-Espero que nada, sino lo que ustedes deseen -respondió Durward-. Y ahora me veo obligado a preguntar: Gentiles damas, ¿confían en mí?

-¿Confiar en usted? -contestó la condesa Hameline- Ciertamente. Pero ¿por qué motivo y hasta qué punto exige usted nuestra confianza?

-Por mi parte -dijo la condesa Isabel-, confío en usted sin reservas y sin condición alguna. Si nos engaña, Quintín, no creeré en nadie ni en nada, salvo en el cielo.

-Amable dama -replicó Durward sumamente agradecido-, usted me hace justicia. Mi objeto es alterar nuestro camino, dirigiéndonos por la orilla izquierda del Maes a Lieja en vez de cruzar a Namur. Esto difiere de las órdenes dadas por el rey Luis y las instrucciones que llevaba el guía. Pero he oído decir en el convento que hay bandidos por la orilla derecha del Maes y que marchan soldados borgoñeses para apresarlos. Ambas circunstancias me han alarmado, y temo por la seguridad de ustedes. ¿Puedo contar con su permiso para poder desviar la ruta del viaje?

-Cuente con el mío del modo más amplio -respondió la menor de las damas.

-Prima -dijo lady Hameline-, yo creo, como tú, que el joven dice la verdad; pero piensa que quebrantamos las instrucciones del rey Luis tantas veces reiteradas.

-¿Y por qué tendremos que atenernos a sus instrucciones? -dijo lady Isabel-. No soy, gracias al cielo, súbdita suya, y a pesar de sus ruegos, ha abusado de la confianza que me indujo a poner en él. No se deshonrará este joven si desobedece los mandatos de aquel déspota ladino y egoísta.

-Dios la bendiga por sus palabras, señora -dijo Quintín con alegría-; y si no merezco la confianza que ellas expresan, el ser despedazado por caballos salvajes en esta vida y el sufrir torturas eternas en la otra serían cosas demasiado buenas para lo que merecería.

Dicho esto, espoleó el caballo y se unió al bohemio. Este personaje era de una pasividad notable o, al menos, de un temperamento nada rencoroso. La injuria y la

Librodot

amenaza no hacían mella en él, y trabó conversación con Durward como si no le hubiera dirigido ninguna palabra ofensiva en el curso de la mañana.

«El perro -pensó el escocés- no gruñe ahora porque proyecta ajustar cuentas conmigo cuando me tenga cogido por el cuello; pero intentaremos, desde luego, combatirlo con sus propias armas.»

-Honrado Hayraddin -dijo-, has viajado con nosotros durante diez días, y, sin embargo, aún no nos has dado ocasión de mostrar tu habilidad en predecir la suerte, a lo cual eres, no obstante, tan aficionado, que necesitas demostrar tus facultades en cada convento donde nos paramos, con riesgo de ser recompensado echándote a dormir en un pajar.

-Nunca ha querido usted que le haga una demostración de mi habilidad -dijo el bohemio-.

Es usted como los demás, que se contentan con ridiculizar aquellos misterios que no comprenden.

-Demuéstrame ahora tu habilidad -dijo Quintín, y quitándose el guante de su mano, se la presentó al zíngaro.

Hayraddin observó cuidadosamente todas las *líneas* que se cruzaban entre sí en la palma de la mano del escocés, y observó con igual atención y escrupulosidad las pequeñas elevaciones en la base de los dedos, que en aquella época se creía tan íntimamente ligadas con el carácter, costumbres y suerte del individuo, como se pretende que son en nuestros tiempos los órganos del cerebro.

-Aquí hay una mano -dijo Hayraddin- que habla de pesares sufridos y de encuentros peligrosos. Leo en ella familiaridad desde joven con el puño de la espada, y también alguna familiaridad con los broches del libro de misa.

-Eso es mi vida pasada, y has podido enterarte de ella en cualquier parte -dijo Quintín-; dime algo sobre el futuro.

-Esta raya en el monte de Venus -dijo el bohemio-, que se prolonga y se une a la raya de la Vida, indica una segura y gran fortuna por casamiento, el cual lo elevará a la riqueza y la nobleza por la influencia del amor.

-Tales promesas se las haces a todo el que te pregunta el porvenir -dijo Quintín-; forman parte de vuestro arte.

-Lo que le digo es tan cierto -dijo Hayraddin- como que dentro de breves momentos será amenazado de un fuerte peligro, el cual leo en esta línea roja, como la sangre, que corta la palma de la mano transversalmente, que será un ataque a espada u otra violencia, de la cual solamente se salvará por la adhesión de un fiel amigo.

-¿Tú mismo, eh? -dijo Quintín algo indignado con la quiromancia que practicaba, fiado en su credulidad, y su intento de lograr reputación prediciéndole las consecuencias de su propia traición.

-Mi arte -replicó el zíngaro- no me dice nada que se refiera a mí.

-En esto, los adivinadores de mi tierra te aventajan en sabiduría, a pesar de tu fama, pues su habilidad les hace ver los peligros que a ellos mismos les rodean. No abandoné mis montañas sin haber experimentado algo de la doble visión con que sus habitantes están dotados, y te daré una prueba de ello en cambio de tu sesión de adivino. Hayraddin, el peligro que me amenaza está en la orilla derecha del río; lo evitaré viajando hasta Lieja por la orilla izquierda.

El guía lo escuchó con una apatía que, conociendo las circunstancias en las cuales Hayraddin se encontraba, Quintín no podía comprender.

-Si cumple su propósito -fué la respuesta del bohemio-, el peligro lo correré yo, no usted.

-Pensaba -dijo Quintín- que habías dicho hace un momento que no podías predecir tu porvenir.

-No de la misma manera en que le he adivinado el suyo -respondió Hayraddin-; pero se requiere sólo un ligero conocimiento de Luis de Valois para predecir que colgará a su guía si éste le complace a usted desviándose de la ruta que él había recomendado.

-El lograr con seguridad el propósito del viaje y conseguir que termine felizmente -dijo Quintín- puede compensar el haberse desviado del camino recomendado.

-¡Ah! -repuso el bohemio-. Si usted está seguro de que el rey desea el mismo término de la peregrinación que a usted le indicó.

-¿Y era posible que hubiese pensado en otra terminación? ¿Por qué supones que tuviese otro propósito en su mente que el indicado por sus instrucciones? -inquirió Quintín.

-Simplemente -contestó el zíngaro- porque aquellos que conocen mejor al cristianísimo rey están enterados de que cuanto más ansiosamente desea conseguir algo, es siempre lo que está menos dispuesto a declarar. Nuestro bondadoso Luis es capaz de enviar doce embajadas, y me dejaría cortar el cuello en la horca un año antes de lo debido si en once de ellas no hay algo más que lo que la pluma ha escrito en las cartas credenciales.

-No hago caso de tus locas sospechas -contestó Quintín-; mi deber es claro y perentorio: conducir a estas señoras sanas y salvas a Lieja; y, como lo hago bajo mi responsabilidad, creo que cumplo mejor mi deber cambiando de ruta y siguiendo el lado izquierdo del río Maes. Es asímismo camino directo a Lieja. Cruzando el río perderíamos tiempo, y sería más cansado, sin objeto alguno. ¿Para qué hacerlo así?

-Solamente porque los peregrinos, como ellas se denominan, que se dirigen a Colonia -dijo Hayraddin- no suelen descender por el Maes hasta Lieja, y el camino que siguen las damas puede ser considerado como contradictorio dado el objeto declarado de su viaje.

-Si nos requieren a que demos cuenta de eso -dijo Quintín-, diremos que la alarma producida por el malvado duque de Gueldres, o por Guillermo de la Marck, o por los

Librodot

écorcheurs y *lanzknetchs* en el lado derecho del río, justifica nuestra ida por el izquierdo en vez de nuestra indicada ruta.

-Como usted quiera, señor mío -replicó el bohemio-. Por mi parte, estoy igualmente dispuesto a guiarle hasta allá por el lado izquierdo como por el lado derecho del Maes. Las excusas a su señor debe presentarlas usted en persona.

Quintín, aunque sorprendido, estaba al mismo tiempo complacido con la facilidad o, al menos, la buena acogida de Hayraddin al cambio de ruta, pues necesitaba su ayuda como guía, y por un momento temió que el haber frustrado su proyectado acto de traición le hubiera impulsado a medidas extremas. Además, el expulsar al bohemio de su compañía hubiera sido el medio seguro de que Guillermo de la Marck, con quien estaba en correspondencia, se enterase del camino proyectado; mientras que si Hayraddin permanecía con ellos pensó Quintín que podría conseguir que aquél no tuviese ninguna comunicación con extraños sin que él se enterase.

Abandonando, por tanto, toda idea de la ruta permitida, la pequeña comitiva siguió por la orilla izquierda del ancho Maes con tanta rapidez y fortuna, que al día siguiente, temprano, llegaron al fin de su viaje. Encontraron que el obispo, por motivos de salud, según había alegado, pero más bien quizá para evitar el ser sorprendido por los numerosos habitantes amotinados, había establecido su residencia en el bonito castillo de Schonwaldt, a una milla, en las afueras de Lieja.

Justamente cuando ellos se aproximaban al castillo vieron al prelado que regresaba en procesión de la ciudad vecina, a la cual había ido a oficiar en la misa mayor. Iba a la cabeza de un espléndido cortejo, formado por hombres religiosos, civiles y militares, mezclados entre sí, o como el cantor de la antigua balada dice:

Con muchos portadores de cruces delante,
y muchas lanzas detrás.

La procesión tenía mucha vistosidad al bordear las verdes orillas del ancho Maes y penetrar dentro del gigantesco portal gótico de la residencia episcopal, como si éste la fuera devorando.

Pero cuando la comitiva se aproximó, notaron que las circunstancias alrededor del castillo denotaban duda e inseguridad, lo cual no concordaba con la pompa y el poderío desplegado en el cortejo que habían presenciado. Guardias y soldados del obispo, de recia contextura, mantenían una vigilancia cuidadosa alrededor de la mansión y en sus proximidades; y estas medidas preventivas en la residencia de un eclesiástico dejaban traslucir el temor de algún peligro para el reverendo prelado cuando juzgaba necesario rodearse con toda suerte de precauciones defensivas. Las damas de Croye, anunciadas por Quintín, fueron introducidas con toda clase de deferencias en el gran vestíbulo, donde el obispo las recibió con gran cordialidad, yendo a la cabeza de su pequeña corte. No les permitió que le besasen la mano, y les dió la bienvenida con una salutación que fué mezcla de galantería de príncipe a unas bellas damas y del bendito afecto de un pastor a sus hermanas de rebaño.

Librodot

Luis de Borbón, el obispo reinante en Lieja, era, en realidad, un príncipe generoso y de bondadoso corazón, cuya vida no se había limitado, por supuesto, a estar confinada estrictamente dentro de los límites de su profesión religiosa, sino que, a pesar de ella, había mantenido uniformemente el franco y honorable carácter de la casa de Borbón, de la cual descendía.

En los últimos tiempos, a medida que se hacía más anciano, el prelado había adoptado hábitos más en consonancia con su jerarquía que en los primeros años de su reinado, y era amado entre los príncipes vecinos como un noble eclesiástico, generoso y magnífico en su modo de vivir usual, aunque no guardaba una severidad de carácter ascético; y gobernaba con cierta indiferencia, que entre sus súbditos ricos y amotinados más bien alentaba que sometía sus propósitos rebeldes.

El obispo fué tan pronto un aliado del duque de Borgoña, que el último reclamó casi una soberanía adjunta en su obispado, y correspondió a la buena acogida con que el prelado admitió reclamaciones suyas, que podía haber fácilmente disentido, poniéndose de su parte en todo momento, con el celo decidido e impulsivo que formaba parte de su carácter. Solía decir que consideraba Lieja como suya; el obispo, como hermano suyo (y podía decirlo así, pues el duque se había desposado en primeras nupcias con la hermana del obispo), y que aquel que ofendiese a Luis de Borbón tendría que habérselas con Carlos de Borgoña; una amenaza que, considerando el carácter y el poder del príncipe que la hacía, hubiese sido poderosa con cualquiera menos con la descontentadiza ciudad de Lieja, cuya riqueza la había ensoberbecido.

El prelado, como ya hemos dicho, aseguró a las damas de Croye que intervendría en su favor en la corte de Borgoña todo cuanto fuese posible, y que esperaba que su intervención fuese eficaz, toda vez que Campo-Basso, por algunos descubrimientos últimos, más bien había desmerecido a los ojos del duque. El les prometió también cuanta protección estuviese en su poder concederlos; pero el suspiro con que acompañó sus promesas indicaba que ese poder era más reducido de lo que reflejaban sus palabras.

-De todos modos, mis queridísimas hijas -dijo el obispo con un tono en el cual, como en su primera salutación, se mezclaban la unción espiritual con la galantería hereditaria de la casa de Borbón-, el cielo no permitirá que abandone el cordero al astuto lobo, o las nobles damas a la opresión de los malhechores. Soy un hombre de paz, aunque mi gente está armada, y pueden estar seguras de que cuidaré de su tranquilidad como de la mía propia; y si ocurrieran acontecimientos perturbadores aquí, lo que, con la gracia de Nuestra Señora, confiamos más bien que se apaciguarán que no que se enconen, les proporcionaríamos su ida a Alemania sin peligro alguno, pues ni aun la voluntad de nuestro hermano y protector Carlos de Borgoña prevalecerá sobre mi por ningún concepto para disponer de vosotras contrariamente a vuestras propias inclinaciones. No podemos complacerlas en su petición de permanecer en un convento, porque, ¡ay!, es tal la influencia de los hijos de Satanás entre los habitantes de Lieja, que no conocemos retiro alguno al cual se extienda el poder de nuestra autoridad fuera de las murallas de nuestro castillo y de la protección de nuestros soldados. Pero aquí serán bien acogidas y atendidas, y su séquito será honrosamente

Librodot

alojado, especialmente este joven, a quienes usted recomiendan tan en particular y a quien especialmente Nos otorgamos nuestra bendición.

Quintín se arrodilló, como era su deber, para recibir la bendición episcopal.

-Ustedes -prosiguió el bondadoso prelado residirán aquí con mi hermana Isabel, canonesa de Thiers, y con quien habitarán con toda clase de honores, aunque sea bajo el techo de un solterón tan alegre como el obispo de Lieja.

Así que hubo concluído su discurso, condujo galantemente a las señoras al departamento de su hermana, y el intendente, un empleado que, habiéndose ordenado de diácono, tenía un carácter entre secular y eclesiástico, alojó a Quintín como su dueño le había encargado, mientras que los otros personajes del séquito de las damas de Croye fueron conducidos a habitaciones inferiores.

En este arreglo, Quintín no pudo dejar de observar que la presencia del bohemio, tan rechazada en los conventos del trayecto, no parecía ser objeto de ninguna objeción ni repulsa en la residencia de este opulento y, podríamos decir, mundano obispo.

Capítulo XIX

La ciudad

¡Buenos amigos,
bondadosos amigos, no me dejéis excitaros
A ningún acto repentino de rebeldía!

Julio César.

Separado de lady Isabel, cuyas miradas habían sido durante tantos días la estrella que le guiaba, Quintín sintió un extraño vacío y frialdad en el corazón, el cual no había experimentado aún en ninguna de las vicisitudes por las que su vida había atravesado. Que la intimidad y las inevitables conversaciones hubiesen cesado entre ellos era la necesaria consecuencia de haber llegado la condesa a una residencia fija, porque ¿con qué pretexto podría ella cometer la incorrección de tener a su lado a un joven caballero como Quintín que la atendiese constantemente?

Pero el choque de la separación no fué mejor recibido porque fuese inevitable, y el orgulloso corazón de Quintín se sintió herido al creer que le habían tratado como a un postillón ordinario o a uno de la escolta cuyo deber ha terminado, mientras que sus ojos dejaban caer una o dos lágrimas secretas sobre las ruinas de tantos castillos en el aire como se había entretenido en construir en el transcurso de tan interesante viaje. Hizo un gran esfuerzo, pero en vano, para desechar esta depresión mental, y, condescendiente con los sentimientos que no podía dominar, fué a sentarse en el poyo del hueco profundo de una ventana que iluminaba el gran *hall* gótico de Schonwaldt,

meditando allí sobre su negra fortuna, la cual no le había proporcionado rango ni riqueza suficiente para proseguir en su atrevido galanteo.

Quintín trató de disipar la tristeza que le embargaba despachando a Charlet, uno de los criados, con cartas para la corte de Luis anunciándole la llegada a Lieja de las damas de Croye. Al fin reapareció su natural alegría, excitándole a ello el título de un viejo *romaunt* que había sido impreso en Estrasburgo, y el cual aparecía junto a él en la ventana, y cuyo título era el siguiente:

Cómo el caballero de baja alcurnia fué amado
por la hija del rey de Hungría

Mientras canturreaba la letra de la cantinela, que tan bien concordaba con su propia situación, Quintín fué interrumpido con un golpe en el hombro, y, mirando hacia arriba, vió al gitano de pie junto a él.

Hayraddin, cuya presencia nunca era agradable, resultaba odioso después de su última traición, y Quintín le interrogó seriamente por qué se tomaba la libertad de tocar a un cristiano y caballero al mismo tiempo.

-Simplemente -respondió el bohemio- porque deseo saber del caballero cristiano si ha perdido el sentido, como los ojos y el oído. Llevo hablándole cinco minutos, y usted está mirando ese papel amarillo como si fuera un hechizo que lo convirtiera en estatua y ésta hubiera conseguido su propósito.

-Bien; ¿y qué es lo que quieres? ¡Habla y márchate!

-Quiero lo que todos los hombres quieren, y con lo que pocos están satisfechos -dijo Hayraddin-. Quiero lo mío: mis diez coronas de oro por guiar a las señoras hasta aquí.

-¿Con qué cara me pides recompensa después que te he salvado tu vida indigna? -dijo Quintín con orgullo-. Tú sabes que fué tu propósito haberlas traicionado en el camino.

-Pero no las traicioné -dijo Hayraddin-; si lo hubiese hecho, no habría pedido recompensa ni a usted ni a ellas, sino que la hubiera reclamado de aquel de la orilla derecha del río, a quien ello habría beneficiado. La gente a quien he servido es la que debe de pagarme.

-¡Que tu dinero perezca contigo, traidor! -dijo Quintín, arrojándole el dinero-. ¡Vete con el Jabalí de las Ardenas, o al diablo! Pero quítate de mi vista si no quieres que te envíe allí antes de tiempo.

-¡El Jabalí de las Ardenas! -repitió el bohemio, delatando su rostro un mayor grado de sorpresa que otras veces-. ¿No fué entonces una simple casualidad y una vaga sospecha lo que le hizo cambiar de camino? ¿Puede haber, existen realmente en otras comarcas adivinos más seguros que los de nuestras errantes tribus? El sauce bajo el

Librodot

cual hablábamos no pudo decir nada. Pero no, no, no. ¡Qué necio soy! Lo comprendo, lo comprendo. El sauce junto al arroyo próximo a aquel convento; lo vi mirar hacia él cuando pasamos a una media milla aproximadamente de aquella colmena de zánganos. ¡Pudo, en verdad, no hablar; pero pudo ocultar a uno que escuchase! Otra vez celebraré mis consejos en una llanura despejada; ni una mata de cardos habrá cerca de mí para que un escocés pueda ocultarse tras de ella. ¡Ja, ja!, el escocés ha derrotado al zíngaro con sus propias armas sutiles; pero has de saber, Quintín Durward, que me has derrotado para lograr tu propia fortuna. ¡Sí! ¡La suerte que te predije en las rayas de la mano se está cumpliendo por tu propio empeño!

-¡Por San Andrés! -dijo Quintín-, tu insolencia me hace reír contra mi voluntad. ¿Cómo o en qué me hubiera sido útil tu villanía en caso de triunfar? Escuché, sí, que exigías salvar mi vida, cuya exigencia tus dignos aliados hubieran olvidado en seguida que hubiéramos comenzado a luchar; pero en qué tu traición a estas damas me hubiera aprovechado, si no era para exponerme a muerte o cautiverio, es asunto que no llego a acertar.

-No se ocupe más de ello -dijo Hayraddin-, pues aun tengo intención de sorprenderlo con mi gratitud. Si usted no me hubiera pagado, hubiera dicho que estábamos en paz y le hubiera dejado que guiase a tontas y a locas. Tal como ha pasado, permanezco como deudor por aquel asunto de las orillas del Cher.

-Me parece que ya me he cobrado en maldiciones y abusos de ti -dijo Quintín.

-Las palabras fuertes o las palabras amables sólo son viento y no pesan en la balanza. Si me hubiera pegado en vez de amenazarme...

-Estoy bien dispuesto a cobrarme de ese modo si me sigues provocando por más tiempo.

-No se lo aconsejaría -dijo el zíngaro-; tal pago, hecho por una mano violenta, podía exceder de la deuda y dejar, desgraciadamente, un saldo a mi favor, que no estoy dispuesto a olvidar ni perdonar. Y ahora, adiós; pero no para mucho tiempo. Voy a despedirme de las damas de Croye.

-¿Tú? -preguntó Quintín asombrado-. ¿Tú admitido en presencia de las damas, y aquí, donde están en cierto modo recluídas bajo la protección de la hermana del obispo, una noble canonesa? Es imposible.

-Marthon, sin embargo, espera para conducirme a su presencia -dijo el zíngaro haciendo un mohín-, y he de pedirle que me perdone si le abandono bruscamente.

Se volvió como si fuese a partir, pero al instante retrocedió hacia él y le dijo en tono enfático:

-Conozco sus esperanzas; son atrevidas, aunque no vanas, si las ayudo. Conozco sus temores; demuestran prudencia, pero no timidez. Toda mujer puede ser conquistada. Un conde no es más que un mote que le puede cuadrar a Quintín, así como el otro mote de duque le viene bien a Carlos, o el de rey le está adecuado a Luis.

Librodot

Antes de que Durward pudiese replicar, el bohemio había abandonado el *hall*. Quintín le siguió en el acto; pero más familiarizado que el escocés con los rincones de la casa, Hayraddin pudo mantener la ventaja que llevaba, y el perseguidor le perdió de vista mientras descendía por una escalera trasera. Aun Durward lo siguió, si bien inconsciente de su acción. La escalera terminaba en una puerta que daba a una avenida de un jardín, en la que de nuevo vió al zíngaro andando de prisa por un paseo frondoso.

En dos lados, el jardín estaba rodeado por los cuerpos del castillo: una gigantesca construcción antigua entre fortaleza y edificio eclesiástico; en los otros dos costados, el recinto lo formaba una muralla almenada. Cruzando las avenidas del jardín hacia otra parte del edificio, en donde una poterna se abría detrás de un ancho y macizo contrafuerte cubierto de hiedra, Hayraddin miraba hacia atrás y agitaba su mano en señal de triunfante despedida a su perseguidor, quien vió que, en efecto, la poterna era abierta por Marthon y que el vil bohemio era admitido en el recinto, según deducía lógicamente, de las habitaciones de las condesas de Croye. Quintín se mordió los labios, indignado, y se echó en cara severamente no haber participado a las damas toda la falsedad del carácter de Hayraddin, y haberlas comunicado sus maquinaciones en contra de su salvación. La manera arrogante con que el bohemio había prometido llevar a cabo su propósito aumentaba su cólera y disgusto, y le parecía como si la mano de la condesa Isabel resultase profanada con el solo contacto de ese individuo.

«Pero todo esto es un engaño -se dijo-, alguna superchería nueva. Se ha procurado acceso junto a esas damas con algún falso pretexto y perversa intención. Bien. Ya he conocido dónde se alojan. Esperaré a Marthon, solicitaré ser recibido por ellas, y las pondré en guardia contra él. Muy duro es tener que buscar artilugios para entrar cuando personas como él son admitidas sin escrúpulos. Pero ellas verán que, a pesar de estar yo lejos de su presencia, la seguridad de Isabel es aún objeto de mi vigilancia.»

Mientras el joven enamorado meditaba sobre esto, un hombre de edad, perteneciente al servicio del obispo, y que había penetrado por la misma puerta del jardín por la que momentos antes él lo había hecho, se le aproximó y le indicó, aunque con gran compostura de modales, que el jardín era privado, y estaba reservado al uso exclusivo del obispo y huéspedes de la más alta esfera.

Quintín le oyó repetir esta información por dos veces antes de enterarse de lo que quería decir; y como si hubiese despertado de un sueño, le saludó y salió rápidamente del jardín. El personaje oficial le seguía, disculpándose y haciéndole entender que lo hacía en cumplimiento de su deber. Tan pertinaz estuvo en hacerse perdonar la ofensa que creía haber infligido a Durward, que le ofreció su compañía para entretenerle; hasta que Quintín, maldiciendo interiormente su insistencia, no encontró mejor medio de escaparse que el pretextar deseo de visitar la ciudad vecina, y empezó a andar con paso rápido para apagar todo afán en el caballero ujier de seguirle más allá del puente levadizo. En pocos minutos Quintín se halló dentro de las murallas de la ciudad de Lieja, entonces una de las más ricas ciudades de Flandes y, por tanto, del mundo.

La melancolía, aun la melancolía amorosa, no está tan profundamente arraigada, al menos en los cerebros varoniles y caracteres flexibles, para que éstos resistan la tentación de las cosas atrayentes que los rodean. Conduce a impresiones inesperadas y

Librodot

sorprendentes, a deseo de cambiar de lugar, a buscar aquellas escenas que puedan crear nuevas asociaciones de ideas y a verse sumergido bajo la influencia de la actividad del género humano. En pocos minutos, la atención de Quintín fué absorbida con la variedad de objetos que se le presentaban en rápida sucesión por las animadas calles llenas del tráfico de la ciudad de Lieja, y como si no hubieran existido jamás en el mundo la condesa Isabel ni el bohemio.

Las casas altas; las calles soberbias, aunque estrechas y sombrías; la espléndida disposición y exhibición de los géneros más ricos y de las más suntuosas armaduras en los almacenes y tiendas; la multitud, formada por ciudadanos de todas clases, pasando y cruzando con aire de importancia o de actividad apresurada; los gigantescos carromatos que transportaban de aquí para allá los objetos de exportación e importación, componiéndose los primeros, en su mayoría, de paño fino y sarga, armas de todas clases, clavos y objetos de hierro, mientras que los últimos comprendían todos los artículos de uso o de lujo, bien destinados para el consumo de tan opulenta ciudad, bien, recibidos a cambio, y destinados a ser transportados a otros sitios; objetos todos que se combinaban para formar un cuadro de opulencia, bullicio y esplendor hasta entonces desconocido para Quintín. También admiró Quintín los numerosos arroyos y canales que comunicaban con el río Maes, los cuales atravesaban la ciudad en varias direcciones y ofrecían a todos los barrios las facilidades comerciales de transporte acuático, y no le faltó oír una misa en la antigua y venerable iglesia de San Lamberto, fundada, según decían, en el siglo VIII.

Al abandonar este santo lugar, Quintín empezó a observar que él, que hasta entonces había estado curioseando con avidez, era a su vez objeto de especial atención por varios grupos de vecinos, que le miraban fijamente cuando abandonó la iglesia, y que entre ellos susurraban algunas palabras, que de uno en otro se fueron corriendo, aumentando el número de personas considerablemente, y las miradas de los nuevos enterados iban a parar directamente a Quintín, expresando asombro, interés y curiosidad, unido a un cierto grado de respeto.

Finalmente, se encontró en el centro de una muchedumbre considerable, la cual seguía mirándole, estrujándole e impidiéndole seguir más adelante. Así, pues, su situación era tan embarazosa, que no podía prolongarse sin procurar obtener alguna explicación.

Quintín miró a su alrededor y se fijó en un hombre respetable, de buena estatura y rostro jovial, quien, bajo su casaca de terciopelo y cadena de oro, parecía ser un personaje, o tal vez un magistrado, preguntándole si veía algo de particular en su persona que atrayese de un modo tan poco usual la atención del público, o si, por casualidad, era la costumbre del pueblo de Lieja aglomerarse alrededor de los extranjeros que visitaban la ciudad.

-Ciertamente no, señor mío -respondió el individuo-; los naturales de Lieja no tienen esa fea costumbre, ni existe nada en su traje o apariencia para que resulte extraño en esta ciudad; antes al contrario, nuestros ciudadanos están a la vez encantados de verle y deseosos de servirle.

-Esas son palabras corteses, digno señor -dijo Quintín-. Pero, ¡por la cruz de San Andrés!, no puedo adivinar su significado.

Librodot

-Su juramento, señor -respondió el mercader de Lieja-, así como su acento, me convencen de que no andamos descaminados.

-¡Por mi patrón San Quintín! -dijo Durward- Cada vez comprendo menos lo que quiere usted decir.

-Y dale... -añadió su interlocutor en tono muy provocativo, a medida que hablaba, aunque dentro de las normas de la cortesía-. No nos compete a nosotros, digno señor, averiguar lo que juzga oportuno ocultar. Pero ¿por qué jurar por San Quintín si no me explica su intención? Conocemos al buen conde de Saint Paul, que se encuentra aquí en la actualidad y ve con simpatía nuestra causa.

-¡Por vida mía! -dijo Quintín-, usted sufre alguna alucinación; no sé nada de Saint Paul.

-No discuto -dijo el de Lieja-, aunque escuche: mi nombre es Pavillon.

-¿Y qué tengo yo que ver con eso, señor Pavillon? -dijo Quintín.

-No, nada; sólo creía que podía satisfacerle el saberme digno de su confianza. Aquí está también mi colega Rouslaer.

Rouslaer avanzó, corpulento, dignatario, cuya hermosa y redonda panza, como un ariete, empujaba a la muchedumbre ante él, y recomendando prudencia en voz baja a su vecino, díjole en tono de reproche:

-Olvida usted, buen colega, que el sitio es demasiado público. El señor debe retirarse a su casa o a la mía y beber un vaso de Rin con azúcar, y entonces sabremos algo más de nuestro buen amigo y aliado, a quien amamos con toda la sinceridad de nuestros corazones flamencos.

-No conozco ni tengo noticias de ninguno de ustedes -dijo impacientemente Quintín- No beberé vino del Rin, y lo que únicamente deseo de ustedes, como hombres de peso y respetabilidad, es que dispersen esta turba de vagos y permitan a un extranjero dejar vuestra ciudad tan tranquilamente como vino a ella.

-Quia, señor -dijo Rouslaer-; ya que se empeña en guardar su incógnito, y también con nosotros, que somos hombres de confianza, le preguntaré sin rodeos: ¿Por qué usa la insignia de su compañía si quiere permanecer desconocido en Lieja?

-¿Qué insignia y qué orden? -dijo Quintín-. Ustedes parecen hombres serios, aunque, ¡por mi alma!, creo que están locos o que quieren volverme a mí.

-¡Córcholis! -dijo el otro individuo- ¡Este joven le haría jurar al propio San Lamberto! ¿Quiénes son los que llevan gorra con la cruz de San Andrés y flor de lis sino los arqueros escoceses de la Guardia del rey Luis?

-Y suponiendo que yo fuese un arquero de la guardia escocesa, ¿por qué se pasman de que lleve la insignia de mi compañía? -dijo Quintín con impaciencia.

-¡Lo ha confesado, lo ha confesado! -dijeron Rouslaer y Pavillon volviéndose a la reunión de vecinos en actitud satisfecha, alzando los brazos y batiendo palmas, con

sus caras redondas radiantes de gozo- ¡Ha confesado ser un arquero de la Guardia de Luis, de Luis, el guardián de la libertad de Lieja!

Un clamor y griterío general salió de la multitud, en la que se mezclaban diferentes gritos de ¡Viva Luis de Francia! ¡Viva la Guardia escocesa! ¡Viva el valiente arquero! ¡Nuestra libertad, nuestros derechos o la muerte! ¡No queremos impuestos! ¡Viva el bravo Jabalí de las Ardenas! ¡Abajo Carlos de Borgoña! ¡Muera el Borbón y su obispado!

Medio atontado por el ruido atronador que iba de un lado a otro del corro, subiendo y bajando como las olas del mar, y aumentado por miles de voces que se unían con sus clamores desde calles y plazas distantes, Quintín, sin embargo, pudo formar conjeturas del significado de aquel tumulto y un plan para regular su conducta.

Había olvidado que después de su escaramuza con Orleáns y Dunois, uno de sus camaradas, obedeciendo órdenes de lord Crawford, reemplazó el morrión que le había partido el último con la espada por uno de los cascos de acero que formaba parte del equipo bien conocido de los guardias escoceses. Que un individuo de este Cuerpo, que estaba constantemente junto a la persona del rey Luis, apareciese en las calles de una ciudad cuyos disgustos domésticos habían sido agravados por los agentes de ese rey, era, naturalmente, interpretado por los ciudadanos de Lieja como una determinación por parte de Luis de cooperar a su causa; y la aparición de un individuo arquero era tomada como una demostración de un inmediato y activo socorro de Luis, y hasta casi daba la seguridad de que sus fuerzas auxiliares penetraban en aquel momento por una u otra de sus puertas, aunque nadie podía decir categóricamente por cuál.

Quintín fácilmente vió que era imposible desterrar una convicción tan generalmente arraigada; tanto más, que cualquier intento para desengañar a hombres tan obstinadamente dispuestos a creerla, sería arriesgar su vida, lo cual, en este caso, no tenía objeto.

Resolvió, pues, contemporizar y librarse de aquello lo mejor que pudiese, tomando esta resolución mientras le conducían a la Stadthouse, donde los notables de la ciudad se habían reunido con urgencia para oír las noticias que presumían había traído y obsequiarle con un espléndido banquete.

A pesar de su oposición, que se atribuyó a modestia, estaba por todos lados rodeado del halago de la popularidad, cuya parte desagradable era la única que él apreciaba. Los dos burgomaestres amigos, quienes eran *shoppen,* o síndicos de la ciudad, lo cogieron rápidamente por ambos brazos. Delante de él marchaba Nikkel Blok, el jefe de la corporación de carniceros, arrancado de su puesto del matadero, esgrimiendo su cuchilla, aun salpicada de sangre fresca y trozos de sesos, con una energía y gracia que solamente el *brantwein* puede imaginar. Tras de él caminaba la alta, flaca, huesuda, borracha y muy patriótica figura de Claus Hammerlein, presidente de los herreros, y seguido, por lo menos, de mil asquerosos oficiales de su clase. Tejedores, fabricantes de clavos, cordeleros, artesanos de todas clases y oficios salían de todas las sombrías y estrechas callejas para unirse a la procesión. Escapar era, por tanto, una imposible y desesperada aventura.

Librodot

En este dilema, Quintín apeló a Rouslaer, que le llevaba de un brazo, y a Pavillon, que le sostenía del otro, y quienes le llevaban delante, a la cabeza de la manifestación de la cual había llegado a ser objeto tan principal e inesperado. Rápidamente les contó que, habiendo adoptado impensadamente el casco de la Guardia escocesa, por habérsele estropeado el capacete con el cual habíase propuesto viajar, sentía que, debido a esta circunstancia y a la perspicacia de los de Lieja para conocer su condición y el propósito de su visita, se hubiera esto descubierto públicamente; y les rogaba le dijesen si, al ser ahora conducido al Ayuntamiento, se vería en la necesidad de comunicar a la asamblea de los notables ciertos hechos que debían ser reservados, según orden del rey, para los oídos, de sus excelentes compadres Meinherrs Rouslaer y Pavillon, de Lieja.

Esta última insinuación obró mágicamente sobre los dos ciudadanos, quienes eran los más distinguidos jefes de los insurrectos ciudadanos, y estaban, como todos los demagogos de su clase, deseosos de mangonear en todo lo más posible. Primeramente convinieron en que Quintín debía abandonar la ciudad al momento, y volver por la noche a Lieja para conversar con ellos privadamente en la casa de Rouslaer, próxima a la puerta opuesta de Schonwaldt. Quintín no dudó en decirles que estaba residiendo en el palacio del obispo, con el pretexto de aportar despachos de la corte de Francia, aunque el verdadero objeto de su venida, como ellos habían adivinado, estaba relacionado con los ciudadanos de Lieja; y esta manera retorcida de traer una comunicación, así como el rango y el carácter de la persona a quien se suponía estaba encomendada, estaba tan en consonancia con el carácter de Luis, que no excitaba ni duda ni sorpresa.

Casi inmediatamente después que este *éclaircissement* fué hecho, el avance de la turba le trajo frente a la puerta de la casa de Pavillon, en una de las principales calles, pero que comunicaba por detrás con el Maes por medio de un jardín, así como por una fábrica de curtidos para adobar y curtir pieles, pues el patriota vecino era curtidor.

Era natural que Pavillon desease hacer los honores de su morada al supuesto enviado de Luis, y un alto delante de su casa no podía causar sorpresa a la multitud, la que, al contrario, otorgó a Meinheer Pavillon un estruendoso viva al introducir en el interior a su distinguido huésped. Quintín inmediatamente se desprendió del llamativo casco de acero, reemplazándolo por una gorra de piel, y se puso una casaca sobre su armadura. Entonces Pavillon le entregó un pasaporte para que pasase las puertas de la ciudad y regresase por la noche o al otro día, según él lo considerase conveniente; y, por último, lo dejó a cargo de su hija, una rubia y sonriente zagala flamenca, con instrucciones para acompañarle, mientras que él volvía con sus colegas para darles excusas por la desaparición del enviado de Luis y distraer a sus amigos de la Stadthouse. No podemos, como dice el lacayo en la comedia, saber la naturaleza exacta de la mentira que el guión dijo al rebaño; pero no hay tarea más fácil que la de imponerse a una muchedumbre cuyos ávidos prejuicios han recorrido ya la mitad del camino antes de que el impostor haya hablado una palabra.

Tan pronto el digno ciudadano hubo desaparecido, su rolliza hija, Trudchen, con mucho rubor y sonrisa forzada, que sentaba de modo encantador a sus labios como cerezas, retozones ojos azules y a su cutis transparente, escoltó al hermoso extranjero por entre las tupidas alamedas del jardín del señor Pavillon, al lado del río, donde vió

Librodot

Quintín, embarcados en un bote, al que subió, a dos altos flamencos, con anchos calzones, gorras; de piel y coletos de ante sin manga, abotonados, dispuestos para zarpar lo más rápidamente que su naturaleza apática los permitiese.

Como la preciosa Trudchen hablaba solamente alemán, Quintín, sin olvidarse del leal afecto por la condesa de Croye, no pudo demostrarle su agradecimiento más que con un beso en los labios color de cereza, lo cual fué una galantería aceptada con modestia y gratitud, pues galanes con una figura y un rostro como el de nuestro arquero escocés no solían presentarse todos los días entre la *bourgeoisie* de Lieja[(38)].

Mientras el bote bogaba lentamente por las tranquilas aguas del río Maes y pasaba las defensas de la ciudad, Quintín tuvo tiempo suficiente de reflexionar qué relato daría de su aventura en Lieja cuando llegase al palacio del obispo en Schonwaldt, y desdeñando al mismo tiempo traicionar a cualquier persona que hubiese puesto su confianza en él, aunque por equivocación, u ocultar al hospitalario prelado el estado amotinado de la ciudad, resolvió limitarse a un informe tan general, que pusiese en guardia al obispo, sin exponer a ningún individuo a su venganza.

Desembarcó del bote a una media milla del castillo; recompensó a los remeros con un florín, lo que les proporcionó gran alegría, no obstante ser corto el espacio que le separaba de Schonwaldt. La campana del castillo tocaba para la comida, y como descubriese Quintín que se había aproximado al castillo por lado distinto al de la entrada principal, y que dar la vuelta retrasaría considerablemente su llegada a la mesa, decidió dirigirse directamente al sitio más cercano a él, al percatarse que presentaba una muralla almenada, probablemente la del jardincillo antes mencionado, con una poterna que abría al foso y un esquife amarrado junto a la poterna, que podía servir, a su juicio y previo aviso, para pasarle al otro lado. A medida que se aproximaba con la esperanza de entrar de este modo, se abrió la poterna, salió un hombre y, saltando al bote, bogó al otro lado del foso, y entonces, con una larga pértiga, empujó el esquife hacia atrás, al sitio donde había embarcado. Cuando estuvo más cerca, Quintín descubrió que esa persona era el bohemio, que, evitándole, lo que no era difícil, tomó un camino diferente hacia Lieja, y pronto se le perdió de vista.

Aquí se le presentaba un nuevo motivo de meditación. ¿Habría estado este vagabundo descreído todo ese tiempo con las damas de Croye, y con qué fin le habían favorecido tanto rato con su presencia? Atormentado con esta idea, Durward hizo el propósito de tener con ellas una explicación, con el fin de ponerles de manifiesto la traición de Hayraddin y anunciarles la peligrosa situación en que se encontraba su protector el obispo dado el estado de rebeldía de la ciudad de Lieja.

Tomada esta resolución, entró Quintín en el castillo por la puerta principal, y encontró que parte de las personas que se reunían en el gran *hall* para comer, incluso el clérigo auxiliar del obispo, empleados de la casa y forasteros de menor alcurnia, estaban ya colocados en sus sitios. Un puesto en el extremo superior de la mesa le había sido reservado, junto al capellán administrador del obispo, quien dió la bienvenida al forastero con la antigua broma del colegio. *Sero venientibus ossa*, mientras se preocupaba de llenar su plato de golosinas, como para desvanecer toda apariencia de mortificación para Quintín por llegar tarde.

Librodot

Al querer justificarse para no aparecer mal educado, Quintín describió brevemente el tumulto que se había originado en la ciudad al ser descubierta su calidad de arquero escocés de la Guardia de Luis, e intentó dar un tono ligero a su narración, diciendo que se había escapado gracias a un gordo vecino de Lieja y a su linda hija.

Pero la reunión estaba demasiado interesada en el relato para hacer caso de la broma. Todas las operaciones de la mesa quedaron suspendidas mientras Quintín contaba su narración, y cuando cesó, hubo una solemne pausa, que sólo fué interrumpida por el mayordomo al decir en tono bajo y melancólico:

-Dios quiera que veamos esas cien lanzas de Borgoña.

-¿Por qué les preocupa a ustedes tanto eso? Tienen aquí muchos soldados cuyo oficio son las armas, y sus antagonistas son sólo la canalla de una ciudad revuelta, que huirá en cuanto aparezca la primera bandera de guerreros en orden de batalla.

-No conoce usted a los hombres de Lieja -dijo el capellán-, de quienes puede decirse, sin exceptuar siquiera a los de Gante, que son al mismo tiempo los más fieros y los más indomables de Europa. Dos veces los ha castigado el duque de Borgoña por sus repetidas revueltas contra el obispo, y dos veces los ha contenido con mucha severidad, abolido sus privilegios, quitado sus banderas y establecido derechos que no se acostumbraban antes a imponer a una ciudad libre del Imperio. La última vez los derrotó, con muchas víctimas, cerca de Saint Tron, donde Lieja perdió cerca de seis mil hombres, unos heridos por arma blanca y otros ahogados al huir; y después, para impedir nuevas revueltas, el duque Carlos rehusó entrar por ninguna de las puertas que ellos habían entregado, y echando por tierra cuarenta codos de la muralla de la ciudad, penetró en Lieja como un conquistador, con la visera calada y la lanza en posición de descanso, a la cabeza de la caballería, por la brecha que había hecho. Bien seguros estuvieron entonces los de Lieja que, de no ser por intercesión de su padre, el duque Felipe *el Bueno*, este Carlos, entonces conde de Charolais, hubiese saqueado la ciudad. ¡Y, sin embargo, con todos estos recuerdos aun vivos, con las brechas sin reparar y los arsenales apenas provistos, la visita de un casco de arquero es lo suficiente para volverlos a alborotar! ¡Dios sobre todo!; pero me temo que va a haber una lucha sangrienta en una población tan fiera y con un soberano tan vehemente, y quisiera que mi excelente y noble señor tuviese menos dignidad y pensase más en ponerse a salvo, pues su mitra está forrada de espinas en vez de armiño. Le digo todo esto, señor forastero, para hacerle saber que si sus asuntos no le detienen en Schonwaldt, éste es un lugar del que todo hombre de sentido debería partir tan pronto como le fuese posible. Sospecho que sus damas son de la misma opinión, pues uno de los palafreneros que las atendió en el camino fué enviado a la corte de Francia con cartas que, sin duda, tienen por objeto anunciar su partida en busca de un asilo más seguro.

Capítulo XX

La esquela

Márchate; -
gozarás de prosperidad,
si lo deseas.-Si no, sigue siendo modelo
de criados,
no apto para ser favorecido por la suerte.
Duodécima noche.

Cuando hubieron terminado de comer, el capellán, quien parecía haberle tomado a Quintín algún afecto, o que deseaba saber por él más informes concernientes al motín de la mañana, le llevó a un salón apartado, las ventanas del cual daban por un lado al jardín; y al observar que su compañero escudriñaba con avidez el mismo, propuso a Quintín bajar a él para ver los curiosos arbustos de otras tierras, con los que el obispo había enriquecido los parterres. Quintín se excusó de entrar, y además le comunicó la orden que había recibido aquella mañana. El capellán sonrióse y dijo:

-Eso era, desde luego, una antigua prohibición respecto al jardín privado del obispo; pero eso -añadió con una sonrisa- sucedía cuando nuestro reverendo padre era un príncipe y joven prelado, con no más de treinta años de edad, y cuando muchas hermosas damas frecuentaban el castillo buscando consuelos espirituales. Era, pues, necesario -dijo con mirada baja y sonriendo maliciosamente- que esas señoras, que sufrían preocupaciones de conciencia y que siempre se alojaban en las habitaciones que ahora ocupa la noble canonesa, tuviesen algún espacio seguro para tomar el aire, libre de la intromisión de profanos. Pero en estos últimos años -añadió- esta prohibición, aunque no ha sido formalmente derogada, no se observa en absoluto, y queda como una superstición en el cerebro de un jubilado ujier. Bajaremos ahora -continuó- y probaremos si el lugar sigue prohibido o no.

Nada podía ser más agradable a Quintín que el proyecto de entrar libremente en el jardín, dentro del cual, y si la suerte favorecía a su pasión, esperaba comunicar, o al menos obtener, algún indicio del objeto de su amor en alguna de aquellas torrecillas o balcón saledizo, similar al punto de vista que tuvo en la hostería de *La Fleur de Lys*, cerca de Plessis, o La Torre del Delfín, dentro del castillo mismo. Isabel parecía estar destinada, cualquiera que fuese su alojamiento, a ser la Dama de la Torrecilla.

Cuando Durward descendió con su nuevo amigo al jardín, el último parecía un filósofo terreno enteramente dedicado a las cosas de la tierra; mientras que los ojos de Quintín, si no se dirigían al cielo como aquellos de los astrólogos, erraban, al menos, alrededor de las ventanas, balcones y especialmente por las torrecillas, las cuales sobresalían por todas partes del antiguo castillo, para ver si por alguna de ellas descubría a su preferida.

Mientras tanto, el joven enamorado no prestaba apenas atención a la enumeración de plantas, hierbas y arbustos que el reverendo guía le señalaba, de las cuales una había sido escogida por su valor medicinal; otra, mejor aún, por proporcionar sabor favorable al potaje, y esta tercera, la mejor de todas, pues aunque no poseía mérito alguno, era extraordinariamente rara. Sin embargo, era necesario aparentar algún

Librodot

interés, lo cual encontraba el joven de suma dificultad, y más bien deseaba enviar al demonio al oficioso naturalista y todo el reino vegetal. Por fin, el sonido de una campana le libró del capellán, que partió a cumplir un deber de su cargo.

El reverendo hombre se excusó -innecesariamente- por tener que dejarle, y concluyó asegurándole que podía pasear por el jardín hasta la hora de cenar sin riesgo de ser molestado.

-Este es -dijo- el sitio donde yo siempre estudio mis sermones, por ser el menos frecuentado por los extraños. Ahora voy a pronunciar uno en la capilla; si usted quiere puede favorecerme con su presencia. Me dicen que soy buen orador. ¡No es mía la gloria: cada cual tiene un don!

Quintín se excusó por esa tarde pretextando un gran dolor de cabeza, que con el aire libre se curaría mejor, y por fin partió el religioso, dejándole solo.

Puede imaginarse fácilmente que a la detenida inspección que ahora hacía a su gusto de todas las ventanas o huecos que miraban al jardín no podían escapar los huecos cerca de la puertecilla por la cual vió a Marthon dar entrada a Hayraddin, y que, según éste pretendía, conducía a las habitaciones de las condesas. Pero nada se movía ni se mostraba que pudiese impugnar o confirmar el cuento del bohemio, hasta que fué obscureciendo, y Quintín empezó a sospechar, sin saber por qué, que su estancia prolongada en el jardín podía ser objeto de enojo o sospecha.

Justamente cuando había resuelto irse y estaba dando la última vuelta bajo las ventanas que tanto le atraían, oyó sobre él un ligero y cauto ruido, como de una tos que intentase llamar su atención sin llamar la de otros. Al mirar hacia arriba con alegre sorpresa se abrió una ventana y vió una mano femenina que dejaba caer una esquela, la cual cayó en un rosal trepador que crecía al pie del muro. La precaución adoptada para arrojar esta carta prescribía igual prudencia y secreto para leerla. El jardín, rodeado, como ya hemos dicho, por los demás cuerpos del palacio, estaba dominado, naturalmente, por las ventanas de muchas habitaciones; pero había una especie de gruta de roca artificial, la cual el capellán le había mostrado con gran complacencia. Caer la esquela, metérsela en el pecho y correr a este sitio oculto fué cosa de un minuto. Aquí ya abrió el preciado pergamino y bendijo la memoria de los monjes de Aberbrothick, cuya educación le hacía capaz de descifrar su contenido.

La primera línea contenía este mandato: «Lea esto en secreto.» Y el contenido era como sigue: «Lo que sus ojos atrevidamente han dicho, los míos quizá temerariamente lo hayan entendido. Pero las persecuciones injustas hacen atrevidas a sus víctimas, y mejor sería arrojarme a la gratitud de uno, que ser el objeto de persecución de muchos. La Fortuna tenía su trono sobre una roca, que hombres valientes no temieron escalar. Si usted desea hacer algo por quien arriesga mucho, esté mañana dentro del jardín, a primera hora, llevando en la gorra una pluma azul y blanca; pero no espere más noticias. Su estrella, según dicen, le destina a grandezas y le dispone a la gratitud. Adiós; sea fiel, resuelto, atrevido, y no dude de su suerte.»

Dentro de esta carta había un anillo con un diamante, el cual estaba tallado en forma de rombo, las antiguas armas de la casa de Croye.

Librodot

El primer sentimiento de Quintín en esta ocasión fué un éxtasis puro -orgullo y alegría que parecían transportarle al cielo- y la determinación de morir o de vencer, con ayuda de su espada, los mil obstáculos que se atravesaban entre él y el fin de sus deseos.

En esta especie de arrobamiento, que le incapacitaba para pensar o irse, permaneció sólo un momento, decidiéndose al fin a retirarse al interior del castillo, firmemente resuelto a escudarse en su jaqueca para no reunirse al séquito del obispo a la hora de la cena, y encendiendo la lámpara, se dirigió al cuarto que le habían asignado para leer y releer una y otra vez el preciado billete y besar miles de veces el no menos preciado anillo.

Pero esos sentimientos elevados no podían seguir por mucho tiempo en el mismo tono. Un pensamiento se apoderaba de él, aunque lo desechaba por ingrato y casi insultante, a saber: que la franqueza de la confesión que ella hacía aparecía como una indelicadeza por parte suya y no estaba en consonancia con el elevado sentimiento romántico de adoración con que siempre había venerado a lady Isabel. Conforme apareció este pensamiento, lo ahogó como hubiese ahogado a una odiosa y repugnante víbora que se hubiese introducido en su lecho. ¿Iba a ser él, él, el favorecido, por quien ella había descendido de su esfera, quien le echase en cara el acto de condescendencia sin el cual él no se hubiese atrevido a levantar sus ojos hacia ella? ¿No se invertían, en su caso, dada su alta alcurnia, los procedimientos corrientes que imponen silencio a las damas hasta que el enamorado haya hablado el primero? A estos argumentos, que atrevidamente transformó en razonamientos, su vanidad podía sugerirle otro, que él procuraba no representárselo, aun mentalmente, con la misma franqueza: que el mérito de la mujer amada podía excusar tal vez, por parte de ella, el haberse apartado de las reglas usuales; y después de todo, como en el caso del Malvolio, había ejemplo de ello en las crónicas. El caballero de categoría inferior, cuya leyenda acababa de leer, carecía, como él, de tierras y medios de vivir, y, sin embargo, la generosa princesa de Hungría le otorgó sin escrúpulos muestras más substanciales de su afecto que el billete que él acababa de recibir:

Bien venido -dijo ella-, mi dulce escudero;
Mi corazón se inflama, mi alma es toda anhelo;
Te daré tres besos,
Y también quinientas libras de regalo.

Y la misma verídica historia hizo al rey de Hungría exclamar:

He conocido a más de un paje
Que llegó a ser príncipe por su casamiento.

Librodot

Con esto, Quintín, generosa y magnánimamente se reconcilió con la línea de conducta seguida por la condesa, de la cual probablemente iba a ser tan beneficiado.

Pero este escrúpulo fué reemplazado por una nueva duda, difícil de digerir: el traidor Hayraddin había estado en las habitaciones de las damas, y según presumía Quintín, por espacio de cuatro horas; y considerando los datos de que había hecho alarde, de poseer una influencia de orden decisivo sobre las aspiraciones de Quintín Durward, ¿quién le podría asegurar que esto no fuese un truco de sus embustes? Y si así fuese, ¿no parecía probable que semejante villano estuviese en pie de concebir algún nuevo plan de traición, tal vez para arrancar a Isabel fuera de la protección del venerado obispo? Este era un asunto que debía ser cuidadosamente examinado, pues Quintín, que sentía repugnancia por ese individuo, derivada de la insolencia descocada con la que había confesado su libertinaje, no podía esperar que nada en que él interviniera pudiese llegar a un honrado y feliz término.

Estos diversos pensamientos rondaron por la imaginación de Quintín como una niebla que obscurecía el hermoso paisaje que al principio se había imaginado, y el sueño no acudió a sus ojos aquella noche. A la hora de prima -¡ay!, y también una hora antes de que sonase- ya estaba en el jardín del castillo, donde nadie le opuso resistencia a entrar, con una pluma de los colores indicados, y tan elegante como pudo ponerse en tal prisa. Ningún indicio hubo de que se percatasen de su presencia en cerca de dos horas; por fin oyó unas cuantas notas de laúd, y en seguida se abrió una ventana en el lado derecho, encima de la puertecilla por la cual Marthon entró a Hayraddin, y esplendente de belleza apareció Isabel en el hueco de ella; le saludó medio bondadosamente, medio azorada, y se puso colorada en extremo cuando Quintín, con profunda y expresiva resistencia, le devolvió su cortesía; después cerró la ventana y desapareció.

¡La luz del día no descubrió nada más! La autenticidad de la carta estaba asegurada: solamente restaba saber cuál iba a ser la continuación; y sobre esto, la hermosa escritora no le había dado dato alguno. Pero ningún peligro inminente amenazaba. La condesa estaba en un fuerte castillo, bajo la protección de un príncipe a la vez respetable por su edad y venerable por su autoridad eclesiástica. No había motivo próximo ni ocasión para que el exaltado caballero se mezclase en la aventura; sólo le cabía estar dispuesto para ejecutar las órdenes que ella le diese, vinieren de donde fuese. Pero la fatalidad se encargó de que entrase en acción antes de lo que él esperaba.

Era la cuarta noche después de su llegada a Schonwaldt, y Quintín había dispuesto que el palafrenero que los había acompañado en el viaje regresase a la mañana siguiente a la corte de Luis, con carta suya para su tío lord Crawford, renunciando al servicio de Francia; para lo cual la traición a que había estado expuesto, por las instrucciones privadas dadas a Hayraddin, le sirvió de excusa tanto desde el punto de vista del honor como de la prudencia; yéndose al lecho con ideas halagüeñas que flotaban alrededor de su cabecera de joven apasionado que pensaba que su amor era correspondido.

Pero los sueños de Quintín, que al principio participaron de la feliz influencia bajo la cual se había dormido, comenzaron gradualmente a ser de carácter terrorífico.

Librodot

Se veía paseando con la condesa Isabel a la orilla de un tranquilo y apartado lago, tal como eran los de su país nativo, y le hablaba de su amor, sin conciencia de los impedimentos que había entre ellos. Ella se sonrojó al escucharlo. ¿Cómo podía haber esperado, por el tono de la carta, que, durmiendo o despierto, se hallaba siempre junto a su corazón? Pero la escena cambió súbitamente, pasando del verano al invierno, de la calma a la tempestad: el viento y las ondas se encrespaban con tal furia, como si los genios del agua y del aire estuviesen luchando como dos rivales para conseguir su imperio. Las aguas enfurecidas les impedían avanzar o retroceder; la tempestad creciente, que echaba al uno sobre el otro, parecía hacer imposible su permanencia en aquel paraje, y la terrible sensación producida por el peligro aparente despertó al soñador.

Despertóse; pero aunque la visión había desaparecido, dejándole frente a la realidad, el ruido que probablemente la sugirió continuaba todavía sonando en sus oídos.

El primer impulso de Quintín fué sentarse en la cama, oyendo con asombro los ruidos, que parecían anunciar una tempestad, la mayor que podía haberse cernido sobre las Montañas Grampianas, cuando de repente se dió cuenta de que el tumulto no era originado por la furia de los elementos, sino por el furor de los hombres.

Saltó de la cama y miró por la ventana de su cuarto; pero ésta daba al jardín, y por aquel lado todo estaba tranquilo, aunque al abrirla se hizo más notorio el ruido, pareciendo que el castillo era sitiado y asaltado por un numeroso y determinado enemigo. Rápidamente recogió sus ropas y armas, poniéndoselas todo lo de prisa que le permitía la obscuridad y la sorpresa, cuando oyó que llamaban a su puerta.

Como Quintín no respondiese inmediatamente, la puerta, que era delgada, fué forzada desde fuera, y el que se introdujo anunció, por su peculiar dialecto, ser el bohemio Hayraddin Maugrabin. Llevaba en la mano una mecha encendida, cuya llama producía un fuego rojizo, con la cual encendió un farolillo que sacó de su pecho.

-El horóscopo de sus destinos -dijo enérgicamente a Durward sin más explicaciones- depende ahora de una determinación momentánea.

-¡Pícaro! -dijo Quintín-; hay una traición que nos rodea, y dondequiera que haya una traición, tú tienes que tomar parte en ella.

-Usted está loco -respondió Maugrabin-. Yo nunca he traicionado a ninguno sino por ganar algo; ¿y para qué le iba yo a traicionar si de su salvación puedo sacar más partido que de su destrucción? Escuche un momento, si es que le es posible ser sensato, antes de que no haya remedio. La gente de Lieja se ha levantado; Guillermo de la Marck, con su banda, los ayuda. Si hubiera medios para resistir, sus hombres y su furia serían vencidos; pero no hay casi ninguno. Si usted quiere salvar a la condesa y sus esperanzas, sígame en nombre de quien le envió un diamante, tallado con tres leopardos.

-Muéstrame el camino -dijo Quintín de prisa-. ¡En ese nombre arriesgo todos los peligros!

-Como yo lo voy a arreglar -dijo el bohemio- no hay peligro si usted sabe desentenderse de lo que suceda a su alrededor, ya que no le debe importar nada; porque, después de todo, ¿qué más le da que el obispo, como lo llaman, lleve a la degollina a su rebaño, o que su rebaño degüelle al pastor? ¡Ja, ja, ja! Sígame, pero con cautela y paciencia; domine su genio y confíe en mi prudencia, y mi deuda de gratitud estará pagada, y usted tendrá a la condesa por esposa. Sígame.

-Sigo -dijo Quintín desenvainando su espada-; ¡pero en el momento en que vislumbre el menor signo de traición, tu cabeza y tu cuerpo quedarán separados por tres yardas de distancia!

Sin ninguna conversación más, el bohemio, viendo que Quintín estaba ya listo y armado, bajó las escaleras delante de él, pasando rápidamente por varios pasillos laterales, hasta que llegaron al jardincito. Apenas si había luz por aquel lado, y se oía muy escaso alboroto; pero no bien se encontró Quintín dentro del jardín, el ruido en el lado opuesto del castillo se hizo ensordecedor, pudiendo oír los gritos de *Liège!*, *Liège!*, *Sanglier!*, *Sanglier!*, lanzados por los asaltantes, mientras que se oían otros más débiles de «¡Nuestra Señora estará con el príncipe obispo!» dichos en tono desmayado por los soldados del prelado, quienes se apresuraban, aunque sorprendidos y con notoria desventaja, a la defensa de las murallas.

Pero el interés de la lucha, no obstante el carácter marcial de Quintín Durward, le era indiferente en comparación de la suerte que pudiera correr Isabel de Croye, la cual tenía razón para temerlo: sería horrible si llegase a caer en poder del resuelto y cruel salteador, que, según parecía, estaba a las puertas del castillo. Se reconcilió con el bohemio por la ayuda que éste le prestaba, como los hombres en enfermedades desesperadas no rechazan medicamento alguno prescrito por curanderos y charlatanes, y le siguió a través del jardín con la intención de ser guiado por él hasta que descubriese señales de traición, atravesándole entonces el corazón o cortándole la cabeza. Hayraddin parecía apercibirse de que su salvación dependía de un hilo, pues se contuvo, desde el momento que se halló al aire libre, en decir sus burletas y sutilezas, y parecía haber hecho un voto de obrar a la vez con modestia, valor y actividad.

En la puerta frente a ellos, que daba a las habitaciones de las señoras, al conjuro de una señal hecha quedamente por Hayraddin aparecieron dos mujeres envueltas en mantos de seda negro, los cuales eran usados en aquella época por las mujeres en los Países Bajos. Quintín le ofreció el brazo a una de ellas, que se agarró a él temblando y con tal fuerza, que si su peso hubiese sido mayor, hubiera impedido que la retirada se hiciese fácilmente. El bohemio, que conducía a la otra hembra, tomó el camino recto hacia la poterna que daba al foso, en el espesor del muro del jardín, junto a la cual se hallaba el esquife que Quintín observó había antes utilizado Hayraddin para salir del castillo.

Cuando ellos cruzaron, los gritos de ataque y de resistencia vencida parecían anunciar que el castillo iba a ser tomado en el acto; y tan lúgubre sonaban en los oídos de Quintín, que no pudo dejar de hablar en alto:

-¡Por mi vida que, si no fuera por el ineludible deber del momento, volvería a las murallas y tomaría parte en la defensa del hospitalario obispo, callando a muchos bribones que tienen la conciencia llena de rebeliones y latrocinios!

La dama, cuyo brazo se apoyaba en el suyo todavía, le apretó levemente mientras hablaba, como para hacerle entender que ahora tenía empeñada su caballerosidad en empresa mejor que en la defensa de Schonwaldt; mientras, el bohemio exclamó lo bastante alto para ser oído:

-Ahora que la defensa del cristiano le llamaba, el amor y la fortuna nos exigen que huyamos. Adelante, adelante, lo más rápidamente que podamos; los caballos nos esperan en aquel bosquecillo de sauces.

-Pero no hay más que dos caballos -dijo Quintín al advertirlos a la luz de la luna.

-Todo lo que he podido traer sin excitar sospechas, y además hay bastantes -replicó el bohemio-. Ustedes dos deben dirigirse hacia Tongres, antes de que el camino resulte inseguro. Marthon se unirá a las mujeres de nuestra tribu, con quienes tiene antigua amistad. Sepa que ella es una hija de nuestra tribu y que solamente vive entre ustedes para servir nuestra causa.

-¡Marthon! -exclamó la condesa mirando a la mujer tapada con un estremecimiento de sorpresa-; pero ¿no es ésta mi parienta?

-Solamente Marthon -dijo Hayraddin-. Perdóneme esta pequeña decepción. Yo no quiero arrebatarle las dos damas de Croye al Jabalí Salvaje de las Ardenas.

-¡Cáspita! -dijo Quintín enfáticamente-. Pero no es, no será demasiado tarde. Vuelvo a rescatar a lady Hameline.

-Hameline -murmuró la dama con voz turbada- se apoya en tu brazo y te agradece tu solicitud.

-¡Ah! ¿Qué? ¿Cómo es esto? -dijo Quintín sobresaltándose y perdiendo los estribos con menos amabilidad de la que en cualquier otra ocasión hubiera usado con una dama, cualquiera que fuese su rango-. ¿Es lady Isabel entonces la que se ha quedado allí? Adiós, adiós.

Al volverse para regresar de prisa al castillo, Hayraddin lo cogió, diciéndole:

-Oiga, oiga; va usted a la muerte. ¿Por qué quiere cambiar ahora de compañera? Esta tiene casi el mismo dote, joyas y oro y pretensiones también sobre el condado.

Mientras así hablaba y echaba sentencias, el bohemio luchaba para detener a Quintín, quien al fin atrapó su daga para darle un tajo.

-¡Bah! Si se empeña -dijo Hayraddin soltando su presa-, vaya, ¡y el diablo, si es que existe, vaya con usted!

Y tan pronto como se vió libre el escocés, voló hacia el castillo con la velocidad del viento.

Librodot

Entonces Hayraddin volvió al encuentro de la condesa Hameline, quien se había caído al suelo, entre azorada, temerosa y desengañada.

-Aquí ha habido una equivocación -dijo-; levántese, señora, y venga conmigo. Yo le proporcionaré, cuando venga la mañana, un marido más galante que este pálido joven, y si éste no sirviera, tendría veinte.

Lady Hameline era tan violenta en sus arrebatos, como vana y débil de inteligencia. Como muchas personas, toleraba relativamente bien los deberes ordinarios de la vida; pero en una crisis como la presente se encontraba totalmente incapacitada de hacer nada por salvarse, profiriendo lamentaciones y acusando a Hayraddin de ser un falso, un bajo eslavo, un impostor y un asesino.

-Llámeme, zíngaro -volvióse él con compostura-, y lo habrá dicho todo de una vez.

-¡Monstruo! Me dijiste que las estrellas habían decretado nuestra unión, y me hiciste que le escribiera. ¡Oh, qué loca fuí! -exclamó la desdichada señora.

-Y aunque ellas *decretasen* vuestra unión -dijo Hayraddin-, tenían que querer las dos partes; pues ¿piensa usted que las benditas constelaciones pueden hacer que se case nadie contra su deseo? Yo he tenido este error por su maldita coquetería de cristiana y por la ridícula afectación en su manera de vestir y las amabilidades que dispensa, y la juventud prefiere, me parece a mí, la ternera a la vaca; eso es todo. Levántese y sígame, y entérese de que no tolero ni lamentos ni desmayos.

-No moveré ni un solo pie -dijo la condesa con obstinación.

-¡Válgame el cielo, no lo hará usted! -exclamó Hayraddin-. ¡Le juro por todas las tonterías en que los necios creen, que se las tiene que haber con uno que poco le importa desnudarla, atarla a un árbol y dejarla abandonada a su suerte!

-Pero -dijo Marthon interviniendo- tú no la maltratarás. Yo llevo un cuchillo lo mismo que tú y puedo hacer uso de él. Es una buena mujer, aunque tonta. Y usted, señora, álcese y síganos. Ha habido una equivocación, pero ya es algo haber salvado la vida y huído. Muchos habrá en aquel castillo que hubieran dado toda la riqueza del mundo por encontrarse donde nosotros nos hallamos ahora.

Mientras Marthon hablaba, se oyó un fuerte clamor, en el cual los gritos de la victoria se mezclaban con los lamentos de terror y desesperación que llegaban del castillo de Schonwaldt.

-¡Oiga eso, señora! -dijo Hayraddin-, y dé gracias de no tener que unir su atiplada voz a aquel lejano concierto. Créame, yo la cuidaré honradamente, y las estrellas cumplirán su palabra y le encontrarán un buen marido.

Como un animal salvaje, exhausto y sometido por el terror y la fatiga, la condesa Hameline siguió a sus guías y sufrió pasivamente que la condujeran por el camino que ellos quisieron. Pero era tal la confusión de su espíritu y el cansancio de sus fuerzas, que la digna pareja que medio la sostenían, medio la conducían, siguieron hablando en su presencia sin temor a que ella lo comprendiese.

Librodot

-Yo siempre pensé que tu plan era una locura -dijo Marthon- Si hubieses podido traer la pareja joven podíamos haber conseguido su gratitud y un hueco en su castillo. Pero ¿qué suerte nos puede traer el que un joven tan hermoso se case con esta vieja estúpida?

-Caramba -dijo Hayraddin-, tú has llevado un nombre cristiano, habitado en las tiendas de esa odiada gente, y hasta llegar a ser copartícipe de sus locuras. ¿Cómo podía yo soñar que él tendría escrúpulos por años más o menos, joven o vieja, cuando las ventajas de la unión eran tan evidentes? ¿Y tú sabes que no se hubiera conseguido que la otra condesa hubiese sido tan franca como ésta que llevamos en brazos, medio muerta y pesada como un fardo de lana? Yo quiero al mozo también, y hubiese querido hacerle un favor; casarle con esta vieja era hacer su fortuna; unirle a Isabel era atraer sobre él la furia de De la Marck, Borgoña, Francia; de todos, en suma, los que negocian con interés el disponer de su mano. Y siendo la riqueza de esta mujer tonta principalmente oro y alhajas, hubiéramos tenido nuestra recompensa. Pero el arco se ha roto y la flecha ha fallado. Allá con ella; la llevaremos a Guillermo el de la Barba. Cuando se haya emborrachado, como es su costumbre, no distinguirá la vieja condesa de la joven. Afuera; seamos un corazón galante. La brillante Aldebarán todavía influye en los destinos de los Hijos del Desierto.

Capítulo XXI

El saqueo

Todas las puertas de la clemencia serán cerradas,
Y el avezado soldado, áspero y duro de corazón,
Tendrá libertad de actuar sanguinariamente,
Con conciencia amplia como el infierno.
Enrique V.

La guarnición sorprendida y asustada del castillo de Schonwaldt había, sin embargo, durante algún tiempo, defendido bien la fortaleza contra los asaltantes; pero las inmensas avalanchas que, saliendo de la ciudad de Lieja se apiñaban para el asalto como abejas, distraían su atención y abatían su valor.

Hubo también al final deslealtad, ya que no traición, entre los defensores, pues algunos eran partidarios de rendirse, y otros, abandonando sus puestos, trataron de escapar del castillo. Muchos se arrojaron desde las murallas al foso, y los que escaparon de ahogarse arrojaron sus insignias y se salvaron mezclándose entre la muchedumbre de asaltantes. Unos pocos, adictos a la persona del obispo, se pusieron alrededor de él y continuaron defendiendo el gran torreón al que había huído; y otros, dudosos de recibir cuartel, o por un impulso de valor desesperado, defendían otros baluartes y torres destacadas del extenso edificio. Pero los asaltantes se habían apoderado de los patios y partes bajas del edificio, y estaban ocupados en perseguir a los vencidos y en buscar botín, mientras, cierto individuo, como si buscase esa muerte

Librodot

que todos los demás huían, intentaba abrirse paso en esta escena de tumulto y horror, bajo temores aun más horribles para su imaginación que lo eran para su vista y sentidos *las realidades a su alrededor*. Quien hubiera visto a Quintín Durward en aquella fatal noche, sin saber el móvil de su conducta, lo hubiera tomado por un hombre loco de atar; quien conociese sus motivos, le hubiera clasificado a la altura por lo menos de un héroe de romance.

Aproximándose a Schonwaldt por el mismo lado por el que le había dejado, el joven encontró a varios fugitivos que buscaban el bosque, los que naturalmente le evitaban como a un enemigo, porque venía en dirección opuesta de la que habían escogido. Cuando llegó más cerca pudo oír, y en parte vió, a hombres que se arrojaban desde la muralla del jardín al foso del castillo, y otros que parecían ser precipitados desde las almenas por los asaltantes. Su valor no decayó ni un momento. No había tiempo para encontrar el bote, aunque hubiese estado en condiciones de ser usado, y era inútil aproximarse a la puerta trasera del jardín que estaba llena de fugitivos, que de vez en cuando, a medida que rebasaban la puerta por el empuje de atrás, caían en el foso, que no tenían medios de cruzar.

Evitando ese paso, Quintín se arrojó al foso cerca de la que llamaban la pequeña puerta del castillo, y donde había un puente levadizo; que aun estaba levantado.

Evitó con dificultad el abrazo fatal de más de un náufrago que se hundía, y, nadando hasta el puente levadizo, se aseguró a una de las cadenas que colgaba, y haciendo un gran esfuerzo logró salir del agua y alcanzar la plataforma de la que estaba suspendido el puente. Cuando con manos y rodillas luchaba para asentar el pie, un *lanzknecht,* con su espada sangrienta en la mano, avanzó hacia él y levantó su arma para asestar un golpe que hubiera sido fatal.

-¿Cómo, compañero? -dijo Quintín en tono de autoridad-. ¿Es esa la manera que tienes de ayudar a un camarada? Dame tu mano.

El soldado, en silencio, y no sin dudar un poco, le alargó su brazo y le ayudó a remontar la plataforma, y sin dejarle tiempo para reflexionar, continuó el escocés en el mismo tono de mando:

-¡A la torre occidental si quieres hacerte rico; el tesoro del obispado está en la torre occidental!

Y los rezagados, que escucharon estas palabras, como manada de lobos hambrientos tomaron dirección opuesta a la que Quintín estaba determinado a seguir a toda costa.

Conduciéndose como si fuera no uno de los conquistados, sino uno de los vencedores, penetró en el jardín y lo atravesó con menos interrupciones de las que podía esperar, pues el grito ¡A la torre occidental! había desplazado un grupo de asaltantes y otro era convocado con gritos de guerra y toques de trompeta para ayudar a rechazar una salida desesperada intentada por los defensores del torreón, que abrigaban la esperanza de escapar del castillo, llevando consigo al obispo. Quintín cruzó el jardín con paso acelerado y corazón angustioso, encomendándose a aquellos poderes celestiales que le habían protegido en numerosos trances peligrosos de su vida y decidido a triunfar en su propósito o a dejar su vida en esta empresa desesperada.

Librodot

Antes de salir del jardín tres hombres se precipitaron sobre él, con lanzas dirigidas a su persona, gritando:

-¡Lieja! ¡Lieja!

Poniéndose a la defensiva, pero sin herir, replicó:

-¡Francia, Francia, amigo de Lieja!

-¡Viva Francia! -gritaron los vecinos de Lieja, y pasaron.

La misma frase resultó ser un talismán para evitar los ataques de cuatro o cinco de los secuaces de La Marck, a quienes encontró extraviados en el jardín, y que pretendían cargar sobre él, gritando:

-¡*Sanglier*!

En una palabra, Quintín tenía la esperanza de que su carácter de emisario del rey Luis, el instigador bajo cuerda de los insurrectos de Lieja, y el mantenedor secreto de Guillermo de la Marck, podía guiarle a través de los horrores de la noche.

Al llegar a la torrecilla se sobrecogió cuando encontró la pequeña puerta lateral, por la que Marthon y la condesa Hameline se habían, no hacía mucho, reunido con él, bloqueada por más de un cadáver.

Apartó de prisa a dos de ellos, y estaba poniendo el pie sobre el tercer cuerpo para penetrar en el vestíbulo cuando el supuesto hombre muerto se asió a su capa y le rogó se quedara y le ayudara a levantarse. Quintín se disponía a emplear procedimientos más radicales para librarse de este obstáculo inesperado, cuando el hombre caído continuó diciendo:

-¡Estoy ahogándome en mi armadura! Soy el síndico Pavillon, de Lieja! ¡Si os ponéis de mi parte, le enriqueceré; si estáis de la parte contraria, le protegeré; pero no me deje morir como un cerdo, asfixiado!

En medio de esta escena de sangre y confusión, la presencia de ánimo de Quintín le sugirió que este dignatario podía disponer de medios para proteger su retirada. Le levantó sobre sus pies y le preguntó si estaba herido.

-No estoy herido; por lo menos no lo creo -contestó el ciudadano-; pero sí desfallecido.

-Siéntese en esta piedra y recobre fuerzas dijo Quintín-; vuelvo en seguida.

-¿Por qué país lucha usted? -dijo el ciudadano deteniéndole aún.

-Por Francia, por Francia -contestó Quintín intentando escaparse.

-¿Cómo, mi joven arquero? -dijo el digno síndico- Ya que ha sido mi sino encontrar un amigo en esta terrible noche, le prometo que no le abandonaré. Vaya donde vaya, yo le seguiré, y si pudiese reunir a algunos de los mozos de mi gremio,

podría ayudarle a mi vez, pero están todos diseminados por ahí. ¡Oh, es una noche terrible!

Durante este tiempo se arrastraba detrás de Quintín, que, conocedor de la importancia de asegurarse la ayuda de persona de tanta influencia, retardó su paso para ayudarle, aunque maldiciendo en el fondo de su corazón el impedimento que le retrasaba.

En lo alto de la escalera había una antecámara con cajas y baúles, que tenían señales de haber sido saqueados, ya que algunos de sus contenidos yacían por el suelo. Una lámpara, que se extinguía sobre la chimenea, arrojaba un débil rayo de luz sobre un hombre muerto o sin sentido que estaba caído delante de la chimenea.

Apartándose de un salto de Pavillon, como un galgo que huye del látigo de su amo, y con un esfuerzo que casi le derribó, Quintín recorrió una segunda y tercera habitación, la última de las cuales parecía ser el dormitorio de las damas de Croye. Ninguna persona se veía en ellas. Llamó a lady Isabel, primero en voz baja, y después más alto y con acento desesperado, pero no obtuvo contestación. Se retorció las manos, se tiró de los pelos y pateó el suelo con desesperación. Por fin, un débil rayo de luz, que lucía por una rendija a través del tabique, en un rincón de la alcoba, delató algún retiro o escondrijo detrás de la tapicería. Quintín no perdió tiempo para examinarla. Encontró que existía allí una puerta oculta, pero resistió a sus precipitados esfuerzos para abrirla. Sin preocuparse del daño personal que podía sufrir, se echó sobre la puerta con toda la fuerza y peso de su cuerpo; y fué tal el ímpetu de un esfuerzo incrementado por la esperanza y la desesperación, que hubiera derribado cierres mucho más fuertes.

Forzó así el paso, casi de cabeza, a un pequeño oratorio, en donde una figura femenina, que había estado arrodillada, en angustiosa súplica ante la sagrada imagen, ahora yacía tendida en el suelo, llena del pánico que este tumulto que se aproximaba le producía. La levantó rápidamente del suelo, y, ¡alegría de las alegrías!, era la que soñaba en salvar -la condesa Isabel-. La estrechó contra su pecho, la exhortó a que despertase, la rogó que cobrase ánimo, pues ya se encontraba bajo la protección de uno con corazón y brazo suficientes para defenderla contra ejércitos enteros.

-¡Durward! -exclamó cuando hubo vuelto en sí- ¿Es usted? Entonces queda alguna esperanza. Creía que todos mis amigos me habían abandonado a mi suerte. ¡No me abandone de nuevo!

-¡Nunca, nunca! -dijo Durward-. ¡Ocurra lo que ocurra, cualquiera que sea el peligro, seré copartícipe de su suerte hasta que ésta sea feliz de nuevo!

-Muy patético y conmovedor -dijo una voz cascada y asmática detrás de la suya-. Un asunto de amor, por lo que veo, y compadezco a la tierna criatura como si fuese mi propia hija.

-Debe hacer algo más que compadecernos -dijo Quintín volviéndose hacia el que había hablado-; debe procurar ayudarnos, Meinheer Pavillon. Esté seguro que esta dama fué puesta bajo mi especial custodia por su aliado el rey de Francia; y si no me ayuda a protegerla contra toda ofensa y violencia, su ciudad perderá la protección de

Luis de Valois. Sobre todo, debe ser preservada de las manos de Guillermo de la Marck.

-Eso será difícil -dijo Pavillon-, pues estos desalmados *lanzknechts* son muy constantes para buscar las mozas; pero haré todo lo que pueda. Pasaremos a la otra habitación y allí reflexionaré. La escalera es estrecha, y usted puede defender la puerta con una pica mientras yo miro por la ventana para tratar de reunir algunos de mis activos muchachos del gremio de curtidores de Lieja, que son tan fieles como los cuchillos que llevan en sus cinturones. Pero primero quíteme estos broches, pues no he llevado este corselete desde la batalla de Saint Tron[(39)], y peso cuarenta y dos libras más que entonces si no mienten las básculas holandesas.

El verse libre de la armadura de hierro fué un gran respiro para el buen hombre, que, al colocársela, había tenido más en cuenta su celo por la causa de Lieja que su capacidad para llevar armas. Después se averiguó que arrastrado hacia adelante involuntariamente y elevado sobre las murallas por sus compañeros cuando emprendieron el asalto, el magistrado había sido llevado de aquí para allá, según las fluctuaciones del ataque y la defensa, sin poder pronunciar una palabra hasta que, como trozo de madera a la deriva que el mar arroja en la primera ensenada que encuentra, había acabado por ser impulsado a la entrada de las habitaciones de las damas de Croye, donde el impedimento de su armadura, junto con el peso sobrepuesto de los dos hombres muertos en la entrada, y que cayeron encima de él, hubiera sido cansa suficiente para que permaneciese allí tendido largo tiempo de no haber sido libertado por Durward.

El mismo ardor de temperamento que hacía de Hermann Pavillon un intransigente y exaltado en materia política, le hacían en la vida privada un hombre de buen carácter y corazón tierno, que aunque a veces era mal aconsejado por la vanidad, resultaba siempre benévolo y bien intencionado. Participó a Quintín que sentía especial interés por la pobre y linda *yung frau;* y después de esta innecesaria exhortación comenzó a gritar desde la ventana:

-¡Lieja, Lieja, por los bravos mozos del gremio de curtidores!

Uno o dos de sus partidarios, que estaban más próximos, se reunieron al oír sus gritos y el silbido peculiar con que les acompañó (cada uno de los gremios disponía de una señal semejante); y cuando después se juntaron más, establecieron una guardia bajo la ventana desde la que su jefe estaba voceando, y ante la puerta trasera.

Los asuntos parecía que comenzaban a tomar un sesgo más tranquilo. Toda resistencia había cesado, y los jefes de los diferentes grupos de asaltantes tomaban medidas para impedir un saqueo a capricho. La gran campana fué tocada como citando a consejo militar, y su lengua de hierro, que comunicaba a Lieja el asalto triunfal de Schonwaldt por los insurgentes, fué contestada por todas las campanas de la ciudad, cuyas voces distantes, y clamorosas, parecían gritar: ¡Salve a los vencedores! Parecía natural que Meinheer Pavillon saliese ya de aquel retiro;

pero bien por cuidar devotamente de los que había tomado bajo su protección o quizá para asegurar más su propia salvación, se contentó con despachar, mensaje tras mensaje, ordenando a su teniente, Peterkin Geislaer, que viniese a buscarle enseguida.

Peterkin llegó al fin, con gran consuelo suyo, por ser la persona en quien, en todas las ocasiones apremiantes, bien de guerra, políticas o comerciales, estaba acostumbrado Pavillon a depositar su confianza. Era de cuerpo recio y rechoncho, con cara cuadrada y anchas cejas negras, que anunciaban un carácter terco y aficionado a discutir. Llevaba un corselete de ante, un cinturón ancho y machete a un costado, y en la mano una alabarda.

-Peterkin, mi querido teniente -dijo su jefe-, éste ha sido un glorioso día -noche, quiero decir-; espero que estarás contento, desde luego.

-Me alegra saber que usted lo está -dijo el valeroso teniente-; aunque no pensaba que usted hubiera celebrado la victoria, si puede llamársele así, solo consigo mismo en este desván cuando se le necesita en consejo.

-¿Pero hago falta allí? -dijo el síndico.

-Se han reunido para defender los derechos de Lieja, que están en más peligro que nunca -contestó el teniente.

-¡Bah, Peterkin! -contestó su principal-, eres un gruñidor sempiterno.

-¿Gruñidor? Yo, no -dijo Peterkin-; lo que agrada a otros siempre me agradará. Sólo me gustaría no tener rey Cigüeña en vez de rey Palo, como dice la fábula que el dependiente de Saint Lambert acostumbraba a leernos, del libro de Meister Esopo.

-No comprendo qué quieres decir, Peterkin -dijo el síndico.

-Quiero decir, Master Pavillon, que este jabalí u oso es probable que haga de Schonwaldt su guarida, y es probable que se convierta en tan mal vecino para nuestra ciudad como siempre lo fué el viejo obispo, y aun peor. Se atribuye todo el mérito de la conquista y está pensando si se llamará príncipe u obispo, y es una vergüenza ver cómo tratan al anciano.

-No lo permitiré, Peterkin -dijo Pavillon con viveza-; me disgusta la mitra, pero no la cabeza que la lleva. Somos diez para uno y no permitiremos ese trato, Peterkin.

-Ay, somos diez contra uno en el campo, pero sólo uno contra uno en el castillo; además, ese Nikkel Blok el carnicero, y toda la gentuza de los suburbios, toman partido con Guillermo de la Marck, en parte por *saus* y *braus* (pues ha mandado abrir todos los barriles de cerveza y toneles de vino), y en parte por antigua envidia hacia nosotros, que somos los artesanos y gozamos de privilegios.

-Peter -dijo Pavillon-, iremos ahora a la ciudad. No permaneceré más tiempo en Schonwaldt.

-Pero los puentes del castillo están levantados, señor -dijo Geislaer-, las puertas cerradas y guardadas por esos lanceros, y si intentásemos forzar nuestro camino, estos individuos, cuyo oficio diario es la guerra, darían buena cuenta de nosotros, que sólo luchamos de higos a brevas.

-¿Pero por qué ha asegurado las puertas? -dijo el alarmado ciudadano-. ¿Qué interés puede tener en hacer prisioneros a hombres honrados?

-No lo sé -contestó Pedro-. Algún rumor corre de unas damas de Croye que han escapado durante el asalto del castillo. Eso primero puso fuera de sí al Hombre de la Barba, y ahora continúa estándolo con la borrachera que ha cogido.

El burgomaestre lanzó una mirada de desconsuelo a Quintín y parecía no saber qué partido tomar. Durward, que no había perdido una palabra de la conversación, que le alarmó mucho, se percató, no obstante, que la única salvación de ellos dependía de que él conservase su presencia de ánimo y sostuviese el valor de Pavillon. Intervino decididamente en la conversación como persona que tiene derecho a tener voz en las deliberaciones.

-Estoy avergonzado -dijo-, Meinheer Pavillon, de ver que duda cómo obrar en esta ocasión. Diríjase, desde luego, a Guillermo de la Marck y pida permiso para salir del castillo para usted, su teniente, su escudero y su hija. No puede tener la pretensión de mantenerle prisionero.

-Para mí y mi teniente, o sea, yo y Pedro, está bien; ¿pero quién es mi escudero?

-Por ahora lo soy yo -replicó el impertérrito escocés.

-¡Usted! -dijo el sorprendido ciudadano-, ¿Pero no es usted el enviado del rey Luis de Francia?

-Es cierto; pero mi mensaje es para los magistrados de Lieja y sólo en Lieja lo entregaré. Si participase a Guillermo de la Marck mi condición es probable que me detuviese. Debe usted procurar que salga en secreto del castillo como escudero suyo.

-Bien, mi escudero, pero habló usted de mi hija; mi hija está, confío, salva en mi casa de Lieja, donde me gustaría que su padre estuviese con toda mi alma y corazón.

-Esta dama -dijo Durward- le llamará padre mientras estemos en este sitio.

-Y después, por toda mi vida -dijo la condesa arrojándose a los pies del ciudadano y abrazando sus rodillas- No habrá un solo día en que no le honre, ame y ruegue por usted como hija por su padre si me ayuda en este pavoroso paso. ¡Oh! ¡No sea cruel! ¡Piense en que su propia hija puede arrodillarse alguna vez ante un extranjero pidiendo amparo para su vida y honor; piense en esto y deme la protección que le gustaría que ella recibiese!

-Pienso, Pedro -dijo el buen ciudadano muy conmovido con su patético ruego-, que esta linda doncella tiene algo de la dulce expresión de la mirada de nuestra Trudchen; lo pensé desde el primer momento; y que este animoso joven se asemeja algo al galán de Trudchen. Apostaría cualquier cosa a que éste es asunto amoroso de verdad y que no es pecado el protegerlo.

-Aunque fuera ilegítimo y pecásemos debería protegerse -dijo Pedro, flamenco de buen fondo, no obstante toda su vanidad.

-Ella *será*, pues, mi hija -dijo Pavillon-; bien cubierta con su negro velo de seda, y si no hay bastantes curtidores de corazón para protegerla, al ser la hija de su síndico, sería una lástima que hubiesen de seguir trabajando el cuero. Pero escuche, hay que

contestar a las preguntas que hagan. ¿Qué hay que decir si me preguntan qué es lo que hacía mi hija aquí en semejante carnicería?

-¿Qué pensaban hacer la mitad de las mujeres de Lieja cuando nos siguieron al castillo? -dijo Peter-; no tenían otras razones sino que era justamente el único sitio del mundo donde no debían haber ido. Nuestra *yung frau* Trudchen ha venido un poco después de las demás; eso es todo.

-Muy bien dicho -dijo Quintín-: sea únicamente atrevido y acepte el buen consejo de este caballero, noble, Meinheer Pavillon, y sin molestias para usted hará la más digna acción desde los días de Carlomagno. Amable señorita, envuélvase en este velo (pues muchos artículos de vestuario femenino aparecían esparcidos por la habitación); tenga confianza, y transcurridos unos pocos minutos se verá en libertad y a salvo. Noble señor -añadió dirigiéndose a Pavillon-, adelante.

-Alto, alto, un momento -dijo Pavillon- ¡Mi ánimo se llena de duda! Este De la Marck es una furia, un perfecto jabalí de nombre y de manera de ser. ¿Qué sucedería si la joven dama fuese una de esas Croye? ¿Y qué si la descubriese y montase en cólera?

-Y aunque yo fuese una de esas infelices mujeres -dijo Isabel intentando de nuevo arrojarse a sus pies-, ¿podría usted por eso rechazarme en este momento de desesperación? ¡Oh, si yo fuese vuestra hija o la hija del más pobre ciudadano!

-Está usted obligado a protegerla, aunque fuera una duquesa -dijo Pedro-, una vez dada vuestra palabra.

Tienes razón, Pedro; tienes razón -dijo el síndico-; es nuestra antigua costumbre del País Bajo, *ein wort, ein man;* y ahora a nuestro asunto. Debemos despedirnos de este Guillermo de la Marck, y mi ánimo decae cuando pienso en ello, y si fuese una ceremonia de la que se pudiese prescindir, me alegraría, pues no tengo estómago para pasar por ella.

-¿No sería mejor, ya que dispone de una fuerza, forzar la guardia y hacerse con la puerta? -dijo Quintín.

Pero a una Pavillon y su consejero protestaron de la oportunidad de ataque semejante contra unos soldados aliados, mencionando su arrojo, lo que convenció a Quintín de que no era riesgo a que debían exponerse con tales asociados. Resolvieron, por tanto, presentarse en el gran *hall* del castillo, donde, según tenía entendido, el Jabalí Salvaje de las Ardenas celebraba su triunfo, y pedirle libre salida para el síndico de Lieja y sus acompañantes, petición demasiado razonable, al parecer, para ser negada. Aun el buen burgomaestre gruñó cuando miró a sus compañeros, y dijo a su fiel Pedro:

-¡Mira a lo que conduce el ser demasiado arriesgado y tierno de corazón! ¡Ay! Perkin, ¡cuánto me ha costado el ser valiente y bondadoso! ¡Y cuánto voy a tener aún que sufrir por mis virtudes antes de que el cielo nos libre de este condenado castillo de Schonwaldt!

Librodot

Mientras cruzaban los patios, aun llenos de cadáveres y moribundos, Quintín, que sostenía a Isabel a través de este escenario de horrores, le murmuró al oído frases de aliento y consuelo y le recordó que su salvación dependía exclusivamente de su firmeza y presencia de espíritu.

-No del mío, no del mío -dijo-, sino del de usted, del de usted. ¡Oh! ¡Pero si escapo de esta noche espantosa, nunca olvidaré a quien me salvó! ¡Un sólo favor, déjeme implorar que me lo conceda, por el recuerdo de su madre y el honor de su padre!

-¿Qué es lo que puede pedirme que pueda yo negar? -dijo Quintín en voz baja.

-Que hunda su daga en mi corazón -dijo ella- antes de dejarme cautiva en poder de estos monstruos.

La única respuesta de Quintín fué apretar la mano de la joven condesa, que parecía como si influida por el terror quisiese devolver la caricia. E inclinada en su joven protector penetró en el temido *hall*, precedida de Pavillon y su teniente y seguida de los *kurschenshaft* o curtidores, que acompañaban, como guardia de honor, al síndico.

A medida que se aproximaban al *hall*, las aclamaciones y explosiones de carcajadas salvajes, que procedían del mismo, parecían más bien anunciar una francachela de demonios alegres celebrando algún triunfo conseguido sobre la raza humana, que de seres mortales, que han logrado realizar un plan atrevido. El aparente valor de la condesa Isabel era sostenido sólo por la desesperación; el de Durward era el característico de los espíritus enérgicos que se crecen en los casos extremos, mientras Pavillon y su teniente hacían de la virtud una necesidad y hacían frente a su sino como animales acorralados que tienen que jugarse el todo por el todo para salvarse.

Capítulo XXII

La francachela

Cade.- ¿Dónde
está Dick, el carnicero de Ashford?
Dick.- Aquí, señor.
Cade.- Cayeron ante ti como ovejas y
bueyes, y te comportaste como
si hubieras estado en tu propio
matadero.
El Rey Enrique VI
(segunda parte).

Apenas puede concebirse un cambio más extraño y horrible que el que había tenido lugar en el *hall* del castillo de Schonwaldt desde que Quintín había participado en el

Librodot

de la comida del medio día. Este cambio expresaba, con sus rasgos extremos, las miserias de la guerra -más especialmente cuando era sostenida por los agentes más implacables, los soldados mercenarios de una edad bárbara, hombres quienes por hábito y profesión se habían familiarizado con todo lo que era cruel y sanguinario en el arte de la guerra, a la vez que estaban desprovistos de patriotismo y del espíritu romántico de caballería.

En vez de la comida ordenada y decente, en la que empleados civiles y eclesiásticos se habían sentado confundidos unas pocas horas antes, en el mismo local en donde una broma ligera sólo podía pronunciarse en voz baja, y en donde aun en medio de la efusión propia de la ocasión reinaba un decoro que casi rayaba en hipocresía, había ahora tal escena de salvajismo y alboroto que ni el propio Satán la podía haber mejorado, de sentarse en el sillón presidencial de la fiesta.

A la cabecera de la mesa se sentaba, en el trono del obispo, que había sido traído allí desde su gran salón de consejos, el temible Jabalí de las Ardenas, que bien merecía ese nombre con el que parecía gozar, ya que hacía todo lo posible para merecerlo. Su cabeza estaba libre del casco, pero llevaba el resto de su pesada y brillante armadura, de la que rara vez se despojaba. Sobre sus hombros colgaba un recio abrigo hecho de la piel curtida de un gigantesco jabalí, con las pezuñas hechas de plata maciza y los colmillos del mismo metal. La piel de la cabeza estaba de tal modo dispuesta que echada sobre el casco cuando el barón estaba armado, o sobre su cabeza desnuda a la manera de una capucha, como hacía con frecuencia cuando no se colocaba el casco, y sucedía en esta ocasión, le comunicaban el aspecto de un monstruo terrible, no obstante no requerir el rostro que aquella piel encuadraba, dada su ordinaria expresión, nada para realzarla.

La parte superior de la cara de De la Marck, tal como estaba constituída por la Naturaleza, casi hacía formarse una idea falsa de su carácter, pues, aunque su pelo, cuando estaba al aire, se asemejaba a las cerdas ásperas de la capucha, que se echaba sobre ellos, su frente desarrollada y varonil, sus carrillos encendidos y anchos, sus ojos grandes y de color claro, y una nariz como el pico de un águila, prometían algo valiente y generoso. Pero el efecto de estos rasgos más favorables resultaba del todo borrado por sus hábitos violentos e insolentes, lo que, unido a su libertinaje e intemperancia, habían estampado sobre sus facciones un carácter no en consonancia con la tosca gallardía que de otro modo hubiera reflejado. Aquellos hábitos, al ser practicados con frecuencia, habían hinchado los músculos de los carrillos y los que existen alrededor de los ojos, especialmente los últimos; habían empañado los ojos, enrojecido la parte de aquéllos, que debería ser blanca, y comunicado a toda la cara el aspecto odioso del monstruo, con el que el barón sentía el horrible placer de parecerse. Pero por una rara contradicción, De la Marck, mientras tenía en muchos aspectos la apariencia de un jabalí salvaje, y aun parecía contento con llevar este nombre, por otra parte intentaba, por la longitud y desarrollo de su barba, ocultar la circunstancia que desde un principio le había valido ese apodo. Esta era un espesor y un resalte desusado de la boca y mandíbula superior, lo que, unido a los colmillos que salían mucho por los costados de la boca, le daban esa apariencia con la bestia salvaje, que, unido al deleite que De la Marck sentía por cazar en el bosque de ese nombre, le había valido el sobrenombre de Jabalí de las Ardenas. La barba ancha, grisácea y desgreñada no ocultaba el natural horror de su rostro, ni dignificaba su brutal expresión.

Librodot

Los soldados y oficiales estaban sentados alrededor de la mesa, entremezclados con los hombres de Lieja, algunos de ellos de la más baja estofa, entre los cuales, Nikkel Blok el carnicero, colocado cerca del propio De la Marck, se distinguía por sus mangas alzadas que dejaban ver brazos manchados de sangre hasta los codos, como lo estaba la cuchilla de carnicero que tenía colocada en la mesa delante de él. La mayoría de los soldados usaban barbas largas y terribles, a imitación de la de su jefe; presentaban el polo hirsuto y despeinado de la manera más adecuada para realzar la natural ferocidad de su aspecto; y embriagados, en parte con la sensación de triunfo y en parte con las largas libaciones de vino efectuadas, constituían un espectáculo a la vez odioso y repugnante. El lenguaje que sostenían y las canciones que cantaban eran tan licenciosas y llenas de blasfemias que Quintín dió gracias a Dios porque el exceso de ruido impedían que fuesen oídas de su compañera.

Sólo resta por decir de la otra clase mejor de ciudadanos que estaba asociada con los soldados de Guillermo de la Marck en esta francachela terrible, que los rostros pálidos y las miradas ansiosas de la mayoría de ellos indicaban o que no les gustaba el festín o que temían a sus compañeros, mientras que algunos de menos educación o de un natural más brutal veían sólo en los excesos de la soldadesca una conducta que debían imitar, y cuyo tono trataban de coger en lo posible, y se estimulaban a la tarea injiriendo inmensas cantidades de vino y de *schwarz bier,* practicando un vicio que en todo tiempo fué muy corriente en los Países Bajos.

Los preparativos de la fiesta habían sido tan desordenados como la calidad de los comensales. Toda la vajilla del obispo, aun la perteneciente al servicio de la Iglesia -pues el Jabalí de las Ardenas despreciaba la imputación de sacrílego- alternaba con escudillas de metal o grandes recipientes de cuero y cuernos para beber de las formas más ordinarias.

Queda por mencionar un detalle espeluznante, y dejamos el resto de la escena a la imaginación del lector. Entre las escenas de libertinaje realizadas por los soldados de De la Marck figuraba la ejecutada por uno que estaba excluído de la mesa (un *lanzknecht,* notable por su valor y su comportamiento atrevido durante el asalto de la noche); se había apoderado con todo descaro de una gran fuente de plata, declarando que su posesión le compensaría de no poder tomar parte en el festín. El caudillo rió a mandíbula batiente una broma tan en consonancia con el carácter de los presentes; pero cuando otro, menos renombrado, al parecer, por su audacia en la batalla, se aventuró a tomarse la misma libertad, De la Marck puso freno instantáneo a una práctica divertida, que pronto hubiera hecho desaparecer de la mesa todos sus ornamentos más valiosos.

-¡Rayos y centellas! -exclamó-. Aquellos que no se atreven a conducirse como hombres cuando hacen frente al enemigo, no pueden aspirar a ser ladrones entre sus amigos. ¿Cómo tú, vil cobarde, tú, tú que esperaste que estuviese abierta la puerta y bajado el puente, cuando Conrado Horst forzó su camino sobre foso y muralla, eres además desvergonzado? ¡Atarle a los pies derechos de la ventana del *hall*!

Sentencia pronunciada, sentencia ejecutada, y en un momento el infeliz se debatía en su última agonía, suspendido de las barras de hierro. Su cuerpo aun colgaba allí cuando Quintín y los otros penetraron en el *hall,* e interceptando aquél un pálido rayo

Librodot

de luna, arrojaba sobre el piso del *hall* una sombra incierta que hacía sospechar la naturaleza del objeto que la producía.

Cuando el síndico Pavillon fué anunciado de boca en boca en este tumultuoso *meeting,* intentó asumir, por derecho de su autoridad e influencia, un aire de importancia, que una mirada al fúnebre objeto que colgaba en la ventana, y a la escena de barbarie a su alrededor, hicieron muy difícil para él de sostener, no obstante las exhortaciones de Pedro que murmuró a su oído con algo de azoramiento:

-¡Arriba ese ánimo, señor, o somos hombres perdidos!

El síndico conservó lo mejor que pudo su dignidad durante un breve discurso, en el que cumplimentó a los presentes por la gran victoria lograda por los soldados de De la Marck y los buenos ciudadanos de Lieja.

-Ya -contestó De la Marck sarcásticamente- hemos cogido al fin la pieza. Pero, señor burgomaestre, viene usted como Marte con la Belleza a su lado. ¿Quién es esa mujer? Que se quite el velo; ninguna mujer tiene derecho a considerar esta noche su belleza como suya.

-Es mi hija, noble caudillo -contestó Pavillon-, y le ruego la perdone por llevar puesto un velo, pues con ello cumple un voto a los Tres Santos Reyes.

-La desligaré de él ahora -dijo De la Marck-, pues aquí con un golpe de cuchilla me consagraré obispo de Lieja, y espero que un obispo vivo valga por tres reyes muertos.

Hubo un murmullo y un estremecimiento entre los comensales, pues la comunidad de Lieja y aun algunos de los rudos soldados reverenciaban a los reyes de Colonia, como ordinariamente se les llamaba, aunque no respetaban nada más.

-No quiero traicionar a sus difuntas majestades -dijo De la Marck-; sólo estoy determinado a ser obispo. Un príncipe a la vez secular y eclesiástico, con poder para hacer y deshacer, convendrá mejor a una banda de réprobos como vosotros, a quien nadie daría la absolución. Pero venga aquí, noble burgomaestre, siéntese junto a mí. Que traigan a mi predecesor en el sagrado sitial y me verá producir una vacante para mi promoción.

Se originó un murmullo en el *hall,* mientras Pavillon, excusándose del sitio de honor, se colocó cerca del fondo de la mesa, y junto a él sus acompañantes, parecidos a rebaños de ovejas que al ver un perro extraño se aglomeran a retaguardia del viejo carnero guión, que es, por su oficio y autoridad, juzgado por ellos como poseedor de mayor valor. Cerca de aquel sitio estaba sentado un joven guapo, hijo natural, según se decía, del feroz De la Marck, y a quien algunas veces demostraba afecto y aun ternura. La madre del muchacho, una preciosa concubina, había muerto de un golpe que le fué asestado por el feroz caudillo en un acceso de borrachera o de celos; y su fin había producido al tirano todo el remordimiento que era capaz de sentir. Su apego al huérfano superviviente podía ser en parte debido a esta circunstancia. Quintín, que se había enterado de este detalle de la vida de Guillermo por el viejo obispo, se colocó tan cerca como pudo del joven en cuestión, decidido, a hacer de él, de un modo o de otro, bien un rehén o un protector, de fracasarle los otros medios de salvación.

Librodot

Mientras todo permanecía en suspenso, esperando el resultado de las órdenes que el tirano había dictado, uno de los de la comitiva de Pavillon dijo en voz baja a Peters:

-¿Cómo es posible que nuestro amo llame hija suya a esta moza? No es posible que sea nuestra Trudchen. Esta mocetona es más de dos pulgadas más alta que ella y un rizo negro de pelo asoma por debajo de su velo. ¡Por San Miguel del Mercado, también se podía confundir con la misma razón a una piel de buey negro con la de una novilla blanca!

-¡Silencio! ¡Silencio! -dijo Pedro con presencia de ánimo.

-¿Y suponte que nuestro amo tiene intención de robar una cierva del parque del obispo y no quiere que se sepa? ¿Me compete a mí o a ti el espiarle?

-De ningún modo, hermano -contestó el otro-, aunque no hubiese pensado que se hubiese hecho ladrón de ciervas al cabo de sus años. ¡Córcholis! ¡Qué moza más tímida! Mire cómo se agachapa en aquel sitial detrás de la gente para que no la vean los partidarios de De la Marck. Pero quieto, quieto; ¿qué piensan hacer con el pobre anciano obispo?

Mientras hablaba, el obispo de Lieja, Luis de Borbón, fué introducido en el *hall* de su propio palacio por la brutal soldadesca. El estado desordenado de su cabello, barba y traje eran prueba del mal trato que ya había recibido, y algunos de sus hábitos sacerdotales, colocados de cualquier modo sobre él, parecían haberlo sido para hacer escarnio y burla de su ministerio. Afortunadamente, la condesa Isabel, cuyos sentimientos al ver a su protector en tal situación podían haber traicionado su secreto y comprometido su salvación, según se le ocurrió a Quintín, estaba situada de modo que ni podía oír no ver lo que iba a tener lugar, y Durward asiduamente interponía su persona delante de ella para evitar que la vieran y que ella viese.

La escena que siguió fué corta y brutal. Cuando el infeliz obispo fué traído ante el banquillo del salvaje caudillo, aunque en su vida anterior se había distinguido por su temperamento bondadoso y asequible, mostró en este trance apurado un sentimiento de dignidad y de nobleza de sangre que concordaba bien con la alta estirpe de que descendía. Su mirada no denotaba abatimiento; su porte, cuando las manos brutales que le habían conducido le soltaron, era noble y, al mismo tiempo, resignado, algo entre el porte de un noble feudal y de un mártir cristiano; y tanto le impresionó al mismo De la Marck la firme presencia de su prisionero y el recuerdo de los antiguos beneficios que de él había recibido, que parecía irresoluto: bajó la mirada, y sólo fué después de vaciar una gran copa de vino cuando, adoptando su característica insolencia de modales y mirada, se dirigió así al infortunado cautivo.

-Luis de Borbón -dijo el feroz soldado, respirando fuerte, cerrando los puños, apretando los dientes y empleando los demás recursos mecánicos para suscitar y sostener su ferocidad nativa de carácter-: busqué tu amistad y rechazaste la mía. ¿Qué no darías ahora por que así no hubiese sido? Nikkel, prepárate.

El carnicero se puso de pie, cogió su herramienta y, deslizándose por detrás del sitial de De la Marck, lo mantuvo levantado con su brazo desnudo y musculoso.

Librodot

-Mira a ese hombre, Luis de Borbón -dijo De la Marck de nuevo- ¿Qué condiciones ofrecerás ahora para escapar a esta hora peligrosa?

El obispo lanzó una mirada melancólica, pero tranquila, sobre el feroz satélite, que parecía preparado para ejecutar la voluntad del tirano, y después dijo con firmeza:

-Escúchame, Guillermo de la Marck, y todos los hombres buenos, si hay aquí alguno que merezca ese nombre; escuchen las únicas condiciones que puedo ofrecer a este rufián: Guillermo de la Marck, has promovido una sedición en la ciudad imperial; has asaltado y tomado el palacio de un príncipe del Sacro Imperio Romano, matado a su gente, saqueado sus bienes, maltratado su persona; por esto te has hecho acreedor al destierro del Imperio; has merecido ser declarado fuera de la ley y fugitivo, sin bienes y sin derechos. Has hecho mucho más de todo esto. Has quebrantado algo más que meras leyes humanas; has merecido más que mera venganza humana. Has asaltado el santuario del Señor, acometido a un padre de la Iglesia, profanado la casa del Señor con sangre y rapiña como un ladrón sacrílego...

-¿Has terminado ya? -dijo De la Marck interrumpiéndole fieramente y golpeando el suelo con sus pies.

-No -contestó el prelado-, pues aun no te he dicho las condiciones que querías oír de mí.

-Prosigue -dijo De la Marck- y haz que las condiciones sean más de mi agrado que el prefacio, o ¡ay si no de tu cabeza canosa!

Y echándose atrás en su asiento frotó sus dientes entre sí hasta que la espuma fluyó de sus labios, como de los colmillos del salvaje animal cuyo nombre y despojos llevaba.

-Tales son tus crímenes -resumió el obispo, con calma-; ahora escucha las condiciones que, como príncipe misericordioso y prelado cristiano, desechando toda ofensa personal, perdonando toda injuria especial, condesciendo a ofrecer. Renuncia a tu deseo de mando; suelta a tus prisioneros; devuelve lo saqueado; distribuye todo lo que tengas de bienes para socorrer a aquellos que has hecho huérfanos y viudas; vístete de tela de saco y cúbrete de ceniza; coge en tu mano un báculo de peregrino y marcha descalzo a Roma, y seré intercesor tuyo cerca de la Cámara Imperial de Ratisbona, por tu vida; cerca de nuestro Santo Padre el Papa, por tu alma miserable.

Mientras Luis de Borbón proponía estas condiciones en tono tan decidido como si aun ocupase su silla episcopal y como si el usurpador estuviese arrodillado, suplicante, a sus pies, el tirano se elevó lentamente de su asiento, y la sorpresa que al principio le invadió, fué cediendo el paso a la rabia, hasta que, al cesar de hablar el obispo, miró a Nikkel Blok y elevó su dedo sin decir palabra. El rufián golpeó como si hubiese estado ejerciendo su oficio en el matadero, y el asesinado obispo se desplomó, sin un gemido, al pie de su propio trono episcopal[(40)]. Los vecinos de Lieja presentes, que no estaban preparados para catástrofe tan horrible, y que habían tenido esperanza de que la conferencia concluyese en algún acuerdo, se levantaron a una, con gritos de execración mezclados con voces de venganza.

Pero Guillermo de la Marck, elevando su tremenda voz y agitando su puño cerrado y su brazo extendido, gritó:

-¡Cómo, cochinos de Lieja! ¡Que os revolcáis en el cieno del Maes! ¿Os atrevéis a competir con el Jabalí Salvaje de las Ardenas? ¡Arriba vosotros, raza del Jabalí! -expresión por la que él y otros designaban a menudo a sus soldados-. Que estos cerdos flamencos conozcan vuestros colmillos.

Cada uno de sus secuaces se puso de pie a esta voz de mando, y, mezclados como estaban con sus aliados, cada cual se hizo cargo en un instante de su vecino más próximo, al que cogió por el cuello, mientras en su mano derecha blandía una ancha daga, que brillaba a la luz de la luna y de las lámparas. Cada brazo fué levantado, pero ninguno hirió, pues las víctimas resultaron muy sorprendidas para resistir, y era probable que el objeto de De la Marck fuese sólo imponer terror en sus confederados civiles.

Mas el valor de Quintín Durward, alerta y resuelto siempre a manifestarse, estimulado en este momento por todo lo que podía añadir energía a su natural inclinación, dió un nuevo giro a la escena. Quitando la acción de los partidarios de De la Marck, saltó sobre Carlos Eberson, el hijo de éste, y, dominándole con facilidad, colocó su daga junto al cuello del muchacho, mientras exclamaba:

-¿Es ése su juego? Entonces juego también yo en él.

-¡Alto! ¡Alto!- exclamó De la Marck- Es una broma, una broma. ¿Creéis que iba a injuriar a mis buenos amigos y aliados de la ciudad de Lieja? Soldados, soltad vuestras presas; sentaos; que se lleven este cadáver -dando un puntapié al cuerpo del obispo- que ha producido esta contienda entre amigos y ahoguemos la disidencia bebiendo más vino.

Todos soltaron su presa, y los ciudadanos y soldados se quedaron mirándose mutuamente, como si no estuviesen seguros de ser amigos o enemigos. Quintín Durward sacó ventaja del momento.

-Escúcheme -dijo-, Guillermo de la Marck, y vosotros, ciudadanos de Lieja; y usted, joven señor, permanezca quieto -pues el joven Carlos intentaba escapar de su sujeción-; ningún daño le acontecerá, de no ser que vuelva a ocurrir otra de estas bromas pesadas.

-¿Quién eres tú, en nombre del diablo -dijo el atónito De la Marck-, que has venido a imponer condiciones y tomar rehenes en nuestro propio cubil; de nosotros, que exigimos rehenes de otros, pero no los concedemos a nadie?

-Soy un servidor del rey Luis de Francia -dijo Quintín atrevidamente-, un arquero de la Guardia escocesa, como mi lenguaje y traje pueden, en parte, hacerle conocer. Estoy aquí para contemplar y referir vuestro proceder, y veo con asombro que es más bien el de gente pagana, que cristiana; de locos, y no de hombres de razón. Las huestes de Carlos de Borgoña se pondrán al instante en movimiento en contra vuestra, y si deseáis ayuda de Francia, debéis conduciros de modo diferente. A vosotros, hombres de Lieja, os recomiendo que retornéis en seguida a vuestra ciudad, y si hubiese algún

impedimento para que podáis partir, denuncio a aquellos que lo pongan como enemigos de mi amo, el cristianísimo rey de Francia.

-¡Francia y Lieja! ¡Francia y Lieja! -gritaron los que habían seguido a Pavillon y varios otros ciudadanos, cuyo valor comenzó a despertarse con las palabras atrevidas de Quintín-. ¡Francia y Lieja, y que viva muchos años el valiente arquero! ¡Viviremos y moriremos con él!

Los ojos de Guillermo de la Marck brillaron, y empuñó su daga como si fuese a hundirla en el corazón del audaz muchacho; pero mirando a su alrededor, leyó algo en las miradas de los soldados que aun *él* se vió obligado a respetar. Muchos de ellos eran franceses, y todos conocían el auxilio reservado que Guillermo había recibido, tanto en hombres como dinero, de aquel reino, y algunos estaban sorprendidos de la violenta y sacrílega acción que se acababa de cometer. El nombre de Carlos de Borgoña, persona que había de sentir muchísimo los acontecimientos de aquella noche, no podía caer bien, y la política inoportuna de pelear a la vez con los de Lieja y provocar al monarca de Francia, hizo una impresión deprimente en sus espíritus. De la Marck vió, en una palabra, que no sería ayudado, ni aun por los de su bando, en ningún nuevo acto de violencia inmediato, y, desechando la expresión terrorífica de su rostro, declaró «que no tenía la menor intención en contra de sus buenos amigos de Lieja, todos los cuales quedaban libres para abandonar Schonwaldt en cuanto quisiesen, aunque esperaba que pasasen, por lo menos, una noche con él de jarana para celebrar su victoria». Añadió con más calma de la usual en él, que «estaba dispuesto a entrar en negociaciones respecto al reparto del botín y a la adopción de medidas para su mutua defensa, bien al día siguiente, o tan pronto como ellos quisiesen. Mientras tanto, confiaba en que el joven escocés honraría su fiesta permaneciendo toda la noche en Schonwaldt».

El joven escocés dió las gracias; pero dijo que sus movimientos se atemperarían a los de Pavillon, al que acompañaba en esta ocasión; pero que, sin duda, le visitaría la primera vez que volviese a la morada del valiente Guillermo de la Marck.

-Si depende usted de mis movimientos -dijo Pavillon en voz alta-, es probable que abandone Schonwaldt sin perder momento, y si no vuelve a Schonwaldt más que en mi compañía, no es probable que lo vuelva a ver tan de prisa.

Esta última parte de su sentencia la dijo el honrado ciudadano para su capote, temeroso de las consecuencias de expresar en voz alta sus pensamientos, que, sin embargo, era incapaz de suprimir del todo.

-Manteneos junto a mí, mis decididos partidarios -dijo a los suyos-, y saldremos todo lo aprisa que podamos de esta cueva de ladrones.

La mayoría de los habitantes acomodados de Lieja allí presentes parecían ser de la misma opinión que el síndico, y casi la misma alegría se originó entre ellos cuando se apoderaron de Schonwaldt, que ahora, ante la perspectiva de salir incólumes del edificio, se les permitió salir del castillo sin oposición de ninguna clase, y Quintín se puso contento cuando volvió su espalda a estas formidables murallas.

Librodot

Por primera vez desde que penetraron en este espantoso *hall* se aventuró Quintín a preguntar a la joven condesa cómo se encontraba.

-Bien, bien -contestó con prisa febril-, muy bien. No se detenga a hacer preguntas; no perdamos un instante en hablar. ¡Huyamos, huyamos!

Intentó acelerar su paso mientras hablaba; pero con tan poco éxito, que hubiera caído extenuada si Durward no la hubiera auxiliado. Con la ternura de una madre cuando libra a su hijo de un peligro, el joven escocés elevó en sus brazos su preciosa carga, y mientras ella rodeaba su cuello con un brazo, no pensando más que en su deseo de escapar, daba él por bien empleados los riesgos de la noche, ya que así concluía.

El honrado burgomaestre fué a su vez auxiliado y sostenido en su marcha por su fiel consejero Pedro y otro de sus partidarios, y de este modo, a toda prisa, alcanzaron las orillas del río, tropezando con numerosos grupos de ciudadanos que deseaban conocer los incidentes del sitio y la verdad de ciertos rumores circulados respecto a que los conquistadores habían reñido entre sí.

Evitando satisfacer su curiosidad como mejor pudieron, lograron Pedro y algunos de sus compañeros habilitar un bote para su uso, gozando así de algún reposo, tan favorable para Isabel, que continuaba sin movimiento en brazos de su salvador, como para el digno burgomaestre, quien, después de dar un sinfín de gracias a Durward, cuyo espíritu estaba ahora muy embargado para contestarle, comenzó una larga arenga, que dirigió a Pedro sobre su propio valor y benevolencia, y los peligros a que le exponían estas virtudes en esta y otras ocasiones.

-Pedro, Pedro -dijo, resumiendo su queja de la tarde anterior-: si yo no hubiese tenido un corazón atrevido no me hubiera metido en el fregado de ayer, ni en esa otra batalla de Saint Tron, donde un guerrero de Hainault me arrojó con su lanza en una zanja llena de barro, sin que nadie me ayudase hasta que la batalla terminó. Peter, esta misma noche mi valor me engañó, y me coloqué un corselete demasiado estrecho, que hubiera sido mi muerte si no es por la ayuda de este valiente joven caballero, cuyo oficio es la lucha, en la que le deseo grandes triunfos. La ternura de mi corazón, Pedro, ha hecho de mí un pobre hombre, y sólo el cielo sabe qué sinsabores me reserva aún con damas, condesas, y por guardar secretos, que me temo me puedan costar la mitad de mi fortuna y aun mi cuello.

Quintín no pudo permanecer silencioso por más tiempo; pero le aseguró que cualquier peligro o daño que corriese por motivo de la joven dama, ahora bajo su protección, sería motivo de reconocimiento y, en lo posible, pagado.

-Se lo agradezco, joven escudero arquero, se lo agradezco -contestó el ciudadano de Lieja-; pero ¿quién le ha dicho que deseo ninguna clase de pago por cumplir con el deber de un hombre honrado? Sólo me lamento de que me pueda costar esto o lo otro, y espero poder tener permiso para decir lo que me parezca a mi teniente.

Quintín dedujo de esto que su amigo pertenecía a esa clase numerosa de bienhechores de la Humanidad que se cobraban en gruñidos, sin guiarles otra cosa, al publicar sus molestias, que la de exaltar la idea del valioso servicio prestado, y por eso permaneció prudentemente en silencio, y consintió que el síndico continuase

Librodot

comentando con su teniente el riesgo y las pérdidas a que se había visto expuesto por su celo por el bien público y sus desinteresados servicios a las personas hasta que llegaron a su casa.

La verdad era que el honrado ciudadano sentía que había perdido un poco de importancia al consentir que el joven extranjero llevase la dirección de los acontecimientos en el *hall* del castillo de Schonwaldt, y aunque satisfecho con el efecto de la intervención de Durward en el momento, le parecía, al reflexionar, que había sufrido una disminución de prestigio, por lo que trató de lograr una compensación exagerando los derechos que tenía para la gratitud de su país en general, de sus amigos en particular, y más especialmente de la condesa de Troye y su joven protector.

Pero cuando el bote se detuvo en el fondo de su jardín y fué ayudado a desembarcar por Pedro, pareció como si al contacto con su casa se disipasen, desde luego, aquellos sentimientos heridos de opinión propia, y se convirtiese el obscuro y descontento demagogo en el patrón honrado, amable, hospitalario y amigo; llamó en alta voz a Trudchen, que apareció en seguida, pues el temor y la ansiedad habían sido causa de que muy pocos durmiesen aquella memorable noche en Lieja. Le recomendó que dedicase toda su atención al cuidado de la hermosa y medio desmayada forastera, y admirando sus encantos personales, mientras compadecía su desgracia, Gertrudis desempeñó su hospitalario deber con el celo y el afecto de una hermana.

Aunque era tarde y el síndico estaba fatigado, Quintín, por su parte, no pudo rehusar el ofrecimiento de un frasco de vino escogido y costoso, tan viejo como la batalla de Azincour, y hubiera tenido que someterse a participar de él, aunque involuntariamente, de no haberse presentado la madre de la familia, a quien Pavillon llamó en alta voz para que trajese de su alcoba las llaves de la bodega. Era una mujercilla alegre, que había sido bonita en su tiempo, pero cuya principal característica, desde hacía años, había sido una nariz roja y afilada, una voz chillona, y su determinación de que el síndico, por lo mismo que ejercía en el exterior su autoridad, debía permanecer en casa bajo la debida disciplina.

Tan pronto se percató de la naturaleza del debate entre su marido y su huésped, declaró ella rotundamente que el primero, en vez de buscar ocasión para más vino, había bebido ya demasiado; y lejos de utilizar, correspondiendo a su ruego, ninguno de los manojos grandes de llaves que colgaban de una cadena de plata de su cintura, le volvió la espalda sin más ceremonia y acompañó a Quintín al lindo y confortable aposento en donde debía pasar la noche, rodeado de tal *confort* como hasta ahora era probable que desconociese: en tanto exceden los poderosos flamencos no sólo a los pobres y rudos escoceses, sino a los mismos franceses, en todas las comodidades de la vida doméstica.

Librodot

Capítulo XXIII

La huída

Ahora pídeme
que corra,
Y me esforzaré en cosas
imposibles,
Para sacar el mejor partido de
ellas.
Ponte en pie,
Y con corazón enardecido te
seguiré
Para hacer no sé qué.
Julio Cesar.

A pesar de la mezcla de temor y alegría, duda, ansiedad y otras pasiones, la fatiga agotadora del día anterior fué lo suficiente para sumir al joven escocés en un profundo sueño, que duró hasta avanzado el día siguiente, en que su digno anfitrión penetró en su aposento con señales de preocupación en su rostro.

Se sentó junto a la cama de su huésped y comenzó un largo y complicado discurso sobre los deberes domésticos de la vida matrimonial, y especialmente sobre la autoridad y supremacía que los hombres casados deben sostener en todas las diferencias de criterio con sus esposas. Quintín escuchó con alguna ansiedad. Sabía que los maridos, como otros poderes beligerantes, estaban dispuestos a veces a cantar Tedéum y a ocultar más bien un defecto que a celebrar una victoria, y se precipitó a sondear el asunto más de cerca, «esperando que su llegada no habría sido acompañada de inconveniente para la buena señora de la casa».

-¡Inconveniente! No -contestó el burgomaestre-. Ninguna mujer puede ser cogida menos desprevenida que madre Mabel, siempre feliz de ver a sus amigos, siempre con una limpia habitación y una buena comida dispuesta para ellos, gracias a Dios. No hay mujer en la tierra que sea más hospitalaria; sólo es una lástima que su carácter sea a veces algo raro.

-¿Nuestra estancia aquí le es desagradable, en suma? -dijo el escocés saltando de la cama y comenzando a vestirse de prisa. Si estuviese seguro que lady Isabel estaba en condiciones de viajar después de los horrores de la última noche, no aumentaríamos la ofensa permaneciendo aquí ni un instante más.

-Eso es precisamente -dijo Pavillon- lo que la joven dama dijo a madre Mabel, y desearía que hubiera visto el color que se le subió a la cara mientras lo decía: una lechera que hubiese patinado durante varias millas, de cara al viento helado, para ir al mercado, es una azucena comparada con ella.

-¿Ha salido, pues, de su habitación lady Isabel? -dijo el joven, continuando su tarea de vestirse con más prontitud que antes.

-Sí -replicó Pavillon-, y espera su presencia con mucha impaciencia para determinar qué camino seguirá usted, ya que ambos están decididos a marchar. Pero ¿confío en que se detendrán a almorzar?

-¿Por qué no me dijo usted eso antes? -dijo Durward impaciente.

-Demasiado pronto se lo he dicho -dijo el síndico-, ya que le ha puesto en estado de aturdimiento. Ahora tengo algo más que decirle si tiene paciencia para escucharme.

-Hable, digno señor, tan pronto como pueda; escucho atentamente.

-Entonces le diré -prosiguió el burgomaestre- que sólo tengo una palabra que decir, y es que Trudchen, que siente tanto tener que separarse de la joven dama, como si hubiese sido su hermana, desearía de usted que adoptase algún disfraz, pues se dice por la ciudad que las damas de Croye viajan por el país en traje de peregrinas, acompañada por un guardia de los arqueros escoceses del rey Luis; y también se dice que una de ellas fué traída a Schonwaldt la última noche por un bohemio, después que nosotros salimos de allí, y se añade, además, que este mismo bohemio ha asegurado a Guillermo de la Marck que usted no tenía que entregar mensaje ninguno ni a él ni al buen pueblo de Lieja, y que usted ha robado a la joven condesa y viajado con ella en calidad de amante suyo. Todas estas noticias han llegado esta mañana de Schonwaldt, y se nos ha dicho a mí y a otros consejeros, que no saben bien qué aconsejar, pues aunque nuestra opinión es que Guillermo de la Marck se ha comportado muy bruscamente con el obispo y con nosotros, se cree por muchos que, en el fondo, tiene buen corazón, cuando no está borracho, y que es el único caudillo en el mundo capaz de mandarnos contra el duque de Borgoña; y en realidad, tal como están los asuntos, yo mismo opino que debemos estar en buena armonía con él, pues hemos avanzado mucho para retroceder.

-Su hija aconseja bien -dijo Quintín Durward, absteniéndose de reproches que, a su juicio, no servirían para modificar una resolución que había sido adoptada por el digno magistrado para satisfacer a la vez los prejuicios de los de su clase y la inclinación de su esposa- Su hija aconseja bien. Debemos disfrazarnos, y en seguida. ¿Podemos confiar en usted para el secreto necesario y para los medios de huir?

-Con todo mi corazón, con todo mi corazón -dijo el honrado ciudadano, que, no muy satisfecho con la dignidad de su conducta, estaba ansioso de encontrar algún medio de disculparse-. No puedo olvidar que le debo mi vida en la pasada noche: primero, por haberme desabrochado aquel maldito corselete de acero, y después, por ayudarme a salir del otro aprieto, que era peor, pues aquel Jabalí y su cría parecían más diablos que personas. Así, le seré tan fiel como una hoja a su vaina, según dicen nuestros cuchilleros, que son los mejores del mundo. Ahora que está listo, venga por aquí: verá la mucha confianza que usted me inspira.

El síndico le condujo de la alcoba donde había dormido a su propio gabinete, en el que despachaba sus negocios, y después de cerrar la puerta con cerrojo y de arrojar una mirada penetrante a su alrededor, abrió un espacio abovedado, oculto tras la tapicería, en el que se veían más de un arca de hierro. Abrió una de ellas, que estaba

Librodot

llena de florines, que puso a la disposición de Quintín, diciéndole que cogiese la suma que juzgase necesaria para sus gastos y los de su compañera.

Como el dinero que habían entregado a Quintín a la salida de Plessis estaba casi agotado, no dudó en aceptar la suma de doscientos florines, y con ello quitó a Pavillon un gran peso de encima, quien consideró esta transacción, en la que voluntariamente se hacía él acreedor, como una compensación por la falta de hospitalidad que le forzaban a cometer diverso género de consideraciones.

Habiendo cerrado cuidadosamente su cámara-tesoro el opulento flamenco, condujo después a su huésped al recibimiento, en el que encontró a la condesa vestida a la usanza de una doncella flamenca de la clase media, ágil de espíritu y activa de cuerpo, aunque pálida por las escenas de la noche pasada. Sólo estaba con ella Trudchen, que estaba muy ocupada en completar el traje de la condesa y en darle instrucciones de cómo debía conducirse. Alargó Isabel la mano a Quintín, y una vez que éste se la besó con respeto, le dijo ella:

-Señor Durward, tenemos que separarnos de nuestros amigos si no queremos atraer sobre ellos una parte de la desgracia que me ha perseguido desde la muerte de mi padre. Debe usted cambiar de traje y venir conmigo, a no ser que esté cansado de proteger a ser tan desdichado.

-¡Yo cansado de ser vuestro protector! ¡Hasta el fin de la tierra la acompañaría! Pero ¿usted podrá continuar por el camino emprendido? ¿Puede usted, después de los terrores de la última noche...?

-No me los recuerde -contestó la condesa-; se me representan como un horrible sueño. ¿Ha escapado el excelente obispo?

-Confío en que esté en libertad -contestó Quintín, haciendo señas a Pavillon, que parecía dispuesto a dar detalles de la terrible historia, para que se callase.

-¿Nos es posible unirnos a él? ¿Tiene fuerzas consigo? -dijo la dama.

-Su única esperanza es el cielo -dijo el escocés-; pero donde quiera usted ir estaré junto a usted como guía y guardián decidido.

-Lo pensaré -dijo Isabel; y después de un momento de silencio, añadió-: Un convento sería lo que prefiriese; pero temo que ofrezca poca defensa contra aquellos que me persiguen.

-No puedo recomendar ningún convento en el distrito de Lieja, porque el Jabalí de las Ardenas, aunque sea un bravo jefe, un fiel aliado y un defensor de nuestra ciudad, tiene, sin embargo, sus ratos de mal humor, y entonces respeta poco los claustros, conventos, monjas y cosas análogas. La gente dice que hay muchas monjas, es decir, supuestas monjas, que marchan siempre con su compañía.

-Esté usted preparado pronto, señor Durward -dijo Isabel interrumpiendo este detalle-, ya que necesariamente debo confiarme a usted.

Librodot

Tan pronto como el síndico y Quintín abandonaron la habitación, Isabel comenzó a preguntar a Gertrudis detalles del camino con tal presencia de espíritu, que esta última no pudo por menos de exclamar:

-¡Señora, la admiro! He oído hablar de firmeza masculina; pero la vuestra me parece que excede a todas.

-La necesidad -contestó la condesa- es la madre del valor y la invención. No hace mucho tiempo me hubiera desmayado si hubiese visto derramarse una gota de sangre de una herida insignificante. Después he visto fluir la sangre a borbotones a mi alrededor, y, sin embargo, he conservado el dominio de mí misma. No crea que fué tarea fácil -añadió, poniendo su mano temblorosa sobre el brazo de Gertrudis, aunque seguía hablando con voz firme-: el pequeño mundo en mi interior es como una guarnición sitiada por miles de enemigos, que sólo la más tenaz voluntad impide ser atacada a cada momento. ¡Si mi situación fuese menos peligrosa de lo que es; si no estuviese convencida que mi única probabilidad para evitar un porvenir más horrible que la muerte es conservar mi dominio sobre mí, me arrojaría, Gertrudis, en este momento en sus brazos y aliviaría mi pecho acongojado con tantas lágrimas como nunca vertió corazón humano!

-¡No haga eso, dama! -dijo la simpática flamenca-; tenga valor; confíese al cuidado del cielo, y seguramente si el cielo quiere enviar un salvador a alguien próximo a perecer, ese caballero atrevido y emprendedor está reservado para vos. Hay también uno -añadió, ruborizándose intensamente- por quien siento interés. No diga nada a mi padre; pero he indicado a mi novio, Hans Glover, que la espere en la puerta de Levante, y que nunca me vuelva a mirar a la cara hasta que me asegure haberla guiado sana y salva fuera del territorio.

El único medio que se le ocurrió a la condesa para expresar su agradecimiento a la bondadosa y franca doncella fué besarla cariñosamente, añadiendo con una sonrisa:

-Si dos doncellas y sus solícitos galanes no consiguen un disfraz y organizar una huída, el mundo debe haber cambiado mucho.

Un pasaje de esta frase atrajo de nuevo el color a las mejillas de la condesa, que no disminuyó al aparecer Quintín de repente. Penetró disfrazado de campesino holandés de clase acomodada, con un traje que le prestó Pedro, el cual demostraba su interés por el joven escocés, por la facilidad con que prescindía de su uso, y juró al mismo tiempo que, aunque hubiese de ser curtido como piel de buey, no sacarían palabra de él que pudiese traicionar a la joven pareja. Dos buenos caballos habían sido preparados por las gestiones de madre Mabel, quien realmente deseaba que la condesa y su acompañante no sufriesen daño alguno, una vez que hubiese librado a su casa y su familia de los peligros que podrían surgir de seguir hospedándose en ella. Los vió montar y partir con gran satisfacción, después de recomendarles que encontrarían el camino hacia la puerta de Levante, conservando su vista en Peter, que marcharía en esa dirección actuando de guía, pero sin mantener comunicación visible con ellos.

En el instante en que partieron los huéspedes, madre Mabel aprovechó la oportunidad para soltar una reconvención a Trudchen sobre la locura de leer novelas, que habían sido causa de que las ostentosas damas de la corte se hubiesen vuelto tan

Librodot

atrevidas y aventureras, que en vez de dedicarse a aprender algún quehacer doméstico, montaban a caballo, recorriendo la comarca sin más compañía que la de un ocioso escudero, paje libertino o arquero alocado de país extranjero, con grave peligro de su vida e irreparable prejuicio para su reputación.

Todo esto lo escuchó Gertrudis en silencio y sin hacer objeción alguna; pero teniendo en cuenta su carácter, cabía dudar si sacó de ello la consecuencia práctica que su madre pretendía.

Mientras tanto, los viajeros habían alcanzado la puerta de Levante de la ciudad, atravesando grupos de personas que, afortunadamente, estaban muy entretenidas con los acontecimientos y rumores políticos del día para prestar atención a una pareja tan poco llamativa. Pasaron los puestos de centinelas en virtud de un permiso que les obtuvo Pavillon a nombre de su colega Ronslaer, y se despidieron de Pedro Geislaer con un breve, pero amistoso, saludo por ambas partes. Inmediatamente después se les unió un joven fornido, montando un buen caballo gris, que se presentó como Hans Glover, el novio de Trudchen Pavillon. Era un joven flamenco, de rostro agraciado, no de la clase más intelectual, que demostraba más buen humor que ingenio, y, a juicio de la condesa, apenas digno de ser pretendiente de la generosa Trudchen. Parecía, sin embargo, muy deseoso de serles útil, pues, al saludarles respetuosamente, preguntó a la condesa, en flamenco, por cuál camino quería que los acompañase.

-Guíeme -dijo- a la población más cercana a la frontera de Brabante.

-¿Ha decidido, pues, la finalidad de su viaje? -dijo Quintín, aproximando su caballo al de Isabel y hablando en francés, que su guía no comprendía.

-Ciertamente -replicó la joven dama-, pues en mi situación actual no puede conducir a nada el prolongar un viaje, aunque al final, encuentre una prisión rigurosa.

-¡Una prisión! -dijo Quintín.

-Sí, mi amigo, una prisión; pero procuraré que usted no la comparta.

-No hable, no piense en mí -dijo Quintín-. En viéndola salva, no hay para qué ocuparse de mí.

-No hable tan alto -dijo lady Isabel-, para no llamar la atención del guía; ya ve cómo se ha puesto a cabalgar delante de nosotros -pues el bondadoso flamenco, adivinando el pensamiento de los jóvenes, había apartado de ellos la cohibición de una tercera persona en cuanto Quintín se acercó a la dama-. Sí -continuó ella cuando observó que el guía no se fijaba en ellos-, a usted, mi amigo, mi protector, ¿por qué había de avergonzarme de llamarle de este modo?, a usted tengo el deber de decirle que mi resolución es volver a mi país natal e implorar la clemencia del duque de Borgoña. Fué un consejo equivocado, aunque dado con buena intención, el que me indujo a rehuir su protección y a colocarme bajo la del artero y falso Luis de Francia.

-¿Y está usted entonces resuelta a ser la esposa del conde de Campo-Basso, el indigno favorito de Carlos?

Librodot

Pronunció estas palabras Quintín con voz en que su agonía interna luchaba con su deseo de adoptar un tono indiferente, como el de un pobre criminal condenado, cuando afectando una firmeza que está lejos de sentir, pregunta si ha llegado la sentencia de muerte.

-No, Durward, no -dijo lady Isabel enderezándose en su silla-; todo el poder de Borgoña será incapaz de obligar a una hija de la casa de Croye a aceptar ese lazo fatal. Borgoña puede apoderarse de mis tierras y de mis feudos; puede encerrarme en un convento; pero eso es lo peor que puedo esperar, y más que eso sufriré antes de entregar mi mano a Campo-Basso.

-¿Más que eso? -dijo Quintín-. ¿Y qué más puede haber que el despojo y la prisión? Mientras se encuentre libre, como ahora, y uno junto a usted que se compromete a conducirla a Inglaterra, a Alemania, aun a Escocia, en cuyos sitios encontrará generosos protectores; mientras éste sea el caso, no se decida tan precipitadamente a abandonar los medios de libertad, ¡el mejor don que el cielo concede! ¡Oh!, bien canta un poeta de mi tierra:

¡Ah!, libertad es una noble cosa
Libertad hace al hombre tener inclinaciones
Libertad proporciona el incentivo para el placer
vive a su gusto el que libre vive.
Penas, enfermedades, pobreza, necesidades, todas
se condensan en la palabra esclavitud.

Escuchó con sonrisa melancólica los versos recitados por su guía, y contestó después de un momento de silencio:

-La libertad es sólo para el hombre; la mujer debe buscar un protector, ya que la Naturaleza la hizo incapaz de defenderse por sí misma. ¿Y dónde he de encontrar uno? En ese voluptuoso Eduardo de Inglaterra, en el borracho Wenceslao de Alemania. ¿En Escocia? ¡Ah, Durward, si fuese su hermana y me pudiese prometer albergue en algunos de esos valles de su país que tanto le gusta describir, donde, por caridad o por las pocas joyas que he conservado, pudiese llevar una vida tranquila y olvidar mi triste sino; si me pudiese prometer la protección de alguna honrosa matrona del país -de algún varón cuyo corazón fuese tan leal como su espada-, esa sería una perspectiva que merecería el riesgo de nuevas censuras por seguir errante por esos mundos!

Hubo una sensación de ternura en su voz al hacer esta confesión la condesa Isabel, que llenó

de alegría a Quintín y le llegó al corazón. Dudó un momento antes de contestar, pasando rápida revista en su imaginación a las posibilidades de procurarle albergue en Escocia; pero la triste realidad le decía que sería a la vez mezquino y cruel aconsejarla el emprender un camino a país donde no tenía la menor probabilidad de que estuviese segura.

Librodot

-Traicionaría, señora -dijo al fin-, mi fe de caballero si la consintiese hacer plan alguno sobre la idea de que puedo proporcionarle protección distinta de la de mi pobre brazo, como ahora. Apenas sé si corre sangre mía por las venas de algún otro individuo en mi tierra nativa. El caballero de Inurquharity asaltó nuestro castillo a medianoche y arrasó todo lo que pertenecía a mi nombre. En Escocia tengo enemigos feudales numerosos y poderosos, y allí me encontraría solo y desamparado, y aunque el rey quisiese hacerme justicia, no se atrevería, para reparar las injusticias cometidas con un pobre hombre, provocar a un jefe que posee quinientos caballos a sus órdenes.

-¡Ay! -dijo la condesa-. Entonces no existe rincón en el mundo que se vea libre de opresión, ya que reina sin freno entre esas salvajes colinas, que tan pocos objetos presenta a la codicia, lo mismo que si se tratase de nuestro rico y abundante País Bajo!

-Es una triste verdad y no me atrevo a negarla -dijo el escocés-, que sólo por el placer de la venganza y el ansia de derramamiento de sangre nuestros bandos enemigos se sacrifiquen mutuamente, y Ogilvies y otros de su calaña obran del mismo modo en Escocia como De la Marck y sus ladrones lo hacen en este país.

-No hablemos más de Escocia, pues -dijo Isabel con tono de indiferencia, ya real o fingida- que sólo mencioné de broma para ver si usted realmente me recomendaba como sitio de reposo el reino más alborotado de Europa. Sólo fué para probar su sinceridad, y me regocija ver que puede uno confiar en ella. Así, no pensaré en cualquier protección que me pueda proporcionar el primer varón honrado que tropiece, súbdito del duque Carlos, pues estoy decidida a entregarme a éste.

-¿Y por qué no se guarece usted en sus posesiones propias y en su fuerte castillo, como lo pensaba cuando se encontraba en Tours? -dijo Quintín- ¿Por qué no llama a los vasallos de su padre y hace un tratado con Borgoña antes de intentar entregarse al duque? Con seguridad habrá muchos corazones valerosos que lucharían por su causa, y sé por lo menos de uno que entregaría su vida de buena gana para dar ejemplo.

-¡Ay! -dijo la condesa-. Ese proyecto, sugestión del astuto Luis, y que como todas las suyas, era más ventajosa para él que para mí, resulta impracticable desde que fué delatado a Borgoña por el doble traidor Zamet Maugrabin. Mi pariente fué entonces reducido a prisión y mis casas vigiladas. Cualquier intento mío expondría a mi dependencia a la venganza del duque Carlos, ¿y para qué iba a ser ocasión de más derramamiento de sangre del que ya ha tenido lugar por motivo tan fútil? ¡No, me someteré a mi soberano, como vasallo sumiso, en todo lo que no ataque a mi libertad personal para escoger marido, tanto más cuanto que confío en que mi parienta, la condesa Hameline, que fué la que primero me aconsejó y metió prisa para mi huída, habrá ya adoptado esta prudente y honrosa decisión!

-¡Su parienta! -repitió Quintín rememorando cosas desconocidas para la joven condesa y que la rápida sucesión de acontecimientos peligrosos y emocionantes había borrado de su memoria.

-Mi tía, la condesa Hameline de Croye, ¿sabe algo de ella? -dijo la condesa Isabel-. Confío en que ahora estará bajo la protección de la bandera de Borgoña. ¡Se calla usted! ¿Sabe algo de ella?

La última pregunta, hecha en tono que denotaba gran ansiedad, obligó a Quintín a decir algo de lo que sabía sobre la suerte corrida por la condesa. Le dijo cómo fué citado para acompañarla en su huída de Lieja, en la que él no dudó la acompañaría lady Isabel; mencionó el descubrimiento que había hecho después que llegaron al bosque, y, finalmente, contó su retorno al castillo y lo que en él encontró. Pero se reservó el fin que perseguía lady Hameline al abandonar el castillo de Schonwaldt y la opinión pública de que había caído en manos de Guillermo de la Marck. Un sentimiento de delicadeza le impidió hacer mención de lo primero, y el respeto a los sentimientos de su compañera en un momento en que era necesario en ella el máximo esfuerzo, le impidió aludir a lo último, que sólo había llegado a él, por lo demás, como mero rumor.

Esta narración, aun con la supresión de detalles tan importantes, impresionó mucho a la condesa Isabel, la cual, después de cabalgar un rato en silencio, dijo al fin con tono de disgusto:

-¿De suerte que usted abandonó a mi infeliz parienta en un bosque, dejándola a la merced de un vil bohemio y de una traidora doncella? ¡Pobre parienta, que acostumbrabas a celebrar la buena fe de este joven!

-Si no hubiese procedido así, señora -dijo Quintín un poco ofendido por el giro dado a su galantería-, ¿cuál hubiera sido la suerte de una persona a cuyo servicio estaba más de lleno dedicado? Si no hubiese dejado a la condesa Hameline de Croye al cuidado de aquellos que ella misma escogió por consejeros, la condesa Isabel sería ahora la esposa de Guillermo de la Marck, el Jabalí Salvaje de las Ardenas.

-Tiene usted razón -dijo la condesa Isabel en su tono usual-, y yo, que gozo de la ventaja de su incondicional devoción, le he ofendido. Pero me acuerdo de mi infeliz parienta y de Marthon, que tanto gozaba de su confianza y tan poco la merecía; fué ella la que presentó a mi parienta a Zamet y Hayraddin Maugrabin, quienes con sus pretendidos conocimientos de Astrología obtuvieron gran ascendencia sobre ella; fué ella la que, fortaleciendo sus predicciones, la inculcó -no sé cómo llamarlas- ilusiones relativas a amantes y matrimonios que la edad de mi parienta hacían fruto casi prohibido. No dudo que desde un principio estuvimos rodeadas por esos malvados, puestos por Luis de Francia, para determinamos a tomar refugio en su corte, o más bien para entregarnos en poder suyo; después de esa acción irreflexiva por parte nuestra, usted, Quintín Durward, es testigo de lo poco caballerosamente y lo innoblemente que se condujo con nosotros. ¿Pero cuál puede ser la suerte de mi parienta? ¿Qué piensa usted de ello?

Tratando de inspirar confianza que apenas sentía, Durward contestó que la avaricia de esa gente era mayor que cualquier otra pasión; que Marthon, cuando él se separó de ellas, parecía actuar más bien como protectora de lady Hameline; y, en suma, que era difícil concebir que estos malvados sacasen provecho del asesinato de la condesa, mientras resultarían gananciosos tratándola bien y poniéndola a rescate.

Para apartar los pensamientos de la condesa Isabel de este asunto enojoso, Quintín le contó la traición de Maugrabin, que había descubierto una noche cerca de Namur y que parecía ser el resultado de un convenio entre el rey y Guillermo de la Marck. Isabel se estremeció horrorizada, y después dijo:

Librodot

-Estoy avergonzada y he pecado en permitirme dudar de la protección de los santos, así como por un instante el haber juzgado posible la realización de proyecto tan bajo, cruel y deshonroso, mientras haya ojos misericordiosos en el cielo que se preocupen de las miserias humanas. Pero ahora veo plenamente por qué esa hipócrita de Marthon parecía cultivar tan a menudo toda semilla de pequeña discordia o descontento entre mi pobre parienta y yo, mientras mezclaba con adulación, dirigida a la persona que estaba presente, todo lo que pudiera indisponerla con su parienta ausente. Sin embargo, nunca pude imaginarme hubiese llegado a conseguir el que, mi parienta, que antes tanto me quería, me abandonase en los peligros de Schonwaldt mientras ella escapaba.

-¿No le comunicó entonces lady Hameline -dijo Quintín- su proyectada fuga?

-No -replicó la condesa-, aunque aludió a cierta noticia que Marthon tenía que decirme. En realidad, mi pobre parienta se volvió tan loca con el lenguaje misterioso del miserable Hayraddin, a quien aquel día concedió una larga y secreta conferencia e hizo insinuaciones tan extrañas que, en una palabra, no me preocupé de insistir con ella, al verla en aquel humor, para que me diese una explicación. Sin embargo, fué cruel que me dejase sola.

-Quizá pueda excusarse ese proceder de lady Hameline -dijo Quintín-, pues era tal la agitación del momento y la obscuridad de la hora, que es fácil que lady Hameline se creyese acompañada de su sobrina, así como yo en la misma ocasión, engañado por el traje y porte de Marthon, me creí en la compañía de ambas damas de Croye, y de *ella* especialmente -añadió con voz baja, pero decidida-, sin la cual todas las riquezas del mundo no me hubiesen inducido a dejar Schonwaldt.

Isabel inclinó su cabeza hacia adelante y apenas pareció darse cuenta del énfasis que puso Quintín en sus palabras. Pero volvió su cara a él de nuevo cuando comenzó a hablar de la política de Luis, y no fué difícil para ellos, cambiando impresiones, el asegurarse que los hermanos bohemios, con su cómplice Marthon, habían sido los agentes de aquel astuto monarca, aunque Zamet, el mayor de ellos, con una perfidia peculiar de su raza, había intentado hacer un doble juego y había sido castigado por ello. En el mismo ambiente de mutua confianza y olvidando la singularidad de su situación, así como los peligros del camino, prosiguieron los viajeros su viaje, deteniéndose sólo para cambiar de caballos en una aldea retirada, hasta donde fueron guiados por Hans Glover, que en todo, y particularmente en dejarles en libertad de hablar, se condujo como persona de reflexión y discreción.

Por aquel entonces la separación artificial que parecía establecida entre los dos amantes (pues ya le podemos dar ese título) desapareció por las circunstancias en que estaban colocados, pues si la condesa se jactaba de ser de alto rango y, por nacimiento, dueña de una fortuna incalculablemente mayor que la del joven, cuya renta estaba en su espada, hay que tener presente que en la actualidad era tan pobre como él, y su seguridad, honra y vida dependían exclusivamente de la presencia de ánimo, valor y devoción de Quintín. No *hablaron* de amor, porque aunque la joven condesa con su corazón rebosante de gratitud y confianza podía haber perdonado una declaración de esa índole, Quintín, en cuya lengua habían puesto un freno su timidez natural y sus sentimientos caballerescos, hubiera juzgado un abuso de la situación en que ella se encontraba el haber dicho algo que pudiera tener la apariencia de sacar indebida

Librodot

ventaja de las oportunidades que aquélla le proporcionaba. No *hablaron* de amor, pero el pensamiento de éste fué inevitable en ambos, y de este modo se vieron colocados en esa situación, uno respecto del otro, en la que los sentimientos de consideración mutua se sobrentienden más que se proclaman, y la cual, con las libertades que permite y las incertidumbres que le acompañan, constituye a menudo las horas más deliciosas de la existencia humana.

Serían las dos de la tarde cuando se alarmaron al oír al guía decirles, con palidez y temor reflejados en el rostro, que les perseguía una cuadrilla de los *Schwarzreiters* de De la Marck. Estos soldados, o más bien bandidos, eran bandas reclutadas en las bajas esferas de Alemania, y se asemejaban a los *lansquenetes* en todo, excepto en que los primeros actuaban con caballería ligera. Para justificar el título de *Jinetes negros*, y para aumentar el terror que producían en sus enemigos, cabalgaban de ordinario en corceles negros y untaban de ungüento negro sus armas y pertrechos, en cuya operación participaban con frecuencia sus manos y sus caras. En moral y ferocidad emulaban estos *Schwarzreiters* a sus hermanos a pie los *lanzknechts*[(41)].

Al mirar hacia atrás y descubrir a lo largo de camino llano que habían recorrido una nube de polvo que avanzaba, producida por una o dos partidas de tropas que cabalgaban furiosamente, Quintín dijo a su compañera:

-Mi amiga Isabel, no tengo más arma que mi espada; pero ya que no puedo luchar por usted, huiremos juntos. Si logramos alcanzar aquel bosque ante nosotros, encontraremos medios fáciles para huir.

-Podemos intentarlo, mi único amigo -dijo Isabel poniendo su caballo al galope-; y tú buen compañero -añadió dirigiéndose a Hans Glover-, márchate por otro camino para que no participes de nuestra desgracia y peligro.

El honrado flamenco movió su cabeza y contestó a la generosa exhortación de ella con:

-¡*Nein, Nein!; das geht nicht!*[(42)], y continuó acompañándoles, los tres cabalgando en busca de la protección del bosque todo lo de prisa que sus jadeantes caballos podían ir, perseguidos a mismo tiempo por los *Schwarzreites*, que aceleraron su marcha al verles huir. No obstante la fatiga de sus caballos, como los fugitivos se encontraban desarmados y podían cabalgar más de prisa, por consiguiente, que sus perseguidores, llevaban esta ventaja sobre éstos, pero cuando faltaba un cuarto de milla para llegar al bosque, vieron avanzar hacia ellos, procedente de éste, otra cuadrilla de jinetes, a cuyo frente iba un caballero con un pendón, con lo que su fuga quedaba interceptada.

-Llevan armaduras brillantes -dijo Isabel-; deben de ser borgoñeses. Pero sea lo que fueren, debemos entregarnos a ellos antes que a esos malandrines fuera de la ley que nos persiguen.

Un momento después exclamó ella fijándose en el pendón:

-¡Conozco el corazón partido que ostenta! ¡Es el estandarte del conde de Crèvecoeur, un noble borgoñés; a él me rendiré!

Quintín Durward suspiró. ¿Pero qué otra alternativa le quedaba? ¿Y qué feliz hubiera sido un momento antes de tener sólo la seguridad del escape de Isabel, aun en peores condiciones? Pronto se encontraron con los de la partida de Crèvecoeur, y la condesa pidió hablar con el jefe de la misma, que había mandado detener su gente hasta cerciorarse de ser los *Jinetes negros* los que se veían en lontananza; como él la mirase con cierta duda, dijo ella:

-Noble conde, Isabel de Croye, la hija de su antiguo compañero de armas, el conde Reinaldo de Croye, se entrega y pide protección para ella y los suyos.

-La tendrás, querida parienta, aunque fuese contra una hueste, siempre exceptuando a mi soberano el señor de Borgoña. Pero disponemos de poco tiempo para hablar. Los enemigos se han detenido como en consulta del caso. ¡Por San Jorge de Borgoña, tienen la insolencia de avanzar contra la insignia de Crèvecoeur! Damián, mi lanza. ¡Adelante, pendón! Poned las lanzas en posición de ataque. ¡Crèvecoeur, a la carga!

Lanzando su grito de guerra, y seguido por sus guerreros, galopó rápidamente para cargar a los *Jinetes negros.*

Capítulo XXIV

La rendición

Rescatado o no,
señor caballero, soy vuestro cautivo;
Tráteme como su nobleza le sugiera...
Piense que la suerte de la guerra puede
colocarle un día
En mi situación actual, -en la lista
De melancólicos prisioneros.

Anónimo.

La escaramuza entre los *Schwarzreiters* y los soldados borgoñeses duró escasamente cinco minutos, pues bastó ese poco tiempo para que los primeros resultasen derrotados, tal era la superioridad de los segundos en armaduras, tamaño de caballos y espíritu militar. En menos tiempo del que se tarda en decirlo, el conde de Crèvecoeur, enjugando la sangre de su espada en las crines de su caballo antes de envainarla, volvió al lindero del bosque, en donde Isabel había permanecido como espectadora del combate. Parte de su gente le siguió, mientras el resto continuó persiguiendo durante algún tiempo al enemigo, que huía por un camino lateral.

-Es una lástima -dijo el conde- que las armas de los nobles y caballeros se manchen con la sangre de esos cerdos brutales.

Después de decir esto metió su arma en su vaina y añadió:

-Esta es una llegada algo azarosa a tu país, querida prima, pero las princesas errantes deben esperar aventuras de ese género. A buen tiempo llegué, pues; te aseguro que los *Jinetes negros* respetan tan poco la corona de una condesa como la cofia de una moza campesina, y me parece que tu séquito no estaba en condiciones de resistir mucho.

-Señor conde -dijo lady Isabel-, sin rodeos, dígame si soy su prisionera y adónde me va a conducir.

-Ya sabes, chiquilla -contestó el conde-, cómo contestaría a esa pregunta si dependiese de mí. Pero tú y tu casamentera tía habéis hecho últimamente tan mal uso de vuestras alas que me temo os veáis obligadas a tenerlas plegadas durante algún tiempo en una jaula. Por mi parte, mi obligación, que es bien triste, habrá terminado cuando te haya llevado a la corte del duque, en Peronne, para cuyo fin juzgo necesario entregar el mando de esta partida de reconocimiento a mi sobrino el conde Esteban, mientras yo regreso contigo allá, ya que me parece necesitarás un mediador. Espero que el ligero de cascos de mi sobrino desempeñará bien su deber.

-Querido tío -dijo el conde Esteban-, si duda de mi capacidad para mandar soldados, puede quedarse con ellos y yo me ofrezco a ser el servidor y guardián de la condesa Isabel de Croye.

-Sin duda, querido sobrino -contestó su tío-, esto sería una buena modificación de mi plan; pero me parece mejor como te lo he dicho. Fíjate, pues, en que tu misión ahora no es perseguir y concluir con estos jabalíes negros, por los que ahora pareces sentir una vocación especial, sino la de reunir y traerme noticias auténticas de lo que sucede en la comarca de Lieja, respecto a la cual hemos oído rumores tan alarmantes. Que me acompañen hasta media docena de lanzas y el resto permanezca con el pendón bajo tus órdenes.

-Aun un momento, primo Crèvecoeur -dijo la condesa Isabel-, y permítame al entregarme prisionera que pida la libertad de los que me han acompañado en mis desgracias. Permita que este buen individuo, mi fiel guía, regrese sin sufrir daño a Lieja, su ciudad nativa.

-Mi sobrino -dijo Crèvecoeur después de mirar atentamente el rostro bonachón de Glover-protegerá a este buen individuo, que parece haber sufrido poco daño, hasta aquel sitio del territorio donde penetre y después le dejará en libertad.

-No olvide de darle recuerdos de mi parte a la simpática Gertrudis -dijo la condesa a su guía, y añadió, tomando una sarta de perlas de debajo de su velo-: Dígale que acepte esto en recuerdo de su infeliz amiga.

El buen Glover tomó la sarta de perlas y besó con gesto cómico, pero con amabilidad sincera, la blanca mano que había encontrado tan delicado modo de remunerar sus trabajos y peligros.

-¿Regalitos, eh? -dijo el conde-. ¿No tienes que hacer ningún encargo más, querida prima? Es tiempo de marcharnos.

-Sólo -añadió la condesa haciendo un esfuerzo para hablar- que se sirva favorecer a este... a este joven caballero.

-¡Caramba! -dijo Crèvecoeur arrojando la misma penetrante mirada sobre Quintín que había otorgado a Glover, pero aparentemente con resultado mucho menos satisfactorio e imitando, aunque sin pretender ofender, el embarazo de la condesa-. ¡Caramba! Esta es harina de otro costal. Te ruego me digas, querida sobrina, ¿qué ha hecho este joven caballero para merecer que intercedas de ese modo por él?

-Ha salvado mi vida y mi honra -dijo la condesa ruborizándose de vergüenza y resentimiento.

Quintín también enrojeció indignado, pero pensó sabiamente que dar suelta a ésta empeoraría las cosas.

-¿Vida y honra? ¡Bah! -dijo de nuevo el conde de Crèvecoeur-; creo que hubiera sido mejor, prima, si no hubieras dado lugar a que aquéllas hubieran necesitado ser protegidas por este joven caballero. Pero pasemos por ello. El señor puede acompañarnos si su calidad se lo permite y me encargo de que no sufra daño alguno, si bien en lo futuro seré yo el que me encargue de proteger tu vida y honor, y quizá pueda encontrar para él, alguna misión más adecuada que la de ser escudero de damas trotamundos.

-Señor conde -dijo Durward, incapaz de permanecer más tiempo callado-, por temor de que pueda hablar de un forastero en términos desconsiderados, que luego puede deplorar, me permito indicarle que soy Quintín Durward, arquero de la Guardia escocesa, en la que, como sabe usted muy bien, sólo se alistan los caballeros y hombres de honor.

-Le agradezco su información y beso sus manos, señor arquero -dijo Crèvecoeur en el mismo tono zumbón-. Tenga la bondad de cabalgar junto a mí para ponernos al frente de la partida.

Al avanzar Quintín obedeciendo al conde, que tenía ahora el poder, ya que no el derecho, de mandar en sus acciones, observó que lady Isabel siguió sus movimientos con una mirada ansiosa y tímida que casi rayaba en la ternura, la cual le produjo tal impresión, que sus ojos se humedecieron. Pero recordó que tenía que sostener su papel varonil ante Crèvecoeur, quien quizá, entre todos los caballeros de Francia y Borgoña, era el menos indicado para experimentar otra cosa que risa al enterarse de una verdadera pena amorosa. Determinó, por tanto, no esperar que el otro le hablara, sino abrir, desde luego, la conversación en un tono que trasluciese su derecho a ser bien tratado y a más respeto de lo que el conde, ofendido quizá de encontrar a una persona de categoría tan inferior merecer tan de cerca la confianza de su noble y rica sobrina, parecía dispuesto a guardarle.

-Mi señor conde de Crèvecoeur -dijo en tono de voz moderado, pero firme-, ¿puedo rogarle me diga, antes de que prosigamos juntos, si me encuentro en libertad o me tengo que considerar prisionero suyo?

Librodot

-Cuestión peliaguda -replicó el conde-, que ahora sólo puedo contestar con otra pregunta: ¿Están Francia y Borgoña, a tu juicio, en paz o en guerra entre sí?

-Eso -replicó el escocés- usted, señor mío, lo sabrá ciertamente mejor que yo. He estado ausente de la corte de Francia, y desde hace tiempo carezco de noticias.

-Fíjate, pues -dijo el conde-, lo fácil que es hacer preguntas, pero lo difícil que es contestar a ellas. Yo mismo, que he estado en Peronne con el duque durante esta semana, no puedo resolver este acertijo mejor que tú, y, sin embargo, señor escudero, de la respuesta a esa pregunta depende el mencionado extremo de saber si eres hombre libre o estás prisionero, y por el momento debes considerarte en esta última condición. Sólo si has servido leal y honradamente a mi parienta y eres franco para responder a las preguntas que haga, las cosas mejorarán para ti.

-La condesa de Croye -dijo Quintín- es el mejor juez de los servicios que haya yo podido prestarle, y a ella debe dirigirse para conocerlos. De mis respuestas juzgará usted cuando me haga preguntas.

-Bastante orgulloso -murmuró el conde de Crèvecoeur-, como persona que goza del favor de una dama y cree que debe mostrarse altanero para honrarla. Bien, señor, espero no creo sea degradante para tu dignidad el que me respondas a esta pregunta: ¿Cuánto tiempo llevas cerca de lady Isabel de Croye?

-Conde de Crèvecoeur -dijo Quintín Durward-, si contesto a preguntas hechas en tono próximo al insulto, es sólo ante el temor de que con mi silencio se saquen deducciones injuriosas respecto de persona a quien ambos estamos obligados a hacer justicia. He actuado de guardián de lady Isabel desde que dejó Francia para retirarse a Flandes.

-¡Ah! -dijo el conde- ¿Esto quiere decir desde que huyó de Plessis-les-Tours? ¿Tú, arquero de la Guardia escocesa, la acompañastes por orden expresa del rey Luis?

Aunque Quintín no se considerase muy obligado al rey Luis que, al imaginar la sorpresa de la condesa Isabel por Guillermo de la Marck, había probablemente descontado que el joven escocés sería muerto al intentar defenderla, no se consideró en libertad para traicionar ninguna prueba de confianza que Luis hubiese puesto en él, y por eso replicó a la pregunta del conde de Crèvecoeur «que a él, le bastaba tener la autorización de su jefe para hacer lo que había hecho, y que no preguntó nada más.»

-Es suficiente -dijo el conde-. Sabemos que el rey no permite a sus oficiales que envíen a los arqueros de su Guardia a actuar de paladines de damas errantes a no ser que le guíe algún fin político. Le será difícil al rey Luis continuar declarando tan descaradamente que ignoraba se hubiesen escapado de Francia las damas de Croye, desde el momento en que fueron escoltadas por un soldado de su propia Guardia. ¿Y hacia dónde, señor arquero, dirigisteis vuestros pasos?

-A Lieja, señor -contestó el escocés-, donde las señoras esperaban acogerse a la protección del difunto obispo.

Librodot

-¿Del *difunto* obispo? -exclamó el conde de Crèvecoeur-. ¿Ha muerto Luis de Borbón? Ni una sola palabra de su enfermedad ha llegado a noticias del duque. ¿De qué ha muerto?

-Duerme en una fosa sangrienta, señor; esto es, si sus asesinos han concedido alguna a sus restos.

-¡Asesinado! -exclamó Crèvecoeur de nuevo-. ¡Santa Madre de Dios! ¡Joven, es imposible!

-Presencié por mí mismo el hecho y otros muchos actos de horror.

-¡Lo presenciaste! ¿Y no hiciste nada para auxiliar al prelado?- exclamó el conde-. ¿O para animar a los servidores del castillo a que atacasen a los asesinos? ¿No sabes que el presenciar semejante hecho, sin oponerse a él, es un sacrilegio?

-Antes de realizarse el hecho, señor -dijo Durward-, el castillo fué asaltado por el sangriento Guillermo de la Marck, ayudado por los insurgentes de Lieja.

-¡Estoy asombrado! -dijo Crèvecoeur-. ¡Lieja insurreccionada! ¡Schonwaldt tomado! ¡El obispo asesinado! ¡Mensajero de tristezas, nunca un hombre aportó noticias tan desconsoladoras! Habla; ¿sabías algo de ese asalto, de esa insurrección de ese asesinato? Habla; eres uno de los arqueros de confianza del rey Luis, y es él quien ha apuntado esta dolorosa flecha. ¡Habla o te mandaré descuartizar por caballos salvajes!

-Aunque sea así descuartizado, señor, no puedo decir más de lo que sé como corresponde a un verdadero caballero escocés. No sé más de esas villanías que usted; he estado tan distante de ser copartícipe de ellas, que hubiera hecho frente a las mismas con toda mi energía. ¿Pero qué podía hacer? Eran cientos y yo estaba solo. Mi única preocupación fué rescatar a la condesa Isabel, y eso felizmente lo conseguí. Sin embargo, si hubiese estado lo bastante próximo cuando se cometió el hecho rufianesco, hubiera vengado al anciano; y de todos modos, mi protesta fué lo bastante ostensible para prevenir otros horrores.

-Te creo, joven -dijo el conde-; no tienes ni edad ni carácter para confiarte esa misión sangrienta, aunque sirvas para ser escudero de damas. Mas ¡qué lástima! ¡Haber sido asesinado prelado tan amable y generoso en el mismo local donde tan a menudo agasajaba al extranjero con caridad cristiana y munificencia de príncipe! ¡Y por ese monstruo! ¡Prodigio de crueldad! ¡Criado en el mismo *hall* en que ha manchado sus manos en la sangre de su bienhechor! Pero no conocería a Carlos de Borgoña; hasta dudaría de la justicia del cielo si la venganza no es tan fulminante y severa como esta villanía se merece. Y si nadie persigue al asesino -aquí se detuvo, empuñó su espada y, soltando las riendas, golpeó con ambas manos, provistas de manoplas, su pecho hasta hacer crujir corselete, y, finalmente, las elevó hacia el cielo, mientras continuaba solemnemente-: ¡Yo, yo, Felipe de Crèvecoeur de Cordés, hago un voto a Dios, a San Lamberto y a los Tres Reyes de Colonia, que poco me interesaré por los asuntos terrenos hasta que tome venganza plena de los asesinos del buen Luis de Borbón, bien los encuentre en el bosque o en el campo, en la ciudad o en despoblado, en monte o llano, en corte de rey o en la iglesia de Dios! Y para ello

comprometo tierras y rentas, amigos y partidarios, vida y honor. ¡Ayudadme, pues, Dios y San Lamberto de Lieja, y los Tres Reyes de Colonia!

Cuando el conde de Crèvecoeur hubo hecho su promesa pareció algo aliviado su espíritu de la abrumadora pena y asombro que la noticia de la tragedia de Schonwaldt le había producido, y procedió a interrogar a Durward más minuciosamente sobre los detalles de ese asunto tan desgraciado, que el escocés, deseoso de aumentar el espíritu de venganza que el conde sentía contra Guillermo de la Marck, le dió con toda amplitud.

-Pero esos vecinos de Lieja, ciegos, inconstantes, infieles, bestias, ¡parece mentira que se hayan podido combinar con este inexorable ladrón y asesino para asesinar a su príncipe legítimo!

Durward informó al borgoñés que los de Lieja, o, por lo menos, los de superior categoría social, aunque habían secundado con rapidez la rebelión contra su obispo, no tenían intención, o por lo menos así le parecía a él, de ayudar a la execrable hazaña de De la Marck, sino que, al contrario, lo hubieran evitado de haber contado con medios para ello, y se aterrorizaron cuando lo presenciaron.

-¡No me hables de la plebe, infiel o inconstante! -dijo Crèvecoeur-. Cuando cogen las armas contra un príncipe, que no tiene más falta que la de ser demasiado amable y demasiado bueno con esos desagradecidos esclavos; cuando se arman contra él, e irrumpen en su casa pacífica, ¿qué intención podía animarles sino el asesinato?; cuando se alían con el Jabalí Salvaje de las Ardenas, el mayor homicida en los pantanos de Flandes, ¿qué otro fin podía guiarles sino el asesinato, que es el verdadero objeto de su vida? Me gustaría ver los pedazos de sus cuerpos chorreando sangre a la luz de sus casas incendiadas. ¡Oh! ¡El lord noble y generoso a quien han asesinado! Otros vasallos se han rebelado contra la presión de los impuestos y de la penuria; pero no se concibe en los hombres de Lieja, que nadan en la abundancia.

De nuevo abandonó las riendas de su corcel y se retorció, las manos, enrabiado. Quintín se percató fácilmente que la pena que le manifestaba resultaba aumentada por el amargo recuerdo de su antiguo trato y amistad con la víctima, y permaneció callado, respetando sentimientos que no deseaba aumentar y, al mismo tiempo, comprendía no podía consolar.

Pero el conde de Crèvecoeur volvía una y otra vez al tema: le preguntaba cada detalle de la sorpresa de Schonwaldt y de la muerte del obispo; y entonces, repentinamente, como si hubiese recordado algo que se le había olvidado, preguntó qué había sido de lady Hameline y por qué no estaba con su pariente.

-No es -añadió despreciativamente- que considere su ausencia como una pérdida para la condesa Isabel, pues aunque sea su tía y en general una mujer de distinción, sin embargo, la corte de Cocagne no produjo nunca una tonta mayor, ¡y doy por seguro que su sobrina, a quien siempre consideré como joven modesta y ordenada, se metió en la absurda aventura de huir de Borgoña, a Francia por esa idiota romántica, vieja, casamentera y que desea casarse!

¡Qué discurso para ser escuchado por un amante romántico!, y más cuando hubiera sido en él ridículo intentar lo que era imposible lograr, a saber: el convencer al conde

Librodot

por la fuerza de las armas que injuriaba a la condesa, la sin igual en inteligencia y belleza, al llamarla joven, modesta y ordenada, cualidades que podían haberse aplicado con justicia a la hija de un labriego, tostada por el sol, que viniese cuidando el ganado mientras su padre manejaba el arado. ¡Y suponerla además bajo la dominación y guía suprema de una tía tonta y romántica! La calumnia debía tragársela el calumniador. Pero la fisonomía franca, aunque severa, del conde de Crèvecoeur, el desprecio total que parecía tener por esos sentimientos, que eran los dominantes en el pecho de Quintín, le intimidaron no por temor a la fama que el conde tenía en el manejo de las armas -ése era un riesgo que hubiera aumentado su deseo de lanzar un desafío-, sino por miedo al ridículo, arma la más temida por los entusiastas en general, y que, por su predominio sobre tales espíritus, a menudo refrena lo que es absurdo, y otras veces ahoga lo que es noble.

Bajo la influencia de este temor de llegar a ser un objeto más de desprecio que de resentimiento, Durward, aunque con alguna pena, limitó su respuesta a un relato embrollado de la huída de lady Hameline del castillo de Schonwaldt antes del ataque del mismo. No podía aclarar mucho la historia sin proyectar el ridículo sobre la parienta de Isabel, y quizá incurriendo él mismo en alguno, por haber sido el blanco de sus esperanzas absurdas. Añadió que tenía noticia vaga de haber caído de nuevo lady Hameline en manos de Guillermo de la Marck.

-Confío en San Lamberto que él se casará con ella -dijo Crèvecoeur-, ya que él es muy capaz de eso por sus talegas de monedas, así como es muy probable que le machaque la cabeza tan pronto como se haya apoderado de ellas.

El conde procedió entonces a preguntar tantas cuestiones respecto a la conducta observada por ambas damas durante el viaje, el grado de intimidad en que se mostraron con Quintín y otros detalles exasperantes, que, vejado, avergonzado y disgustado, el joven apenas fué capaz de ocultar su embarazo al avispado cortesano y soldado, que pareció de pronto dispuesto a despedirse de él, diciéndole al mismo tiempo:

-Veo que es cierto lo que me supuse, por lo menos de una parte; espero que la otra parte habrá tenido más juicio. Ven, señor escudero, y quédate en vanguardia, mientras yo me vuelvo para hablar con lady Isabel. Me parece que me he enterado por tu mediación de tantas cosas, que puedo hablarla de estas tristes cuestiones sin dañar su delicadeza, aunque he irritado un poco la tuya. Quédate aún, joven galante; una palabra antes de separarnos. Debes haber tenido, por lo que me imagino, un feliz viaje por tierras de quimeras; todas llenas de heroicas aventuras, muchas esperanzas y grandes ilusiones, como los jardines de Morgaine el Hada. Olvídalo todo, joven soldado -añadió, golpeándole en el hombro-; recuerda sólo aquella dama como a la honorable condesa de Croye; olvídala en su calidad de dama errante y aventurera. Y sus amigos -de uno de ellos respondo- recordarán, por su parte, sólo los servicios que le has prestado; y olvida la irrazonable recompensa que has tenido el atrevimiento de proponerte a ti mismo.

Indignado por haber sido incapaz de ocultar al sagaz Crèvecoeur sentimientos que el conde tomaba a broma, Quintín replicó:

Librodot

-Señor conde, cuando quiera consejo de usted, lo pediré; cuando quiera ayuda de usted, será la ocasión de concederlo o rehusarlo; cuando aprecie de un modo particular su opinión sobre mí, será la ocasión de expresarla.

-¡Hola! -dijo el conde-. Me he interpuesto entre Amadís y Oriana, y debo esperar quizá un desafío.

-Habla como si eso fuera imposible -dijo Quintín-. Cuando me opuse al duque de Orleáns, fué contra una persona por la que corre mejor sangre que la de Crèvecoeur. Cuando medí mi espada con Dunois, peleé con mejor guerrero.

-¡Joven gentil! -dijo Crèvecoeur, aun riéndose del enamorado-. Si hablas verdad, has tenido mucha suerte en este mando; y si la Providencia ha permitido que te veas en pruebas semejantes sin pelo de barba, te vas a volver muy vanidoso antes de que llegues a hombre formal. No puedes despertar mi cólera, aunque sí mi buen humor. Créeme: aunque hayas luchado con príncipes y actuado de campeón con condesas, por veleidades de la fortuna, no eres en modo alguno igual a ninguno de esos de los que has sido adversario casual o compañero del momento. Se comprende que como joven que ha leído romances, te imagines un paladín y te forjes sueños bonitos; pero no debes enfadarte con un amigo de buena intención porque a veces te sacuda por los hombros para despertarte.

-Señor de Crèvecoeur -dijo Quintín-, mi familia...

-No hablaba para nada de familia -dijo el conde-, sino de rango, fortuna, alta posición y demás cosas que establecen las distancias entre las personas. Por nacimiento, todos los hombres descendemos de Adán y Eva.

-Señor conde -replicó Quintín-, mis antepasados los Durwards de Glen-Houlakin...

-Bien -dijo el conde-; si pretendes mejor descender de ellos que de Adán, lo mismo me da. Buenas tardes.

Volvió grupas a su caballo y se unió a la condesa, a quien sus insinuaciones y consejos, aunque bien intencionados, resultaron aun más desagradable que al propio Quintín, el cual, a medida que proseguía su marcha, se decía para su capote:

«¡Mequetrefe, insolente y presuntuoso! ¡Ojalá el primer arquero escocés que tenga su arcabuz apuntado hacia ti no te deje marchar con la facilidad con que yo lo hice.»

Por la tarde llegaron a la población de Charleroi, sobre el Sambre, donde el conde de Crèvecoeur había determinado dejar a la condesa Isabel, a quien el terror y la fatiga del día anterior, y las diversas sensaciones deprimentes que experimentó en el transcurso del mismo, la imposibilitaban para seguir viajando sin riesgo para su salud. El conde la confió, en estado de gran agotamiento, al cuidado de la abadesa de un convento cisterciense, en Charleroi, noble dama con quien estaban emparentadas las familias de Crèvecoeur y Croye, y en cuya prudencia y amabilidad podía confiar.

El propio Crèvecoeur sólo se detuvo para recomendar la máxima cautela al gobernador de una pequeña guarnición borgoñesa que estaba en el lugar, y le mandó también que montase una guardia de honor en el convento durante la residencia de la

condesa Isabel de Croye: aparentemente, para protegerla; pero quizá, en el fondo, para impedir que intentase escapar. El conde sólo alegó como motivo para que la guarnición estuviese vigilante, ciertos rumores confusos que había oído sobre disturbios en el obispado de Lieja. Pero estaba decidido a ser él en persona el que llevase la impresionante noticia de la insurrección y asesinato del obispo, en toda su horrible realidad, al duque Carlos; y para ese fin, habiéndose procurado caballos de repuesto para él y su séquito, montó con el propósito de continuar su viaje a Peronne sin detenerse para descansar, e informando a Quintín Durward que debía acompañarle, expresó al mismo tiempo su sentimiento por separarle de compañera tan agradable, aunque esperaba que, para escudero tan devoto de damas, un viaje de noche, a la luz de la luna, sería más agradable que echarse boca arriba para dormir como cualquier mortal.

Quintín, ya suficientemente afligido al ver que tenía que partir sin Isabel, deseó contestar a este vituperio con un desplante; pero conocedor de que el conde sólo se reiría de su cólera y despreciaría su desafío, resolvió esperar a tiempos mejores, en que podría encontrar oportunidad de resarcirse de las ofensas de este orgulloso señor, quien, aunque por razones diferentes, se le había hecho tan odioso como el propio Jabalí Salvaje de las Ardenas. Asintió, pues, a la proposición de Crèvecoeur, ya que no le quedaba opción para rehusar, y siguieron juntos, con toda la velocidad que pudieron, el camino entre Charleroi y Peronne.

Capítulo XXV

El huésped no invitado

Ninguna cualidad
humana está tan bien tejida
De trama y urdimbre, que no presente una marra:
He conocido a un hombre valiente huir
ante un perro de ganado.
El hombre astuto y de mundo teje sus propias redes
Tan finas, que a menudo es cogido en ellas
Ant
igua Comedia.

Quintín, durante la primera parte de su viaje nocturno, tuvo que luchar con ese amargo dolor de corazón que se siente cuando un joven se separa, y probablemente para siempre, de la amada. Mientras tanto, acuciados por la urgencia del momento y la impaciencia de Crèvecoeur, recorrían veloces las feraces tierras de Hainault, bajo la

Librodot

luz de una hermosa luna llena, que alumbraba ricos pastos, bosques y campos de trigo, en donde los campesinos se aprovechaban de aquélla para recoger el grano: tal era la laboriosidad de los flamencos aun en aquel período; brillaba la luna sobre anchos y fertilizantes ríos, por los que se deslizaban las blancas velas de los barcos comerciales, cuyo curso no interrumpían ni rocas ni torrentes, junto a tranquilas poblaciones, cuya limpieza aparente denotaba el *confort* de sus habitantes; lucía el astro de la noche sobre los castillos feudales de barones y caballeros, con sus profundos fosos, patios almenados y altos campanarios, pues tenían fama entre los nobles de Europa los caballeros de Hainault; y su luz permitía ver a distancia las torres gigantes de más de una altiva catedral.

Por muy diferente que fuese este paisaje del agreste y árido de su país, no bastaba para distraer el ánimo de Quintín de sus pesares y tristezas. Había dejado tras de sí, en Charleroi, su corazón, y la única reflexión que el viaje le inspiraba era que cada paso le alejaba de Isabel. Su imaginación se consolaba recordando cada palabra hablada, cada mirada que ella le había dirigido; y como sucede frecuentemente en tales casos, la impresión que el recuerdo de esos detalles le producía era aun mayor que el de las mismas realidades.

Por fin, después de medianoche, a pesar del amor y de la pena, la extrema fatiga que Quintín había sufrido los dos días precedentes comenzó a manifestarse en él, a quien sus hábitos de ejercicio de todo género y su singular viveza y actividad de carácter, junto con la naturaleza dolorosa de las reflexiones que ocupaban sus pensamientos, habían impedido hasta ahora experimentar. Las ideas de su espíritu comenzaron a ser tan poco corregidas por los esfuerzos de sus sentidos, amortiguados como estaban por la extrema fatiga, que las visiones que embargaban al primero reemplazaban o pervertían la información aportada por los embotados órganos de la vista y del oído, y Durward sólo se percataba que seguía despierto por los esfuerzos que, sensible del peligro de su situación, hacía de vez en cuando para resistir caer en profundo y mortal sueño. En ocasiones, percatándose del riesgo de caer del caballo o junto con él, volvía a momentos de lucidez; pero pronto sus ojos se cerraban con confusas visiones de todas clases: el paisaje, alumbrado por la luna, se esfumaba, y resultaba tan dominado por la fatiga, que el conde de Crèvecoeur, observando su estado, se decidió ordenar a dos de sus acompañantes que se hiciesen cargo cada uno de una de las riendas de Durward, con el fin de prevenir que se cayese de la montura.

Cuando, por fin, llegaron a la población de Landrecy, el conde, compadeciéndose del joven, que no había dormido durante tres noches, dispuso un alto de cuatro horas para descansar y tomar alimentos.

Profundo y saludable fué el sueño de Quintín hasta el momento de ser interrumpido por el sonido de la trompeta del conde y los gritos de sus *fouriers* y heraldos:

-Debout!, debout! Messieres, en route, en route!

Por poco agradable que resonasen en sus oídos estas exclamaciones, al despertar se encontró fortalecido de cuerpo y espíritu. La confianza en sí volvió con el sol naciente. No pensó en el amor por más tiempo, como en un sueño fantástico y desesperado, sino como en un principio, noble y vigorizador, que debía acariciar en el

Librodot

fondo de su corazón, aunque nunca se propusiese, dadas las dificultades que le rodeaban, lograr alcanzarlo.

«El piloto -reflexionó- guía su embarcación por la estrella polar, aunque nunca espera llegar a poseerla, y el pensamiento de Isabel de Croye hará de mí un soldado digno, aunque no la vuelva a ver más. Cuando oiga que un soldado escocés, llamado Quintín Durward, se distinguió en un combate o dejó su cuerpo en la brecha de una fortaleza disputada, recordará al compañero de su viaje como a uno que hizo todo lo posible para frustrar las acechanzas y desgracias que le rodearon, y quizá honrará su memoria con una lágrima; su ataúd, con una corona.»

En este humor varonil para sobrellevar su desgracia, Quintín se sintió más capaz de recibir y replicar a las bromas del conde de Crèvecoeur, que le gastó algunas a propósito de su supuesta incapacidad para resistir a la fatiga. El joven escocés se acomodó tan de buen talante a las chanzas del conde y le replicó tan oportuna y respetuosamente, que el cambio de su tono y conducta hizo impresión más favorable en el conde que la que había formado durante la tarde anterior con la conducta de su prisionero, cuando, irritado por su situación, alternaba sus ratos de silencio con otros de argumentos desabridos.

El soldado veterano comenzó, por fin, a fijarse en su joven compañero y a considerarle como un individuo simpático, del que podía esperarse algo; y hasta llegó a insinuarle que si cesase como arquero de la Guardia escocesa, le recomendaría para que fuese colocado en la casa del duque de Borgoña, en empleo honroso, y que se interesaría por su porvenir. Y aunque Quintín, con expresiones adecuadas de gratitud, renunció a este favor por ahora, mientras averiguase hasta qué punto eran fundadas sus quejas contra su primer patrón, el rey Luis, quedó en términos amistosos con el conde de Crèvecoeur, y aun cuando su entusiasta manera de pensar y su modo de expresarse en idioma extranjero provocaban a menudo una sonrisa en el rostro serio del conde, esa sonrisa había perdido todo lo que tenía de sarcástica y amarga, y no rebasaba los límites del buen humor y buenos modales.

Viajando así en mejor armonía que el día anterior, la pequeña partida llegó por fin hasta dos millas de la famosa plaza fuerte de Peronne, cerca de la cual estaba acampado el ejército del duque de Borgoña, dispuesto, según se decía, a invadir Francia; y para hacerle frente, Luis XI había reunido bastantes fuerzas cerca de Saint Maxence con el fin de reducir a la razón a su vasallo poderoso.

Peronne, situada junto a profundo río, en país llano y rodeada por fuertes baluartes y profundos fosos, era tenida en Francia, en tiempos antiguos y modernos, como una de las más fuertes fortalezas[(43)]. El conde de Crèvecoeur, su acompañamiento y su prisionero se aproximaban a la fortaleza cerca de las tres de la tarde, cuando, cabalgando bajo las agradables umbrías de un gran bosque, que en aquella época cubría la llegada a la ciudad por la parte de levante, encontraron dos hombres distinguidos, como se deducía por su numeroso séquito, vestidos con trajes de los usados en tiempos de paz, y quienes, a juzgar por los halcones que llevaban en sus muñecas y el número de lebreles y sabuesos que llevaban sus servidores, estaban dedicados al deporte de la cacería con halcones. Pero al ver a Crèvecoeur, al que

Librodot

parecían conocer bien, abandonaron la busca que hacían de una garza a lo largo de las orillas de un largo canal, y se dirigieron al galope hacia él.

-¡Noticias, noticias, conde de Crèvecoeur! -gritaron ambos a una-. ¿Nos dará noticias o las recibirá? ¿O cambiamos unas por otras?

-Las cambiaré, caballeros -dijo Crèvecoeur después de saludarles cortésmente-, si puedo llegar a concebir que tengan noticias de suficiente importancia para rivalizar con las mías.

Los dos *sportmen* se miraron y sonrieron, y el mayor de los dos, de figura varonil y elegante, de rostro moreno, en el que aparecía reflejada esa tristeza que algunos fisonomistas atribuyen a los temperamentos melancólicos, y otros, como el escultor italiano auguró del rostro de Carlos I, consideran cual anuncio de muerte desgraciada (44), volviéndose hacia su compañero, dijo:

-Crèvecoeur ha estado en Brabante, el país del comercio, y ha aprendido todas sus artimañas; será muy duro con nosotros si nos metemos a negociar.

-Messires -dijo Crèvecoeur-, el duque debe, en justicia, poseer los géneros el primero, así como el señor cobra su portazgo antes de comenzar el mercado. Pero díganme: ¿son sus noticias de carácter triste o alegre?

La persona a quien particularmente se dirigía era un hombre animado, con mirada muy viva, que aparecía corregida por una expresión de gravedad y reflexión en su boca y labio superior; el conjunto de su fisonomía indicaba un hombre que veía y juzgaba rápidamente, pero que era lento y prudente en formar resoluciones o en expresar opiniones. Era el famoso caballero de Hainault, hijo de Collart, o Nicolás de l'Elite, conocido en la historia y entre los historiadores por el venerable nombre de Felipe des Comines, por entonces muy ligado con la persona del duque Carlos *el Temerario* (45), y uno de sus consejeros más estimados. Contestó a la pregunta de Crèvecoeur relativa a la naturaleza de las noticias de las que él y su compañero el barón D'Hymbercourt eran depositarios:

«Que eran como los colores del arco iris, de matices diferentes, según se las contemplase desde distintos puntos de vista y se proyectasen sobre un cielo obscuro o de fondo claro. Semejante arco iris nunca fué visto en Francia o Flandes desde el arca de Noé.»

-Mis nuevas -replicó Crèvecoeur- se asemejan a un cometa: espantosas, salvajes y terribles en sí, deben considerarse como anticipos de males aun mayores y más temibles que han de suceder.

-Debemos destapar nuestro fardo -dijo Comines a su compañero-, o nuestra mercancía va a ser descubierta por algún nuevo recién llegado, pues nuestra noticia es de carácter público. En una palabra, Crèvecoeur, escuche y asómbrese: ¡el rey Luis está en Peronne!

-¡Cómo! -dijo el conde, atónito-. ¿Se ha retirado el duque sin pelear? ¿Y usted permanece aquí con su traje de tiempo de paz, después que la ciudad está sitiada por los franceses? Pues no puedo suponer que ha sido tomada.

Librodot

-No, seguramente -dijo D'Hymbercourt-; los estandartes de Borgoña no han retrocedido un solo paso, y, sin embargo, el rey Luis está aquí.

-Entonces, Eduardo de Inglaterra debe de haber venido del otro lado de los mares con sus arqueros -dijo Crèvecoeur- y, como sus antepasados, ganado una segunda batalla de Poitiers.

-Tampoco -dijo Comines-. Ni un solo estandarte francés ha sido abatido, ni una vela desplegada desde Inglaterra, en donde Eduardo se encuentra muy divertido entre las viudas de los ciudadanos de Londres para pensar en jugar al Príncipe Negro. Escuche la verdad extraordinaria. ¿Recuerda que cuando nos dejó, la conferencia entre los representantes de Francia y Borgoña fué interrumpida, sin que se vislumbrase reconciliación alguna?

-Es cierto, y sólo veíamos la guerra en perspectiva.

-Lo que ha sucedido se parece tanto a un sueño -dijo Comines-, que casi espero despertar y encontrar que es así. Hacía sólo un día que el duque había protestado en consejo tan furiosamente contra todo ulterior retraso, que se resolvió a enviar un desafío al rey y marchar en seguida contra Francia. Comisionado para ese fin Toison d'Or, se había puesto en traje oficial y tenía ya el pie en el estribo para montar su caballo, cuando el heraldo francés Mont-Jove entró a caballo en nuestro campamento. Sólo se nos ocurrió que Luis se había adelantado a nuestro desafío, y comenzamos a pensar lo mucho que el duque sentiría el consejo, que le había hecho desistir de ser el primero en declarar la guerra. Reunido aprisa un consejo, ¡cuál no fué nuestra sorpresa cuando el heraldo nos informó que el rey Luis de Francia se hallaba escasamente a una hora de marcha a caballo intentando visitar a Carlos, duque de Borgoña, con una pequeña escolta, con el objeto de que sus diferencias se allanasen en una entrevista personal!

-Me sorprenden ustedes, caballeros -dijo Crèvecoeur-, y, sin embargo, me sorprenden menos de lo que esperaba, pues cuando estuve últimamente en Plessis-le-Tour, el fiel cardenal Balue, ofendido con su amo, y borgoñés de corazón, me insinuó que podía actuar de tal modo sobre el lado flaco de Luis hasta inducirle a colocarse en tal posición respecto a Borgoña, que el duque podría hacer que fuesen a su gusto las condiciones de paz. Pero nunca sospeché que zorro tan viejo como Luis hubiese podido ser inducido a caer en la trampa por su propio acuerdo. ¿Qué dijeron los consejeros borgoñeses?

-Como puede adivinar -contestó D'Hymbercourt-, hablaron mucho de la lealtad con que había que obrar y poco de las ventajas que podían sacarse de dicha visita, aunque era visible que sólo se preocupaban de esta última y estaban ansiosos de encontrar algún medio de reconciliarla, con la necesaria fórmula para conservar las apariencias.

-¿Y qué dijo el duque? -continuó el conde de Crèvecoeur.

-Habló breve y decidido, como tiene costumbre -replicó Comines-. ¿Quién de vosotros -preguntó- presenció el encuentro de mi primo Luis y yo después de la batalla de Montl'hery [(46)], cuando fuí tan incauto que lo acompañé hasta dentro de los atrincheramientos de París con media docena de acompañantes, poniendo así mi persona a la disposición del rey? Yo contesté que la mayoría de nosotros había estado

Librodot

presente, y ninguno podrá nunca olvidar la alarma que entonces experimentamos. Bien, dijo el duque; me censurasteis mi locura, y reconocí ante vosotros que había obrado como un niño atolondrado; y también sé que al vivir mi padre, de feliz memoria, como entonces vivía, mi pariente Luis hubiera sacado menos ventaja apoderándose de mi persona que la que podría yo sacar aprisionándole ahora. Pero, no obstante, si mi real pariente viene en esta ocasión con la misma nobleza de corazón bajo la cual entonces obré yo, será bien recibido. Si pretende, bajo esta apariencia de confianza, enredarme y ofuscarme para poder realizar alguno de sus planes políticos, ¡por San Jorge de Borgoña, que lo intente! Y atusándose los bigotes, nos ordenó a todos que montásemos nuestros caballos para recibir a huésped tan extraordinario.

-¿Y salieron todos ustedes al encuentro del rey? -preguntó el conde-. ¡Los milagros no han cesado! ¿De quién iba acompañado?

-Por muy poca gente -contestó D'Hymbercourt-: sólo por veinte o cuarenta de sus guardias escoceses y unos pocos caballeros de su casa, entre los que el astrólogo Galeotti era la figura más divertida.

-Ese individuo -dijo Crèvecoeur- tiene alguna confianza con el cardenal Balue. No me sorprendería que hubiese en parte influído para decidir al rey a dar este paso de política dudosa. ¿Y de nobleza de mayor rango?

-Estaban monsieur de Orleáns y Dunois -replicó Comines-. Pero ¿habrá oído decir que ambos estaban en desgracia y reducidos a prisión?

-Estuvieron ambos arrestados en el castillo de Loches, ese delicioso lugar de retiro de la nobleza francesa -dijo D'Hymbercourt-; pero Luis les ha puesto en libertad para que le acompañasen ahora, quizá porque no le convenía dejar atrás a Orleáns. De sus otros acompañantes, el capitán preboste, con dos o tres de su séquito, y Oliver, su barbero, quizá sean los más importantes; y todo el grupo tan mal vestido, que el rey se asemejaba a un viejo usurero que marchaba a cobrar deudas difíciles acompañado por una partida de alguaciles.

-¿Y dónde están alojados? -dijo Crèvecoeur.

-Eso es lo más maravilloso de todo -replicó Comines-. Nuestro duque se prestaba a confiar a los arqueros de la guardia del rey una de las puertas de la ciudad y un puente de barcas sobre el Somme, y asignar a Luis la casa contigua, que pertenecía a un burgués opulento, Giles Orthen; pero al ir allí, el rey divisó los estandartes de De Lau y Pencil de Rivière, a quienes había desterrado de Francia, y, asustado, al parecer, con la idea de alojarse tan próximo a los refugiados y descontentos por culpa suya, deseó ser alojado en el castillo de Peronne, y *allí* se le ha proporcionado alojamiento.

-¡Dios bendito! -exclamó Crèvecoeur- ¡Esto no sólo es meterse en la jaula del león, sino poner su cabeza entre sus propias garras!

-D'Hymbercourt no le ha dicho el discurso de Le Glorieux[(47)], que, a mi parecer, es la opinión más sagaz que se ha dado.

-¿Y qué dice *su* ilustrísima sabiduría? -preguntó el conde.

Librodot

-Como el duque -replicó Comines- dispusiese que a toda prisa se preparasen objetos artísticos para ser ofrecidos al rey y su séquito, para celebrar su llegada, dijo Le Glorieux: «No te calientes la cabeza, amigo Carlos: daré a tu primo Luis un regalo más noble y adecuado del que tú puedas hacerle, y es mi gorro y campanillas, pues es mayor tonto que yo al ponerse en tu poder.» «Pero ¡si no le doy motivo para arrepentirse de ello!», dijo el duque. «Entonces, Carlos, el gorro debes ponértelo tú, por ser el mayor tonto de los tres.» Le aseguro que esta cuchufleta del bufón le llegó a lo hondo al duque: le vi cambiar de color y morder su labio. Y ahora que hemos dado nuestras noticias, noble Crèvecoeur, ¿a qué le parece se asemejan?

-A una mina cargada con pólvora de cañón -contestó Crèvecoeur-, a la que, mucho me temo, es mi sino arrimar la mecha encendida. Las noticias de ustedes y la mía son como mecha y fuego que no pueden encontrarse sin producir llama, o como ciertas substancias químicas que no pueden mezclarse sin que se produzca una explosión. Amigos, caballeros, cabalgad junto a mí, y cuando sepan ustedes lo que ha sucedido en el obispado de Lieja, me parece que compartirán conmigo la opinión de que el rey Luis podía haber emprendido con mayor margen de seguridad una peregrinación a las regiones infernales, que esta visita inoportuna a Peronne.

Los dos nobles se colocaron a ambos costados del conde, y escucharon, con exclamaciones medio contenidas y gestos del más profundo asombro e interés, su relato de lo ocurrido en Lieja y Schonwaldt. Fué luego llamado Quintín, y examinado y vuelto a examinar sobre los detalles de la muerte del obispo, hasta que al fin se negó a contestar a más interrogatorios, ignorando por qué se los hacían o qué empleo podía hacerse de sus respuestas.

Llegaron por fin a las ricas orillas del Somme, y a las antiguas murallas de la pequeña población de Peronne la Pucelle, y las praderas contiguas, de un verde obscuro, aparecían blancas, con las numerosas tiendas del ejército del duque de Borgoña, que sumaba unos quince mil hombres.

FIN DEL SEGUNDO TOMO

Tomo III y último

Capítulo XXVI

La entrevista

Cuando se reúnen
los príncipes, los astrólogos deben señalar el hecho,
Cual fatídica conjunción, llena de
presagios,
Como la de Marte con Saturno.

Antigua comedia.

No sabe uno a ciencia cierta si considerar como un privilegio o una condena inherente a la cualidad de príncipes el que, en su trato mutuo, deben, por el respeto debido a su rango y dignidad, regular sus sentimientos y expresiones mediante una severa etiqueta, que excluye toda violencia y demostración manifiesta de pasión, y la cual podía pasar por profundo disimulo de no saber todo el mundo que esta afectada complacencia es cuestión de ceremonia. Lo que sí es positivo es que el rebasar estos límites en las ceremonias, con el fin de dar rienda suelta a sus coléricas pasiones, tiene el efecto de comprometer su dignidad ante el mundo en general, como pudo observarse cuando aquellos distinguidos rivales Francisco I y el emperador Carlos desearon dirimir sus diferencias mano a mano, en singular combate.

Carlos de Borgoña, el más ligero e impaciente, el príncipe más imprudente de su tiempo, se encontró, sin embargo, cohibido dentro del mágico círculo que le prescribía la más profunda deferencia con Luis, como su soberano y señor, que se había dignado conferirle, vasallo de su corona, el distinguido honor de una visita personal. Ataviado con su manto ducal, y acompañado de sus altos empleados y principales nobles y caballeros, salió en brillante cabalgata a recibir a Luis XI. Su comitiva lucía con el oro y la plata que ostentaba, pues exhausta la riqueza de la corte de Inglaterra por las guerras con York y Láncaster, y limitado el gasto de la de Francia por la economía que practicaba su soberano, quedaba la de Borgoña como la más magnífica de Europa en aquel tiempo. El *cortège* de Luis, por el contrario, era poco numeroso y comparativamente humilde de apariencia, y el aspecto del mismo rey, en casaca raída, con su acostumbrado sombrero viejo y alto lleno de imágenes, hacían más evidente el contraste, y cuando el duque, ricamente ataviado con la corona y el mando de corte, se apeó de su noble corcel y, arrodillándose sobre una rodilla, se ofreció a sostener el estribo mientras Luis desmontaba de su pequeño caballo, el efecto fué casi grotesco.

El saludo entre los dos potentados estuvo, como era natural, lleno de afectada amabilidad, por lo mismo que estaba totalmente desprovisto de sinceridad. Pero el temperamento del duque hacían mucho más difícil para él el conservar las necesarias apariencias, en voz, modo de hablar y modales, mientras en el rey todo disimulo y fingimiento parecían formar parte tal de su naturaleza, que aquellos más familiarizados con él no hubieran podido distinguir lo fingido de lo real.

Quizá la comparación más exacta, de no ser indigna de esos dos altos potentados, sería suponer al rey en la situación de un forastero, conocedor perfecto de las costumbres y disposiciones de la raza canina, el cual, para algún fin suyo, desea hacer amistad con un grande y fiero mastín, al que le es sospechoso y que está dispuesto a acometerle a los primeros síntomas, bien de desconfianza o de resentimiento. El mastín gruñe en su fuero interno, se la ponen los pelos de punta, enseña los dientes y, sin embargo, se avergüenza de precipitarse sobre el intruso, que resulta ser, a la vez, persona tan amable y de tanta confianza que el animal soporta avances que no le tranquilizan en modo alguno, vigilando al mismo tiempo la menor oportunidad que pueda justificar a sus propios ojos el coger a su amigo por el cuello.

Librodot

El rey se percató, sin duda, por la voz alterada, modales contenidos y gestos bruscos del duque, que el juego que tenía que jugar era delicado, y se arrepintió quizá más de una vez por haberlo emprendido. Pero era ya tarde para el arrepentimiento y sólo le restaba ejercitar esa inimitable destreza en el proceder que el rey entendía tan bien como el que más.

La conducta que Luis empleó con el duque recordaba ese amable desbordamiento del corazón en momentos de sincera reconciliación con un amigo honorable y seguro, del que se ha visto distanciado por circunstancias temporales, ya pasadas y olvidadas tan pronto desaparecidas. El rey se censuró a sí mismo por no haber antes realizado el paso decisivo de convencer a su amable y buen pariente, con la muestra de confianza que ahora le otorgaba, de que se habían borrado de su recuerdo los disgustos pasados habidos entre ellos, que estaban contrapesados por la amabilidad con que le recibió cuando estuvo desterrado de Francia e indispuesto con su padre el rey. Habló del buen duque de Borgoña, como se solía llamar a Felipe, el padre del duque Carlos, y recordó mil ejemplos de su paternal amabilidad.

-Creo, primo -dijo-, que tu padre nos venía a querer por igual a ambos, pues recuerdo que cuando por un accidente me extravió en una partida de caza, encontró al buen duque regañándote por haberme dejado en el bosque, como si hubieses descuidado la salvación de un hermano mayor.

Las facciones del duque de Borgoña eran, naturalmente, duras y severas, y cuando intentaba sonreír, asintiendo cortésmente a la verdad de lo que el rey le decía, la mueca que hizo fué realmente diabólica.

-¡Príncipe de los hipócritas! -se dijo para sí-, quisiera poder recordarte cómo has correspondido a todos los beneficios de nuestra casa.

Y si los lazos de consanguinidad y gratitud -continuó el rey- no son suficientes para ligarnos, querido primo, tenemos los de nuestro parentesco espiritual, pues soy padrino de tu hija María, que es tan querida para mí como mis propias hijas, y cuando los santos (¡su sagrado nombre sea bendito!) me enviaron un pequeño fruto de bendición, que se marchitó en el período de tres meses, fué tu padre quien lo sostuvo en la pila y celebró la ceremonia del bautismo con mayor magnificencia que el propio París podía haber desplegado. ¡Nunca olvidaré la profunda e indeleble impresión que la generosidad del duque Felipe, y la tuya, mi queridísimo primo, hicieron en el corazón abatido del pobre desterrado!

-Su majestad -dijo el duque, esforzándose para dar una respuesta-, agradeció con palabras adecuadas todo lo que hizo entonces Borgoña para corresponder al honor que hacía a su príncipe.

-Recuerdo las palabras a que te refieres, querido primo -dijo el rey sonriendo-; me parece que fueron que para corresponder al beneficio recibido, yo, pobre caminante, no tenía nada que ofrecer, excepto mi persona, la de mi esposa y la de mi hijo. Bien, me parece que desde entonces he correspondido con creces a aquel beneficio.

-No deseo contradecir lo que su majestad declara -dijo el duque-, pero...

Librodot

-¿Pero preguntas cómo mis acciones han estado acordes con mis palabras? -dijo el rey interrumpiéndole-. Fíjate en esto: el cuerpo de mi hijo Joaquín yace en tierra de Borgoña; esta misma mañana he colocado a mi persona bajo tu poder y sin reservas; respecto a la de mi esposa, no insistirás en que mantenga mi palabra en ese particular considerando el período de tiempo que ha pasado. Nació el día de la bendita Anunciación (se santiguó al decir esto y murmuró un *Ora pro nobis*) hace cincuenta años; pero no está más allá de Reims, y si insistes en que mi promesa sea cumplida al pie de la letra, aguardará lo que te parezca bien.

Irritado como el duque de Borgoña estaba con este insolente intento del rey para adoptar con él un tono de amistad e intimidad, no pudo por menos de reír ante esta respuesta fantástica de aquel singular monarca, y su risa fué tan disonante como los tonos abruptos de pasión con que a menudo hablaba. Habiendo reído más alto y por más tiempo de lo que en ese período se hubiera juzgado adecuado al lugar y ocasión, contestó en el mismo tono, renunciando lisa y llanamente el honor de la compañía de la reina, pero manifestando su deseo de aceptar la de la hija mayor del rey, cuya belleza era celebrada.

-Soy feliz, querido primo -dijo el rey con una de esas sonrisas dudosas que frecuentemente usaba-, al ver que no te has fijado en mi hija menor Juana. De no haber sido así, hubieras tenido un lance con mi primo el de Orleáns, y de haber tenido consecuencias, hubiera perdido un amigo amable y un primo afectuoso.

-En modo alguno, mi real soberano -dijo el duque Carlos-, el duque de Orleáns no se encontrará conmigo en la senda que ha escogido *par amours*. La causa por la que cruce mi lanza con la de Orleáns debe ser bella y recta.

Luis no llevó a mal esta brutal alusión a la deformidad personal de la princesa Juana. Por el contrario, le agradaba ver que el duque se limitaba a divertirse con chistes groseros, en los que también sobresalía él, y los cuales (según la frase moderna) ahorraban mucha hipocresía sentimental. Conforme con ello, situó rápidamente su conversación en un plan tal que Carlos, aunque sentía que le era imposible desempeñar el papel de un amigo afectuoso y reconciliado con un monarca cuyas malas artes había frecuentemente comprobado y cuya sinceridad en la presente ocasión tan en duda ponía, no tuvo inconveniente en actuar de señor generoso con un huésped jocoso, y así, la falta de reciprocidad en ambos de sentimientos más amables fué reemplazada por el tono de buen compañerismo que existe entre dos festivos compañeros, teoría natural en el duque por la franqueza, y podía añadirse, la ordinariez de su carácter, y en Luis, porque, aunque susceptible de asumir cualquier humor en la conversación en sociedad, el que mejor le iba estaba mezclado con ideas ordinarias y conversaciones cáusticas.

Ambos príncipes fueron, por fortuna, capaces de conservar, durante un banquete en el Ayuntamiento de Peronne, la misma clase de conversación en la que se encontraban como en terreno neutral, y la cual, como Luis fácilmente s e apercibió, era más adecuada que otra ninguna para conservar al duque de Borgoña en ese estado de tranquilidad que parecía necesario a su propia salvación.

Sin embargo se alarmó al observar que el duque estaba rodeado de aquellos nobles franceses, del más alto rango, en situaciones de gran confianza y poder, a los que su

Librodot

severidad e injusticia había conducido al destierro, y fué con el fin de asegurarse de los posibles efectos de su resentimiento y venganza por lo que (como ya se dijo) pidió ser alojado en el castillo o ciudadela de Peronne con preferencia a la ciudad[(48)]. Esto fué prontamente concedido por el duque Carlos, con una de esas equívocas sonrisas de las que era imposible decir si significaban bien o mal para la parte interesada.

Pero cuando el rey, expresándose con tanta delicadeza como pudo, y del modo que juzgó mejor para no despertar sospecha, preguntó si los arqueros escoceses de su Guardia no podían custodiar el castillo de Peronne mientras permaneciese en él, en vez de la puerta de la ciudad que el duque había ofrecido a su vigilancia, Carlos replicó con su acostumbrado tono de voz y tosquedad de modales, que hacían más alarmantes su hábito al hablar, bien de retorcerse los bigotes o de llevarse la mano a su espada o daga, la última de las cuales acostumbraba a sacar un poco de la vaina y volver a meterla en la misma[(49)]:

-No, mi soberano. Se encuentra en el campamento y ciudad de su vasallo -así me llaman los hombres por respeto a su majestad-; mi castillo y ciudad son suyos; y mis hombres son suyos, de suerte que es indiferente el que mis soldados o los arqueros escoceses sean los que guarden bien la puerta exterior o las defensas del castillo. ¡No, por San Jorge! Peronne es una fortaleza virgen; no perderá su reputación por un descuido mío. Las doncellas deben ser cuidadosamente vigiladas, mi querido primo, si queremos que continúen conservando su buena fama.

-Seguramente, querido primo, y estoy en todo conforme contigo -dijo el rey-, estando yo más interesado en la reputación de la buena y pequeña ciudad que tú, siendo Peronne, como sabes, una de esas poblaciones sobre el río Somme que, dadas en prenda a tu padre, de grato recuerdo, para amortización de una deuda, son susceptibles de ser redimidas por dinero. Y para hablar con sinceridad, viniendo como un honrado deudor, dispuesto a liquidar mis obligaciones de toda especie, he traído aquí varias acémilas cargadas de plata para la amortización; la suficiente para sostener el boato de tu lugar regio durante tres años.

-No recibiré ni un céntimo de ese dinero -dijo el duque atusándose los bigotes-; ha pasado el día de la amortización ni hubo nunca propósito serio que el derecho se ejercitase, ya que la cesión de estas poblaciones es la única recompensa que mi padre recibió de Francia, cuando, en hora feliz para su familia, consintió en olvidar el asesinato de mi abuelo y trocar la alianza con Inglaterra por la de Francia. ¡San Jorge!, si no hubiese así obrado, vuestra majestad, en vez de tener poblaciones en el Somme, apenas hubiera podido conservar las situadas más allá del Loira. No, no devolveré una sola piedra de ellas, aunque recibiese por cada piedra devuelta su peso en oro. Doy gracias a Dios y a la sabiduría y valor de mis antecesores, de que las rentas de Borgoña, aunque se trate de un ducado, sirven para mantener mi Estado, aun cuando tenga un rey por huésped, sin obligarme a traficar con mi herencia.

-Bien, querido primo -contestó el rey de la misma manera suave y plácida de antes, y sin alterarse por el tono altanero y los ademanes violentos del duque-, veo que eres tan buen amigo de Francia que no deseas separarte de lo que antaño perteneció a ésta. Pero necesitamos algún árbitro para estos asuntos cuando tengamos que tratarlos en consejo.¿Qué dices de Saint Paul?

-Ni Saint Paul, ni Saint Peter, ni ningún santo del calendario -dijo el duque de Borgoña- me convencerán para que ceda la posesión de Peronne.

-Pero no me entiendes -dijo el rey Luis sonriendo-; me refiero a Luis de Luxemburgo, nuestro fiel condestable el conde de Saint Paul. ¡Ah! ¡Santa María de Embrun! ¡Falta su presencia en nuestra conferencia! ¡La mejor cabeza de Francia y la más útil para restablecer una armonía perfecta entre nosotros!

-¡Por San Jorge de Borgoña! -dijo el duque-, me maravilla oír hablar a su majestad de ese modo de un hombre falso y perjuro lo mismo con Francia que con Borgoña; uno que siempre ha intentado aventar en una llama nuestras frecuentes diferencias, y eso sólo con el propósito de atribuirse aires de mediador. ¡Juro por la orden que ostento que sus subterfugios no le han de valer de aquí en adelante!

-No te acalores tanto, primo -replicó el rey sonriendo y hablando en voz baja- Cuando hablaba de la cabeza del condestable como medio de terminar nuestras diferencias sin importancia, no tenía deseo de que estuviese presente su cuerpo, que podía permanecer en San Quintín mucho más convenientemente.

-¡Ya!, ¡ya! Comprendo lo que quiere decir -dijo Carlos con la misma risa desentonada que le había promovido algunas de las otras bromas de sal gorda dichas por el rey, y añadió, golpeando el suelo con su tacón-: Concedo que desde ese punto de vista la cabeza del condestable *podía* ser útil en Peronne.

Este y otros discursos, con los que el rey entremezclaba insinuaciones de asuntos serios con asuntos alegres y divertidos, no se sucedían consecutivamente, sino que eran diestramente introducidos durante la celebración del banquete en el Hotel de Ville, en una entrevista posterior en las habitaciones del duque y, en una palabra, en cuantas ocasiones parecían fácil y natural el tratar de asuntos tan delicados.

Por muy temerariamente que Luis se hubiese expuesto a un riesgo, que el temperamento fogoso del duque y los mutuos motivos de enemistad exasperada que subsistían entre ambos, hacían de salida dudosa y peligrosa, nunca piloto de costa desconocida se condujo con más firmeza y prudencia. Parecía sondear, con la máxima destreza y precisión, las profundidades y bajos del espíritu y carácter de su rival, y no manifestaba ni duda ni temor cuando el resultado de sus experimentos descubrían más rocas sumergidas o bancos peligrosos que sitios convenientes para un anclaje seguro.

Por fin transcurrió un día que debió haber resultado enojoso para Luis por el constante esfuerzo, vigilancia, precaución y atención que su situación requería, así como para el duque fué un día de coacción sobre sí por la necesidad de suprimir los violentos sentimientos que tenía por costumbre exponer a los cuatro vientos.

Tan pronto se hubo retirado el último a su morada, después de haberse despedido del rey, dió suelta a una explosión de pasión tanto tiempo contenida, y muchos juramentos y epítetos abusivos, como su bufón Le Glorieux dijo, «cayeron aquella noche sobre cabezas para las que nunca se habían forjado», cosechando sus domésticos los beneficios de ese acumulamiento de lenguaje injurioso, que no podía decentemente dedicar a su huésped real, ni aun en su ausencia, y que, sin embargo, era demasiado grande para ser del todo suprimido. Las chanzas del bufón ejercieron algún defecto para apaciguar el mal humor del duque; rió alto, echó al chistoso una pieza de

Librodot

oro, se dejó desnudar con tranquilidad, se sorbió una buena copa de vino y especias, se marchó a la cama y durmió profundamente.

Fué más digna de fijar la atención la *couchée* del rey Luis que la de Carlos, pues la expresión violenta de pasión exasperada y temeraria, ya que pertenece más a la parte brutal que a la inteligente de nuestra naturaleza, nos interesa poco en comparación con los trabajos profundos de una inteligencia vigorosa y poderosa.

Luis fué escoltado a las habitaciones que había escogido en el castillo o ciudadela de Peronne por los chambelanes y heraldos del duque de Borgoña y fué recibido a la entrada por un fuerte retén de arqueros y guerreros.

Cuando descendió de su caballo para cruzar el puente levadizo sobre un foso de anchura y profundidad no corriente, miró a los centinelas y dijo a Comines, que le acompañaba en unión de otros caballeros nobles:

-Llevan cruces de San Andrés, pero no las de mis arqueros escoceses.

-Les encontrará dispuestos a morir en su defensa, señor -dijo el borgoñés, cuyo sagaz oído había descubierto en la manera de hablar del rey un sentimiento que sin duda Luis hubiese deseado ocultar-. Llevan la cruz de San Andrés como apéndice del collar del Toisón de Oro, la Orden del duque de Borgoña.

-¿Y eso no lo sé yo? -dijo Luis mostrando el collar que él mismo llevaba como atención a su anfitrión-. Es uno de los estimados lazos de fraternidad que existen entre mi amable hermano y yo. Somos hermanos en hidalguía, con parentesco espiritual, primos por nacimiento y amigos por los lazos de simpatía y vecindad que nos unen. ¡No más allá del patio del castillo, nobles lores y caballeros! No puedo permitir por más tiempo vuestro acompañamiento; bastante me habéis favorecido hasta aquí.

-Nos encargó el duque -dijo D'Hymbercourt- que acompañásemos a su majestad a su alojamiento. Confiamos en que su majestad nos permitirá obedecer el mandato de nuestro amo.

-En este asunto trivial -dijo el rey- confío me permitiréis que mi mandato tenga más autoridad que el suyo, aun tratándose de vosotros sus súbditos directos. Estoy algo indispuesto, señores míos, algo fatigado. El mucho placer tiene sus quebrantos lo mismo que una pena grande. Confío que mañana gozaré mejor de vuestra compañía. Y la de vos también, señor Felipe des Comines. Me han dicho que sois el cronista de la actualidad; los que como yo deseamos poseer un nombre en la Historia debemos hablarle con miramiento, pues dicen que su pluma tiene una punta afilada cuando queréis. Buenas noches, mis lores y gentiles señores, a todos y cada uno de vosotros.

Los señores de Borgoña se retiraron muy satisfechos de la finura de Luis y de la acertada distribución de sus atenciones; y el rey quedó solo con uno o dos de los acompañantes habituales de su persona, bajo el arco de entrada al patio de armas del castillo de Peronne, mirando a la gran torre que ocupaba uno de los ángulos, que era, en realidad, el donjon o principal torreón del lugar. Esta construcción alta, obscura, maciza, se distinguía claramente a la misma luz de la luna que alumbraba a Quintín Durward entre Charleroi y Peronne, que, como el lector sabe, lucía con brillo notable. El gran torreón se asemejaba bastante en la forma a la Torre Blanca de la ciudadela de

Librodot

Londres, pero era aún de arquitectura más antigua, y su origen databa, según algunos, de la época de Carlomagno. Los muros eran de un espesor tremendo; las ventanas eran pequeñas y provistas de barras de hierro, y la gigantesca mole de la construcción arrojaba una sombra obscura y portentosa sobre todo el patio.

-¡No he de ser alojado allí! -dijo el rey con un estremecimiento que tenía algo de nefasto.

-No -replicó el senescal de pelo gris que le acompañaba descubierto-. ¡Dios no lo quiera! Las habitaciones de su majestad están preparadas en aquellos edificios más bajos que están próximos y en los que el rey Juan durmió durante dos noches antes de la batalla de Poitiers.

-¡Ya! Tampoco es ésa señal de buena suerte -murmuró el rey-; ¿pero qué me dices de la torre, mi viejo amigo? ¿Y por qué implorabas a Dios para que no me alojase en ella?

-No creo que la torre sea peligrosa en modo alguno -dijo el senescal-; sólo los centinelas dicen que se ven luces y se oyen ruidos extraños por las noches; y hay razones para que así sea, porque antiguamente se utilizaba como prisión de Estado y hay muchas leyendas de hechos allí realizados.

Luis no hizo más preguntas, pues ningún hombre estaba más obligado que él a respetar los secretos de una prisión. A la puerta de las habitaciones destinadas para él, que, aunque de fecha más reciente que la torre, eran ambas antiguas y tenebrosas, había una pequeña partida de la Guardia escocesa, que el duque, aunque antes se había excusado de concederle a Luis, había posteriormente ordenado prestase allí servicio para que se encontrase cerca de su amo. Estaba mandada por el fiel lord Crawford.

-Crawford, mi honrado y fiel Crawford -dijo el rey-, ¿dónde has estado hoy durante el día? Son tan inhospitalarios los señores de Borgoña que desprecian al caballero más noble y más bravo que jamás pisó corte alguna. ¿No te vi en el banquete?

-Rehusé ir a él, señor -dijo Crawford-; los tiempos cambian para mí. Hubo época en que podía desafiar a correr una francachela al mejor hombre de Borgoña con el zumo de su propia uva; pero ahora me embriagan cuatro copas, y creo que los que estamos al servicio de su majestad debemos dar ejemplo en esto a nuestros subordinados.

-Eres siempre muy prudente -dijo el rey-; pero tu ocupación es seguramente menor cuando tienes que mandar tan pocos hombres, y un tiempo de asueto no exige por parte tuya abnegación tan severa como un tiempo de peligros.

-Aunque tengo que mandar pocos hombres -dijo Crawford-, tengo más necesidad de conservar a los muchachos en condiciones adecuadas, y respecto a que este negocio haya de concluir en fiestas o luchas, Dios y su majestad lo saben mejor que el viejo Juan de Crawford.

¿Seguramente no husmeas peligro alguno? -dijo el rey de prisa, aunque en voz baja.

Librodot

-Yo, no -contestó Crawford-; me gustaría saberlo, pues como el viejo conde Tineman[(50)] acostumbraba a decir: «los peligros conocidos son siempre peligros evitados». ¿La contraseña para la noche, si su majestad desea darla?

-Que sea Borgoña, en honor de nuestro anfitrión y de un líquido que tú amas, Crawford.

-No pelearé ni con duque ni con bebida que lleve ese nombre -dijo Crawford-, siempre que ambos sean buenos. ¡Deseo buenas noches a su majestad!

-Buenas noches, mi leal escocés -dijo el rey, que se retiró a sus habitaciones.

A la puerta de su alcoba fué colocado Le Balafré de centinela.

-Sígueme hasta allí -dijo el rey cuando pasó por delante de él y, obedeciéndole como una pieza de maquinaria puesta en movimiento por un artífice, marchó tras él en la habitación y permaneció allí fijo, silencioso y sin movimiento esperando la orden del rey.

-¿Tienes noticias de ese paladín andariego, sobrino tuyo? -dijo el rey-; pues está perdido para nosotros desde que, como un joven caballero que emprende sus primeras aventuras, nos envió a casa dos prisioneros como primer fruto de sus hazañas caballerescas.

-Señor, oí hablar algo de eso -dijo Le Balafré-, y espero que su majestad creerá que si ha obrado equivocadamente no fué por mandato o ejemplo mío, ya que siempre fuí muy mirado en mis acciones y...

-Cállate respecto a ese particular -dijo el rey-; tu sobrino no hizo más que cumplir su deber en esta ocasión.

-En eso no hace más que seguir mis huellas. Quintín -le dije-, ocurra lo que ocurra, recuerda que perteneces a la Guardia de arqueros escoceses y cumple siempre con tu deber.

-Adiviné que había tenido tan exquisito instructor -dijo Luis-, pero me interesa contestes a mi primera pregunta: ¿Tienes noticias recientes de tu sobrino? Apártense, señores -añadió dirigiéndose a los caballeros en su habitación-, pues esto sólo interesa a mí.

-Puedo decir a su majestad -dijo Balafré- que esta misma tarde he visto al palafrenero Charlet, que mi pariente envió desde Lieja o desde algún castillo del obispo próximo a ésta, en donde ha alojado sanas y salvas a las damas de Croye.

-¡Gracias sean dadas a la Virgen! -dijo el rey-. ¿Estás seguro de ello? ¿Seguro de las buenas noticias?

-Del todo seguro -dijo Le Balafré-; el individuo en cuestión trae cartas de las damas da Croye para su majestad.

Librodot

-Apresúrate a traerlas -dijo el rey-. Entrega tu arcabuz a uno de estos hombres, a Oliver, a cualquiera. ¡Que Nuestra Señora de Embrun sea alabada! ¡De plata pondré el frontal de su altar!

Luis, en este acceso de gratitud y devoción, se quitó su sombrero, repasó de las imágenes que lo adornaban la que representaba su Virgen favorita, la colocó sobre la mesa y, arrodillándose, repitió devotamente el voto que había hecho.

El palafrenero que Durward había enviado desde Schonwaldt apareció a poco con sus cartas. Estaban dirigidas al rey por las damas de Croye, y se limitaban a darle las gracias en términos de gran frialdad por las atenciones guardadas con ellas mientras estuvieron en la corte, y con algún más calor por haberlas permitido retirarse y mandarlas salvas a sus dominios; el rey se rió de muy buena gana con el contenido de estas cartas en vez de sentirse molesto. Después preguntó a Charlet con interés manifiesto si no habían sufrido ningún ataque o alarma durante el camino. Charlet, individuo medio imbécil y escogido precisamente por esa condición suya, dió informes muy confusos de la refriega en que resultó muerto su compañero, el gascón, pero no sabía nada más. De nuevo Luis le preguntó minuciosamente y en particular el camino que los viajeros habían tomado para llegar a Lieja, y pareció muy interesado al enterase que al aproximarse a Namur habían seguido el camino más directo para Lieja, por la orilla izquierda del Maes en vez de la orilla derecha. El rey dispuso entonces que hiciesen al hombre un pequeño regalo, y le despachó, disimulando la ansiedad que había manifestado como si sólo le interesase la seguridad de las damas de Croye.

Aunque las noticias suponían el fracaso de uno de sus planes favoritos, parecieron implicar más satisfacción interna de parte del rey que la que hubiera exteriorizado en el caso de un éxito brillante. Suspiró como uno a quien se le quita un gran peso de encima, musitó sus oraciones de agradecimiento con aire de profunda santidad, elevó sus ojos y se precipitó a planear nuevos y más seguros planes de ambición.

Con ese fin, Luis ordenó que compareciese su astrólogo, Martins Galeotti, que apareció con su aire acostumbrado de dignidad, aunque con cierta sombra de recelo reflejada en su rostro, como si temiese una recepción poco amable por parte del monarca. Fué, sin embargo, favorable, y aun excedió en cordialidad a todas las anteriores. Luis le llamó su amigo, su padre en ciencias, el espejo en el que un rey podía distinguir el futuro lejano, y concluyó poniéndole en la mano un anillo de valor considerable. Galeotti, ignorante de las circunstancias que de pronto le habían realzado a los ojos de Luis, entendía bastante de su profesión para dejar traslucir su ignorancia. Recibió con grave modestia las alabanzas de Luis, que él juzgó sólo debidas a la nobleza de las ciencia que practicaba, ciencia digna de admiración por los milagros que obraba por el intermedio de un agente tan insignificante como él; y él y el rey se despidieron, muy satisfechos el uno del otro.

Después de la marcha del astrólogo, Luis se arrojó en un sillón, y, con muestras de gran cansancio, despidió al resto de sus acompañantes, excepto a Oliver, que, moviéndose en torno suyo con asiduidad manifiesta y pasos silenciosos, le ayudó en la labor preparatoria del descanso.

Mientras recibía su ayuda, el rey, contra su costumbre, se mostró tan silencioso y pasivo, que a su servidor le llamó la atención el cambio no usual de modales. Las

Librodot

peores personas tienen a menudo un buen fondo; los bandidos muestran fidelidad a su capitán, y a veces un favorito protegido siente interés sincero por el monarca a quien debe su engrandecimiento. Oliver le Diable, le Mauvais (o por cualquier otro nombre que se le llamase, expresivo de sus malas cualidades), no estaba, sin embargo, tan completamente identificado con Satanás como para no sentir alguna muestra de gratitud hacia su amo en este caso particular, en el que parecía que su suerte estaba profundamente afectada, y sus fuerzas, agotadas. Después de breve intervalo prestando al rey en silencio los servicios usuales que un sirviente hace a su amo durante su *toilette*, el servidor se atrevió a decir con la libertad que la indulgencia de su soberano le permitía en tales circunstancias:

-*Tête-dieu,* señor; parece como si hubiera perdido una batalla, y, sin embargo, yo, que estuve junto a su majestad todo el día, nunca le vi combatir con más valentía en campo abierto.

-¡En campo abierto! -dijo el rey Luis, alzando la vista y adoptando su acostumbrada causticidad de tono y estilo-. *Pasques-dieu,* amigo Oliver, di más bien que he lidiado en una corrida de toros, pues nunca existió un bruto más ciego, más obstinado, más indomable y menos gobernable que mi primo el de Borgoña, de no ser en forma de toro murciano, dedicado a los festivales taurinos. Bien, dejémosle pasar; le toreé bravamente. Pero Oliver, alégrate conmigo, porque mis planes en Flandes no se han realizado en lo que respecta a esas dos princesas ambulantes de Croye o a Lieja. ¿Me comprendes?

A fe que no, señor -replicó Oliver-; es imposible que felicite a su majestad por el fracaso de sus planes favoritos a no ser que me dé alguna razón por el cambio de sus puntos de vista y sus deseos.

-No hay cambio ni en unos ni en otros -contestó el rey-; pero, *Pasques-dieu,* mi amigo, en este día he aprendido a conocer mejor que nunca al duque Carlos. Cuando era conde de Charleroi, en tiempos del viejo duque Felipe y del desterrado delfín de Francia, bebíamos, cazábamos y correteábamos juntos, y más de una aventura escandalosa corrimos. Y en aquellos días tenía una decidida ventaja sobre él: la que un espíritu fuerte tiene, naturalmente, sobre uno débil. Pero desde entonces ha cambiado: se ha hecho un dogmático discutidor, atrevido, arrogante, terco, que alimenta un deseo visible de llevar las cosas a un límite cuando cree que domina el juego que se trae entre manos. Me vi obligado a escabullirme de todo asunto ofensivo, como si hubiese tocado un hierro al rojo. Sólo insinué la posibilidad de que esas errantes condesas de Croye, antes de llegar a Lieja (pues allí confesé francamente que creía habían ido), pudiesen caer en mano de algún bandolero en la frontera, y, *¡Pasques-dieu!,* se hubiera dicho que había proferido un sacrilegio. No hay para qué contarte lo que dijo, y baste decir que hubiera corrido peligro mi cabeza si en ese momento hubiesen llegado informes del éxito de tu amigo Guillermo el de la Barba, en su honrado proyecto, también tuyo, de mejorar por matrimonio.

-No, amigo mío -dijo Oliver-; ni amigo ni el plan es mío.

-Verdad, Oliver -contestó el rey-; tu plan no era el de casar a ese novio, sino el de afeitarle. Bien; pero le deseaste un mal por el estilo cuando modestamente te referiste a ti mismo. Sin embargo, Oliver, feliz el hombre que no la posea, pues horca, arrastre

Librodot

y descuartizar son las palabras más amables que mi gentil primo dedicó a aquel que se casase con la joven condesa, su súbdita, sin su permiso ducal.

-¿Y, sin duda, se muestra tan interesado en cualquier disturbio que pueda promoverse en la buena ciudad de Lieja? -preguntó el favorito.

-Tanto o más -replicó el rey-, como puedes fácilmente comprender; pero desde que resolví venir aquí, mis mensajeros han estado en Lieja para reprimir cualquier movimiento hacia la insurrección, y mis muy activos y bullidores amigos Rouslaer y Pavillon tienen órdenes de estar tan quietos como un ratón hasta que se termine este feliz encuentro entre mi primo y yo.

-A juzgar, pues, por el relato de su majestad -dijo Oliver secamente-, lo mejor que puede resultar de esta entrevista es la de que vuestra condición no empeore. Esta situación puede compararse a la de la grulla que metió su cabeza dentro de la boca de la zorra y tuvo que agradecer la buena suerte de que no le diese una dentellada. Y, sin embargo, su majestad parece estar muy agradecido al sabio filósofo que le animó a jugar un juego con tanta esperanza de ganancia.

-Ningún juego -dijo el rey rápidamente puede considerarse desesperado hasta que es perdido, y tengo razón para esperar que no será ése mi caso. Por el contrario, si no ocurre nada que excite la cólera de este vengativo loco, estoy seguro de la victoria, y seguramente no le debo poco a la habilidad con que fué escogido el acompañante de las damas de Croye: un joven cuyo horóscopo está tan en consonancia con el mío, que me ha salvado del peligro, aun desobedeciendo mis órdenes y tomando el camino que evitó la emboscada de De la Marck.

-Su majestad -dijo Oliver- puede encontrar otros muchos agentes que le servirán siguiendo sus propias inclinaciones con preferencia a vuestros mandatos.

-No, Oliver -dijo Luis impaciente-; el poeta pagano habla de *Vota diis exaudita malignis,* esto es, de deseos que los santos nos conceden en su cólera, y éste, en estas circunstancias, hubiera sido el éxito de la hazaña de Guillermo de la Marck si se hubiera llegado a efectuar ahora y mientras me encuentro en poder de este duque de Borgoña. Esto lo previó mi propio arte, robustecido por el de Galeotti; esto es, preví no el fracaso de la empresa de De la Marck, sino que la expedición del joven arquero escocés concluiría felizmente para mí, y ése ha sido el resultado, aunque de un modo distinto de lo que esperaba, pues las estrellas, aunque presagian resultados generales, permanecen silenciosas respecto a los medios como se han de realizar, siendo a menudo lo contrario de lo que esperamos o deseamos. Pero ¡por qué hablarte de estos misterios, Oliver, que en tantas cosas eres peor que el propio diablo, que es tu apodo, ya que él cree y tiembla, mientras que tú eres un descreído, tanto para la religión como para la ciencia, y seguirás siéndolo hasta que se cumpla tu destino, el cual, según tu fisonomía y horóscopo, me aseguran será por intermedio de la horca!

-Y si así fuese -dijo Oliver con voz resignada-, será porque está así ordenado, porque soy un servidor demasiado agradecido para dudar en la ejecución de los mandatos de mi real amo.

Librodot

Luis soltó su habitual risa sardónica con esta salida de tono de su servidor. Después le dijo:

-¿Has visto algo en las medidas tomadas por estos hombres con nosotros que pueda hacer sospechar algún mal?

-Señor -replicó Oliver-, vuestra majestad y el filósofo erudito miran a las estrellas y a los huéspedes celestiales para los augurios; yo soy un reptil terrestre y sólo considero las cosas ligadas con mi vocación. Pero creo que falta esa atención seria y minuciosa respecto a vuestra majestad que los hombres demuestran a un huésped bien recibido y que está tan por encima de ellos. El duque esta noche alegó cansancio, y sólo acompañó a vuestra majestad hasta la calle, dejando, a los empleados de su casa la tarea de llevarle a vuestro alojamiento. Las habitaciones han sido dispuestas precipitadamente y con descuido; la tapicería está colgada, torcida y en una de las piezas, como puede ver; las figuras están invertidas, y se mantienen de pie sobre sus cabezas, mientras los árboles crecen con las raíces hacia arriba.

-¡Bah!, casualidad y efecto de la prisa -dijo el rey-. ¿Cuándo me viste interesado en minucias como éstas?

-No merecen tenerse en cuenta por sí mismas -dijo Oliver-, sino como indicadoras del grado de estimación que los empleados de la casa del duque observan que vuestra majestad merece por parte de su amo. Créame que si éste hubiese deseado sinceramente que vuestra recepción se hubiese distinguido, en todo momento por una atención escrupulosa, el celo de su gente se hubiera manifestado en esos detalles. ¿Y cuándo -añadió, señalando a la bacía y al jarro- fueron los objetos del tocador de vuestra majestad de substancia distinta a la plata?

-Esa última observación -dijo el rey con sonrisa forzada- sobre los utensilios de afeitar, Oliver, es muy característica de tu peculiar oficio para ser discutida por nadie. Es verdad que cuando sólo era un refugiado era servido con vajilla de oro por orden del mismo Carlos, que juzgaba la plata demasiado modesta para el delfín, aunque parece creer que ese metal es demasiado rico para el rey de Francia. Bien, Oliver; marcharemos a la cama. Mi resolución ha sido tomada y ejecutada; no queda nada por hacer sino jugar varonilmente el juego en que me he metido. Sé que mi primo el de Borgoña, como otros toros salvajes, cierra los ojos cuando comienza su embestida. Sólo tengo que vigilar ese momento, como uno de los toreros que vimos en Burgos, y su impetuosidad le coloca a merced mía.

Capítulo XXVII

La explosión

Fué mudo
asombro y temor contenido,

Cuando lejos, en el Sur, apareció, ante el
ojo sobrecogido,
El repentino resplandor procedente de la
nube.
El Verano, *de Thomson.*

El anterior capítulo, agradable por su título, fué ideado como un resumen retrospectivo que pudiese capacitar al lector para comprender en qué relaciones de amistad estaban el rey de Francia y el duque de Borgoña, cuando el primero, impulsado en parte por su creencia en la Astrología, que le representó como favorable el resultado de su determinación, y en gran parte, sin duda, por la superioridad consciente de su poder de imaginación sobre Carlos, adoptó la extraordinaria, y fuera de esas razones, inexplicable resolución de confiar su persona a un enemigo fiero y exasperado; resolución tanto más temeraria e inesperada cuando había varios ejemplos en aquellos azarosos tiempos que demostraban que los salvoconductos, por muy solemnemente que se concediesen, habían resultado ineficaces para aquellos en cuyo favor se habían concedido, y sin ir más lejos, el asesinato del abuelo del duque en el puente de Montereau, en presencia del padre de Luis, y en una entrevista solemnemente convenida para restablecer la paz y conceder una amnistía, era un precedente horrible si el duque estuviese dispuesto a hacer uso de él.

Pero el temperamento de Carlos, aunque áspero, fiero, terco e inflexible, no era, por lo menos en momentos de extrema pasión, incrédulo o poco generoso, faltas que pertenecen usualmente a caracteres más fríos. No se esforzó para demostrar al rey más cortesía de la que las leyes de hospitalidad demandaban; pero, por otro lado, no evidenció propósito alguno de rehusar sus sagradas barreras.

Al día siguiente de la llegada del rey hubo una parada general de las tropas del duque de Borgoña, que eran tan numerosas y estaban tan bien equipadas, que aquél no sintió tener ocasión de mostrarlas a su gran rival. Mientras hacía el cumplimiento obligado de un vasallo a su soberano, al declarar que estas tropas eran las del rey, y no suyas, el pliegue de su labio superior y su mirada orgullosa traslucían su convencimiento de que las palabras que decía eran de mero cumplido, y que su brillante ejército, del que disponía incondicionalmente, estaba tan dispuesto para marchar contra París como en cualquier otra dirección. Debe añadirse, para mortificación de Luis, que reconoció cómo formaban parte de esas huestes muchas banderas de la nobleza francesa, no sólo de Normandía y Bretaña, sino de provincias sujetas más de cerca a su autoridad; las que, por varias causas de descontento, se habían unido y hecho causa común con el duque de Borgoña.

Leal a su carácter, sin embargo, Luis pareció fijarse poco en estos descontentos, mientras en el fondo de su imaginación pasaba revista a los medios posibles para apartarles de las banderas de Borgoña y traerlos de nuevo a la suya, y resolvió para ese fin que aquellos a los que concedía la mayor importancia serían secretamente, sondeados por Oliver y otros agentes.

El mismo laboró diligentemente, pero al mismo tiempo con cautela, para atraerse la atención de los principales empleados y consejeros del duque, empleando para ese

Librodot

propósito los medios usuales de cortesía no regateada, halagos hábiles y regalos pródigos, no, como quiso hacer constar, para enajenar sus fieles servicios de su noble amo, sino para que pudiesen prestar su ayuda en mantener la paz entre Francia y Borgoña; fin tan excelente en sí mismo, y que de un modo tan obvio tendía al bienestar de ambos países y al de ambos príncipes reinantes.

La noticia de un rey tan grande y tan sabio era por sí un poderoso soborno; las princesas hicieron mucho, y los regalos directos, que las costumbres de la época permitían que los cortesanos borgoñeses aceptasen sin escrúpulo, hicieron aun más. Durante una cacería de jabalíes en el bosque, mientras el duque, siempre ansioso del fin inmediato, bien fuese negocio o placer, se entregaba por completo al ardor de la caza, Luis buscó y encontró los medios de hablar secreta y aisladamente a muchos de aquellos que, según sus informes, tenían más interés con Carlos, entre los que incluyó a D'Hymbercourt y Comines; ni se olvidó de mezclar los avances que hizo hacia esas dos distinguidas personas con alabanzas del valor y habilidad militar del primero, y de la profunda sagacidad y talento literario del futuro historiador de aquel período.

Semejante oportunidad de reconciliarse personalmente, o, si el lector lo prefiere, de sobornar a los ministros de Carlos, fué quizá lo que el rey se había propuesto como objeto principal de su visita, aun cuando su astucia hubiese fracasado para conquistarse al propio duque. La unión entre Francia y Borgoña era tan íntima, que la mayoría de los nobles que pertenecían al último país tenían esperanzas de poseer o poseían intereses reales en el primero, que la influencia de Luis podía adelantar o su desagrado personal, destruir. Gracias a esta y a las demás especies de intrigas, munífico hasta el derroche cuando era necesario adelantar sus planes, y hábil para presentar con los colores más vivos sus propuestas, se dió maña el rey para reconciliar el espíritu del orgulloso con el beneficio que recibía, y para convencer al pretendido o efectivo patriota que el bien, tanto de Francia como de Borgoña, era el motivo ostensible, mientras el interés particular del partícipe, como rueda oculta de algún mecanismo, trabajaba con tesón para que sus actuaciones se mantuviesen secretas. Para cada hombre tenía un aliciente adecuado, un sistema conveniente de presentar las cosas: dejaba la recompensa en la manga de aquellos que eran demasiado orgullosos para extender la mano, y confiaba en que sus mercedes, aunque descendían como el rocío, sin ruido e imperceptiblemente, no dejarían de producir en tiempo oportuno una gran cosecha de buena voluntad, al menos, y quizá de buenos servicios, al donante. En resumen, aunque había estado preparando el camino durante tiempo, por medio de sus ministros, para el establecimiento de aquellos intereses en la corte de Borgoña, que podrían ser convenientes a los de Francia, los esfuerzos personales de Luis, dirigidos sin duda por la información que previamente poseía, hicieron más para conseguir su objeto en pocas horas, que lo que sus agentes habían efectuado en años de negociaciones.

Un solo hombre le falló al rey, a quien tenía especial interés en atraerse, y ése fué el conde de Crèvecoeur, cuya firmeza durante su conducta como enviado en Plessis, lejos de excitar el resentimiento de Luis, había servido para desear que se pasase a él a todo trance. No le agradó mucho el enterarse que el conde, al frente de cien lanzas, había marchado a la frontera de Brabante para ayudar al obispo, en caso de necesidad, contra Guillermo de la Marck y sus súbditos descontentos; pero se consoló con la idea de que la presencia de estas fuerza, junto con las instrucciones que había enviado con

mensajeros leales, servirían para prevenir cualquier disturbio prematuro en ese país, cuyo estallido preveía podía hacer muy precaria su actual situación.

La corte comió esta vez en el bosque cuando llegó el mediodía, cual era costumbre en estas grandes partidas de caza; circunstancia que le fué muy agradable al duque en esta ocasión, deseoso como estaba de abreviar aquella solemnidad ceremoniosa y respetuosa con la que de otro modo tendría necesidad de recibir al rey Luis. El conocimiento que el rey poseía de la naturaleza humana le había fracasado en un detalle en esta memorable ocasión. Pensó que el duque resultaría muy halagado por haber recibido tal prueba de condescendencia y confianza; pero olvidó que la dependencia de este ducado de la corona de Francia era privadamente objeto de mortificación para un príncipe tan poderoso, tan rico y tan orgulloso como Carlos, cuyo anhelo era, a no dudar, establecer un reino independiente. La presencia del rey en la corte del duque de Borgoña imponía a ese príncipe la necesidad de mostrarse con el carácter subordinado de un vasallo y de practicar muchos ritos de carácter feudal, que, para uno de su disposición altanera, parecían una derogación del carácter de príncipe soberano, que en todas las ocasiones se esforzaba por sostener.

Pero aunque fué posible evitar mucha ceremonia al efectuar la comida sobre la hierba, con sonidos de cuernos, apertura de barriles y toda la libertad de un ágape campestre, era necesario que la comida de la noche se celebrase, por esa misma razón, con más solemnidad que de ordinario.

Ordenes previas con este fin se habían dado, y al regresar a Peronne, el rey Luis se encontró con un banquete preparado con tal esplendor y magnificencia como convenía a la riqueza de este formidable vasallo, poseedor de la mayoría de los Países Bajos, entonces la comarca más rica de Europa. En la cabecera de la larga mesa, que resplandecía con la vajilla de oro y plata, y llena de los más exquisitos platos, se sentaba el duque, y a su mano derecha, en un sillón más elevado que el suyo, estaba colocado su huesped real. Detrás de él, estaba, de pie, a un lado, el hijo del duque de Gueldres, que actuaba como su gran trinchante (*carver*); al otro, Le Glorieux, su bufón, de quien rara vez prescindía, pues, como la mayoría de los hombres de carácter vivo y descortés, Carlos exageraba el gusto general de aquella época por los tontos de corte y los bufones; experimentando ese placer en la exhibición de excentricidad y pobreza mental que su rival más agudo, pero no más benévolo, prefería sacar, señalando las imperfecciones de la Humanidad en sus más nobles ejemplares, y encontrando motivo de alegría en los «temores de los bravos y locuras de los sabios». Y si la anécdota referida por Brantome es verdadera, de que un bufón, habiendo escuchado que Luis, en uno de sus accesos de arrepentimiento durante sus devociones, confesó su consentimiento para envenenar a su hermano Enrique, conde de Guyena, divulgó la noticia al día siguiente en un banquete, ante la corte reunida, podía suponerse que ese monarca quedó harto para el resto de sus días de las chanzas de los bufones profesionales.

Pero en la ocasión presente, Luis no desdeñó fijarse en el bufón favorito del duque y aplaudir sus salidas, lo que hizo de preferencia por parecerle que las tonterías de Le Glorieux, aunque a veces eran dichas toscamente, encerraban en sí más ingenio cáustico de lo corriente en los de su profesión.

Librodot

En realidad, Tiel Wetzweiler, conocido por Le Glorieux, no era en modo alguno un bufón de estilo corriente. Era un hombre alto, de buen aspecto, excelente en muchos ejercicios que apenas parecían reconciliables con la imbecilidad mental por que debían haber requerido paciencia y atención para lograrlos. Ordinariamente acompañaba al duque a la caza y a la guerra, y en Montl'hery, cuando Carlos pasó por un grave peligro personal, herido en el cuello y a punto de caer prisionero de un caballero francés que había cogido las riendas de su caballo, Tiel Wetzweiler arremetió contra el asaltante con tal brío, que lo tiró al suelo y pudo librar a su amo. Quizá temió haber sido éste un servicio demasiado serio para una persona de su condición, y que podía producirle enemigos entre aquellos caballeros y nobles que habían dejado la defensa de la persona del duque al bufón. En todo caso, prefirió que se riesen de él a verse alabado por su hazaña, e hizo jactancias tan exageradas de sus proezas en la batalla, que la mayoría de la gente creyó que el rescate de Carlos era tan fantástico como el resto de su cuento, y fué en esta ocasión cuando alcanzó el título de Le Glorieux (o el jactancioso), por el que se le conoció en lo sucesivo.

Le Glorieux estaba ricamente vestido, pero con pocos de los distintivos usuales de su profesión, y ese poco, más bien de carácter simbólico que literal. Su cabeza no estaba rapada; por el contrario, llevaba mucho pelo largo y rizado, que le descendía por debajo de su gorro, lo que, unido a una barba bien cortada y muy cuidada, encuadraban unas facciones que, de no haber sido por el brillo salvaje de los ojos, merecía el calificativo de hermosa. Un adorno de terciopelo escarlata a través de lo alto de su gorro indicaba, más bien que representaba, a las claras el gorro de bufón que caracterizaba al tonto oficial. Su bastón, de ébano, remataba en un puño con una cabeza de tonto, como era costumbre, con orejas hechas de plata; pero tan pequeña y tan minuciosamente labradas, que hasta que se la examinaba muy de cerca podía tomarse por un bastón oficial de un personaje más solemne. Eran las únicas muestras del oficio que mostraban su traje. En otros aspectos era tal, que podía rivalizar con el de los nobles más encopetados. Su gorro ostentaba una medalla de oro; llevaba una cadena del mismo metal alrededor del cuello, y la moda de sus ricas prendas de vestir no era mucho más fantástica que la de los jóvenes petimetres a quienes les gusta exagerar los detalles de la última moda en el vestir.

A este personaje, Carlos, y Luis imitando a su anfitrión, se dirigieron a menudo durante el banquete; y ambos parecían manifestar, por sus carcajadas espontáneas, lo que les divertían las respuestas de Le Glorieux.

-¿Qué asientos son los que están vacíos? -dijo Carlos al bufón.

-Uno de ellos, por lo menos, es mío, por derecho de sucesión, Carlos -replicó Le Glorieux.

-¿Por qué así, pícaro? -dijo Carlos.

-Porque pertenecen a los señores D'Hymbercourt y Des Comines, que se han marchado tan lejos para volar sus halcones, que se han olvidado de su comida. Aquellos que prefieren mirar a un milano volando más que a un faisán en la fuente, son parientes del tonto, y éste les heredará en la mesa como parte de su herencia mueble.

-Ese es un chiste viejo, mi amigo Tiel -dijo el duque-; pero, tontos o sabios, aquí llegan los delincuentes.

Mientras hablaba, entraron en la habitación Comines y D'Hymbercourt, y después de haber hecho sus reverencias a los dos príncipes tomaron en silencio los asientos reservados para ellos.

-¡Hola, señores! -exclamó el duque dirigiéndose a ellos-. Vuestro *sport* ha sido o muy bueno o muy malo, para conduciros tan lejos y tan tarde. Señor Felipe des Comines, ¿estás abatido?, ¿Te ha ganado D'Hymbercourt una apuesta tan importante? Eres filósofo y debes poner buena cara a la mala suerte. ¡Por San Jorge! D'Hymbercourt, está tan triste como tú. ¿Qué ocurre, señores? ¿No habéis encontrado caza? ¿Habéis perdido vuestros halcones, o habéis tropezado con una bruja o el Cazador Salvaje[(51)] se os ha aparecido en el bosque? Por mi honor que parece como si hubierais venido a un funeral y no a un festival.

Mientras el duque hablaba, los ojos de los presentes estaban todos dirigidos hacia D'Hymbercourt y Des Comines, y el abatimiento y turbación de sus rostros, al no tratarse de personas en las que era natural semejante expresión de melancolía, se hizo tan visible, que la alegría de los reunidos, que la rápida circulación de copas de excelente vino habla elevado a un alto grado, fué disminuyendo poco a poco, y sin ser capaz de dar razón alguna por semejante cambio en su ánimo, los hombres se hablaban en voz baja unos con otros como en vísperas de esperar recibir extrañas e importantes noticias.

-¿Qué significa este silencio, señores? -dijo el duque elevando su voz, que, era por naturaleza áspera-. Si vais a traer estas miradas extrañas y este silencio extraño a la fiesta, vamos a echar de menos que no hayáis continuado por los pantanos buscando hurones o chochas.

-Señor -dijo Des Comines-: cuando nos disponíamos a regresar del bosque nos encontramos al conde de Crèvecoeur.

-¡Cómo! -dijo el duque- ¿Ha regresado ya de Brabante? ¿Pero habrá encontrado todo bien por allá, sin duda?

-El propio conde le dará cuenta a vuestra alteza de las noticias -dijo D'Hymbercourt-, que conocemos de un modo imperfecto.

-Pero ¿dónde está el conde? -dijo el duque.

-Cambia de traje para presentarse ante vuestra alteza -contestó D'Hymbercourt.

-¿Que cambia de traje? *¡Saint-bleu!* -exclamó el impaciente príncipe-, ¿Qué me importa su traje? ¡Voy a creer que habéis conspirado con él para volverme loco!

-O más bien, para ser sinceros -dijo Des Comines-, desea comunicar las noticias en una audiencia privada.

-*¡Teste-dieu!*, mi rey -dijo Carlos-; ésta es siempre la manera como nos sirven nuestros consejeros. Si saben algo que consideran importante para nosotros, adoptan un aire tan serio y están tan orgullosos con su carga, como borrico con albarda nueva.

Librodot

¡Que alguien diga a Crèvecoeur que venga en seguida! Viene de las fronteras de Lieja, y *yo*, al menos -puso algún énfasis en el pronombre-, no tengo secretos en esa parte que trate de esquivar sean proclamados ante el mundo entero.

Todos notaron que el duque había bebido tanto vino, que resultaba incrementada la natural obstinación de su carácter; y aunque muchos hubieran de buena fe hecho la observación que el momento no era el más oportuno para oír noticias o tomar consejo, todos también conocían la impetuosidad de su carácter, demasiado bien para aventurarse a intervenir, y aguardaban sentados, con ansiosa expectación, las nuevas que el conde podía comunicar.

Siguió un breve intervalo, durante el cual el duque permaneció mirando ansiosamente a la puerta, lleno de impaciencia, mientras los huéspedes aguardaban con los ojos fijos sobre la mesa, como deseosos de ocultar su curiosidad y ansiedad. Sólo Luis, que conservaba perfecta tranquilidad, continuaba su conversación alternativamente con el gran trinchante y con el bufón.

Por fin penetró Crèvecoeur, que fué en seguida saludado por el duque con esta pregunta:

-¿Qué noticias traes de Lieja y de Brabante, señor conde? La noticia de tu llegada ha desterrado la alegría de nuestra mesa; esperamos que tu presencia nos la devolverá.

-Mi amo y señor -contestó el conde con tono firme, pero melancólico-, las noticias que le aporto son más propias para ser expuestas en un consejo que en la mesa de un festín.

-Afuera con ellas, hombre; ¡ni que fueran noticias del Anticristo! -dijo el duque-; pero creo, adivinarlas: los de Lieja se han amotinado de nuevo.

-Efectivamente, señor -dijo Crèvecoeur con mucha gravedad.

-He acertado de primera intención, hombre, -dijo el duque-, lo que tanto miedo tenías de decirme: los ciudadanos sin seso han cogido las armas de nuevo. No pudo haber ocurrido en ocasión más oportuna, pues ahora podemos tener el consejo de nuestro soberano -inclinando la cabeza al rey Luis con ojos que delataban el más amargo, aunque contenido, resentimiento- para saber cómo debe tratarse a esos amotinados. ¿Tienes más noticias reservadas? Dilas, desde luego, y después dinos por qué no fuiste a auxiliar al obispo.

-Señor mío, las noticias que quedan son difíciles de decir, y afligirán su corazón. Ni mi ayuda ni la de nadie podían haber salvado al excelente prelado: Guillermo de la Marck, unido a los rebeldes habitantes de Lieja, han tomado el castillo de Schonwaldt y le han asesinado en su propio *hall*.

-*¡Que lo han asesinado!* -repitió el duque en tono bajo y profundo, pero que fué, sin embargo, oído de un extremo al otro del *hall*, en el que estaban reunidos-. ¡Eso tiene que ser, Crèvecoeur, alguna noticia falsa; es imposible!

Librodot

-¡Ay!, señor -dijo el conde-; me la ha dado un testigo de vista, un arquero de la Guardia escocesa del rey de Francia, que estaba en el *hall* cuando se cometió el asesinato, de orden de Guillermo de la Marck.

-¡Y que sin duda estaba ayudando y excitando al horrible sacrilegio! -exclamó el duque, poniéndose de pie y dando una patada con tanta furia, que rompió en pedazos el taburete que tenía delante de él-. ¡Echad el cerrojo a las puertas de este *hall*, caballeros; asegurad las ventanas; que ningún forastero se mueva de su asiento, bajo pena de muerte instantánea! Caballeros de mi cámara, desenvainad vuestras espadas.

Y volviéndose a Luis, movió su mano lenta y deliberadamente hacia el puño de su espada, mientras el rey, sin mostrar miedo o adoptar postura defensiva, sólo dijo:

-Estas noticias, querido primo, te han trastornado la razón.

-¡No! -replicó el duque en un tono terrible-. Pero han despertado un justo resentimiento que he sufrido demasiado tiempo para ser ocultado por triviales consideraciones de circunstancia y lugar. ¡Asesino de tu hermano!, ¡rebelde contra tu padre!, ¡tirano con tus súbditos!, ¡aliado traidor!, ¡rey perjuro!, ¡caballero deshonrado!, estás en mi poder, y doy gracias a Dios de ello.

-Más bien da gracias por mi insensatez -dijo el rey-; pues cuando nos encontramos en iguales condiciones en Montl'hery me parece que deseabas estar más lejos de mí que lo estás ahora.

El duque aun conservaba su mano en la empuñadura de la espada; pero se contuvo para sacarla y para atacar a un enemigo que no ofrecía resistencia alguna que pudiese provocar violencia.

Mientras tanto, se propagaba por el *hall* gran conmoción. Las puertas fueron cerradas y guardadas de orden del duque; pero varios de los nobles franceses, aunque eran pocos, se levantaron de sus asientos y se prepararon para la defensa de su soberano. Luis no había hablado una sola palabra ni a Orleáns ni a Dunois desde que fueron libertados del castillo de Loches, si puede llamarse libertad el ser incorporados al séquito del rey Luis, objetos de sospecha evidente más que de respeto y consideración; pero, sin embargo, la voz de Dunois fué la primera que dominó el tumulto, dirigiéndose al duque de Borgoña.

-Señor duque, habéis olvidado que sois un vasallo de Francia, y que somos sus huéspedes, como franceses. Si osáis levantar una mano contra vuestro monarca, preparaos a sufrir los máximos efectos de nuestra desesperación, pues, créame, nos festejaremos tanto con la sangre de Borgoña como hemos festejado su vino. Valor, señor de Orleáns, ¡y vosotros, caballeros de Francia, formad alrededor de Dunois y haced lo que él haga!

Fué en este momento cuando un rey pudo ver en qué personas podía realmente confiar. Los pocos nobles y caballeros independientes que acompañaban a Luis, la mayoría de los cuales sólo habían recibido de él mohínes de desagrado, sin atemorizarse por el despliegue de fuerza infinitamente superior y la certeza de ser aniquilados, en caso de llegar a las armas, se precipitaron a colocarse alrededor de

Librodot

Dunois y, guiados por él, se dirigieron a la cabecera de la mesa en donde estaban sentados los príncipes contendientes.

Por el contrario, los agentes que Luis había sacado de sus puestos naturales y adecuados para darles otros de importancia inmerecida para ellos, demostraron cobardía y poco corazón, y, permaneciendo quietos en sus asientos, parecían resueltos a no provocar su suerte entremetiéndose, sea lo que fuere lo que le ocurriese a su bienhechor.

El primero del bando más generoso fué el venerable lord Crawford, quien, con agilidad que nadie hubiera esperado a sus años, se abrió camino, a través de los contrarios, los que se opusieron menos de lo que podía esperarse; pues muchos de los borgoñeses, bien por puntillo de honor o por una secreta inclinación para impedir la suerte fatal que amenazaba a Luis, le abrieron camino, y se interpuso entre el rey y el duque. Después se colocó su gorro, del que se le escapaban sus cabellos blancos, en desorden, por un lado de su cabeza; su pálido semblante estaba coloreado, y su mirada cansada, brillante, con el fuego de un joven que se arriesga en una acción desesperada. Su capa colgaba de un hombro, y sus movimientos denotaban su intención de envolvérsela en el brazo izquierdo, mientras desenvainaba su espada con el derecho.

-He luchado por su padre y su abuelo -fué todo lo que dijo-, y, ¡por San Andrés!, concluya la cuestión como sea, no le abandonaré en este trance.

Lo que ha necesitado algún tiempo para ser contado, sucedió en realidad con la velocidad de un relámpago, pues tan pronto como el duque adoptó su postura amenazadora, Crawford se interpuso entre él y el objeto de su venganza, y los caballeros franceses, apresurándose todo lo que pudieron, convergían hacia el mismo sitio.

El duque de Borgoña aun permanecía con su mano en la espada, y parecía que iba a dar la señal para un ataque general, que necesariamente debía concluir en el sacrificio de la parte más débil, cuando Crèvecoeur se adelantó rápidamente y exclamó con voz estentórea:

-¡Mi soberano señor de Borgoña, fíjese en lo que hace! Esta es vuestra casa; sois el vasallo del rey; no derramad la sangre de vuestro huésped en vuestro hogar, la sangre de vuestro soberano en el trono que le habéis erigido, y al que vino bajo su salvaguardia. ¡Por el honor de vuestra causa, no intente vengar un horrible asesinato por otro aun peor!

-¡Fuera de mi camino, Crèvecoeur -contestó el duque-, y deja paso a mi venganza. ¡Apártate de mi camino! La cólera de los reyes debe temerse como la del cielo.

-Sólo cuando, como la del cielo, es justa -contestó Crèvecoeur con firmeza-. Permítame, señor que ruegue modere la violencia de su carácter, por muy ofendido que se encuentre. Y a vosotros, señores de Francia, para los que la resistencia sería infructuosa, permitidme que os recomiende el abstenerse de todo lo que pueda conducir al derramamiento de sangre.

-Tiene razón -dijo Luis, cuya sangre fría no le abandonó en ese momento terrible, y quien fácilmente previó que si comenzaba una contienda, sería de temer más violencia

Librodot

realizada en el ardor de los ánimos excitados, que en el caso de conservar la paz-. Mi primo Orleáns, amable Dunois y tú, mi fiel Crawford, no aportéis la ruina y el derramamiento de sangre tomando venganza precipitadamente. Mi primo el duque se ha excitado con la noticia de la muerte de un amigo querido, el venerable obispo de Lieja, cuyo asesinato lamentamos lo mismo que él. Antiguos y, desgraciadamente, recientes motivos de resentimiento le condujeron a sospechar de mí como instigador de un crimen que soy el primero en detestar. En el caso de que nuestro anfitrión me asesine aquí, a mí, su rey y pariente, bajo una falsa impresión de tener que ver con este desgraciado accidente, mi suerte no sólo será poco mejorada, sino muy empeorada con vuestra excitación. Por consiguiente, retrocede, Crawford. Aunque fuese mi última palabra, hablo como un rey a su subordinado, y exijo obediencia. Retrocede, y si te la piden, entrega tu espada. Te lo mando, y tu juramento te obliga a obedecer.

-Tenéis razón, señor -dijo Crawford dando unos pasos hacia atrás y volviendo a la vaina la hoja que había medio sacado-. Todo es verdad; pero, por mi honor, si estuviese a la cabeza de setenta de mis bravos muchachos, en vez de estar cargado con más de ese mismo número de años, probaría a decir las verdades a esos caballeros con sus cadenas doradas y gorros adornados.

El duque permaneció con los ojos fijos en el suelo durante mucho tiempo, y después dijo con amarga ironía:

-Crèvecoeur, dices bien; y es cuestión de honor que mis obligaciones hacia este gran rey, mi querido huésped, no sean tan rápidamente ajustadas como en mi precipitada cólera me había propuesto al principio. Obraré de modo que toda Europa reconozca la justicia de mi actuación. ¡Caballeros de Francia, rendid las armas a mis oficiales! Vuestro señor ha quebrantado la tregua y no tiene derecho a beneficiarse más de ella. En consideración, sin embargo, a vuestros sentimientos de honor y por respeto al rango que ha rebajado y a la raza de que proviene, no pido la espada de mi primo Luis.

-Ninguno de nosotros -dijo Dunois- entregará sus armas o abandonará este *hall* si no se nos asegura la salvación de nuestro rey.

-Ni hombre alguno de la Guardia escocesa -exclamó Crawford- entrega sus armas de no mandarlo el rey de Francia o su gran condestable.

-Bravo Dunois -dijo Luis-, y tú, mi fiel Crawford, vuestro celo sólo me hará daño en vez de beneficio. Confío -añadió con dignidad- en la rectitud de mi causa más que en una resistencia vana, que costaría la vida de mis hombres mejores y más bravos. Entregad vuestras espadas; los nobles borgoñeses que aceptan prendas tan honrosas serán más capaces que tú para protegeros a vosotros y a mí. Entregad vuestras espadas. Soy yo quien lo manda.

De este modo, en este apuro terrible, demostró Luis la rapidez de decisión y la claridad de juicio, únicas que pudieron salvar su vida. Sabía que hasta ahora podía contar con la mayoría de los nobles presentes para moderar la furia de su príncipe; pero que en el caso de comenzar una *mêlée*, él mismo y los suyos serían asesinados en el acto. Al mismo tiempo sus peores enemigos confesaron que su conducta no tenía en sí nada de bajeza o cobardía. Evitó que se transformase en frenesí la cólera del duque,

Librodot

pero ni imploró ni aparentó tenerla, y continuó mirándole con la atención tranquila con que un hombre bravo contempla los gestos amenazadores de un loco, y que está al mismo tiempo consciente de que su propia entereza y serenidad actúan de freno sensible y poderoso sobre la rabia de aquél.

Crawford, ante el mandato del rey, arrojó su espada a Crèvecoeur, diciendo:

-¡Tomadla!, y que el diablo le haga gozar de ella. No es deshonra para el legítimo propietario que la entrega, pues el juego ha sido desigual.

-Alto, caballeros -dijo el duque con voz entrecortada como persona a quien la pasión casi ha privado de la facultad de hablar-; conservad vuestras espadas; hasta que prometáis no hacer uso de ellas. Y vos, Luis de Valois, debéis consideraros como mi prisionero hasta que se aclare si habéis sido instigador de sacrilegio y asesinato. Que lo lleven al castillo; que lo conduzcan a la torre del conde Herbert. Que seis caballeros de su séquito, escogidos a gusto suyo, le acompañen. Lord de Crawford, vuestra guardia debe abandonar el castillo y ser honrosamente acuartelada en otro sitio. Que suban todos los puentes levadizos y bajen los rastrillos. Que las puertas de la ciudad sean reforzadas con triple guardia. Que el puente flotante sea arrastrado a la orilla derecha del río. ¡Colocad alrededor del castillo mi partida de Valones Negros y triplicar los centinelas en todos los puestos! Tú, D'Hymbercourt, cuida que patrullas a pie y a caballo hagan la ronda de la ciudad cada media hora durante la noche y cada hora al día siguiente, si en realidad semejante vigilancia fuese necesaria después de amanecer, pues es probable que se actúe de prisa en este asunto. ¡Cuida de la persona de Luis si aprecias tu vida!

Se levantó de la mesa precipitadamente, y con modales bruscos lanzó una mirada de odio al rey y salió rápido del *hall.*

-Señores -dijo el rey mirando con dignidad a su alrededor-, la pena por la muerte de su aliado ha vuelto frenético a vuestro príncipe. Confío en que conoceréis mejor vuestro deber, como nobles y caballeros, para no secundarle en su traicionera violencia contra la persona de su señor soberano.

En este momento se escucharon en las calles el sonido de tambores batiendo y de cuernos llamando a los soldados por todas partes.

-Somos -dijo Crèvecoeur, que actuaba de mariscal de la casa del duque- súbditos de Borgoña, y como tales debemos cumplir con nuestro deber. Nuestras esperanzas y ruegos y nuestros esfuerzos no han de faltar para lograr la paz y unión entre vuestra majestad y nuestro señor soberano. Mientras tanto, debemos obedecer sus mandatos. Estos otros señores se sentirán orgullosos de ser útiles al ilustre duque de Orleáns, al bravo Dunois y al resuelto lord Crawford. Yo seré el chamberlán de vuestra majestad y le conduciré a sus habitaciones de modo distinto a como hubiera sido mi deseo, recordando la hospitalidad de Plessis. Sólo os queda elegir vuestros acompañantes, que el mandato del duque limita a seis.

-En ese caso -dijo el rey mirando a su alrededor y pensando un momento-, deseo la compañía de Oliver le Dain, de un soldado de mi guardia personal llamado Balafré,

Librodot

que puede ser desarmado si es preciso; de Tristán l'Hermite, con dos de los suyos, y de mi leal y fiel filósofo Martins Galeotti.

-Vuestra majestad será obedecido en sus deseos -dijo el conde de Crèvecoeur-; Galeotti -añadió después de una breve indagación- está en estos momentos cenando con alguna mocetona, pero se enviará por él en seguida; los otros obedecerán al instante el mandato de vuestra majestad.

-Adelante, pues, a la nueva morada que la hospitalidad de mi primo me proporciona -dijo el rey-. Sabemos que es sólida, y sólo nos queda la esperanza de que debe ser segura en grado correspondiente.

-¿Os habéis fijado en la elección que el rey Luis ha hecho de sus servidores? -dijo Le Glorieux aparte al conde de Crèvecoeur mientras seguían a Luis, que salía del *hall.*

-Seguramente, mi alegre compadre -replicó el conde- ¡Qué objeción tienes que hacer a ella?

-¡Ninguna, ninguna; sólo que es una elección bien rara! Un barbero alcahuete, un escocés cortacabezas alquilado, un jefe de verdugos y dos de sus ayudantes y un charlatán rapaz. Le acompañaré, Crèvecoeur y tomaré una lección en los grados de bellaquería, observando vuestra habilidad para dirigirlos. El mismo diablo apenas podía haber soñado semejante sínodo o haber actuado de mejor presidente entre ellos.

Conforme a lo dicho, el bufón, que gozaba de todas las libertades, cogió familiarmente el brazo del conde, marchando con él, mientras, bajo una fuerte guardia, que no olvidaba, sin embargo, guardar apariencias de respeto, condujo al rey a su nuevo alojamiento[(52)].

Capítulo XXVIII

Incertidumbre

Entonces yace
intranquila la cabeza que lleva una corona.
Enrique IV *(parte segunda.)*

Cuarenta soldados, llevando alternativamente espadas y antorchas encendidas, iban de escolta, o más bien de guardia del rey Luis, desde el *hall* del Ayuntamiento en Peronne al castillo, y cuando penetró en esta fortaleza, obscura y tétrica, parecía como si una voz gritase en su oído aquella advertencia que el Florentino ha escrito sobre el pórtico de las regiones infernales: ¡Abandonad toda esperanza!

En ese momento, quizá, pudo haber cruzado por la cabeza del rey algún sentimiento de remordimiento si hubiese pensado en los cientos y aun miles a quienes,

Librodot

sin causa o sólo por ligeras sospechas, había enviado a los abismos de sus calabozos, privado de toda esperanza de libertad y sintiendo hastío por la vida, a la que se agarraban por instinto animal.

El vivo resplandor de las antorchas humillando a la pálida luna, que estaba más obscura en esta noche que en la anterior, y la luz rojiza que esparcían envuelta en humo, daban un tono más sombrío a la gigantesca torre que llevaba el nombre del conde Herbert. Era la misma que Luis había visto con presentimiento temeroso la noche anterior, y de la que ahora estaba llamado a ser huésped, bajo el terror de cuantas violencias el temperamento colérico de su vasallo, demasiado crecido, podía intentar ejercer en aquel recinto secreto del despotismo.

Para agravar los sentimientos dolorosos del rey vió, cuando cruzó el patio, varios cuerpos, sobre los cuales se había echado a la ligera un capote militar. No tardó mucho en descubrir que eran los cadáveres de arqueros de la Guardia escocesa que, habiendo discutido, como el conde de Crèvecoeur le informó, el mandato que se les dió de abandonar el puesto cerca de las habitaciones del rey, dieron lugar a una disputa entre ellos y la guardia valona del duque, y antes de que pudieran intervenir oficiales de ambas fuerzas, resultaron varias vidas perdidas.

-¡Mis fieles escoceses! -dijo el rey al mirar este melancólico espectáculo-; si se hubiera tratado de un combate individual, ni Flandes ni Borgoña hubieran encontrado campeones para rivalizar con vosotros.

-Es verdad -dijo Balafré, que iba detrás del rey-; pocos hombres pueden combatir con más de dos a una vez. Yo mismo procuré no encontrar más de tres, de no ser en un caso especial, en el que no se debe reparar en el número de adversarios.

-¿Estás ahí, viejo conocido? -dijo el rey mirando hacia atrás-. Entonces puedo contar aún con un verdadero súbdito.

-Y un fiel ministro, bien para vuestros consejos o en sus oficios cerca de vuestra real persona -murmuró Oliver le Dain.

-Todos somos leales -dijo Tristán l'Hermite ásperamente-; pues si se atreviesen condenar a muerte a vuestra majestad no consentirían que ninguno de nosotros le sobreviviese, aunque quisiésemos.

-Estos son servidores verdaderamente leales -dijo Le Glorieux, quien, como ya dijimos, con el desasosiego propio de un cerebro enfermo, se había unido al cortejo del rey.

Mientras tanto, el senescal, citado con premura, daba vueltas con laborioso esfuerzo a la pesada llave que abría la puerta de gigantesca torre gótica, y tuvo que llamar por fin en su auxilio a uno de los acompañantes de Crèvecoeur. Cuando entre ambos lo lograron, entraron seis hombres con antorchas y mostraron el camino a través de un pasadizo estrecho y que daba vueltas, dominado en diferentes puntos por troneras abiertas en el espesor de las macizas paredes. Al final del pasillo comenzaba una escalera formada por bloques gigantes de piedra a medio desbastar y de altura desigual. Subida la escalera, una puerta con fuertes remaches de hierro les dió acceso a lo que había sido el gran zaguán de la torre, alumbrado muy débilmente aun de día

Librodot

(pues las aberturas resultaban disminuidas por el excesivo espesor de los muros y más se asemejaban a tragaluces que a ventanas), y ahora, de no ser por el resplandor de las antorchas, casi en la obscuridad más perfecta. Dos o tres murciélagos y otros pájaros de mal agüero, asustados por el resplandor no corriente, volaron contra las luces y amenazaron apagarlas, mientras el senescal se excusó ante el rey por no haber sido todo dispuesto en el zaguán de la torre dada la prisa con que se le participó la noticia de su llegada, añadiendo que la torre no se había utilizado desde hacía veinte años, y pocas veces antes de ese período, por lo que había oído, desde el tiempo del rey Carlos *el Simple*.

-¡El rey Carlos *el Simple*! -murmuró Luis-; entonces conozco la historia de la torre. Aquí fué asesinado por su traidor vasallo, Heriberto, conde de Vermandois, según dicen las crónicas. Sabía que había algo relativo al castillo de Peronne que rondaba en mi magín, aunque no daba con ello. *Aquí,* pues, fué asesinado mi antepasado.

-No aquí, no precisamente aquí -dijo el viejo senescal andando con el aire de un cicerone que muestra las curiosidades de aquel sitio-; no *aquí,* sino en la cámara lateral, un poco más allá, que da al dormitorio de vuestra majestad.

Abrió de prisa una portezuela en el extremo superior del zaguán que conducía a un dormitorio, pequeño, como es corriente en esos viejos edificios, pero quizá por ese motivo un poco más confortables que el desolado zaguán que acababan de atravesar. Algunos rápidos preparativos para el alojamiento del rey se habían hecho allí. Se habían clavado en las paredes tapices de Arras; un fuego lucía en la mohosa parrilla del hogar, largo tiempo sin usar, y se habían tendido jergones para aquellos caballeros que habían de pasar la noche en su cámara, como entonces era costumbre.

-Colocaremos camas en el *hall* para el resto de vuestros acompañantes -dijo el locuaz viejo-, pues no hemos tenido tiempo para más. Si vuestra majestad se digna mirar esta portezuela detrás de los tapices sabrá que da al viejo gabinete, en el espesor del muro en donde fué Carlos asesinado, y allí hay un pasaje secreto que viene de abajo que dió paso a los hombres que se entendieron con él. Y vuestra majestad, cuya vista, espero, es mejor que la mía, puede distinguir aún la sangre en el suelo de roble, aunque el hecho ocurrió hace quinientos años.

Mientras así hablaba intentaba abrir la portezuela a la que se había referido, hasta que el rey le dijo:

-Absténte, anciano, absténte por un poco de tiempo, hasta que tengas que contar un nuevo cuento y sangre fresca que mostrar. Señor de Crèvecoeur, ¿qué tenéis que decir?

-Sólo puedo decir, señor, que estos dos aposentos interiores están a la disposición de vuestra majestad como los de vuestro castillo de Plessis, y que Crèvecoeur, cuyo nombre nunca fué envilecido por la traición o el asesinato, tiene la custodia de las defensas exteriores del edificio.

-¿Pero ese pasaje privado a ese gabinete del cual habla ese buen hombre?

Librodot

Esto fué dicho por el rey Luis en voz baja y ansiosa, teniendo sujeto el brazo de Crèvecoeur con una mano y señalando a la puerta excusada con la otra.

-Debe de ser alguna fantasía de Mornay -dijo Crèvecoeur- o alguna absurda y vieja tradición del lugar, pero lo veremos.

Iba a abrir la portezuela cuando Luis contestó.

-No, Crèvecoeur, no. Me basta con tu palabra. ¿Pero qué hará conmigo vuestro duque, Crèvecoeur? No puede esperar tenerme prisionero largo tiempo; y en una palabra, dime tu opinión, Crèvecoeur.

-Mi señor y soberano -dijo el conde-, vuestra majestad juzgará lo que el duque de Borgoña debe de sentir esta horrible crueldad cometida en la persona de su pariente cercano y aliado, y sólo vos sabréis con qué derecho puede creer que ha sido instigada por los emisarios de vuestra majestad. Pero mi señor es de temperamento noble e incapaz, aun en el ardor de sus pasiones, de ninguna acción indigna. Cualquier cosa que haga lo hará a la luz del día, y de cara a las dos naciones, y puedo añadir que será el deseo de todo consejero en torno suyo -exceptuando quizá uno- que se comporte, en este asunto con indulgencia y generosidad, así como con justicia.

-¡Ah! Crèvecoeur -dijo Luis cogiendo su mano como si le afectasen algunos recuerdos dolorosos-. ¡Qué feliz es el príncipe que tiene consejeros junto a él que pueden preservarle de los efectos de sus pasiones coléricas! Sus nombres deberán figurar en letras de oro cuando se repase la historia de su reinado. Noble Crèvecoeur, ¿por qué no habrá tenido la suerte de tener a individuos como tú junto a mi persona?

-La preocupación de vuestra majestad hubiera sido en ese caso el libraros de ellos lo antes posible -dijo Le Glorieux.

-¡Ah, señor sabio! ¿Estás ahí? -dijo Luis, volviéndose y cambiando en el acto el tono patético en que se había dirigido a Crèvecoeur y adoptando con facilidad otro más alegre-. ¿Nos has seguido hasta aquí?

-Ay, señor -contestó Le Glorieux-. El sabio debe seguir con traje de bufón a la Locura, que enseña el camino con traje de púrpura.

-¿Cómo he de interpretar eso, señor Salomón? -contestó Luis-. ¿Te cambiarías por mí?

-Yo, no -contestó Le Glorieux-, aunque me diesen cincuenta coronas de beneficio.

-¿Y por qué eso? Creo que me daría por bien satisfecho tenerte por rey mío.

-Ay, señor -replicó Le Glorieux-, pero la cuestión es si, juzgando del talento de vuestra majestad por haberle elevado a alojarse aquí, no tendría motivos para avergonzarme de tener un tonto tan torpe.

-¡Alto, pícaro! -dijo el conde de Crèvecoeur-. Tu lengua va demasiado de prisa.

-Déjale que se desahogue -dijo el rey-; no conozco asunto más propio de burla como las locuras de aquellos que debían conocerlas mejor que nadie. Mi sagaz amigo,

toma esta bolsa de oro, y con ella mi consejo de no ser nunca un tonto tan grande que te juzgues más sabio que los demás. Hazme el favor de preguntar por mi astrólogo Martins Galeotti y de enviármelo aquí en seguida.

-Lo haré, desde luego, señor -contestó el bufón-, y juraría que lo encontraré en casa de Juan Dopplethur, pues los filósofos, como los tontos, son los que saben donde se vende el mejor vino.

-Permíteme que te pida libre entrada para esa erudita persona a través de tus centinelas, señor de Crèvecoeur -dijo Luis.

-Para su entrada no hay duda -contestó el conde-; pero siento tener que decir que mis instrucciones no me autorizan para permitir que nadie abandone los aposentos de vuestra majestad. Le deseo a vuestra majestad una buena noche -añadió-, y mandaré hacer aquellos arreglos en el zaguán exterior que permitan mayores comodidades a los caballeros que lo van a habitar.

-No te molestes por ellos, señor conde -replicó el rey-; están acostumbrados a desafiar las adversidades, y, a decir verdad, exceptuando que tengo interés en ver a Galeotti, desearía no tener más trato con nadie del exterior durante esta noche, si eso es compatible con tus instrucciones.

-Estas son, dejar a vuestra majestad -replicó Crèvecoeur- dueño absoluto de vuestras habitaciones. Tales son las órdenes de mi amo.

-Tu amo, conde Crèvecoeur -contestó Luis-, a quien también puedo llamar mío, es un amo muy gracioso. Mis dominios -añadió- son algo reducidos de dimensiones, pues están limitados a un viejo zaguán y a un dormitorio, pero son lo batante amplios para todos los súbditos de que ahora puedo vanagloriarme.

El conde de Crèvecoeur se despidió, y poco después pudieron oír el ruido de los centinelas dirigiéndose a sus puestos, acompañados de las voces de mando de los oficiales y los pasos apresurados de los soldados relevados. Por fin, todo quedó en silencio, y el único sonido que se percibía era el murmullo perezoso del río Somme, que se deslizaba profundo y enturbiado bajo los muros del castillo.

-Id al zaguán, compañeros míos -dijo Luis a su séquito-, pero no echaros a dormir. Estad preparados, pues hay algo que hacer esta noche, y es urgente.

Oliver y Tristán se retiraron al zaguán conforme a estas palabras, en el cual Le Balafré y los dos empleados del capitán preboste habían permanecido cuando los otros penetraron en la habitación. Se encontraron con que los de fuera habían arrojado bastante leña al fuego con el doble fin de tener luz y calor a un tiempo, y arropados en sus capas, estaban sentados en el suelo en posturas que expresaban la agitación y abatimiento de sus espíritus. Oliver y Tristán no vieron nada mejor que hacer que seguir su ejemplo, y como nunca hicieron buenas migas en los días de su prosperidad en la Corte, ambos sentían igual repugnancia para depositar confianza en el otro, en este revés extraño y repentino de fortuna. De suerte que toda la partida reposaba silenciosa con ánimos decaídos.

Librodot

En el ínterin, su jefe sufría en el retiro de su cámara secreta agonías que podían servir de expiación a las muchas que habían sido provocadas por órdenes suyas. Recorría la habitación con pasos cortos y desiguales, a menudo permanecía silencioso y cruzaba juntas las manos, y exteriorizaba, en suma, una agitación que en público había sido capaz de contener con tanto éxito. Por fin, deteniéndose y torciéndose las manos, se colocó enfrente de la portezuela que había sido señalada por el viejo Mornay como paso al escenario del asesinato de uno de sus antepasados y gradualmente expresó sus sentimientos en soliloquio entrecortado.

-¡Carlos *el Simple*! ¡Carlos *el Simple*! ¿Cómo llamará la posteridad al onceno Luis, cuya sangre probablemente refrescará pronto las manchas de la tuya? ¡Luis el tonto; Luis el fatuo; Luis el bobo, todos son términos demasiado ligeros para señalar el colmo de mi idiotez! ¡Pensar que estos tercos vecinos de Lieja, para quienes la rebelión es tan natural como el alimento, habrían de permanecer quietos; soñar que la Bestia Salvaje de las Ardenas habría de interrumpir por un momento su carrera de brutalidad ávida de sangre; suponer que podía yo emplear los argumentos y la razón para buen fin con Carlos de Borgoña, mientras no hubiera probado la fuerza de semejantes exhortaciones con éxito en un toro salvaje! ¡Qué tonto e idiota fuí! Pero el villano Martins no se escapará. Ha estado en el fondo de todo esto, él y el vil sacerdote, el detestable Balue[(53)]. Si alguna vez escapo de este peligro, arrancaré de la cabeza del cardenal su capelo, aunque arranque con él simultáneamente su cuero cabelludo. ¡Pero el otro traidor está en mis manos! ¡Soy aún lo bastante rey, tengo aún un imperio lo bastante dilatado para el castigo de ese impostor charlatán, traficante de palabras, observador de estrellas, forjador de mentiras! La conjunción de las constelaciones; ay, la conjunción. ¡Puede hablar tonterías, que soy lo bastante idiota para creer que entiende! Pero ahora veremos lo que la conjunción ha presagiado realmente. Mas primero haré mis devociones.

Encima de la portezuela, en memoria quizá de la hazaña que se había cometido dentro, había un tosco nicho que contenía un crucifijo tallado en piedra. En este emblema fijó el rey los ojos, como si se preparase a arrodillarse, pero se detuvo cual si aplicase a la sagrada imagen las reglas de la política terrenal y juzgase temerario aproximarse a su presencia sin haberse asegurado, la intercesión privada de algún santo favorito. Se apartó, pues, del crucifijo como indigno de mirarle, y escogiendo de entre las imágenes, que como a menudo hemos mencionado estaba su sombrero completamente guarnecido, una de la Virgen de Clery, se arrodilló ante ella e hizo la siguiente extraordinaria plegaria, en la que llama la atención que su grado de superstición le indujese en cierto modo a considerar a la Virgen de Clery como persona distinta de la Madona de Embrun, ídolo favorito suyo y a quien frecuentemente hacía ofrendas.

-¡Bondadosa Virgen de Clery! -exclamó cruzando sus manos y golpeándose el pecho mientras hablaba-. ¡Bendita Madre de misericordia! ¡Tú que eres omnipotente con la omnipotencia, ten compasión de mí, pecador! Es cierto que te he olvidado algo por tu bendita hermana de Embrun; pero soy rey, mi poder es grande, mi riqueza inmensa, y si no fuese así, doblaría la gabela a mis súbditos antes de no pagarte mis deudas. ¡Abre estas puertas de hierro; rellena estos tremendos fosos; condúceme como una madre guía a un niño, fuera de este peligro apremiante de ahora! Si he dado a tu hermana el condado de Bolonia, en propiedad perpetua, ¿no tengo medios de

demostrarte también a ti mi devoción? Tendrás la amplia y rica provincia de Champaña, y sus viñedos verterán su abundancia en tu convento. Había prometido la provincia a mi hermano Carlos; pero éste, como sabes, está muerto, ¡envenenado por ese perverso abad de San Juan d'Angely, a quien, si vivo, castigaré! Te prometí esto antes de ahora; pero esta vez mantendré mi palabra. Si tuve algún conocimiento del crimen, créeme, mi queridísima patrona, fué porque no supe de ningún otro método mejor para pacificar a los rebeldes de mi reino. ¡Oh, no tengas presente esa antigua deuda para mi cuenta de hoy; pero sé, como siempre has sido, amable, benigna y amable a los ruegos! Dulce señora, intercede con tu hijo para que perdone todos los pecados pasados, y uno, una pequeña acción que debo hacer esta noche, no es *pecado*, mi queridísima Señora de Clery, no es pecado, sino un acto de justicia ejercido privadamente, pues el villano es el mayor impostor que ha vertido falsedades en oídos de príncipe y se inclina, además, a la asquerosa herejía de los griegos. No merece tu protección; déjalo a mi cuidado y considera como un buen servicio el que libre al mundo de él, pues el hombre es un nigromántico y un hechicero, que no es digno que pienses ni cuides de él, un perro, cuya muerte debe ser de tan poca importancia a tus ojos como la chispa que salta del fuego. ¡No pienses en esta cuestión, gentil y amable señora, y considera sólo cómo mejor me puedes ayudar en mis pesares! Y ahora uno mi sello real a tu efigie en señal de que mantendré mi palabra respecto al condado de Champaña, y de que será la última vez que te molestaré en estas cuestiones de sangre, sabiendo que eres tan amable, gentil y compasiva.

Después de este extraordinario contrato con el objeto de su adoración, Luis recitó, aparentemente con profunda devoción, los siete salmos penitenciales en latín y varias avemarías y rezos de los dedicados a la Virgen. Después se levantó satisfecho de haberse asegurado la intercesión de la Virgen a quien había rezado, tanto más cuanto reflexionó ladinamente que la mayoría de los pecados para los que en anteriores ocasiones había impetrado su mediación habían sido de clase distinta, y que, por consiguiente, la Señora de Clery era menos probable que considerase como persona acostumbrada a hacer derramar sangre que los otros santos a quienes había con más frecuencia hecho confidentes de sus crímenes[(54)].

Cuando de este modo hubo descargado su conciencia, o más bien, la hubo blanqueado de nuevo como un sepulcro, el rey asomó la cabeza a la puerta que daba al zaguán y llamó a Le Balafré para que viniese a su habitación.

-Mi buen soldado -dijo-, me has servido durante largo tiempo y has ascendido poco. Aquí estamos en un caso en el que o salgo con vida o muero, pero no me gustaría morir como hombre desagradecido, o dejar, en cuanto los santos me lo permitan, ni a amigo ni a enemigo sin recompensa. Ahora tengo un amigo que debe ser recompensado, que eres tú; un enemigo para castigarlo según sus merecimientos, que es el villano vil y traidor Martins Galeotti, que con sus imposturas y falsedades me ha conducido en brazos de mi mortal enemigo con tan firme propósito de mi destrucción como el carnicero la tiene de matar la bestia que conduce al matadero.

-Le desafiaré por este motivo, ya que dicen que es batallador, aunque algo corpulento -dijo Le Balafré-. No dudo que ya que el duque de Borgoña es tan amigo de los hombres que manejan la espada nos permitirá que luchemos en campo abierto con espacio razonable, y si vuestra majestad vive lo bastante y goza de libertad, me

Librodot

verá luchar por su derecho y tomar venganza tan adecuada en este filósofo como vuestro corazón lo pueda desear.

-Reconozco tu bravura y tu adhesión a servirme -dijo el rey. Pero este traidor villano es un hombre vigoroso y no quiero voluntariamente que arriesgues tu vida, mi bravo soldado.

-No sería soldado bravo -dijo Balafré- si no me atreviese a hacer frente a un hombre como él. ¡Estaría bonito que a mí, que no sé leer ni escribir, me diese miedo de un gordo que apenas ha hecho otra cosa en su vida!

-Sin embargo -dijo el rey-, no me agrada que te metas por mí en esta aventura, Balafré. Este traidor viene aquí citado de orden mía. Consentiré, tan pronto encuentres ocasión, que te encierres con él y le hieras bajo la quinta costilla. ¿Me entiendes?

-Desde luego -contestó Le Balafré-; pero si me lo permite vuestra majestad, éste es un asunto que se sale por completo de mi práctica. No puedo matar un perro, de no ser en el ardor de una acometida, o persecución, o por desafío previo, o cosa parecida.

-¡Cómo! ¿Vas a alabarte de ternura de corazón -dijo el rey-, tú, que has sido el primero en el asalto y el más ansioso, según me han contado, de los placeres y ventajas que se logran en esos casos, con corazón empedernido y mano sanguinaria?

-Señor -contestó Le Balafré-, no tuve miedo, ni me importaron vuestros enemigos con la espada en la mano. Y un asalto es asunto desesperado, con riesgos que calientan tanto la sangre de un hombre, que, por San Andrés, tarda uno mucho después en tranquilizarse. Dios se compadece de nosotros, pobres soldados, que primero nos volvemos locos con el peligro, y después más locos con la victoria. He oído hablar de una legión compuesta enteramente de santos, y me parece que todos ellos se ocuparán en rezar e interceder por el resto del ejército y por todos aquellos que llevan plumas y corseletes, coletos de ante y espadones. Pero lo que vuestra majestad propone se sale de mi práctica corriente, aunque no puedo negar que es bastante amplia. En cuanto al astrólogo, si es un traidor, que sufra la muerte de un traidor; no quiero mezclarme en ello. Vuestra majestad dispone de su capitán preboste y de dos de sus ayudantes, que están ahí fuera, y son más adecuados para tratar con él que un caballero escocés como yo que está en el servicio.

-Dices bien -dijo el rey-; pero, por lo menos, incumbe a tu deber el prevenir ninguna interrupción y el guardar la ejecución de mi justa sentencia.

-Eso lo haré en contra de todo Peronne -dijo Le Balafré-. Vuestra majestad no debe dudar de mi fidelidad en lo que pueda reconciliarla con mi conciencia, la cual, por conveniencia mía y del servicio de vuestra majestad, debo confesar que es muy ancha; por lo menos, sé que he hecho algunas hazañas por vuestra majestad, que antes hubiera preferido verme inválido que hacerlas por cualquier otro.

-Déjate de eso -dijo el rey-, y escucha: cuando entre Galeotti y se cierre la puerta detrás de él, ponte sobre las armas y guarda la entrada al interior de la habitación. Que nadie penetre; esto es todo lo que se te pide. Ve y envíame al capitán preboste.

Librodot

Balafré salió de la habitación, y un minuto después entraba en ella Tristán l'Hermite procedente del zaguán.

-Bien venido, compadre -dijo el rey-; ¿qué piensas de nuestra situación?

-Que somos hombres sentenciados a muerte -dijo el capitán preboste-, de no ser que el duque suspenda la ejecución de la sentencia.

-La suspenda o no, aquel que nos ha atraído con añagaza a este garlito será nuestro *fourrier* en el otro mundo para tomarnos habitaciones -dijo el rey con sonrisa feroz y terrible-. Tristán, tú has hecho muchos actos de justicia valerosa, *finis;* hubiera dicho *funis coronat opus.* Debes estar junto a mí hasta el final.

-Estaré -dijo Tristán-; soy un individuo tosco, pero agradecido. Haré mi deber dentro de estos muros o en cualquier otro sitio, y mientras yo esté vivo, bastará la menor indicación de vuestra majestad condenando a alguien para que vuestra sentencia sea ejecutada literalmente, lo mismo que cuando ocupabais vuestro trono. Luego podrán hacer conmigo lo que quieran; no me importa.

-Eso es lo que esperaba de ti, mi querido compadre -dijo Luis-; pero ¿cuentas con buena ayuda?; el traidor es fuerte y no dejará de implorar auxilio. El escocés sólo guardará la puerta, y ya es bastante haberlo conseguido con halagos y bromas. Oliver no sirve para nada si se le saca de sus mentiras, halagos y de sus consejos peligrosos, y, *¡ventre Saint-dieu!,* creo que merece más la soga del ahorcado que cualquier otro. ¿Dispones de hombres y medios para actuar rápida y eficazmente?

-Tengo conmigo a Trois-Eschelles y a Petit-André -dijo-: hombres tan expertos en su oficio, que de cada tres hombres, colgarían a uno antes de que sus dos compañeros se enterasen. Y todos hemos resuelto vivir o morir con vuestra majestad, sabiendo que nos quedará tan poco tiempo para respirar cuando desaparezcáis, como a cualquier lote de nuestros pacientes. Pero ¿cuál va a ser nuestro asunto de ahora? Quiero asegurarme de su hombre, pues, como vuestra majestad a veces gusta de recordarme, de vez en cuando he equivocado al criminal y ahorcado en su lugar a un honrado artesano que no había ofendido a vuestra majestad.

-Tienes mucha razón -dijo el otro-. Entérate, pues, Tristán que la persona condenada es Martins Galeotti. Te asombras, pero ésa es la verdad. El villano nos ha arrastrado a todos aquí con argumentos falsos y traicioneros para ponernos indefensos en manos del duque de Borgoña...

-¡Pero no sin venganza! -dijo Tristán-. ¡Aunque estuviera en el último trance, le picaría como avispa que muere, sin importarme que me hiciesen pedazos en seguida!

-Conozco tu espíritu leal -dijo el rey- y el placer que, como otros buenos hombres, encuentras en el cumplimiento de tu deber, ya que la virtud, como dice el proverbio, es tu recompensa. Pero márchate y prepara los oficiantes, porque la víctima se aproxima.

-¿Quiere que se realice en vuestra presencia, mi soberano? -dijo Tristán.

Librodot

Luis rehusó este ofrecimiento; pero encargó al capitán preboste que lo tuviese todo dispuesto, para la puntual ejecución de sus mandatos, en el momento en que el astrólogo dejase su habitación; pues -dijo el rey- quiero ver una vez más al villano para observar cómo se conduce con el amo, a quien ha metido en estos afanes. Me gustará ver la sensación de la muerte que se aproxima, cambiando el color de esos carrillos encendidos y apagando el brillo de esos ojos que sonreían al mentir. ¡Oh, que no hubiese en este momento otro con él, cuyos consejos ayudaron a sus presagios! Pero si sobrevivo a esto, despídete de tu púrpura, ¡señor cardenal!, pues la protección de Roma no te servirá de nada. ¿Por qué te detienes? Ve y prepara a tus servidores. Espero de un momento a otro al villano. ¡Ruego a Dios que no le dé miedo y no quiera venir! Eso sería una contrariedad. Márchate. Tristán, no deberías ser tan calmoso cuando hay asuntos pendientes.

-Por el contrario, vuestra majestad acostumbraba a decirme que iba demasiado de prisa y equivocaba sus órdenes, pagando justos por pecadores. Le ruego que me dé una señal cuando despida a Galeotti, para saber si se prosigue el negocio o no. He conocido a vuestra majestad cambiando de criterio una o dos veces y regañarme después por obrar demasiado aprisa[(55)].

-Criatura indecisa -contestó el rey Luis-, te anuncio que no cambiaré de modo de pensar; pero, para acallar tus remordimientos, fíjate en que si digo al bribón, al tiempo de despedirle: «¡Hay un cielo sobre nosotros!», entonces el asunto marcha; pero si digo: «Vete en paz», debes interpretarlo como que mi propósito ha sido modificado.

-Mi cabeza está hoy muy torpe -dijo Tristán l'Hermite-. Permítame que lo repita. Si le dice que se marche en paz, ¿tengo que ocuparme de él?

-¡No, no; idiota, no! -dijo el rey-; en ese caso le dejas el paso libre. Pero si digo. «¡Hay un cielo sobre nosotros», entonces álzale hasta una yarda o dos de los planetas, de los que tanto le gusta ocuparse.

-Me gustaría tener aquí los medios para ello -dijo el preboste.

-Entonces, lo mismo me da *arriba* que *abajo* con él, -contestó el rey sonriendo siniestramente.

-¿Y qué haremos con el cuerpo? -dijo el preboste.

-Déjame un momento de reflexión -dijo el rey-; las ventanas del zaguán son demasiado estrechas; pero ese mirador saliente es bastante ancho. Lo arrojaremos al Somme y le pondremos un papel en su pecho, con la leyenda: «Dejad paso libre a la justicia del rey».

El capitán preboste salió del aposento de Luis y llamó a consejo a sus dos ayudantes en un rincón del gran zaguán, donde Trois-Eschelles colocó una antorcha en el muro para alumbrarlos. Hablaron en voz baja, sin ser notado por Oliver le Dain, que parecía muy abatido, ni Le Balafré, que estaba dormido.

-Camaradas -dijo el preboste a sus servidores-, quizá hayáis pensado que había terminado nuestra misión, o que, por lo menos, era más probable que fuésemos materia para ejercitar el deber de otros, que no nosotros los encargados de realizar un

deber. Pero ánimo, camaradas; nuestro noble amo nos ha reservado una misión, y debe ser bien ejecutada, como hombres que han de pasar a la historia.

-Adivino de lo que se trata -dijo Trois-Eschelles-: nuestro patrón es como los antiguos emperadores de Roma, quienes, cuando las cosas llegaban a un límite, acostumbraban a elegir de entre sus ministros de justicia alguna persona experimentada que pudiera evitar a sus sagradas personas los temibles intentos de un novicio en nuestro ministerio. Era una bonita costumbre para los paganos; pero, como buen católico, sentiría cierto escrúpulo en poner las manos sobre el cristianísimo rey.

-Hermano, siempre has sido demasiado escrupuloso -dijo Petit-André-. Si exigiere de palabra o por escrito que se le ejecutase, no sé cómo legalmente podríamos impedirlo. El que habita en Roma debe obedecer al Papa; los hombres del capitán preboste deben cumplir las órdenes de su amo, y éste las del rey.

-¡Silencio, pícaros! -dijo el capitán preboste-. Aquí no hay asunto alguno que se refiera a la persona del rey, sino a la de ese pagano, herético, griego y hechicero mahometano Martins Galeotti.

-¡Galeotti! -contestó Petit-André-. Eso es bien natural. Nunca conocí a prestidigitador alguno que pasase su vida, por decirlo así, bailando sobre una cuerda tirante sin que al final diera el batacazo.

-Mi único interés sería -dijo Trois-Eschelles mirando hacia arriba- el que la pobre criatura no muera sin confesión.

-¡Bah!, ¡bah! -dijo el capitán preboste-; es un hereje insigne y un nigromántico; todo un conclave de sacerdotes no podría absolverle de la sentencia a muerte que ha merecido. Además, si se le antoja tirar por ese camino, tienes tú el don, Trois-Eschelles, de servirle de padre espiritual. Pero lo que me temo es que tendréis que usar vuestros puñales, compañeros, pues no disponéis aquí de los instrumentos adecuados para el ejercicio de vuestra profesión.

-¡Nuestra Señora de París prohíba -dijo Trois-Eschelles- que el mandato del rey me coja desprovisto de mis utensilios! Siempre llevo alrededor de mi cuerpo el cordón de San Francisco, doblado cuatro veces, con un hermoso lazo al final del mismo, pues soy de la orden de San Francisco y puedo llevar su cogulla cuando me halle *in extremis*, gracias a Dios y a los buenos padres de Saumur.

-Y en cuanto a mí -dijo Petit-André-, siempre llevo en mi bolsa una polea con un fuerte tomillo para fijarla donde me parezca en caso que viajemos por donde haya escasez de árboles o sus ramas queden muy altas del suelo. Lo he encontrado cosa muy conveniente.

-En ese caso -dijo el capitán preboste sólo tienes que atornillar tu polea en aquella viga, encima de la puerta, y pasar por ella la soga. Daré conversación al individuo cerca del sitio hasta que ajustes el lazo corredizo bajo su barbilla, y entonces...

-Y entonces tiramos de la cuerda -dijo Petit-André, y nuestro astrólogo subirá a las cercanías del cielo.

Librodot

-Pero ¿estos caballeros -dijo Trois-Eschelles mirando hacia la chimenea- no ayudan, y debutan así en nuestra profesión?

-No -contestó el preboste-; el barbero sólo idea maldades que deja a otros hombres el realizar; y en cuanto al escocés, guarda la puerta mientras se realiza el hecho, ya que no tiene corazón suficiente para tomar más parte activa en él; cada cual a lo suyo.

Con gran destreza, y aun con una especie de deleite profesional que endulzaba la idea de la precaria situación en que se encontraban los dignos ejecutantes de los mandatos del capitán preboste, prepararon la cuerda y polea para llevar a cabo la sentencia que había sido promulgada contra Galeotti por el cautivo monarca, pareciendo gozar con que esta última acción estuviese tan en consonancia con su vida pasada. Tristán l'Hermite miraba sus preparativos con una especie de satisfacción, mientras Oliver no se fijaba en ellos ni poco ni mucho, y Ludovico Lesly, aunque se despertó con el ruido y los miró, consideró que estaban ocupados en asuntos que no tenían nada que ver con su deber, y por los cuales no podía él tener responsabilidad ninguna[(56)].

Capítulo XXIX

Recriminación

Tu tiempo no ha
concluído aún -el diablo a quien sirves
Aún no te ha abandonado. Ayuda a los amigos
Que se afanan por él, como el hombre ciego
Fué ayudado por el guía, que prestó su hombro
Sobre caminos buenos y malos hasta que llegó al borde
Del precipicio,- y entonces le arrojó al vacío.
Anti
gua Comedia.

Obedeciendo el mandato, o más bien la súplica, de Luis -pues estaba éste en circunstancias en que, aunque monarca, sólo podía rogar a Le Glorieux que fuese en busca de Martins Galeotti-, el bufón no encontró dificultad alguna para realizar su comisión, dirigiéndose, desde luego, a la mejor taberna de Peronne, de la que él mismo era casi parroquiano, ya que era un gran admirador de esa especie de licor que reducía los cerebros de los demás hombres al nivel del suyo.

Librodot

Encontró, o más bien vió, al astrólogo en un rincón del salón público de beber -estufa, como es llamado en Alemania y Flandes, del principal mueble que tiene-, sentado, en coloquio íntimo con una hembra en traje singular, de estilo morisco o asiático, la que, cuando Le Glorieux se acercó a Martins, se levantó como disponiéndose a partir.

-Estas -dijo la forastera- son noticias en las que puede tener confianza absoluta -y, al decir esto, desapareció entre la multitud de comensales que estaban sentados por grupos en las diversas mesas del local.

-Primo filósofo -dijo el bufón presentándose-, el cielo, tan pronto libra a un centinela, envía otro para ocupar su sitio. Marchado un tonto, aquí viene otro para guiarle a las habitaciones de Luis de Francia.

-¿Y eres tú el mensajero? -dijo Martins mirándole con repentina aprensión y descubriendo, desde luego, su condición de bufón, aunque menos insinuada que de costumbre, como antes hicimos observar, por su apariencia externa.

-Sin duda -contestó Le Glorieux-; y cuando el Poder envía a la Locura a rogar que se acerque la Sabiduría, hay una indicación segura para saber de qué pie cojea el paciente.

-¿Y si yo rehuso el ir al ser citado a hora tan tardía por semejante mensajero? -dijo Galeotti.

-En ese caso le llevaríamos -dijo Le Glorieux-. En la puerta hay media docena de vigorosos alabarderos, que para ese efecto me ha proporcionado Crèvecoeur, pues ha de saber que mi amigo Carlos de Borgoña y yo no hemos arrebatado la corona a nuestro pariente Luis, que ha sido lo bastante asno de poner en nuestro poder, sino que nos hemos limitado a limarla y recortarla un poco, y, aunque reducida al tamaño de una lentejuela, aun es de oro puro. En otros términos: aun ejerce dominio sobre su gente, usted incluído, y el cristianísimo rey se encuentra en el antiguo zaguán comedor del castillo de Peronne, al que usted, como su súbdito, está ahora obligado a comparecer.

-Le acompaño, señor -dijo Martins Galeotti, y acompañó a Le Glorieux viendo quizá que no había escape posible.

-Ay, señor -dijo el tonto a medida que iban hacia el castillo-; hace bien, porque tratamos a nuestro pariente como se suele tratar a un viejo león famélico en su jaula, arrojándole de vez en cuando una ternera para que sus viejas mandíbulas hagan ejercicio.

-¿Quiere decir -dijo Martins- que el rey trata de infligirme un castigo corporal?

-Eso lo puede adivinar usted mejor que yo -dijo el bufón-; pues aunque la noche está nublada, apostaría a que puede ver las estrellas a través de las nubes. No sé de qué se trata, si bien mi madre me solía decir que me acercase con cautela a una rata vieja en una ratonera, pues nunca como entonces estaba dispuesta a morder con ganas.

Librodot

El astrólogo no hizo más preguntas, y Le Glorieux, conforme a la costumbre de los de su clase, continuó charlando, mezclando el sarcasmo con las tonterías, hasta que entregó al filósofo a la guardia montada en la puerta del castillo de Peronne, donde pasó de centinela en centinela hasta ser admitido en la torre de Heriberto.

Las insinuaciones del bufón no fueron perdidas para Martins Galeotti, y vió algo que pareció confirmarlas en la mirada y modales de Tristán, cuya manera de dirigirse a él, mientras le acompañaba a la cámara del rey, era humillante, hosca y siniestra. Observador atento de lo que pasaba en la tierra, así como entre los cuerpos celestes, no se le escapó la polea y la cuerda, y como ésta se movía, dedujo que alguien que había estado ocupado en prepararla había sido interrumpido en su trabajo por su repentina llegada. Todo esto lo vió, y recurrió a toda su sutileza para evitar el inminente peligro, resuelto, si encontraba imposible el soslayarlo, a defenderse hasta el final contra quien le asaltase.

Esto resolvió, y con un paso y mirada que correspondían a la determinación que había tomado, Martirs se presentó ante Luis, a un tiempo imperturbable por el fracaso de sus predicciones, y no acobardado por la cólera del monarca y sus consecuencias probables.

-¡Que todo buen planeta sea favorable a vuestra majestad! -dijo Galeotti con una inclinación de estilo casi oriental-. ¡Que toda constelación maligna aparte sus influencias de mi real amo!

-Creía -replicó el rey- que cuando mirases esta habitación, cuando pensases dónde está situada y de qué modo guardada, tu sabiduría consideraría que mis estrellas propicias han resultado falsas, y que toda conjunción maligna ha dado de sí lo peor. ¿No estás avergonzado, Martins Galeotti, de verme en este lugar y prisionero cuando recuerdes por consejo de quién fuí inducido a venir aquí?

-¿Y no estás tú avergonzado, mi real señor? -replicó el filósofo- Tú, cuyo adelanto en ciencia era tan notable, tu recelo tan rápido, tu perseverancia tan incesante ¿No estás avergonzado de amilanarte al primer revés de la fortuna, como un pusilánime al primer chasquido de armas? ¿No te propusiste participar de esos misterios que elevan a los hombres sobre las pasiones, las penas, las adversidades, las tristezas de la vida, estado sólo posible de lograr con la firmeza del antiguo estoico, y te encoges ante la primera presión de la adversidad y pierdes el premio glorioso para el que partiste, desviándote asustado de tu camino, como caballo de carrera espantado por peligros irreales y vagos?

-¡Irreales y vagos! ¡No tienes dos dedos de frente! -exclamó el rey-. ¿Es irreal este calabozo? Las armas de los guardias de mi detestado enemigo borgoñés, cuyo crujido puedes oír en la puerta, ¿son cosas vagas? ¿Cuáles, *traidor*, son los peligros reales, si no lo son la prisión, el destronamiento y el peligro de la vida?

-La ignorancia, la ignorancia, hermano, y el prejuicio -contestó el sabio con gran firmeza- son los únicos peligros reales. Créeme; los reyes, en la plenitud de su poder, cuando se encuentran sumergidos en la ignorancia y el prejuicio, son menos libres que los sabios en un calabozo cargados de cadenas. Hacia esta verdadera felicidad me compete el guiarte; a ti corresponde escuchar mis instrucciones.

Librodot

-¿Y es a semejante libertad filosófica a la que tus lecciones tienden a guiarme? -dijo el rey amargamente-. ¡Me gustaría que en Plessis me hubieras aclarado que el dominio tan pródigamente prometido era un imperio sobre mis pasiones; que el éxito del que debía estar seguro se refería a mi progreso en filosofía, y que podía llegar a ser tan sabio y erudito como un vagabundo charlatán de Italia! ¡Podía seguramente haber logrado este dominio mental a un precio más moderado que el de la pérdida de la más bella corona de la Cristiandad y el de llegar a ser un ocupante de un calabozo en Peronne! Márchate, y no pienses en escapar a un justo castigo. *¡Hay un cielo sobre nosotros!*

-No te abandono a tu suerte -replicó Martins- hasta que haya justificado ante tus ojos, aunque estén obscurecidos, aquella mi reputación, piedra más brillante que la más brillante en tu corona, que será el asombro del mundo siglos después que todo el linaje de los Capetos yazca olvidado en el osario de Saint Denis.

-Habla -dijo Luis-; tu descaro no puede hacerme cambiar mi opinión respecto a ti. Sin embargo, como nunca más juzgaré como rey, no quiero censurarte sin oírte. Habla, pues, aunque lo mejor que puedes hacer es decir la verdad. Confiesa que soy un incauto; tú, un impostor; tu pretendida ciencia, un sueño, y que los planetas que brillan sobre nosotros tienen tan poca influencia sobre nuestro destino como sus imágenes, al ser reflejadas por el río, tienen poder para modificar su curso.

-¿Y cómo conoces tú -contestó el astrólogo atrevidamente- la influencia secreta de aquellas luminarias benditas? Hablas de la ineficacia de éstas para influir en las aguas, cuando sabes que aun la más débil, porque está más próxima a este desgraciado mundo nuestro, tiene bajo su dominio no a cursos de agua tan modestos como el Somme, sino a las mareas del poderoso Océano, que menguan y crecen a medida que su disco aumenta y disminuye, y están bajo su influencia, como esclavo que aguarda la orden de una sultana. Y ahora, Luis de Valois, contesta a tu vez a mi parábola. Confiesa que eres como el pasajero tonto que se encoleriza con su piloto porque no puede llevar al barco a puerto sin experimentar alguna vez la fuerza adversa de los vientos y de las corrientes. Pude indicarte el probable resultado de tu empresa como próspero, pero el cielo tiene poder para conducirte hasta el final; y si el camino es áspero y peligroso, ¿depende de mí el suavizarlo o hacerlo más seguro? ¿Dónde has dejado aquella sabiduría que nos enseña que los caminos del destino están a menudo dispuestos en favor nuestro, aunque en oposición a nuestros deseos?

-Me recuerdas una falsedad palmaria -dijo el rey rápidamente-. Me pronosticaste que aquel escocés realizaría su empresa con fortuna para mi interés y honor, y ya sabes que ha terminado de tal modo que ha llevado al paroxismo al Toro Loco de Borgoña, que quiere vengarse en mí. Esta es una falsedad evidente; no tienes en esto escape; no puedes sacar a relucir ningún remoto cambio favorable de la marea, para que, como un idiota, permanezca sentado en la orilla del agua esperando el resultado final de los acontecimientos. Aquí te ha engañado tu ciencia. Intentaste hacer una predicción que ha resultado completamente falsa.

-Que ha resultado verdad -contestó el astrólogo con valentía-. No deseo mayor triunfo de la ciencia sobre la ignorancia que el que esa predicción y su resultado proporcionan, Te dije que sería leal en el desempeño de una honrosa comisión. ¿No lo

ha sido? Te dijo que sería escrupuloso antes de ayudar a una empresa mala. ¿No ha resultado ser así? Si lo dudas, pregunta al bohemio Hayraddin Maugrabin.

El rey se puso rojo de vergüenza y cólera al oír esto.

-Te pronostiqué -continuó el astrólogo- que la conjunción de los planetas, bajo la que emprendió su comisión, auguraba peligros para su persona. ¿Y no ha encontrado peligros en su camino? Te dije que auguraba beneficio para el que le enviaba, y de esto pronto tendrás la prueba.

-¡Pronto tendré la prueba! -exclamó el rey- ¿No toco ya el resultado con la prisión y la desgracia?

-No -contestó el astrólogo-, aun no es el final: tu propia boca confesará antes de mucho el beneficio que has recibido dada la manera como el mensajero se portó en el desempeño de su comisión.

-Esto es demasiada, demasiada insolencia -dijo el rey-: querer a la vez engañarme e insultarme. Pero no creas que mis pesares quedarán sin venganza. *¡Hay un cielo sobre nosotros!*

Galeotti se volvió para partir.

-Detente aún -dijo Luis-: defiendes bien tu impostura. Contéstame a una pregunta, y piensa bien antes de contestar: ¿puede tu pretendida habilidad asegurar la hora de tu muerte?

-Sólo refiriéndome al sino de otro -dijo Galeotti.

-No comprendo tu respuesta -contestó Luis.

-Has, pues, de saber, rey -dijo Martins-, que sólo esto puedo decir con certeza referente a mi muerte: que tendrá lugar precisamente veinticuatro horas antes de la de vuestra majestad[(57)].

-¡Cómo! ¿Qué dices? -dijo Luis alterándose de nuevo su rostro-. Espera, espera, no te vayas; aguarda un momento. ¿Dices que *mi* muerte seguirá de cerca a la *tuya*?

-En el espacio de veinticuatro horas -repitió Galeotti con firmeza-, si es que hay una chispa de verdad en esas brillantes y misteriosas inteligencias, que hablan cada una según su recorrido, aunque sin lengua. Deseo a vuestra majestad una noche tranquila.

-Detente, detente; no te vayas -dijo el rey cogiéndole del brazo y apartándole de la puerta-. Martins Galeotti, he sido un buen amo para ti; te he enriquecido; he hecho de ti mi amigo, mi compañero, el instructor de mis estudios. Sé franco conmigo, te lo ruego: ¿Me será propicia esta misión del escocés? ¿Y está la medida de nuestras vidas tan estrechamente ligada? Confiesa, mi buen Martins, que hablas según la superchería de tu oficio. Confiesa, te lo ruego, y no sufrirás mal alguno por parte mía. Me encuentro prisionero, privado probablemente de un reino; para uno en mi caso, la verdad vale tanto como reinos, y es a ti, mi querido Martins, a quien debo mirar en busca de esta inestimable joya.

-Y se la he presentado ya a vuestra majestad -dijo Galeotti-, a riesgo de que, llevado de pasión brutal, la emprenda conmigo y me haga pedazos.

-¿Quién, yo, Galeotti? -replicó Luis con suavidad-. ¡Ay! ¡Qué poco me conoces! ¿No estoy cautivo, y en esta condición, de qué me serviría mi cólera sino para demostrar mi impotencia? Dime, pues, sinceramente: ¿Me has embaucado? ¿O es tu ciencia verdad y me hablas con sinceridad?

-Vuestra majestad me dispensará si le contesto -dijo Martins Galeotti- que sólo el tiempo, el tiempo y los acontecimientos, convencerán a la incredulidad. No olvide el puesto de confianza que he tenido en la mesa de consejos del renombrado conquistador Matías Corvinus de Hungría, aun en el propio gabinete del emperador, cuando le reitero la verdad de lo que le pronostiqué. Si no me quiere creer, sólo tengo que mencionar la marcha de los acontecimientos. Un día o dos de paciencia probarán o desaprobarán lo que he asegurado referente al joven escocés, y no me importará morir en la rueda y que me quebranten uno a uno mis miembros, si vuestra majestad no resulta beneficioso, y en alto grado, por la conducta intrépida de Quintín Durward. Pero si hubiese de morir con semejantes torturas, sería conveniente que vuestra majestad buscase un sacerdote, pues desde el momento en que exhale mi último suspiro sólo le quedarán veinticuatro horas para su confesión y penitencia.

Luis continuó sujetando el brazo de Galeotti, mientras le conducía a la puerta, y pronunció, al tiempo de abrirla, en alta voz:

-Mañana hablaremos más de esto. Vete en paz, mi erudito padre. ¡Vete en paz! ¡Vete en paz!

Repitió estas palabras tres veces, y, temeroso aún de que el capitán preboste pudiese equivocar su propósito, condujo al astrólogo al zaguán, agarrándole fuertemente por su traje, como si temiese que le separasen de él y le matasen ante su vista. No le soltó hasta que hubo repetido una y otra vez: «Vete en paz», y hecho una señal particular al capitán preboste para que suspendiese todo procedimiento contra la persona del astrólogo.

De este modo, la posesión de algún informe secreto, unido al valor audaz y rapidez de pensar, salvó a Galeotti del peligro más inminente, y de este modo resultó Luis el más sagaz, así como el más vengativo de los monarcas de la época, defraudado en su venganza por la influencia de la superstición sobre un temperamento egoísta y un espíritu para el cual la conciencia de sus muchos crímenes hacía que el temor de la muerte fuese peculiarmente terrible.

Experimentó, sin embargo, mucha mortificación al verse obligado a renunciar a su proyectada venganza, y la desilusión parecía ser compartida por sus satélites, que habían de haber realizado la ejecución. Sólo Le Balafré, perfectamente indiferente a la cuestión, tan pronto como fué hecha la señal de contraorden, dejó la puerta en la que había estado apostado, y en pocos minutos quedó dormido.

El capitán preboste, mientras el grupo se disponía a echarse para reposar en el zaguán, después que el rey se retiró a su alcoba, continuó mirando al astrólogo con la mirada de un mastín que vigila un pedazo de carne que el cocinero ha apartado de sus

mandíbulas, mientras sus ayudantes se comunicaban entre sí, en breves sentencias, sus sentimientos peculiares.

-¡El pobre nigromántico -murmuró Trois-Eschelles, con aire de espiritual unción y conmiseración, a su camarada Petit-André- ha perdido la mejor ocasión de expiar algunas de sus viles brujerías al no morir por medio del cordón del bendito San Francisco! Y era mi intención dejar el cómodo lazo alrededor de su cuello para ahuyentar al enemigo malo de su infeliz cuerpo.

-¡Y yo -dijo Petit-André- he perdido la más rara oportunidad de saber cómo un peso de doscientas treinta y ocho libras estiraría un cordel triple! ¡Hubiera sido un glorioso experimento para mi cordón, y el simpático muchacho hubiera muerto tan fácilmente!

Mientras proseguía este diálogo en voz baja, Martins, que se había situado en el lado opuesto de la gigantesca piedra del hogar, alrededor de la cual estaban todos reunidos, les miró de través con una mirada de recelo. Primero puso su mano en su coleto, y quedó satisfecho al comprobar que el puño de un puñal muy afilado, de doble corte, que siempre llevaba consigo, estaba a conveniente alcance de su mano, pues, como hemos ya dicho, era, aunque algo abultado, un hombre poderoso y atlético, y expedito y activo en el empleo de su arma. Satisfecho con que este fiel instrumento estuviese listo, sacó después de su pecho un rollo de pergamino, escrito en caracteres griegos y lleno de signos cabalísticos, reunió leña en el hogar e hizo una hoguera, con la que pudo distinguir la cara y actitud de todos los que estaban sentados o echados: el sueño profundo y pesado del soldado escocés, que yacía sin movimiento, con su rostro basto, tan inmóvil como si lo hubieran fundido en bronce; la cara pálida y ansiosa de Oliver, que unas veces parecía dormido y otras abría sus ojos y levantaba de prisa su cabeza, como si le pinchase alguna interna angustia o le despertase algún sonido lejano; el aspecto descontento, salvaje, de perro de presa, del preboste, que parecía mientras en el fondo destacaban las facciones hipócritas de Trois-Eschelles, cuyos ojos miraban a lo alto, como si estuviese rezando sus oraciones, y los gestos descarados de Petit-André, que se divertía imitando los gestos y muecas de su camarada antes de entregarse al sueño.

Frustrado en su deseo
Poco satisfecho y deseoso aun de matar...

Entre estos rostros vulgares e innobles se destacaba, con gran ventaja, la majestuosa figura, hermoso rostro y facciones dominantes del astrólogo, que podía haberse tomado por uno de esos antiguos magos, aprisionado en una cueva de ladrones, y dispuesto a invocar un espíritu para conseguir su liberación. Y aunque no se hubiese distinguido más que por la belleza de su barba flotante, que descendía sobre el misterioso rollo que mantenía en su mano, podía perdonársele a uno el sentir que un apéndice tan noble hubiese sido otorgado al que había puesto su talento, erudición y las ventajas de la elocuencia al servicio vil de un petardista y un impostor.

Así pasó la noche en la torre del conde Heriberto, del castillo de Peronne. Cuando la primera luz de la aurora penetró en la antigua cámara gótica, el rey citó a Oliver a

Librodot

su presencia, y éste, que encontró al monarca sentado con su bata de noche, quedó asombrado de la alteración que una noche de mortal ansiedad había puesto en su mirada. Hubiera intentado manifestar su ansiedad por ello; pero el rey le hizo callar, manifestando los diversos procedimientos por los que anteriormente había intentado lograr amigos en la corte de Borgoña, y los cuales fué encargado Oliver de proseguir tan pronto le fuese permitido reanudar sus andanzas en el exterior. Y nunca resultó ese astuto ministro más sorprendido con la claridad de la inteligencia del rey y su íntimo conocimiento de todos los resortes que mueven las acciones humanas, como en esta memorable consulta.

Unas dos horas después, Oliver logró permiso del conde de Crèvecoeur para salir y realizar las comisiones que su amo le había confiado; y Luis, mandando llamar al astrólogo, en quien parecía haber renovado su fe, celebró con él, análogamente, una larga consulta, cuya consecuencia pareció ser el darle más ánimo y confianza de la que en un principio mostró, de tal suerte, que se vistió y recibió los cumplidos de Crèvecoeur con una calma que no pudo por menos de sorprender al noble borgoñés, tanto más cuanto había oído decir que el duque había pasado varias horas en un estado de ánimo que parecía hacer muy difícil la salvación del rey.

Capítulo XXX

Incertidumbre

Nuestros
consejeros vacilan como la frágil barca
Que da vueltas al encontrarse con
corrientes opuestas.
Vieja Comedia.

Si la noche pasada por Luis fué bastante ansiosa y agitada, la que correspondió al duque de Borgoña, que nunca tuvo dominio sobre sus pasiones, y les permitía, por el contrario, un dominio sin trabas e ilimitado sobre sus acciones, fué aún más movida.

Según la costumbre de la época, dos de sus consejeros principales y más favoritos, D'Hymbercourt y Des Comines compartieron con él su alcoba, habiéndose preparado lechos para ellos junto a la cama del príncipe. Nunca mejor que en esta noche fué necesaria su ayuda, ya que, enloquecido por la pena, por la pasión, por el deseo de venganza y por el sentimiento del honor que le impedía ejercitarla sobre Luis en la presente ocasión, se asemejaba el espíritu de Carlos a un volcán en erupción, que despide fuera todo los diversos contenidos de la montaña mezclados y fundidos en una masa ígnea.

Librodot

Rehusó quitarse su traje ni hacer preparación alguna para dormir y pasó la noche en una serie de accesos violentos de pasión. En algunos de sus paroxismos hablaba sin cesar con sus acompañantes de un modo tan rápido e incoherente que éstos temían realmente se hubiera vuelto loco, tomando como tema el mérito y bondad de corazón del asesinado obispo de Lieja; y recordando todos los casos de mutua amabilidad, afecto y confianza que había habido entre ambos, sufrió tal ataque de pena que se echó sobre la cama con la cara hacia ella y parecía que iba a ahogarse con las lágrimas y lamentos que trataba de contener. Levantándose después de la cama, dió rienda suelta a otro ataque más furioso y atravesó la habitación de prisa, profiriendo amenazas incoherentes y juramentos de venganza aun más incoherentes, a la vez que golpeando el suelo con el pie, según su costumbre, invocaba a San Gregorio, San Andrés y a los demás santos de su devoción para ponerles de testigos que tomaría venganza sangrienta en De la Marck, en el pueblo de Lieja y en *él*, que era el autor de todo. Esta última amenaza, pronunciada más encubiertamente que las otras, se refería, sin duda, a la persona del rey; y una de las veces el duque expresó su determinación de enviar por el duque de Normandía, hermano del rey, y con quien Luis estaba de malas, con el fin de que el monarca cautivo cediese, bien la corona misma o algunas de sus prerrogativas y pertenencias más valiosas.

Transcurrieron otro día y noche en el mismo estado de cosas, o más bien con las mismas rápidas transiciones de pasión, pues el duque apenas comía o bebía, ni se cambiaba de traje, y, en general, se conducía como uno a quien la cólera podía llevarle a la locura. Poco a poco se fué apaciguando y comenzó a tener, de vez en cuando, consultas con sus ministros, en las que se proponía mucho y no se resolvía nada. Comines nos asegura que una de las veces estuvo preparado un correo con el fin de avisar al duque de Normandía, y, en ese caso, la prisión del monarca francés hubiera venido a ser, como en casos similares, un breve tránsito para su tumba.

Otras veces, cuando Carlos había agotado su furia, se quedaba sentado adoptando sus facciones una seria y rígida inmovilidad, como uno que medita alguna hazaña desesperada y se encuentra aún incapaz de tomar una resolución. E indudablemente hubiera bastado poco más que una insidiosa insinuación por parte de cualquiera de los consejeros que le acompañaban para haber impulsado al duque a alguna acción desesperada. Pero los nobles de Borgoña, dado el carácter sagrado inherente a la persona de un rey, y a un lord Paramount, y teniendo en cuenta la palabra empeñada cuando Luis se entregó a ellos, estaban casi unánimemente inclinados a recomendar medidas moderadas; y los argumentos que D'Hymbercourt y Des Comines se habían aventurado alguna que otra vez a insinuar durante la noche eran, en las horas de más reflexión de la mañana siguiente, repetidos y expuestos por Crèvecoeur y otros. Era posible que su celo a favor del rey no fuese del todo desinteresado. Muchos, como hemos dicho, habían ya experimentado la liberalidad del rey; otros poseían, bien fincas o tenían intereses en Francia, que le colocaban un poco bajo su influencia; y es cierto que el tesoro, que había sido transportado en cuatro mulos cuando el rey penetró en Peronne, se hizo mucho más ligero en el curso de estas negociaciones.

Al tercer día, el conde de Campobasso recurrió a su ingenio italiano para venir en ayuda de Carlos, y de mucho le sirvió a Luis que no lo hubiese manifestado durante el primer acceso de furia del duque. Apenas llegó, se convino una reunión de los

consejeros del duque para considerar las medidas que debían adoptarse en esta crisis singular.

En esta ocasión, Campobasso expuso su opinión, apoyada en la fábula del viajero, la víbora y la zorra; y recordó al duque el consejo que la zorra dió al hombre, de que debía aplastar a su enemigo mortal, ahora que la suerte le había puesto a su disposición. Des Comines, que vió brillar los ojos del duque al escuchar una proposición que su propio temperamento violento le había sugerido ya más de una vez, se precipitó a afirmar la posibilidad de que Luis no hubiese tenido participación muy directa en la sanguinaria acción que se había cometido en Schonwaldt; que tenía medios para rechazar los cargos que se le imputaban y quizá hacer expiar a otro los alborotos que sus intrigas habían ocasionado en los dominios del duque y en los de sus aliados; y que un acto de violencia perpetrado en la persona del rey era seguro que acarrearía, tanto sobre Francia como sobre Borgoña, una serie de desgraciadas consecuencias, entre las que no era la menos de temer la de que Inglaterra podía aprovecharse de las conmociones y discordias civiles, que necesariamente tendrían que producirse, para volverse a posesionar de Normandía y Guyena y renovar esas temibles guerras que sólo, y con dificultad, se habían terminado por la unión de Francia y Borgoña contra su común enemigo. Finalmente, confesé que no recomendaba la liberación sin condiciones de Luis, y que el duque debía sacar partido de su condición actual para establecer un tratado honroso y equitativo entre los dos países, con tales seguridades de parte del rey que resultase difícil quebrantar su palabra o perturbar en el porvenir la paz interior de Borgoña. D'Hymbercourt, Crèvecoeur y otros significaron su reprobación de las medidas violentas propuestas por Campobasso y su opinión, que en materia de tratados podían lograrse ventajas más permanentes y de un modo más honroso para Borgoña que con una acción que la deshonraría con un quebrantamiento de palabra y una falta de hospitalidad.

El duque escuchó estas razones con la mirada fija en el suelo y el entrecejo tan fruncido que las cejas casi formaban un solo arco continuo. Pero cuando Crèvecoeur dijo que no creía que Luis supiese o fuese cómplice del terrible acto de violencia cometido en Schonwaldt, Carlos levantó la cabeza y, lanzando una mirada fiera a su consejero, exclamó:

-¿También tú, Crèvecoeur, has oído el tintineo del oro francés? Me parece que suena tan alegre en mis consejos como las campanas de Saint Dennis. ¿Se atreve nadie a decir que Luis no es el instigador de estos feudos en Flandes?

-Señor -dijo Crèvecoeur-, mi mano ha estado siempre más acostumbrada al acero que al oro; y tan alejado estoy de pensar que Luis está libre de la acusación de haber promovido los disturbios en Flandes, que no hace mucho, en presencia de toda su corte, le eché en cara su incumplimiento de palabra y le desafié en nombre vuestro. Pero aunque sus intrigas han sido, sin duda, la causa original de estas conmociones, estoy tan distante de creer que autorizase la muerte del arzobispo, que tengo entendido que uno de sus emisarios protestó en público de ello, y puedo enseñarle al hombre si su alteza tiene gusto de verle.

-Ese *es* mi gusto -dijo el duque-. ¡San Jorge! ¿Puede nadie dudar que deseo obrar en justicia? Aun en el mayor acceso de mi cólera se me tiene por juez justo y recto. Yo mismo veré al de Francia; yo mismo le diré mis quejas y yo mismo le señalaré la

Librodot

reparación que exigimos y pedimos. Si resultase inocente de este asesinato, la expiación por otros crímenes será más leve. Si ha sido culpable, ¿quién se atrevería a negar que una vida de penitencia en algún monasterio retirado no sería una condena merecida y de las más misericordiosas? ¿Quién -añadió, enardeciéndose a medida que hablaba-, quién se atreverá a censurar un desquite tan rápido y expedito? Que acuda su testigo. Estaremos en el castillo una hora antes del mediodía. Anotaremos algunas cláusulas que tendrá que cumplir, ¡o infeliz de él! Concluid el consejo y marcharos. Me cambiaré de traje, ya que éste no es el más indicado para visitar a *mi más afable soberano.*

Haciendo hincapié marcado en la última frase, se levantó el duque y salió de la habitación.

-La salvación de Luis, y lo que es peor, el honor de Borgoña, dependen de la manera de arrojar los dados -dijo D'Hymbercourt a Crèvecoeur y a Des Comines-. Apresúrate a ir al castillo, Des Comines; tú posees una lengua más expedita que Crèvecoeur o yo. Explícale a Luis la tormenta que se aproxima; él sabrá mejor cómo conducirse y confío que ese soldado de la Guardia no dirá nada que pueda empeorar las cosas; ¿pues quién sabe cuál puede haber sido la secreta comisión que le estaba encomendada?

-El joven -dijo Crèvecoeur- es atrevido, aunque más prudente y cauto de lo que sus años parecen indicar. En todo lo que me dijo demostró solicitud por los sentimientos del rey como a un príncipe a quien se sirve. Confío que se comportará igual en la presencia del duque. Iré a buscarle, y también a la joven condesa de Croye.

-¡La condesa! Nos dijiste que la habías dejado en el monasterio de Santa Brígida.

-Ay, pero me vi obligado -dijo el conde- a enviar por ella siguiendo las órdenes del duque, y ha sido traída hasta aquí en una litera, siendo incapaz de viajar de otro modo.

Estaba en un estado de gran zozobra, tanto por la incertidumbre de la suerte reservada a su parienta lady Hameline, como por la melancolía que envolvía la suya, culpable como había sido de una delincuencia feudal al apartarse de la protección de su señor, el duque Carlos, que no es la persona más indicada para ver con indiferencia lo referente al incumplimiento de sus derechos señoriales.

La noticia de que la joven condesa estaba en poder de Carlos añadió nuevas y puntiagudas espinas a las reflexiones de Luis. Sabía que explicando las intrigas por las que él había inducido a lady Hameline y a ella a ir a Peronne, ésta podía aportar aquella prueba que él había suprimido con la ejecución de Zamet Maugrabin, y sabía bien cómo semejante prueba de su injerencia en los derechos del duque de Borgoña proporcionaría a la vez motivo y pretexto para que Carlos se aprovechase lo más posible de su presente trance.

Luis hablaba de estos asuntos con gran ansiedad con el señor Des Comines, cuyo talento agudo y político se acomodaba mejor al temperamento del rey que el carácter marcial y brusco de Crèvecoeur o la altivez feudal de D'Hymbercourt.

-Estos soldados de mano de hierro, mi buen amigo Comines -dijo a su futuro historiador-, no deberían nunca penetrar en el gabinete del rey, sino ser dejados con

las alabardas en la antecámara. Sus manos están en realidad hechas para nuestro servicio; pero el monarca, que los emplea en algo mejor que para actuar de yunques de las espadas y mazas de sus enemigos, se pone a la altura del tonto que regaló a su querida un látigo de perro en vez de una gargantilla. Es con personas como tú, Felipe, cuyos ojos están dotados de esa aguda y rápida visión que penetra más allá de la superficie externa de los asuntos, con los que un príncipe debe compartir su mesa de consulta, su gabinete -¿qué más?-, los secretos más ocultos de su alma.

Des Comines, espíritu tan despierto, se vió naturalmente satisfecho al contar con la aprobación del príncipe más sagaz de Europa, y no supo disimular lo suficiente su satisfacción interior para que Luis dejase de percatarse de haberle hecho alguna impresión.

-¡Quisiera -continuó- tener tal servidor o más bien ser digno de tener uno de esa clase! No me hubiera entonces visto en esta infortunada situación, la que, sin embargo, apenas tendría motivo para deplorar si pudiese descubrir el medio de asegurarme los servicios de un estadista de tanta experiencia.

Des Comines dijo que todas sus facultades, tales como eran, estaban al servicio de su cristianísima majestad, respetando siempre su alianza con su legítimo señor el duque Carlos de Borgoña.

-¿Y soy yo capaz de seducirle a incumplir esa alianza? -dijo Luis patéticamente-. ¡Ay! ¿No estoy ahora en peligro por haber puesto demasiada confianza en mi vasallo? No, Felipe Des Comines, continúa al servicio de Carlos de Borgoña, y le servirás mejor haciendo un arreglo con Luis de Francia. Al obrar así nos servirás a ambos, y uno, al menos, quedará agradecido. Me consta que sus haberes en esta corte apenas exceden de los del Grand Falconer, ¡y con ello, los servicios del más sabio consejero de Europa están puestos al nivel, o más bien por debajo, de los de un individuo que alimenta y cura halcones! Francia tiene amplias tierras; su rey dispone, de mucho oro. Permíteme, mi amigo, que rectifique esta escandalosa desigualdad. Los medios no están lejanos; permíteme que los emplee.

El rey sacó un pesado saco de dinero; pero Des Comines, más delicado de sentimientos que la mayoría de los cortesanos de su época, rehusó la oferta, declarándose perfectamente satisfecho con la liberalidad de su príncipe nativo y asegurando a Luis que su deseo de servirle no podía ser aumentado con la aceptación del regalo que había propuesto.

-¡Hombre singular! -exclamó el rey- Permítame que abrace al único cortesano de este tiempo, a la vez capaz e incorruptible. La sabiduría debe apreciarse más que el oro de ley, y créeme, confío en tu amabilidad, Felipe, en este apuro más que en la ayuda comprada de muchos que han recibido mis donativos. Me consta que no aconsejarás a tu amo a que abuse de la oportunidad que la fortuna y, para hablar claro, Des Comines, mi propia locura le han proporcionado.

-*Abusar*, de ningún modo -contestó el historiador-, pero sí con toda certeza *usar* de ella.

Librodot

-¿Cómo y en qué grado? -dijo Luis-. No soy tan burro que espere librar sin algún rescate, pero que sea éste razonable, a razones que siempre esté dispuesto a escuchar en París o en Plessis, así como en Peronne.

-Ah, pero si me lo permite su majestad -replicó Des Comines-, la razón en París o Plessis acostumbraba a hablar en un tono de voz tan bajo y humilde, que no siempre lograba alcanzar una audiencia de su majestad; en Peronne se apropia la trompeta de la Necesidad y su voz se hace dominante o imperativa.

-Hablas en sentido muy metafórico -dijo Luis, incapaz de refrenar una emoción de displicencias-; soy hombre obtuso, torpe, señor Des Comines. Te ruego abandones tus metáforas y hables claro. ¿Qué espera el duque de mí?

-No soy portador de ninguna proposición, señor -dijo Des Comines-; el duque explicará pronto su intención; pero se me ocurren algunas cosas como proposiciones posibles, para las que debe estar preparado su majestad. Como, por ejemplo, la cesión final de estas poblaciones del Somme.

-Esperaba tanto como eso -dijo Luis.

-Que renuncie a los de Lieja y a Guillermo de la Marck.

-De tan buen grado como rechazo al infierno y a Satanás -dijo Luis.

-Se exigirá una amplia seguridad, en rehenes o con ocupación de fortalezas, o de otro modo, para que Francia se abstenga en lo futuro de promover rebelión entre los flamencos.

-Es algo nuevo -contestó el rey- que un vasallo exija fianzas a su soberano, pero pasemos también por ello.

-Un infantazgo adecuado e independiente para vuestro ilustre hermano, el aliado y amigo de mi amo -Normandía o Champaña-. El duque ama la casa de vuestro padre, mi soberano.

-Está bien -contestó Luis-; acabará, *mort Dieu*, por hacer a todos reyes. ¿No está aún vacía su cartera de sugestiones?

-No enteramente -contestó el consejero-; se exigirá de seguro que su majestad se abstenga de hostigar, como lo ha hecho últimamente, al duque de Bretaña, y que no discuta por más tiempo el derecho que él y otros grandes feudatarios tienen de acuñar moneda, de nombrarse a sí mismos duques y príncipes por la gracia de Dios...

-En una palabra: hacer otros tantos reyes de mis vasallos. Señor Des Comines, ¿quieres hacer de mí un fratricida? Recuerdas bien a mi hermano Carlos; tan pronto fué duque de Guyena cuando murió. ¿Y qué le quedará al descendiente y representante de Carlomagno después de ceder estas ricas provincias, excepto el ser ungido con aceite en Reims y tomar su comida bajo un gran dosel?

-Disminuiremos la preocupación de su majestad en ese particular dándole un compañero en esa solitaria exaltación -dijo Felipe Des Comines-. El duque de Borgoña, aunque no reclama ahora el título de rey independiente, desea, sin embargo,

Librodot

verse libre en el porvenir de las abyectas señales de sujeción a la corona de Francia que se le exigen; es su propósito cerrar su corona ducal con un arco imperial y rematarla con un globo, emblema de que sus dominios son independientes.

-¿Y cómo se atreve el duque de Borgoña, el vasallo jurado de Francia? -exclamó Luis levantándose de pronto y mostrando un grado no corriente de emoción-. ¿Cómo se atreve a proponer esas condiciones a su soberano cuando por todas las leyes europeas suponen un secuestro de su feudo?

-Esa opinión de secuestro sería difícil en este caso demostrarla -contestó Des Comines con calma-. Su majestad sabe que la estricta interpretación de la ley feudal se está haciendo anticuada aun en el Imperio, y que el superior y el vasallo intentan mejorar su situación uno respecto al otro en cuanto tienen poder y oportunidad. La injerencia de su majestad con los vasallos del duque en Flandes resultará una disculpa de la conducta de mi amo, suponiéndole que insista en que al aumentar Flandes su independencia, Francia resultará en lo futuro desprovista de ningún pretexto para obrar como hasta ahora.

-¡Comines, Comines! -dijo Luis levantándose de nuevo y recorriendo la habitación con aire pensativo-. Esta es una terrible lección sobre el tema *Vae victis!* ¿No quieres dar a entender que el duque insistirá en estas duras condiciones?

-Por lo menos, desearía que su majestad esté en condiciones de discutirlas todas.

-Sin embargo, la moderación, Des Comines, la moderación en el éxito es -nadie lo sabe mejor que yo- necesaria para sacar la máxima ventaja.

-He observado que el mérito de la moderación es más apto para ser alabado por la parte que pierde. El ganador tiene en más estima la prudencia que le avisa que no deje oportunidad sin cultivar.

-Bien, reflexionaremos sobre ello -replicó el rey-; pero por lo menos, ¿has llegado al final de la irrazonable exacción del duque? No puede quedar nada, o si queda, pues así lo parece indicar la expresión de tu rostro, ¿qué es ello? ¿Qué puede ser en verdad? A no ser que sea mi corona, ¡que estas demandas previas, si son concedidas, la privarán de todo su lustre!

-Señor -dijo Des Comines-, lo que queda por mencionar es una cosa en parte -en realidad, en gran medida- dentro del poder del duque, aunque tiene intención de invitar a su majestad a dar su asentimiento, pues le toca muy de cerca a su persona.

- *¡Pasques-dieu!* -exclamó el rey impaciente-. ¿Qué es ello? Habla, señor Des Comines. ¿He de enviarle a mi hija en calidad de concubina, o qué otra deshonra quiere atraer sobre mí?

-Ninguna deshonra, mi soberano; pero el primo de su majestad, el ilustre duque de Orleáns...

-¡Ah! -exclamó el rey-. Pero Des Comines prosiguió sin hacer caso de la interrupción.

Librodot

... habiendo puesto su afecto en la joven condesa Isabel de Croye, espera el duque que su majestad accederá por su parte, así como él por la suya, en dar su consentimiento a este matrimonio, y junto con ello dotar a la noble pareja con tales dominios que, unidos a los de la condesa, puedan constituir un patrimonio adecuado para un hijo de Francia.

-¡Jamás, jamás! -dijo el rey, manifestando esa emoción que últimamente había llegado a dominar con mucha dificultad y paseando con una prisa alborotada que formaba el mayor contraste con el dominio de sí mismo que generalmente mostraba-. ¡Jamás, jamás! ¡Que traigan tijeras y corten mi pelo como el del tonto de la parroquia, a quien tanto me parezco! ¡Que pidan me recluya a un monasterio o que abran mi sepultura! ¡Que traigan hierros candentes para chamuscar mis ojos, hacha o acónito, lo que quieran; pero Orleáns no quebrantará la palabra ofrecida a mi hija ni se casará con otra mientras viva!

-Su majestad -dijo Des Comines-, antes de oponerse tan abiertamente a lo propuesto, debe considerar su falta de poder para impedirlo. Todo hombre sabio, cuando ve que una roca cede, se aparta del vano intento de impedir su caída.

-Pero un hombre bravo -dijo Luis- encontrará, al fin, su tumba bajo ella. Des Comines, considera la gran pérdida, la funesta destrucción que tal matrimonio aportaría a mi reino. Recuerda que sólo tengo un hijo varón, débil, y este Orleáns es el siguiente heredero; considera que la Iglesia ha consentido esta unión de Orleáns con mi hija Juana, lo que uniría tan felizmente los intereses de ambas ramas de la familia; piensa en todo esto, y piensa también que este enlace ha sido la idea favorita de toda mi vida; que la he planeado, he luchado por ella, la he vigilado, he rogado por ella y he pecado por ella. ¡Felipe Des Comines, no podré soportarlo! ¡Piensa hombre, piensa!, compadéceme en esta cuestión; el cerebro rápido puede fácilmente encontrar algún substituto a este sacrificio; algo que ofrecer en vez del sacrificio de ese proyecto que me es querido como el único hijo del Patriarca le fué a él. ¡Felipe, apiádate de mí! Tú, al menos, sabrás que para hombres de discernimiento y previsión, la destrucción de un plan largo tiempo acariciado, y por el que han sufrido mucho, es mucho más doloroso que la pena pasajera de los demás hombres, cuyos afanes son la satisfacción de alguna pasión temporal; tú, que sabes cómo simpatizar con la pena legítima y más profunda, producto de la prudencia frustrada y de la sagacidad defraudada ¿no te harás cargo de mi sentimiento?

-¡Mi señor y rey! -replicó Des Comines-. Simpatizo con su desgracia siempre que el deber a mi amo...

-¡No le menciones! -dijo Luis, obrando, o apareciendo por lo menos obrar, bajo un irresistible y obstinado impulso que hizo desaparecer el dominio usual que mantenía sobre sus palabras-. Carlos de Borgoña es indigno de que le seas adicto. El que puede insultar y pegar a sus consejeros, el que puede distinguir al más sabio y fiel de ellos con el oprobioso nombre de *Tête-botté.*

La prudencia de Felipe Des Comines no le impedía poseer un alto concepto de su importancia personal, y se quedó tan sorprendido con las palabras pronunciadas por el rey, que sólo pudo replicar repitiendo las palabras *Tête-botté*

-¡Es imposible que mi señor el duque pueda haber así calificado al servidor que ha estado junto a él desde que podía montar un caballo noble! ¿Y además delante de un monarca forastero? ¡Eso es imposible!

Luis se percató en seguida de la impresión que había hecho, y evitando tanto un tono de condolencia, que hubiera parecido insultante, como uno de simpatía, que podía haber tenido sabor de afectación, dijo con sencillez y al mismo tiempo con dignidad:

-Mis desgracias me han hecho olvidar mi cortesía; de lo contrario no te hubiera hablado de lo que podía ser desagradable de oír. Pero me has acusado de haber dicho una cosa imposible; esto afecta a mi honor y parecería que aceptaba el reproche si no contase las circunstancias en que el duque, riendo a mandíbula batiente, pronunció ese nombre ofensivo, que no repetiré para no ofender a tus oídos. Fueron así: «Estabas tú, Felipe Des Comines, en una cacería con el duque de Borgoña, tu amo, y cuando éste se apeó del caballo, concluída la caza, pidió tu ayuda para sacarse las botas de montar. Leyendo en tus miradas, quizá, algún resentimiento natural por este trato menospreciable, te ordenó que te sentases a tu vez y te hizo el mismo servicio que acababa de recibir de ti. Mas ofendido por haberle interpretado al pie de la letra, tan pronto sacó una de tus botas te golpeó brutalmente con ella en la cabeza hasta que fluyó la sangre, protestando de la insolencia de un súbdito que había tenido la presunción de aceptar semejante servicio de manos de su soberano; y desde entonces él, o su privilegiado bufón Le Glorieux, tienen la costumbre de distinguirte con el absurdo y ridículo nombre de *Tête-botté*, que es uno de los motivos de diversión más corrientes en el duque[(58)].

Mientras hablaba Luis de este modo, experimentó el doble placer de atormentar en lo más vivo a la persona con quien hablaba, costumbre que le producía goce, aunque no existiese, como en el caso presente, la excusa de que obraba en puro desquite- y de observar que, por fin, había sido capaz de encontrar un punto vulnerable en el carácter de Des Comines que podía desplazarle gradualmente de los intereses de Borgoña a los de Francia. Pero aunque el profundo resentimiento que el ofendido cortesano sintió por su amo le indujo en el porvenir a cambiar el servicio de Carlos por el de Luis, sin embargo, en el momento actual, se contentó con hacer algunas indicaciones generales de su amistosa inclinación por Francia, que él bien sabía podían ser interpretadas por el rey. Y en verdad que hubiera sido injusto el ofender la memoria del excelente historiador con la deserción de su amo en esta ocasión, aunque ahora estaba seguramente invadido de sentimientos más favorables a Luis que cuando penetró en la habitación.

Se contuvo para no reír al escuchar la anécdota que Luis había referido, y luego dijo:

-No creía que una broma sin importancia pudiese haberla retenido el duque en su magín hasta el punto de juzgarla digna de repetirla. Algo hubo de eso de sacar botas, ya que su majestad sabe que el duque es aficionado a bromas pesadas; pero ha sido muy exagerado en su recuerdo. Dejémoslo pasar.

-Conformes -dijo el rey-, no merece la pena de haber distraído nuestra atención ni por un minuto. Y ahora, señor Des Comines, espero serás lo bastante francés para

Librodot

darme tu mejor consejo en estos asuntos difíciles. Tienes, me consta bien, la clave del laberinto, y sólo falta que quieras darla a conocer.

-Su majestad puede pedir mi mejor consejo y servicio -replicó Des Comines-, con la condición de cumplir siempre mi deber con mi amo.

-Esto era casi lo mismo que el cortesano había dicho antes; pero ahora lo repitió en un tono tan diferente, que mientras Luis interpretó la primera declaración en el sentido de que el deber reservado a Borgoña era lo primero que había que considerar, ahora vió claro que el énfasis estaba invertido y que su interlocutor daba más peso a su promesa de aconsejar que a una restricción que sólo parecía impuesta para cubrir las apariencias. El rey volvió a sentarse, y sentó a Des Comines a su lado, escuchando al mismo tiempo al estadista, como si hablase un oráculo. Des Comines habló en ese tono bajo y solemne que indica a la vez gran sinceridad y alguna prevención, y con tanta lentitud al mismo tiempo, que parecía deseoso que el rey pesase y considerase cada palabra pronunciada como teniendo una significación peculiar y determinada.

-Las cosas -dijo- que he sometido a la consideración de su majestad, aunque suenen ásperas a sus oídos, son para reemplazar proposiciones más violentas que se han dicho en los consejos del duque; desde luego mucho más hostiles para su majestad. Y apenas necesito recordar a su majestad que las sugestiones más directas y más violentas encuentran la más fácil acogida en nuestro amo, que prefiere las medidas breves y peligrosas, a las que son seguras; pero al mismo tiempo exigen un rodeo.

-Recuerdo -dijo el rey- haberle visto atravesar un río, corriendo el riesgo de ahogarse, aunque había un puente distante sólo unas doscientas yardas.

-Así es, señor; y el que arriesga su vida por dar gusto a un momento de impetuosa pasión, preferirá, bajo un impulso análogo, la satisfacción de su voluntad al aumento de su poder verdadero.

-Exacto -replicó el rey-; un tonto se agarra antes a la apariencia que a la realidad de la autoridad. Sé que todo esto se aplica a Carlos de Borgoña. Pero, mi querido amigo Des Comines, ¿qué deduces de estos antecedentes?

-Sencillamente esto, señor -contestó el borgoñés-: que así como su majestad había visto a un experto pescador de caña dominar a un pez, grande y de peso, y sacarle a la postre a tierra por un hilo delgado, el cual pez hubiera roto un aparejo diez veces más fuerte, de haber el pescador tirado de él con el hilo, en vez de soltarle lo bastante para dar juego a sus bruscos escarceos, del mismo modo su majestad, haciendo al duque estas concesiones, en las que cifra sus ideas del honor y la satisfacción de su venganza, puede impedir que se realicen muchas de las otras proposiciones desagradables que le he insinuado, y las que -incluso, debo decírselo con franqueza a su majestad, algunas con las cuales Francia resultaría especialmente debilitada- se borrarían de su memoria y su atención; y dejadas para conferencias posteriores y futura discusión, pueden fácilmente ser eludidas.

Librodot

-Te comprendo, mi buen señor Des Comines; pero al asunto -dijo el rey-. ¿A cuáles de esas felices proposiciones está tan aferrado el duque que la contradicción le haría ser poco razonable e intratable?

-A cualquiera, o a todas ellas, si me lo permite decir su majestad, en las que pudiera contradecírsele. Esto es precisamente lo que su majestad debe evitar; y volviendo a mi anterior ejemplo, debe estar vigilante, dispuesto a soltar al duque la bastante cuerda cuando se debata bajo el impulso de la rabia. Su furia, ya bastante abatida, se gastará por sí sola si no se le lleva la contraria, y entonces le encontrará más amigo y tratable.

-Sin embargo -dijo el rey reflexionando- debe de haber algunas demandas especiales que sean preferidas por mi primo. Si las conociese yo, señor Des Comines...

-Su majestad haría de la más banal de sus demandas la más importante, con sólo oponerse a ella -dijo Des Comines-; sin embargo, señor, lo más que puedo decir, es que toda esperanza de convenio desaparecerá, si su majestad no renuncia a Guillermo de la Marck y a los de Lieja.

-Ya he dicho que no los reconoceré -dijo el rey-, y bien que lo merecen por mi parte: los villanos han comenzado su revuelta en un momento que me podía haber costado la vida.

-El que da fuego a un reguero de pólvora -replicó el historiador-, no puede menos de esperar una rápida explosión de la mina. Pero el duque Carlos debe esperar de su majestad algo más que una mera desautorización de su causa, pues ha de saber que pedirá a su majestad su ayuda para sofocar una insurrección, y su real presencia para ser testigo del castigo que infligirá a los rebeldes.

-Eso apenas es compatible con mi honor, Des Comines -dijo el rey.

-El rehusar a ello apenas será compatible con la salvación de su majestad -replicó Des Comines-. Carlos está decidido a mostrar al pueblo de Flandes que ninguna esperanza ni promesa de ayuda por parte de Francia les librará, en sus motines, de la rabia y venganza de Borgoña.

-Pero, señor Des Comines, hablaré con franqueza -contestó el rey, ¿No podíamos diferir la cuestión si estos bribones de Lieja saben sostenerse contra el duque Carlos? Los mozos son numerosos y decididos. ¿No podrían sostener la población contra él?

-Con la ayuda de los mil arqueros de Francia que su majestad les prometió, podían haber hecho algo; pero...

-¿Que yo se los prometí? -dijo el rey-. ¡Ah, mi buen Des Comines! Te equivocas al decir eso.

-...Pero sin ellos -continuó Des Comines sin parar mientes en la interrupción-, y ya que su majestad no juzgará *ahora* quizá conveniente el proporcionarlos, ¿qué esperanza les queda a los vecinos, aunque se mantengan firmes en su ciudad, cuando en sus murallas están aún sin reparar las grandes brechas hechas por Carlos después de

la batalla de Saint Tron, de tal modo que las lanzas de Hamault, Brabante y Borgoña pueden avanzar en un frente de veinte hombres?

-¡Los idiotas imprevisores! -dijo el rey-. Al haber descuidado de este modo su salvación no merecen mi protección. Pasaré por ello. No discutiré por culpa de ellos.

-El otro extremo me temo que llegue más al fondo del corazón de su majestad -dijo Des Comines.

-¡Ah! -replicó el rey-. ¿Te refieres a esa boda infernal? No consentiré en el quebrantamiento del contrato entre mi hija Juana y mi primo el de Orleáns; sería arrebatar para mí y la posteridad el cetro de Francia, pues ese joven enfermizo, el delfín, es un vástago marchito que se agostará sin dar fruto. Esta boda entre Juana y Orleáns ha sido mi pensar de día, mi ensueño de noche. ¡Te digo, Des Comines, que no puedo renunciar a ella! Además, es inhumano el exigirme que con mi propia mano destruya a la vez mi plan político y la felicidad de una pareja nacida el uno para el otro.

-¿Están, pues, tan enamorados? -preguntó Des Comines.

-Uno de ellos, al menos -dijo el rey-, y precisamente por el que debo estar más interesado. Pero sonríes, Des Comines; no crees en la fuerza del amor.

-Al contrario -dijo Des Comines-; soy tan poco incrédulo en ese particular, que le iba a preguntar si no le decidiría en cierto modo a dar su asentimiento al matrimonio propuesto entre el duque de Orleáns e Isabel de Croye el saber que la condesa gusta tanto de otro, que es probable que nunca haya boda.

El rey Luis suspiró.

-¡Ay! -dijo-. ¿De dónde has sacado, mi bueno y querido amigo, ese consuelo? ¡Que ella *gusta* de otro! Aun suponiendo que Orleáns detestase a mi hija Juana, y de no haber sido por esta malhadada fatalidad, él necesitaba haberse casado con ella; así es que puedes conjeturar que pocas probabilidades existen de que esta otra damisela sea capaz de rehusarle aun con una presión similar, y siendo él, además, un hijo de Francia. ¡Ah, no, Felipe! No hay temor de que ella se obstine en no admitir los galanteos de ese pretendiente. *Varium et mutabile,* Felipe.

-Su majestad puede, en este caso, tasar en poco el valor obstinado de esta señorita. Proviene de una raza muy voluntariosa, y le he oído decir a Crèvecoeur que se ha enamorado románticamente de un joven escudero que le ha prestado muchos servicios en el camino.

-¡Ah! -dijo el rey- ¿Un arquero de mi Guardia que se llama Quintín Durward?

-El mismo, según tengo entendido -dijo Des Comines-. Fué hecho prisionero junto con la condesa cuando viajaban casi solos los dos.

-¡Que sean alabados, Nuestro Señor y Nuestra Señora, y monseñor San Martín y monseñor San Julián -dijo el rey-, y gloria y prez para el erudito Galeotti, que supo leer en las estrellas que el porvenir de este joven estaba ligado con el mío! Si la

doncella le es tan afecta que resulta refractaria al deseo de Borgoña, este Quintín me será de utilidad realmente extraordinaria.

-Creo, señor -contestó el borgoñés-, que, según el informe de Crèvecoeur, hay alguna probabilidad de que se muestre obstinada; además, sin duda, el noble duque, no obstante lo que su majestad dijo por vía de insinuación, no renunciará voluntariamente a su hermosa prima, con la que hace tiempo se encuentra comprometido.

-¡Bah! -contestó el rey-. Pero tú nunca has visto a mi hija Juana. ¡Una lechuza, hombre! ¡Un completo mochuelo, de quien estoy avergonzado! Pero que sea un hombre sabio y se case con ella, y le daré permiso para que se vuelva loco de amor con la dama más bella de Francia. Y ahora, Felipe, ¿me has revelado todo lo que piensa tu amo?

-Lo he participado, señor, todos los detalles en los que, al presente, piensa hacer más hincapié. Pero su majestad sabe bien que el carácter del duque es como un torrente arrollador, que sólo pasa sin hacer daño cuando no encuentra obstáculo a su marcha; y lo que puede inducirle a volverse furioso es imposible adivinarlo. Si se encontraran de pronto pruebas más serias de los manejos de su majestad (perdone la frase, cuando de tan poco tiempo dispongo para escogerla) con los de Lieja y Guillermo de la Marck, el resultado podría ser terrible. Hay extrañas noticias de esta parte: dicen que La Marck se ha casado con Hameline, la condesa de Croye de más edad.

-Esa vieja tonta estaba tan deseosa de casarse, que hubiera aceptado la mano de Satanás -dijo el rey-; pero que ese La Marck, aunque bestia, se haya casado con ella, me sorprende algo.

-También se dice -continuó Des Comines que un enviado o heraldo de La Marck se aproxima a Peronne; esto es probable que ponga frenético al duque. Confío en que no tendrá cartas, o algo parecido, entregadas por su majestad.

-¿Cartas a un Jabalí Salvaje? -contestó el rey-. No, no, señor Des Comines; no soy tan tonto como para echar margaritas al puerco. El poco trato que tuve con el bruto animal fué por intermedio de un mensaje, en los que siempre utilicé esclavos y vagabundos de tan baja estofa, que su declaración no sería creída en un juicio de robo de gallinas.

-Entonces sólo puedo recomendar -dijo Des Comines despidiéndose- que su majestad permanezca en guardia, se guíe por los acontecimientos y, sobre todo, evite emplear ningún lenguaje o argumento con el duque que convenga más a su dignidad que a su situación actual.

-Si mi dignidad -dijo el rey- se encontrase molesta, lo que rara vez ocurre mientras hay intereses más profundos en qué pensar, tengo un remedio especial para ese caso. Basta con mirar cierto gabinete en ruinas y pensar en la muerte de Carlos *el Simple,* y esto me curará con tanta eficacia como un baño frío cura una fiebre. ¿Y ahora, mi amigo y consejero, debes marcharte? Bien, señor Felipe Des Comines; el tiempo llegará en que te cansarás de leer lecciones de política de Estado al Toro de Borgoña, que es incapaz de comprender tu menor argumento. Si para entonces vive Luis de

Valois, tienes un amigo en la corte de Francia. Te confieso, mi Felipe, que sería una bendición para mi reino si alguna vez te logro, ya que a una profunda visión de los asuntos del Estado unes una conciencia capaz de sentir y discernir entre el bien y el mal. Ayudadme, pues, Nuestro Señor y Señora, y monseñor San Martín; Oliver y Balue tienen corazones tan duros como piedra de molino, y mi vida está embargada por el remordimiento y la penitencia a causa de los crímenes que me hacen cometer. Tú, señor De Comines, poseedor de la sabiduría de los tiempos presentes y pasados, puedes enseñar cómo se llega a ser grande sin dejar de ser virtuoso.

-Dura tarea que pocos han resuelto -dijo el historiador-, pero que está al alcance de príncipes que se esfuercen por ella. Mientras tanto, señor, esté preparado, pues el duque conferenciará ahora con vos.

Luis siguió a Felipe con la vista cuando abandonó la habitación, y por fin soltó una carcajada.

-Habló de pescar. ¡Le he enviado a casa hecho una trucha convenientemente halagada! ¡Y se considera virtuoso porque no aceptó dinero alguno, y se contentó con halagos y promesas, y el placer de vengar una afrenta de su vanidad! Bien; se encuentra más pobre por haber rehusado el dinero, y no por eso tiene más honra. Debe ser mío, porque es el que más vale de todos ellos. ¡Ahora a entretenerme con cacería más noble! Tengo que hacer frente a este leviatán de Carlos, que se dirige nadando hacia acá, hendiendo el piélago ante él. Como marinero acobardado, debo arrojar un tonel al agua para divertirlo. ¡Pero quizá algún día encuentre la oportunidad de clavarle un arpón en las entrañas![(59)].

Capítulo XXXI

La entrevista

Sostén tu verdad,
joven soldado. Gentil doncella,
Mantén tu promesa de matrimonio; deja a
la edad sus sutilezas,
y a la política vieja su amasijo de
falsedades;
Pero sed cándidos como el cielo de la
mañana,
Antes de que el sol absorba los vapores
que le enturbian.

El Juicio.

En la peligrosa e importante mañana que precedió al encuentro de los dos príncipes en el castillo de Peronne, Oliver le Dain prestó a su amo el servicio de un agente activo y hábil, despertando el interés por Luis en todos los distritos, tanto con

presentes como con promesas; de modo que cuando la cólera del duque se inflamase, todos a su alrededor apareciesen interesados en apagar, y no aumentar, la conflagración. Se deslizó de tienda en tienda, de casa en casa, haciendo amigos; pero no en el sentido apostólico, sino con el espíritu de la codicia. Como se había dicho de otro activo agente político, «su dedo estaba en la palma de todo hombre, su boca se acercaba al oído de todo hombre»; y por varias razones, algunas de las cuales ya hemos insinuado, se aseguró el favor de muchos nobles borgoñeses que tenían algo que esperar o temer de Francia, o quienes pensaban que si el poder de Luis quedaba muy reducido, su propio duque era probable que siguiese el camino de la autoridad despótica, al que naturalmente se inclinaba su corazón, con un paso decidido y sin obstáculo.

Cuando Oliver sospechaba que su presencia o razones podían ser menos aceptables, utilizaba la de otros servidores del rey, y fué de este modo como obtuvo, por mediación del conde de Crèvecoeur, una entrevista entre lord Crawford, acompañado por Le Balafré, y Quintín Durward, el que, desde su llegada a Perenne, había sido detenido en una especie de honroso confinamiento. Se adujeron asuntos privados para solicitar esta entrevista; pero es probable que Crèvecoeur, que estaba temeroso de que su amo montase en cólera e hiciese algún acto violento y deshonroso con Luis, no sintiese el proporcionar una oportunidad a Crawford de dar algunos consejos al joven arquero, que podían ser de utilidad para su amo.

La entrevista entre los paisanos fué cordial y aun afectuosa.

-Eres un joven singular -dijo Crawford acariciando la cabeza del joven Durward lo mismo que un abuelo puede hacer con la de un descendiente-. Es cierto que has tenido tan buena fortuna como si hubieses nacido bajo un buen signo.

-Todo proviene de haber logrado tan joven un puesto de arquero -dijo Le Balafré-. Nunca se habló tanto de mí querido sobrino, porque llegué a los veinticinco años antes de ser *hors de page*.

-Y fuiste un paje monstruoso, de mal aspecto, Ludovico -dijo el viejo jefe-, con una barba como un ogro y una espalda como el viejo Wallace Wight.

-Temo -dijo Quintín, con la vista baja- gozar durante poco tiempo de esa preferencia, ya que es mi propósito abandonar el servicio de arquero de la Guardia.

Le Balafré se quedó casi mudo de asombro, y las antiguas facciones de Crawford expresaron disgusto. El primero, por fin, murmuró estas palabras:

-¡Abandonar el servicio! ¡Dejar tu puesto en los arqueros escoceses! ¡Quién iba a pensarlo! ¡Y yo que no cedería mi puesto para que me hiciesen condestable de Francia!

-Calla, Ludovico -dijo Crawford-; este joven sabe mejor cómo acomodar su marcha al viento que nosotros los viejos. Su viaje le ha proporcionado algunos cuentos curiosos que contar sobre el rey Luis, y se está volviendo borgoñés para sacar su pequeña ventaja al referirlos al duque Carlos.

Librodot

-¡Si así fuese -dijo Le Balafré-, cortaría su cuello con mi propia mano sin reparar en que es el hijo de mi hermana!

-Pero antes debes averiguar, querido pariente, si merezco ser tratado así -contestó Quintín-; y usted, mi lord, sepa que no soy un chismoso: ni preguntas ni torturas me arrancarán una palabra en perjuicio del rey Luis que haya llegado a mi conocimiento mientras he estado a sus órdenes. Mi juramento de fidelidad me obliga a guardar silencio. Pero no continuaré en ese servicio del rey, en el cual, además del peligro de la lucha franca con mis enemigos, estoy expuesto a los peligros de una emboscada por parte de mis amigos.

-¡Si pone reparos en caer en una emboscada -dijo el obtuso Le Balafré mirando con tristeza a lord Crawford-, me temo, señor, que todo ha concluído con él! Yo mismo he tenido treinta ataques por sorpresa, y he tendido dos veces una emboscada, ya que ésta constituye una práctica favorita en el modo de hacer la guerra de nuestro rey.

-Así es, Ludovico -contestó lord Crawford-; sin embargo, estate tranquilo, pues me parece que entiendo este asunto mejor que tú.

-Ruego a Nuestra Señora que así sea -contestó Ludovico-; pero me hiere en lo más íntimo el pensar que el hijo de mi hermana pueda temer una emboscada.

-Joven -dijo Crawford-, comprendo en parte tu modo de pensar. ¿Has encontrado mala fe en el camino que recorriste por encargo del rey, y crees tener razón en inculparle como autor de ella?

-He sido amenazado con doblez al realizar la comisión del rey -contestó Quintín-; pero he tenido la buena suerte de eludirla. Dejo a Dios y a la conciencia del rey el saber si su majestad es inocente o culpable de lo ocurrido. Me alimentó cuando era un muerto de hambre; me acogió cuando era forastero vagabundo. Nunca colmaré su adversidad con acusaciones que puedan ser injustas, ya que sólo las escuché de las bocas más viles.

-¡Mi querido niño! -dijo Crawford tomándole en sus brazos-. ¡Piensas como un escocés!

-Ya que mi lord Crawford ha abrazado a mi sobrino -dijo Ludovico Lesly-, le abrazaré yo también, aunque quisiera imbuirte que el servicio de emboscada es tan necesario para un soldado como lo es para un sacerdote el estar en condiciones de leer su breviario.

-Cállate, Ludovico -dijo Crawford-; eres un asno, mi amigo, y no sabes la bendición que el Cielo te ha enviado con este bravo muchacho. Y ahora dime, Quintín: ¿ha recibido el rey algún consejo tuyo y sabe tus planes? Pues el pobre hombre necesita, en su apuro, saber lo que tiene que pensar. ¡Si se hubiese traído consigo la brigada completa de guardias! Pero hágase la voluntad del Señor. ¿Sabe algo de tu propósito crees?

-No podría decirlo, en verdad -contestó Quintín-; pero comuniqué a su erudito astrólogo, Martins Galeotti, mi resolución de permanecer callado en todo lo que pudiese indisponer al rey con el duque de Borgoña. Las cosas que yo sospecho no las

comunicaré, con perdón, ni aun a su señoría, y con el filósofo mostré aún menos deseos de aclararme.

-¡Ay! -contestó lord Crawford-. Oliver me dijo que Galeotti predijo con firmeza lo referente a la línea de conducta que debías seguir, y me alegra encontrar que lo hizo con mejor fundamento que las estrellas.

-¡*El* predecir! -dijo Le Balafré riendo-. Las estrellas nunca le dijeron que el honrado Ludovico Lesly acostumbraba a ayudar a su prójima a gastar los buenos ducados que él le arrojaba al regazo.

-¡Calla, Ludovico! -dijo el capitán-. ¡Calla, valiente bestia! Si no respetas mis canas porque he sido un gran juerguista, respeta la juventud e inocencia del joven, y no volvamos a hablar de asunto tan poco a propósito.

-Su señoría puede decir lo que le plazca -contestó Ludovico Lesly-; pero, por mi honor, el adivino Saunders Souplejan, mi vecino de Glen-Houlakin, valía doble que Galeotti o Gallipotty, o como quiera que le llamen. Predijo que todos los hijos de mi hermana morirían el mismo día, y lo dijo en el mismo momento en que nacía el más joven, que es este Quintín, que algún día, sin duda, morirá para que se cumpla la profecía. Todos, menos él, han desaparecido. Y Saunders me anunció un día que yo acabaría medrando por casamiento, lo que, sin duda, ocurrirá a su debido tiempo, aunque todavía no haya sucedido; cuándo y cómo no puedo adivinarlo, ya que no me preocupo por el estado matrimonial, y Quintín es muy joven todavía. También predijo Saunders...

-Basta -dijo lord Crawford-; de no ser la predicción muy oportuna, debes concluir de hablar, mi buen Ludovico, pues tanto tú como yo debemos ahora dejar a tu sobrino, rezando a la Virgen para que fortalezca su entendimiento, pues éste es un caso en el que una palabra de más puede hacer más daño del que pudiese reparar todo un Parlamento de París. Que Dios te bendiga, joven, y no te precipites para abandonar nuestro Cuerpo, pues actualmente se preparan buenos golpes a todas luces y ninguna emboscada.

-También te deseo bendiciones por mi parte, sobrino -dijo Ludovico Lesly-, pues ya que dejas satisfecho a nuestro más noble capitán, también lo estoy yo, como si se tratara del cumplimiento del deber.

-Un momento, mi lord -dijo Quintín, y condujo a sitio algo apartado de su tío a lord Crawford-. No debo olvidar de decirle que hay otra persona que, habiéndose enterado por mí de estas circunstancias, que es indispensable permanezcan ahora ocultas para la salvación del rey, puede muy bien no pensar que la misma obligación de guardar el secreto que me obliga como soldado del rey que soy, y por haber sido amparado por él, la liga también a ella.

-¡A *ella*! -replicó Crawford-. ¡Si hay alguna mujer conocedora del secreto, Dios tenga compasión de nosotros: estamos todos perdidos!

-No lo crea, mi lord -replicó Durward-, y utilice su influencia con el conde de Crèvecoeur para permitirme una entrevista con la condesa Isabel de Croye, que es la persona que conoce mi secreto, y no dudo que la convenceré para que permanezca

Librodot

silenciosa, como sin duda lo seré yo, en todo lo que pueda ser motivo de encolerizar al duque contra el rey Luis.

El viejo soldado reflexionó un rato, miró al techo, después al suelo, moviendo la cabeza, y por fin dijo:

-Hay algo en todo esto que no comprendo. ¡La condesa Isabel de Croye, una entrevista con una dama de su alcurnia y riqueza, y tú, un pobre joven escocés, seguro de entenderte con ella! Muy confiado te encuentro, mi joven amigo, a no ser que hayas aprovechado bien el tiempo durante el viaje. Pero, ¡por la cruz de San Andrés!, hablaré con Crèvecoeur, y como éste teme que el duque Carlos pueda excitarse contra el rey hasta hacer una locura, espero accederá a tu deseo, ¡aunque vive Dios que es bien cómico!

Diciendo esto, y encogiéndose de hombros, salió de la habitación el viejo lord, seguido por Ludovico Lesly, que, acomodando su aspecto al de su jefe, trató aún, sin saber la causa de su sorpresa, aparecer tan misterioso e importante como el mismo Crawford.

A los pocos minutos volvió Crawford, pero sin su subalterno Le Balafré. El anciano parecía estar de buen humor, riendo y comportándose de manera que desentonaba con sus facciones serias, y al mismo tiempo movía la cabeza como si hubiese ocurrido algo que no podía censurar y que encontraba en extremo cómico.

-¡Paisano -dijo-, no se te escaparán las damas guapas por falta de arranque en ti! Crèvecoeur se tragó tu proposición, como si hubiese bebido una copa de vinagre, y juró por todos los santos de Borgoña que si no se tratase del honor de los príncipes y de la paz de los reinos, nunca hubieras tú visto ni aun la huella en el terreno del pie de la condesa Isabel. Si no poseyera una dama, y guapa, hubiera pensado que deseaba romper una lanza en favor de ella. Quizá piense en su sobrino, el conde Esteban. ¡Una condesa! ¡No te contentas con poco! Mas volvamos al asunto: tu entrevista debe ser breve. Pero supongo que sacarás el mejor partido posible del poco tiempo. ¡Ja, ja, ja!

Rojo como la grana, a la vez ofendido y desconcertado por las deducciones descorteses del viejo soldado, y vejado de ver desde qué aspecto tan absurdo era vista su pasión por toda persona de experiencia, siguió Durward en silencio a lord Crawford al convento de Ursulinas, donde estaba alojada la condesa, en cuyo salón de recibir encontró al conde de Crèvecoeur.

-Así, pues, joven apuesto -dijo éste con seriedad-, parece que debes ver una vez más a la hermosa compañera de tu romántica expedición.

-Sí, señor conde -contestó Quintín con firmeza-, y además la tengo que ver sola.

-Eso nunca sucederá -dijo el conde de Crèvecoeur-. Te pongo de testigo a lord Crawford. Esa joven dama, hija de mi antiguo amigo y compañero de armas, la más rica heredera de Borgoña, ha confesado una especie..., ¿qué iba a decir?; en resumen, ella es una tonta, y su soldado, aquí presente, un mequetrefe presuntuoso. En una palabra, no deben verse a solas.

Librodot

-En ese caso no hablaré una sola palabra con la condesa en su presencia -dijo Quintín muy decidido-. Me ha dicho usted más de lo que yo, a pesar de mi presunción, podía esperar.

-Bien dicho, mi amigo -dijo Crawford-, ha sido usted imprudente en su conversación, y ya que acude a mí, le aconsejaría, puesto que existe una sólida reja en este salón, que se confiase en ésta y que dejase en libertad sus lenguas.

Diciendo esto, arrastró fuera a Crèvecoeur, que le siguió de mala gana, y echó varias miradas de cólera al joven arquero al dejar la habitación.

Un momento después penetró la condesa Isabel por el otro lado de la reja, y tan pronto vió solo a Quintín en el salón, se detuvo y miró al suelo por espacio de medio minuto.

-¿Por qué he de ser desagradecida -dijo- porque otros tienen injustas sospechas? Mi amigo, mi protector puedo decir: tanto me he visto rodeada por la traición. ¡Mi único amigo fiel y constante!

Al decir estas palabras, alargó su mano a través de la reja y consintió que se la retuviese hasta que la hubo cubierto de besos, mezclados con lágrimas. Sólo dijo:

-Durward, si nos encontrásemos de nuevo no permitiría esta locura.

Si se considera que Quintín la había defendido de tantos peligros; que, en realidad, había sido su único protector celoso y fiel, quizá mis bellas lectoras aunque fuesen condesas y herederas, perdonarían esa libertad.

Mas la condesa separó su mano, al fin, y, retrocediendo un paso al otro lado de la reja, preguntó a Durward, en tono que denotaba bastante perturbación, qué merced le tenía que pedir.

-Ya sé que tiene que hacerme un ruego, pues me lo comunicó el viejo lord escocés que vino aquí hace poco con mi primo Crèvecoeur. «Que sea razonable, dijo, y tal que la pobre Isabel puede concederlo con honra, ya que espero no abusará mucho de mis escasas fuerzas.» Pero ¡no hable muy alto ni diga -añadió mirando a su alrededor con timidez- nada que, de ser escuchado, pudiese perjudicarnos a ambos!

-No tema, noble señora -dijo Quintín con tristeza-, no es *aquí* donde puedo olvidar la distancia que el hado ha colocado entre nosotros, ni exponerla a la censura de su orgulloso pariente como el objeto del amor más sincero para uno, más pobre y menos poderoso; no quizá menos noble que ellos mismos. Que sea eso como el sueño de una noche para todos, menos para un pecho, donde, aunque sea sueño, lo llenará con todas las realidades existentes.

-¡Silencio, silencio! -dijo Isabel-; por usted, por mí, no hable de ese tema. Dígame más bien qué es lo que quiere saber de mí.

-Que perdone a uno -replicó Quintín- que, con sus miras egoístas, se ha conducido como si fuera enemigo suyo.

Librodot

-Perdono a todos mis enemigos -contestó Isabel-; pero, ¡oh Durward!, ¿de qué lances no me ha protegido su valor y sangre fría? Aquel *hall* sangriento, el buen obispo; no supe hasta ayer todos los horrores que presencié sin darme cuenta.

-No piense en ellos -dijo Quintín, que advirtió cómo el color que había subido a su mejilla durante la entrevista se tornaba en densa palidez-. No mires hacia atrás, sino sólo hacia adelante, como lo necesitan aquellos que recorren un camino peligroso. Escúcheme. El rey Luis no merece de parte de usted más que la de ser denunciado como el político voluntarioso e insidioso, que realmente es. Pero el inculparle ahora como el incitador de su huída, aun más, como el autor de un plan para arrojarle a usted en manos de De la Marck, traería consigo en estos momentos su muerte o destronamiento, y, en todo caso, la más sangrienta guerra entre Francia y Borgoña de las entabladas entre ambos países.

-Estos peligros no ocurrirán en lo que de mí dependa si pueden ser prevenidos -dijo la condesa Isabel-, y su más ligera insinuación sería bastante para renunciar a mi venganza si ésta fuese pasión preferida de mí. ¿Es posible que recordase yo más las injurias del rey Luis que los servicios insubstituibles de usted? ¿Cómo puede esto compaginarse? Cuando sea citada ante mi soberano el duque de Borgoña, debo, o permanecer callada, o decir la verdad. Lo primero sería contumacia, y, por otro lado, no le gustaría que inventase una historia falsa.

-Seguramente que no -dijo Durward-; pero deje su declaración limitada, en lo que a Luis se refiere, a lo que sepa positivamente como verdad, y cuando mencione lo que otros han dicho, cualquiera que sea su verosimilitud, que sea sólo como una noticia, y no preste su asentimiento a lo que, aunque pueda ser creído por usted, no le conste personalmente como verdad. El Consejo de Borgoña reunido no puede rehusar a un monarca la justicia que en mi país se hace a la persona más modesta bajo el peso de una acusación. Deben considerarle inocente hasta que pruebas directas y suficientes demuestren su culpabilidad. De modo que lo que no le conste positivamente deberá ser demostrado por prueba distinta a la de saberlo sólo de oídas.

-Creo que le comprendo -dijo la condesa Isabel.

-Me explicaré mejor -dijo Quintín-; y comenzaba a aclararlo con más de un ejemplo cuando sonó la campana del convento.

-Eso es una indicación -dijo la condesa- de que debemos separarnos, ¡separarnos para siempre! No me olvide, Durward; yo nunca le olvidaré... sus servicios leales...

No pudo hablar más, pero extendió de nuevo su mano, que él llevó a sus labios, y no se sabe cómo fué, pero al tratar de apartar su mano, la condesa se acercó tanto a la reja, que Quintín se animó a decirle adiós en los labios.

La joven dama no le regañó -quizá no hubo tiempo-, pues Crèvecoeur y Crawford, quienes habían presenciado todo por un agujero, y también quizá escuchado, se precipitaron en la habitación; el primero todo enfurecido, y el segundo riendo y echando hacia atrás al conde.

-¡A su cuarto, señorita; a su cuarto! -exclamó el conde a Isabel, que, echándose el velo, se retiró a toda prisa-, que será cambiado por una celda a pan y agua. Y a ti,

Librodot

gentil joven, que eres tan descarado, te anuncio que llegará un día en que los intereses de los reyes y reinos no estarán ligados a personas como tú, y entonces conocerás la sanción por tu audacia en levantar tus miserables ojos...

-¡Silencio! ¡Silencio! Ya ha dicho bastante; conténgase, conténgase -dijo el anciano-, y a ti, Quintín, te ordeno que te calles y marches a tu domicilio. No hay motivo para ese lenguaje, señor conde de Crèvecoeur; se lo puedo decir ahora que no nos oye. Quintín Durward es tan caballero como el rey, y sólo no es tan rico, como dicen los españoles. Es tan noble como yo, y yo soy el jefe de mi casa. ¡Calle!, ¡calle!, no debe hablar delante de mí de sanciones.

-Mi lord, mi lord -dijo Crèvecoeur con impaciencia-, la insolencia de estos mercenarios extranjeros es proverbial y debería recibir más bien repulsa que aliento de usted, que es el jefe de ellos.

-Señor conde -contestó Crawford-, he desempeñado mi mando en estos cincuenta años sin recibir consejo ni de franceses ni de borgoñeses, y proyecto continuar así, contando con usted mientras lo conserve.

-Bien, bien, mi lord -dijo Crèvecoeur-; no quiero que crea le falto al respeto; su nobleza, así como su edad, le disculpan su impaciencia, y respecto a estos jóvenes, estoy contento de olvidar el pasado, ya que procuraré que nunca más se vuelvan a ver.

-No lo haga cuestión cerrada, Crèvecoeur -dijo el anciano lord riendo-; se dice que hasta las montañas se pueden encontrar, ¿y por qué no criaturas mortales que poseen piernas y vida y amor para poner esas piernas en movimiento? Aquel beso, Crèvecoeur, parecía muy tierno.

-Se esfuerza de nuevo en alterar mi paciencia -dijo Crèvecoeur-, pero no se saldrán con la suya. ¡Escuche! Citan a asamblea en el castillo; una reunión temible, de la que sólo Dios sabe lo que resultará.

Puedo predecir respecto a ese resultado -dijo el viejo lord escocés-, que si se violenta la persona del rey, aunque somos pocos sus amigos y rodeados de sus enemigos, no caerá solo ni sin ser vengado; y aseguro que sólo sus órdenes terminantes me han impedido tomar medidas para estar prevenido contra ese resultado.

-Lord Crawford -dijo el borgoñés-, el anticiparse a semejante peligro es la manera segura de dar ocasión a él. Obedezca las órdenes de su real amo y no dé pretexto para violencia presumiendo una ofensa anticipada, y encontrará que transcurrirá el día más tranquilamente de lo que ahora presume.

Capítulo XXXII

Librodot

La indagatoria

Preferiría que mi
corazón sintiese tu amor,
A que mis ojos descontentos viesen tu
amabilidad.
Animo, prima, ánimo; -tu corazón está
alegre, me consta;
Demuestra altivez,-aunque tu rodilla...
Rey
Ricardo II.

Al primer toque de la campana que citaba a consejo a los grandes nobles de Borgoña, junto con los pocos pares franceses que pudieron estar presentes en esa ocasión, el duque Carlos, seguido de parte de su séquito, armados de partesanas y hachas de combate, penetró en el zaguán de la torre de Heriberto, en el castillo de Peronne. El rey Luis, que esperaba la visita, se levantó y dió dos pasos hacia el duque y luego permaneció de pie con aire digno, que a pesar de la modestia de su traje y la familiaridad de sus modales corrientes, sabía muy bien cómo adoptar cuando lo juzgaba necesario. En la presente crisis, la compostura de su porte ejerció un efecto visible en su rival, que trocó el paso precipitado y decidido conque penetró en la habitación en otro más adecuado a un gran vasallo que entraba a la presencia de su señor supremo. Aparentemente, el duque había adoptado la resolución interna de tratar a Luis, al principio al menos, con las formalidades debidas a su alto rango, pero al mismo tiempo era visible que al obrar así tuvo que ejercer no poco dominio sobre la vehemente impaciencia de su temperamento natural y sobre sus sentimientos de rencor y la sed de venganza que hervía en su pecho. Por ello, aunque se esforzó en emplear en cierto modo un lenguaje cortés y reverente, un color se le iba y otro se le venía; su voz era bronca y desigual; sus piernas temblaban, como si demostrase impaciencia por la traba impuesta a sus movimientos; se mordió el labio hasta que le saltó la sangre, y todos sus movimientos y miradas demostraban que el príncipe más apasionado que se ha conocido estaba bajo el dominio de uno de sus más violentos paroxismos de furia.

El rey observó este acceso de pasión con mirada tranquila o imperturbable, pues aunque sugería de las miradas del duque un anticipo de la amargura de la muerte, que temía como mortal pecador, estaba, sin embargo, resuelto, como piloto hábil y prudente, a no abandonar el timón mientras hubiera una probabilidad de salvar la nave por un derrotero acertado. Por eso, cuando el duque, en tono bronco y cortado, dijo algo sobre la insuficiencia de su acomodo, contestó con una sonrisa que no podía quejarse ya que le había resultado la torre de Heriberto una residencia mejor que a uno de sus antecesores.

-¿Entonces le han contado la tradición? -dijo Carlos-. Sí, aquí fué asesinado; pero fué porque rehusó tomar la cogulla y concluir sus días en un monasterio.

-Tanto peor para él -dijo Luis mostrando desinterés-, ya que alcanzó el tormento de ser mártir sin tener el mérito de ser un santo.

-Vengo -dijo el duque-, a rogar a su majestad que asista a un alto consejo en el que se han de deliberar asuntos de importancia respecto al bienestar de Francia y Borgoña. Ahora sabrá de ellos, esto es, si tal es su gusto...

-Mi querido primo -dijo el rey-, no apure la cortesía hasta el punto de rogar lo que puede sin inconveniente mandar. A consejo, ya que ese es el deseo de su alteza. Corto es mi séquito -añadió mirando a la pequeña comitiva que se disponía a acompañarle-; pero vos, primo, luciréis por ambos.

Guiados por Toisón d'Or, jefe de los heraldos de Borgoña, los príncipes dejaron la torre del conde Heriberto y penetraron en el patio del castillo, que, según pudo observar Luis, estaba lleno de la guardia personal y soldados del duque, espléndidamente ataviados y dispuestos en orden marcial. Cruzando el patio entraron en el salón de los consejos, que estaba situado en un lugar mucho más moderno del edificio del que habitaba Luis, y que había sido dispuesto a toda prisa para la solemnidad de un consejo público. Dos sillones presidenciales estaban dispuestos bajo el mismo dosel, estando el destinado al rey unos dos pies más alto que el del duque; unos veinte nobles de los más principales se sentaban en el orden debido, a cada lado de los sillones, bajo el dosel, y así, cuando ambos príncipes estaban sentados, la persona para cuyo juicio, por decirlo así, el consejo se había reunido, resultaba en el sitio más elevado y aparecía como presidente de la reunión.

Fué quizá para salvar esta situación y los escrúpulos que podía suscitar por lo que el duque Carlos, habiendo inclinado ligeramente la cabeza hacia el sillón real, abrió de pronto la sesión con las siguientes palabras:

-Mis buenos vasallos y consejeros; no es desconocido para vosotros qué clase de disturbios se han originado en nuestros territorios, tanto en época de mi padre como ahora, por la rebelión de los vasallos contra los superiores y de los súbditos contra sus príncipes. Y últimamente hemos tenido la más terrible prueba de la altura a la que han llegado estos males con la escandalosa fuga de la condesa Isabel de Croye y su tía lady Hameline, que se refugiaron en una potencia extranjera, renunciando con ello a la lealtad con nosotros e implicando la confiscación de sus feudos; y en otro caso más deplorable y terrible, con el asesinato sacrílego y sangriento de nuestro querido hermano y aliado el obispo de Lieja, y la rebelión de esa traidora ciudad, que sólo fué ligeramente castigada por su última insurrección. Me he enterado que estos tristes acontecimientos deben ser imputados no meramente a incompetencia y locura de las mujeres y a engreimiento de ciudadanos comodones, sino a injerencia de un poder forastero, de un poderoso vecino, de quien si las buenas acciones merecen algún pago, Borgoña no podía haber esperado más que la amistad más sincera y devota. Si esto resultase ser verdad -dijo el duque-, ¿qué consideraciones nos detendrían -teniendo los medios a nuestro alcance- para no tomar aquellas medidas que puedan cortar de raíz la fuente de donde nos provienen estos males?

El duque había comenzado su discurso con bastante calma, pero había elevado la voz al concluirlo, y la última sentencia fué dicha en un tono que hizo temblar a todos los consejeros y produjo un acceso pasajero de palidez en el rostro del rey. Recobró,

Librodot

sin embargo, al instante su sangre fría y se dirigió a su vez al consejo en un tono que denotaba tanta compostura y tranquilidad, que el duque, aunque deseaba interrumpirle o detenerle, no encontró oportunidad para hacerlo.

-¡Nobles de Francia y Borgoña -dijo-, caballeros del Espíritu Santo y del Toisón de Oro! Puesto que un rey tiene que defender su causa como persona acusada, no puede desear jueces más distinguidos que la flor de la nobleza y de los caballeros. Mi primo el de Borgoña no ha esclarecido la contienda entre ambos, ya que su cortesía le ha impedido explicarla en términos concretos. Yo, que no tengo motivos para guardar esa delicadeza -cuya condición me autoriza a no emplearla-, pido permiso para hablar con más claridad. Es a Nos, señores míos -a Nos, su soberano señor, su pariente, su aliado-, al que circunstancias desgraciadas, pervirtiendo el claro juicio de mi primo, le han inducido a hacer los odiosos cargos de seducir sus vasallos quebrantando su fidelidad, excitando a la rebelión al pueblo de Lieja y estimulando al proscrito Guillermo de la Marck a cometer el más cruel y sacrílego asesinato. Nobles de Francia y Borgoña, debo apelar a las circunstancias en que ahora me encuentro por estar en completa contradicción con semejante acusación; ¿pues es de suponer que pensando de un modo racional me hubiera entregado confiadamente en poder del duque de Borgoña mientras practicaba una traición en contra suya, que no podía por menos de descubrirse, y que una vez descubierto debía colocarme, como ahora lo estoy, a disposición de un príncipe justamente exasperado? La locura de uno que se sentase tranquilamente a descansar sobre una mina, después de haber encendido la mecha que había de causar la explosión instantánea, hubiera sido sabiduría comparada con la mía. No dudo que entre los causantes de esas horribles traiciones de Schonwaldt ha habido villanos que han hecho uso de mi nombre; ¿pero he de ser responsable si no les he autorizado para obrar así? ¿Si dos necias mujeres, disgustadas por unos motivos románticos de desagrado, buscaron refugio en mi corte, ha de deducirse que lo hicieron por consejo mío? Resultará, cuando se investigue el caso, que ya que la caballerosidad y el honor me impedían enviarlas prisioneras a la corte de Borgoña -lo que creo, caballeros, que nadie que lleve el collar de estas Ordenes se atreverá a sugerir-, me aproximé lo más posible a esta solución colocándolas bajo la protección del venerable padre en el Señor, que ahora es un santo en el cielo. Al llegar aquí pareció Luis muy afectado y se llevó un pañuelo a los ojos. Bajo la protección, digo, de un individuo de mi propia familia, y aún más ligado con la de Borgoña, cuya situación, cuyo puesto elevado en la Iglesia y cuyas numerosas virtudes le calificaban para ser el protector de esas infelices viajeras por una temporada y el mediador entre ellas y su soberano señor. Por eso digo que las únicas circunstancias que parecen suscitar en mi hermano de Borgoña indignas sospechas contra mí, son tales que pueden explicarse de una manera digna y honrosa; y añade, además, que ni una sola partícula de prueba digna de crédito puede aducirse para defender los cargos injuriosos que han inducido a mi hermano a modificar su trato amistoso con quien venía a él confiando de lleno en la amistad que le han inducido a trocar su salón de fiestas en un tribunal de justicia y sus habitaciones hospitalarias en una prisión.

-Mi lord, mi lord -dijo Carlos hablando tan pronto como el rey se calló-, sólo puedo explicarme su presencia aquí en ocasión que tan desgraciadamente coincide con la realización de sus proyectos, suponiendo que aquellos que tienen por costumbre imponerse a otros, a veces egregiamente, se engañan a sí mismos. El ingeniero resulta

Librodot

a veces muerto por la explosión de su propio petardo. Para lo que resulte, confío en esta solemne información. ¡Que hagan pasar a la condesa Isabel de Croye!

Cuando la joven dama fué introducida, sostenida a un lado por la condesa de Crèvecoeur, que había recibido órdenes de su marido para ese efecto, y al otro por la abadesa de las Ursulinas, Carlos exclamó con su habitual aspereza de Voz y modales:

-Encantadora princesa; vos, que apenas tuvisteis aliento para contestarnos cuando la expusimos nuestras justas y razonables demandas, habéis tenido bastante arranque para hacer tan largo recorrido como jamás hizo una cierva perseguida, ¿qué piensa del bonito trabajo que ha hecho entre dos grandes príncipes y dos poderosos países, que casi han estado a punto de ir a la guerra por su linda cara?

La publicidad de la escena y la violencia de las palabras de Carlos dominaron del todo la resolución que Isabel había formado de arrojarse a los pies del duque o implorarle que tomase posesión de sus fincas y le permitiese retirarse a un claustro. Permaneció inmóvil, como una hembra aterrorizada ante una tormenta, que oye el retumbar del trueno a su alrededor y teme a cada nuevo estallido el rayo que la ha de matar. La condesa de Crèvecoeur, una mujer de espíritu igual a su cuna, y a la belleza, que conservaba aun en sus años maduros, juzgó necesario intervenir:

-Señor duque -dijo-, mi prima está bajo mi protección. Conozco mejor que su alteza cómo debe tratarse a las mujeres, y saldremos en el acto de su presencia si no emplea un tono de lenguaje más en consonancia con nuestro rango y sexo.

El duque soltó una carcajada.

-Crèvecoeur -dijo-, tu timidez ha hecho de tu condesa una dama altiva; pero eso no me interesa. Proporciona un asiento a aquella sencilla joven, a la que, en vez de contrariedad alguna, deseo ver enaltecida y honrada. Siéntese, señorita, y díganos qué espíritu malo se apoderó de vos para huir de su país natal y abrazar la carrera de dama aventurera.

Con mucho sentimiento, y no sin varias interrupciones, confesó Isabel que estando absolutamente determinada a no aceptar una boda que le propuso el duque de Borgoña, había alimentado la esperanza de obtener protección de la corte de Francia.

-Y la protección subsiguiente del monarca francés -dijo Carlos-. ¡De eso, sin duda, estabais bien segura!

-Desde luego, me creía segura -dijo la condesa Isabel-; de otro modo no hubiera tomado un paso tan decidido. Carlos miró a Luis con una sonrisa de inexpresable amargura, que el rey soportó con la mayor firmeza, y sólo su labio se puso más descolorido que de ordinario.

-Pero mi información concerniente a las intenciones del rey Luis hacia nosotras -continuó la condesa después de una breve pausa- provenían de mi infeliz tía, lady Hameline, y sus opiniones estaban formadas a base de las aseveraciones o insinuaciones de personas que después he descubierto son los traidores más viles y los miserables más pérfidos del mundo.

Librodot

Entonces dijo en pocas palabras lo que sabía de la traición de Marthon y de Hayraddin Maugrabin, y añadió que «no tenía duda que Maugrabin el mayor, de nombre Zamet, el informante primero de su huída, era capaz de todo género de traición, así como de asumir el papel de agente de Luis sin autoridad para ello».

Hubo una pausa y la condesa prosiguió después su historia, muy resumida, desde la época en que dejó los territorios de Borgoña, en compañía de su tía, hasta el asalto de Schonwaldt; y por último, su entrega voluntaria al conde de Crèvecoeur. Todos permanecieron mudos después que ella concluyó su breve e interrumpida historia, y el duque de Borgoña clavó sus obscuros ojos en el suelo, como uno que busca un pretexto para dar justificación a su cólera, pero que no encuentra ninguno suficientemente plausible a sus propios ojos.

-El topo -dijo al fin mirando alto- serpentea su obscuro camino subterráneo bajo nuestros pies con tal arte, que nosotros, aunque conocedores de sus movimientos, no podemos trazarlos en modo alguno. Desearía saber por qué motivo el rey Luis ha dado hospitalidad a estas damas en su corte de no haber ido allí por invitación expresa suya.

-Por motivos de compasión -contestó el rey- las recibí en privado; pero aproveché la primera oportunidad para colocarlas bajo la protección del difunto obispo, su aliado, y que era (¡Dios le haya perdonado!) mejor juez que yo o cualquier príncipe secular para reconciliar la protección debida a las fugitivas, con el deber que un rey debe a su aliado de cuyos dominios han huído. Deseo preguntar sin rodeos a esta joven dama si la acogida que les hice fué cordial, o si, por el contrario, no lo fué, hasta el punto de hacerles sentir haber hecho de mi corte su sitio de refugio.

-Tan lejos fué de ser cordial -contestó la condesa-, que me indujo, por lo menos, a dudar hasta qué punto era posible que su majestad hubiese hecho la invitación de que se nos había hablado por aquellos que se llamaban sus agentes, ya que, suponiendo que ellos hubiesen sólo procedido con arreglo a su autorización, sería difícil de reconciliar la conducta de su majestad con la que debía esperarse de un rey y un caballero.

La condesa volvió sus ojos al rey mientras hablaba y le lanzó una mirada que parecía ser un reproche, pero el pecho de Luis estaba acorazado contra semejante artillería. Por el contrario, moviendo lentamente sus manos extendidas y mirando a su alrededor, pareció hacer una apelación a todos los presentes respecto al testimonio a favor suyo que suponía la contestación de la condesa.

Carlos, mientras tanto, le miraba de un modo que parecía decir que aunque no hablaba estaba más lejos que nunca de estar satisfecho, y después dijo con brusquedad a la condesa:

-Me parece, joven dama, que en este asunto de sus andanzas ha olvidado mencionar ciertos pasajes de amor -¿eh? ¿Otra vez se sonroja?-, en los que ha intervenido cierto caballero del bosque que ha hecho perder vuestro sosiego. Hasta mí han llegado esas noticias y debemos ahora ocuparnos de ello. ¿Dígame, rey Luís, no sería oportuno, antes que esta Elena de Troya comprometiese a más reyes, no sería mejor el procurarla un matrimonio que le conviniese?

Librodot

El rey Luis, aunque sabedor de la propuesta desagradable que era probable se hiciese a continuación, asintió en silencio a lo que Carlos dijo, pero la condesa, en cambio, recobró valor por lo extremado de su situación. Se desprendió del brazo de la condesa de Crèvecoeur, en el que hasta ahora se había apoyado, avanzó tímidamente con aire digno y, arrodillándose delante del trono del duque, le habló así:

-Noble duque de Borgoña, mi señor soberano, reconozco mi falta por haber abandonado sus dominios sin su permiso y aceptaré de buen grado cualquier castigo que quiera imponerme. Pongo mis tierras y castillos a disposición suya, y sólo espero de su bondad, y en nombre de mi padre, que conceda a la última hembra del linaje de Croye, de sus pingües rentas, la suficiente para poder ser admitida en un convento durante el resto de su vida.

-¿Qué piensa, señor, de la petición que nos hace esta joven? -dijo el duque dirigiéndose a Luis.

-Que se trata de un movimiento del alma -dijo el rey- que sin duda proviene de esa gracia que no debe contrariarse.

-Los humildes y los bajos serán exaltados -dijo Carlos- Levántese, condesa Isabel; abrigamos ciertos planes respecto a vos que son mejores de los que vos misma habéis planeado. No intentamos secuestrar vuestros bienes ni rebajar sus honores, sino al contrario, aumentar mucho ambos.

-Ay, mi señor -dijo la condesa continuando de rodillas-, es precisamente esa bondad bien intencionada la que temo más que el disgusto de su alteza, ya que me obliga...

-¡San Jorge de Borgoña! -dijo el duque Carlos-, ¿hemos de estar contrariados o nuestras disposiciones discutidas a cada momento? Basta, joven, y retírese por ahora, cuando tengamos tiempo de pensar en ti dispondremos las cosas de modo que *¡Teste-Saint-Griz!* tendrás que obedecernos o te sucederá algo peor.

No obstante esta seria respuesta, la condesa Isabel permaneció a sus pies, y le hubiera obligado probablemente, con su pertinacia, a decir algo, aun más severo de no haber intervenido la condesa de Crèvecoeur, que conocía mejor el humor del príncipe, ayudando a levantarse a su joven amiga y acompañándola fuera del *hall*.

Fué ahora llamado Quintín Durward, y se presentó ante el rey y el duque con ese desparpajo, distante por igual de una reserva vergonzosa y un atrevimiento descarado, que tan bien sienta a un joven bien nacido y bien educado, que rinde homenaje al que le merece, pero sin permitir deslumbrarse o azorarse por la presencia de aquellos a quien se le debe rendir. Su tío le había proporcionado los medios para equiparse con las armas y uniforme de arquero de la Guardia escocesa y su porte y belleza resultaban realzados con el uniforme militar. Su extrema juventud también predisponía a los consejeros en su favor, tanto más cuanto nadie podía creer fácilmente que el sagaz Luis hubiese escogido a una persona tan joven como confidente de intrigas políticas, y de este modo el rey logró en este, como en otros casos, una ventaja considerable por esta elección singular de circunstancias, tanto de edad como de educación. A una indicación del duque, a la que Luis dió su beneplácito, Quintín comenzó el relato de su viaje con las damas de Croye hasta las proximidades de Lieja, dando cuenta de las

Librodot

instrucciones recibidas del rey Luis, las que eran que debía acompañarlas para que llegasen sin contratiempo al castillo del obispo.

-¿Y tú obedeciste mis órdenes? -dijo el rey.

-Las obedecí, señor -replicó el escocés.

-Omites una circunstancia -dijo el duque-. Fuistes asaltado en el bosque por dos caballeros andantes.

-No me corresponde recordar o proclamar ese incidente -dijo el joven ruborizándose ingenuamente.

-Pero es de mi incumbencia el no olvidarlo -dijo el duque de Orleáns-. Este joven ha desempeñado varonilmente su misión y mostrado una lealtad que no olvidaré en mucho tiempo. Ven a mis habitaciones, arquero, cuando se termine esta sesión y verás que no he olvidado tu bravo comportamiento, que me alegra ver es igualado por tu modestia.

-Y ven al mío -dijo Dunois-. Tengo un casco para ti, ya que pienso te debo uno.

Quintín inclinó ligeramente la cabeza y prosiguió la sesión. A una indicación del duque Carlos mostró las instrucciones escritas que había recibido para el viaje.

-¿Seguiste literalmente estas instrucciones, soldado? -dijo el duque.

-No, alteza -replicó Quintín-. En ellas se me indicaba, como puede observar, cruzar el Maes cerca de Namur, mientras yo seguí la orilla izquierda, por ser el camino más directo y seguro hasta Lieja.

-¿Y por qué hiciste esa modificación? -dijo el duque.

-Porque empecé a tener sospecha de la fidelidad de mi guía -contestó Quintín.

-Ahora fíjate bien en las preguntas que te voy a hacer -dijo el duque-. Replica verazmente a ellas y no temas el resentimiento de nadie. ¡Pero si titubeas al dar tus respuestas, te colgaré vivo de una cadena de hierro sujeta en la torre del mercado, donde implorarás por largo tiempo la muerte antes de que ésta venga a aliviarte!

Siguió un profundo silencio. Por fin, después de dar tiempo al joven para que considerase las circunstancias en que estaba colocado, el duque preguntó a Durward quién había sido su guía, quién se lo había proporcionado y por qué motivo había llegado a sospechar de él. A la primera de estas preguntas contestó Quintín Durward nombrando a Hayraddin Maugrabin, el bohemio; a la segunda, que el guía había sido recomendado por Tristán l'Hermite, y para contestar al tercer punto, mencionó lo que había ocurrido en el convento franciscano, cerca de Namur; cómo el bohemio había sido expulsado de la santa casa, y cómo, celoso de su conducta, lo había espiado y sorprendido en una cita con uno de los secuaces de Guillermo de la Marck, en la que se enteró de un plan para sorprender a las damas que estaban bajo su protección.

-Ahora, oye con atención -dijo el duque-, y una vez más recuerda que tu vida depende de tu veracidad. ¿Mencionaron estos villanos tener autorización de este rey -

Librodot

me refiero al propio Luis de Francia- para efectuar este plan de sorprender la escolta y llevarse a las damas?

-Si esos infames individuos hubieran dicho eso -replicó Quintín-, no los hubiera creído conociendo la intención del rey, que era opuesta a la de ellos.

Luis, que había escuchado todo el tiempo con la máxima atención, no pudo evitar de respirar a sus anchas cuando oyó la respuesta de Durward, a la manera de uno que experimenta que le han quitado del pecho un gran peso. El duque apareció de nuevo desconcertado y de mal humor, y volviendo a la carga, preguntó a Quintín si no oyó decir a estos hombres, durante su conversación, que los planes que meditaban contaban con el beneplácito del rey Luis.

-Repito que no oí nada que pueda autorizarme para decir eso -contestó el joven, que, aunque convencido en su fuero interno del consentimiento del rey en la traición de Hayraddin, juzgaba contrario a su deber el manifestar sus sospechas en el asunto-; y si *hubiese* oído a esos hombres tales aseveraciones, de nuevo, repito, no hubiese dado ningún valor a su testimonio enfrente de las instrucciones recibidas del rey.

-Eres un mensajero fiel -dijo el duque con una risa burlona-, y me atrevo a decir que, al obedecer las instrucciones del rey, has frustrado sus esperanzas de un modo que le hubiese dolido, de no ocurrir acontecimientos posteriores que han hecho aparecer como un buen servicio tu inquebrantable fidelidad.

-No le comprendo, señor -dijo Quintín Durward-, todo lo que sé es que mi amo, el rey Luis, me envió para proteger a estas damas, y que lo hice en la medida de mis fuerzas, tanto en el viaje a Schonwaldt, como en los siguientes hechos que tuvieron lugar. Juzgué honrosas las instrucciones del rey, y las ejecuté al pie de la letra; si hubiesen sido de índole distinta, no le hubieran convenido a uno de mi nombre o de mi país.

-*Fier comme un Ecossais* -dijo Carlos, que, aunque desilusionado con el tono de la respuesta de Durward, no era tan injusto como para echarle en cara su arrojo.

-Pero escucha con atención, arquero: ¿qué instrucciones fueron ésas que te hicieron recorrer las calles de Lieja, según algunos fugitivos de Schonwaldt me han informado, a la cabeza de los amotinados, que después asesinaron tan cruelmente a su príncipe temporal y padre espiritual? ¿Y qué arenga fué la que pronunciaste después de cometido aquel asesinato, en la que, como agente de Luis, asumiste autoridad entre los villanos que acababan de perpetrar tan gran crimen?

-Mi señor -dijo Quintín-, hay muchos que pueden testificar que no asumí el carácter de enviado de Francia en la ciudad de Lieja, sino que me fué atribuída tal misión por los clamores insistentes del mismo pueblo, que rehusó dar crédito a mis protestas en contra. Esto se lo dije a los que estaban al servicio del obispo, cuando me pude escapar de la ciudad, y les recomendé que fijasen su atención en la seguridad del castillo, lo que podía haber prevenido la calamidad y el horror de la siguiente noche. Es verdad que en el momento de gran peligro me aproveché de la influencia que el carácter que se me atribuía me daba para salvar a la condesa Isabel, para proteger mi vida y para refrenar todo lo que me fué posible esa inclinación a la matanza que se había despertado en aquella terrible ocasión. Repito, y lo sostengo a costa de mi vida,

Librodot

que no tenía ninguna comisión del rey de Francia respecto al pueblo de Lieja, y mucho menos instrucciones para instigarles al motín; y que, finalmente, cuando me aproveché del carácter que se me atribuyó, fué como si hubiese encontrado un escudo que me protegiese en un momento de apuro, y lo utilicé para la defensa mía y de otros, sin averiguar si tenía derecho a los blasones heráldicos que ostentaba.

-Y con ello, mi joven compañero y prisionero -dijo Crèvecoeur, incapaz de permanecer silencioso por más tiempo-, actuó con un buen sentido y un espíritu noble, y su acción no puede envolver ninguna censura para el rey Luis.

Hubo un murmullo de asentimiento entre los nobles reunidos, que sonó alegremente en los oídos del rey Luis, y molestó, en cambio, no poco a Carlos. Miró a su alrededor con ojos de cólera, y los sentimientos, expresados de un modo tan unánime por tantos de sus más preclaros vasallos y sus más sabios consejeros, no lo hubieran impedido el dar rienda suelta a su carácter violento y despótico de no haber Des Comines, que previó el peligro, anunciado de pronto la llegada de un heraldo procedente de la ciudad de Lieja.

-¿Un heraldo de los tejedores y fabricantes de clavos? -exclamó el duque-. Admitirle en el acto. ¡Por Nuestra Señora que he de saber por este heraldo algo más de las esperanzas y proyectos de sus patronos que lo que este guerrero escocés-francés parece deseoso de contarme!

Capítulo XXXIII

El heraldo

Ariel.- *¡Escucha!*
¡Cómo rugen!
Próspero.- *Deja que sean cazados con*
seguridad.
La
Tempestad.

No poca curiosidad se produjo en la asamblea para ver al heraldo que los insurgentes de Lieja se aventuraban a enviar a príncipe tan altanero como el duque de Borgoña en momentos en que tan indignado se encontraba con ellos, pues no hay que olvidar que en este período los heraldos sólo eran enviados por unos príncipes soberanos a otros de la misma categoría en ocasiones solemnes, y que la nobleza inferior empleaba a los persevantes o prosevantes, oficiales de categoría inferior al heraldo. También debe, de paso, hacerse observar que Luis XI, un burlón habitual de todo lo que no prometía un poder positivo o ventaja substancial, era en especial un menospreciador de los heraldos y la heráldica, «rojo, azul y verde con todos sus golpes

de trompeta», a lo que el orgullo de su rival Carlos, que era de género muy distinto, le daba no poca ceremoniosa importancia.

El heraldo, que fué conducido a la presencia de los monarcas, iba vestido con un tabardo o casaca, bordado con las armas de su señor, en el que la cabeza de jabalí era muy visible en el blasón, el cual, en opinión de los técnicos, era más de relumbrón que exacto. El resto de su traje: -que más bien era chillón- estaba sobrecargado de encajes, bordados y adornos de toda especie, y el penacho de plumas que llevaba era tan alto, que parecía barrer el techo de la habitación. En una palabra, el esplendor, de ordinario llamativo, del trajo heráldico estaba caricaturizado y exagerado. La cabeza de jabalí no sólo se repetía en cada parte de su traje, sino que su gorro estaba contorneado en esa misma forma, y era representado con una lengua y colmillos ensangrentados, o, para decirlo en el lenguaje propio, tenía *gules endentados;* y había algo en la apariencia del hombre que parecía implicar una mezcla de atrevimiento y aprensión, como persona que ha emprendido una comisión peligrosa y sabe que sólo la audacia puede hacer que salga de ella con bien. Algo de la misma mezcla de temor y descaro se percibía en el modo como presentaba sus respetos, y demostraba asimismo una torpeza grotesca, no corriente entre aquellos que están acostumbrados a ser recibidos en presencia de príncipes.

-¿Quién eres, por Belcebú! -fué el saludo con el que Carlos *el Temerario* recibió a este singular enviado.

-Soy Rouge Sanglier -contestó el heraldo-, el oficial de armas de Guillermo de la Marck, por la gracia de Dios y la elección del Capítulo, príncipe obispo de Lieja.

-¡Ah! -exclamó Carlos; pero, conteniendo su pasión, le hizo signo de que prosiguiese.

-Y por su esposa, la honorable condesa Hameline de Croye, conde de Croye y lord de Bracquemont.

La gran sorpresa del duque Carlos, al apreciar el atrevimiento con que estos títulos eran anunciados en su presencia, pareció dejarle mudo; y el heraldo, imaginándose sin duda que había hecho una impresión favorable al anunciar su personalidad, procedió a proclamar su misión:

-*Annuncio vobis gaudium magnum* -dijo-: a vos, Carlos de Borgoña y conde de Flandes, hago saber, en nombre de mi amo, que bajo favor de dispensa de nuestro Santo Padre de Roma, que se espera actualmente, y nombrando un substituto adecuado *ad sacra*, propone ejercer, desde luego, el cargo de príncipe obispo y mantener los derechos del conde de Croye.

El duque de Borgoña, en esta y otras pausas del discurso del heraldo, sólo exclamaba: «¡ah!», u otra interjección similar, sin dar respuesta alguna, y el tono de la exclamación era el de uno que, aunque sorprendido, desea escuchar todo lo que ha de ser dicho antes de comprometerse en respuesta alguna. Con el asombro de todos los presentes se contuvo de hacer sus gesticulaciones usuales abruptas y violentas, permaneciendo con la uña de su pulgar contra sus dientes, que era su actitud favorita

Librodot

cuando prestaba atención, y manteniendo sus ojos fijos en el suelo, como si no desease traicionar la pasión que podía resplandecer en ellos.

El enviado, por consiguiente, prosiguió, arrogante y descocado, en la comunicación de su mensaje.

-En el nombre, por tanto, del príncipe obispo de Lieja y conde de Croye vengo en requerirle a vos, duque Carlos, para que desista de esas pretensiones y usurpaciones que ha hecho sobre la libre e imperial ciudad de Lieja, en connivencia con el difunto Luis de Borbón, indigno obispo de ella.

-¡Ah! -exclamó de nuevo el duque.

-También el de devolver las insignias del pueblo, que arrebató violentamente de la ciudad, hasta el número de treinta y seis; el restaurar las brechas en las murallas, y reconstruir las fortificaciones que tiránicamente desmantelasteis, y reconocer a mi amo, Guillermo de la Marck, como príncipe obispo, legalmente elegido en un Capítulo libre de canónigos, del que muestro el proceso verbal.

-¿Has concluído? -dijo el duque.

-Aun no -replicó el enviado-; tengo que requerir a su alteza, de parte del mencionado noble y venerable príncipe, obispo y conde, para que retire, desde luego, las guarniciones del castillo de Bracquemont y de otras plazas fuertes pertenecientes al condado de Croye, las que han sido colocadas allí, bien en nombre de su alteza o en el de Isabel, que se titula condesa de Croye, hasta que se decida por la Dieta imperial si los feudos en cuestión no han de pertenecer más bien a la hermana del difunto conde, mi respetada lady Hameline, que a su hija, en respeto del *jus emphyteusis*.

-Tu señor es muy erudito -replicó el duque.

-No obstante -continuó el heraldo-, el noble y venerable príncipe y conde está decidido, una vez liquidados los motivos de disputa entre Borgoña y Lieja, a asignar a lady Isabel una dote en consonancia con su rango.

-Es generoso y considerado -dijo el duque en el mismo tono-. ¿Has concluído ya? -continuó dirigiéndose al heraldo.

-Una palabra más -contestó Rouge Sanglier- de mi noble y venerado lord, ya mencionado, referente a su digno y fiel aliado el cristianísimo rey...

-¡Ah! -exclamó el duque, sorprendido y en un tono más descompuesto del hasta ahora empleado; pero, conteniéndose, siguió prestando atención.

-Cuyo cristianísimo rey se rumorea que vos, Carlos de Borgoña, habéis colocado en prisión, faltando a vuestro deber como vasallo de la corona de Francia y a la fidelidad que debe observarse entre los soberanos cristianos. Por cuya razón, mi noble y venerado señor, citado por boca mía, le encarga ponga, desde luego, en libertad a su real y cristianísimo aliado, o, de lo contrario recibir el desafío que estoy autorizado a pronunciar.

-¿Has concluído ya? -dijo el duque.

-Ya he concluído -contestó el heraldo-, y espero la respuesta de su alteza, esperando que será tal que ahorrará la efusión de sangre cristiana.

-Ahora, ¡por San Jorge de Borgoña! -dijo el duque; pero antes que pudiese proseguir, se levantó Luis y adoptó un tono tan digno y autoritario, que Carlos no pudo interrumpirle.

-Con su aquiescencia, Carlos de Borgoña -dijo el rey-, reclamo prioridad para contestar a este insolente individuo. Señor heraldo o quienquiera que seas: lleva la noticia al perjuro proscripto y asesino Guillermo de la Marck que el rey de Francia se presentará ante Lieja con el fin de castigar el sacrílego asesinato de su difunto y amado pariente Luis de Borbón, y que se propone ahorcar a De la Marck por tener la insolencia de denominarse su aliado y poner su nombre real en boca de uno de sus despreciables mensajeros.

-Añade de mi parte -dijo Carlos- que es impropio de un príncipe el enviar a un ladrón y asesino vulgar. ¡Y márchate! Quédate, sin embargo. Ningún heraldo se marchó nunca de la corte de Borgoña sin tener motivo para llorar. ¡Largesse! ¡Que sea azotado hasta que le duelan los huesos!

-No olvide su alteza -dijeron juntos Crèvecoeur y D'Hymbercourt- que es heraldo y, por tanto, goza de privilegio.

-Sois vosotros, señores -replicó el duque-, tan ingenuos, que creéis que el traje hace al heraldo. Veo por el blasón de ese individuo que es un mero impostor. Que se adelante Toisón d'Or y le interrogue en mi presencia.

No obstante su natural desfachatez, el enviado del Jabalí Salvaje de las Ardenas se puso ahora pálido, a pesar de ciertos toques de pintura que se había dado en el rostro. Toisón d'Or, el heraldo principal, como hemos dicho en otra ocasión, del duque, y rey de armas dentro de sus dominios, se adelantó con la solemnidad de uno que sabe su oficio y preguntó a su supuesto hermano en qué colegio había estudiado la ciencia que profesaba.

-Fuí instruído como persevante en el Colegio Heráldico de Ratisbona contestó Rouge Sanglier-, y recibí el diploma de Ehrenhold de esa misma sociedad erudita.

-No puede haberla adquirido en sitio más digno -contestó Toisón d'Or, inclinándose aun más de lo que antes lo había hecho-. Y sí voy a conferenciar con usted sobre los misterios de nuestra sublime ciencia, para cumplimentar las órdenes de su alteza serenísima el duque, no es con esperanza de dar, sino de recibir ciencia.

-Prosigue -dijo el duque impaciente-. Prescinde de ceremonias y pregúntale algunas cuestiones que pongan de relieve su habilidad.

-Sería injusto preguntar a un discípulo del digno Colegio de Armas de Ratisbona si comprende los términos usuales de los blasones -dijo Toisón d'Or-; pero ¿puedo, sin ofensa, rogar a Rouge Sanglier que diga si conoce los términos más misteriosos y secretos de la ciencia, por la que los más eruditos hacen emblemáticamente y se expresan entre sí en parábola lo mismo que los demás dicen en lenguaje corriente?

Librodot

-Entiendo una clase de heráldica lo mismo que otra -contestó atrevidamente Rouge Sanglier-, pero puede suceder que no tengamos los mismos términos en Alemania que los que se emplean en Flandes.

-¡Ay!, eso lo dice usted -replicó Toisón d'Or-, nuestra noble ciencia, que es la propia bandera de la nobleza, es la misma en todos los países cristianos, y conocida también de los sarracenos y moros. Le ruego, pues, describa qué armadura proyectaría según la moda celestial, esto es, según los planetas.

-Blasónela usted a su gusto -dijo Rouge Sanglier-; no estoy dispuesto a hacer tales gracias de mono por mandato, lo mismo que se hace subir a un mono por una escala.

-Enséñale la armadura y que la blasone a su modo -dijo el duque-, y si fracasa, le prometo que su espalda va a quedar blasonada de varios colores: azul y rojo entre ellos.

-Aquí -dijo el heraldo de Borgoña sacando de su bolsillo un trozo de pergamino- hay un rollo, en el que algunas consideraciones me indujeron a dibujar una armadura antigua según mi modesto modo de ver. Ruego a mi hermano que, si es verdad que pertenece al honorable Colegio de Armas de Ratisbona, la descifre en lenguaje conveniente.

Le Glorieux, que parecía sentir gran placer en esta discusión, se había por entonces colocado junto a los dos heraldos.

-Te ayudaré, buen amigo -dijo a Rouge Sanglier, que miraba desesperanzado el pergamino-. Este, caballeros y señores, representa al gato mirando por la ventana de la lechería.

Esta salida provocó la risa, lo que fué, en cierto modo, ventajoso para Rouge Sanglier, ya que indujo a Toisón d'Or, indignado por esta falsa interpretación de su dibujo, a explicarlo como representativo de la armadura adoptada por Childebert, rey de Francia, después que había hecho prisionero a Gandemar, rey de Borgoña, y que representaba una onza o tigre gato, emblema de un príncipe cautivo, detrás de una reja.

-Si el gato -dijo Le Glorieux- se asemeja a Borgoña, ocupa en la actualidad el lado debido de la reja.

-Es verdad, buen amigo -dijo Luis riendo, mientras el resto de la concurrencia, y aun el mismo Carlos, parecía desconcertado con broma tan atrevida-; te debo una moneda de oro por haber trocado algo que parecía un asunto serio en el juego divertido en que confío termine.

-Silencio, Le Glorieux -dijo el duque-; y tú, Toisón d'Or, que eres demasiado erudito para ser comprendido, retírate, y alguno de vosotros que se haga cargo de ese bribón. Escucha, villano -dijo en tono agrio-: ¿conoces la diferencia entre oro y plata, de no ser en forma de moneda acuñada?

-¡Por Dios, sed benévolos conmigo! ¡Noble rey Luis, hablad por mí!

Librodot

-Habla por ti mismo -dijo el duque-. En una palabra, ¿eres o no heraldo?

-¡Sólo para esta ocasión! -confesó el individuo, descubierto.

-¡Por San Jorge! -dijo el duque mirando a Luis de soslayo-, no conocemos rey ni caballero, excepto *uno*, que haya prostituído tanto la noble ciencia en la que se apoya la realeza y la nobleza, excepto aquel rey que envió a Eduardo de Inglaterra un criado disfrazado de heraldo[(60)].

-Tal estratagema -dijo Luis riendo o simulando reír- sólo pudo ser justificada en una corte en la que no había heraldos en aquel entonces y cuando la necesidad era urgente. Pero aunque esto podía pasar en un obtuso isleño, nadie sino uno, con los sesos e inteligencia de un jabalí salvaje, podía haber pensado en hacer ese fraude con la corte de Borgoña.

-¡Aquí! -dijo el duque con fiereza-. ¡Arrástrenle al mercado público! ¡Azótenle con cintas de cuero y látigos de perro hasta que el tabardo se le caiga a pedazos! ¡Al Rouge Sanglier! ¡*Haloo, haloo!*

Cuatro o cinco grandes sabuesos, parecidos a los pintados en las escenas de caza, en las que Rubens y Schneiders trabajaron juntos, se apercibieron de las notas con que terminó el duque, y comenzaron a ladrar y aullar, como si el jabalí acabase de surgir de su guarida.

-¡Por Cristo! -dijo el rey Luis queriendo aprovecharse del humor de su peligroso primo-. ¡Ya que el asno se ha puesto encima la piel del jabalí, le echaré los perros para hacerle salir de ella!

-¡Bien, bien! -exclamó el duque Carlos, concordando la idea exactamente con su disposición de ánimo en esta ocasión-. ¡Así se hará! ¡Desatad los sabuesos! Le correremos desde la puerta del castillo hasta la puerta de Levante.

-Confío en que vuestra alteza me tratará como a una bestia de caza -dijo el individuo, sacando el mejor partido del asunto- y me permitirá disfrutar de alguna ventaja.

-Eres una sabandija -dijo el duque-, y no tienes derecho a sacar ninguna ventaja, según lo que dice el libro de cacería; sin embargo, hubieras tenido sesenta yardas de ventaja si no hubiera sido por tu descaro sin igual. ¡Afuera, señores, afuera! Veremos este *sport*.

E interrumpiéndose tumultuosamente el consejo, todos se precipitaron, los dos príncipes por delante, para gozar del pasatiempo humano que había sugerido el rey Luis.

El Rouge Sanglier resultó ser un deportista excelente; pues, preso de terror y con media docena de fieros sabuesos en pos de él, enardecidos por el sonido de los cuernos y las exclamaciones de los cazadores, corrió como el viento, y de no haber estado impedido con su traje de heraldo (el peor posible para un corredor), hubiera escapado sin que le alcanzasen los perros, y hasta los esquivó una o dos veces de un modo que mereció la aprobación de los espectadores. Ninguno de éstos, ni aun el

Librodot

mismo Carlos, estaba tan encantado con el entretenimiento como el rey Luis, que, en parte por consideraciones políticas, y en parte por gozar de un modo natural con la vista del sufrimiento humano cuando se exhibía cómicamente, se reía hasta saltársele las lágrimas, y en sus arrebatos de alegría se agarró a la casaca de armiño del duque como para sostenerse, mientras el mismo, no menos divertido, apoyó su brazo en el hombro del rey, dando lugar a un cuadro de familiaridad y de simpatía mutua, muy distinto de las condiciones en que últimamente se encontraban.

Al fin, la velocidad del falso heraldo no pudo librarlo por más tiempo de los colmillos de sus perseguidores: lo cogieron, lo derribaron y lo hubieran probablemente destrozado si el duque no hubiera exclamado:

-¡Separarlos, separarlos! ¡Apartarlos de él! Ha hecho tan buena carrera, que aunque ha resultado acorralado, no quiero que le hagan daño.

Varios empleados se dedicaron a quitarle los perros, y pronto se los vió atando a unos y persiguiendo a otros, que corrían por las calles agitando triunfantes los fragmentos destrozados del traje pintado y de los bordados arrancados del tabardo, que el desgraciado heraldo se había puesto en hora desdichada.

En este momento, y mientras el duque estaba muy entretenido con lo que pasaba delante de él, para importarle lo que se decía detrás, Oliver le Dain, deslizándose detrás del rey Luis, le murmuró al oído:

-Es el bohemio Hayraddin Maugrabin. No convendría que viniese a hablar con el duque.

-Debe morir -contestó Luis en el mismo tono-; los muertos no cuentan cuentos.

Un instante después, Tristán l'Hermite, a quien Oliver le dió la idea, se adelantó hasta el rey y el duque, y dijo en su estilo áspero:

-Con permiso de su majestad y de su alteza, esta pieza de caza es mía, y la reclamo. Está señalada con mi sello: la flor de lis está marcada en su hombro, como todos pueden ver. Es un villano conocido, y ha matado a súbditos del rey, robado en iglesias, violado vírgenes, matado ciervos en los parques reales.

-Basta, basta -dijo el duque Carlos-; por muchos conceptos pertenece a mi primo. ¿Qué quiere su majestad que se haga con él?

-Si se le pone a mi disposición -dijo el rey-, le daría una lección, al cabo, en la ciencia heráldica, en la que es tan ignorante; basta con explicarle prácticamente el significado de un campo con un lazo corredizo colgando.

-No para ser llevado por él, sino para llevarle a él. Que se doctore en esas cuestiones bajo la dirección de su compadre Tristán, que es un gran profesor en tales misterios.

Así contestó el duque, soltando la carcajada a la vista de su propia agudeza, la que fué tan cordialmente coreada por Luis, que su rival no pudo por menos de mirarle amablemente, mientras le decía:

-¡Ah, Luis, Luis! ¡Quisiera Dios que fueses un monarca tan fiel como eres compañero alegre! A veces pienso en el tiempo feliz en que acostumbrábamos a estar juntos.

-Puedes volver a él cuando quieras -dijo Luis-; te concederé las cosas que me pidas en mi condición actual, y te juro que las cumpliré por la sagrada reliquia que siempre llevo conmigo, y que es un fragmento de la cruz verdadera.

Diciendo esto, tomó una pequeña reliquia dorada, que estaba suspendida de su cuello, debajo de su camisa, por una cadena del mismo metal, y habiéndola besado devotamente, continuó:

-Nunca se hizo un falso juramento sobre esta reliquia sin que fuese vengado dentro del año.

-Sin embargo -dijo el duque-, es la misma sobre la que juraste amistad cuando dejaste Borgoña, y poco después enviaste al bastardo de Rubempré para asesinarme o secuestrarme.

-Querido primo, estás resucitando antiguos agravios -dijo el rey-; te aseguro que estás engañado en este particular. No fué sobre esta reliquia por lo que juré entonces, sino sobre otro fragmento de la verdadera cruz que obtuve del Gran Señor, cuya virtud se debilitó, sin duda, por haber morado entre los infieles. Además, ¿no estalló la guerra del Bien Público dentro del año, y no fué un ejército borgoñés, acampado en Saint Denis, puesto en fuga por todos los grandes feudatarios de Francia, y no fuí yo obligado a ceder Normandía a mi hermano? ¡Oh Dios, líbranos de perjurio en testimonio como éste!

-Bien, primo -contestó el duque-, creo que te puede haber aprovechado la lección recibida. Y ahora, sin habilidades ni dobleces, ¿cumplirás tu promesa y me ayudarás a castigar este asesinato de De la Marck y los de Lieja?

-Marcharé contra ellos -dijo Luis- con la oriflama desplegada.

-Eso es más -dijo el duque- de lo que es necesario o puede ser aconsejable. La presencia de tu Guardia escocesa y de doscientas lanzas escogidas servirían para demostrar que estás libre. Un gran ejército podía...

-¿Hacer que lo fuera de hecho, quieres decir, mi querido primo? -dijo el rey-. Bien; tú decidirás el número de mis acompañantes.

-Y para liquidar de una vez la cuestión: ¿accederás a la boda de la condesa Isabel de Croye con el duque de Orleáns?

-Querido primo -dijo el rey-, apuras los límites de mi cortesía. El duque es el novio prometido de mi hija Juana. Sé generoso; deja esta cuestión, y hablemos más bien de las poblaciones del Somme.

-Mi consejo te hablará de este extremo -dijo Carlos-. Por mi parte, me interesa más la reparación de las injurias que la adquisición de territorios. Te has entrometido con

Librodot

mis vasallos, y debes dar una reparación dentro del seno de tu familia; de otro modo, nuestra conferencia queda interrumpida.

-Si tuviese que decir que hacía esto voluntariamente -dijo el rey-, nadie me creería; por consiguiente, mi querido primo, juzgarás de mi deseo de complacerte cuando te diga que, en el caso de que él y ella consientan y se logre una dispensa del Papa, no seré yo obstáculo para esta boda por mucho que contraríe mis deseos.

-Todo, además, puede ser arreglado por nuestros ministros -dijo el duque-, y una vez más somos primos y amigos.

-¡Que Dios sea alabado -dijo Luis-, ya que teniendo en su mano los corazones de los príncipes, los inclina misericordiosamente a la paz y la clemencia, y previene la efusión de sangre humana! Oliver -añadió aparte a ese favorito que siempre se encontraba a su alrededor-, escucha: dile a Tristán que se dé prisa en tratar con ese renegado bohemio.

Capítulo XXXIV

La ejecución

Te llevaré al buen
bosque verde,
Para que tu propia mano escoja el
árbol.
Vieja balada.

-¡Que Dios sea alabado por habernos dado la facultad de reír y hacer reír a otros, y maldito sea el hombre vil que hace mofa del oficio de bufón! La broma de ahora, que no ha tenido nada de particular, aunque ha divertido a dos príncipes, ha valido más que mil razones de Estado para evitar una guerra entre Francia y Borgoña.

Tal fué la deducción de Le Glorieux cuando, como consecuencia de la reconciliación cuyos detalles hemos dado en el último capítulo, la guardia borgoñesa fué suprimida del castillo de Peronne; la morada del rey, trasladada de la ignominiosa torre del conde Heriberto; y para gran alborozo de franceses y borgoñeses, una demostración visible de confianza y amistad pareció establecerse entre el duque Carlos y su señor soberano. Este último, aunque tratado con arreglo a ceremonial, sabía de sobra que continuaba siendo persona sospechosa, aunque prudentemente aparentaba no percatarse de ello y afectaba estar del todo tranquilo.

Mientras tanto, como frecuentemente sucede en esos casos, mientras las partes principales habían zanjado sus diferencias, uno de los agentes subalternos que había intervenido en sus intrigas estaba experimentando amargamente la verdad de la

Librodot

máxima política que dice que si los grandes necesitan con frecuencia valerse de medios viles, los abandonan a su suerte tan pronto no les son por más tiempo útiles.

Este fué el caso de Hayraddin Maugrabin, el cual, entregado por los agentes del duque al capitán preboste del rey, vino a parar a manos de sus dos fieles ayudantes, Trois-Eschelles y Petit-André, para ser despachado sin pérdida de tiempo. Uno a cada lado de él, y seguido por unos pocos soldados y por la chusma (ésta tocando el *Allegro,* y aquéllos el *Penseroso),* fué conducido (para usar de una comparación moderna, como Garrick entre la Tragedia y la Comedia) al bosque vecino, donde, para ahorrarse más molestias y ceremonial, los que disponían de su suerte propusieron colgarle del primer árbol a propósito.

No tardaron mucho en encontrar una encina adecuada para sostener tal bellota, como jocosamente dijo Petit-André, y colocando al infeliz criminal sobre un banco, bajo una vigilancia conveniente, comenzaron los preparativos para la catástrofe final. En ese momento, Hayraddin, mirando a la multitud, distinguió a Quintín Durward, que, sospechando reconocer el rostro de su infiel guía en el del impostor descubierto, le había seguido, confundido con la plebe, para ser testigo de la ejecución y asegurarse de su identidad.

Cuando los verdugos le dijeron que todo estaba dispuesto, Hayraddin, con mucha calma, pidió un solo favor.

-¿Es algo, hijo mío, que sea compatible con nuestra misión? -dijo Trois-Eschelles.

-Así es -dijo Hayraddin-; no trato de salvar la vida.

-Entonces, sí -dijo Trois-Eschelles-; pues ya que pareces resuelto a dar crédito a nuestro ministerio y morir como un hombre, sin hacer aspavientos, no me importa ejecutarte diez minutos después, aunque nuestras órdenes son perentorias.

-Sois hasta demasiado generosos -dijo Hayraddin.

-Quizá nos lo puedan echar en cara -dijo Petit-André-; pero ¿qué más da? Casi estaría dispuesto a dar mi vida por mozo tan garrido y decidido.

-¿De modo que si necesitas un confesor? -dijo Trois-Eschelles.

-¿O un vaso de vino? -dijo su gracioso compañero.

-¿O un salmo? -dijo Tragedia...

-¿O un canto? -dijo Comedia...

-Nada de eso, mis buenos, amables y serviciales amigos -dijo el bohemio-. Sólo ruego hablar unos minutos con aquel arquero de la Guardia escocesa.

Los verdugos dudaron un momento; pero recordando Trois-Eschelles que Quintín Durward. era tenido en gran estima por el rey Luis, resolvieron permitir la entrevista.

Cuando Quintín, a sus indicaciones, se acercó al condenado criminal, no pudo menos de sorprenderse de su aspecto por muchos méritos que tuviese para ser ahorcado. Los restos de su traje de heraldo, que colgaban hechos jirones por las

Librodot

dentelladas de los perros y los tirones de los hombres que le habían rescatado de la furia de aquéllos, le daban un aspecto a la vez lastimero y risible. Su rostro estaba alterado con manchones de pintura y con algunos restos de una falsa barba que se había colocado para disfrazarse, y se reflejaba una palidez de muerte en sus carrillos y labios; no obstante, fuerte, con valor pasivo, como la mayoría de su tribu, sus ojos, mientras miraban a su alrededor, parecían desafiar la muerte de la que iba a morir.

Quintín se sintió invadido de horror y compasión a medida que se aproximaba al pobre desgraciado, y estos sentimientos se reflejaron en su rostro, pues Petit-André exclamó:

-Marche con más decisión, buen arquero. Este caballero no dispone de tiempo suficiente para esperarle si sigue andando como si los guijarros fueran huevos y tuviese temor de romperlos.

-Debo hablar con él en privado -dijo el criminal, reflejando su acento desesperado al pronunciar estas palabras.

-Eso no podemos tolerarlo -dijo Petit-André-; te tenemos por una vieja anguila que sabe escabullirse.

-Estoy sujeto con grilletes pies y manos -dijo el criminal-. Podéis vigilarme de cerca, aunque sin oír lo que hablemos; el arquero es servidor de vuestro propio rey. Y si les doy diez florines...

-Empleados en misas, la suma puede aprovechar su pobre alma -dijo Trois-Eschelles.

-Gastados en vino o aguardiente, confortarán mi pobre cuerpo -respondió Petit-André-. Así es que sean bien recibidos.

-Pagad a los verdugos esa cantidad -dijo Hayraddin a Durward-. Me despojaron de dinero cuando se apoderaron de mí; te será de mucho provecho.

Quintín pagó a los verdugos su gratificación, y, como hombres de honor, se retiraron a cierta distancia, manteniendo, sin embargo, un ojo vigilante sobre los movimientos del criminal. Después de esperar un momento, y al ver que el infeliz no hablaba, Quintín le preguntó:

-¿Y es a esto a lo que has venido a parar al final?

-¡Ay! -contestó Hayraddin-, no se necesita ser astrólogo, ni fisonomista, ni quiromántico, para predecir que tenía que seguir el destino de mi familia.

-¡Llevado a este fin por tu larga carrera de crímenes y traiciones! -dijo el escocés.

-¡No, por la brillante Aldebarán y todas sus hermanas centelleantes! -contestó el bohemio-. Me encuentro en este trance por mi locura en creer que la sangrienta crueldad de un francés podía ser refrenada por lo que ellos tienen por lo más respetable. La vestidura de un sacerdote no hubiera sido para mí un atavío más seguro que el casacón de un heraldo, por muy ostensibles que resulten sus protestas de devoción y caballerosidad.

Librodot

-Un impostor que es descubierto no tiene derecho a reclamar las inmunidades del disfraz que ha usurpado -dijo Durward.

-¡Descubierto! -dijo el bohemio-. Mi léxico fué tan bueno como el del otro heraldo viejo y tonto; pero pasemos por ello.

-Abusas del tiempo -dijo Quintín-. Si tienes algo que decirme, dilo rápido, y cuida luego un poco de tu alma.

-¿De mi alma? -dijo el bohemio con una odiosa sonrisa-, ¿Creéis vosotros que una lepra de veinte años puede curarse en un instante? Si tengo alma, tiene tal historial desde mis diez años, que necesitaría un mes para recordar todos mis crímenes, y otro para contárselos al cura; y si ese espacio de tiempo me fuese concedido, aseguro que lo emplearía en otra cosa.

-¡Infeliz sin conciencia, no blasfemes! Dime lo que tengas que contarme, y te dejo a tu suerte -dijo Durward con mezcla de piedad y horror.

-Tengo que pedir una gracia -dijo Hayraddin-; pero primero la compraré, pues tu tribu, con todas sus protestas de caridad, no da por nada.

-Puedo muy bien decir que tus regalos perecen contigo -contestó Quintín-, pues te encuentras en el mismo borde de la eternidad. Di qué merced pretendes; reserva tu donativo; de nada me serviría; recuerdo bien tus buenos oficios de antaño.

-Te apreciaba -dijo Hayraddin- por lo ocurrido a orillas del Cher, y te hubiera ayudado cerca de una opulenta dama. Llevabas su banda, lo que en parte me confundió, ya que, en verdad, creía que Hameline, con su aparente riqueza, te interesaba más que la otra pájara que Carlos ha atrapado y es probable que no suelte.

-No hables tan inútilmente, infeliz hombre -dijo Quintín-; aquellos empleados se vuelven impacientes.

-Dales diez florines por diez minutos más -dijo el culpable, quien, como la mayoría en su situación, mezclaba con su atrevimiento un deseo de diferir su sino-; te aseguro que te será de gran provecho.

-Aprovecha, pues, bien los minutos así logrados -dijo Durward, que fácilmente hizo un nuevo contrato con los hombres del preboste.

Hecho esto, Hayraddin continuó:

-Sí; te aseguro que deseaba tu bien y que Hameline hubiera resultado una esposa fácil y conveniente. Ella no ha tenido inconveniente en arreglarse con el Jabalí de las Ardenas, aunque su modo de arrullar era de los más brutales, y manda en su guarida como si se hubiese alimentado de bellotas toda su vida.

-Cesa en tu brutal e inoportuna broma -dijo Quintín-, o, una vez más, te digo que te abandono a tu suerte.

-Tienes razón -dijo Hayraddin después de un momento de pausa-; ¡lo que no puede evitarse debe ser visto cara a cara! Vine disfrazado de este modo, alentado por una

Librodot

gran recompensa prometida por De la Marck, y esperando aún una mayor del rey Luis, no para llevar simplemente el mensaje de desafío de que habrás oído hablar, sino para decir al rey un importante secreto.

-Fué un lance arriesgado -dijo Durward.

-Como tal fué pagado y como tal ha resultado -contestó el bohemio-. La señora De la Marck intentó antes comunicar con Luis por medio de Marthon, pero no logró, al parecer, acercarse más que al astrólogo, a quien contó todos los incidentes de la jornada y de Schonwaldt; pero sería muy raro que las noticias de ella llegasen hasta Luis, de no ser en forma de profecía. Pero escucha mi secreto, que es más importante que nada de lo que ella podía contar. Guillermo De la Marck ha reunido una fuerza numerosa dentro de la ciudad y la aumenta a diario por medio de los tesoros del antiguo obispo. Pero no tiene intención de aventurarse en una batalla con la flor de la caballería de Borgoña y menos aún aguantar un sitio en la desmantelada ciudad. Estos son sus planes: consentirá que el colérico Carlos se sitúe delante de la plaza sin oposición y por la noche hará una salida contra él con todas sus fuerzas. A muchos los tendrá vestidos con armaduras francesas, y éstos gritarán: Francia, San Luis y Denis Mountjoye, como si formaran parte de un fuerte cuerpo de auxiliares franceses guarecido en la ciudad. Esto producirá una gran confusión entre los borgoñeses, y si el rey Luis, con su guardia, acompañantes y los soldados que pueda llevar consigo secunda sus esfuerzos, el Jabalí de las Ardenas no tiene duda del desconcierto que experimentará todo el ejército borgoñés. Ese es mi secreto y te lo transmito como mi testamento. Que lleves adelante o impidas la empresa, que vendas el secreto al rey Luis o al duque Carlos no me interesa; salva o destruye a quien quieras; ¡por mi parte sólo siento que no pueda hacerla estallar como una mina para conseguir la destrucción de todos!

-Es en verdad un secreto importante -dijo Quintín, comprendiendo al instante con qué facilidad podían suscitarse los celos nacionales en un campamento compuesto en parte de franceses y en parte de borgoñeses.

-Ahora que lo sabes -contestó Hayraddin-, no me negarás la merced que he solicitado antes.

-Dime qué deseas -dijo Quintín-. Lo concederé si depende de mí.

-No es una petición difícil; es sólo en favor del pobre *Klepper*, mi caballo, el único ser viviente que puede echarme de menos. A una milla al Sur le encontrarás pastando junto a una choza abandonada de un carbonero; sílbale así (silbó una nota especial) y llámale por su nombre, *Klepper*, y acudirá a ti. Aquí está su brida bajo mi traje; es circunstancia feliz que los sabuesos no la encontrasen, pues no obedece a ninguna otra. Quédate con él y cuídale, no digo en recuerdo de su amo, sino porque he puesto a tu disposición la clave de una gran guerra. Nunca te fallará en caso de necesidad; noche y día, bueno o mal tiempo, establos abrigados o el cielo raso, es lo mismo para *Klepper*. Si hubiera podido franquear las puertas de Peronne y llegar hasta el sitio donde le dejé, no me hubiera visto en este caso. ¿Serás amable con *Klepper*?

-Te juro que lo seré -contestó Quintín afectado por lo que denotaba un rasgo de ternura en un carácter tan insensible.

-¡Entonces pásalo bien! -dijo el criminal-. No obstante, quédate, quédate; no quiero morir de una manera descortés, olvidando la comisión de una dama. Esta esquela es de la muy tonta señora del Jabalí Salvaje de las Ardenas, para su sobrina. Y una palabra más: olvidé de decirte que en el forro de mi silla de montar encontrarás una buena bolsa llena de piezas de oro, por la que arriesgué mi vida en la aventura que me ha costado tan cara. Tómala y te resarcirás de sobra de los florines entregados a estos esclavos sanguinarios; te hago mi heredero.

-Los emplearé en buenas obras y en misas por la salvación de tu alma -dijo Quintín.

-No nombres esa palabra de nuevo -dijo Hayraddin, adoptando su rostro una expresión angustiosa-; no hay, no puede haber, no habrá semejante cosa; ¡es un sueño de los curas!

-¡Desgraciado, qué ser más desgraciado! ¡Piensa mejor! Deja que envíe de prisa por un sacerdote; estos hombres aguardarán aún un poco más; los sobornaré de nuevo -dijo Quintín-. ¿Qué puedes conseguir muriendo con tales ideas e impenitente?

-El ser disuelto entre los elementos -dijo el convencido ateísta oprimiendo sus brazos esposados contra su pecho-; mi esperanza y confianza es que el misterioso cuerpo humano se fundirá en la masa general de la Naturaleza para volver a recombinarse en las otras formas que diariamente suministra a los que a diario desaparecen y vuelven a resurgir bajo formas diferentes; las partículas de agua a los torrentes y aguaceros; las partes terrestres para enriquecer la madre tierra; las partes de aire para retozar en la brisa, y las de fuego para avivar el fuego de Aldebarán y sus hermanas. ¡En esta fe he vivido, y moriré en ella! ¡Fuera! ¡vete! ¡No me molestes más! ¡He dicho las últimas palabras que oídos mortales pueden escuchar!

Profundamente impresionado con los horrores de su manera de pensar, vió Quintín Durward que era inútil la esperanza de despertar en él sentimiento de su condición equivocada. Se despidió de él, a lo que el criminal sólo contestó con una leve inclinación de cabeza, como aquel que, embebido en sus sueños, dice adiós a los que le distraen de sus pensamientos. Se dirigió hacia el bosque, y fácilmente dió con el sitio donde se encontraba *Klepper* pastando. El animal acudió a su llamada; pero durante algún tiempo no quiso dejarse coger, resoplando y escapándose cuando se le acercaba la persona extraña para él. Por fin, el conocimiento general que Quintín poseía de las costumbres del animal, y quizá algún detalle especial de las costumbres de *Klepper*, que había con frecuencia admirado mientras Hayraddin y él viajaron juntos, le capacitaron para apoderarse del caballo y cumplir así el último ruego del bohemio. Mucho antes de volver a entrar en Peronne, el bohemio había ingresado donde la vanidad de su temeroso credo había de tener su fin, experiencia terrible para uno que no había expresado remordimiento por el pasado ni aprensión por el futuro.

Capítulo XXXV

Un premio al honor

Es halagador para
la belleza
el conquistarla con la punta de la
espada.
El Conde Palatino.

Cuando Quintín Durward regresó a Peronne se celebraba un consejo, en cuyo resultado estaba más interesado de lo que podía sospechar, y el cual, aunque constituído por personas de un rango con el que una persona del suyo apenas podía suponerse que tuviese comunidad de intereses, tuvo, no obstante, la más extraordinaria influencia a su fortuna.

El rey Luis, que después del episodio del enviado de De la Marck no había omitido oportunidad para cultivar el interés que había recobrado a los ojos del duque, le había consultado, o mejor dicho, había escuchado su opinión sobre el número y calidad de las tropas, con las que, como auxiliar del duque de Borgoña, había de tomar parte en su expedición combinada sobre Lieja. Vió claramente el deseo de Carlos de que acudiesen a su campamento sólo aquellos franceses que por su pequeño número y calidad superior pudiesen más bien ser considerados como huéspedes que como auxiliares; pero siguiendo el consejo de Crèvecoeur, asintió tan pronto a todo lo que el duque propuso como si hubiese surgido de su propio magín.

El rey no dejó de resarcirse de su conformidad, dando suelta a su temperamento vengativo contra Balue, cuyos consejos le habían llevado a depositar tanta confianza en el duque de Borgoña. Tristán, que llevaba las órdenes para desplazar sus fuerzas auxiliares, tenía además el encargo de llevar al cardenal al castillo de Loches y encerrarle allí en una de esas celdas de hierros, que se dice él mismo había inventado.

-Déjele que pruebe sus propios inventos -dijo el rey-; es un hombre de la santa Iglesia; no debemos derramar su sangre; pero, *¡Pasques-dieu!,* su obispado, en los diez años venideros, tendrá una frontera inexpugnable. Procura que las tropas vengan en seguida.

Quizá con esta rápida condescendencia esperaba Luis evitar la condición más desagradable con la que el duque había hecho más difícil su reconciliación. Pero si tenía esa esperanza era porque olvidaba la manera de ser de su primo, pues nunca vivió hombre más tenaz en su propósito que Carlos de Borgoña, y menos que nada era capaz de dejar que se incumpliese una estipulación con la que pretendía vengarse de una supuesta injuria.

Tan pronto fueron circuladas las órdenes oportunas para reunir las fuerzas que habían de ser seleccionadas para actuar de auxiliares, Luis fué llamado por su primo para dar consentimiento público a los esponsales del duque de Orleáns e Isabel de Croye. El rey accedió con un gran suspiro y pidió a continuación que se celebrase una pequeña consulta fundada en la necesidad de que el duque expusiese sus deseos.

Librodot

-Este detalle no ha sido olvidado -dijo el duque de Borgoña-, Crèvecoeur ha notificado la noticia a monsieur y Orleáns, y le encuentra (extraño es decirlo) tan poco afecto al honor de casarse con una novia de estirpe real, que ha accedido a la propuesta de matrimonio con la condesa de Croye, considerándola como la proposición más amable que un padre podía hacer a su hijo.

-Es muy desagradecido y desagradable -dijo Luis-; pero todo será como quieras si logras que se verifique la boda con consentimiento de ambos.

-No temas que así no sea -dijo el duque-; y pocos minutos después de haber propuesto el asunto, el duque de Orleáns y la condesa de Croye, la última acompañada, como la anterior ocasión, por la condesa de Crèvecoeur y la abadesa de las Ursulinas, fueron citados a la presencia del príncipe y oyeron de boca de Carlos de Borgoña, sin que interviniese Luis, que estaba sentado en silencio, que su enlace había sido proyectado por deseo expreso de ambos príncipes para confirmar la perpetua alianza que en el porvenir debería reinar entre Francia y Borgoña.

-El duque de Orleáns tuvo que contenerse bastante para no exteriorizar la alegría que experimentó al escuchar esta proposición que la delicadeza la hubieran hecho impropia de ser expresada en Presencia de Luis, y fué preciso su temor habitual de este monarca para refrenar su deleite y limitarse a contestar «que su deber le impelía a hacer en esta cuestión la voluntad de su soberano».

-Querido Primo de Orleáns -dijo Luis con gravedad-; ya que debo hablar en ocasión tan poco agradable, no necesito recordarte que el sentimiento de tus méritos me habían inducido a proponer tu casamiento en el seno de mi familia. Pero ya que mi primo Carlos cree que otra clase de boda es el más seguro pacto de amistad entre sus dominios y los míos, amo lo bastante a ambos para no sacrificarles a mis propias esperanzas y deseos.

-El duque de Orleáns se puso de rodillas y besó por primera vez con sinceridad de adhesión la mano que el rey, con rostro de desagrado, le extendió. Este, lo mismo que la mayoría de los presentes, vieron en el consentimiento contra su voluntad de este redomado hipócrita a un rey que abandona su proyecto favorito y somete sus sentimientos paternales a las necesidades del Estado y a los intereses de su país. Aún Carlos se conmovió, mientras Orleáns experimentaba una gran satisfacción. Si hubiese sabido lo mucho que el rey le maldecía en su fuero interno, y los pensamientos de venganza futura que le agitaban, es probable que no se hubiese alegrado tanto.

Carlos se dirigió después a la joven condesa y le anunció, desde luego, la boda proyectada como asunto que no admitía duda ni dilación, añadiendo que era una consecuencia demasiado favorable vista su conducta pasada.

-Mis señores duque y soberano -dijo Isabel sacando fuerzas de flaqueza-, acato sus órdenes y me someto a ellas.

-Bien, bien -dijo el duque interrumpiéndola-, arreglaremos el resto. Su majestad -continuó dirigiéndose a Luis- ha tomado parte esta mañana en una cacería de jabalíes; ¿qué le parecería si esta tarde nos dedicásemos a perseguir a los lobos?

Librodot

La joven condesa comprendió la necesidad de tomar una decisión.

-Su alteza equivoca mi intención -dijo, hablando tímidamente aunque en voz lo bastante alta para llamar la atención del duque-. Mi sometimiento -continuó- sólo se refiere a aquellas tierras y bienes que los antepasados de su alteza me dieron y que cedo a la casa de Borgoña si mi soberano cree que mi desobediencia en este asunto me hace indigna de conservarlas.

-¡Por San Jorge! -dijo el duque golpeando furiosamente el suelo con el pie-. ¿Sabe esta mentecata en presencia de quién está y con quién habla?

-Mi señor -replicó ella sin acoquinarse- me encuentro delante de mi soberano, que tengo por justo. Si me despoja de mis tierras, me quita todo lo que la generosidad de sus antepasados me dió y quebranta los únicos lazos que nos unen. Mi propósito es dedicarme al Cielo en el convento de las Ursulinas, bajo la guía de esta su santa madre abadesa.

Apenas puede concebirse la rabia y asombro del duque, de no imaginarnos la sorpresa de un halcón contra quien una paloma golpease sus alas desafiándolo.

-¿La santa madre la recibirá sin una dote? -dijo con voz de sorna.

-Aunque con ello resulte perjudicado el convento en el primer momento -dijo lady Isabel-, confío en los nobles amigos de mi casa que ayudarían a la huérfana de Croye.

-¡Todo eso es falso! -dijo el duque. Es un vil pretexto para encubrir alguna pasión secreta e indigna. ¡Señor de Orleáns, ella será suya, pues yo, con mis manos, la arrastraré al altar!

La condesa de Crèvecoeur, mujer de espíritu noble, confiada en el ascendiente de su marido cerca del duque, no pudo permanecer callada por más tiempo.

-Señor -dijo-, su apasionamiento le lleva a emplear un lenguaje verdaderamente indigno. No puede disponerse a la fuerza de la mano de ninguna dama.

-Y no es propio de un príncipe cristiano -añadió la abadesa- el oponerse a los deseos de un alma piadosa que, desengañada con las persecuciones del mundo, desea llegar a ser la esposa del cielo.

-Tampoco puede mi primo el de Orleáns -dijo Dunois- aceptar con honor una proposición a la que la dama ha hecho tan públicamente sus objeciones.

-Si me fuese concedido -dijo Orleáns, en cuyo espíritu la belleza de Isabel había hecho profunda impresión- algún plazo para hacer patentes mis pretensiones ante la condesa de un modo más conveniente...

-Señor -dijo Isabel, cuya firmeza estaba ahora sostenida por el apoyo que recibía de los que la rodeaban-, no tendría ningún objeto; mi espíritu está decidido a rechazar esta alianza, aunque exceda en mucho de mis méritos.

Librodot

-No tengo tiempo -dijo el duque- para esperar que estos caprichos cambien con la siguiente fase de luna. Señor de Orleáns, aprenderá la condesa en este momento que la obediencia es una cualidad necesaria.

-No en lo que dependa de mí, señor -contestó el príncipe, que comprendía que no podía con honor aprovecharse de la terca disposición del duque-; basta para un hijo de Francia el haber sido rechazado franca y públicamente. No puede llevar adelante sus pretensiones.

El duque lanzó una mirada furiosa a Orleáns y otra a Luis, y leyendo en el rostro del último, a pesar de sus grandes esfuerzos para disimular sus sentimientos, una mirada de triunfo secreto, se puso fuera de sí.

-¡Escriba -dijo al secretario- mi sentencia de confiscación y prisión contra esta dama! ¡Que se la conduzca a la Zuchthaus, a la penitenciaría, a que conviva con aquellas cuyas vidas las hacen rivales de su descaro!

Hubo un murmullo general.

-Señor duque -dijo el conde de Crèvecoeur hablando en nombre de todos-, esto debe pensarse mejor. Nosotros, vuestros fieles vasallos, no podemos sufrir esa deshonra para la nobleza y caballerosidad de Borgoña. Si la condesa ha faltado, que sea castigada, pero en la forma que corresponda a su rango y al nuestro, que estamos ligados a su casa por vínculos de sangre y alianza.

El duque se calló un momento y miró con fijeza a su consejero con la mirada de un toro que, separado de su manada, no sabe si obedecer el requerimiento del vaquero o precipitarse sobre él para lanzarle por el aire.

La prudencia, sin embargo, prevaleció sobre su furia. Se percató del sentimiento que dominaba en el consejo, se asustó de las ventajas que Luis podía lograr al ver que existían disensiones entre sus vasallos, y probablemente -pues era de carácter más bien violento que maligno- se sintió avergonzado de su proposición deshonrosa.

-Tienes razón, Cèvecoeur -dijo-, he hablado con mucha precipitación. Que su suerte sea fijada según las reglas de la caballerosidad. Su huída a Lieja ha sido la señal del asesinato del obispo. Aquel que mejor vengue ese crimen y nos traiga la cabeza del Jabalí Salvaje de las Ardenas nos pedirá la mano de ella; y si ella le niega el derecho, podemos, por lo menos, concederle sus feudos, dejando al arbitrio del individuo el otorgarle lo que le parezca bien para retirarse a un convento.

-¡De ningún modo! -dijo la condesa-. ¿Es que olvida que soy la hija del conde Reinold, del fiel y antiguo valiente servidor de su padre? ¿Me asignaría el papel de recompensa al que mejor maneje la espada?

-Vuestra abuela -dijo el duque- fué conquistada en un torneo; vos seréis disputada en una *mêlée* real. Sólo que en recuerdo del conde Reinold, el ganador deberá ser un caballero de cuna intachable y escudo sin mácula; con ese requisito, y por muy pobre que sea el que ciña la espada vencedora, tendrá la preferencia a su mano. ¡Lo juro por San Jorge, por mi corona ducal y por la Orden que ostento! Señores -añadió

Librodot

volviéndose a los nobles presentes-, esto está, al menos, según creo, en conformidad con las normas de Caballería.

Las protestas de Isabel fueron sofocadas por las muestras jubilosas de asentimiento general, sobre las que se percibió la voz del anciano lord Crawford, que se lamentaba que el peso de sus años le impidiese contender para el logro de premio tan hermoso. El duque quedó satisfecho con el aplauso general y su carácter comenzó a suavizarse como río crecido cuando vuelve a su cauce natural.

-¿Hemos de limitarnos a ser espectadores de este asunto -dijo Crèvecoeur- los que por suerte tenemos ya dama? Mi honor lo consiente, pues tengo un voto que cumplir respecto a ese bruto con colmillos, ese De la Marck.

-Bien dicho, Crèvecoeur -dijo el duque-, gánala, y ya que no puedes llevártela, traspásala a quien quieras, al conde Esteban, tu sobrino si quieres.

-¡Gracias, señor! -dijo Crèvecoeur- Haré todo lo que pueda en el combate, y si tengo la suerte de ganar, Esteban probará su elocuencia contra la señora abadesa.

-Confío -expuso Dunois- que los caballeros de Francia no resultarán excluídos de esta disputa.

-En modo alguno, bravo Dunois -contestó el duque-, aunque no fuera más que por verle hacer un gran esfuerzo. Pero -añadió- aunque no haya inconveniente en que lady Isabel se case con un francés, será necesario que el conde de Croye se haga súbdito de Borgoña.

-Basta, basta -dijo Dunois-; en mi escudo no figurará nunca la corona de Croye... Viviré y moriré francés. Pero aunque pierda las tierras, intentaré dar un golpe en favor de la dama.

Le Balafré no se atrevió a hablar alto ante aquella concurrencia, pero se dijo a sí mismo:

-¡Ahora, Saunders Souplejan, es tu hora! Siempre dijiste que la fortuna de nuestra casa sería lograda por matrimonio, y nunca tuviste semejante ocasión para probarla como en la actualidad.

-Nadie piensa en mí -dijo Le Glorieux-, que estoy seguro de arrebatar el premio a todos vosotros.

-Tienes razón, mi sabio amigo -dijo Luis-; cuando una mujer está por medio, el mayor tonto es el que resulta siempre más favorecido.

Mientras los príncipes y sus nobles bromeaban así sobre la suerte de Isabel, la abadesa y la condesa de Crèvecoeur trataban en vano de consolarla una vez que la habían sacado de la sala del Consejo. La primera le aseguraba que la Sagrada Virgen miraría con desagrado todo intento de apartar una verdadera mujer con vocación del altar de Santa Ursula, mientras la condesa de Crèvecoeur le prodigaba consuelos más materiales, diciéndole que ningún caballero verdadero que pudiese triunfar se aprovecharía contra su voluntad de la recompensa ideada por el duque, y que quizá el competidor victorioso podría ser uno que le fuese simpático a ella. El amor podría

Librodot

venir después, y débil y vaga como era la esperanza que encerraba esta insinuación, las lágrimas de la condesa Isabel fluían con más placidez mientras pensaba en ello[(61)].

Capítulo XXXVI

La salida

El desgraciado
condenado a despedirse de la vida
Siempre confía en algo,
Y cada pena que acongoja su corazón
Es seguida de nueva esperanza.
La esperanza, como luz de bujía que resplandece,
Adorna y alegra el camino,
Y a medida que la noche se acerca,
Emite una luz más brillante.
Goldsmith.

Pocos días habían pasado, cuando Luis recibió la noticia, con una sonrisa de venganza satisfecha, que su favorito y consejero el cardenal Balue estaba furioso dentro de una celda de hierro, dispuesta de modo que sólo le permitía gozar de descanso en pocas posturas, de no estar tendido; y en la que, dicho sea de paso, permaneció durante cerca de doce años. Las fuerzas auxiliares que el duque había exigido a Luis que trajese, también habían llegado; y se consoló al ver que su número era el suficiente para proteger su persona contra violencia, aunque demasiado restringida para competir, si hubiese sido ese su propósito, con el gran ejército de Borgoña. Se vió también en libertad, cuando conviniese, a volver a su proyecto de matrimonio entre su hija y el duque de Orleáns, y aunque se percataba de la indignidad de servir con sus pares más nobles bajo las banderas de su propio vasallo y contra el pueblo cuya causa había instigado, no permitió que estas circunstancias le desconcertasen mientras tanto, confiando que algún día podría resarcirse.

-Por casualidad -le dijo a su fiel Oliver- puede uno acertar una vez; pero sólo con paciencia y sabiduría se gana el juego al final.

Con tales sentimientos, en un hermoso día del final de la cosecha el rey montó su caballo, e indiferente de ser contemplado más bien como un elemento del cortejo de un vencedor que como un soberano independiente, rodeado de sus guardias y sus caballeros, Luis salió por la puerta gótica de Peronne para unirse al ejército borgoñés que comenzaba, simultáneamente, su marcha sobre Lieja.

Muchas damas distinguidas que estaban en la plaza esperaban, vestidas con sus mejores galas sobre los baluartes y defensas de la puerta para ver la gallarda exhibición de guerreros que formaban la expedición. Allí había llevado la condesa

Librodot

Crèvecoeur a la condesa Isabel. Esta acudió de muy mala gana; pero la orden perentoria de Carlos fué que la que había de otorgar la palma en el torneo tenía que ser vista por los caballeros que iban a contender.

Cuando se apretujaban bajo el arco se veían muchos pendones y escudos, adornados con nuevas leyendas, expresivas de la firme resolución de los que las llevaban de llegar a ser competidores para alcanzar premio tan magnífico.

Aquí aparecía pintado un caballo partiendo raudo para la meta; allí una flecha apuntada al blanco; un caballero llevaba un corazón sangrando como indicación de su pasión; otro una calavera y una corona de laurel mostrando su determinación de ganar o morir. Muchas más divisas había, y algunas tan intrincadas y obscuras, que podían desafiar al más ingenioso intérprete. Cada caballero, como también debe suponerse, hacía caracolear su corcel y adoptaba posturas bizarras sobre la silla en el momento de pasar ante el grupo de hermosas damas y damiselas, que les animaban con sus sonrisas y el agitar de pañuelos y velos. Los arqueros de la Guardia, seleccionados de la flor de la nación escocesa, arrancaban aplausos generales por la gallardía y esplendor de su aspecto.

Había uno entre estos extranjeros que se aventuró a realizar una demostración de conocimiento de lady Isabel, que aun no había sido intentada ni aun por los más nobles de la nobleza de Francia. Fué Quintín Durward, quien, al pasar junto a las damas, a su altura, presentó a la condesa de Croye, en la punta de su lanza, la carta de su tía.

-¡Por mi honor -dijo - el conde de Crèvecoeur-, eso es una verdadera insolencia de un indigno aventurero!

-No le juzgue así, Crèvecoeur -dijo Dunois-; tengo motivos para creer en su caballerosidad, y en favor de esa dama precisamente.

-Habláis sin fundamento -dijo Isabel ruborizándose y algo resentida-; es una carta de mi desdichada tía. Escribe con optimismo, aunque su situación debe de ser terrible.

-Sepamos lo que dice la esposa del Jabalí -dijo Crèvecoeur-. La condesa Isabel leyó la carta, en la que la tía parecía decidida a sacar el mejor partido de un mal paso, y consolarse por su matrimonio precipitado e indecoroso, con la idea de haberse casado con uno de los más bravos hombres de su época, que acababa de conquistar con su valor un principado. Rogaba a su sobrina que no juzgase a Guillermo (como le llamaba) por lo que le dijesen los demás y que esperase hasta conocerle personalmente. Tenía quizá sus faltas, pero eran de esas propias de caracteres que ella siempre había admirado. Guillermo era más bien aficionado al vino, pero también lo fué sir Godfrey, abuelo de ella; también era algo sanguinario y cruel en su modo de ser, como lo había sido el hermano de ella, Reinold, de grato recuerdo; era descortés para hablar; pocos alemanes eran de otro modo, y un poco voluntarioso y absoluto; pero ella amaba esas condiciones en todos los hombres que mandaban. Seguía la carta insistiendo sobre lo mismo y concluía con el ruego y esperanza de que Isabel lograría, por medio del portador, escapar de la tiranía de Borgoña e ir con su querida tía, que regía la corte de Lieja, en la que cualesquiera pequeñas diferencias referentes a sus mutuos derechos de sucesión al condado podían ser arregladas casando a Isabel con el

Librodot

conde Eberson, un caballero más joven, es cierto, que su marido, pero que ella (lady Hameline) podía decir por la experiencia era un inconveniente que podía sobrellevarse más fácilmente de lo que Isabel imaginaba[(62)].

Al llegar a este punto se calló la condesa, haciendo la abadesa la observación que había ya leído bastante relativo a vanidades humanas, y exclamando el conde de Crèvecoeur:

-¡Vete, lárgate, maldita bruja! Este plan es una añagaza como el queso que se pone en una ratonera.

La condesa de Crèvecoeur protestó de la violencia de su marido.

-Lady Hameline -dijo- debe de haber sido engañada por De la Marck con una apariencia de cortesía.

-¡Apariencias de cortesía en él! -dijo el conde-. Eso es imposible. Lo mismo podía esperarse de un jabalí salvaje de verdad; es como si intentases colocar panes de oro sobre una vieja y mohosa armadura de hierro. No; por muy tonta que sea, no es tan gansa como para enamorarse de un zorro que la ha atrapado, y eso en su propia madriguera. Pero vosotras sois iguales todas las mujeres; las bellas palabras os atraen, y me atrevo a afirmar que mi linda prima, aquí presente, está impaciente por unirse a su tía en su falso paraíso y a casarse con el jabato.

-Lejos de estar dispuesta a cometer semejante locura -dijo Isabel-, deseo que se haga venganza con los asesinos del excelente obispo, porque al mismo tiempo se verá libre mi tía del dominio de ese villano.

-¡Ah! ¡Esas palabras son dignas de un Croye! -exclamó el conde, y no se dijo nada más concerniente a la carta.

Pero mientras Isabel leía a sus amigos la carta de su tía, debe observarse que no juzgó necesario recitar cierta posdata en la que la condesa Hameline daba noticias de sus ocupaciones e informaba a su sobrina que había tenido que suspender el bordado a su marido de un abrigo en que figuraban las armas de Croye y de De la Marck enlazadas, porque su Guillermo había decidido, con fines políticos, vestir a otros con armaduras análogas a la suya en la primera acción que ocurriese, y él adoptar las armas de Orleáns, con una barra a la izquierda, o sea las de Dunois. También se encontró en la otra mano con una esquela, cuyo contenido no juzgó la condesa necesario mencionar; la esquela sólo contenía estas palabras: «Si no oye pronto de mí, y precisamente por la trompeta de la Fama, júzgueme muerto, pero no indigno.»

Un pensamiento, hasta ahora rechazado como del todo imposible, comenzaba Isabel a acariciar con doble interés. Como hembra que rara vez fracasa en sus intenciones, se las arregló de modo que antes de que las tropas se pusiesen en marcha, Quintín Durward recibió de mano desconocida la carta de lady Hameline, señalada con tres cruces bajo la posdata y con estas palabras añadidas: «El que no tuvo miedo de las armas de Orleáns cuando eran ostentadas por su bravo propietario, no puede temerlas cuando sean llevadas por un tirano y asesino.» Miles de veces fué besada esta insinuación y oprimida contra el pecho del joven escocés, pues le guiaba por la senda donde el Honor y el Amor encuentran su recompensa, y le hacían conocer un secreto

Librodot

desconocido para los demás, con el que podía distinguir a aquél, cuya muerte era lo único que podía dar pábulo a sus esperanzas y cuya carta prudentemente resolvió encerrar en su pecho.

Pero Durward comprendió la necesidad de actuar de otro modo respecto a la información comunicada por Hayraddin, ya que la salida que De la Marck se proponía hacer, de no tomar las medidas oportunas, podía llevar consigo la destrucción del ejército sitiador, dado lo difícil que era en el tumultuoso arte militar de la época el rehacerse de una sorpresa nocturna. Después de pensar la cosa, resolvió no comunicar la noticia, sino personalmente, y a ambos príncipes, cuando estuviesen juntos, quizá porque pensase que el mencionar un proyecto tan bien forjado y que tantas esperanzas encerraba, pudiera ser una fuerte tentación a la inconstante probidad del monarca y contribuyese a ayudar, más bien que repeler, la salida proyectada. Determinó por eso esperar una ocasión para revelar el secreto cuando Luis y Carlos se encontrasen, lo cual, y al no ser ninguno de ellos aficionado a las restricciones que la presencia del otro imponía, no era probable que ocurriese.

Mientras tanto, continuaba la marcha, y los confederados penetraron pronto en los territorios de Lieja. Aquí los soldados borgoñeses, por lo menos parte de ellos, constituídos por aquellas bandas que habrán merecido el título de *ecorcheurs* o desolladores, mostraron en el trato que dieron a los habitantes, con el pretexto de vengar la muerte del obispo, que tenían bien ganado aquel honroso título, mientras su conducta perjudicaba grandemente la causa de Carlos, ya que los agraviados habitantes, que de otro modo se hubieran mostrado pasivos en la contienda, se proveían de armas para defenderse, obstaculizando su marcha con el aislamiento de partidas sueltas, y penetrando en la ciudad antes de la llegada del ejército principal, aumentando con ello el número y la desesperación de los que habían resuelto defenderla. Los franceses, pocos en número, y ésos los soldados más escogidos del país, se mantenían, según las órdenes del rey, cerca de los respectivos estandartes y observaban la más estricta disciplina; contraste que aumentó las sospechas de Carlos, que no pudo por menos de observar que las tropas de Luis se conducían más bien como amigas de los de Lieja, que como aliadas de los de Borgoña.

Por fin, sin experimentar seria oposición, llegó el ejército al rico valle del Maes y ante la grande y populosa ciudad de Lieja. El castillo de Schonwaldt lo encontraron del todo destruído, y se encontraron que Guillermo de la Marck, cuyo único talento era de índole militar, había encerrado todas sus fuerzas en la ciudad y estaba decidido a evitar el encuentro con las tropas de Francia y Borgoña en campo abierto. Pero los invasores no tardaron en experimentar el peligro que siempre existe en atacar una gran ciudad, aunque abierta, si sus habitantes están dispuestos a defenderla desesperadamente.

Una parte de la vanguardia borgoñesa, pensando que, dado el estado de las murallas desmanteladas y con brechas, sólo precisaba entrar en Lieja a placer, penetraron por uno de los arrabales a los gritos de: «¡Borgoña, Borgoña! ¡Matad, matad; todo es nuestro! ¡Recordad a Luis de Borbón!» Pero como marchasen en desorden por las estrechas calles y anduviesen algo desperdigados para dedicarse al pillaje, un gran grupo de los habitantes, que salieron inopinadamente de la ciudad, cayó furiosamente sobre ellos e hicieron una gran carnicería. De la Marck se

aprovechó de las brechas en las murallas, que permitían a los defensores salir por diferentes puntos, y tomando estos caminos separados en el arrabal disputado, atacaron de frente, flanco y retaguardia a la vez, a los asaltantes, quienes, atontados por la naturaleza de la resistencia furiosa, inesperada y multiplicada, apenas podían defenderse con las armas. La noche, que avanzaba, contribuyó a la confusión.

Cuando llegó la noticia de lo que ocurría a oídos de Carlos, se enfureció, y no bastó para tranquilizarle la oferta de Luis de enviar los guerreros franceses a los arrabales para rescatar a la vanguardia borgoñesa y facilitar su salida. Rechazando este ofrecimiento, quiso ponerse a la cabeza de su propia Guardia para salvar a los comprometidos en el imprudente avance; pero D'Hymbercourt y Crèvecoeur le rogaron encomendase el servicio a ellos, y, marchando al lugar de acción por dos puntos, adoptadas las medidas para ayudarse mutuamente, estos dos famosos capitanes lograron rechazar a los de Lieja y salvar la vanguardia, que, además de los prisioneros, perdió no menos de ochocientos hombres, de los cuales ciento eran guerreros. Los prisioneros, sin embargo, no eran numerosos, habiendo sido rescatados la mayoría de ellos por D'Hymbercourt, que ahora procedió a ocupar el arrabal disputado y a colocar guardias enfrente de la ciudad, de la que estaban separadas por un espacio abierto o explanada de cuatrocientas o quinientas yardas, que estaba libre de edificios, con fines defensivos. No había foso entre el arrabal y la ciudad, siendo el terreno rocoso en aquel lugar. Una puerta daba frente al arrabal, por la que podían hacerse salidas fácilmente, y la muralla estaba agujereada por dos o tres de esas brechas que el duque Carlos había abierto después de la batalla de Saint Tron, y que habían sido rápidamente reparadas con simples barricadas de madera. D'Hymbercourt situó dos culebrinas apuntando a la puerta, y otras dos enfrente de la brecha principal, para repeler cualquier salida de la ciudad, y después se incorporó al ejército borgoñés, que encontró en gran desorden.

Lo sucedido fué que el cuerpo principal y la retaguardia del numeroso ejército del duque habían continuado el avance, mientras la deshecha y rechazada vanguardia se retiraba, y ambas chocaron, con gran confusión por ambas partes. La obligada ausencia de D'Hymbercourt, que desempeñaba los deberes de mariscal de campo, aumentó el desorden, y, para remate, la noche se presentó obscura como boca de lobo: cayó una copiosa lluvia, y el terreno sobre el que el ejército sitiador debía tomar posiciones se puso lleno de barro, y resultó cruzado por varios arroyuelos. Apenas es posible formarse idea de la confusión que prevaleció en el ejército borgoñés, resultando jefes separados de sus soldados y soldados separados de sus estandartes y oficiales. Todo el mundo, desde las altas categorías a las más ínfimas, buscaba albergue y acomodo donde individualmente lo encontraba, mientras los heridos y los cansados que habían tomado parte en el encuentro pedían en vano abrigo y consuelo, y aquellos que desconocían el desastre hacían presión para tener su parte en el saqueo de la plaza, que no dudaban continuaba alegremente.

Cuando D'Hymbercourt regresó, se encontró con que tenía que realizar una tarea de suma dificultad, y amargado, por añadidura, por los reproches de su soberano, que no quiso hacerse cargo del deber, aun más necesario, que había estado desempeñando. El temperamento del valiente soldado comenzó a manifestarse ante los reproches sin fundamento del duque.

Librodot

-Fuí allá a restablecer el orden en la vanguardia -dijo-, y dejé el grueso a las órdenes de su alteza; y ahora, a mi regreso, me encuentro con que no disponemos de frente, flanco ni retaguardia: tan grande es la confusión.

-Parecemos un barril de arenques -contestó Le Glorieux-, que es lo que más se asemeja a un ejército flamenco.

La salida del bufón hizo reír al duque, y evitó quizá que prosiguiese el altercado entre él y el general.

Con gran dificultad se consiguió una casita de recreo, o casa de campo, propiedad de algún rico ciudadano de Lieja, una vez expulsados los que la ocupaban, para que se acomodasen el duque y sus servidores más inmediatos, y la autoridad de D'Hymbercourt y Crèvecoeur logró establecer una guardia en su proximidad, de unos cuarenta hombres armados, que encendieron fuego, hecho con las vigas de otras casas, que echaron abajo con ese fin.

Un poco a la izquierda de esta villa, y entre ella y el arrabal, que, como hemos dicho, estaba enfrente de la puerta de la ciudad y ocupado por la vanguardia borgoñesa, había otra villa, rodeada de un jardín y un corral, y que tenía dos o tres pequeños campos o recintos en la espalda. En ésta estableció el rey de Francia su cuartel general. No pretendía ser un soldado, aparte de que su indiferencia natural por el peligro y su mucha sagacidad le calificaban para ser considerado como tal; pero procuraba siempre emplear los más hábiles en esa profesión, y colocaba en ellos la confianza que merecían. Luis y sus inmediatos acompañantes ocupaban esta segunda villa, y parte de su Guardia escocesa fué colocada en el corral, donde había abrigos para guarecerles de la intemperie; el resto estaba colocado en el jardín. Los demás soldados franceses estaban alojados en lugar cercano, y bien montado el servicio de vigilancia, con puestos de alarma, para el caso de tener que aguantar un ataque.

Dunois y Crawford, ayudados por varios viejos oficiales y soldados, entre los que Balafré se distinguía por su actividad, procuraban, derribando muros, abriendo aberturas en setos, llenando zanjas y otros menesteres por el estilo, facilitar las comunicaciones de las tropas entre sí y la combinación ordenada de todas en caso de necesidad.

Mientras tanto, el rey juzgaba propio acudir, sin mayor ceremonia, al alojamiento del duque de Borgoña para asegurarse cómo se iba a actuar y qué cooperación se esperaba de él. Su presencia dió lugar a una especie de consejo de guerra, en el que Carlos, de otro modo, no podía haber soñado.

Fué entonces cuando Quintín Durward rogó encarecidamente ser admitido por tener algo de importancia que comunicar a los dos príncipes. Logró esto sin gran dificultad, y grande fué el asombro de Luis cuando le oyó decir con calma y claridad el propósito de Guillermo de la Marck de hacer una salida al campo de los sitiadores, bajo los uniformes y estandartes de los franceses. A Luis le hubiera probablemente agradado más el enterarse en privado de noticia tan importante; pero como ésta había sido relatada públicamente, en presencia del duque de Borgoña, sólo hizo la observación «que, falsa o verdadera, semejante noticia les interesaba más de cerca a ellos».

Librodot

-¡Ni una pizca! -dijo el duque-. Si hubiese existido el propósito que anuncia este joven, no me hubiera sido comunicado por un arquero de la Guardia escocesa.

-Sea como sea -contestó Luis-, le ruego, querido primo, se entere que, para prevenir las desagradables consecuencias de tal ataque, de desencadenarse de repente, mandaré que mis soldados lleven bandas blancas sobre sus armaduras. Dunois, encárgate de que así se haga en seguida; esto es -añadió-, si nuestro hermano y general lo aprueba.

-No veo objeción alguna -replicó el duque-, si los caballeros franceses no temen el riesgo de que se les aplique en el porvenir el título de Caballeros de la Manga de Camisa.

-Sería un título bien aplicado, amigo Carlos -dijo Le Glorieux-, considerando que una mujer es la recompensa para el más valiente.

-Bien dicho, Sagacidad -dijo Luis-. Primo, buenas noches; iré a armarme. De camino sea dicho, ¿qué sucedería si conquistase a la condesa con mi mano?

-Su majestad -dijo el duque con la voz alterada- tendría entonces que hacerse un flamenco de verdad.

-No puedo -contestó Luis en tono de sincera confianza- serlo más de lo que ya lo soy, y me gustaría convencerte de ello.

El duque se limitó a dar las buenas noches al rey en un tono que se asemejaba al resoplido de un caballo tímido que se sobresalta al recibir la caricia del jinete cuando se dispone a montarle y sigue acariciándolo para que permanezca quieto.

-Podría perdonarle toda su doblez -dijo el duque a Crèvecoeur-; pero no puedo perdonarle el suponerme capaz de cometer la gran tontería de resultar engañado por sus manifestaciones.

Luis también tuvo sus confidencias con Oliver le Dain cuando volvió a su alojamiento.

-Este escocés -dijo- es tal mezcla de astucia y sencillez, que no sé lo que hacer con él. *¡Pasques-dieu!* ¡Juzga de su imperdonable locura al exponer el plan del honrado De la Marck delante del duque, de Crèvecoeur y de todos los demás en vez de decírmelo al oído, y proporcionarme, por lo menos, la oportunidad de ayudar u oponerme a él!

-Es mejor que así sea, señor -dijo Oliver-; hay muchos en su séquito actual que sentirían escrúpulos para asaltar a los de Borgoña sin ser retados, o para aliarse con De la Marck.

-Tienes razón, Oliver. Existen en el mundo semejantes tontos, y no tenemos tiempo para reconciliar sus escrúpulos con una pequeña dosis de interés propio. Debemos ser hombres de verdad, Oliver, y buenos aliados de Borgoña, esta noche al menos; el tiempo nos dará ocasión de resarcirnos. Ve, di que ningún hombre se desarme, ¡y deja que ataquen, en caso de necesidad, con tanto afán sobre aquellos que gritan *Francia* y *Saint Denis*, cual si gritasen Demonio e Infierno! Yo mismo dormiré con la armadura

Librodot

puesta. Di a Crawford que coloque a Quintín Durward en el extremo de nuestra línea de centinelas, próximo a la ciudad. Que sufra el primer ataque de la salida que nos ha anunciado; si la suerte le apoya, mejor para él. Pero ten cuidado especial con Martins Galeotti, y cerciórate que permanece a retaguardia, en sitio donde goce de seguridad absoluta; es demasiado atrevido, y, como un tonto, quiere ser filósofo y manejar la espada. Cuida de todas estas cosas, Oliver, y buenas noches. ¡Que protejan mis sueños Nuestra Señora de Clery y San Martín de Tours![(63)].

Capítulo XXXVII

La salida (continuación)

Miró y vió los
innumerables
Que por las puertas de la ciudad
pasaron.
El Paraíso reconquistado.

Un silencio sepulcral reinó pronto sobre aquella gran hueste que sitiaba a Lieja. Durante largo tiempo los gritos de los soldados, repitiendo sus contraseñas y tratando de unir sus diferentes banderas, sonaron cual aullidos de perros asustados buscando a sus amos. Pero al fin, dominados por el cansancio producido por las fatigas del día, los dispersos soldados se aglomeraron bajo el primer abrigo que encontraron, y los que no encontraron ninguno, se tendieron bajo las paredes, setos y otros objetos similares de protección para esperar la mañana, una mañana que algunos de ellos nunca habían de contemplar. Profundo sueño se apoderó de todos, excepto de aquellos que hacían una guardia no muy activa junto a los alojamientos del rey y del duque. Los peligros y esperanzas del mañana, aun los planes gloriosos que muchos jóvenes nobles abrigaban respecto al espléndido premio dedicado al que supiese vengar el asesinato del obispo de Lieja, se desvanecían de sus cabezas mientras yacían vencidos por la fatiga y el sueño. Pero no sucedía lo mismo con Quintín Durward. El conocimiento de que él sólo poseía el medio de distinguir a De la Marck en la lucha; el recuerdo por el cual esa información le había sido comunicada, y el feliz augurio que podía derivarse de haber sido ella quien se la había comunicado; el pensamiento que su suerte le había llevado a una crisis de las más peligrosas y dudosas, pero que aún había, al menos, una probabilidad de salir triunfante de ella, le desterró todo deseo de dormir, y agitaba sus nervios con vigor, que desafiaban la fatiga.

Apostado, por orden expresa del rey, en el extremo avanzado, entre el campamento de los franceses y la ciudad, algo distanciado de la derecha del arrabal que hemos mencionado, aguzó la mirada para penetrar las tinieblas que se extendían ante él, y prestó oídos a los menores sonidos que podían anunciar una conmoción en la ciudad

Librodot

sitiada. Pero sus grandes relojes habían dado sucesivamente las tres de la madrugada, y todo continuaba silencioso y tranquilo como una tumba.

Por fin, y cuando Quintín comenzó a pensar que el ataque sería demorado hasta el amanecer, y alborozado al pensar que habría luz bastante para descubrir la barra a la izquierda, a través de la flor de lis de los Orleáns, creyó oír en la ciudad un murmullo como el de abejas perturbadas que defienden sus colmenas. Escuchó; el ruido continuaba, pero era de un carácter tan impreciso, que bien pudiera ser el murmullo del viento soplando entre las ramas de un bosquecillo alejado, o quizá algún arroyo hinchado por las lluvias al desembocar en el perezoso Maes con clamor no usual. Quintín fué detenido por estas consideraciones para dar la alarma en el acto, pues, dada sin fundamento, hubiera sido una grave falta.

Pero cuando el ruido aumentó de intensidad y pareció avanzar al mismo tiempo hacia el puesto que ocupaba, juzgó su deber retroceder tan silenciosamente como pudo y llamar a su tío, que mandaba el pequeño cuerpo de arqueros destinado a ayudarle. Todos se pusieron en pie en un momento y con el menor ruido posible. En menos de un segundo lord Crawford se puso a su cabeza, y, enviando un arquero para dar la voz de alarma al rey y a los que le rodeaban, retiró su pequeña partida a cierta distancia detrás del fuego de su Guardia para que no pudiesen verla a la luz de éste. El sonido, que parecía oírse más cerca cada vez, cesó de pronto; pero oyeron claramente las fuertes pisadas de una gran agrupación de hombres que se aproximaban al suburbio.

-Los perezosos borgoñeses están dormidos en sus puestos -murmuró Crawford-; avanza hacia el arrabal, Cunningham, y despierta a los estúpidos bueyes.

-Manténgase bien a retaguardia cuando vaya -dijo Durward-; por la costumbre que tengo de oír pisadas de hombres, me parece que hay una fuerte agrupación interpuesta entre nosotros y el arrabal.

-Bien dicho, Quintín, experto muchacho -dijo Crawford-; eres un soldado muy aventajado para tus años. Sólo algunos deben haberse detenido mientras otros avanzan. ¡Me gustaría saber hacia dónde se encuentran!

-Avanzaré con cautela, señor -dijo Quintín-, y trataré de traeros noticias.

-Hazlo, buen muchacho; tienes buenos ojos y oídos; pero ten cuidado: no quisiera perderte por nada en este mundo.

Quintín, con su arcabuz preparado, avanzó por terreno que había reconocido cuidadosamente en el crepúsculo de la tarde última, hasta que no sólo tuvo la certeza de encontrarse en las inmediaciones de una gran masa de hombres que se encontraban casi entre el cuartel del rey y los arrabales, sino también que había una pequeña partida adelantada, muy próxima a él. Parecían hablar entre sí en voz baja como inseguros de qué hacer. Por fin, los pasos de dos o tres *enfants perdus*, destacados de la pequeña partida, se aproximaron hasta una distancia de él de unas dos picas. Juzgando imposible retirarse sin ser descubierto, Quintín dijo en voz alta: *Qui vive*?, y fué contestado por *Vive Li... li... ege, c'est-à-dire* Añadió el que le respondió, corrigiéndose así mismo: *Vive la France!* Quintín, instantáneamente, disparó su arcabuz: un hombre dió un grito y cayó, y él mismo, bajo la repentina aunque imprecisa descarga de cierto número de arcabuces, cuyo fuego graneado a lo largo de

Librodot

la columna demostró que era bastante numerosa, se precipitó atrás hacia la guardia principal.

-¡Admirable hecho, bravo muchacho! -dijo Crawford-. Ahora, arqueros, meteros en el corral: son muy numerosos para luchar con ellos en campo abierto.

Se metieron en el corral y en el jardín, donde encontraron todo dispuesto y al rey preparado para montar a caballo.

-¿Adónde se dirige, señor? -dijo Crawford-. Está más seguro aquí con los suyos.

-No es así -dijo Luis-; debo marchar, en seguida junto al duque. Debe convencerse de nuestra buena fe en este momento crítico, o nos encontraremos a los liejenses y borgoñeses sobre nosotros a un mismo tiempo.

Y saltando a su caballo, ordenó a Dunois que mandase las tropas francesas en el exterior de la casa, y a Crawford, la Guardia de arqueros y otras tropas de confianza, para defender la casa de recreo y sus dependencias. Les mandó que colocasen dos falconetes (piezas de artillería de campaña) que habían sido dejados media milla a retaguardia, y al mismo tiempo que vigilasen bien en sus puestos, pero que no avanzasen en modo alguno por mucho éxito que lograsen; y dadas estas órdenes, cabalgó con una pequeña escolta en dirección al alojamiento del duque.

La demora que permitió se llevasen a cabo estas andanzas era debida a haber Quintín acertado a matar con su disparo al propietario de la casa, que actuaba de guía de la columna designada para atacarla, y cuyo ataque, de haberse efectuado de repente, tenía probabilidades de haber tenido éxito.

Durward, que por orden del rey le acompañó a la morada del duque, encontró a este último en un estado de mal humor que casi le impedía desempeñar sus deberes, nunca más necesarios, pues, además del estruendo de un combate próximo y furioso que tenía ahora lugar en el arrabal, a la izquierda de sus fuerzas; a más del ataque al alojamiento del rey, que se desarrollaba en el centro, una tercera columna de combatientes, aun más nutrida, había salido por una brecha más distante y, marchando por veredas, viñas y pasos conocidos, habían caído sobre el flanco derecho del ejército borgoñés, el cual, alarmado al oír los gritos de guerra *Vive la France!* y *Denis Montjoie!,* que se mezclaban con los de *Liège* y *Rouge Sanglier,* y con la idea que éstos inspiraban de traición por parte de sus aliados los franceses, hicieron una resistencia imperfecta y desigual; mientras el duque, soltando juramentos y maldiciendo a su señor soberano y todo lo que le pertenecía, gritó que atacasen con arcos y armas de fuego, todo lo que fuese francés, fuese blanco o negro, aludiendo a las bandas que los soldados de Luis habían recibido órdenes de llevar.

La llegada del rey, acompañado sólo de Le Balafré y Quintín y diez arqueros, restableció la confianza entre Francia y Borgoña. D'Hymbercourt, Crèvecoeur y otros de los jefes borgoñeses, cuyos nombres eran famosos en la guerra, intervinieron con decisión en el conflicto, y mientras algunos jefes se precipitaron para traer tropas más distantes, aun no invadidas por el pánico, otros se mezclaron con las masas aturulladas, impusieron el instinto de disciplina, y mientras el duque se esforzaba en el frente gritando, macheteando y golpeando como un simple soldado, consiguieron poco a poco reanimar a sus hombres y debilitar a los asaltantes con el empleo de la

Librodot

artillería. La conducta, por otra parte, de Luis fué la de un jefe sagaz, tranquilo, dueño de sí, que ni buscaba ni evitaba el peligro, sino que demostraba tal dominio de sí mismo y astucia, que los jefes borgoñeses obedecían con rapidez las órdenes que dictaba.

La escena había llegado al máximo grado de interés y dramatismo. A la izquierda, el arrabal, después de un fiero combate, había sido incendiado, y una faja de llamas ancha y pavorosa no era obstáculo para que aun se disputasen las ruinas que ardían. En el centro, las tropas francesas, aunque luchando con fuerzas muy superiores, mantenían un fuego tan nutrido y constante, que la casita de recreo resultaba iluminada con los relámpagos de los disparos y semejaba un mártir coronado de llamas. A la derecha, la batalla fluctuaba con avances y retrocesos de suerte varia, según que llegasen nuevos refuerzos de la ciudad, o los que se traían procediesen de la retaguardia de las huestes borgoñesas; y la lucha continuó con furia sin igual durante tres mortales horas, que al fin trajeron la aurora, tan deseada por los sitiadores. El enemigo, en aquellos momentos, parecía aminorar sus esfuerzos en la derecha y en el centro, y se oyeron varias descargas de cañón procedentes de la casa de recreo.

-Id -dijo el rey a Le Balafré y a Quintín en el instante en que percibió este sonido-; han podido montar los falconetes, la casita de recreo está a salvo; ¡bendita sea la Virgen María! Decid a Dunois que avance hacia aquí, pero más bien próximo a las murallas de Lieja, con todos los nuestros, exceptuando los que pueda dejar para la defensa de la casa, y que se interponga entre esos torpes liejenses a la derecha de la ciudad, de donde les vienen los refuerzos.

El tío y el sobrino salieron al galope en busca de Dunois y Crawford, quienes, cansados de la guerra defensiva, obedecieron con alegría las disposiciones, y, colocándose al frente de un cuerpo formado por doscientos caballeros franceses, junto con los escuderos y la mayor parte de los arqueros y sus auxiliares, marcharon a través del campo, pisoteando los heridos, hasta que ganaron el flanco del grueso de fuerzas, que tan fieramente atacaban la derecha de los borgoñeses. La luz del día, que aumentaba por momentos, permitió descubrir que el enemigo continuaba saliendo de la ciudad, bien con el fin de continuar la batalla en ese punto, o reemplazar las fuerzas que ahora estaban empeñadas.

-¡Cielos! -dijo el viejo Crawford a Dunois-. Si no estuviese seguro de que eres tú el que cabalga junto a mí, diría que te veía entre aquellos bandidos y ciudadanos, haciendo estragos entre ellos con tu maza; sólo que, de haber sido tú, resultas mayor que de ordinario. ¿Estás seguro de que aquel jefe armado no es tu espectro, tu doble, como lo llaman estos flamencos?

-¡Mi espectro! -dijo Dunois-. No sé lo que quieres decir. Pero allí hay un pícaro con mis armas en la cimera y el escudo, a quien voy a castigar ahora por su insolencia.

-¡En nombre de lo que es noble, señor, deje a mi cargo la venganza! -dijo Quintín.

-¿A *ti*, joven? -dijo Dunois-. Eso es una pretensión excesiva. No; estas cosas son personales-. Volviéndose después sobre su silla gritó a los que le rodeaban: -¡Caballeros de Francia: formad en línea, igualar vuestras lanzas! ¡Que los rayos del sol

Librodot

saliente luzcan entre los batallones de aquellos cerdos de Lieja y puercos de las Ardenas que se disfrazan con nuestras antiguas armaduras!

Los guerreros contestaron con un grito unánime de: «¡Dunois! ¡Dunois! ¡Que viva muchos años el valiente bastardo! ¡Orleáns, al ataque! Y con su jefe en el centro, cargaron a pleno galope. Tropezaron con enemigo no tímido. El grueso al que atacaron se componía (excepto algunos oficiales montados) exclusivamente de infantes, quienes, afianzando las conteras de las lanzas contra sus pies y arrodillada la primera línea, la segunda con los cuerpos inclinados y las de atrás presentando las lanzas sobre las cabezas, ofrecían tal resistencia a la rápida carga de los franceses, como la del erizo a su enemigo. Pocos fueron capaces de abrirse camino a través de esa muralla de hierro; pero entre esos pocos figuraba Dunois, que, espoleando su caballo y haciendo que el noble bruto diese un salto de más de doce pies, se abrió fácil camino por en medio de la falange, y se dirigió contra el objeto de su animosidad. Su sorpresa fué grande al ver que Quintín continuaba a su lado y luchaba junto a él: la juventud, el valor temerario y la determinación de obrar o morir habían mantenido al joven de frente con el mejor caballero de Europa, pues como tal era reputado Dunois, y con razón, en aquella época.

Pronto resultaron rotas sus lanzas; pero los contrarios eran incapaces de resistir los golpes de sus largas y pesadas espadas, mientras los caballos y jinetes, provistos de armaduras de acero, recibían poco daño de sus lanzas. Dunois y Durward luchaban con esfuerzos rivales para alcanzar el sitio donde aquel que había usurpado el escudo de armas de Dunois estaba desempeñando el deber de un jefe bueno y valiente, hasta que Dunois, fijándose en la cabeza y colmillos de jabalí -el escudo de armas corriente de Guillermo de la Marck- que ostentaba uno de los enemigos, le gritó a Quintín:

-¡Eres digno de vengar las armas de Orleáns! Te dejo a ti esa tarea. Balafré, ayuda a tu sobrino; ¡que nadie interfiera la cacería del jabalí a cargo de Dunois!

No cabe duda que Quintín Durward mostró gozosa conformidad con esta división del trabajo, y cada uno arremetió con su adversario aislado, seguido y defendido por detrás por aquellos guerreros que eran capaces de mantenerse a su altura.

Pero en este momento la columna que De la Marck se había propuesto ayudar, cuando su marcha fué detenida por Dunois, había perdido todas las ventajas ganadas durante la noche, mientras los borgoñeses, con la llegada del día, habían comenzado a mostrar las cualidades inherentes a su superior disciplina. La gran masa de enemigos se vió obligada a retirarse y a huir al final, y, cayendo sobre aquellos que estaban empeñados con los franceses, el resultado fué una confusa marea de combatientes, fugitivos y perseguidores, que se dirigía hacia las murallas de la ciudad, y acabó por penetrar por la amplia e indefensa brecha a través de la cual habían salido.

Quintín hizo todo lo posible para alcanzar el objeto de su persecución, que aún estaba a la vista, esforzándose, con la voz y el ejemplo, en renovar la batalla, sostenida bravamente por una partida escogida de *lanzknechts.* Le Balafré y varios de sus camaradas acompañaban a Quintín, muy sorprendidos de la extraordinaria valentía desplegada por soldado tan joven. En la misma brecha, De la Marck -pues era en persona- consiguió efectuar una parada momentánea y repeler a algunos de los perseguidores más avanzados. Tenía en su mano una maza de hierro, bajo la cual todo

Librodot

se derrumbaba, y estaba tan cubierto de sangre, que era casi imposible discernir aquellas armas sobre su escudo que tanto habían enojado a Dunois.

Quintín encontró ahora poca dificultad en hacerse con él, pues la situación dominante que tenía y el empleo que hacía de su terrible maza habían tenido por efecto que muchos de los asaltantes buscasen otros puntos más seguros para el ataque que aquel donde actuaba un defensor tan desesperado. Pero Quintín, a quien la importancia inherente a la victoria sobre este formidable antagonista era mejor conocida, se apeó de un salto de su caballo al llegar a la brecha, y dejando al noble animal, regalo del duque de Orleáns, correr suelto a través del tumulto, ascendió las ruinas para medir su espada con el Jabalí de las Ardenas. Este, como si hubiese adivinado su situación, se volvió hacia Durward con la maza en alto, y estaban a punto de chocar, cuando unos grandes gritos de triunfo y de desesperación anunciaron que los sitiadores entraban en la ciudad por otro punto a retaguardia de aquellos que defendían la brecha. Reuniendo alrededor suyo, a voces y con toques de trompeta, a los desesperados copartícipes de su desesperada fortuna, De la Marck abandonó la brecha al escuchar aquellos gritos victoriosos y trató de efectuar su retirada hacia una parte de la ciudad, de la que podría escapar, al otro lado del Maes. Los que le seguían más de cerca formaban una masa compacta de hombres bien disciplinados que, como nunca habían dado cuartel, no pensaban ahora pedirlo, y quienes en aquella hora desesperada se preocuparon de formar un frente que ocupaba todo el ancho de la calle por la que lentamente se retiraban, dando cara de vez en cuando, y conteniendo a los perseguidores muchos de los cuales comenzaron a buscar una ocupación más segura, introduciéndose en las casas para saquearlas. Es, por tanto, probable que De la Marck se hubiese podido escapar, ya que su disfraz le ocultaba de aquellos que se prometían conquistar honra y grandeza con su cabeza, de no haber sido por la tenaz persecución de Quintín, su tío Le Balafré y algunos de sus camaradas. A cada parada que hacían los *lanzknechts,* tenía lugar un furioso combate entre ellos y los arqueros, y en cada *mêlée,* Quintín buscaba a De la Marck; pero éste, cuya finalidad en estos momentos era retirarse, parecía dispuesto a evitar el propósito del joven escocés de llevarle a combate aislado. La confusión era general por todas partes. Los chillidos y gritos de las mujeres, los alaridos de los aterrorizados habitantes, ahora sometidos a los extremos de la soldadesca desenfrenada, sonaban horriblemente entremezclados con los gritos de guerra, como la voz de la miseria y desesperación en pugna con la de la furia y violencia para ver cuál de las dos se haría oír más lejos y con más intensidad.

Cuando De la Marck, al retirarse a través de esta escena infernal, había rebasado la puerta de una pequeña capilla de peculiar santidad, los gritos de ¡Francia!, ¡Francia!; ¡Borgoña!, ¡Borgoña! le dieron a conocer que parte de los sitiadores penetraban por el final de la calle, que era muy estrecha, y que su retirada estaba cortada.

-Camarada -dijo-, lleva contigo todos los hombres. Arremete con aquéllos y trata de abrirte paso entre ellos; me quedo solo. Soy hombre bastante, ahora que me encuentro entre la espada y la pared, para enviar al infierno conmigo a algunos de esos escoceses vagabundos.

Su lugarteniente obedeció, y con la mayoría de los *lanzknechts* que quedaban vivos se precipitaron al final de la calle con el fin de arremeter a los borgoñeses que avanzaban y abrirse así paso para huir. Unos seis de los mejores hombres de De la

Librodot

Marck permanecieron junto a su amo dispuestos a morir, e hicieron frente a los arqueros, que no eran muchos en número.

-¡Sanglier! ¡Sanglier! ¡Hola, caballeros de Escocia! -dijo el rufián, aunque indomable jefe, agitando su maza-. ¡Quién desea ganar una corona de noble acometiendo al Jabalí de las Ardenas? Tú, joven, me parece que tienes deseo de ello; pero debes ganar antes de llevarla.

Quintín oyó a medias las palabras, pero la acción no podía menos de notarse, y sólo tuvo tiempo para rogar a su tío y camaradas, ya que eran caballeros, a que se quedasen atrás, ya que De la Marck se echó sobré él de un salto como un tigre, dirigiéndole al mismo tiempo un golpe con su maza, que de no ser por la ligereza con que Quintín lo evitó, dando un salto lateral, hubiera sido de resultados fatales.

Después se aproximaron uno a otro, como el lobo y el perro lobo, permaneciendo de espectadores inactivos los camaradas de ambas partes, pues Le Balafré, confiando en su sobrino, pidió a gritos que los dejasen solos.

No estaba injustificada la confianza del experimentado soldado, pues aunque los golpes del desesperado bandolero caían como los del martillo sobre el yunque, los rápidos movimientos y la destreza en el manejo de la espada del joven arquero le capacitaban para esquivarlos y corresponder a ellos con la punta de su menos ruidosa, aunque arma más fatal, y esto tan a menudo y eficazmente, que la gran fuerza de su antagonista comenzó a ceder ante la fatiga, mientras la tierra que pisaba se convertía en un charco de sangre. No obstante, sin abatir su valor y su ira, el Jabalí Salvaje de las Ardenas luchaba con tanta energía espiritual como al principio, y la victoria de Quintín parecía dudosa y alejada, cuando una voz femenina, detrás de él, le llamó por su nombre, exclamando:

-¡Ayuda!, ¡ayuda!, ¡por la bendita Virgen!

Volvió la cabeza y percibió a Gertrudis Pavillon, su manto desgarrado por el hombro, arrastrada a viva fuerza por un soldado francés, uno de los varios que, irrumpiendo en la capilla vecina, habían apresado a las aterrorizadas mujeres allí refugiadas.

-Espérame un momento exclamó Quintín dirigiéndose a De la Marck, y saltó para librar a su bienhechora de una situación cuyos peligros preveía.

-No espero a gusto de nadie -dijo De la Marck, blandiendo su maza y comenzando a retirarse, contento, sin duda, de verse libre de asaltante tan formidable.

-Tendrás entonces que entendértelas conmigo -dijo Balafré-; no puedo consentir que resulte frustrado mi sobrino.

Diciendo esto, asaltó en el acto a De la Marck con su espada de doble empuñadura.

Quintín encontró, mientras tanto, que el rescate de Gertrudis no era tarea fácil para acabada en un momento. Su apresador, auxiliado por sus camaradas, rehusaba soltar su presa, y mientras Durward, ayudado por uno o dos de sus paisanos, intentaba obligarle a ello, De la Marck aprovechó la oportunidad que la fortuna le

proporcionaba para escabullirse de su alcance, de modo que cuando a la postre se encontró en la calle con la libertada Gertrudis, no había nadie junto a ellos. Olvidando por completo la situación indefensa de su rescatada, se disponía a proseguir la persecución del Jabalí de las Ardenas, cual lebrel en pos del ciervo, cuando, colgándose a él en su desesperación, exclamó ella:

-¡Por el recuerdo de su madre, no me abandone! ¡Ya que es usted un caballero, protéjame hasta la casa de mi padre, que en una ocasión le dió albergue, así como a lady Isabel! ¡Por ella, no me abandone!

Su llamada era angustiosa e irresistible, y despidiéndose mentalmente con gran amargura de todas las alegres esperanzas que habían estimulado su esfuerzo, que le habían sostenido durante aquel sangriento día, y que parecían estar a punto de colmarse, Quintín, como espíritu sin voluntad que obedece a un talismán que no puede resistir, protegió a Gertrudis hasta la casa de Pavillon, y llegó a tiempo de defenderla, y al propio síndico, contra la furia de la soldadesca sin freno.

En el ínterin, el rey y el duque de Borgoña penetraron en la ciudad a caballo y a través de una de las brechas. Estaban ambos con armaduras completas; pero el último, cubierto de sangre desde la pluma hasta la espuela, hizo que su corcel remontase furiosamente la brecha, que Luis salvó con el paso majestuoso de uno que dirige una procesión. Dictaron órdenes para que se suspendiese el saqueo de la ciudad, que ya había comenzado, y para que se reuniesen las tropas dispersas. Los príncipes se dirigieron hacia la iglesia mayor, tanto para proteger a muchos de los distinguidos habitantes que se habían refugiado allí, como para celebrar una especie de consejo militar después de haber oído misa mayor.

Ocupado como los demás oficiales de su rango en reunir a los que estaban a sus órdenes, lord Crawford, a la vuelta de una calle que conducía al Maes, encontró a Le Balafré andando despacio hacia el río, pendiente de su mano por los ensangrentados rizos una cabeza humana, con tanta indiferencia como si llevase una gallina muerta.

-¿Qué es eso, Ludovico? -preguntó su jefe- ¿Qué haces con esa carroña?

-Es todo lo que ha quedado de un poco de trabajo que mi sobrino proyectó y casi concluyó, y en el que le ayudé -dijo Le Balafré-; un buen individuo que he despachado allá, y que me rogó que arrojase su cabeza en el Maes. Los hombres tienen raros caprichos cuando el viejo *Small-Back*[(64)] se les agarra, y no hay que olvidar que *Small-Back* debe a su tiempo bailar con todos nosotros la danza.

-¿Y vas a arrojar esa cabeza en el Maes? -dijo Crawford mirando con más atención el fúnebre trofeo.

-Sí, por cierto -dijo Ludovico Lesly- Si se le niega a un hombre moribundo su deseo, es probable que se vea uno perseguido por su espectro, y me gusta dormir bien por las noches.

-Vas a tener que correr ese albur, hombre -dijo Crawford-, pues ¡vive Dios, que ese trofeo es de mucha importancia! Ven conmigo; ni una palabra más. Ven conmigo.

Librodot

-En ese particular -dijo Le Balafré- no le hice promesa alguna, pues en verdad que le corté la cabeza antes de que mi lengua pudiese hablar mucho, y ya que no le temí en vida, ¡por San Martín de Tours!, tampoco le temo después de muerto. Además, mi compadre, el alegre fraile de San Martín, me prestará un frasco de agua bendita.

Cuando concluyó la misa mayor en la iglesia catedral de Lieja, y en la aterrorizada población se restableció un poco el orden, Luis y Carlos, con sus nobles a su alrededor, procedieron a escuchar las demandas de aquellos que tenían algunas que hacer por servicios realizados durante la batalla. Se recibieron primero aquellas referentes al condado de Croye y su hermosa poseedora, y, para desengaño de numerosos reclamantes que se creían seguros del rico premio, parecía que el misterio y la duda envolvían sus diversas pretensiones. Crèvecoeur mostró una piel de jabalí parecida a la que De la Marck usaba de ordinario; Dunois presentó un escudo rajado, con sus armas, y hubo, otros que reclamaban el mérito de haber despachado al asesino del obispo, mostrando muestras similares, ya que la gran recompensa fijada sobre la cabeza de De la Marck había acarreado la muerte a todos los que ostentaban armaduras iguales a la suya. Hubo mucha disputa y alboroto entre los competidores, y Carlos, sintiendo en su fuero interno la precipitada promesa que había colocado la mano y fortuna de su súbdita en semejante azar, tenía esperanzas de poder encontrar medios de evitar todas estas reclamaciones molestas, cuando Crawford se adelantó, arrastrando a Le Balafré tras de sí, el cual, avergonzado y tímido, le seguía, como perro al que se conduce a rastras con una cadena, y exclamó:

-¡Fuera vuestras pieles y hierros pintados! ¡Nadie, excepto el que mató al Jabalí, puede enseñar los colmillos!

Diciendo esto, arrojó al suelo la cabeza ensangrentada, que con facilidad se reconocía como la de De la Marck, por la singular conformación de las mandíbulas, que, en realidad, tenían cierta semejanza con las del animal cuyo nombre llevaba, y fué al instante reconocido por todos los que le habían visto[(65)].

-Crawford -dijo Luis, mientras Carlos permanecía silencioso, sorprendido desagradablemente-, confío en que es uno de mis fieles escoceses el que ha ganado el premio.

-Es Ludovico Lesly, señor, a quien llamamos Le Balafré -replicó el viejo soldado.

-Pero ¿es noble? -dijo el duque- ¿Es de sangre azul? De no ser así, nuestra promesa no es válida.

-Es una pieza de madera bastante tosca -dijo Crawford mirando la desmañada y alta figura del arquero-; pero garantizo que es una rama del árbol de Rothes, a pesar de todo, que han sido tan nobles como cualquier casa de Francia o de Borgoña, ya que se ha dicho de su fundador que:

Entre el less-lee[(66)] *y el pantano*
Mató al caballero, y allí le dejó.

Librodot

-Entonces no hay remedio -dijo el duque-, y la más guapa y rica heredera de Borgoña debe ser la esposa de un rudo soldado mercenario como éste, o morir recluída en un convento, ¡y eso le ha de suceder a ella, la única hija de mi fiel Reinaldo de Croye! Me he precipitado mucho.

Y la preocupación se le conoció en la cara, con gran sorpresa de sus nobles, que rara vez le habían visto dar muestras de arrepentimiento por las consecuencias necesarias de una resolución adoptada.

-Aguarde un instante -dijo lord Crawford-, y será mejor que todas las conjeturas. Escuche lo que este caballero tiene que decir. Habla, hombre, y dinos tu intención -añadió, aparte, a Le Balafré.

Pero este tosco soldado, aunque podía hacer un esfuerzo para hacerse entender lo bastante del rey Luis, a cuya familiaridad estaba acostumbrado, se encontró incapaz de participar su resolución delante de una asamblea tan espléndida como ésta en cuya presencia se encontraba, y después de haberse vuelto hacia el príncipe y comenzado, a guisa de preludio, con una risa ahogada y dos o tres visajes, sólo fué capaz de pronunciar las palabras «Saunders Souplejaw», y después se calló.

-Si su majestad y su alteza -dijo Crawford- me dan permiso hablaré en nombre de mi antiguo camarada y paisano. Deben saber que le ha sido profetizado por un vidente en su tierra que la fortuna de su casa le vendría por casamiento; pero como es, como yo, gran aficionado a la taberna y tiene, en una palabra, gustos y aficiones de cuartel, ha seguido mi consejo, y transmite los derechos adquiridos con la muerte de Guillermo de la Marck, a aquel que logró acorralarle, que es su sobrino materno.

-Respondo de los servicios y prudencia de ese joven -dijo el rey Luis, muy satisfecho de ver que la suerte había designado premio de tanta valía para uno sobre el que ejercía cierta influencia- Sin su prudencia y vigilancia nos hubiéramos visto derrotados. Fué él el que nos comunicó la salida nocturna de los sitiados

-Le debo entonces -dijo Carlos- alguna reparación por haber dudado de su veracidad.

-Y yo puedo dar fe de su valentía como soldado -dijo Dunois.

-Pero -interrumpió Crèvecoeur-, aunque el tío sea un *gentillâtre* escocés, eso no implica que el sobrino también lo sea necesariamente.

-Es de la casa de Durward -dijo Crawford-; desciende de Allan Durward, que fué gran mayordomo de Escocia.

-Si se trata del joven Durward -dijo Crèvecoeur-, no tengo nada que decir. La suerte está de su parte muy a las claras para que trate de luchar más con esa señora voluble; pero es extraño, desde el lord al palafrenero, cómo estos escoceses se ayudan mutuamente.

-¡Los montañeses, hombro con hombro! -contestó lord Crawford riéndose de la mortificación que hacía patente el orgullo borgoñés.

Librodot

-Tenemos aún que averiguar -dijo Carlos pensativo- qué sentimientos alberga la dama respecto a este afortunado aventurero.

-Tengo muchas razones para creer que su alteza la encontrará mucho más razonable que en anteriores ocasiones -dijo Crèvecoeur- Pero ¿por qué he de censurar a este joven su preferencia? Hay que tener presente que, después de todo, ¡es el valor, la constancia y el buen sentido los que le han puesto en posesión de la Riqueza, el Rango y la Belleza!

Había ya enviado estas cuartillas a la imprenta, poniendo fin a mi historia con una moral de excelente tendencia, para alentar a todos los emigrantes de mi tierra, de pelo rubio, ojos azules, zanquilargos y corazón animoso, que quieran en tiempos agitados abrazar la profesión galante de Caballeros de Fortuna. Pero un amonestador amigo, uno de esos que gustan del terrón de azúcar que se encuentra en el fondo de la taza de té tanto como del sabor de la planta aromática, me ha hecho una observación e insiste en que debería dar cuenta precisa y detallada de los esponsales del joven heredero de Glen-Houlakin y la adorable condesa flamenca, y referir los torneos que se celebraron y cuantas lanzas se rompieron en tan memorable ocasión; que no deje de decir al lector curioso el número de muchachos vigorosos que heredaron el valor de Quintín Durward, y de bellas damiselas en las que se renovaron los encantos de Isabel de Croye. Respondí por correo que los tiempos cambiaron y que las bodas públicas pasaron de moda. En días pretéritos, de los que aun tengo vagos recuerdos, no sólo eran los «quince amigos» de la feliz pareja invitados a presenciar su unión, sino que el poeta de la boda, como en el *Ancient Mariner*, continuaba ocupándose de los novios hasta que la luz de la nueva mañana lucía sobre ellos. La bebida de leche cuajada y mezclada con especias era tomada en la cámara nupcial; era arrojada la media, y la liga de la desposada y disputada en presencia de la feliz pareja a quien Hymen había enlazado. Los autores de aquella época eran dignos de aplauso por describir las costumbres de entonces. No omitían la referencia del menor sonrojo de la novia, ni una mirada enternecedora del novio, ni un diamante en la cabeza de ella, ni un botón en el chaleco bordado de él, hasta que a la postre, con Astrea, «dejaban instalados a los novios en el lecho». Pero qué distante está esto del retraimiento modesto que induce a nuestras novias modernas -¡seres queridos, dulces y vergonzosos!- a esquivar la pompa y publicidad, la admiración y lisonja, y, como Shenstone,

¡Buscar su libertad en una hostería!

Para estas novias, indudablemente, una exposición de las circunstancias de publicidad con las que una boda en el siglo XV era siempre celebrada, debe resultar en extremo desagradable. Isabel de Croye sería clasificada, a juicio de ellas, en nivel inferior a la doncella que ordeña y hace los menesteres más humildes; pues aun ésta, en el pórtico de la iglesia, rechazaría la mano de su novio zapatero si éste propusiese *faire des noces,* como dicen los parisienses, en vez de marchar en lo alto de la diligencia a pasar de incógnito la luna de miel en Deptford o Greenwich. No hablaré, por tanto, más de este asunto, y me zafaré de la boda, como Ariosto de la de Angélica, dejando a quienquiera el añadir más detalles según le sugiera su propia imaginación.

Algún bardo mejor, cantará como en el estado feudal.

Librodot

El castillo de Braquemont abrió su puerta gótica
Cuando su adorable heredera otorgó
Al escocés errante su belleza y un condado[(67)].

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

Notas

NOTA I, tomo I. *Gitanos o bohemios.*

Es bien sabido que esta extraordinaria variedad de la raza humana existe en casi el mismo primitivo estado, hablando la misma lengua, en casi todos los reinos de Europa y adaptándose en ciertos aspectos a las costumbres de los pueblos que les rodean; pero permaneciendo separados de ellos por ciertas distinciones materiales, que conservan todos, y manteniendo con ello sus pretensiones para ser considerados como raza distinta. Su primera aparición en Europa tuvo lugar al principio del siglo XV, en que aparecieron en diferentes comarcas europeas varias tribus de este pueblo singular. Afirman ser de ascendencia egipcia, y sus facciones atestiguan que son de origen oriental. El relato hecho por esta gente especial es que se le señaló como penitencia viajar durante un cierto número de años. Esta justificación fué probablemente escogida como la más conforme con las supersticiones de los países que visitaban. Su aspecto, sin embargo, y sus costumbres contradecían bastante la afirmación de que viajaban por un motivo religioso.

Sus vestiduras y adornos eran a un tiempo vistosos y pobres; los que actuaban de capitanes y jefes de cualquier tribu usaban trajes de los colores más vivos, como escarlata o verde claro; iban bien montados; presumían de poseer el título de duques y condes, y se daban mucha importancia. El resto de la tribu era más miserable en su alimento y presencia: se alimentaban, sin titubear, de animales que habían muerto de enfermedad, e iban cubiertos con harapos sucios y escasos, que apenas bastaban para cubrir sus desnudeces. Sus facciones eran positivamente orientales, aproximándose a las de los indús.

Sus costumbres eran tan depravadas, como su aspecto era pobre y miserable. Los hombres eran, por lo general, ladrones, y las mujeres, de carácter muy abandonado. Las pocas artes que estudiaban con éxito eran de carácter indolente y ligero. Practicaban el trabajo en hierro, pero nunca en gran escala. Muchos eran buenos deportistas, buenos músicos, y maestros, en una palabra, de todas esas artes triviales cuya práctica se diferencia poco de la simple vagancia. Pero su ingenuidad nunca se transformó en laboriosidad. Dos o tres peculiaridades parecen haberlos caracterizado en todos los países. Sus pretensiones de poder leer el porvenir, por quiromancia y por astrología, les logró a veces respeto, pero a menudo les hizo aparecer como hechiceros; y, por último, la acusación universal de que habían aumentado su horda robando niños les hizo objeto de duda y execración. De esto resultó que la pretensión declarada por estos vagabundos de ser peregrinos en acto de penitencia, aunque en un

Librodot

principio se admitió y en muchos casos les logró la protección de los Gobiernos de las comarcas por las que viajaban, fué más adelante no creída en absoluto, y se les consideró como incorregibles bribones y vagos; en casi todas partes incurrían en sentencia de destierro, y en donde se les toleraba permanecer, eran más bien objeto de persecución que de protección por la ley.

Existe un informe curioso y exacto de su llegada a Francia en el diario de un doctor en Teología, que se ha conservado y publicado por el erudito Pasquier. A continuación aparece un extracto: «En 27 de agosto de 1427 llegaron a París doce penitentes, *penanciers*, como ellos se titulaban a sí mismos, integrados por un duque, un conde y diez hombres, todos a caballo, y que se llamaban buenos cristianos. Eran del bajo Egipto, y afirmaban que, no hacía mucho, los cristianos habían sometido su país y los habían obligado a abrazar el cristianismo bajo pena de muerte. Aquellos que se bautizaron eran grandes señores en su país, y tenían allí un rey y una reina. Poco tiempo después de su conversión, los sarracenos invadieron el país y los obligaron a renunciar al cristianismo. Cuando el emperador de Alemania, el rey de Polonia y otros príncipes cristianos se enteraron de esto, cayeron sobre ellos y obligaron a todos, grandes y chicos, a abandonar el país e ir al Papa, en Roma, que les impuso siete años de penitencia, durante los cuales tenían que andar errantes por el mundo, sin acostarse en cama.

Llevaban ya cinco años de correrías cuando llegaron a París, primero los principales y después el resto, unos ciento o ciento veinte; número a que habían quedado reducidos (según su propia confesión) los mil o mil doscientos que salieron de su país, ya que los restantes murieron, con su rey y reina. Fueron alojados por la Policía a alguna distancia de la ciudad, en Chapel Saint Denis. Casi todos tenían sus orejas agujereadas, y llevaban dos aros de plata en cada una, que, según decían, eran adornos estimados en su país. Los hombres eran morenos, y su pelo, rizado; las mujeres, notablemente morenas, y sus únicos trajes, una larga y vieja pieza de tela, atada sobre los hombros con una cuerda, y bajo ella un miserable corpiño. En una palabra, eran las criaturas más pobres y miserables que hasta ahora se habían visto en Francia; y no obstante su pobreza, había entre ellas mujeres que, mirando las palmas de las manos de las gentes, les decían su suerte y, lo que era peor, aligeraban los bolsillos de las personas de su dinero, que trasvasaban al suyo, mientras contaban sus adivinanzas con aire de misterio, etc.»

A pesar del ingenioso informe de ellos mismos hecho por estos gitanos, el obispo de París ordenó a un fraile, llamado Le Petit Jacobin, que predicase un sermón, excomulgando a todos los hombres y mujeres que recurriesen a estos bohemios para averiguar el futuro, y que para ello mostrasen sus manos. Partieron de París para Pontoise en el mes de septiembre.

Pasquier observa, a propósito de este singular viaje, que, a pesar de que la historia de la penitencia tiene el sabor de una estratagema, esta gente recorrió Francia en todos sentidos, bajo la vigilancia y con el conocimiento de los magistrados, durante más de cien años, y no fué hasta 1561 cuando se promulgó en el reino una sentencia de destierro en contra de ellos.

La llegada de los egipcios (como este pueblo singular fué llamado) a varias partes de Europa corresponde con el período en que Timur, o Tamerlane, invadió Indostán,

Librodot

proponiendo a los nativos la elección entre el Corán y la muerte. Poca duda cabe de que estos caminantes se compusieron en un principio de las tribus indostánicas que, desplazadas y huyendo de los sables de los mahometanos, adoptaron esta vida errante sin saber bien adonde se dirigían. Es natural suponer que la tribu, tal como ahora existe, esté muy mezclada con europeos, pues muchos de éstos se han criado desde pequeños entre ellos y aprendido todas sus prácticas.

Es prueba de esto que cuando están en íntimo contacto con los campesinos de su alrededor hacen un misterio de su idioma. Existen pocas dudas, sin embargo, de que es un dialecto del indostaní, de los tipos descritos por Grellman, Hoyland y otros que han escrito sobre el asunto. Pero el autor, aparte de la autoridad personal de estos escritores, ha tenido ocasión de apreciar que un individuo, sólo por simple curiosidad, y revistiéndose de paciencia y asiduidad para aprovechar cuantas oportunidades se ofreciesen, se ha capacitado para conversar con cualquier gitano a quien se encuentra, o como el magnífico Hal, de beber con cualquier calderero remendón, hablándole en su idioma. El asombro experimentado por esos vagabundos al encontrar un forastero que participa de su misterio ocasiona escenas muy cómicas. Es de esperar que este caballero publicará los conocimientos que posee de un asunto tan singular.

Existen muchas razones prudentes para demorar la publicación de este descubrimiento en la actualidad, pues aunque mucho más reconciliados con la sociedad desde que han dejado de ser objeto tan constante de persecución legal, los gitanos son aún gente feroz y vengativa.

Pero, a pesar de ser éste el caso, no puedo dejar de añadir, con mis observaciones durante cerca de cincuenta años, que las costumbres de estas tribus vagabundas están muy mejoradas; que he conocido individuos de entre ellos que han ingresado en la sociedad civilizada y son personas respetables, y que ha sufrido una gran alteración su estado de limpieza y modo general de vivir.

NOTA II, tomo II. *Galeotti*.

Martins Galeotti fué natural de Narni, en Umbría. Fué secretario de Matías Corvinus, rey de Hungría, y tutor de su hijo, Juan Corvinus. Mientras estuvo en su corte, compuso una obra: *De jocose dictis et factis Regis Matthiae Corvini.* Dejó Hungría en 1477, y fué hecho prisionero en Venecia, por resultar acusado de haber propagado opiniones heterodoxas en un tratado titulado *De homine interiore et corpore ejus.* Se vió obligado a retractarse de algunas de esas doctrinas, y pudo sufrir mucho, de no haber sido por la protección de Sixto IV, entonces Papa, que había sido uno de sus discípulos. Fué a Francia, al servicio de Luis XI, y murió en su corte.

NOTA III, tomo II. *Religión de los bohemios.*

Fué un hecho notable del carácter de estos caminantes, que no poseían ni profesaban, como los judíos, a quienes, por otro lado, se asemejaban mucho en algunos detalles, ninguna religión particular, ni en forma ni en principio. Se conformaban fácilmente con la religión de cualquier país en que se encontrasen, y no la practicaban más de lo que se les exigía. Es cierto que en India no abrazaron ni los dogmas de la religión de Brahma, ni la de Mahoma. De aquí que se los considerase como pertenecientes a las tribus expulsadas de *nuts* o parias procedentes de la India

Librodot

oriental. Su falta de religión es suplida por una gran dosis de superstición. Los ritos de ellos que han podido ser descubiertos, por ejemplo, el correspondiente al matrimonio, son de un salvajismo extremo, y recuerda más las costumbres de los hotentotes que las de ningún pueblo civilizado. Adoptan varias prácticas, tomadas de la religión del país en que viven. Es, o más bien fué, la costumbre de las tribus, en la frontera de Inglaterra y Escocia, atribuir éxito a los viajes que comenzaban atravesando la iglesia parroquial, y ordinariamente trataban de obtener permiso del sacristán para hacerlo cuando la iglesia estaba vacía, pues la práctica del divino servicio no se consideraba como necesaria para esta superstición. Están, por tanto, desprovistos totalmente de sentimiento religioso, y a la clase más escogida o instruída no se le puede atribuir el reconocimiento de ninguna deidad, salvo la de Epicuro, y como tal es descrita la fe, o no fe, de Hayraddin Maugrabin.

Debo hacer aquí la observación de que nada es más desagradable para esta gente indolente y voluptuosa que el verse obligados a seguir una profesión regular. Cuando París fué ocupado por las tropas aliadas en 1815, el autor paseaba con un oficial británico, en cierta ocasión, cerca de un puesto a cargo de tropas prusianas. Ocurrió que iba fumando un cigarro, y se disponía, al pasar junto al centinela, a sacárselo de la boca, para cumplimentar una disposición general sobre el asunto, cuando, con gran asombro de los presentes, el soldado se le dirigió con estas palabras: *Rauchen sic immerfort; verdamt sey der Preussiche dieust*; esto es: «Siga fumando; ¡que sea maldito el servicio prusiano!» Fijándose más en el hombre, parecía ser un *zigeuner o* gitano, que adoptaba este procedimiento para expresar su aborrecimiento del deber que se le había impuesto. Si se considera el riesgo que había corrido al obrar así, se encontrará que su acción demostraba un grado profundo de desagrado que podía impulsarle a conducirse tan abruptamente. Si hubiese oído sus palabras un sargento o un cabo, el instrumento de castigo más ligero que hubiesen empleado con él hubiera sido el *prugel.*

NOTA IV, tomo II. *Asesinato del obispo de Lieja*.

Al atribuir esta fecha al asesinato del obispo de Lieja, Luis de Borbón, se ha faltado a la verdad histórica. Es cierto que el obispo fué hecho prisionero por los insurrectos de aquella ciudad. Es verdad que la noticia de la insurrección llegó a Carlos con el rumor de que el obispo había sido asesinado; que excitó su indignación contra Luis, que entonces estaba en su poder. Pero estos hechos ocurrían en 1468, y el asesinato del obispo no tuvo lugar hasta 1482. En los meses de agosto y septiembre de este año, Guillermo de la Marck, llamado el Jabalí Salvaje de las Ardenas, se puso a conspirar con los ciudadanos descontentos de Lieja contra su obispo, Luis de Borbón, siendo ayudado con considerables cantidades de dinero por el rey de Francia. Por este medio, y la ayuda de muchos asesinos y bandidos que se agruparon a su alrededor, como jefe que les convenía, De la Marck reunió un cuerpo de tropas, a quien equipó con uniforme escarlata, con una cabeza de jabalí en la manga izquierda. Con este pequeño ejército se aproximó a la ciudad de Lieja. Entonces los ciudadanos, que estaban comprometidos en la conspiración, acudieron a su obispo y, ofreciéndole permanecer junto a él hasta la muerte, le exhortaron para que marchase contra los bandidos. El obispo se puso entonces a la cabeza de la escasa tropa de que disponía confiado en la ayuda del pueblo de Lieja. Pero tan pronto como dieron vista al enemigo, los ciudadanos, como antes habían convenido, desertaron de la bandera del obispo, que

quedó con sólo un puñado de sus partidarios. En este momento, De la Marck cargó a la cabeza de sus bandidos, logrando el éxito descontado. El obispo fué llevado ante el desalmado caballero, quien primero le hizo un corte en la cara, y después le asesinó con su propia mano, y mandó que su cuerpo fuese expuesto desnudo en la gran plaza de Lieja, delante de la catedral de San Lamberto.

Tal es la historia real de una tragedia que llenó de horror a la gente de aquella época. El asesinato del obispo ha sido fechado quince años antes en el texto por razones que los lectores de la novela apreciarán fácilmente.

NOTA V, tomo II. *Schwarz-reiters.*

Fynes Morrison describe esta variedad de soldados como sigue: «El que hoy mire a sus *Schwarz-reiters* (esto es, jinetes negros), tiene que confesar que, para hacer brillar sus caballos y sus botas, se hacen a sí mismos tan negros como carboneros. Estos jinetes llevan ropas negras, y aunque son pobres, pierden no poco tiempo en cepillarlas. La mayoría de ellos utilizan caballos negros, y con su fúnebre vestimenta y su afán de sacar lustre con betún negro a sus botas y zapatos, sus manos y caras se vuelven negras, y por esa razón se les aplica el nombre antes dicho. También he oído decir a los alemanes que les gusta ennegrecerse para parecer más terribles a sus enemigos.» *Itinerario de Fynes Morrison,* edición 1617, pág. 165.

NOTA VI, tomo II. *Felipe des Comines*.

Felipe des Comines fué descrito en anteriores ediciones de esta obra como un hombre pequeño, más adecuado para el consejo que para la acción. Esta era una descripción hecha algo a la ventura, y que discrepa de los retratos militares en que la época abunda. El historiador Sleidan, apoyándose en la autoridad de Matthieu d'Arves, que conoció a Felipe des Comines y había servido en su casa, dice que era un hombre de alta estatura y noble presencia. El erudito monsieur Petitot, editor de la edición de *Memorias relativas a la historia de Francia,* obra de gran valor, insinúa que Felipe des Comines intervino en los juegos de jinetes y en los festivales celebrados con motivo de la boda de Carlos de Borgoña con Margarita de Inglaterra en 1468. (Ved la Crónica de Juan de Troyes en la edición de Petitot de *Memoirs Relatifs à l'histoire de France,* vol. XIII, pág. 375, nota.) He consultado a Oliver de la Marcke, quien, en el libro II, cap. IV de sus *Memorias,* da amplia relación de estas «bárbaras vanidades», compuestas de artículos tan variados como la bolsa del viejo mercader Peter Schleml, que llevaba en ella todo lo que uno pudiera desear. Figuran en esa espléndida descripción caballeros, damas, pajes y arqueros, y además buena provisión de castillos, fieros dragones y dromedarios; hay leopardos cabalgando sobre leones; hay rocas, vergeles, fuentes, lanzas rotas y los doce trabajos de Hércules. En tan brillante mezcolanza tuve alguna dificultad para encontrar a Felipe des Comines. Es, sin embargo, el primero que cita de una lucida banda de asaltantes, caballeros y nobles, hasta veinte, quienes, con el príncipe de Orange como jefe, lucharon en un torneo general con una partida del mismo número bajo el calavera Adolfo de Cleves, que actuó de retador con el romántico título de *Arbre d'or.* El encuentro, aunque efectuado con armas de salón, fué muy fiero, y tuvo que ser concluído por la fuerza y no sin dificultad. Felipe des Comines tiene, por consiguiente, derecho a aplicársele lo de *tam Marte, quam Mercurio,* aunque, cuando consideramos la obscuridad en que ha

Librodot

quedado sumida el resto de su *troupe dorée*, no tenemos duda en apreciar la más valiosa de sus cualidades.

NOTA VII, tomo II. *Entrevista de Luis y Carlos después de la batalla de Montl'hery*.

Después de la batalla de Montl'hery, en 1465, Carlos, entonces conde de Charolais, tuvo una entrevista con Luis bajo las murallas de París, cada uno al frente de un pequeño séquito. Los dos príncipes se apearon y pasearon juntos tan embargados en la discusión del asunto que motivaba su encuentro, que Carlos olvidó la peculiaridad de su situación, y cuando Luis se volvió hacia la población de París, de donde venía, el conde Charolais le acompañó hasta rebasar la línea de las fortificaciones exteriores que rodeaban a París y penetrar en una zona de obras de campaña que comunicaban con la población por una trinchera. En esta ocasión sólo tenía cinco o seis personas en su compañía. Su escolta se alarmó respecto a su seguridad, y sus acompañantes de más categoría se adelantaron hacia donde le habían dejado, recordándole que su abuelo había sido asesinado en Montereau en una entrevista similar el 10 de septiembre de 1419. Con gran alegría suya, el conde volvió ileso, acompañado de un guarda de la escolta de Luis. Los borgoñeses le increparon por su acción en términos poco mesurados.

-No hablemos más de esto -dijo Carlos-; reconozco toda mi locura, pero no me percaté de lo que hacía hasta que penetré en el reducto. *Memorias de Felipe des Comines,* cap. XIII.

Luis fué muy elogiado por su buena fe en esta ocasión, y es natural que el duque le recordase cuando su enemigo se puso de un modo tan inesperado en su poder con su visita a Peronne.

NOTA VIII de este tomo.

Los hechos históricos referentes a esta entrevista están expuestos con detalle en el anterior capítulo. Agentes enviados por Luis habían tentado al pueblo de Lieja para que se rebelase contra su superior, el duque Carlos, y perseguir y asesinar al obispo. Pero Luis no estaba preparado para que actuasen con tanta rapidez. Cogieron las armas con la temeridad de la chusma voluble; hicieron prisionero al obispo; le amenazaron e insultaron, y rompieron uno o dos de sus cañones. Estas noticias fueron enviadas al duque de Borgoña en el momento en que Luis tan desprevenidamente se había puesto en su poder, y la consecuencia fué que Carlos colocó guardias en el castillo de Peronne, y sintiendo mucho la traición del rey de Francia al excitar la sedición en sus dominios, mientras aparentaba demostrar la más íntima amistad, deliberaba si ordenar o no la muerte de Luis.

Tres días estuvo detenido Luis en esta situación precaria, y fué sólo su gran liberalidad para con los favoritos y cortesanos de Carlos lo que, a la postre, le libró de la muerte o la deposición. Comines, que era el chambelán del duque de Borgoña en esta época, y dormía en su habitación, dijo que Carlos ni se desnudó ni durmió, sino que de vez en cuando se echaba sobre la cama, y otras veces paseaba como alocado por la habitación. Pasó tiempo antes de que se suavizase esta disposición colérica. Por fin, sólo accedió a dar a Luis su libertad, a condición de que acompañase en persona a

Librodot

sus tropas, que emplearía en someter a los rebeldes, a quienes sus intrigas había inducido a tomar las armas.

Esta fué una alternativa amarga y degradante. Pero no viendo Luis otro procedimiento para arreglar los efectos de su temeridad, no sólo se sometió a esta condición vergonzosa, sino que juró cumplirla sobre un crucifijo, que se cuenta perteneció a Carlomagno. Estos detalles son debidos a Comines. Hay un sucinto epítome de ellos en la *Historia de Francia,* vol. I, de sir Nathaniel Wraxall.

NOTA IX de este tomo. *Plegaria de Luis XI*.

Mientras separaba estos pasajes en la vieja crónica manuscrita no pude menos de sorprenderme de que una inteligencia tan despierta como ciertamente era la de Luis XI, pudiese alucinarse por una especie de superstición, de la que se juzgaría incapaz al salvaje más estúpido; pero los términos de la plegaria del rey, en una ocasión similar, conocidos de Brantome, son de un contenido verdaderamente extraordinario. Se trata de aquella plegaria que, escuchada por un tonto o bufón, fué hecha pública por él, y arrojó luz sobre un acto de fratricidio que nunca podía haberse sospechado. El modo como fué contada la historia por el cortesano corrompido, que podía mofarse de todo lo que era criminal, así como de lo que era libertino, es digno de que lo sepa el lector, pues tales acciones son raras veces hechas donde no existen hombres con corazones de piedra, capaces de hacer de ellas asuntos de burla.

Entre las numerosas tretas para disimular ficciones y sutilezas de valor que practicó en su tiempo el buen rey (Luis XI), figura la muerte que infligió a su hermano el duque de Guyena, en ocasión en que el duque no tenía la menor idea de semejante intención, y mientras el rey le hacía las mayores demostraciones de afecto de su vida. Se mostró tan afectado con su muerte, ocultando el hecho con tanta destreza, que nunca se hubiera sabido si el rey no hubiese tomado a su servicio un tonto que había servido antes a su hermano. Mas sucedió que estando Luis entregado a sus devotas plegarias y oraciones en el altar mayor de Nuestra Señora de Clery, a quien llamaba su buena patrona, y no habiendo próxima a él más persona que el tonto, que, sin él saberlo, podía escuchar lo que decía, se dedicó de lleno a sus piadosas oraciones:

«-¡Ah mi buena Señora, mi amable dueña, mi única amiga!, que eres mi único recurso, te ruego que supliques a Dios para que me favorezca, y que seas mi abogada junto a él para que me perdone la muerte de mi hermano, de quien dispuse fuese envenenado por ese condenado abad de San Juan. Confieso mi falta a ti, mi buena ama y patrona. Pero ¿qué otra cosa pude hacer? El estaba perpetuamente promoviendo desórdenes en mi reino. Haz que sea perdonado, mi buena Señora, y ya sé qué recompensa te daré.»

Esta confesión singular no escapó al bufón, que echó en cara al rey su fratricidio delante de todos los presentes en una comida, y Luis fué incapaz de contradecirle, lo que aumentó la maledicencia.

NOTA X de este tomo. *Martins Galeotti*.

La muerte de Martins Galeotti estaba en cierto modo ligada con Luis XI. El astrólogo estaba en Lyón, y al enterarse de que el rey se aproximaba a la ciudad montó a caballo para salir a su encuentro. Al desmontarse precipitadamente para presentarle

Librodot

sus respetos se cayó con violencia, lo que, junto con su extrema corpulencia, fué causa de su muerte en 1478.

Pero el recurso agudo o ingenioso para librarse de una muerte instantánea no tiene que ver con la historia de este filósofo. La misma, o casi la misma historia, se cuenta de Tiberio, que preguntó a un adivino, Thrasullus, si sabía el día de su muerte, y recibió por contestación que tendría lugar tres días después de la del emperador. Después de esta respuesta, en vez de ser arrojado sobre las rocas al mar, como había sido la primera intención del tirano, se le guardaron bastantes consideraciones por el resto de su vida. *Taciti Anual*., lib. VI, cap. 22.

Las circunstancias en las que Luis XI recibió una respuesta análoga de un astrólogo son las siguientes: El adivino en cuestión había predicho que una hembra favorita, a quien el rey tenía gran afecto, moriría dentro de una semana. Como acertase en su predicción, el rey se disgustó mucho, como si hubiese dependido del astrólogo el evitar el peligro predicho. Envió por el filósofo, y mandó colocar una partida para asesinarle cuando se retirara de la presencia real. Habiendo sido preguntado por el rey respecto a su suerte, confesó que notaba signos de inminente peligro. Vuelto a preguntar por el mismo respecto al día de su propia muerte, tuvo la suficiente astucia para contestar que tendría lugar precisamente tres días antes de la de su majestad. Como es natural, se tomaron las medidas para que escapase a su destino fatal, y fué después muy protegido por el rey, como hombre de ciencia positiva e íntimamente ligado con los destinos reales.

Aunque casi todos los historiadores de Luis le representan como un embaucado de la gran impostura que era la astrología, esta credulidad no podía estar muy arraigada si es cierta la siguiente anécdota referida por Bayle:

«En una ocasión deseaba Luis ir de cacería, y, dudoso del tiempo, preguntó a un astrólogo que vivía junto a él si haría buen tiempo. El sabio, consultando al astrolabio, le contestó afirmativamente. A la entrada del bosque se encontró el cortejo real con un carbonero, que manifestó a algunos criados del séquito su sorpresa por que el rey hubiese pensado en cazar en un día que amenazaba tempestad. La predicción del carbonero resultó ser la verdadera. El rey y su cortejo salieron del *sport* bien calados, y habiéndose enterado Luis de lo que había dicho el carbonero, mandó que compareciese el hombre ante él.

-¿Cómo estuviste más acertado, mi amigo -dijo- en predecir el tiempo que este hombre sabio?

-Soy un ignorante, señor -contestó el carbonero-; nunca estuve en la escuela, y no sé leer ni escribir. Pero dispongo de un astrólogo para mi servicio, que echo a pelear con cualquiera en la cuestión de predecir el tiempo. Es, con perdón, el asno que lleva mi carbón, que siempre que se aproxima el mal tiempo pone tiesas las orejas, camina más despacio de lo usual y trata de refregarse contra las paredes; y fué por estos signos por lo que predije la tormenta de ayer.

El rey se echó a reír, despidió al bípedo astrólogo y asignó al carbonero una pequeña pensión para mantener al cuadrúpedo, jurando que en el porvenir nunca se fiaría de ningún otro astrólogo más que del asno del carbonero.»

Aunque haya alguna verdad en esta historia, la credulidad de Luis no era de ésas que desaparecen con el fracaso aquí mencionado. Se dice que creyó en la predicción de Angelo Cattho, su médico, y el amigo de Comines, que predijo la muerte de Carlos de Borgoña en el mismo instante y hora en que tuvo lugar la batalla de Morat. Ante esta afirmación, Luis ofreció una reja de plata al altar de San Martín, que mandó poner más tarde con un gasto de cien mil francos. Es bien sabido, además, que era el esclavo abyecto y devoto de su médico. Coctier o Cothier, uno de sus médicos, además del sueldo fijo de diez mil coronas, sacaba a su enfermo real grandes sumas en tierras y dinero, y encima de todo esto, el obispado de Amiens para su sobrino. Tenía sobre Luis una influencia ilimitada, tratándole con la mayor irrespetuosidad e insolencia.

-Sé -le dijo al rey enfermo- que el mejor día me despedirá, como a tantos otros. ¡Pero, por Dios, más le valiera prevenirse, pues no vivirá ocho días después de haber hecho eso!

Es innecesario insistir por más tiempo en los temores y supersticiones de un príncipe a quien el amor mezquino por la vida le inducía a someterse a tales indignidades.

NOTA XI de este tomo. *Felipe des Comines.*

No hay duda que durante la interesante escena en Peronne, Felipe des Comines aprendió por vez primera a conocer íntimamente las grandes dotes de espíritu de Luis XI, que le asombraron tanto, que era imposible, al leer sus *Memorias,* no advertir que quedó cegado por ellas. Desde esta ocasión mostró su parcialidad por Francia. El historiador estuvo en Francia en 1472, y logró caer en gracia a Luis XI. Después le confirieron el señorío de Argenton y otros, título que se le confirió como anticipo de las primeras ediciones de sus obras. No lo obtuvo hasta que estuvo al servicio de Francia. Después de la muerte de Luis, Felipe des Comines resultó sospechoso a los ojos de la hija de Luis, llamada la Dama de Beaujeu, de ser un partidario demasiado celoso de la Casa rival de Orleáns. El historiador estuvo prisionero durante ocho meses en una de las jaulas de hierro que ha descrito tan forzadamente. Fué allí donde lamentó el sino de su vida cortesana.

-Me he aventurado en el gran Océano -dijo, en su aflicción- y las olas me han devorado.

Fué sometido a juicio y desterrado de la corte durante algunos años por el Parlamento de París, habiendo resultado culpable de mantener trato con personas poco afectas. Pasada esta mala racha, fué empleado por Callos VIII en una o dos misiones importantes, para las que se requería talento. Luis XII también le favoreció, aunque no utilizó sus servicios. Murió en su castillo de Argenton en 1509, y fué sentido como uno de los más profundos políticos y, ciertamente, como el mejor historiador de su época. En un poema a su memoria del poeta Ronsard mereció escuchar la preciada alabanza de ser el primero en mostrar el lustre que confieren el valor y la nobleza de sangre combinados con la erudición.

NOTA XII de este tomo. *Heraldo disfrazado.*

Los heraldos de la Edad Media, como los *feciales* de los romanos, estaban investidos de un carácter que casi se tenía como sagrado. El golpear a un heraldo era

Librodot

un crimen que traía consigo un castigo capital, y el falsear el carácter de un empleado tan augusto era un acto de traición hacia esos hombres, a los que se tenía por depositarios de los secretos del monarca y del honor de los nobles. Aun un príncipe tan poco escrupuloso como Luis XI no dudaba en practicar tal imposición cuando deseaba ponerse en comunicación con Eduardo IV de Inglaterra.

Practicando ese conocimiento del género humano, en el que era tan eminente, escogió, como agente a propósito para ese oficio, a un simple camarero. Disfrazó a este hombre, cuya destreza le era conocida, de heraldo, con todas las insignias de su oficio, y le envió en calidad de tal a unas negociaciones con el ejército inglés. Dos cosas son notables en esta transacción. Primero, que la estratagema, aunque de naturaleza tan fraudulenta, no parece haber sido indispensable, ya que todo lo que el rey Luis pudo ganar con ella fué el no comprometerse con el envío de un mensajero más respetable. La otra circunstancia digna de tenerse en cuenta es que Comines, aunque relata el hecho con mucha amplitud, resulta tan complacido con la argucia del rey al escoger y su destreza en aleccionar a este falso heraldo, que olvida toda observación sobre el atrevimiento y fraude de la imposición, así como sobre el gran riesgo de ser descubierta. De ambas circunstancias deducimos que el carácter solemne que los heraldos trataban de arrogarse a sí mismos había ya comenzado a perder importancia entre los hombres de estado y hombres del gran mundo.

Aun Perne, bastante celoso de la dignidad de los heraldos, parece imputar en cierto modo esta intrusión en sus derechos a la necesidad. «He oído a algunos -dice-, aunque con bastante vergüenza, aprobar la acción de Luis XI, del reino de Francia, que tan poco caballerosamente se conducía con su honor y con sus armas, hasta el punto de apenas tener en su corte a oficial alguno. Y por eso, cuando Eduardo IV, rey de Inglaterra, penetró en Francia con un ejército enemigo y se estableció delante de la ciudad de San Quintín, el mismo rey francés, por no disponer de un heraldo que llevase su manera de pensar al rey inglés, se vió forzado a sobornar a un vulgar criado, y a improvisar un estandarte con un agujero en su centro, para pasar por él la cabeza de este absurdo heraldo, y echárselo sobre los hombros, en vez de una cota acorazada francesa, que era lo indicado. Y así apareció este correo, equipado a toda prisa como oficial improvisado, con instrucciones verbales de su soberano para ofrecer la paz a nuestro rey.

-Bien -replicó Torcuato, el otro interlocutor del diálogo-; esa falta no ha sido aún cometida por ninguno de nuestros reyes ingleses, ni nunca lo será, a mi juicio.» *Blazen of Gentry*, por Perne, 1586, pág. 161.

En este curioso libro, el autor, aparte de algunas afirmaciones en favor de la cota blindada, que casi son indignas de ser repetidas, nos informa que los Apóstoles eran caballeros de sangre, y muchos de ellos descendían de ese digno conquistador Judas Macabeo; pero con el transcurso del tiempo y con la persecución, consecuencia de las guerras, la pobreza se cebó en sus descendientes, y se vieron éstos obligados a desempeñar oficios serviles. Resultan, por tanto, los cuatro doctores y padres de la Iglesia (Ambrosio, Agustín, Jerónimo y Gregorio) caballeros, tanto de sangre como de armas (pág. 98). Aparte la copia que posee el autor de este raro opúsculo, muestra un caso curioso de la irritabilidad nacional y profesional de un heraldo escocés. Esta persona se llamaba Tomás Drysdale, heraldo de Islay, y adquirió el volumen en 1619.

Librodot

Pareció haberlo leído con paciencia y provecho hasta que llegó al siguiente pasaje, en Perne, que establece la diferencia entre coronas soberanas y feudatarias: «Existe también un rey que es feudatario del Estado y majestad de otro rey, al que considera su superior señor, como es el caso de Escocia con nuestro Imperio inglés» Esta afirmación irritó la sangre escocesa del heraldo de Islay, que, olvidándose que el libro había sido impreso hacía cerca de cuarenta años, y que el autor era probable que estuviese muerto, escribió en el margen con gran cólera: *Es un traidor y un embustero, y reto a combate al que diga que los reyes escoceses fueron alguna vez feudatarios de Inglaterra.*

NOTA XIII de este tomo. *Ataque a Lieja*.

El duque de Borgoña, lleno de resentimiento por el trato que el obispo había recibido del pueblo de Lieja (cuya muerte, como ya dijimos, no tuvo lugar hasta unos años después), y sabiendo que las murallas de la ciudad no habían sido aún reparadas, después de haber él mismo abierto brecha en ellas después de la batalla de Saint Tron, avanzó temerariamente para castigarlos. Sus jefes compartían su confianza presuntuosa, pues la guardia avanzada de su ejército, a las órdenes del mariscal de Borgoña y señor D'Hymbercourt, se precipitó por uno de los arrabales, sin esperar al resto del ejército, que, mandado por el propio duque, estaba a unas seis o siete leguas a retaguardia. La noche se aproximaba, y como las tropas borgoñesas no observasen disciplina, se encontraron con un ataque repentino de una banda de ciudadanos, mandada por Juan de Vilde, que, acometiéndolas de frente y por la espalda, introdujo en ellas gran desorden, y mataron más de ochocientos hombres, de los que ciento eran guerreros.

Cuando llegaron Carlos y el rey de Francia se alojaron en dos villas situadas junto a la muralla de la ciudad. En los dos o tres días siguientes se distinguió Luis por la sangre fría con que organizó el asedio y previno la defensa en caso de salidas, mientras el duque de Borgoña, que poseía menos valor, y que mostraba la precipitación y falta de orden, que era su principal característica, parecía estar muy receloso de que el rey le abandonase y se uniese a los habitantes de Lieja.

Permanecieron frente a la ciudad cinco o seis días, y por fin fijaron el 30 de octubre de 1468 para un asalto general. Los ciudadanos, que probablemente tenían noticia de sus intenciones, resolvieron frustrar su propósito, y determinaron anticiparse con una salida desesperada a través de las brechas de las murallas. Colocaron al frente 600 hombres del pequeño territorio de Franchemont, que pertenecía al obispado de Lieja y tenían por la más valiente de sus tropas. Salieron de la ciudad de pronto, y sorprendieron las posiciones del duque de Borgoña, antes de que sus guardias se hubiesen podido poner sus armaduras, que se habían quitado para reposar un poco antes del asalto. El alojamiento del rey de Francia fué también atacado y corrió peligro. Siguió una gran confusión, aumentada incalculablemente por los mutuos celos y sospechas de franceses y borgoñeses. El pueblo de Lieja fué, sin embargo, incapaz de mantener su atrevida salida, una vez que los soldados del rey y del duque comenzaron a reponerse de su sorpresa, y se vieron por fin forzados a retirarse dentro de sus murallas, después de haber estado a punto de sorprender tanto al rey Luis como al duque de Borgoña, los más poderosos príncipes de su época. Al amanecer tuvo lugar el asalto, como se había proyectado, y los ciudadanos, descorazonados y

Librodot

fatigados por la salida nocturna, no hicieron la resistencia que se esperaba. Lieja fué tomada y miserablemente saqueada, sin contemplación de sexo ni de edad, ni de cosas sagradas o profanas. Estos detalles son relatados por Comines en sus *Memorias*, lib. II, capítulos 11, 12 y 13, y no difieren mucho del relato de los mismos hechos dado en el texto.

Notas

1. Ved nota XII. *Heraldo disfrazado*. (N. del a.)

2. No necesitamos decir que todo lo que sigue es imaginario. (N. del a.)

3. Ved *Ensayo sobre lo pintoresco*, de Price, en particular la bella y poética descripción que, hace de sus propios sentimientos al ver destruir, por la voluntad de un innovador, un antiguo jardín secuestrado, con sus setos de tejos, sus adornadas puertas de hierro y florestas. (N. del a.)

4. Se refería a la obra de W. Scott, *The Bride of Lammermor*. (N. del t.)

5. El verso de Shakespeare es: *Chewing the cud of sweet and bitter fancy*, *reflexionando con dulce y amarga fantasía*. (N. del t.)

6. Esta *editio princeps*, que, en buen estado de conservación, es muy buscada por los entendidos, se titula *Les Cent Nouveles, contenant Cent Histoires Nouveaux, qui sont moult plaisans à raconter en toutes bonnes compagnies par maniere de joyeuxeté. Paris, Antoine Verard. Sans date d'anée d'impression, in folio gotique.* Ved a De Bure. (N. del a.)

7. Cada vocación tenía en la Edad Media su santo protector. La caza, con sus azares y andanzas, que a tantos ocupaba y que a todos divertía, estaba bajo la protección de San Humberto.

Este santo de los bosques fué hijo de Beltrán, duque de Aquitania, y mientras estuvo en el estado secular fué cortesano del rey Pepino. Era muy aficionado a la caza, y acostumbraba a descuidar sus deberes religiosos por esta diversión. Una vez que estaba ocupado en este pasatiempo se le apareció un ciervo con un crucifijo sujeto entre los cuernos Y oyó una voz que le amenazaba con el castigo eterno si no se arrepentía de sus pecados. Se retiró del mundo y se hizo fraile, retirándose también al claustro su esposa. Humberto llegó a ser después obispo de Macstricht y Lieja, y por su celo en destruir los restos de la idolatría se le llamó apóstol de las Ardenas y de Brabante. A los que descienden de su estirpe se les atribuye el poder de curar a personas mordidas por perros rabiosos. (N. del a.)

8. A veces se le daba ese nombre al gran árbol enfrente de un castillo escocés. Es difícil saber su origen; pero a esa distancia del castillo el lord recibía a los huéspedes de rango y hasta allí los acompañaba cuando se marchaban. (N. del a.)

9. Este fué Adolfo, hijo de Arnoldo y Catalina de Borbón. La presente historia tiene poco que ver con él, aunque es uno de los caracteres más atroces de su época. Hizo la guerra a su padre, en cuya lucha, tan poco natural, hizo prisionero al pobre viejo, y empleó con él la violencia más brutal, llegando, según se cuenta, a alzarle la

mano. Arnoldo, resentido de este trato, desheredó al inhumano vástago y vendió a Carlos de Borgoña cuantos derechos tenía sobre el ducado de Gueldres y condado de Zutphen. María de Borgoña, hija de Carlos, devolvió estos derechos al desnaturalizado Adolfo, que fué asesinado en 1477. (N. del a.)

10. Esta parte del reinado de Luis XI fué muy perturbada por las intrigas del condestable Saint Paul, que se declaró independiente, y mantuvo intrigas con Inglaterra, Francia y Borgoña al mismo tiempo. Según la suerte corriente en políticos de esa clase, el condestable acabó por atraerse la animosidad de todos los poderosos vecinos a quienes sucesivamente había entretenido y engañado. Fué entregado por el duque de Borgoña al rey de Francia, juzgado y ejecutado precipitadamente por traidor en 1475. (N. del a.)

11. Fué por apoderarse de esta población de San Quintín por lo que el condestable fué capaz de realizar esas intrigas políticas que acabaron por costarle tan caro. (N. del a.)

12. Entre las cualidades del desagradable temperamento de Luis, y no una de las mejores, figuraba su gran desprecio por la inteligencia y carácter del bello sexo. (N. del a.)

13. En el original «litie». (N. del e.)

14. Se refiere a los zancos que se usan en Escocia para pasar los ríos. Son empleados por los campesinos del país próximo a Burdeos para atravesar esos desiertos de arena suelta llamados landas. (N. del a.)

15. Esta leyenda está grabada en una daga que perteneció a una persona que tuvo muchas razones para escoger dicha leyenda. Se la dejó a mi padre, y está ligada a una serie de aventuras extrañas que algún día quizá sean contadas. El arma está ahora en poder mío. (N. del a.)

16. Cuchillo negro, especie de cuchillo recto que no se dobla, como la navaja, antiguamente muy usado por los montañeses, que rara vez viajaban sin arma tan fea, ahora poco usada. (N. del a.)

17. Me enteré por la *Chronique de Jean de Troyes,* aunque demasiado tarde para hacer uso de la información, que uno de estos dos verdugos podía haberse llamado, con más propiedad, Petit-Jean, que Petit-André. Este era el nombre del hijo de Henri de Cousin, maestro verdugo del Alto Tribunal de Justicia. El condestable Saint Paul fué ejecutado por él con tal destreza, que al cercenar la cabeza de un golpe, ésta cayó al suelo al mismo tiempo que el cuerpo. Esto ocurrió en 1475. (N. del a.)

18. Véase nota I. *Gitanos o bohemios,* al final del tomo III. (N. del a.)

19. Ved en el tomo III nota I sobre los gitanos o bohemios. (N. del a.)

20. Tales disputas entre los escoceses de la Guardia del rey y las otras autoridades de los demás cuerpos militares ocurrían a menudo. En 1474 dos escoceses estaban complicados en un robo de importante cantidad de dinero al pescadero Juan Pensart. Fueron presos por el preboste Felipe de Four con algunos de sus compañeros. Pero

Librodot

antes de poder encerrar a uno de ellos, llamado Mortimer, en la prisión de Chastellet fueron atacados por dos arqueros de la Guardia escocesa del rey, que rescataron al prisionero.- Ved *Chronique de Jean de Troyes* de dicho año de 1474. (N. del a.)

21. En ambas batallas los auxiliares escoceses de Francia se distinguieron a las órdenes de Stewart, conde de Buchan. En Beaugé fueron victoriosos, matando al duque de Clarence, hermano de Enrique V, y destruyendo su ejército. En Vernoil fueron derrotados y casi aniquilados. (N. del a.)

22. «Cortar un cuento con un trago», expresión usada en Inglaterra cuando un hombre habla con la copa al lado. (N. del a.)

23. El apodo de Oliver era *Le Diable,* que se lo puso el odio popular, en vez de *Le Daim* o *Le Dain.* Fué primeramente barbero del rey, y luego un consejero favorito. (N. del a.)

24. El doctor Dryadust hace aquí la observación que los naipes, que se suponen inventados en el anterior reinado para divertir a Carlos V en los períodos de su enfermedad mental, debieron de popularizarse rápidamente entre los cortesanos, ya que proporcionaron a Luis XI el uso de una metáfora. El mismo proverbio fué citado por Durandarte en la cueva encantada de Montesinos. El pretendido origen de la invención de las cartas produjo una de las respuestas más agudas que conozco. Fué hecha por el difunto doctor Gregorio de Edimburgo a un consejero eminente del foro escocés. La prueba del doctor tendía a demostrar la locura de la parte cuya capacidad mental se discutía. En un interrogatorio celebrado estuvo conforme en que la persona en cuestión jugaba admirablemente al whist. «¿Y dice usted en serio, doctor -dijo el erudito consejero-, que una persona que tiene una disposición especial para juego tan difícil, y que requiere en grado preeminente memoria, juicio y cálculo, puede al mismo tiempo estar trastornada?» «No soy jugador de cartas -dijo el doctor con gran habilidad-; pero he leído en la historia que las cartas se inventaron para la diversión de un rey loco.» La consecuencia de esta respuesta fué decisiva. (N. del a.)

25. Al decir esto el rey, indicó el verdadero fin por lo que apremiaba ese casamiento con tal severidad tiránica, que era el de que la rama de Orleáns, que era la primera con derecho de sucesión a la corona, pudiese resultar, por falta de herederos, debilitada o extinguida, ya que la deformidad personal de la princesa hacía presumir que no llegaría a ser madre. En una carta al conde de Dammarten, Luis, hablando de la boda de su hija, dice: «Qu'ils n'auroient pas beaucoup d'ambarras a nourrir les enfants que naitroient de leur union; mais cependant elle aura bien, quelque chose qu'on en puisse dire.» Wraxall, *Historia de Francia*, vol. I, pág. 143 nota. (N. del a.)

26. Una persona amiga me ha indicado que me he equivocado al afirmar que el cardenal era mal jinete. Si así fuese, debo una reparación a su memoria, pues hay pocos hombres que hasta en edad avanzada hayan amado ese ejercicio más que yo. Pero el cardenal puede haber sido un jinete como muchos, aunque presumía de poder competir con los más expertos en los peligros de la caza. Era un hombre resuelto y aficionado a la ostentación, como lo demostró en el sitio de París de 1465, en donde, en contra de la costumbre y usos de la guerra, hizo guardia durante una noche con sonido desusado de clarines, trompetas y otros instrumentos. Al atribuir al cardenal falta de práctica como jinete, recuerdo su aventura en París cuando fué atacado por

Librodot

unos asesinos, en cuya ocasión su mula, espantada de la gente, huyó con el jinete, y tomando el camino de un monasterio, a cuya abadía había anteriormente pertenecido, proporcionó el medio de salvar la vida a su amo.- Ved *Crónica*, de Juan de Croye. (N. del a.)

27. Carlomagno, sin duda por su generoso rigor con los sajones y otros herejes, gozó fama de santo en aquellos tiempos remotos; y Luis XI, como uno de sus sucesores, honró su altar de un modo especial. (N. del a.)

28. Adelante, Escocia. (N. del a.)

29. Durante su residencia en Borgoña, en época de su padre, Genappes era la residencia habitual de Luis. En la novela se alude con frecuencia a este período del destierro. (N. del a.)

30. La índole de los chistes groseros de Luis XI puede adivinarse por aquellos que han leído las *Cent Nouvelles*, que son de mayor calibre que la mayoría de las colecciones similares de la época. (N. del a.)

31. Referente a cosas desconocidas para la generalidad de las personas. (N. del a.)

32. Véase nota II *Galeotti*, al final del tomo III. (N. del a.)

33. En el original «Anónijmons?». (N. del e.)

34. Quien ocupó una de estas mazmorras por más de once años. (N. del a.)

35. Véase Nota III. *Religión de los gitanos*, al final del tomo III. (N. del a.)

36. Una historia similar se contó del duque de Vendome, quien contestó en esta especie de latín macarrónico a las reconvenciones clásicas de un convento alemán contra la imposición de una contribución. (N. del a.)

37. *Vox quoque Mœrin*

Jam fugit ipsa, lupi Mœrin videre priores.

Virgilio, IX, égloga.

Los comentadores añaden, al explicar este pasaje, la opinión de Plinio: «El ser contemplado por un lobo en Italia es un hecho nefasto y se supone que deja mudo a un hombre, si estos animales lo ven antes que él a ellos.» (N. del a.)

38. La aventura de Quintín en Lieja no debe ser tomada como exagerada, ya que es extraordinario lo que las circunstancias pueden influir en la imaginación de un pueblo en momentos de duda o incertidumbre. Muchos lectores recordarán que cuando los holandeses estaban a punto de rebelarse contra el yugo francés, su ansia de liberación recibió un fuerte impulso al desembarcar una persona con uniforme de voluntario inglés, cuya presencia, a pesar de ser un individuo ajeno a todo, fué recibida como una garantía de socorro que enviaba Inglaterra. (N. del a.)

Librodot

39. Dieron esta batalla los sublevados de Lieja contra el duque de Borgoña, Carlos *el Temerario,* cuando era conde de Charolais, y en ella fué derrotada la gente de Lieja con gran mortandad. (N. del a.)

40. Véase nota IV. *Asesinato del obispo de Lieja,* al final del tomo III. (N. del a.)

41. Véase nota V. *Schwarzreiters,* al final del tomo III. (N. del a.)

42. ¡No, no!; eso no puede ser. (N. del a.)

43. Aunque situada en una frontera expuesta y aguerrida, nunca fué tomada por un enemigo, sino que conservó el orgulloso nombre de Peronne la Pucelle hasta que el duque de Wéllington, gran destructor de esa clase de reputaciones, tomó a plaza en su memorable avance sobre París en 1815. (N. del a.)

44. D'Hymbercourt, o Imbercourt, fué llevado a la muerte por los habitantes de Gante con el canciller de Borgoña, en el año 1477. María de Borgoña, hija de Carlos *el Temerario,* apareció enlutada en el mercado, y con lágrimas rogó por la vida de sus servidores a los vasallos rebelados, pero fué en vano. (N. del a.)

45. Véase nota VI. *Felipe des Comines,* al final del tomo III. (N. del a.)

46. Véase nota VII. *Entrevista de Luis y Carlos después de la batalla de Montl'hery,* al final del tomo III. (N. del a.)

47. El bufón de Carlos de Borgoña, del que más adelante se habla. (N. del a.)

48. La llegada de tres hermanos, príncipes de las Casas de Saboya; de monseñor de Lau, a quien el rey había mantenido largo tiempo en prisión; de sir Poncet de Rivière, y del Señor de Urfé -escritor de novelas de estilo peculiar-, portadores todos estos nobles del emblema de Borgoña, a saber: la cruz de San Andrés, inspiró a Luis tales sospechas, que con muy poco tacto político pidió ser alojado en el antiguo castillo de Peronne, haciéndose él mismo un cautivo sin escape. -Ved *Memorias del año 1468,* por Comines. (N. del a.)

49. Este gesto, muy indicador de un carácter fiero, es también, por tradición de escena, característico de *Ricardo III,* de Shakespeare. (N. del a.)

50. Así fué llamado un conde de Douglas. (N. del a.)

51. La famosa aparición, a veces llamada le Grand Veneur. Sully da algunos detalles de este espectro de las cacerías. (N. del a.)

52. Véase nota VIII, al final del tomo. (N. del a.)

53. Luis mantuvo su promesa de venganza con el cardenal La Balue, a quien siempre censuró como habiéndole traicionado con Borgoña. Después que regresó a su reino, ordenó que su último favorito fuese encerrado en una de las jaulas de hierro en Loches. Estas estaban construídas con horrible ingeniosidad, de modo que una persona de estatura media no podía ni ponerse de pie del todo, ni tenderse a lo largo

del todo. Algunos atribuyen este terrible invento al propio Balue. De todos modos, estuvo confinado en uno de estos calabozos durante once años, sin que Luis permitiese le libertasen hasta su última enfermedad. (N. del a.)

54. Véase nota IX. *Plegaria de Luis XI* ,al final del tomo. (N. del a.)

55. Varillas, en la historia de Luis XI, hace la observación de ser a veces tan precipitado su capitán preboste para las ejecuciones, que llegó a sacrificar a otra persona distinta de la indicada por el rey. Esto siempre traía consigo una doble ejecución, pues la cólera o venganza de Luis nunca se veía satisfecha con un castigo equivocado. (N. del a.)

56. El autor ha tratado de atribuir al odioso Tristán l'Hermite una especie de fidelidad brutal a Luis, análoga al apego de un perro dogo a su amo. Con todo su execrable carácter, fué ciertamente un hombre de valor, y en su juventud fué promovido caballero en la brecha de Fronsac, con otro gran número de jóvenes nobles, por mano de Dunois el mayor, el célebre héroe del reinado de Carlos V. (N. del a.)

57. Véase nota X. *Martins Galeotti,* al final del tomo. (N. del a.)

58. La anécdota está referida de otro modo, y probablemente con menos exactitud, en las Memorias francesas de la época, que afirman que Comines, con una presunción incompatible con su excelente buen sentido, pidió a Carlos de Borgoña que le sacase las botas, sin haber sido tratado antes con ninguna familiaridad para tomarse semejante libertad. He tratado de dar a la anécdota un giro más en armonía con el sentido y prudencia del gran autor mencionado. (N. del a.)

59. Véase nota XI. *Felipe Des Comines,* al final del tomo. (N. del a.)

60. Véase nota XII, *Heraldo disfrazado,* al final del tomo. (N. del a.)

61. El conceder la mano de una heredera, como consecuencia del resultado de un combate, no es probable que ocurriese con tanta frecuencia en el siglo XIV, como cuando las leyes de caballería se llevaban con más rigor. Sin embargo, no es improbable que ocurriese en época de príncipe tan absoluto como el duque Carlos, en las circunstancias expuestas. (N. del a.)

62. Casi no es necesario aclarar que el matrimonio de Guillermo de la Marck con lady Hameline es tan apócrifo como la misma dama. La esposa verdadera del Jabalí Salvaje de las Ardenas fué Juana d'Arschel, baronesa de Scoonhoven. (N. del a.)

63. Véase nota XIII. *Ataque de Lieja,* al final del tomo. (N. del a.)

64. Una expresión en *argot* escocés para designar la muerte. (N. del a.)

65. Ya hemos llamado la atención sobre el anacronismo relativo a los crímenes cometidos por este terrible barón, y no es necesario repetir que, si en realidad asesinó al obispo de Lieja en 1482, el conde de La Marck no pudo ser muerto en la defensa de

Librodot

Lieja cuatro años antes. En realidad, el Jabalí Salvaje de las Ardenas, como de ordinario se le llamaba, era de buena estirpe, siendo el tercer hijo de Juan I, conde de La Marck y Aremberg, y progenitor de la rama llamada barones de Lumain. No escapó al castigo que merecían sus atrocidades, aunque no tuvo lugar en la época o de la manera narrada en el texto. Maximiliano, emperador de Austria, le mandó detener en Utrecht, donde fué decapitado en 1485, tres años después de la muerte del obispo de Lieja. (N. del a.)

66. Antigua rima, por la que los Lesies justifican su descendencia de un antiguo caballero, del que se dice mató a un gigantesco campeón húngaro, y formó un nombre adecuado para él con un juego de palabras sobre el sitio en que derrotó a su adversario. (N. del a.)

67. *E come à ritornare in sua contrada*

Trovasse e buon naviglio e miglior tempo

E dell' India a Medor desse lo scettro

Forse altri cantera con milior plettro.

Orlando Furioso, canto XXX, stanza 16. (N. del a.)

Librodot